Adolf Hitler

Mi Lucha



A todos aquellos que desean conocer la otra versión de la historia les invito a pasarse por el siguiente canal de Telegram usando este enlace: https://telegram.me/RecopilacionHilosCensurados

En el canal encontrarán una gran cantidad de información que abarca una gran variedad de temas entre los cuales se encuentra el revisionismo del holocausto. En ese tema en concreto podrán ver una gran cantidad de periódicos de años anteriores a 1939 donde la famosa cifra de los 6 millones ya era mencionada y mucha otra información.

MI LUCHA

Adolf Hitler



Mi Lucha

ISBN: 978-958-46-1882-5
Diseño de Carátula: Daniel Holguín
Impresión: Sigfrido Casa Editora
Impreso en Colombia / Printed in Colombia
Medellín, 2013


es la primera edición completa de *Mein Kampf* en castellano, traducida directamente del original alemán (edición de 1943).

Esta traducción ha sido estrictamente revisada, y cotejada con otras ediciones tales como la traducción inglesa de James Murphy de 1939, editada por Hurst & Blackett, la versión americana de Ralph Manheim, editada por Houghton Mifflin en 1943, o la traducción francesa de 1934 a cargo de J. Gaudefroy-Demombynes y A. Calmettes.

Paralelamente se ha realizado un exhaustivo estudio de las anotaciones contenidas en diferentes ediciones de *Mein Kampf* (traducciones al inglés, francés, portugués, polaco, italiano) que puede verse reflejado en las notas a pie de página introducidas en la presente obra, y entre las que hallarán también diferentes notas explicativas que amplían la información recogida en el texto y que pudieran ser de interés para el lector.

INDICE



Adolf Hitler en la prisión de Landsberg, 1924.

INTRODUCCIÓN

En cumplimiento del fallo dictado por el Tribunal Popular de Múnich, el 1 de abril de 1924 debía comenzar mi reclusión en el presidio de Landsberg am Lech.

Así se me presentaba, por primera vez después de muchos años de ininterrumpida labor, la posibilidad de acometer una obra reclamada por muchos y que yo mismo consideraba útil a la causa nacionalsocialista. En consecuencia, me vi dispuesto a aclarar en dos volúmenes no sólo los fines de nuestro Movimiento, sino a delinear también un cuadro de su desarrollo, del cual será posible aprender más que de cualquier otro estudio puramente doctrinario.

Aquí tuve igualmente la oportunidad de hacer un relato de mi propia evolución, en la medida necesaria para la mejor comprensión del libro y al mismo tiempo para destruir las tendenciosas leyendas sobre mi persona propagadas por la prensa judía.

Al escribir esta obra no me dirijo a los extraños, sino a aquéllos que, perteneciendo de corazón al Movimiento, ansían penetrar más profundamente en la Ideología Nacionalsocialista.

Bien sé que la viva voz gana más fácilmente las voluntades que la palabra escrita, y que, asimismo, el progreso de todo Movimiento trascendental en el mundo se ha debido, generalmente, más a grandes oradores que a grandes escritores.

Sin embargo, es indispensable que una doctrina quede expuesta en su parte esencial para poderla sostener y propagar de manera uniforme y sistemática.

Partiendo de esta consideración, el presente libro constituye mi contribución a la obra común.

Presidio de Landsberg am Lech
16 de octubre de 1924

El autor

DEDICATORIA

El 9 de noviembre de 1923, a las doce y media del mediodía, poseídos por una inquebrantable fe en la resurrección de su pueblo, cayeron en Múnich, frente a la Feldherrnhalle y el patio del antiguo Ministerio de Guerra, los siguientes camaradas:

Felix Alfarth, comerciante, nacido el 5 de julio de 1901.
Andreas Bauriedl, sombrerero, nacido el 4 de mayo de 1879.
Theodor Casella, empleado bancario, nacido el 8 de agosto de 1900.
Wilhelm Ehrlich, empleado bancario, nacido el 19 de agosto de 1894.
Martin Faust, empleado bancario, nacido el 27 de enero de 1901.
Anton Hechenberger, cerrajero, nacido el 28 de septiembre de 1902.
Oskar Körner, comerciante, nacido el 4 de enero de 1875.
Karl Kuhn, empleado de hotel, nacido el 26 de julio de 1897.
Karl Laforce, estudiante de ingeniería, nacido el 28 de octubre de 1904.
Kurt Neubauer, criado, nacido el 27 de marzo de 1899.
Claus von Pape, comerciante, nacido el 16 de agosto de 1904.
Theodor von der Pfordten, consejero en el Tribunal Regional Superior, nacido el 14 de mayo de 1873.
Johannes Ríckmers, ex-capitán de caballería, nacido el 7 de mayo de 1881.
Max Erwin von Scheubner-Ríchter, doctor en ingeniería, nacido el 9 de enero de 1884.
Lorenz Rítter von Stransky, ingeniero, nacido el 14 de marzo de 1899.
Wilhelm Wolf comerciante, nacido el 19 de octubre de 1898.

Las llamadas autoridades nacionales se negaron a dar una sepultura común a estos héroes.

Dedico esta obra a la memoria de todos ellos, para que el ejemplo de su sacrificio ilumine incesantemente a los seguidores de nuestro Movimiento.

Landsberg am Lech,
16 de octubre de 1924.

Adolf Hitler

Primera Parte

RETROSPECCIÓN

Capítulo I
EN EL HOGAR PATERNO

Considero hoy una feliz predestinación el haber nacido en la pequeña ciudad de Braunau am Inn, situada precisamente en la frontera de esos dos estados alemanes cuya reunificación nos parece, por lo menos a nosotros los jóvenes, una misión vital para la que deben emplearse todos los medios.

La Austria germana debe retornar a la gran Madre Patria alemana, y no por razones de índole económica. No, de ningún modo, pues aun en el caso de que esta fusión, considerada económicamente, fuera indiferente o resultara incluso perjudicial, debería efectuarse de todos modos. Pueblos de una misma sangre pertenecen a una Patria común. Mientras el pueblo alemán no pueda reunir a sus hijos bajo un mismo Estado, carecerá de todo derecho moralmente justificado para aspirar a acciones de política colonial. Sólo cuando las fronteras del Reich, abarcando hasta el último alemán, no tengan ya posibilidades de asegurarle a éste su subsistencia, surgirá de la necesidad del propio pueblo la justificación moral para adquirir territorios extranjeros. El arado será entonces la espada, y de las lágrimas de la guerra brotará para la posteridad el pan nuestro de cada día.

Así, este pequeño pueblo fronterizo representa para mí el símbolo de una gran labor a realizar. En otro sentido, ese lugar se yergue también hoy como una advertencia para el porvenir: hace más de cien años, esta insignificante aldea tuvo, como escenario de una de las tragedias más sobrecogedoras de la nación alemana, el privilegio de poder inmortalizarse para siempre en los anales de la historia de Alemania. En los tiempos de la más profunda humillación de nuestra patria, el librero de Núremberg Johannes Palm, acérrimo nacionalista y enemigo de los franceses, fue asesinado por amar demasiado a su querida Alemania. Había rehusado obstinadamente a delatar a sus compañeros, es decir, a los principales culpables de todo el altercado. Lo mismo ocurrió con Leo Schlageter. Ambos fueron denunciados a Francia por un funcionario del gobierno. Éste, un director de la policía de Augsburgo, se ganó esta desafortunada gloria y dio así ejemplo a las nuevas autoridades alemanas del Reich del Señor Severing[1].

---

[1] Para poder comprender mejor esta referencia, así como otras que vayan apareciendo en los distintos capítulos de este libro, será necesario tener en cuenta:
Desde 1792 hasta 1814, los ejércitos revolucionarios franceses ocuparon Alemania. En 1800, con la derrota de Austria en Hohenlinden (2 de diciembre de 1800), Baviera fue dividida (el 9 de febrero de 1801, por el tratado de Luneville, Baviera perdió el Palatinado y los ducados de Zweibrücken y Jülich) y Múnich fue ocupado por los franceses.
En 1805, el elector de Baviera fue nombrado Rey de esta región por Napoleón, estipulando respaldar a este último en todas sus guerras con un ejército de 30.000 hombres. De esta forma, Baviera se convirtió en un vasallo absoluto de Francia. Ésta fue la época de la «mayor humillación de Alemania», tal como califica Hitler una y otra vez.
En 1806, un panfleto titulado «La mayor humillación de Alemania» fue publicado en el sur de Alemania. Entre aquellos que ayudaron a distribuir dicho panfleto se encontraba el librero de Núremberg, Johannes Philip Palm. Fue denunciado a los franceses por un agente de policía bávaro negándose a revelar en su juicio el nombre del autor del panfleto.
Por orden de Napoleón, se le dio muerte en Braunau am Inn el 26 de Agosto de 1806.
El monumento levantado en su memoria en el lugar donde fue ejecutado, fue una de las primeras cosas que mayor impresión causó a Hitler cuando todavía era un niño. (Desde 2002, en Alemania se entrega un premio que lleva su nombre, a las causas por la libertad de expresión y de prensa).
El caso de Leo Schlageter fue, en muchos aspectos, parecido al de Johannes Palm.
Schlageter fue un estudiante alemán de teología que se presentó voluntario para el servicio militar en 1914. Llegó a ser oficial de artillería, ganando la Cruz de Hierro de 1ª y 2ª clase. Cuando los franceses ocuparon el Ruhr en 1923, Schlageter ayudó a organizar la resistencia pasiva en la zona alemana, llegando él y sus camaradas a hacer estallar un puente ferroviario con el propósito de hacer más difícil el suministro de carbón a Francia.
Todos aquellos que tomaron parte en el asunto fueron finalmente denunciados a los franceses por un informador alemán. Schlageter cargó con toda la responsabilidad siendo condenado a muerte, y sus compañeros sentenciados a diversas penas de prisión y a

En ese pequeño pueblo sobre el río Inn, ennoblecido por el mártir alemán de sangre bávara —aunque políticamente austriaco—, vivieron mis padres en los años ochenta del pasado siglo. Mi padre trabajaba como leal funcionario del Estado, y mi madre se dedicaba al cuidado de la casa y, sobre todo, al cariñoso cuidado de sus hijos. Poco de esos tiempos permanece en mi recuerdo, pues a los pocos años, mi padre tuvo que abandonar de nuevo mi amado pueblo fronterizo para desplazarnos río abajo y ocupar un nuevo puesto de trabajo en Passau, es decir, en Alemania.

El destino de un funcionario de aduanas austriaco se limitaba entonces a «migrar» muy a menudo. Así, al poco tiempo se trasladó mi padre a Linz para finalmente jubilarse allí. Desde luego, esto no debió significar un descanso para el viejo anciano. Mi padre, hijo de un simple y pobre campesino, no había podido resignarse en su juventud a permanecer en casa de sus padres. Sin tener aún los trece años cumplidos, cogió aquel joven sus enseres y escapó de su tierra, Waldviertel[2]. A pesar de los consejos de sus «experimentados» paisanos, se encaminó hacia Viena para aprender un oficio. Ocurría esto en los años 50 del pasado siglo. Una amarga decisión la de echarse a la calle de manera incierta con sólo tres florines. A pesar de que el chico, con diecisiete años, aprobó su examen de oficial de taller, no obtuvo así la felicidad. Más bien lo contrario. La larga duración de aquellas miserias, así como las eternas necesidades y lástimas, fortalecieron la idea de dejar el oficio para llegar a ser «algo más». Si de niño, en la aldea, la figura del párroco le parecía la encarnación de todo lo más elevado alcanzable por el hombre, ahora en la gran ciudad se había hecho más fuerte la majestuosidad del funcionario estatal. Con toda la tenacidad propia de un chiquillo hecho mayor por la necesidad y las calamidades de la vida, el muchacho de diecisiete años se aferró a su nueva resolución hasta conseguirla: llegar a ser funcionario. Creo que poco después de cumplir los veintitrés años consiguió su propósito. De esta manera, parecía cumplida la condición de una promesa que el pobre niño había hecho antaño: no volver a su pueblo natal hasta haber conseguido llegar a ser alguien.

Ahora el objetivo estaba cumplido, sólo que ninguno de los antiguos muchachos del pueblo se acordaba de él, y hasta para él mismo su pueblo le resultaba algo desconocido.

Finalmente, a la edad de cincuenta y seis años se jubiló, y debido a que no hubiera aguantado ese retiro pasando todos los días sin hacer nada, adquirió una finca cerca de la villa de Lambach, en la Alta Austria, y se encargó de administrarla, retornando así, después de una larga y trabajosa vida, a la actividad originaria de sus antepasados.

En esos tiempos se formaban ya en mí los primeros ideales. Mis ajetreos infantiles al aire libre, el largo camino a la escuela, así como el trato que mantenía con los niños más fuertes, lo cual era motivo frecuente de hondas preocupaciones por parte de mi madre, me convirtieron en cualquier cosa menos en un chico introvertido. Si bien por entonces no me preocupaba seriamente la idea de mi profesión futura, sabía en cambio que mis simpatías no se inclinaban en modo alguno hacia la carrera de mi padre. Creo que ya por aquel entonces, de algún modo empecé a ejercer mi talento oratorio en

---

trabajos forzados por la Corte francesa. Schlageter se negó a revelar los nombres de aquellos que emitieron la orden de hacer volar los puentes, por lo que no pidió misericordia ante los Tribunales franceses. Fue ejecutado por un pelotón de fusilamiento francés el 26 de Mayo de 1923. Severing era en ese momento ministro de Interior, y se negó a intervenir en el caso de Schlageter.
De esta forma Schlageter se convirtió en el mayor mártir de la resistencia alemana en el Ruhr, y también uno de los mayores héroes del Movimiento Nacionalsocialista. Se unió al Movimiento en una fase muy temprana, llevando en su carné de miembro el Nº 61. (Nota de *Mein Kampf*, edición de Hurst & Blackett, Londres, 1939—edición inglesa; traducción a cargo de James Murphy).

[2] *Waldviertel* es una de las cuatro regiones que forman la Baja Austria, en el extremo oeste, uno de los nueve Estados que actualmente integran el país centroeuropeo. (N. del T.)

los enérgicos enfrentamientos con mis compañeros. Me había convertido en un pequeño cabecilla que en la escuela aprendía rápido y bien, pero con un temperamento difícil de tratar.

Cuando en mi tiempo libre participaba en las clases de canto en el coro parroquial de Lambach, tenía ahí la oportunidad de extasiarme a menudo con la suntuosidad ceremonial de los esplendorosos actos eclesiásticos. Igual que a mi padre le sucedió con la figura del párroco de su pueblo, para mí el Abad representaba el ideal más elevado al que podía aspirar el hombre. Por lo menos eso pensé durante cierto tiempo. Sin embargo, y a pesar de las disputas que mantuvimos entonces, mi padre no fue capaz de ver en el talento oratorio de su hijo un futuro prometedor en ese sentido; no podía llegar a comprender mis juveniles pensamientos, cosa que le preocupó sobremanera durante aquella época.

En realidad, se perdió muy pronto la momentánea admiración hacia esa profesión, para dejar sitio a esperanzas más ajustadas a mi naturaleza.

Curioseando en la biblioteca de mi padre me topé con diferentes libros militares, entre los cuales se encontraba una edición popular sobre la guerra franco-prusiana de 1870-71. Eran dos tomos de una revista ilustrada de aquellos años, que se convirtieron en mi lectura preferida. Esa heroica batalla no tardó mucho en convertirse para mí en un acontecimiento de la más alta significación. Desde entonces me entusiasmó, cada vez más, todo lo que tenía alguna relación con la guerra o con la vida militar. Pero también en otro sentido debió tener esto significado para mí. Por primera vez, y aunque de manera poco precisa, surgió en mí la pregunta —si la había— sobre cuál era la diferencia entre los alemanes que participaron en esta batalla y los otros. ¿Por qué Austria no tomó parte en esa guerra junto a Alemania? ¿Por qué mi padre y todos los demás no se batieron también?

¿No somos nosotros iguales a los otros alemanes? ¿No pertenecemos todos a lo mismo? Este problema empezó entonces por primera vez a germinar en mi pequeño cerebro. Con celo interno tuve que encontrar, en las cautelosas preguntas, la respuesta: no todos los alemanes tenían la suerte de pertenecer al Reich de Bismarck.

No lograba entenderlo.



Debía seguir con los estudios. Teniendo en cuenta mi carácter y aún más mi temperamento, creyó mi padre haber sacado la conclusión de que el *Lyceum* constituiría una contradicción para mis aptitudes. Le parecía que una *Realschule*[3] sería mucho más apropiada. Además, era consciente de mis aptitudes hacia el dibujo, y sabía que en el *Gymnasium* austriaco ésta era una materia muy poco valorada. Su propia y dura experiencia quizás influyó en esta decisión, haciéndole ver los estudios humanísticos como algo poco práctico. Creía férreamente que su hijo, igual que él, naturalmente,

---

[3] El sistema educativo en Alemania es harto complicado: Primeramente los niños asisten desde los seis años hasta los diez años aproximadamente a una *Grundschule*, que literalmente significa escuela básica, es decir, de enseñanza primaria. Después, en base a la capacidad intelectual y al rendimiento obtenido en la escuela primaria, los padres, previa sugerencia del profesorado, eligen para su hijo el tipo de enseñanza secundaria a recibir. Aquí tenemos: la *Hauptschule* o escuela básica; dura de cinco a seis años, y en ella los niños reciben una formación básica para después optar por realizar una formación profesional que les habilite a ejercer un oficio. La *Realschule* o secundaria profesional; dura seis años y es similar a la anterior, sólo que con una formación más ampliada. Al finalizar se otorga un título superior medio que ofrecería la posibilidad de poder estudiar por ejemplo, en una escuela técnica especial o secundaria. Y por último tenemos el *Gymnasium* o Instituto de Bachillerato; tiene una duración de ocho o nueve años según la zona o *Land*. Aquí el alumno recibe una formación más profunda y especializada. Los dos últimos años finalizan con el *Abitur*, una especie de examen final que da acceso a realizar estudios universitarios.
A pesar de este aparente sistema inflexible, existe la posibilidad de que en base al rendimiento obtenido durante los dos primeros años de secundaria el alumno pueda ser trasladado a una escuela diferente a la escogida en un principio. (N. del T.)

debía llegar a ser funcionario[4]. Su amarga juventud le había enseñado que, al fin y al cabo, el éxito es únicamente el resultado exclusivo de la férrea dedicación y la propia energía. Era el orgullo de alguien hecho a sí mismo lo que le movía a querer llevar también a su hijo a una posición igual o, si fuera posible, más alta que la suya, tanto más cuando a través de su propio esfuerzo en la vida se veía capaz de facilitar el futuro de su hijo.

El pensamiento de una negativa hacia aquello que se había convertido en el contenido de toda una vida, le parecía inconcebible. La decisión de mi padre resultó pues, simple, clara, definida y, según él, lógica. Finalmente toda una vida dedicada a la amarga lucha por la existencia le había dado un carácter dominante, por lo que le hubiera parecido intolerable dejar la decisión final de estos asuntos a un muchacho sin experiencia, que a sus ojos, no tenía todavía sentido de la responsabilidad. Esto podría llegar también a considerarse como una abominable y miserable debilidad en el ejercicio de su correspondiente responsabilidad y autoridad paternal hacia la vida futura de su hijo, y como tal, absolutamente incompatible con su concepto del deber. Sin embargo, las cosas iban a acontecer de manera diferente.

Por primera vez en mi vida, cuando apenas contaba once años, me vi empujado a oponerme a mi padre. Así de duro y decidido le gustaba a mi padre mostrarse en la consecución de los planes e intenciones; así de insumiso y obstinado era también su hijo en el rechazo de las ideas que poco o nada le agradaban.

Yo no quería convertirme en funcionario.

Ni la persuasión, ni los «serios» conceptos, lograrían cambiar en algo mi oposición. Yo no quería convertirme en funcionario, de ninguna manera. Todos los intentos, y los relatos de la vida de mi padre por querer despertar un cariño o un ánimo hacia ese trabajo, consiguieron más bien lo contrario. Me aterraba la idea de ser un hombre sin libertad y tener que estar sentado en una oficina, sin poder ser el dueño de mi propio tiempo, y tener que verme obligado a rellenar formularios el resto de mi vida.

¡Qué pensamientos podría despertar esto en un joven, que realmente era cualquier cosa menos «dócil» desde el sentido más corriente de la palabra! Las ligeras y ridículas enseñanzas de la escuela me dejaban tanto tiempo libre, que veía más el Sol que mi habitación. Cuando hoy mis enemigos políticos, con cariñosa atención, se entrometen en mi vida hasta incluso mis tiempos de joven para poder comprobar finalmente con desahogo qué travesuras había perpetrado este Hitler en su juventud, doy gracias al cielo por entregarme aún algunos recuerdos de aquellos tiempos felices. Las praderas y los bosques eran por aquel entonces el escenario donde se libraban todas las disputas. Incluso la asistencia a la *Realschule* poco pudo hacer para evitar esto.

Sin embargo, debí librar entonces otra batalla.

Mientras la resolución de mi padre de que fuera funcionario público encontró en mí una oposición de principio, el conflicto fue fácilmente soportable. Podía disimular mis ideas íntimas, no siendo preciso contradecirle constantemente, pues bastaba con mi propia decisión de no tener que llegar a ser algún día funcionario para poder descansar íntegramente. Esta resolución era inexorable. Complicado empero se volvió el asunto cuando yo mismo hice frente a los planes de mi padre. Este hecho sucedió a los doce años. El cómo ocurrió, hoy todavía no lo sé, pero un día tuve claro que llegaría a ser pintor, pintor artístico. Mi talento en el dibujo era evidente, siendo esto incluso el motivo por el que mi padre me envió a la *Realschule*; pero él jamás hubiera pensado

[4] La expresión alemana acuñada por Hitler para referirse a esa voluntad paterna es «*Willensmeinung*», que literalmente significa «opinión de la voluntad». (Nota de *Mein Kampf*, edición de Houghton Mifflin, 1973, Boston –edición inglesa; traducción a cargo de Ralph Manheim).

dirigir mi formación en esta dirección. Al contrario, cuando por primera vez tras renovadas oposiciones a las ideas de mi padre se me preguntó qué quería llegar a ser en realidad y de forma inesperada se me escapó la decisión, mi padre de primeras se quedó sin habla.

«¿Pintor? ¿Pintor artístico?», exclamó.

Mi padre pensó que había perdido el juicio, o que tal vez no había escuchado bien mi respuesta. Una vez hubo aclarado esto y, sobre todo, hubo percibido la seriedad de mis propósitos, se opuso con toda la vehemencia de su carácter. Su decisión era muy sencilla, por lo que cualquier consideración hacia mis existentes habilidades no podía tenerse en cuenta.

«Artista no, no mientras yo viva, jamás». Pero como su hijo, aparte de otras cualidades, también había heredado la tozudez de su padre, le respondí de la misma manera.

Ninguno daba su brazo a torcer. Mi padre no retiraba su «nunca», y yo fortalecía mi «aunque».

Desde luego, esto no tuvo consecuencias muy agradables. Mi padre vivía una amargura, y por mucho que le quisiera, yo también. Rompió todas las esperanzas que yo había puesto en formarme como pintor; finalmente fui un paso más allá, y le expliqué que yo de ninguna manera quería estudiar más. Naturalmente con estas «aclaraciones» la situación se volvió aún más tensa, por lo que mi padre se vio irrevocablemente decidido a hacer valer su autoridad por todos los medios. Esto me llevó a adoptar una actitud de prudente silencio en lo sucesivo, pero de igual manera, cumplí mi amenaza. Creía que si mi padre veía mis bajos progresos en la *Realschule*, al final por las buenas o por las malas se vería obligado a dejarme cumplir mi anhelado sueño.

No sé si ese cálculo me salió bien, pero con toda certeza, mi fracaso en la escuela se hizo ante todo evidente. Lo que me gustaba lo aprendía, y en especial, todo aquello que pensaba necesitaría utilizar más adelante en mi profesión de pintor. Lo que para mí en ese aspecto carecía de significado o no me atraía, lo saboteaba por completo. Mis notas se situaban siempre en un extremo o en el otro, dependiendo de la materia y del interés que tenía para mí. Al lado del sobresaliente o el excelente, también se daban el suficiente o el insuficiente. Mis mejores calificaciones eran de largo en Geografía y más aún en Historia mundial, mis dos asignaturas preferidas y en las que adelantaba a toda la clase.

Cuando tras muchos años echo la vista atrás, saco la conclusión de que en esa época ocurrieron dos hechos muy significativos:

Primero, me convertí en nacionalista; y segundo, aprendí a entender y a captar la historia y su significado.

La vieja Austria era un «estado multinacional».

En realidad los ciudadanos del imperio alemán no podían comprender, al menos en aquella época, el significado que tenía esta realidad en la vida diaria de los individuos de aquel Estado. La magnífica marcha de la victoria del heroico Ejército en la guerra franco-prusiana, provocó que el sentimiento germanista en el extranjero se distanciara cada vez más, en parte porque nadie fue capaz de apreciar el valor de estos alemanes, o porque simplemente ya no se podía. Se confundía una Dinastía degradada, especialmente en lo que a los austro-alemanes se refiere, con el núcleo de un pueblo enfermo.

Los alemanes del Reich no supieron entender que si los alemanes de Austria no hubieran sido de la mejor sangre, jamás hubiesen dejado el sello de su carácter marcado en un Estado de 52 millones de personas; de hecho, muchos alemanes creían

—erróneamente— que Austria era uno más de los Estados alemanes. Un absurdo éste de graves consecuencias, pero al mismo tiempo un brillante reconocimiento para los 10 millones de alemanes que poblaban la «Marca del Este»[5]. Muy pocos alemanes del Reich eran conscientes de las eternas e implacables luchas que en Austria se entablaban por la lengua alemana, por las escuelas alemanas y por el carácter alemán. Ahora que la triste fatalidad ha desterrado a millones de nuestros propios compatriotas lejos del Reich y les obliga a vivir bajo dominio extranjero, alejados de esa Patria que recuerdan con angustia y nostalgia, esforzándose por tener al menos el derecho a usar su sagrada lengua materna, sólo ahora la población alemana comprende lo que significa verse obligado a luchar por la propia Raza. Sólo así se podrá tal vez valorar la grandeza del sentimiento alemán en la vieja «Marca del Este», sentimiento que se mantuvo por sí mismo y que, durante siglos, protegió al Reich en las fronteras orientales para finalmente, y a través de pequeñas luchas de desgaste, reducirse a mantener la frontera lingüística en un tiempo en que el Imperio se interesaba más por las colonias que por los de su propia sangre.

Como siempre y como en cualquier tipo de lucha, también en la batalla lingüística de la vieja Austria se daban tres clases de personas: los combatientes, los indiferentes, y los traidores.

Ya en la escuela se empezaba a sentir esa separación, pues el más digno exponente de la lucha por la lengua se da justamente en la escuela, como vivero que es de las generaciones futuras. En torno a los niños se desarrolla esta batalla, y a ellos está dirigida la primera llamada a la lucha:

«Muchacho de sangre alemana, no olvides que eres alemán; muchacha de sangre alemana, piensa que un día deberás ser madre alemana».

Quien conoce el alma de la juventud puede comprender que son justamente los muchachos quienes con mayor alegría escuchan tal grito de guerra. De cientos de maneras, se acostumbran a liderar esa lucha con sus medios y sus armas. Evitan canciones no alemanas, se entusiasman por los héroes alemanes y se sacrifican economizando dinero para la causa nacional. Están increíblemente atentos hacia aquellos profesores antialemanes, contradiciéndoles al mismo tiempo. Lucen emblemas prohibidos por el Gobierno, y se sienten felices si son por ello castigados o golpeados. Son, en pequeña proporción, una fiel imagen de sus mayores, aunque frecuentemente con mejores y más sinceros sentimientos.

También yo tuve la oportunidad, a una edad relativamente temprana, de tomar parte en la lucha por la nacionalidad de la antigua Austria. Cuando se celebraban las reuniones del *Süd Mark* y el *Schulverein*[6], acentuábamos nuestra lealtad portando acianos[7] y llevando los colores rojo-negro-oro (los colores de la bandera alemana), nos

---

[5] Esta Marca del Este, es decir, la Frontera Oriental, fue fundada por Carlomagno como el baluarte oriental del Imperio. Principalmente fue habitada por tribus germano-célticas denominadas *Bajuvari*, que permanecieron durante siglos como una defensa de la Cristiandad Occidental contra las invasiones del Este, sobre todo de los turcos. Geográficamente se asimilaba a la Austria alemana. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

[6] La *Deutscher Schulverein* (asociación escolar alemana) fue el nombre de una asociación de protección de lo alemán en todos los estados de la Antigua Austria. Se encargaba de apoyar activamente el fortalecimiento del germanismo en el extranjero.
El objetivo principal de los *Schulverein* se basaba en hacer un llamamiento a la creación de comunidades en zonas con una población de minoría alemana.
Una de las proclamas o principio básico de estas asociaciones era el siguiente: «fomentar las aspiraciones de la población a través de la creación de escuelas alemanas, allí dónde la edificación de las mismas mediante fondos públicos no pueda realizarse, así como la conservación de las ya existentes contribuyendo mediante subvenciones y aportaciones económicas destinadas a sufragar los gastos derivados del sueldo del profesorado y de los métodos de enseñanza». (N. del T.)

[7] El aciano, en Austria, fue el símbolo desde 1879 del Partido de Schönerer (del que se hablará en otro capítulo posterior), siendo reconocido como «símbolo de la lealtad alemana». Por este motivo los portadores de acianos eran multados por las autoridades

saludábamos con un «*¡Heil!*» y se entonaba el *Deutschland über alles*[8] en vez del himno imperial, a pesar de las amonestaciones y los castigos. Así crecía la juventud en un tiempo en que los miembros de una supuesta nacionalidad no conocían de ella más que la lengua. Se entiende, pues, que por aquel entonces yo no me contara entre los que se sentían indiferentes. En poco tiempo me convertí en un fanático «nacionalista alemán», designación que de ningún modo es idéntica a la concepción del actual partido del mismo nombre[9].

Esta evolución hizo en mí grandes avances, de tal modo que ya con quince años llegué a comprender la diferencia entre el patriotismo dinástico y el nacionalismo *völkisch*[10]; por aquel entonces, yo sólo conocía lo segundo.

Para los que nunca se hayan esforzado en estudiar las condiciones internas de la monarquía de los Habsburgo, quizás un suceso de este tipo les resulte inexplicable. Las clases de historia en las escuelas del Estado debieron por sí solas asentar el brote de tal evolución, habiendo todavía pequeñas dosis de historia propiamente austriaca. El destino de este Estado estaba tan ligado a la vida y florecimiento de todo el germanismo, que una separación de la historia alemana y austriaca se presentaba como algo absolutamente impensable. Cuando finalmente Alemania empezó a escindirse en dos estados diferentes, incluso esta escisión influyó en las lecciones de historia alemana.

Las insignias del Emperador que se conservaban en Viena como símbolo del antiguo esplendor imperial parecían actuar más como un maravilloso hechizo que como garantía de una eterna unión[11].

---

austriacas y acusados de alta traición. Desde 1933 hasta 1938, el aciano fue la muestra de reconocimiento del entonces ilegal Partido Nacionalsocialista. En Alemania, no obstante, tuvo menos utilización que en el país austriaco. De cualquier forma, fue el símbolo de la 22 División SS de caballería, y actualmente es aún el símbolo de la asociación cultural «*Vereins für das Deutschtum in Ausland*» —Asociación pro-germánica en el extranjero. (N. del T.)

[8] Escrito en 1841, comenzó a ser utilizado como himno alemán tras la Primera Guerra Mundial; actualmente sólo se utiliza como himno oficial la tercera estrofa, al evocar las dos primeras al Nacionalsocialismo. (N. del T.)

[9] Referencia al DNVP-Deutschnationale Volkspartei, o Partido popular nacional alemán, fundado en 1918 y liderado por el magnate Alfred Hugenberg. Este partido agrupaba parte de la burguesía alemana en la República de Weimar. Acabó siendo absorbido por el NSDAP. (N. del T.)

[10] *Völkisch*. La palabra *Volk* debe traducirse como «pueblo». Pero lo que entraña en sí la noción de *völkisch* va mucho más allá, lo cual la convierte en un término difícil de traducir. Esto se debe a que su interpretación es prácticamente ilimitada, dependiendo siempre del concepto al que vaya unido. Tal como el propio autor explicará en el capítulo I del volumen II de la presente obra, esto mismo ocurre con otros conceptos igualmente difíciles de delimitar, como por ejemplo el término «religioso».

La concepción *völkisch*, en palabras de Hitler, «afirma el valor de la Humanidad en sus elementos raciales de origen», pues deja de lado las doctrinas universales e igualitarias que anulan la potencialidad de las diferentes razas, y de los mejores individuos dentro de éstas.

Inicialmente el movimiento *völkisch* cultivó, de una manera un tanto romántica, el interés sentimental y patriótico por el folclore, por la idea de la unidad alemana, por la nostalgia de un pasado común, es decir, un volver a la tierra y a la tradición. Se trata pues de un movimiento nacionalista en base a un origen cultural, histórico y étnico común.

Pero hay tres puntos fundamentales que tener en cuenta a la hora de tratar el fenómeno *völkisch*:

1º El desarraigo producido por la expansión indiscriminada de la Revolución industrial, acelerando la despoblación de los campos y creando masas de proletarios en barrios deshumanizados en las grandes capitales. La nostalgia de una vida rural y sana que se iba perdiendo, con el empobrecimiento cultural y folclórico que ello conllevaba, hizo engrosar los movimientos *völkisch* como resistencia.

2º El sistema político liberal desplazaba instituciones milenarias muy arraigadas y que eran muy representativas de todos los niveles sociales del pueblo. El sistema de partidos se imponía de una manera que reflejaba el oportunismo y una manera falsa de hacer política. No sólo resurgía la nostalgia sobre instituciones antiguas, sino el recuerdo relativamente reciente por aquel entonces sobre una mayor eficacia que a su vez se fundamentaba en valores humanos de lealtad y honestidad.

3º Algunos lugares, muy especialmente Austria, tras la unificación del Segundo Imperio Alemán, quedaron huérfanos de la patria común. El movimiento *völkisch* representó durante décadas el anhelo de esa unión perdida. Austria había sido durante siglos el país dirigente de todo el Imperio Alemán. Tras el desmembramiento del Sacro Imperio Romano Germánico después de la invasión napoleónica, Prusia relevó a Austria en su hegemonía sobre el resto de Alemania. Los austriacos, a partir de ese momento se quedaron formando parte del Imperio Austro-Húngaro donde, como alemanes, eran minoría. Gran parte de la población simpatizó con los movimientos *völkisch*, cuya idea no era dominar al resto de nacionalidades del Imperio sino unirse a la patria común alemana, de la que se habían quedado fuera. (N. del T.)

[11] Cuando Francisco II, que fue el último Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico —el cual fue disuelto tras la invasión napoleónica—, pasó a ser únicamente Emperador de Austria, con el nombre de Francisco I, la Corona y la Maza, como insignias imperiales, fueron mantenidas en Viena.

Después de que el Imperio Alemán fuera refundado en 1871 bajo el gobierno de Guillermo I, hubo ciertas demandas para que las Insignias fueran transferidas a Berlín, pero estas peticiones no fueron atendidas. Hitler las llevó a Alemania tras el *Anschluss*

El clamor del pueblo austro-alemán en los días del derrumbamiento del Estado de los Habsburgo a favor de una unión con la madre patria alemana, fue tan sólo el resultado de un sentimiento de anhelo por el retorno hacia la patria nunca olvidada; un sentimiento profundamente adormecido en el corazón de un pueblo entero. Sin embargo, esto jamás habría sido explicable si la educación histórica de cada austro-alemán no se hubiera convertido en el origen de un sentimiento general. En esta educación se oculta una fuente que nunca se agota; que especialmente en las épocas de olvido, y como un murmullo silencioso del pasado, exhorta a mirar hacia el futuro dejando a un lado los placeres momentáneos.

Las clases de historia mundial en las tan nombradas *Mittelschule*[12] aún hoy dejan mucho que desear. Pocos profesores comprenden que el objetivo de una clase de historia nunca, de ninguna manera, se debe basar en la memorización de fechas y acontecimientos históricos, en que un joven conozca exactamente cuándo se libró esta o aquella batalla, cuándo nació un general, o (la mayoría de las veces sin sentido) cuándo se colocó un monarca la corona de sus antecesores. No, por Dios, esto carece de importancia.

«Aprender» historia significa buscar y encontrar las fuerzas que motivaron las causas de aquellos efectos que ahora observamos como acontecimientos históricos.

El arte de la lectura, como el del aprendizaje, consiste en esto: retener lo fundamental, olvidar lo irrelevante.

Fue quizá decisivo para mi vida posterior el que se me concediera la suerte de tener como profesor de Historia a uno de los pocos que la entendían desde este punto de vista, y que en consecuencia así la enseñaba. Mi antiguo profesor Leopold Pötsch, de la *Realschule* de Linz, verdaderamente encarnaba este requisito de una manera ideal. Este anciano profesor, tan amable como decidido en sus manifestaciones, era capaz con su deslumbrante elocuencia, no sólo de cautivar nuestra atención, sino también de apasionarnos verdaderamente.

Todavía hoy me acuerdo con cariñosa emoción de aquel viejo profesor que, en el calor de sus explicaciones, nos hacía olvidar el presente, nos fascinaba con el pasado, y con el que, penetrando en la tenue bruma de los siglos, los áridos recuerdos históricos cobraban vida. Nosotros le escuchábamos muchas veces dominados por el más intenso entusiasmo, y otras, profundamente apenados o conmovidos.

La suerte que tuvimos de contar con este profesor fue aún mayor, pues supo iluminar el pasado desde el presente, y además, extraer las consecuencias que el pasado tendría para la actualidad. De esta manera, él comprendía mejor que ningún otro los porqués de todos los problemas diarios que por aquel entonces nos dejaban sin aliento. Convirtió nuestro pequeño fanatismo nacional en un medio para nuestra educación, apelando más de una vez a nuestro sentimiento de honor nacional para llamarnos al orden más rápido de lo que habría sido posible por cualquier otro método. Este profesor hizo de la Historia mi asignatura predilecta. De esa forma, ya en aquellos tiempos me convertí en un joven revolucionario, sin que tal fuera el objeto de mi educador.

Pero, ¿quién con un profesor así podía aprender Historia alemana sin transformarse en enemigo de un Estado, cuya Casa Imperial tan desastrosa influencia ejercía sobre el destino de la nación? ¿Quién podía permanecer fiel al Emperador de una dinastía que, en el pasado y en el presente, traicionó siempre los intereses del pueblo

austriaco, exponiéndolas en Núremberg durante el Congreso del Partido en septiembre de 1938. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

[12] *Mittelschule* .Término general para designar a las escuelas de enseñanza secundaria. (N. del T.)

germánico en aras de mezquinos beneficios personales? ¿Acaso no sabíamos que el Estado austro-húngaro no sentía ni podía sentir afecto por nosotros los alemanes?

La comprensión histórica de las actuaciones de la casa de Habsburgo, se vio refrendada a través de las experiencias diarias. En el norte y en el sur, el veneno de los otros pueblos comenzaba a devorar el cuerpo de nuestra Nación, convirtiendo hasta la misma Viena en una ciudad cada vez más antialemana. La Casa Imperial favorecía a los checos siempre que era posible, siendo al final la mano de la Diosa Justicia y de las leyes compensatorias la que hizo que el adversario principal del germanismo austriaco, el Archiduque Francisco Fernando[13], cayera bajo el mismo plomo que él ayudó a fundir. Francisco Fernando era precisamente el símbolo de las influencias ejercidas desde el poder para lograr la eslavización de Austria-Hungría.

Enormes eran los sacrificios que se exigían al pueblo alemán tanto en el pago de impuestos como en el cumplimiento de los deberes militares, y no obstante, cualquiera que no estuviese ciego podía reconocer que todo aquello iba a ser inútil. Pero lo que a nosotros nos resultaba más doloroso era que el sistema estaba moralmente apoyado por la alianza con Alemania, y que la lenta extirpación de los sentimientos germánicos tenía, hasta cierto punto por lo menos, la aquiescencia de la propia Alemania. La hipocresía de los Habsburgo, con la que se pretendía dar en el extranjero la apariencia de que Austria todavía continuaba siendo un Estado alemán, hacía acrecentar el odio contra la Casa Real Austriaca hasta alcanzar la indignación y, al mismo tiempo, el desprecio.

En el Reich, los llamados por aquella época *Berufenen* (gobernantes) eran los únicos incapaces de ver nada de todo esto. Como alcanzados por la ceguera, caminaban al lado de un cadáver creyendo descubrir en los síntomas de descomposición los indicios de una «nueva» vida.

En la desgraciada alianza del joven Imperio alemán con el ilusorio Estado austriaco radicó el germen de la Guerra Mundial y también el de la ruina.

En el curso de este libro he de ocuparme con detenimiento del problema. Basta advertir aquí que en realidad ya en mi juventud llegué a la comprensión de una idea que jamás me abandonaría y que me imbuiría por completo: que la protección del germanismo suponía el fin de Austria, y que además el sentimiento nacionalista no es lo mismo que el patriotismo dinástico; pero sobre todo, que la casa real de los Habsburgo acabaría arruinando toda la nación alemana.

Ya entonces saqué conclusiones de todas estas convicciones: amor ardiente hacia mi Patria austro-alemana y odio profundo contra el Estado austriaco.



La clase de pensamientos históricos que se me inculcó en la escuela no me han abandonado después. La historia mundial se convirtió para mí en una inagotable fuente de entendimiento de los hechos históricos del momento, es decir, de la política. Mas yo no quería aprender política, sino que era ella la que me debía enseñar. De este modo me convertí muy temprano en un «revolucionario» de lo político, así como de lo artístico.

La capital de la Alta Austria gozaba por aquel tiempo de un teatro relativamente aceptable. En él se representaba casi todo. A los doce años vi por primera vez *Guillermo*

[13] El Archiduque Francisco Fernando, sobrino y heredero del Emperador Francisco José, estaba casado con Sofía Chotek, dama checa de palacio. Partidario de hacer concesiones a los pueblos eslavos del Imperio, fue asesinado precisamente por unos bosnios «paneslavistas» en Sarajevo el año 1914. Este atentado fue el que desató la Primera Guerra Mundial. (Nota de *Mi Lucha*, 1996, Chile —edición española)

Tell y, algunos meses después, *Lohengrin*, la primera ópera a la que asistí en mi vida. Me sentí inmediatamente cautivado. Mi entusiasmo juvenil por el Maestro de Bayreuth no conocía límites. Me sentía cada vez más atraído por su obra, y considero hoy una suerte especial, el que a través de la sencillez de las presentaciones teatrales provincianas se me hiciera posible el poder apreciar la exaltación de obras posteriores.

Todo esto, especialmente tras pasar la edad más problemática (la cual había sido tan dolorosa para mí), fortificaba mi profunda aversión por la profesión que mi padre había elegido para mí. Cada vez más me convencía de que nunca sería feliz como empleado público, y desde que en la *Realschule* mi talento para el dibujo fuera reconocido, la decisión se hizo en mí todavía más férrea.

Ni ruegos ni amenazas serían capaces de modificar esta decisión. Yo quería ser pintor, y ni por todo el oro del mundo funcionario público. Y cosa singular fue que con el transcurrir de los años mis intereses fueran orientándose cada vez más hacia la Arquitectura.

Consideré esto, en aquel tiempo, como un complemento lógico de mis aptitudes artísticas, alegrándome íntimamente de ver ampliados mis horizontes artísticos.
En aquél momento no podía imaginar que las cosas llegarían a acontecer de forma tan distinta.



La cuestión de mi futura profesión debía resolverse más pronto de lo que yo esperaba, pues a la edad de trece años perdí repentinamente a mi padre.

Una apoplejía se llevó a un hombre todavía robusto, poniendo fin de manera indolora a su existencia terrenal, y dejándonos sumidos en el más hondo dolor. En su opinión, lo que más anhelaba, esto es, facilitar la existencia de su hijo para guardarle de la amarga trayectoria que él mismo había experimentado, no lo había conseguido. Pero apenas sin saberlo, sentó las bases de un futuro que ni él ni yo habríamos previsto.

Mi madre, siguiendo el deseo de mi difunto padre, se sintió obligada a dirigir mi educación, es decir, mi preparación para la carrera de funcionario. Pero yo, personalmente, me hallaba decidido más que nunca a no seguir de ningún modo esa profesión. En la *Mittelschule* las materias estudiadas o el modo de enseñarlas se alejaban cada vez más de mi ideal, y yo me volvía cada vez más indiferente a su estudio. Y he aquí que una enfermedad vino en mi ayuda y en pocas semanas decidió mi futuro, poniendo término a la constante controversia familiar. Una grave afección pulmonar hizo que el médico aconsejase a mi madre, con el mayor empeño, que no me permitiera en el futuro dedicarme a trabajos de oficina. La asistencia a la *Realschule* debería suspenderse también por lo menos durante un año. Aquello que durante tanto tiempo había deseado y por lo que tanto luché, ahora, por esa razón, de una vez por todas se transformó en realidad.

Mi madre, bajo la impresión de la dolencia que me aquejaba, decidió que debía abandonar el colegio para ingresar en una academia.

Fueron aquéllos los días más felices; tanto, que casi me parecieron un hermoso sueño. Y sólo un sueño debieron ser, pues la muerte de mi madre dos años después provocó que todos aquellos bellos planes tuvieran un abrupto final.

Fue la conclusión a una larga y dolorosa enfermedad que desde un principio mostró pocas perspectivas de curación; con todo, el golpe me afectó profundamente. A mi padre lo veneré, pero a mi madre la amaba.

La miseria y la dura realidad me obligaron a adoptar una pronta resolución. Los escasos recursos que dejara mi pobre padre fueron agotados en su mayor parte durante la grave enfermedad de mi madre, y la pensión de huérfano que me correspondía no alcanzaba ni para subvenir a mi sustento; me hallaba, por tanto, sometido a la necesidad de ganarme la vida de cualquier modo.

Con una maleta llena de ropa en la mano y una voluntad imperturbable en el corazón, así partí hacia Viena. Lo que mi padre había logrado cincuenta años atrás, esperaba yo también obtenerlo del Destino; también yo quería llegar a ser «algo», pero en ningún caso funcionario.

Capítulo II
AÑOS DE APRENDIZAJE Y SUFRIMIENTO EN VIENA

Cuando mi madre murió, mi Destino en cierto sentido ya se había definido. Durante sus últimos meses de enfermedad me dirigí a Viena para realizar el examen de ingreso en la Academia. Cargado con un grueso bloc de dibujo me puse en camino hacia la capital austriaca convencido de poder aprobar el examen sin dificultad. En la *Realschule* era ya, sin ninguna duda, el primero de la clase en dibujo artístico; desde entonces, mi talento había progresado extraordinariamente, por lo que mi propia satisfacción me hacía esperar lo mejor de una manera orgullosa y feliz.

Sólo me afligía una cosa: mi talento para la pintura parecía superado por mi afición al dibujo, sobre todo en el campo de la arquitectura. Al mismo tiempo, crecía cada vez más mi interés por el arte de las construcciones. Más intenso se volvió ese interés cuando, a punto de cumplir los dieciséis años, viajé por primera vez a Viena durante dos semanas. Fui a estudiar la galería de arte del Hofmuseum, pero en realidad sólo tuve ojos para el museo en sí. Pasé todo el día, desde por la mañana temprano hasta bien entrada la noche, de un monumento a otro, aunque en realidad fueron los edificios los que más poderosamente llamaron mi atención. Pasé largas horas parado ante la ópera o delante del edificio del Parlamento. La Ringstrasse era como un cuento de las mil y una noches[14].

Ahora me encontraba por segunda vez en la gran ciudad, esperando con ardiente impaciencia y al mismo tiempo con orgullosa confianza el resultado de mi examen de ingreso. Estaba tan plenamente convencido del éxito de mi examen, que el suspenso me hirió como un inesperado relámpago cayendo del cielo. Pero así fue. Cuando hablé con el director para preguntarle las causas de mi no admisión en la escuela pública de pintura me declaró que, por los dibujos que había presentado, se evidenciaba mi ineptitud para la pintura y que mis cualidades apuntaban nítidamente hacia la arquitectura. En mi caso, añadió, no debía asistir a la Academia de Pintura sino a la Escuela de Arquitectura. Me resultó incomprensible puesto que hasta ese momento no había asistido a ninguna escuela especializada ni había recibido ninguna lección sobre arquitectura.

Abatido, abandoné el soberbio edificio de la Schillerplatz, sintiéndome por primera vez en mi vida en lucha conmigo mismo. Lo que el director me había dicho respecto a mi capacidad actuó sobre mí como un rayo deslumbrante, para evidenciar una lucha interior que desde hacía mucho tiempo venía soportando sin hasta entonces poder darme cuenta del porqué y del cómo.

En poco tiempo supe que un día llegaría a ser arquitecto.

Ciertamente el camino sería muy duro, porque lo que hasta el momento había desaprovechado por terquedad en la *Realschule* me iba a pasar ahora factura. La asistencia a la Escuela de Arquitectura dependía de la asistencia a la Escuela Técnica de Construcción, y el acceso a la misma exigía el bachillerato de la escuela secundaria. Todo esto me faltaba. La realización de mis sueños de artista ya no me era posible de ninguna de las maneras.

[14] Avenida que pasa junto al Canal del Danubio y da la vuelta al núcleo monumental de Viena. (Nota de *Mi Lucha*, 1996, *op. cit.*)

Al morir mi madre fui a Viena por tercera vez y permanecí allí algunos años. La tranquilidad y una firme resolución volvieron a mí en el curso de aquel intervalo.

La antigua obstinación se imponía, y con ella, la persistencia en la realización de mi objetivo. Quería ser arquitecto, y como las dificultades no se dan para capitular ante ellas sino para ser vencidas, mi propósito fue superarlas teniendo presente el ejemplo de mi padre que, de humilde muchacho aldeano, lograra hacerse un día funcionario del Estado. Las circunstancias me eran desde luego más propicias, y lo que entonces me pareciera una jugada del Destino, lo considero hoy una sabiduría de la Providencia. Tomado en los brazos de la Diosa de la Miseria y amenazado a menudo con despedazarme, la voluntad creció ante la adversidad, resultando finalmente vencedora. Debo a aquellos tiempos mi dura resistencia de hoy y la tenacidad de mi carácter. Pero más que eso, les agradezco que me sacaran de la vacuidad de una vida acomodada, que arrancaran al niño mimado de los tiernos brazos de su madre para ofrecérselo como su nuevo hijo a la adversidad; les agradezco, en definitiva, que me arrojaran al mundo de la miseria y de la pobreza donde debí conocer a aquellos por quienes lucharía después.



En aquella época debí también abrir los ojos frente a dos peligros que antes apenas conocía, y que nunca pude pensar que llegasen a tener tan espeluznante trascendencia para la vida del pueblo alemán: el MARXISMO y el JUDAÍSMO.

Viena, la ciudad que para muchos representa la encarnación de un inocente júbilo, de un lugar festivo para risueños mortales, es para mí el recuerdo vivo de uno de los momentos más tristes de mi vida.

Todavía hoy esa ciudad sólo puede despertarme melancólicos pensamientos. Cinco años de miseria y calamidad encierra el nombre de esa ciudad feacia[15] para mí. Cinco años en los que tuve que trabajar, primero como peón y luego como pequeño pintor, para ganarme el pan; a decir verdad, el escaso pan que nunca bastaba para satisfacer mi hambre habitual. Fue el hambre por aquel entonces mi más fiel guardián, que casi nunca me abandonaba e, inexorable, compartía conmigo todas las circunstancias de la vida. Cada libro que adquiría exigía de su participación; una visita a la ópera provocaba también días de sacrificio. ¡Qué constante fue la lucha con tan despiadado compañero! Y a pesar de ello, en ese tiempo aprendí más que en cualquier otra época de mi vida. Aparte de mis estudios de arquitectura y de las raras visitas a la ópera realizadas a costa del sacrificio del estómago, mi único placer lo constituía la lectura.

Por aquella época leía mucho y concienzudamente. El tiempo libre que me quedaba tras el trabajo lo dedicaba por completo a mis estudios. En pocos años conseguí cimentar las bases de unos conocimientos de los que aún hoy me sirvo. Pero hay algo más que todo eso:

En aquellos tiempos se formó en mí una imagen del mundo, una cosmovisión o *Weltanschauung*[16], que se convirtió en la base granítica de mi proceder actual. A mis

---

[15] Los feacios fueron un legendario pueblo mencionado en la *Odisea* de Homero. Supuestamente vivieron en una isla al este del Mediterráneo, tal vez en Corcyra, la actual Corfu. Amaban la buena vida por encima del trabajo, por eso el nombre feacio tiene hoy un significado de parásito. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

[16] *Weltanschauung* significa literalmente «visión del mundo», aunque se puede traducir también por «concepción del mundo», o «cosmovisión», es decir, visión del universo, pues ambos términos se equivalen. Con *Weltanschauung* unimos un sentido de creencia y una certitud ideológica, todo ello basado en el concepto supranatural, propio de la raza aria, llegando incluso hasta lo eminentemente espiritual y divino. Se dice que los arios tienen un pie en la Tierra y el otro en el Cielo, cosa que alude de algún modo a la antigua creencia aria de una guerra eterna librada en dos planos, terrestre y celeste, entre los hijos de la Luz y los hijos de las Tinieblas. *Weltanschauung*, al indicar una visión del mundo, implica una actitud determinada ante la vida. (N. del T.)

experiencias y conocimientos adquiridos entonces, poco tuve que añadir después; no hizo falta modificar nada. Al contrario.

Hoy estoy firmemente convencido de que, en general, todas las ideas constructivas, en aquellos casos en que realmente existan, se manifiestan ya en la juventud. Yo establezco diferencias entre la sabiduría de la vejez, que sólo con gran cuidado y solidez puede aparecer como resultado de una larga vida de experiencias, y la genialidad de la juventud, la cual, con una fertilidad inagotable, derrama pensamientos e ideas imposibles de aplicación inmediata debido a su abundancia. Estas ideas proporcionan los materiales y los planes de futuro de los que la sabia vejez se servirá para colocar su piedra, esculpirla y terminar la obra, a menos que esa sabiduría ahogue la genialidad de la juventud.



La vida que había llevado hasta entonces en mi casa paterna se diferenciaba poco o nada de la de los demás. No me preocupaba el día de mañana, y tampoco me desvelaba ningún problema social. El ambiente que rodeó mi juventud giraba en torno a los círculos de la pequeña burguesía, es decir, un mundo que guardaba poca relación con la clase netamente obrera. Pues aunque a primera vista resulte paradójico, el abismo que separa a esta clase —en absoluto desahogada económicamente— y al «trabajador del puño»[17], es más profundo de lo que a menudo se pueda pensar. El motivo de esta división —llamémosla casi hostilidad— radica en el temor de una clase social que se elevó desde hace bien poco por encima de la clase obrera, a volver al antiguo y poco apreciado status, o tan siquiera, a ser considerada todavía como perteneciente a este grupo. A esto hay que añadir que para muchos resulta repulsivo el simple recuerdo de la miseria cultural de la clase proletaria y del trato grosero de esas gentes entre sí, con lo cual, por insignificante que sea su nueva posición social, llega a hacérseles insoportable todo contacto con gentes de un nivel cultural que ya superaron.

Así, sucede habitualmente que es más fácil para quienes verdaderamente pertenecen a las clases más elevadas descender hasta el nivel de sus más bajos semejantes, que para los «advenedizos». Y con este término me refiero a todo aquel que por propio esfuerzo sale de la clase social a la que pertenece para situarse en un nivel superior. Ese rudo y frecuente batallar acaba por destruir en ellos el sentimiento de conmiseración, pues la propia y dolorosa lucha por la existencia anula toda sensibilidad hacia los que quedan relegados.

En este sentido el destino fue compasivo conmigo. Las circunstancias me obligaron a regresar a la vida de pobreza e inseguridad que mi padre logró superar a lo largo de su vida; y con ello, la venda que cubría mis ojos, fruto de una humilde educación burguesa, finalmente cayó. Aprendí a conocer a los hombres y a diferenciar entre su apariencia hueca o aspecto brutal, y su Ser interior.

A finales de siglo, Viena ya pertenecía a las ciudades más decadentes socialmente hablando. Fastuosa riqueza y repugnante miseria se entremezclaban en un violento contraste. Tanto en el centro como en los demás distritos céntricos, se sentía el pulso de un Imperio formado por 52 millones de habitantes con la dudosa fascinación de un Estado formado por nacionalidades diversas. La Corte, con su pompa

[17] En la Alemania del Tercer Reich había una expresión: *Arbeiter der Stirn und Arbeiter der Faust,* que literalmente quiere decir «trabajador de la frente y trabajador del puño», es decir, se hacía una distinción no discriminatoria entre el trabajador intelectual y el obrero manual o del proletariado remarcando que todos ellos trabajaban por lo mismo: La Gloria de su Pueblo y de su Raza. (N. del T.)

deslumbrante, obraba como un imán sobre la riqueza y la clase intelectual del resto del Imperio. Además, a todo esto se unió la fuerte centralización de la Monarquía de los Habsburgo en sí y por sí misma, presentando de esta forma la única posibilidad de mantener unidos de una manera más compacta a toda esa promiscuidad de pueblos. Como resultado, no obstante, las más altas autoridades se concentraron en la capital y sede del gobierno.

Sin embargo, Viena no era sólo el centro político e intelectual de la vieja Monarquía del Danubio, sino que constituía también su centro económico. Frente al enorme conjunto de oficiales de alta graduación, funcionarios, artistas y científicos, se alzaba un ejército mucho más numeroso de proletarios, y de igual forma, una degradante miseria frente a la riqueza de la aristocracia y del comercio. Delante de los palacios de la Ringstrasse holgazaneaban miles de parados, e igualmente, en los trasfondos de esa *Via Triumphalis* de la antigua Austria se agrupaban vagabundos entre la penumbra y el fango de los canales.

En ninguna ciudad alemana podía estudiarse mejor que en Viena el problema social. Pero hay que tener cuidado, pues estos «estudios» no pueden realizarse desde arriba hacia abajo, ya que quien no se haya encontrado asfixiado por esta serpiente jamás conocerá su mordedura. Cualquier otro camino llevaría tan sólo a una charlatanería banal o a un falso sentimentalismo, y ambos son igualmente perjudiciales. La una porque nunca logra penetrar el problema en su esencia, y el otro porque lo evade. Desconozco qué es más funesto: si la actitud de no querer ver la miseria social, como hace la mayoría de los favorecidos por la suerte o encumbrados por su propio esfuerzo, o la de aquellos no menos arrogantes y a menudo faltos de tacto pero dispuestos siempre a aparentar una gentil condescendencia y empatía hacia los sentimientos y miserias del pueblo por una cuestión de moda. En cualquier caso, estas personas hacen siempre más daño del que puede concebir su comprensión desarraigada del instinto humano; de ahí que ellas mismas se sorprendan ante el resultado nulo de su acción de «sentido social» y hasta sufran a menudo la decepción de un airado rechazo, al cual consideran como una prueba de la ingratitud del pueblo.

No cabe en el criterio de tales gentes comprender que una acción social no debe exigir el tributo de la gratitud, pues no se trata de prodigar mercedes, sino de restablecer derechos.

Me cuidé de estudiar la cuestión social de esta manera, pues arrastrándome al influjo de su sufrimiento, parecía como si el Destino no quisiera que yo «aprendiese» en qué consistía el problema social, sino más bien, que lo experimentase en mí mismo. No fue mérito suyo por tanto, que yo a pesar de todo superase sano y salvo la prueba.



Cuando hoy intento restituir la serie de sensaciones que tenía entonces, nunca se produce de manera completa; aquí sólo van a presentarse las impresiones más esenciales y que a menudo más me impactaron, junto con algunas de las enseñanzas que he aprendido hasta el momento.



Por aquel entonces no me resultó difícil encontrar trabajo, pues no buscaba puestos especializados, sino más bien como ayudante o peón, listo para realizar cualquier tipo de tarea que se preciara como trabajador eventual, para ganarme el pan.

De esta manera, me puse en la piel de todos aquellos que se sacudieron el polvo de Europa de sus pies para crear una nueva civilización en el Nuevo Mundo y fundar una nueva Patria con inexorable determinación. Desligados de todos los anteriores prejuicios paralizantes en lo referente a la profesión y clase social, al entorno y la tradición, toman cada salario que se les ofrece y aceptan cualquier trabajo, cada vez más imbuidos con la idea de que el trabajo honesto, sea cual sea, nunca es deshonroso. Así, yo también estaba decidido a saltar y penetrar con ambos pies en un mundo que también era nuevo para mí.

En Viena me di cuenta de que siempre existía la posibilidad de encontrar alguna ocupación, pero que ésta desaparecía con la misma facilidad con que se conseguía. La inseguridad en la obtención del pan cotidiano me pareció enseguida el lado más oscuro y pesado de mi nueva vida. Bien es cierto que el obrero «cualificado» no es despedido de su trabajo tan comúnmente como uno que no lo es; mas aquí tampoco está libre de correr igual suerte, pues la escasez de trabajo por cierre patronal o bien por huelga de los trabajadores, provocaban que tampoco él pudiera ganarse la vida. En estos casos, la inseguridad de ganarse el sustento tiene fuertes repercusiones sobre toda la economía.

El joven campesino se dirige a la capital atraído por el supuesto o incluso real trabajo fácil, por la corta jornada laboral, y sobre todo por la luz cegadora que desprende la gran ciudad. Aun así está acostumbrado a contar con cierta seguridad salarial, por lo que se cuida de abandonar su antiguo puesto hasta que al menos uno nuevo aparece. Al final, dada la gran escasez de mano de obra agrícola, la probabilidad de permanecer desempleado por mucho tiempo es prácticamente nula. Es por tanto un error creer que el joven trabajador que se dirige a la ciudad sea, a priori, de peor calaña que el que permanece trabajando la tierra. Al contrario: la experiencia demuestra que los más sanos y activos son todos aquellos elementos que emigran, y no al revés. Entre esos «emigrantes» se deben contar no sólo los que van a América, sino también los jóvenes que se deciden a abandonar su pueblo para dirigirse a las grandes capitales extranjeras. También éstos están dispuestos a aceptar una suerte incierta. La mayoría llega a la gran ciudad con algo de dinero, de tal manera que no tengan que desanimarse los primeros días si están mucho tiempo sin encontrar trabajo. Peor es, sin embargo, volver a perder en poco tiempo un trabajo ya encontrado. Conseguir otro, sobre todo en invierno, es difícil si no imposible. En las primeras semanas la situación es todavía soportable, pues recibe el subsidio por desempleo y pasa como puede los días. No obstante, cuando ha gastado su último céntimo, cuando el sindicato, como consecuencia de la dilatada duración de la falta de trabajo, también suspende los subsidios, es cuando viene la gran miseria. Entonces, famélico, deambula de un lado para otro, empeña o vende a menudo sus últimas cosas, y su ropa se deteriora cada vez más, hundiéndose en un abismo que acaba envenenándole el cuerpo y el alma. Se queda sin casa, en la calle, y si esto ocurre en pleno invierno (como suele ocurrir), entonces la miseria aumenta. Finalmente encuentra algún trabajo, pero el juego vuelve a repetirse. Una segunda vez las cosas sucederán como la primera, a la siguiente se volverán todavía más difíciles y así, poco a poco, aprende a soportar con indiferencia la eterna inseguridad. Al final, la repetición se acaba convirtiendo en costumbre.

De esta forma, el hombre, en otro tiempo trabajador, abandona por completo su antigua concepción de la vida para transformarse poco a poco en un ciego instrumento de aquellos que le utilizan para la satisfacción de los más bajos provechos. Se quedó tantas veces sin trabajo que, una vez más, nada le importa. Así, cuando no se trate de la lucha por los derechos económicos del trabajador, sino de la destrucción de los valores

políticos, sociales o culturales, se convertirá, si no en un entusiasta de las huelgas, al menos en un ser indiferente.

Tuve la oportunidad de observar esta evolución detenidamente en miles de ejemplos. Cuanto más observaba estos hechos, tanto más crecía mi aversión por unas ciudades multitudinarias que apiñaban a los trabajadores, para después despreciarlos tan cruelmente. Cuando estos llegan a las grandes ciudades todavía se sienten unidos a su propio pueblo; pero una vez permanecen en ellas este vínculo se rompe.

También yo debí experimentar en la gran urbe los efectos de ese Destino y sufrirlos moralmente. Entonces, observé otra cosa más: la constante alternancia entre la ocupación y la falta de trabajo y viceversa, así como la consiguiente eterna fluctuación de los ingresos y los gastos, destruían a la larga tanto el sentido del ahorro como una posible organización inteligente de la vida. Aparentemente, el organismo humano se acostumbra paulatinamente a vivir en la abundancia en los buenos tiempos y a sufrir hambre en los malos. El hambre destruye cada intento de organización sensata para futuras épocas mejores, y esto se debe a que los tormentos que el hambriento tiene que soportar los intenta compensar psicológicamente a través de un espejismo mental duradero en el que se imagina una vida llena de abundancia. Finalmente, como este sueño se acaba convirtiendo en un ansia, este deseo enfermizo termina por eliminar toda auto-moderación tan pronto como el trabajo y el salario de alguna manera lo permiten. Así se explica que aquel que apenas ha logrado conseguir trabajo, olvida toda previsión y vive tan desordenadamente que hasta el pequeño presupuesto semanal del gasto doméstico resulta alterado; al principio, el salario alcanza sólo para cinco días en lugar de siete; después únicamente para tres y, por último, escasamente para un día, despilfarrándolo todo en una noche.

A menudo hay mujer e hijos en casa. Algunas veces también ellos se contaminan de esa vida, especialmente si el padre de familia es en el fondo bueno con ellos y los quiere a su manera. Resulta entonces que en dos o tres días se consume en casa el salario de toda la semana; se come y se bebe mientras el dinero alcanza, para después soportar hambre durante los últimos días. La mujer recurre entonces a la vecindad pidiendo miserias y contrayendo deudas con los tenderos, buscando así pasar los últimos días de la semana.

A la hora de la comida se sientan todos juntos delante de unos pobres platos —otras veces delante de nada—, y esperan el sueldo del día siguiente, hablando sobre ello, haciendo planes, y soñando de nuevo con la felicidad venidera mientras pasan hambre. Así se habitúan los hijos, desde su niñez, a este cuadro de miseria.

La situación puede acabar de la peor manera cuando el padre de familia, desde un comienzo, sigue su camino solo, dando lugar a que la madre, precisamente por amor a sus hijos, se ponga en su contra. Entonces surgen disputas y escándalos en una medida tal que cuanto más se aparta el marido del hogar, más se acerca al vicio del alcohol. Se embriaga casi todos los sábados y entonces la mujer, por puro instinto de conservación —por su bien y el de sus hijos—, se ve envuelta en grandes quebraderos de cabeza para gestionar los pocos céntimos que logra arrebatarle a su marido en el trayecto de la fábrica a la taberna. Así, por fin, el domingo o el lunes por la noche llega el marido a casa, ebrio y brutal, después de haber gastado hasta el último céntimo, produciéndose a menudo escenas horribles dignas de compasión.

Lo he experimentado cientos de veces. Al principio lo contemplaba asqueado e indignado; luego, comprendía la tragedia de tanta miseria en toda su magnitud, así como sus causas fundamentales. Víctimas desgraciadas por culpa de malvadas circunstancias.

Las condiciones de habitabilidad, por aquel entonces, eran incluso peores. La escasez de casas para los jornaleros de Viena era deprimente. Todavía hoy me estremezco cuando pienso en aquellas tétricas madrigueras, en los albergues y las habitaciones colectivas, en aquellos sombríos cuadros de repugnante suciedad y escándalos.

¡Qué nos deparará el futuro, si de esos antros de miseria no hacen más que surgir hordas de esclavos liberados arrollándose entre sí sobre una humanidad irreflexiva y despreocupada!

Qué despreocupado es este otro mundo.

Sin pensar, han permitido que todo esto prosiga sin sospechar —por su falta de instinto— que tarde o temprano el destino debe proceder a tomar represalias si los hombres no acaban reconciliándose con él.

Cuánto agradezco hoy a la Providencia el haberme mandado a esa escuela. Allí, no pude librarme de aquello que no era de mi complacencia. Esa escuela me educó pronto y con rigor.

Para no desesperar —por la clase de gente que por entonces me rodeaba— fue necesario que aprendiese a diferenciar entre su vida y naturaleza exterior, y los motivos que les habían conducido a ello. Sólo así podía uno soportar esa situación sin desanimarse. De toda esa desgracia y miseria, de toda esa inmundicia y degeneración, ya no podían surgir hombres, sino sólo un triste producto, fruto de leyes injustas. En medio de ese ambiente, mi propia y dura suerte me cuidó de capitular en quejumbroso sentimentalismo ante los degradantes resultados de semejante proceso social.

No, no se debía dar paso a los sentimentalismos.

Ya en aquellos tiempos llegué a la conclusión de que sólo un doble procedimiento lograría mejorar la situación:

Establecer mejores condiciones para nuestro desarrollo mediante un profundo sentimiento de responsabilidad social, unido a una férrea decisión de anular a los depravados incorregibles.

Del mismo modo que la Naturaleza no concentra su mayor energía en el mantenimiento de lo existente, sino más bien en la selección de la descendencia como conservadora de la especie, así tampoco la vida humana debe actuar para mejorar artificialmente lo malo subsistente —imposible en un 99 por ciento de los casos, dada la índole del hombre—, sino por el contrario debe asegurar las bases más sanas para el nuevo ciclo de generación venidero.

En Viena, luchando por sobrevivir, me di cuenta de que la acción social jamás puede basarse en un ridículo e inútil lirismo de beneficencia. Debe partir de la eliminación de aquellas deficiencias que son fundamentales en la estructura económico-cultural de nuestra vida y que constituyen el origen de la degeneración del individuo, o por lo menos su inducción.

Los últimos y más brutales métodos contra la delincuencia de los enemigos del Estado ven dificultada su acción, debido en gran parte a la incertidumbre del juicio sobre las razones o las causas internas de estos fenómenos actuales.

Esa incertidumbre está fundada en la convicción de propia culpabilidad por las tragedias del pasado, inutilizando toda seria y firme resolución, y causando al mismo tiempo debilidad e indecisión en la ejecución de las medidas de conservación más necesarias.

Cuando advenga un tiempo en el que la sombra de la mala conciencia y del sentimiento de culpabilidad desaparezca, resurgirán entonces la estabilidad y la calma

interna, así como la fuerza exterior necesaria, para poder actuar de manera brutal y sin contemplaciones en la eliminación de los brotes dañinos y las malas hierbas.

El Estado austriaco desconocía prácticamente cualquier tipo de legislación social; de ahí su ineptitud patente para reprimir incluso las más crasas transgresiones.



No sabría decir qué es lo que más me horrorizó en aquel tiempo, si la miseria económica de mis compañeros de entonces, su rudeza moral o su ínfimo nivel cultural.

¡Cuánto se indigna nuestra burguesía al escuchar a un vagabundo cualquiera decir que le da lo mismo ser alemán o no serlo, y que se siente igualmente bien en todas partes con tal de tener para su sustento! Lamentan entonces esta falta de «orgullo nacional», y vituperan con acritud semejante modo de pensar.

¿Cuántos, no obstante, se habrán preguntado por qué tienen ellos «mejores» sentimientos?

¿Cuántos son los que entienden que los recuerdos sobre la grandeza de la Patria y de la Nación en todas las manifestaciones de la vida artística y cultural son los que inspiran el legítimo orgullo de poder formar parte de un pueblo tan capaz?

¿Cuántos piensan que la fuente de este orgullo está en relación directa con el conocimiento de las grandezas de la Patria en todos los dominios?

¿Reflexionan acaso nuestras gentes burguesas sobre cuán ridículos son tales conocimientos entre el pueblo como para ser fundamento del orgullo hacia la patria?

Nadie se disculpe con el argumento de que «en otros países las cosas suceden de igual manera» y que, no obstante, allí el trabajador se siente orgulloso de su nacionalidad. Aunque fuera así, no podría servir como excusa para nuestra propia negligencia. Las cosas no son exactamente así. Lo que nosotros siempre asociamos a una educación «chauvinista» de los franceses, por ejemplo, no es más que la exaltación de las grandezas de Francia en todos los ámbitos de la cultura, o de la «civilización», como la denominan nuestros vecinos. No se educa al joven francés para la objetividad, sino para las opiniones subjetivas siempre que se trate de la significación de las grandezas políticas o culturales de su Patria. Esa educación tendrá que estar siempre restringida a unos puntos de vista generales que mediante una incansable repetición —si es preciso— se graben en la memoria y en los sentimientos del pueblo.

En nuestro caso, en cambio, a los errores por omisión hay que sumarle la tergiversación de lo poco que el individuo tiene la suerte de aprender en la escuela. Las ratas del envenenamiento político de nuestro pueblo se encargarán también de devorar lo poco que la necesidad y la miseria han descuidado en el corazón y el recuerdo de la amplia masa.

Reflexiónese sobre lo siguiente:

En un sótano compuesto por dos habitaciones oscuras, vive una familia proletaria de siete miembros. Entre los cinco hijos, supongamos que hay uno de tres años, ya que ésta es la edad en que la conciencia del niño recibe las primeras impresiones, pues hasta en los más dotados se encuentran, incluso en la edad adulta, huellas del recuerdo de esta edad. El espacio es demasiado estrecho para tanta gente, por lo que no ofrece condiciones favorables para la convivencia; sólo por este motivo surgirán frecuentes riñas y disputas. Las personas aquí, por tanto, no viven unas con otras, sino que se comprimen unas contra otras. Todas las divergencias, sobre todo las pequeñas, que en viviendas espaciosas pueden ser compensadas a través de una ligera separación, conducen en estas condiciones a repugnantes e interminables peleas. Para

los niños esto es aún soportable, pues en tales circunstancias, si pelean entre ellos olvidan todo deprisa y completamente. No obstante cuando estas peleas se producen entre los padres casi cada día, con unas formas tan groseras que a menudo dejan mucho que desear, finalmente, si bien de manera lenta, tendrá que hacerse sentir entre los hijos. Quien desconoce tales ambientes difícilmente puede hacerse una idea del efecto que surge si esa discordia recíproca adopta la forma de groseros abusos del padre para con la madre y hasta de malos tratos en los momentos de embriaguez. A los seis años, el joven ya conoce cosas deplorables ante las cuales incluso un adulto sólo podría sentir horror. Envenenado moralmente, mal alimentado y con la pobre cabeza llena de piojos, ese joven «ciudadano» entra en la escuela.

A trancas y barrancas aprenderá —como mucho— a leer y escribir. En cuanto a estudiar en casa, ni hablar de ello. Más bien lo contrario. En presencia de los hijos, la madre y el padre hablan de la escuela de una manera tal que resulta imposible reproducirlo, estando siempre más preparados a soltar groserías que a sentar a los hijos sobre sus rodillas y darles consejos. Lo que las criaturas oyen en casa no conduce a fortalecer el respeto hacia las personas con las que van a convivir. Nada bueno parece existir en la Humanidad, siendo todas las instituciones denigradas, desde el profesor hasta las magistraturas más elevadas del Estado. Ya se trate de religión o de moral en sí, del Gobierno o de la sociedad, todo es igualmente ultrajado de la manera más torpe, y arrastrado al fango de los más bajos sentimientos. Cuando el muchacho, apenas con catorce años, sale de la escuela, es difícil saber lo que es más fuerte en él: si la increíble ignorancia en lo que a conocimientos y habilidades reales se refiere, o la corrosiva insolencia de su comportamiento unida a una inmoralidad que, a esa edad, pone los pelos de punta.

Ese hombre, para quien ya casi nada es digno de respeto, que nada grande ha conocido, y que, por el contrario, sólo sabe de vilezas humanas... tal criatura, repetimos, ¿qué posición podrá ocupar en una vida en la que él mismo está marginado?

Pasó de ser un niño de trece años, a tener quince y oponerse a cualquier tipo de autoridad. El muchacho sólo ha tomado contacto con la suciedad y la inmundicia, no habiendo conocido nada en lo que pueda mostrar un elevado entusiasmo. Pero ahora entra, por vez primera, en la gran escuela de la vida.

Entonces comienza la misma existencia que durante sus años de niñez conoció de su padre. Va de aquí para allá, vuelve a casa Dios sabe cuándo, golpea incluso a la sufrida criatura que antaño fue su madre, blasfema contra Dios y contra el mundo y, al fin, por cualquier motivo, es condenado y conducido a un correccional de menores. Allí recibirá los últimos retoques.

El mundo burgués sin embargo, se asombrará de la falta de «entusiasmo nacional» de este joven «ciudadano».

Esta burguesía ve tranquilamente cómo en el teatro y en el cine, y mediante la literatura obscena y la prensa inmunda, se echa sobre el pueblo día a día el veneno a borbotones, y se sorprende de la «falta de moral» y de la «indiferencia nacional» de la gran masa del pueblo. ¡Como si de esas repugnantes manifestaciones, de esos filmes canallescos y de tantos otros productos semejantes, pudiera surgir para el ciudadano el concepto de grandeza de la patria! Y todo esto sin considerar la educación recibida por el individuo en su primera juventud.

En ese momento llegué a comprender rápida y profundamente algo que nunca había sospechado:

El problema de la «nacionalización» de un pueblo consiste, en primer término, en crear sanas condiciones sociales como base de la educación individual. Porque sólo

aquél que haya aprendido en el hogar y en la escuela a apreciar la grandeza cultural, económica y, ante todo, la grandeza política de su propia Patria, podrá sentir y sentirá, el íntimo orgullo de ser súbdito de esa Nación. Pues sólo se puede luchar por aquello que se ama; y se ama sólo lo que se respeta; y únicamente se respeta aquello que se conoce.



Apenas se despertó mi interés por la cuestión social, me dediqué a estudiar a fondo el problema. Era hasta el momento un mundo nuevo y desconocido el que se abría ante mí. En los años de 1909 y 1910 se produjo también un pequeño cambio en mi vida. Ya no necesité ganarme la vida como peón, pues por entonces trabajaba ya independientemente como modesto dibujante y acuarelista. Vivía asfixiado en cuanto a las ganancias —difícilmente me llegaba para subsistir—, pero contento al ser la profesión que había elegido. Ya no volvía a casa por la noche como antiguamente, cansado hasta el extremo e incapaz de echar un vistazo a un libro sin quedarme dormido al poco tiempo. Mi trabajo corría paralelo a mi profesión artística. Ahora podía, como dueño de mi propio tiempo, distribuirlo mejor que antes.

Pintaba para ganarme la vida y estudiaba por placer. De este modo me fue posible lograr el complemento teórico necesario para mi apreciación íntima del problema social. Estudiaba prácticamente todo lo que encontraba en los libros dedicados a esta materia, profundizando por lo demás en mis propias ideas.

Creo que los que convivían conmigo en aquel tiempo me tomaron por un tipo extraño. Era natural también que satisficiese con ardor mi pasión por la arquitectura. Junto con la música, la arquitectura me parecía la reina de las artes. Mi actividad, en tales condiciones, no era un «trabajo», sino un gran placer. Podía quedarme a leer o a dibujar hasta bien entrada la noche sin sentir ningún cansancio. Así se fortalecía la convicción de que mi bello sueño, después de largos años, se transformaría en realidad. Estaba completamente convencido de llegar un día a alcanzar fama como arquitecto.

Me parecía muy lógico también que tuviese el máximo interés por todo lo que se relacionase con la política. Eso era, en mi opinión, un deber natural de cada ser pensante. Quien nada entiende de política pierde el derecho a cualquier crítica y a cualquier reivindicación. También sobre este tema leí y aprendí mucho.

Ciertamente bajo el concepto de «lectura» concibo cosas muy diferentes de lo que piensa la gran mayoría de nuestros llamados «intelectuales».

Conozco individuos que «leen» muchísimo, libro tras libro y letra por letra, y sin embargo no pueden ser tildados de «instruidos». Poseen una multitud de «conocimientos», pero su cerebro no consigue ejecutar una distribución y un registro del material adquirido. Les falta el arte de diferenciar lo que es de valor y lo que es inútil; conservar para siempre en la memoria lo que en verdad interesa, y desechar lo que no les comporte ventaja alguna, para no retener lo inútil y sin objeto. La lectura no debe entenderse como un fin en sí misma, sino como un medio para alcanzar un objetivo. En primer lugar, la lectura debe auxiliar la formación del espíritu y despertar las inclinaciones intelectuales y las vocaciones de cada cual; debe proveer por lo tanto el instrumento y el material que cada uno necesita en su profesión, tanto como simple medio de subsistencia, como para la satisfacción de los más elevados designios. En segundo lugar, debe proporcionar una idea de conjunto del mundo. En ambos casos, es necesario que el contenido de cualquier lectura no sea aprendido de memoria de un conjunto de libros, sino que sea como pequeños mosaicos en un cuadro más amplio,

cada uno en su lugar y en la posición que les corresponde, ayudando de esta forma a esquematizarlo en el cerebro del lector. De otra forma, resulta un desorden de materias memorizadas, enteramente inútiles, que transforman a su poseedor en un presuntuoso, seriamente convencido de ser un hombre «instruido», de entender algo de la vida y de poseer cultura, cuando la verdad es que con cada aumento de esa clase de «conocimientos», más se aparta del mundo, hasta que termina no raras veces en un sanatorio o como «político» en un parlamento.

Nunca un cerebro tal conseguirá extraer del desorden de sus «conocimientos» lo que sea apropiado para las exigencias de determinado momento, pues su lastre intelectual estará encadenado no al orden natural de la vida, sino al orden de sucesión de los libros que leyó y por la manera en que amontonó su contenido en la mente. Cuando las exigencias de la vida diaria le reclaman el uso práctico de lo que en otro tiempo aprendió, entonces mencionará los libros y el número de las páginas y, pobre infeliz, nunca encontrará exactamente lo que busca. Entonces, en las horas críticas, esos «sabios» se verán en la dolorosa contingencia de buscar compulsivamente casos análogos para aplicar a las circunstancias de la vida, terminando por descubrir naturalmente sólo remedios falsos.

Si esto no fuera así, no se podrían comprender los méritos políticos de nuestros eruditos héroes parlamentarios ocupando los más elevados puestos, a menos que tales méritos se atribuyan a una maldad infame en vez de a condiciones patológicas.

Quien posee pues el arte de la buena lectura, al leer cualquier libro, revista o folleto, concentrará su atención en todo lo que, a su modo de ver, merecerá ser conservado durante mucho tiempo, bien porque sea útil, bien porque sea de valor para la cultura general. En cuanto lo aprendido por este medio encuentra su racional conexión con la representación real de las cosas, se corregirá y reforzará el aprendizaje, realzando la exactitud o la claridad de lo aprendido. Si cualquier problema de la vida se presenta a examen, la memoria, por esta forma de leer, podrá recurrir inmediatamente al modelo de conceptos ya existentes. Así, todas las contribuciones reunidas durante decenas de años y que dicen algo sobre ese problema, son sometidas a una prueba racional en nuestra mente hasta que la cuestión se aclara o se resuelve. Sólo así la lectura tiene un sentido y una finalidad.

Un orador, por ejemplo, que por ese medio no provea a su razón de los materiales necesarios, nunca estará en situación de defender sus puntos de vista en una controversia, aunque lleve mil veces la razón. En cada discusión, la memoria le abandonará desdeñosamente. No encontrará razonamientos ni para la firmeza de sus aseveraciones, ni para la refutación de las ideas del adversario. Mientras esto suceda en el caso de un orador, el ridículo de la propia persona todavía se puede tolerar; sin embargo, de peores consecuencias es que el Destino coloque a esos individuos que «saben» de todo y no son capaces de nada al frente de un Estado.

Desde mi más temprana juventud me esforcé en leer de manera correcta, siendo auxiliado de la manera más afortunada por la memoria y la razón. Observadas las cosas bajo ese aspecto, me fue fecundo y provechoso el tiempo que pasé en Viena. Las experiencias diarias me sirvieron de estímulo para el estudio de los más diversos problemas. Cuando por fin estuve en situación de poder fundamentar teóricamente la realidad y de poner la teoría en práctica, procuré no asfixiarme demasiado con la teoría, ni perderme en trivialidades con la práctica.

De esta forma, la experiencia de ese tiempo en dos de los problemas más importantes, aparte del social, se volvió determinante, sirviéndome de estímulo para el sólido estudio teórico.

¡Quién sabe si algún día habría llegado a inclinarme por profundizar en la teoría y en la práctica del marxismo, si en aquellos tiempos no me hubiese roto la cabeza con ese problema!



Era poco y muy erróneo lo que yo sabía en mi juventud acerca de la socialdemocracia.

Me entusiasmaba entonces que ésta proclamase el derecho al sufragio universal secreto, pues mi razón me decía entonces que esa conquista debería llevar a un debilitamiento del régimen de los Habsburgo al que tanto odiaba.

Con la convicción de que el «Estado Danubiano» nunca se conservaría sin el sacrificio del espíritu alemán, y de que una paulatina eslavización del elemento germánico en modo alguno ofrecería la garantía de un gobierno verdaderamente viable —al ser muy cuestionable la fuerza de los eslavos para crear un Estado —, veía con regocijo toda evolución que, en mi convencimiento, debía llevar al derrumbe de ese Estado inviable en el que diez millones de alemanes estaban condenados a muerte. Cuanto más corrompiera y corroyera este *tohuwabohu*[18] de lenguas también al Parlamento, más próxima debería estar la hora de la ruina de dicho Estado babilónico, y con ella, también la hora de la liberación de mis compatriotas austro-alemanes. Sólo de esta manera se podría volver a la antigua unión con la Madre Patria.

Por eso, la actividad de la socialdemocracia me resultaba interesante. Además, mi ingenua concepción de entonces me hacía creer también que era mérito suyo empeñarse en mejorar las condiciones de vida del obrero, por lo que me pareció más oportuno hablar en su favor que en su contra. Lo que más me repugnaba era su actitud hostil en la lucha por la conservación del germanismo y la deplorable inclinación a favor de unos «camaradas» eslavos que sólo aceptaban ese cortejo cuando iba acompañado de concesiones prácticas, y que repelían de manera arrogante y orgullosa cuando no veían interés personal alguno, dando así al rastrero mendigo el trato merecido.

Hasta la edad de los 17 años la palabra «marxismo» no me fue familiar, y los términos «socialdemocracia» y «socialismo» me parecieron idénticos. Fue necesario que el Destino obrase también aquí, abriéndome los ojos ante tan inaudito engaño para la Humanidad.

Si antes sólo había conocido al Partido Socialdemócrata como simple espectador en algunos de sus mítines, sin penetrar en la mentalidad de sus adeptos o incluso en la esencia de sus doctrinas, ahora debía bruscamente ponerme en contacto con los productos de aquella educación e «ideología». Y lo que quizás sólo hubiese ocurrido tras muchísimos años, se realizó en el curso de pocos meses, permitiéndome comprender que bajo la apariencia de virtud social y amor al prójimo se escondía una podredumbre de la cual ojalá la Humanidad libre a la Tierra cuanto antes, porque de lo contrario, posiblemente será la propia Humanidad la que desaparecerá de la Tierra.

Fue durante mi trabajo en la construcción cuando tuve el primer contacto con elementos socialdemócratas. Ya desde un comienzo no me resultó nada agradable. Mi ropa era aún decente, mi lenguaje bien cuidado y mi actitud reservada. Tenía tanto que hacer con respecto a mi Destino, que me ocupé muy poco por mi entorno. Buscaba únicamente trabajo a fin de no perecer de hambre y poder así, aunque fuera despacio,

[18] *Tohuwabohu*. En hebreo significa confusión, desorden. Martín Lutero, al hacer la primera traducción de la Biblia al alemán desde el libro del Génesis-Beresith, lo interpretó como «desorden y vacío». (N. del T.)

continuar mi formación. Probablemente no me habría preocupado de mi nuevo ambiente a no ser que al tercer o cuarto día de iniciarme en el trabajo se produjera un incidente que me indujo a tener que asumir cierta actitud. Me propusieron que ingresase en la organización sindical.

Mis conocimientos de las organizaciones sindicales eran por aquel entonces todavía nulos, por lo que no hubiera sido capaz ni de manifestar la conveniencia o inconveniencia de su existencia. Cuando me dijeron que debía afiliarme, rechacé de pleno la proposición alegando que no tenía idea de qué se trataba, y que por principio no me dejaba imponer nada. Tal vez fuese por la primera razón aludida por la que no me pusieron inmediatamente en la calle. Quizás esperaban que en algunos días me convertiría, o que por lo menos, sería más dócil. Estaban completamente equivocados. Tras dos semanas, y aunque en un principio estuve dispuesto a afiliarme, fui incapaz de ello. En el curso de las dos semanas siguientes alcancé a empaparme mejor del ambiente, de tal forma que ningún poder en el mundo me hubiese compelido a ingresar en una organización sindical sobre cuyos dirigentes había llegado a formarme entretanto el más desfavorable concepto.

La situación me indignó desde buen comienzo.

A mediodía, una parte de los trabajadores acudía a las fondas de la vecindad, y el resto se quedaba en el solar mismo consumiendo su exiguo almuerzo. La mayoría eran hombres casados, y sus mujeres, en pucheros abollados, les traían la sopa a mediodía. Los fines de semana el número de éstos era siempre mayor. La razón de ello la comprendería más tarde.

Por allí se hablaba de política.

Yo, ubicado en un aislado rincón, bebía de mi botella de leche y comía mi ración de pan, pero sin dejar de observar cuidadosamente el ambiente y reflexionando sobre la miseria de mi suerte. Mis oídos escuchaban más de lo necesario y a veces me parecía que intencionadamente aquellas gentes se aproximaban hacia mí como para inducirme a adoptar una actitud. De todos modos, aquello que alcanzaba a oír bastaba para irritarme en grado sumo.

Se desdeñaba todo: la Nación, por no ser otra cosa que una invención de los «capitalistas» —¡cuántas veces escuché este argumento!—; la Patria, por ser un instrumento de la burguesía, destinado a explotar a la clase obrera; la autoridad de la Ley, por ser un medio de subyugar al proletariado; la escuela, por ser una institución orientada a la formación de esclavos y patronos; la religión, por ser un recurso para embelesar a la masa, para luego explotarla; la moral, por ser signo de estúpida resignación. Nada había, pues, que no fuese arrojado en el lodo más inmundo.

Al principio traté de callar, pero finalmente me resultó imposible. Comencé a manifestar mi opinión, comencé a objetar. Mas entonces, tuve que reconocer que todo ello era inútil mientras yo no poseyese por lo menos un relativo conocimiento sobre los puntos en cuestión. Y fue así como empecé a investigar en las mismas fuentes de las cuales procedía la pretendida sabiduría de los adversarios. Leí con atención libro tras libro, folleto tras folleto.

En el trabajo las cosas llegaban frecuentemente a la exaltación. Día tras día replicaba a mis adversarios, informado como estaba mejor que ellos mismos de su propia doctrina, hasta que un día debió ponerse en práctica aquel recurso que ciertamente se impone con más facilidad que la razón: el terror, la violencia. Algunos de los portavoces contrarios me obligaron a abandonar inmediatamente el trabajo, amenazándome con lanzarme desde el andamio. Como me hallaba solo, consideré inútil

toda resistencia y opté por seguir el primer consejo, adquiriendo así una experiencia más.

Me fui enojado, pero al mismo tiempo, tan impresionado, que me hubiera sido completamente imposible olvidarme del tema. No, después de la explosión de la primera revuelta, la obstinación se impuso de nuevo. Estaba firmemente decidido, a pesar de todo, a volver a otro trabajo en la construcción. Esta decisión fue reforzada por la precaria situación en la que me encontré algunas semanas más tarde, después de haber gastado mis pequeños ahorros. No tenía otra alternativa, lo quisiese o no. La escena se volvió a desarrollar de forma idéntica, acabando de igual modo que la primera vez.

Me formulé entonces una pregunta, desde lo más íntimo de mi Ser: ¿Esta gente es digna de pertenecer a un gran pueblo?

Fue una pregunta angustiosa, pues si se contestaba afirmativamente, no merecía la pena luchar por la nacionalidad, ni el esfuerzo y el sacrificio que los mejores llevaban a cabo por semejantes desechos. Si la respuesta era negativa, entonces nuestro pueblo estaba falto de hombres de verdad.

Con inquietante desánimo veía en aquellos días de meditación y tormento a una masa que ya no pertenecía a su pueblo y que se extendía como un ejército enemigo y amenazador.

¡Qué penosa impresión dominó mi espíritu al contemplar cierto día las inacabables columnas de una manifestación proletaria en Viena! Casi dos horas permanecí allí, observando con la respiración contenida aquel enorme dragón humano que se arrastraba pesadamente. Con un inquieto abatimiento abandoné finalmente la plaza y me dirigí hacia mi casa. En el trayecto descubrí en un estanco el diario *Arbeiterzeitung*, órgano central del antiguo partido socialdemócrata austriaco. También solían tenerlo en un café al que solía acudir para leer los periódicos. Sin embargo, hasta el momento nunca había podido dedicar más de dos minutos a ojear aquel maldito periódico, pues su contenido obraba en mi ánimo como si se tratara de una especie de vitriolo. Aquel día, bajo la depresión que me había causado la manifestación que acababa de ver, un impulso interior me indujo a comprar el periódico para leerlo más minuciosamente. Me ocupé de esto por la noche, sobreponiéndome a los ímpetus de cólera que me provocaba aquella concentrada cantidad de mentiras.

Leyendo diariamente la prensa socialdemócrata pude estudiar, mejor que con la literatura teórica, el verdadero carácter de esas ideas.

¡Qué contraste! ¡Por una parte las rimbombantes frases de libertad, belleza y dignidad, expuestas en esa literatura locuaz, de moral hipócrita, aparentando a la vez una «honda sabiduría» —todo ello escrito en un implacable estilo de seguridad profética— y, por otro lado, el ataque brutal, capaz de toda villanía y de una virtuosidad única en el arte de mentir, en pro de la «Doctrina Salvadora de la Nueva Humanidad»!

Lo primero estaba destinado a los necios de las «esferas intelectuales» medias y superiores; lo segundo, para la gran masa.

Penetrar el sentido de esa literatura y de esa prensa tuvo para mí la virtud de inclinarme más fervorosamente hacia mi pueblo. De esta manera, lo que al principio me pareció un abismo insalvable, debió convertirse ahora en el motivo de un amor más profundo que nunca. Conociendo el efecto de semejante obra de envilecimiento, sólo un loco sería capaz de condenar a la víctima. Según iba independizándome, mayor amplitud alcanzaba para comprender las causas del éxito de la socialdemocracia. Por fin capté la importancia de la brutal imposición a los obreros de suscribirse únicamente a la prensa roja, de concurrir con exclusividad a mítines de filiación roja, de leer libros

rojos, etc. Por fin vi muy claro los efectos de ese intolerante adoctrinamiento. La psique de las multitudes no es sensible a lo débil ni a lo mediocre.

De la misma forma que las mujeres, cuya emotividad obedece menos a razones de orden abstracto que al ansia instintiva e indefinible hacia una fuerza que las reintegre —y de ahí que prefieran someterse al fuerte antes que seguir al débil—, igualmente la masa se inclina más fácilmente ante el que domina que ante el que implora, sintiéndose interiormente más satisfecha con una doctrina intransigente que no admita dudas, que con la concesión del libertinaje. La masa no sabe qué hacer con la libertad, sintiéndose incluso ligeramente abandonada. El descaro del terrorismo intelectual que se le impone le pasa desapercibido, al igual que los indignantes atentados contra su libertad. No se apercibe de ninguna manera de los errores intrínsecos de ese adoctrinamiento. Ve tan sólo la fuerza incontrarrestable y la brutalidad de sus consecuentes manifestaciones externas ante las que siempre se inclina.

Si frente a la socialdemocracia surgiese una doctrina superior en veracidad, pero brutal como aquélla en sus métodos, después de una lucha tenaz acabaría por imponerse.

En menos de dos años pude apreciar con toda nitidez no sólo la doctrina de la socialdemocracia, sino también su función como instrumento práctico. Comprendí el infame terror espiritual que ese movimiento ejercía especialmente sobre una burguesía no preparada ante ataques morales y espirituales. A una señal dada, sus propagandistas lanzan una lluvia de mentiras y calumnias contra el adversario que les parece más peligroso, hasta que estallan los nervios de unos agredidos que se rinden para volver a tener tranquilidad. Pero ni siquiera la tranquilidad conservan estos necios. La escena comienza de nuevo y se repite una y otra vez, hasta que el miedo a estos perros salvajes logra, a través de la sugestión, un efecto paralizante en las víctimas.

La socialdemocracia conoce mejor que nadie y por propia experiencia la importancia de la fuerza; así pues, se abalanzará principalmente sobre aquellos que, por su carácter, empiecen a husmear alguno de estos raros asuntos; e inversamente, halagará a los espíritus más débiles del bando opuesto, ya sea cautelosa o abiertamente, según su presunta o reconocida calidad intelectual.

La socialdemocracia teme menos a un hombre de genio, impotente y falto de carácter, que a uno dotado de fuerza natural aunque modesto intelectualmente. Ésta adula sobre todo a los débiles de espíritu y de carácter. Sabe aparentar que sólo ella conoce el secreto de la paz y la tranquilidad, mientras que con un inteligente cuidado pero de manera constante, va conquistando una posición tras otra, ya sea por medio de una discreta presión, ya sea a través de verdaderos robos en momentos en los que la atención general está orientada hacia otros temas de los que no quiere ser molestada, o deteniéndose en pequeños detalles que causen un gran escándalo alterando así al malvado contrincante.

Ésta es una táctica que responde al cálculo y conocimiento preciso de todas las debilidades humanas y que tiene que conducir casi matemáticamente al éxito, si es que el partido opuesto no sabe que el gas asfixiante se contrarresta sólo con el gas asfixiante; es decir, con las mismas armas del agresor.

Es preciso que se explique a las naturalezas débiles que esto se trata de un Ser o no Ser.

Llegué a comprender también la importancia que tiene el terror físico tanto en el individuo como en la masa. También en esto se hizo un cálculo exacto del efecto psicológico.

El método del terror en los talleres, en las fábricas, en los locales de asamblea y en las manifestaciones en masa, será siempre coronado por el éxito mientras no se le enfrente otro terror de igual fuerza.

Cuando acontece esto último, la socialdemocracia, poniendo el grito en el cielo, apelará por supuesto a la autoridad estatal que ellos mismos venían repudiando para, en la mayoría de los casos y en medio de la confusión general, alcanzar su verdadero objetivo, a saber: encontrar autoridades cobardes que, en la tímida esperanza de poder en el futuro contar con el temible adversario, le ayuden a combatir a su enemigo.

La impresión que un éxito tal ejerce sobre el espíritu de las grandes masas, ya sean partidarias o adversarias, sólo puede evaluarla quien conoce el alma del pueblo: no a través de los libros, sino por el examen de la propia vida. Mientras en el círculo de sus adeptos el triunfo alcanzado se considera como una victoria del derecho de su causa, el adversario vencido, en la mayoría de los casos, pasa a dudar del éxito de cualquier resistencia futura.

Cuanto mejor conocí los métodos de ese terrorismo físico y moral, tanto mayores fueron mis disculpas para con los cientos de miles que ante él sucumbieron. La comprensión de este hecho la debo principalmente a aquella época que me devolvió a mi pueblo, y que me ayudó a saber diferenciar entre las víctimas y sus seductores.

Pues las víctimas no eran otros que los sometidos a esa corruptora situación. Cuando me esforzaba por estudiar la naturaleza interior de esas capas llamadas «inferiores» del pueblo, no podía sacar una conclusión justa sin la certeza de que también en ese medio se encontraban cualidades nobles, como la capacidad de sacrificio, la leal camaradería, la extraordinaria sobriedad y la discreta modestia, virtudes todas ellas muy comunes sobre todo entre la vieja clase obrera. Si es verdad que esas virtudes se diluían cada vez más en las nuevas generaciones bajo la influencia de las grandes ciudades, incontestable es también que muchas de ellas, existentes en los de sangre más sana, conseguían triunfar sobre las vilezas comunes de la vida. Si aquellos hombres buenos y valientes en su actividad política, a pesar de todo entraban a formar parte de las filas del enemigo mortal de nuestro pueblo, esto se debe a que no comprendían ni podían comprender las bajezas de esta nueva doctrina, a que nadie se esforzó en ocuparse de ellos, y a que finalmente las condiciones sociales fueron más fuertes que todas las voluntades contrarias que pudieran existir. Las contingencias de la vida a las que de un modo u otro estaban fatalmente sujetos les hacían entrar en la órbita de la socialdemocracia. Hasta el más modesto obrero resultaba impelido por la organización sindicalista a la lucha política, y esto como consecuencia de que la burguesía en infinidad de casos, procediendo del modo más desatinado e inmoral, se oponía hasta a las exigencias más humanamente justificadas.

Sin lugar a dudas, en un comienzo millones y millones de obreros se mostraron hostiles al Partido Socialdemócrata. Sin embargo, tuvieron que rendirse a sus pies antes la estúpida conducta de los partidos burgueses al combatir todas las reivindicaciones de la masa trabajadora. El rechazo profundo de toda tentativa hacia la mejora de las condiciones de trabajo para el obrero, tales como la instalación de dispositivos de seguridad en las máquinas, la prohibición del trabajo a los menores, así como también la protección de la mujer —por lo menos en aquellos meses en los cuales lleva en sus entrañas al futuro ciudadano— contribuyó a que la socialdemocracia atrapase a las masas en su red. Nunca podrá reparar nuestra «burguesía» política esos errores, pues negándose a dar paso a todo propósito tendente a eliminar anomalías sociales, terminó por sembrar odio y justificar ante la masa las aseveraciones de los enemigos mortales de

toda nacionalidad que decían que el Partido Socialdemócrata era el único defensor de los intereses de los trabajadores.

Ahí están las razones morales de la verdadera existencia de los sindicatos y los motivos por los que prestaban los mejores servicios a aquel partido político.

En mis años de experiencia en Viena me vi obligado, queriendo o no, a definir mi posición en lo relativo a los sindicatos obreros.

Los veía como parte integrante e indivisible del Partido Socialdemócrata, así que mi decisión fue rápida y errónea. Los rechacé, naturalmente, de manera rotunda.

También en esta importante cuestión fue la vida misma la que me dio una lección, teniendo que revisar mis primeras opiniones.

A mis veinte años aprendí a diferenciar entre el sindicato como instrumento de defensa de los derechos sociales de los trabajadores y de lucha por la mejora de sus condiciones de vida, y el sindicato como instrumento de un partido en la lucha política de clases.

El hecho de que la socialdemocracia supiera apreciar la enorme importancia del movimiento sindicalista, le aseguró el instrumento de su acción, y con ello, el éxito. No haber comprendido aquello le costó a la burguesía su posición política. Ésta creyó que con una oposición arrogante podría anular un desarrollo lógico inevitable, pero en realidad lo que hizo fue forzar tal desarrollo hacia una posición ilógica. Es absurdo y falso afirmar que el movimiento sindicalista sea en sí mismo enemigo de la patria. Más bien lo contrario. Si la acción sindical busca y consigue la mejora de las condiciones de vida de aquella clase social que constituye una de las columnas fundamentales de la Nación, no sólo no obra como enemiga de la Patria o del Estado, sino que lo hace en el más puro sentido de la palabra «nacional». Ayuda a crear condiciones sociales sin las cuales sería impensable una educación nacional colectiva. Este movimiento alcanza su mayor mérito cuando, por el combate a las lacras sociales existentes, ataca las causas de las enfermedades del cuerpo y del espíritu, contribuyendo a la conservación de la salud del pueblo.

Plantearse su necesidad, por tanto, no tiene lugar.

Mientras existan individuos de escasa comprensión social, o que incluso carezcan de sentimiento de justicia y equidad entre los patrones, no solamente es un derecho, sino también un deber, que sus trabajadores, representando una parte importante de nuestro pueblo, velen por los intereses del conjunto frente a la codicia o insensatez de unos pocos; pues el mantenimiento de la lealtad y la confianza en la masa del pueblo es para el bienestar de la Nación tan importante como la conservación de su salud. Estos intereses se ven seriamente amenazados por unos patrones indignos que nunca se han sentido parte de la comunidad. Con estas malignas actitudes de codicia y falta de respeto, lo que hacen es despertar profundos daños para el futuro.

Eliminar las causas de semejante evolución significaría un beneficio para la nación, y no al revés. No se diga que cada obrero tiene libertad suficiente para sacar todas las conclusiones de las injusticias reales o ficticias que sufre, o en otras palabras, para marcharse. ¡No! Eso es hipocresía y debe ser considerado como un intento de desviar la atención de las soluciones justas. El asunto en cuestión es si es o no conveniente la eliminación de estos perjudiciales fenómenos, en favor de los intereses de la nación. Si es que sí, la lucha debe entonces ser entablada con todas las armas que puedan asegurar el triunfo. Sin embargo, el trabajador, individualmente, no está nunca en condiciones de lanzarse con éxito a una lucha contra el poder del gran empresario, pues en este conflicto no se trata de la victoria de quien tenga mayor Derecho, —si así fuese, el simple reconocimiento de ese derecho dejaría la lucha sin razón de ser—, sino

de la victoria del más fuerte. En aquel caso, el sentimiento de justicia por sí solo acabaría con la lucha de forma honorable, o mejor, nunca se llegaría a ello.

No. Mientras el trato asocial e indigno dado al hombre provoque resistencias y no se instituyan autoridades judiciales capaces de reparar estos daños, siempre el más fuerte vencerá en la lucha. Por ello es elemental, para no tener que renunciar desde un principio a la posibilidad de victoria, que el trabajador, y por tanto la fuerza representativa de la empresa, se agrupe para poder hacer frente al empresario. De este modo la organización sindicalista podrá lograr un afianzamiento de la idea social en su aplicación práctica en la vida diaria, y con ello, una eliminación de aquellos motivos que son causa permanente de quejas y descontentos.

Que esto no ocurra se debe en gran medida a aquellos que supieron poner obstáculos a toda reforma legal de los problemas sociales o a los que la contrarrestaron mediante su influencia política.

Mientras la burguesía no comprenda el significado de la organización sindical, o mejor dicho, no quiera entenderlo e insista en hacerle oposición, la socialdemocracia se alineará junto al movimiento popular.

Con previsión, la socialdemocracia creó una base firme que en los momentos críticos le serviría como último apoyo. De este modo, el verdadero propósito del movimiento fue poco a poco desapareciendo para dar lugar a nuevos objetivos. La socialdemocracia nunca pensó en mantener los objetivos originales por los que fue fundado el movimiento sindical.

No, no lo creyó de ninguna de las maneras. Bajo su experta mano, en pocos decenios supo hacer, de un medio auxiliar creado para defender los derechos sociales, un instrumento destructor de la economía nacional.

Los intereses del obrero no debían, por tanto, obstaculizar los propósitos de la socialdemocracia en lo más mínimo, pues, en política, el empleo de medios de presión económica siempre permite practicar la extorsión, en cuanto que de un lado haya la necesaria falta de escrúpulos, y del otro, una estúpida mansedumbre en grado suficiente.

Y en este caso ambas cosas sucedieron.



Ya a finales del pasado siglo el movimiento sindicalista había dejado de servir a su ideal primitivo. Año tras año fue cayendo cada vez más en el radio de acción de la política socialdemócrata, hasta llegar a ser un ariete de la lucha de clases. La idea era demoler, a fuerza de constantes arremetidas, los fundamentos de una economía nacional laboriosamente cimentada. Una vez alcanzado el objetivo, el Estado correría la misma suerte al verse privado de su base económica. La defensa de los verdaderos intereses del proletariado se hizo así cada vez más secundaria, hasta que la ingeniosa habilidad política acabó por establecer que la mejora de las condiciones sociales y el nivel cultural de las masas no serían más que un inconveniente. Si éstas veían satisfechos sus deseos, los dirigentes políticos corrían el riesgo de perder para siempre esa fuerza inerte de lucha que constituye la masa. La posibilidad de llegar a perder, como arma, el descontento de la masa, atemorizó de tal manera a los dirigentes de la lucha de clases, que finalmente acabaron por rechazar sin más cualquier reforma social, incluso las más elementales. Y las condiciones eran tales, que ni siquiera tuvieron que preocuparse por justificar tal incomprensible conducta.

Mientras se instaba a las masas a que aumentaran y agudizaran sus exigencias, su posible realización era cada vez más remota, y cualquier medida de mejora que se

adoptara, resultaba cada vez más insignificante. De este modo, podían hacer creer a cualquiera que la ridícula satisfacción de algunas de las reivindicaciones más básicas de la clase obrera era en realidad un diabólico intento de debilitar y hasta de paralizar su poder de lucha. A nadie le sorprenderá el éxito de tales alegaciones si tenemos en cuenta la capacidad de raciocinio de la gran masa.

En el campo burgués se escandalizaban con esa visible falta de sinceridad de la táctica socialdemócrata, sin que por esto se sacaran de ahí las mínimas conclusiones para desarrollar un acertado plan de acción. Justamente, el temor de la socialdemocracia a la mejora de las miserias sociales y culturales del proletariado debería haber conducido con el mayor empeño a arrebatar poco a poco ese instrumento de las manos de los «representantes de la lucha de clases».

Sin embargo, esto no aconteció.

En lugar de tomar la ofensiva, la burguesía prefirió dejar de presionar y apretar para, al final, adoptar medidas inadecuadas que por demasiado tardías perdieron su eficacia, y que por insignificantes, fueron fácilmente contrarrestadas. De esta manera quedó todo como antes, volviéndose el descontento cada vez mayor.

Igual que una nube de tormenta, los «sindicatos independientes» se erigían amenazantes sobre el horizonte político y la existencia de los individuos. Estas organizaciones se convirtieron en un temible instrumento de terror contra la seguridad y la independencia de la economía nacional, la solidez del Estado y la libertad de los individuos. Fueron éstas, sobre todo, las que transformaron la noción de democracia en una frase asquerosa y ridícula que profanaba la libertad y escarnecía de forma imperecedera la fraternidad con la frase: «Si no quieres ser de los nuestros, te aplastaremos el cráneo».

Así fue como conocí yo a estos amigos de la Humanidad. En el transcurso de los años, mi opinión sobre ellos se ha ampliado y profundizado, mas ya no he tenido que cambiarla.



A medida que fui perfeccionando el criterio sobre el proceder de la socialdemocracia, aumentó en mí el ansia de penetrar en la esencia de su doctrina.

De poco podía servirme en este orden la literatura propia del partido, pues cuando se trata de cuestiones económicas es errónea en asertos y demostraciones, y falaz en lo que a sus fines políticos se refiere. De ahí que me sintiera especialmente alejado en mi interior de estas nuevas y sutiles formas de expresión y presentación. Con un inconcebible derroche de palabras de oscuro contenido e ilógico significado, tartamudeaban sentencias que aparentaban ser tan ingeniosas como faltas de sentido.

Sólo la decadencia de nuestros intelectuales de las grandes urbes podría sentirse cómoda en este laberinto de la razón para, apoyada en la proverbial humildad de una parte de nuestro pueblo —la cual asocia «incomprensión personal» a una profunda sabiduría—, descubrir sus «experiencias íntimas» bajo la neblina de este dadaísmo literario.

Sólo confrontando las falsedades y sinsentidos teóricos de esta doctrina con la realidad de sus manifestaciones externas, llegué poco a poco a una comprensión más clara de su verdadera voluntad.

En aquellos momentos se apoderaron de mí tristes ideas y malos presagios. Vi ante mí una doctrina llena de egoísmo y de odio que, por leyes matemáticas, podría alzarse con la victoria pero que arrastraría hacia la ruina a la Humanidad.

Entretanto yo ya había aprendido a percibir el vínculo entre esa doctrina de destrucción y el carácter de una cierta raza para mí hasta entonces desconocida. El simple conocimiento del judaísmo da la clave para la comprensión de los verdaderos —y por ello reales— propósitos de la socialdemocracia.

A quien conoce este pueblo se le cae de los ojos la venda que le impedía descubrir las falsas concepciones sobre la finalidad y el sentido de dicho partido, viendo aparecer sonriente entre la niebla de la palabrería de su propaganda al fantasma del marxismo.



Me sería difícil, si no imposible, precisar en qué época de mi vida la palabra «judío» fue para mí, por primera vez, motivo de reflexiones. En el hogar paterno, cuando vivía aún mi padre, no recuerdo siquiera haberla oído. Creo que el anciano habría visto un signo de retroceso cultural en la sola pronunciación intencionada de aquel nombre. Durante el curso de su vida, mi padre había llegado a concepciones más o menos cosmopolitas, que conservó aún en medio de un convencido nacionalismo, de modo que hasta en mí debieron tener su influencia.

Tampoco en la escuela encontré ningún motivo que me hubiera hecho cambiar este criterio.

Es cierto que en la *Realschule* yo había conocido a un muchacho judío que era tratado por nosotros con cierta prevención, pero sólo porque no teníamos mucha confianza en él debido a su ser taciturno y a varios hechos que nos habían alertado; ni en los demás ni en mí mismo despertó esto ninguna reflexión.

Fue a la edad de catorce o quince años cuando tropecé a menudo con la palabra «judío», especialmente en conversaciones de tema político. Por aquel entonces, experimentaba un ligero rechazo, no pudiendo desprenderme de este sentimiento desagradable que siempre me sobrecogía cuando se resolvían conflictos de índole religioso.

La cuestión por entonces no tenía pues para mí otras connotaciones.

En la ciudad de Linz vivían muy pocos judíos. Con el curso de los siglos se habían europeizado exteriormente, aparentando ser uno más; personalmente llegué a considerarles alemanes. Lo absurdo de esta ilusión me era poco claro, ya que por aquel entonces veía en el aspecto religioso la única diferencia peculiar. Que por eso se persiguiese a los judíos, como creía yo, hizo que muchas veces aborreciera los comentarios desfavorables que se hacían de ellos.

De la existencia de un odio sistemático contra el judío no tenía yo todavía ninguna idea en absoluto.

Así, llegué yo a Viena.

Sobrecogido por el cúmulo de impresiones de las obras arquitectónicas de aquella capital y por las penalidades de mi propia suerte, no pude en un primer momento darme cuenta de la conformación interior del pueblo en la gran urbe. A pesar de existir en Viena en aquellos años cerca de 200.000 judíos en una ciudad de dos millones, no me percaté de ellos. Durante las primeras semanas mis sentidos no pudieron abarcar la avalancha de tantas ideas y valores nuevos. Sólo cuando, poco a poco, la serenidad volvió y las imágenes confusas de los primeros tiempos comenzaron a esclarecerse, fue cuando más nítidamente pude ver en mi derredor el nuevo mundo que me envolvía, reparando entonces en el problema judío.

No puedo afirmar que me pareciera particularmente grata la forma en que debí llegar a conocerlos. Yo seguía viendo en el judío sólo la cuestión confesional y, por eso, fundándome en razones de tolerancia humana, mantuve aún mi antipatía por la lucha religiosa. De ahí que considerase indigno de la tradición cultural de este gran pueblo el tono de la prensa antisemita de Viena. Me afligía el recuerdo de ciertos hechos de la Edad Media que no me habría agradado ver repetirse. Esos periódicos carecían de prestigio (el motivo no sabía yo explicármelo entonces), así que veía la campaña que hacían más como un producto de exacerbada envidia que como resultado de cierto criterio, aunque éste fuese errado.

Corroboraba tal modo de pensar el hecho de que los grandes órganos de prensa respondían a estos ataques de forma infinitamente más digna, o bien optando por no mencionarlos siquiera, lo cual me parecía aún más laudable.

Leía asiduamente la llamada «prensa mundial» (*Neue Freie Presse, Wiener Tageblatt*, etc.) y me asombraba siempre su enorme material de información, así como su objetividad en el modo de tratar las cuestiones. Apreciaba su estilo elegante, sin embargo, su exaltación de las formas en ocasiones me resultaba desagradable e incorrecta. Esto se debía sin duda al dinamismo de la gran urbe.

Al considerar a Viena como tal, pensé que esta aclaración podría hacer valer la disculpa de la prensa.

Lo que frecuentemente me chocaba era la forma servil con que la prensa adulaba a la Corte. Casi no había suceso de la vida cortesana que no fuese presentado al público con frases de desbordante entusiasmo o lastimosa consternación, según el caso. Un efecto que, especialmente cuando se trataba de la «monarquía más sabia» de todos los tiempos, recordaba a los rituales de apareamiento del mundo animal.

Aquello me parecía exagerado y lo consideraba como una mancha para la democracia liberal. Alabar las gracias de esa Corte, y en forma tan indecente, era lo mismo que traicionar la dignidad del pueblo.

Ésta fue la primera sombra que debió turbar mis afinidades con la «gran» prensa de Viena.

Como siempre, también en Viena seguía todos los acontecimientos de Alemania con el mayor entusiasmo, tanto si se trataba de cuestiones políticas como de problemas culturales. Con orgullosa admiración comparaba la ascensión del Reich con la decadencia del Estado austriaco. Si los asuntos de política exterior la mayoría de las veces me provocaban una profunda alegría, los no tan agradables en lo que respecta a la vida política interior me llenaban a menudo de triste aflicción. La campaña que en aquel tiempo se orquestaba contra Guillermo II no encontró mi aprobación. En él no veía sólo al Emperador de los alemanes, sino ante todo al creador de la Flota Alemana. La imposición hecha por el *Reichstag*[19] de no permitir al Káiser pronunciar discursos me indignaba sobremanera, pues esa prohibición partía de una fuente que, a mis ojos, ninguna autoridad poseía, atendiendo a que en un solo período de sesión, esos payasos parlamentarios propagaban más idioteces de las que podría hacer durante siglos una dinastía entera de emperadores, dado su número mucho más exiguo.

Me encolerizaba con el hecho de que, en un país en el que cualquier imbécil no sólo reivindicaba para sí el derecho de crítica sino que incluso tenía facultades de «legislar» para la Nación en el Parlamento, el poseedor de la Corona Imperial pudiera recibir amonestaciones de la más superficial de las instituciones de todos los tiempos.

[19] *Reichstag*. Parlamento Alemán. (N. del T.)

Me irritaba aún más el hecho de ver que la misma prensa de Viena, que ante la caída de un caballo de la Corte se deshacía en las más respetuosas muestras de cuidado servil, pudiese expresar su oposición al Emperador de los alemanes.

Naturalmente, ellos no tenían la intención de entrometerse en los asuntos del Imperio Alemán —Dios nos libre—, pero poniendo de esta manera tan amistosa el dedo en la llaga, cumplían tanto con el deber que imponía el espíritu de una alianza mutua, como con sus obligaciones de veracidad periodística. Y de esta manera sí que se hurgaba por gusto en la herida.

Estos casos me hacían hervir la sangre.

Esto fue lo que poco a poco me hizo examinar con más atención a la gran prensa. Debo reconocer que uno de los periódicos antisemitas, el *Deutsche Volksblatt*, ante tales asuntos se portaba de manera más decente.

Otra cosa que me irritaba era el repugnante culto que esa gran prensa rendía a Francia. Éramos presionados a avergonzarnos de ser alemanes cuando llegaban a nuestros oídos esos dulces himnos de alabanza a «la gran Nación de la cultura». Esa deplorable «galomanía» más de una vez me llevó a tirar uno de estos «periódicos mundiales» al suelo. De vez en cuando leía también el *Volksblatt*, periódico mucho más pequeño por cierto, pero que en estas cosas me parecía más sincero. No estaba de acuerdo con su incisivo tono antisemita, pero algunas veces encontré razonamientos que me movían a reflexionar.

En todo caso, a través de este periódico fue como llegué a conocer paulatinamente al hombre y al movimiento político que por entonces influían en los destinos de Viena: el doctor Karl Lüger[20] y el Partido Socialcristiano.

Cuando llegué a Viena era contrario a ambos.

Tanto el movimiento como su líder me parecían unos «reaccionarios».

El habitual sentido de justicia hizo variar mi opinión a medida que tuve oportunidad de conocer al hombre y su obra; poco a poco se impuso en mí la apreciación justa, para luego convertirse en un sentimiento de franca admiración. Hoy, más que entonces, veo en el doctor Lüger al más impetuoso de los alcaldes alemanes de todos los tiempos.

¡Cuántas ideas preconcebidas tuvieron también que modificarse en mí al cambiar mi modo de pensar respecto al Movimiento Socialcristiano!

Igualmente mi criterio acerca del antisemitismo fue cambiando con el paso del tiempo, sin embargo, ésta fue sin duda la más complicada de las transformaciones que experimenté entonces.

Me costó una intensa lucha interior entre la razón y el sentimiento, y sólo después de largos meses, la victoria empezó a ponerse del lado de la razón. Dos años más tarde, el sentimiento acabó por someterse a ella, para ser en adelante su más leal guardián y consejero.

---

[20] Karl Lüger. Nació el 24 de octubre de 1844 en Viena. En el año 1874 se licenció en derecho en la misma ciudad. Como líder del movimiento antisemita fue elegido diputado por el 5° distrito de Viena, en 1885 y 1890, siendo portavoz del antisemitismo en el *Landtag* (Parlamento) de la Baja Austria, al que perteneció desde 1890. En el año 1893 fundó el Partido Socialcristiano a partir del Movimiento Socialcristiano y el Club Socialcristiano de Trabajadores. El 8 de Abril de 1897 fue elegido burgomaestre (alcalde) de Viena y confirmado como tal por el emperador Francisco José, cargo que ocupó hasta su muerte en 1910. La ciudad le debe muchas y provechosas reformas. Muchos de los jardines que adornan la capital austriaca son obra suya, al igual que el sistema para llevar agua del Tirol a Viena por medio de acueductos. Fue un funcionario modélico y la personalidad más popular de Viena, después del emperador Francisco José. Karl Lüger no quiso nunca aprovecharse de su elevada situación política para lograr ventaja personal alguna. Sus esfuerzos se dirigieron a ejercer concienzudamente el cargo al que siempre había aspirado. La ciudad de Viena erigió varios monumentos y le dedicó el nombre de un tramo de la *Ringstraße* (calle circular que rodea el centro de Viena) llamado *Dr. Karl Lueger Ring*. Karl Lüger apoyó abiertamente a la Sociedad Guido von List (*Guido von List Gesellschaft*) siendo uno de los 50 signatarios que aprobó la fundación de dicha Sociedad el 2 de Marzo de 1908. También acuñó el término *Judapest*, composición hecha a partir de las palabras *Juden* y *Budapest* para designar la gran densidad de población judía en Budapest; en 1900 ésta ascendía aproximadamente a un cuarto de la población total de Budapest. (N. del T.)

En los tiempos de aquella dura lucha entre la educación sentimental y la fría razón, la observación de la vida de Viena me prestó servicios inestimables. Llegó el día en que yo ya no paseaba ciego por las calles de la poderosa ciudad como en las primeras semanas, sino con los ojos abiertos contemplando no sólo los edificios, sino también a las gentes.

Cierta vez, al caminar por los barrios del centro, tropecé de repente con un hombre de largo caftán y rizos negros.

¿Será un judío?, fue mi primer pensamiento.

Desde luego en Linz no tenían este aspecto. Observé al hombre con disimulo y cautela, sin embargo, cuanto más me fijaba en su extraña fisonomía y lo examinaba rasgo por rasgo, tantas más preguntas se iban sucediendo en mi cerebro:

¿Será también éste un alemán?

Como siempre en casos análogos, traté de desvanecer mis dudas consultando libros. Con pocos céntimos adquirí por primera vez en mi vida algunos folletos antisemitas. Todos, lamentablemente, partían de la hipótesis de que el lector tenía ya un cierto conocimiento de causa, o que por lo menos, comprendía la cuestión. Por último, su tono era tal debido a razonamientos superficiales y extraordinariamente faltos de base científica, que me hizo volver a caer en nuevas dudas.

Durante semanas, tal vez meses, retorné a la situación inicial.

La cuestión me parecía tan trascendental y las acusaciones de tal magnitud que, torturado por el temor de ser injusto, me sentí de nuevo vacilante e inseguro.

Ciertamente ahora ya no se trataba de alemanes con una creencia religiosa especial, sino de un pueblo diferente en sí, por lo que yo no podía dudar más; pues desde que me empezó a preocupar la cuestión judía, cambió mi primera impresión sobre Viena. Por doquier veía judíos, y cuanto más los observaba, más se diferenciaban a mis ojos de las demás gentes. Sobre todo en el centro de la ciudad y en la parte norte del canal del Danubio, se notaba la presencia de un verdadero enjambre de individuos que, por su aspecto externo, en nada se parecían a los alemanes.

Y si aún hubiese dudado, mi vacilación habría tenido que llegar definitivamente a su fin debido a la actitud de una parte de los judíos mismos.

Un gran movimiento surgió entre ellos, no poco extenso en Viena, que tendía a establecer claramente el carácter racial del judaísmo. Este movimiento era el sionismo.

Aparentemente sólo un grupo de judíos apoyaba tal actitud, en tanto que la mayoría la condenaba. Sin embargo, al analizar las cosas de cerca, esa apariencia se desvanecía, descubriéndose un mundo de malvados subterfugios —por no decir de mentiras— que se habían originado por razones de pura conveniencia. Los llamados «judíos liberales» rechazaban a los sionistas, no porque ellos no se sintiesen igualmente judíos, sino únicamente porque éstos hacían una pública confesión de su judaísmo, algo que ellos consideraban inconveniente y hasta peligroso.

Pero su unidad interna permanecía inalterable.

Aquella lucha ficticia entre sionistas y judíos liberales debió pronto causarme repugnancia por ser falsa hasta la médula y porque no respondía a la pretendida altura y pureza moral del pueblo judío.

En realidad, esa pureza moral o de cualquier otro género, era una cuestión discutible para esta raza. Que ellos no eran amantes de la limpieza, podía apreciarse por su simple apariencia incluso con los ojos cerrados. Muchas veces sentí náuseas ante el olor de esos individuos vestidos de caftán. Si a esto se añaden las ropas sucias y su apariencia innoble, se tiene el retrato fiel de esos seres.

Todo eso no era el camino para atraer simpatías, pues cuando además, al lado de dicha inmundicia física se descubrían las suciedades morales del pueblo elegido, mayor era la repugnancia.

Nada me había hecho reflexionar tanto en tan poco tiempo como el criterio que paulatinamente fue incrementándose en mí acerca de la forma en que actuaban los judíos en determinado género de actividades.

¿Había acaso alguna inmundicia, alguna indecencia en la que de algún modo, especialmente en lo relacionado con la vida cultural, no estuviese implicado por lo menos un judío?

En cuanto se abría cautelosamente ese tumor, siempre se encontraba un judío como el gusano en un cuerpo putrefacto.

Otro grave cargo pesó sobre el judaísmo ante mis ojos cuando me di cuenta de sus manejos en la prensa, el arte, la literatura y el teatro. De poco o nada podían servir entonces todas las untuosas aseveraciones. Bastaba observar las carteleras y estudiar los nombres de los productores de aquellas abominables y alabadas obras para el cine y el teatro, para ser a la larga más duros. Era una peste, pero una peste moral peor que la Muerte Negra[21] con la que antaño el pueblo se infectó. ¡Y en qué cantidades este veneno estaba siendo inoculado y extendido! Naturalmente, cuanto más bajo sea el nivel intelectual y moral de esos industriales del arte, tanto más ilimitada será la fecundidad con que lancen sus inmundicias al rostro de la otra Humanidad. Reflexiónese también sobre el número incontable de personas contagiadas por este proceso. Piénsese que, por un genio como Goethe, la Naturaleza echa al mundo decenas de millares de escritorzuelos tales que, portadores de bacilos de la peor especie, envenenan las almas.

Es horrible constatar —y no debe despreciarse esta observación— que es justamente el judío el que parece haber sido elegido por la Naturaleza para esa ignominiosa labor.

¿Se debía por tanto indagar el motivo de esa predestinación?

Comencé entonces a examinar detenidamente los nombres de todos los autores de esas inmundas producciones que se daban en la vida pública cultural. El resultado de ello fue una creciente animadversión de mi parte hacia los judíos. Por más que eso contrariase mis sentimientos, era arrastrado por la razón a sacar mis conclusiones de aquello que observaba.

Era innegable que las nueve décimas partes de la sórdida literatura, de la trivialidad en el arte y el disparate en el teatro, se debían a una raza que apenas sí constituía una centésima parte de la población total del país. De esta forma empecé a estudiar los planteamientos de mi querida «prensa mundial».

Cuanto más sondeaba este terreno, más disminuía el motivo de mi anterior admiración. El estilo se me hizo cada vez más insoportable, el contenido cada vez más vulgar y superficial y, por último, la objetividad de sus exposiciones me parecía más mentira que verdad. ¡Los autores de esa prensa eran por supuesto judíos!

Muchas cosas que hasta entonces me habían pasado desapercibidas ahora me llamaban la atención como dignas de ser observadas; igualmente, otras que ya habían sido objeto de mis reflexiones pasaron ahora a ser mejor comprendidas.

Ahora veía bajo otro aspecto la tendencia liberal de esa prensa. El tono moderado de sus réplicas o su silencio sepulcral ante los ataques que se le dirigían debieron revelárseme como un juego hábil a la par que ruin. Sus ensalzadoras críticas de teatro estaban siempre destinadas al autor judío, mientras que las apreciaciones

---

[21] También llamada Peste Negra; asoló Europa en el siglo XIV, causando la muerte de entre un 40 y un 60% de la población. (N. del T.)

desfavorables sólo alcanzaban a los autores alemanes. En las silenciosas burlas hacia Guillermo II, así como en la recomendación de la cultura y civilización francesas, se reconocía la perseverancia de su método. El contenido de las novelas era de repelente inmoralidad, y en el lenguaje se veía claramente la mano de un pueblo extranjero. El sentido de todo era tan visiblemente lesivo al germanismo, que su propósito no podía ser sino deliberado.

¿Quién tenía interés en esa campaña?

¿Era acaso todo obra de la casualidad?

Cada vez tenía más dudas.

Esta evolución mental se precipitó con la observación de otra serie de hechos que, inspirados en un concepto general de costumbres y moral, podían verse abiertamente en la mayor parte de los judíos.

Aquí la calle me volvió a ofrecer una lección verdaderamente dañina.

En Viena, como seguramente en ninguna otra ciudad de la Europa occidental, con excepción quizá de algún puerto del sur de Francia, podía estudiarse mejor las relaciones del judaísmo con la prostitución, y más aún, con la trata de blancas. Caminando de noche por *Leopoldstadt*[22], a cada paso era uno, queriendo o sin querer, testigo de hechos que quedaban ocultos para la gran mayoría del pueblo alemán, hasta que la Guerra de 1914 dio a los combatientes alemanes en el frente oriental oportunidad de poder ver, o mejor dicho, de tener que ver semejante estado de cosas.

Sentí escalofríos cuando por primera vez descubrí en el judío al negociante desalmado, calculador, venal y desvergonzado de ese tráfico irritante de vicios en la escoria de la gran urbe.

Finalmente no pude más, y desde entonces, nunca eludí el debate por la cuestión judía. Por el contrario, me impuse ocuparme en adelante de ella. De este modo, siguiendo las huellas del elemento judío a través de todas las manifestaciones de la vida cultural y artística, tropecé con ellos inesperadamente donde menos lo hubiera podido suponer.

Cuando descubrí a los judíos como dirigentes de la socialdemocracia, se me comenzó a caer la venda de los ojos. La larga lucha que mantuve conmigo mismo había llegado a su punto final.

Ya en las relaciones diarias con mis compañeros de trabajo me llamó la atención la sorprendente versatilidad con que tomaban posiciones diferentes en torno a un mismo problema en el espacio de pocos días y, a veces, de pocas horas. Difícilmente podía comprender cómo hombres que, tomados aisladamente, tenían una visión racional de las cosas, la perdían de repente al ponerse en contacto con la masa. Era este un motivo para dudar de sus propósitos. Cuando tras discusiones que duraban horas enteras me había convencido de haber esclarecido finalmente un error y ya me alegraba con la victoria, acontecía que, muy a pesar mío, al día siguiente tenía que volver a empezar el trabajo; todo había sido inútil. Igual que un péndulo en su eterno vaivén, volvían a caer en sus absurdas opiniones.

De esta manera pude comprender: 1°, que eran infelices con su suerte, y que maldecían el destino que a menudo tan ásperamente les golpeaba; 2°, que odiaban a los patrones por parecerles los desalmados responsables de su destino; 3°, que injuriaban a las autoridades por no tener, a sus ojos, sentimientos ante esa situación; 4°, que se manifestaban por los precios de los alimentos, lanzándose a la calle a favor de sus demandas. Desde el sentido común, todo esto podíase todavía comprender. Lo que por

[22] *Leopoldstadt*. Segundo distrito de Viena, separado del centro de la ciudad por el Canal del Danubio. Fue antaño un gueto judío, y hoy en día sigue predominando en él la población judía. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

el contrario resultaba incomprensible era el odio sin límites a su propia Nación, el empequeñecimiento de sus grandezas, la profanación de su historia, el desprecio por sus grandes hombres... Esta revuelta contra su misma gente, contra su propia casa, contra su propia Patria, era tan ilógica como inconcebible y antinatural.

Durante algunos días, como máximo algunas semanas, se les conseguía librar temporalmente de este mal. Pero cuando más tarde se encontraba al presunto convertido, de nuevo los antiguos males se habían apoderado de su espíritu.

Lo innatural lo había poseído de nuevo.



Gradualmente me fui dando cuenta que en la prensa socialdemócrata preponderaba el elemento judío, sin embargo no di mayor importancia a este hecho puesto que la situación de los demás periódicos era la misma. Empero, otra circunstancia debió llamarme más la atención: no existía un sólo diario que hubiera podido calificarse, según mi educación y criterio, como verdaderamente nacional, donde interviniesen judíos.

Venciendo mi aversión intenté leer esa especie de prensa marxista, pero mi repulsa por ella creció cada vez más. Me esforcé por conocer de cerca a los autores de esa bribonada y verifiqué que, comenzando por los editores, todos eran también judíos. En cuanto un folleto socialdemócrata llegaba a mis manos, examinaba el nombre de su autor: siempre era un judío. Me percaté de que los nombres de sus dirigentes pertenecían en su mayor parte al «pueblo elegido», lo mismo si se trataba de representantes en el Parlamento, que de secretarios de las asociaciones sindicalistas, presidentes de las organizaciones del partido o agitadores populares. Era siempre el mismo siniestro cuadro y jamás olvidaré los nombres: Austerlitz, David, Adler, Ellenbogen, etc. Claramente veía ahora que el directorio de aquel partido, a cuyos menores representantes combatía yo tenazmente desde meses atrás, se hallaba casi exclusivamente en manos de un elemento extranjero; para mi satisfacción interior confirmé definitivamente que el judío no era un alemán.

Ahora ya conocía íntimamente a los depravadores de nuestro pueblo.

Un año en Viena me había bastado para llevarme también al convencimiento de que ningún obrero, por empecinado que fuera, rehusaría a dejarse inducir por conocimientos mejores y explicaciones más claras. Poco a poco me fui convirtiendo en un conocedor de sus propias doctrinas marxistas, por lo que yo mismo podía utilizarlas ahora como un arma en favor de mis convicciones.

Casi siempre el éxito se inclinaba de mi lado.

Se podía salvar a la gran masa, si bien es cierto, sólo a costa de enormes sacrificios de tiempo y de perseverancia.

A un judío, en cambio, jamás se le podía disuadir de su criterio.

En aquel tiempo, en mi ingenuidad de joven, creí poder evidenciar los errores de su doctrina. En el pequeño círculo en el que me desenvolvía, me esforzaba una y otra vez por todos los medios a mi alcance, en convencerlos de lo pernicioso de su demencia marxista; sin embargo sólo conseguía lo contrario. Parecía como si el exhaustivo examen en torno a los efectos demoledores de las teorías socialdemócratas y sus aplicaciones prácticas, sirviese sólo para volver cada vez más firmes sus decisiones.

Cuanto más discutía con ellos, mejor aprendía su dialéctica. Partían éstos de la creencia en la estupidez de sus adversarios: cuando éstos no encontraban escapatoria, les hacían pasar por estúpidos. Si fallaba este recurso, rehusaban entender lo que se les

decía, cambiando de tema de repente y saliendo con argumentos que, una vez aceptados, trataban de aplicar a casos completamente diferentes. Entonces, cuando de nuevo eran alcanzados a su propio terreno, eludían el tema y alegaban no tener suficientes conocimientos sobre el particular. Por donde quiera que se golpease a uno de estos apóstoles, se escabullían como el barro entre los dedos de sus adversarios, para momentos después, volver a formar una masa conforme. Cuando alguna vez se lograba reducir a uno de ellos, porque, observado por los presentes no le había ya quedado otro recurso que asentir y se pensaba al menos que se había avanzado algo, grande debía ser la sorpresa al día siguiente. Ese mismo judío no recordaba ni lo más mínimo de lo acontecido la víspera y seguía repitiendo los dislates de siempre, como si nada, absolutamente nada, hubiera acontecido. Se fingía encolerizado, sorprendido, no pudiendo acordarse de nada, excepto de la certeza demostrada en sus aseveraciones del día anterior.

Muchas veces quedé atónito.

No sabía qué era lo que debía sorprenderme más: si la locuacidad del judío, o su arte de mentir.

Gradualmente comencé a odiarlos.

Todo eso tenía, no obstante, un lado bueno, pues a medida que iba conociendo a los adeptos o por lo menos a los propagadores de la socialdemocracia, se incrementaba mi amor por mi propio pueblo. ¿Quién podría honestamente maldecir a las infelices víctimas de esos corruptores del pueblo después de haber conocido sus diabólicas habilidades? ¡Cuán difícil era, incluso para mí mismo, dominar la falsedad dialéctica de esta raza! ¡Qué difícil era cualquier éxito en las discusiones con hombres que invierten todas las verdades, que niegan descaradamente el argumento recién esgrimido para, en el minuto siguiente, reivindicarlo para sí!

No. Cuanto más conocía a los judíos, tanto más debía disculpar al obrero.

A mis ojos, la mayor culpa no debía recaer sobre él, sino sobre todos aquellos que no encontraron valor en el esfuerzo de sacrificarse por lo suyo, ni con estricta justicia poner contra la pared al seductor y corruptor, para dar a los hijos del pueblo lo que les correspondía.

Llevado por la experiencia de las lecciones diarias, comencé a investigar los orígenes de la doctrina marxista. Me di cuenta detalladamente de sus efectos. Diariamente observaba con atención el éxito de los mismos, pudiendo con un poco de imaginación prever las consecuencias que debían derivarse. La única cuestión a examinar era saber si sus creadores tenían una vaga idea de los resultados de esta invención, o si ellos mismos eran víctimas del error.

Las dos hipótesis me parecían posibles.

En el segundo caso, era deber de un ser racional colocarse al frente de la reacción contra ese depravado movimiento a fin de evitar que llegase a sus consecuencias extremas; pues si lo que se daba era el caso primero, los artífices originales de esta enfermedad del pueblo no debían de ser más que verdaderos diablos, pues sólo el cerebro de un monstruo —y no de un hombre— podría aceptar el proyecto de una organización de tal clase, cuyo objetivo final conduciría a la destrucción de la cultura humana y a la ruina del mundo.

Ante esta situación, la solución que se imponía como última tabla de salvación era la lucha con todas las armas que el espíritu, la razón y la voluntad de los hombres pudiera ser capaz de alcanzar, incluso si la suerte del combate fuese dudosa.

De esta forma comencé a familiarizarme con los fundadores de la doctrina, a fin de poder estudiar los principios en que se fundaba el movimiento marxista. Alcancé ese

objetivo más deprisa de lo que sería lícito suponer, debido a los conocimientos que poseía —aunque todavía no eran demasiado profundos— sobre la cuestión judía. Esa circunstancia me hizo posible la confrontación práctica de la realidad con las reivindicaciones teóricas de la socialdemocracia, al enseñarme a entender el lenguaje del pueblo judío, esto es, ocultar o por lo menos disfrazar sus pensamientos; pues sus verdaderos objetivos no se encuentran en sus palabras, sino ocultos entre ellas.

Me hallaba en la época de la más honda transformación interior operada en mi vida: de débil cosmopolita me convertí en antisemita fanático.

Sólo una vez más —ésta fue la última— vinieron a embargarme reflexiones abrumadoras.

Estudiando la influencia del pueblo judío a través de los largos períodos de la historia humana, surgió en mi mente la inquietante duda de que quizás el destino, por causas insondables, le reservaba a este pequeño pueblo el triunfo final.

¿Debería ser recompensado con la Tierra este pueblo que se limitó únicamente a vivir en ella?

¿Poseemos realmente el derecho objetivo de luchar por nuestra propia conservación, o también esto sólo tiene un fundamento subjetivo?

Encargándome de profundizar en la doctrina del marxismo y sometiendo así a examen la influencia del pueblo judío, el Destino mismo se encargó de darme su respuesta.

La doctrina judía del marxismo rechaza el principio aristocrático de la Naturaleza, colocando, en lugar del privilegio eterno de la fuerza y el vigor del individuo, a la masa numérica y su peso muerto. Niega así en el hombre el mérito individual, e impugna la importancia del Nacionalismo y de la Raza, quitándole con esto a la Humanidad la base de su existencia y su cultura. Esa doctrina, como fundamento del Universo, conduciría fatalmente al fin de todo orden natural concebible. Y así como el resultado de la aplicación de una ley semejante en el más grande organismo conocido como es la Tierra sólo podría provocar el caos, también significaría el hundimiento de sus propios habitantes.

Si el judío, con la ayuda de su credo marxista, llegase a conquistar los pueblos del mundo, su corona sería la corona fúnebre de la Humanidad, y nuestro planeta, sin rastro de vida humana, volvería a vagar en el éter como hace millones de años.

La Naturaleza eterna venga inexorablemente la transgresión de sus preceptos. Por eso creo ahora actuar conforme a la voluntad del todopoderoso: al defenderme del judío, lucho por la obra del Supremo Creador.

Capítulo III
REFLEXIONES POLÍTICAS SOBRE LA ÉPOCA DE MI PERMANENCIA EN VIENA

Hoy tengo el convencimiento de que, en general, el hombre —a excepción hecha de casos singulares de talento— no debe actuar en política antes de los 30 años, porque hasta esa edad se está formando en su mentalidad una plataforma desde la cual podrá después analizar los diversos problemas políticos y definir su posición frente a ellos. Sólo entonces, después de haber adquirido una concepción ideológica fundamental y con esto logrado afianzar su propio modo de pensar acerca de los diferentes problemas de la vida diaria, debe o puede el hombre, conformado por lo menos así espiritualmente, participar en la dirección política de la colectividad en que vive.

De otro modo, corre el peligro de tener que cambiar un día de opinión en cuestiones fundamentales o de quedar —en contra de su propia convicción— estratificado en un criterio ya rechazado por la razón y el entendimiento. El primer caso resulta muy penoso para él personalmente, pues si él mismo vacila, no tendrá derecho a esperar que le pertenezca en igual medida que antes la fe imperturbable de sus adeptos, para quienes la claudicación del caudillo significa desconcierto y no pocas veces el sentimiento de una cierta vergüenza frente a sus adversarios políticos. En el segundo caso ocurre aquello que hoy se observa con mucha frecuencia: a medida que el líder ya no cree lo que él mismo dice, su defensa se vuelve hueca y superficial, además de ruin la elección de los métodos. Mientras él mismo no piensa ya en arriesgarse seriamente en defensa de sus revelaciones políticas (uno no se inmola por una causa que no profesa), las exigencias que les impone a sus correligionarios se hacen, sin embargo, cada vez mayores y más desvergonzadas, hasta el punto de que acaba por sacrificar el último resto del carácter del líder, descendiendo así a la condición de «político», es decir, a aquella categoría de hombres cuya única y verdadera convicción es su falta de convicción, unida a una arrogante insolencia y a un arte refinadísimo en el mentir.

Si para desgracia de la Humanidad decente tal sujeto llegara a ingresar en el Parlamento, entonces habría que tener por descontado el hecho de que la política para él ya sólo se reducirá a una «heroica lucha» por la posesión perpetua de este «biberón» que garantice su propia vida y la de su familia. Y cuanto más dependan de él la mujer y los hijos, más tenazmente luchará el marido por sostener su mandato parlamentario. Por este motivo, toda persona con verdadero instinto político será para él su enemigo personal; en cada nuevo movimiento barruntará el posible comienzo de su ruina, y en cada hombre de prestigio, la probabilidad de otro amenazante peligro.

Me ocuparé más adelante y más detenidamente de esta clase de sabandijas parlamentarias.

También el hombre que haya llegado a los 30 años tendrá aún mucho que aprender en el curso de su vida, pero únicamente a manera de complemento y ampliación dentro del marco determinado por la concepción ideológica adoptada en principio. Los nuevos conocimientos que adquiera no significarán una rectificación de lo ya aprendido, sino más bien un proceso de acrecentamiento de su saber, de tal modo que sus adeptos jamás tendrán la decepcionante impresión de haber sido mal orientados; al contrario: el visible desarrollo de la personalidad del líder les provocará complacencia en la convicción de que el perfeccionamiento de éste refluye en favor de

la propia doctrina. Ante sus ojos, esto constituye una prueba de la certeza de los criterios hasta aquel momento sostenidos.

Un líder que se vea obligado a abandonar la plataforma de su ideología general por haberse dado cuenta de que ésta era falsa, sólo obrará honradamente cuando, reconociendo lo erróneo de su criterio, se halle dispuesto a asumir todas las consecuencias. En tal caso, deberá por lo menos renunciar a cualquier otra actuación política, pues, habiendo errado ya una vez en puntos de vista fundamentales, estará expuesto por una segunda vez al mismo peligro. Pero de ningún modo tendrá ya el derecho de reclamar o exigir en adelante la confianza de sus ciudadanos.

Estas escasas muestras de decencia tan sólo atestiguan la depravación general de esta gentuza que actualmente se siente llamada a «hacer» política. Y entre todos estos apenas habrá uno que valga para ello.

A pesar de que en aquel tiempo creo haberme ocupado de la política más que muchos otros, tuve el buen cuidado de no actuar públicamente en ella; únicamente hablaba en pequeños círculos de aquello que me atraía y me agitaba interiormente. Este modo de actuar en ambientes reducidos tenía en sí mucho de provechoso, porque si bien es cierto que así aprendía menos a «hablar» a las masas, llegaba en cambio a conocer a las gentes en sus opiniones y objeciones a menudo infinitamente primitivas. De esta manera continué ampliando mis conocimientos sin perder tiempo ni oportunidad. En ninguna parte de Alemania se ofrecía entonces un ambiente de estudio más propicio que en Viena.



El pensamiento político general en la antigua Monarquía del Danubio abarcaba, ante todo, contornos más vastos y de mayor expectativa que en la Alemania de esa misma época, excepción hecha de algunos distritos de Prusia, Hamburgo y la costa del Mar del Norte. Bajo la denominación de «Austria» me refiero en este caso a aquel territorio del gran Imperio de los Habsburgo que, debido a su colonización alemana en todos los ámbitos, constituía no solamente la base histórica para la formación de tal Estado, sino que en el conjunto de su población representaba también aquella fuerza que a través de los siglos generó la vida cultural en ese organismo político de estructura tan artificial como era el Imperio Austro-Húngaro. Y a medida que el tiempo avanzaba, más dependía precisamente de la conservación de ese núcleo la estabilidad y el futuro de todo el Estado.

Los antiguos dominios hereditarios eran como el corazón del Imperio, siempre impulsando sangre nueva para la circulación de la vida política y cultural; Viena, sin embargo, representaba al mismo tiempo el cerebro y la voluntad.

Sólo por su aspecto externo, Viena ya debía imponerse como la Reina de aquel conglomerado de pueblos, a fin de, a través de la magnificencia de su belleza, hacer olvidar lo que allí había de malo.

Por más violentamente que palpitase el Imperio en su interior, bajo las sangrientas luchas de las diferentes nacionalidades, el extranjero, y en particular los alemanes, sólo veían en Austria la imagen agradable de Viena. Y mayor aún debía ser la ilusión pues, en ese tiempo, Viena parecía haber alcanzado su período de mayor prosperidad. Bajo el gobierno de un alcalde verdaderamente genial, la venerable residencia del Káiser del viejo Imperio resurgió de nuevo hacia una vida joven y maravillosa. Aquel último gran alemán que surgió de entre las filas del pueblo de colonizadores de la Marca Oriental no se encontraba oficialmente entre los llamados «estadistas». El doctor Lüger, habiendo prestado inauditos servicios como alcalde de la

Viena «Cabeza del Estado» y «Ciudad Residencial» y haciéndola prosperar como por encanto en todos los ámbitos económicos y culturales, fortaleció el corazón del Imperio, convirtiéndose de esta forma indirecta en el mayor estadista de todos los «diplomáticos» de entonces.

Si a pesar de ello el conglomerado de pueblos al que se da el nombre de «Austria» finalmente fracasó, nada tiene que ver con la capacidad política del germanismo en la antigua Marca Oriental, sino con la imposibilidad a la que se vieron forzados diez millones de personas de mantener *ad infinitum* —a menos que se dieran de manera oportuna las circunstancias adecuadas—, un Estado de cincuenta millones de habitantes y diversas nacionalidades.

El austro-alemán aspiraba a algo más. Se acostumbró a vivir en el marco de un gran Imperio, sin perder nunca el sentimiento inherente a su misión histórica. Era el único en aquel Estado que, más allá de las fronteras del apretado dominio de la Corona, aún concebía las fronteras del Imperio. Cuando al final el Destino lo separó de la Patria común, todavía tomó para sí la grandiosa tarea de dominar y conservar el germanismo que antaño sus padres, en múltiples combates, impusieron en el Este. Aún así, esto sólo pudo ocurrir con energías divididas, pues, en el espíritu de los mejores descendientes de la raza alemana, nunca cesó el recuerdo de la Patria común de la que Austria formaba parte.

El horizonte general del austro-alemán era proporcionalmente más amplio. Sus relaciones económicas abarcaban casi todo el multiforme Imperio. Casi todas las empresas verdaderamente importantes estaban en sus manos, junto con el personal directivo, técnicos y funcionarios. Era también propietario del comercio exterior allá donde el judaísmo no había puesto aún sus garras. Políticamente, sólo él conservaba al Estado unido. Ya el servicio militar le llevó más allá de las estrechas fronteras de su Patria, pues el recluta austro-alemán ingresaría tal vez en un regimiento alemán, pero el regimiento podría estar tanto en Herzegovina como en Viena o en la Galitzia. El cuerpo de oficiales era todavía alemán, predominando también en el alto funcionariado. Alemanes, finalmente, eran el arte y la ciencia. Exceptuando lo *Kitsch*[23] de las nuevas creaciones artísticas, cuya producción sin duda también podría ser obra de una tribu de negros, sólo el alemán era el propietario y divulgador del verdadero sentimiento artístico. En música, literatura, escultura y pintura, era Viena la fuente que inagotablemente abastecía toda la Monarquía Dual[24].

El germanismo era, en fin, el detentor de toda la política exterior, si nos abstenemos del caso de algunos húngaros.

Sin embargo, era vana toda tentativa de conservar el Imperio, pues faltaba para eso la condición más esencial.

Para el Estado de los pueblos austriacos sólo había una posibilidad: sobreponerse a las fuerzas centrífugas de las diferentes naciones. O el Estado se centralizaba y por tanto se organizaba interiormente, o en absoluto sería concebible.

En varios momentos de lucidez, esa idea llegó hasta las «altísimas esferas», para luego, la mayoría de las veces, ser olvidada o puesta de lado por inviable. Toda idea de una organización más federal del Imperio forzosamente tenía que fracasar debido a la falta de un núcleo estatal de fuerza predominante. A esto se añadían además las

[23] *Kitsch*. De procedencia *yiddish*, el significado de esta palabra se podría traducir por cursilería o mamarrachada. Se empezó a utilizar en el arte de Múnich a finales del siglo XIX para definir las creaciones artísticas de carácter inferior a los estilos existentes. Lo *kitsch* apelaba al gusto de las nuevas burguesías en su intento de acercarse a las élites tradicionales culturales. Finalmente, para dejar más claro qué es lo *kitsch*, podemos recordar al lector todo aquello conocido hoy como «postmodernismo». (N. del T.)

[24] Este es el nombre que se le daba entonces a la Monarquía austro-húngara, al estar formada por los dos Estados: Austria y Hungría. (N. del T.)

condiciones intrínsecamente diferentes del Estado Austriaco frente al Imperio Alemán, según el concepto de Bismarck. En Alemania sólo se trataba de vencer las tradiciones políticas, pues siempre hubo una base cultural común. Pero ante todo, el Reich, excepción hecha de algunos fragmentos extranjeros[25], contenía miembros de una única raza.

Contraria era la situación de Austria.

A excepción de Hungría, el recuerdo político de la grandeza de cada país que conformaba el Imperio, o desapareció completamente, o se fue apagando de manera confusa con el tiempo. Por esta razón se desarrollaron en la era de los principios nacionalistas de diferentes países las fuerzas *völkisch*, cuya superación volvíase relativamente más difícil, dado que, al margen de la Monarquía, comenzaron a formarse estados nacionales cuyos pueblos racialmente emparentados o iguales a las naciones desmembradas podían ejercer más fuerza de atracción por su parte de la que era posible con el austro-alemán.

La propia Viena no podía resistir por mucho tiempo esa lucha. Con la evolución de Budapest como gran ciudad, Viena consiguió por primera vez un rival cuya misión no era ya la concentración de toda la Monarquía, sino más bien el fortalecimiento de una parte de la misma. En poco tiempo, Praga siguió su ejemplo, y después Lemberg, Laibach, etcétera. Con el encumbramiento de esas ciudades —antes provincianas— a metrópolis nacionales, se formaron núcleos con una vida cultural cada vez más independiente. De este modo, los instintos político-nacionales *völkisch* fueron adquiriendo una base espiritual propia y un arraigo más profundo entre la gente. Así debía aproximarse el momento en que las fuerzas motrices de esos pueblos se hicieran más poderosas que la fuerza de los intereses comunes, y entonces Austria se extinguiese.

Esta evolución se constató muy claramente tras la muerte de José II[26]. La rapidez de este proceso dependía de una serie de factores en parte inherentes a la propia Monarquía, pero que por otro lado eran el resultado de la actitud del Reich hacia la política internacional de la época.

Si se pretendiese seriamente asumir y hacer triunfar la lucha por la conservación de este Estado, sólo podría llevarse a cabo mediante una centralización tan absoluta como obstinada. Ante todo y en primer lugar, se debería recalcar la homogeneidad pura y formal a través del establecimiento de una lengua oficial única, cuya administración sería el recurso técnico sin el que ningún Estado uniforme puede existir. Después, con el tiempo, de la misma manera se podría desarrollar un sentimiento nacional único a través de las escuelas y la enseñanza. Esto no se alcanzaría en diez o veinte años, sino en siglos, pues en todas las cuestiones de colonización la perseverancia vale más que la energía momentánea.

Se comprende por sí mismo que tanto la administración como la dirección política deberían ser conducidas con la más rigurosa uniformidad.

Resultó para mí intensamente instructivo examinar por qué eso no aconteció, o mejor dicho, por qué no se hizo. El responsable de esa negligencia fue por tanto el culpable del desmoronamiento del Reich.

---

[25] Entre estos fragmentos cabe citar a los lusacios, descendientes de los antiguos wendos o vándalos, incrustados en el corazón de Prusia, que todavía conservan un idioma emparentado con el eslavo. (Nota de *Mi Lucha*, 1996)

[26] José II de Habsburgo-Lorena, Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico (1765-1790). Compartió el trono con su madre, María Teresa, hasta 1780. Desde 1780 hasta su muerte gobernó en solitario. Hostil al clero y la nobleza, hizo un gran esfuerzo por unificar y modernizar el Imperio, de acuerdo con los principios de la Ilustración. Por un tiempo estableció la corona húngara en Viena, pero tras la oposición de los propios húngaros la restableció. Tenía la intención de unir Baviera con Austria, prometiéndole a Charles Theodore, elector del palatinado al que Baviera pertenecía, los Países Bajos austríacos a cambio. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

Más que ningún otro Estado, la vieja Austria estaba ligada a la grandeza de sus líderes. Le faltaba la base racial capaz de constituir el fundamento del Estado nacional y que preservara su existencia si el gobierno como tal fracasaba. El Estado racialmente uniforme es capaz de soportar la desidia natural de sus habitantes, así como la consecuente fuerza de resistencia derivada de la peor administración y la peor dirección durante períodos de tiempo espantosamente dilatados, sin por ello subvertirse interiormente. Muchas veces se tiene la impresión de que en un cuerpo tal no hay más vida, que es como si estuviese muerto y bien muerto, y de repente, el supuesto cadáver se vuelve a levantar y da a los hombres sorprendentes señales de su imperecedera fuerza vital.

Pero esto no puede suceder en un Estado mantenido, no por diferentes razas, ni por la sangre común, sino más bien por un Gobierno común. En este caso, toda debilidad en la dirección conduce no a un estancamiento del Estado, sino al resurgimiento de unos instintos individuales inherentes, sin que con tiempo oportuno pueda ejercerse una voluntad predominante. Sólo durante siglos por el camino de una educación común, de una tradición común, de unos intereses comunes, puede ese peligro ser atenuado. Por ello, tales formaciones estatales, cuanto más jóvenes sean, más dependerán de la grandeza de su dirección; y en la misma medida, cuando sean obra de hombres violentos o de héroes espirituales, acabarán desmoronándose tras la muerte de su gran fundador. Pero incluso después de siglos, esos peligros no deben ser considerados como vencidos, pues sólo se encuentran dormidos para, a veces, despertar de repente cuando la debilidad de la dirección común, la fuerza de la educación y la sublimidad de todas las tradiciones no pueden dominar más el impulso de la propia vitalidad de las diferentes razas.

No haber comprendido esto fue tal vez la trágica responsabilidad de la Casa de los Habsburgo.

Sólo a uno de ellos el Destino le mostró la antorcha del porvenir de su Patria, que luego se apagó para siempre.

José II, Emperador católico-romano de la Nación alemana, vio angustiosamente cómo su Casa, en el remolino de una Babilonia de pueblos que se comprimían en las fronteras del Imperio, debía un día desaparecer a menos que a última hora fuesen enmendados los errores de sus antepasados. Con fuerza sobrehumana, el «amigo de los hombres» resistió a la negligencia de sus antecesores procurando recuperar en una década lo que se había perdido durante siglos. Si el Destino le hubiera dejado sólo cuarenta años para la realización de su obra y al menos dos generaciones después de él hubiesen continuado con el mismo empeño la tarea emprendida, probablemente se habría producido el milagro. Pero cuando después de diez años de gobierno falleció, exhausto de cuerpo y de espíritu, con él se hundió también su obra en la tumba para ya no volver a despertar, y dormir eternamente en la *Kapuzinergruft*[27].

Mas sus sucesores no estaban a la altura de las circunstancias, ni por inteligencia ni por voluntad.

Cuando en Europa flamearon las primeras llamas de una nueva era Revolucionaria, también en Austria comenzó el fuego a prender poco a poco. Cuando, no obstante, el incendio irrumpió finalmente, la hoguera ya estaba atizada, y esto menos por causas sociales o políticas que por fuerzas impulsoras de origen racial.

[27] *Kapuzinergruft* o *Kaisergruft* (Cripta de los Capuchinos o Cripta Imperial de Viena). Desde mediados del siglo XVII fue el principal lugar de reposo de los restos de los Habsburgo austriacos. Allí descansan 12 emperadores y 18 emperatrices, así como diversos miembros de la realeza y la aristocracia. El emperador José II era hermano de María Antonieta. (N. del T.)

En cualquier otra parte, la revolución de 1848 pudo ser una lucha de clases, pero en Austria ya era el comienzo de un nuevo conflicto racial. Poniéndose por aquel entonces el alemán —olvidando, o no reconociendo ese origen— al servicio de la sublevación revolucionaria, sellaba él mismo su propia desgracia, pues con ello ayudaba a despertar el espíritu de la democracia occidental que en poco tiempo le habría de sustraer la base de su propia existencia.

Con la formación de un cuerpo representativo parlamentario sin el previo establecimiento y fijación de una lengua oficial común, fue colocada la primera piedra para el fin del dominio del germanismo en la Monarquía de los Habsburgo. Desde ese momento, sin embargo, estaba perdido también el propio Estado. Todo lo que siguió fue tan sólo la liquidación histórica de un Imperio.

Observar este desenlace fue tan estremecedor como instructivo. Bajo millares de formas se realizó detalladamente la ejecución de esa sentencia histórica. El hecho de que una gran parte de los hombres caminaran ciegos ante la visión del derrumbe, prueba tan sólo que era voluntad de los dioses el aniquilamiento de Austria.

No quiero perderme aquí en detalles porque no es éste el propósito de este libro; quiero solamente consignar, en el marco de una minuciosa apreciación, aquellos sucesos que, siendo la eterna causa de la decadencia de pueblos y Estados, tienen también en nuestro tiempo su trascendencia, aparte de que contribuyeron a cimentar los fundamentos de mi ideología política.



Entre las instituciones que más claramente revelaban —ante los ojos no siempre abiertos del pequeño burgués— la corrosión de la Monarquía austriaca, encontrábase en primer término aquella que más llamada estaba a mantener su estabilidad: el Parlamento, o el *Reichsrat,* como en Austria lo denominaban.

Manifiestamente, el modelo de esta corporación radicaba en Inglaterra, el país de la «democracia» clásica. De allí se copió toda esa dichosa institución y se la asentó en Viena, procurando en lo posible no alterarla.

En la Cámara de Diputados y en la Cámara Alta celebraba su renacimiento el sistema bicameral inglés; sólo los edificios diferían entre sí. Cuando Barry hizo surgir de las aguas del Támesis el Palacio del Parlamento inglés, recurrió a la historia del Imperio Británico con el fin de inspirarse para la ornamentación de los 1.200 nichos, ménsulas y columnas de su monumental creación arquitectónica. Por sus esculturas y arte pictórico, el Parlamento inglés resultó así erigido en el templo de la gloria de la Nación.

En el caso de Viena, aquí se presentó la primera dificultad, pues cuando el danés Hansen concluyó el último pináculo del palacio de mármol destinado a los representantes del pueblo, no le quedó otro recurso que el de apelar al arte clásico para adaptar motivos ornamentales. Figuras de estadistas y de filósofos griegos y romanos embellecen ahora esta residencia teatral de la «democracia occidental», y a manera de simbólica ironía están representadas, sobre la cúspide del edificio, cuadrigas que se separan partiendo hacia los cuatro puntos cardinales, como cabal expresión de lo que en el interior del Parlamento ocurría entonces.

Las «nacionalidades» habían tomado como un insulto y una provocación el que en esta obra se glorificase la historia austriaca. En Alemania mismo, sólo ante el fragor de las batallas de la Guerra Mundial se resolvió consagrar con la inscripción: «Al pueblo alemán», el edificio del *Reichstag* de Berlín, construido por Paul Ballot.

Sentimientos de profunda repulsión me dominaron el día en que, por primera vez cuando aún no había cumplido los veinte años, visité el Parlamento austriaco para escuchar una sesión de la Cámara de Diputados.

Siempre había detestado el Parlamento, pero de ningún modo la institución en sí. Al contrario, como hombre amante de las libertades, no podía imaginarme otra forma posible de gobierno, pues la idea de cualquier dictadura, dada mi actitud con relación a la Casa de los Habsburgo, me habría resultado un crimen contra la libertad y contra la razón.

No poco contribuyó a eso la admiración que sentía por el Parlamento inglés, adquirida imperceptiblemente a base de leer tantos y tantos periódicos durante mi juventud, y difícilmente eludible. Me causó profunda impresión la gallardía con que la Cámara de los Comunes cumplía su misión (como acostumbra a relatar con todo tipo de detalles y colorido nuestra prensa). ¿Podría haber una forma más elevada de autogobierno de un pueblo?

Justamente por eso estaba en contra del Parlamento austriaco. Su forma de actuar la consideraba indigna del gran prototipo inglés. Y además de esto, sucedía lo siguiente:

El porvenir del germanismo en el Estado Austriaco dependía de su representación en el *Reichsrat.* Hasta el día en que se adoptó el sufragio universal secreto, existía en el Parlamento austriaco —aunque poco notable— una mayoría alemana. Ya entonces la situación se había hecho difícil, pues el Partido Socialdemócrata, con su dudosa conducta nacional hacia cuestiones vitales para el germanismo, asumía siempre una actitud contraria a los intereses alemanes a fin de no despertar recelos entre sus adeptos de otras «nacionalidades» representadas en el Parlamento. En aquella época ya no se podía considerar a la socialdemocracia como un partido alemán. Con la adopción del sufragio universal llegó a su fin la preponderancia alemana, inclusive desde el punto de vista puramente numérico. En adelante, no quedaba pues obstáculo alguno que detuviese la creciente desgermanización del Estado Austriaco.

El instinto de conservación nacional me hizo repugnar ya entonces aquel sistema de representación popular en el cual, el germanismo, lejos de hallarse representado, era más bien traicionado. Sin embargo, esta deficiencia, como muchas otras, no era atribuible al sistema mismo, sino al Estado Austriaco. Pensaba entonces que con el restablecimiento de la mayoría alemana en los cuerpos representativos, no habría ya necesidad de una posición contraria a aquella institución mientras perdurase el viejo Estado Austriaco.

Con esa disposición interior, entré por primera vez en los tan sagrados como controvertidos salones. Ciertamente, para mí sólo eran sagrados debido a la grandiosa belleza de su magnífica construcción. Una obra maestra helénica en tierra alemana.

¡Al poco tiempo, empero, sentí verdadera indignación al asistir al lamentable espectáculo que tenía lugar ante mis propios ojos! Estaban presentes centenares de esos representantes del pueblo, que tenían que tomar una resolución sobre un asunto de importancia económica. Bastó para mí ese primer día para hacerme reflexionar durante semanas y semanas sobre la situación. El grado intelectual de lo que se discutía era de una «elevación» deprimente, a juzgar por lo que se podía comprender del parloteo; pues algunos diputados no hablaban alemán y sí en lenguas eslavas, o mejor dicho, en sus dialectos. Lo que hasta entonces sólo conocía a través de las páginas de los periódicos, tuve ahora la oportunidad de escucharlo con mis propios oídos. Era una masa agitada que gesticulaba y gritaba en todos los acentos, mientras un anciano inofensivo se

esforzaba, con sudor en la frente, por restablecer la dignidad de la cámara, agitando una campanilla, llamando a la calma, o bien amenazando.

No pude contener la risa.

Algunas semanas después volví a estar presente en la Cámara. El cuadro había mudado hasta el extremo de no reconocerse. La sala estaba completamente vacía, y se dormitaba en los primeros escaños. Algunos diputados se encontraban en sus sitios, bostezando en la cara de alguno de los que «hablaba». También estaba presente un vicepresidente de la Cámara, el cual, visiblemente aburrido, recorría la sala con los ojos.

Me asaltaron las primeras dudas. Cada vez que tenía oportunidad volvía para allá y observaba silenciosa y atentamente el espectáculo, oía los discursos (siempre que fueran entendibles), estudiaba las fisonomías más o menos inteligentes de aquellos elegidos por las naciones de aquel triste Estado y, al poco tiempo, hacía mis propias reflexiones.

Un año de paciente observación bastó para que yo cambiase o eliminase radicalmente mi modo de pensar en cuanto al carácter del parlamentarismo. Mi interior ya no se opuso a la forma adulterada que este pensamiento había alcanzado en Austria; no, ya no podía aceptar más al Parlamento en sí. Hasta entonces vi el fracaso del Parlamento austriaco en la falta de una mayoría alemana; ahora, además, reconocía la fatalidad en la esencia y carácter de dicha institución.

Por aquel entonces me asaltaron una serie de cuestiones.

Comencé a familiarizarme con el principio democrático de resolución por mayoría como base de toda institución. Entretanto, presté también atención a los valores intelectuales y morales de los caballeros que, como elegidos del pueblo, debían servir a ese propósito. De esta forma aprendí a conocer al mismo tiempo la institución y sus representantes.

En el transcurso de unos años se formó en mí, con una claridad plástica, el reconocimiento y entendimiento del modelo más respetable de los nuevos tiempos: el hombre parlamentario. Éste comenzó a grabarse de tal forma en mi memoria, que ya no sufrió alteración de ahí en adelante.

Una vez más el estudio experimental de la realidad me protegió de asfixiarme en una teoría que, a primera vista, puede ser seductora para muchos, pero que sin embargo se cuenta entre las manifestaciones de decadencia de la Humanidad.

La democracia del mundo occidental es hoy la precursora del marxismo, el cual, de hecho, sería inconcebible sin ella. Es la democracia la que en primer término proporciona a esta peste mundial el campo propicio sobre el que el mal se propaga después. Ésta, con el parlamentarismo como su forma de expresión externa, creó un «engendro de inmundicia y de fuego»[28] al cual, a pesar mío, el «fuego» parece habérsele consumido demasiado deprisa.

Le debo agradecer al Destino que me planteara esa cuestión cuando todavía me hallaba en Viena, porque me temo que de haber estado en aquel entonces en Alemania, mi respuesta hubiera sido demasiado superficial. Si en Berlín me hubiese tocado percatarme de lo grotesco de esa institución llamada «Parlamento», quizás habría caído en la concepción opuesta, colocándome —no sin una buena razón aparente— al lado de aquellos que veían la salvación del pueblo y del Imperio en el fomento exclusivo de la

[28] Es este el epíteto en que Fausto arroja a Mefistófeles, el diablo, cuando este último se entromete en la conversación que mantenían Fausto y Marta en el jardín:

Mefistófeles: Tú, sobrenatural y sensual deseo, una doncella te ha embaucado.

Fausto: Tú, engendro de inmundicia y fuego.

(Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

idea de la autoridad imperial, permaneciendo ciegos y a la vez ajenos a la época en que vivían y al sentir de sus contemporáneos.

En Austria era impensable.

Aquí no se podía caer tan fácilmente de un error a otro, porque si el Parlamento era inútil, aún menos capacitados eran los Habsburgo. Aquí el rechazo del «parlamentarismo» por sí solo no resolvería nada, pues quedaría en pie la pregunta: ¿Y ahora qué? El rechazo y la eliminación del *Reichsrat* dejarían como único poder gubernamental a la Casa de los Habsburgo, lo cual me resultaba intolerable.

La complejidad de este caso particular me condujo a estudiar el problema de una manera más profunda que, de otra forma, no se habría producido en los primeros años. Lo que más me preocupó en la cuestión del parlamentarismo fue la notoria falta de responsabilidad de cada individuo.

Por funestas que pudieran ser las consecuencias de una ley sancionada por el Parlamento, nadie llevaba la responsabilidad ni era posible exigirle cuentas a nadie.

¿O es que puede llamarse asumir responsabilidad al hecho de que después de un colapso sin precedentes dimita el gobierno culpable, cambie la coalición existente o, en última instancia, se disuelva el Parlamento? ¿Podrá acaso hacerse responsable alguna vez a una vacilante mayoría de personas? ¿Es que no está ligada la idea de responsabilidad a cada persona? ¿Puede prácticamente hacerse responsable al dirigente de un gobierno por hechos cuya gestión y ejecución obedecen exclusivamente a la voluntad y al arbitrio de una pluralidad de individuos? ¿O es que la misión del gobernante —en lugar de radicar en la concepción de ideas y planes constructivos— consiste más bien en la habilidad con que éste se empeñe en hacer comprensible a un hato de borregos lo genial de sus proyectos, para después tener que mendigar de ellos mismos una bondadosa aprobación? ¿Es este el criterio del hombre de Estado, que por un lado posee el arte de la persuasión de la gran masa, y por otro la inteligencia política de tomar grandes directrices y decisiones? ¿Prueba acaso la incapacidad de un gobernante el solo hecho de no haber podido ganar en favor de una determinada idea el voto de la mayoría de un conglomerado resultante de manejos más o menos honestos? ¿Fue acaso alguna vez capaz ese conglomerado de comprender una idea, antes de que el éxito obtenido por la misma revelara la grandiosidad de ella? ¿No es en este mundo toda acción genial una palpable protesta del genio contra la indolencia de la masa? ¿Qué debe hacer el gobernante que no logre granjearse el favor de aquella multitud parlamentaria para la consecución de sus planes? ¿Deberá sobornar? ¿O bien, teniendo en cuenta la estulticia de sus conciudadanos, tendrá que renunciar a la realización de medidas reconocidas como vitales dejando por tanto el gobierno, o quedarse en él a pesar de todo? ¿No es cierto que en un caso tal, el hombre de verdadero carácter se coloca frente a un conflicto irresoluble entre su comprensión de la necesidad y su rectitud de criterio o, mejor dicho, su honradez? ¿Dónde acaba aquí el límite entre la noción del deber para la colectividad y la noción del deber para la propia dignidad personal? ¿No debe todo verdadero Führer rehusar a que se le degrade de ese modo a la categoría de traficante político? ¿E inversamente, no debe todo traficante sentirse llamado a «hacer» política al no recaer sobre él nunca la última responsabilidad, y sí sobre cualquier multitud anónima? ¿No conducirá necesariamente el principio de la mayoría parlamentaria a la demolición de la Idea del Führer? ¿O es que aún cabe admitir que el progreso del mundo se debe a la mentalidad de las mayorías y no al cerebro de unos cuantos? ¿O es que se cree que tal vez en el futuro se podría prescindir de esta condición previa inherente a la cultura humana? ¿No parece, por el contrario, que es hoy más necesaria que nunca?

Negando la autoridad del individuo y substituyéndola por la suma de la masa del momento, el principio parlamentario del consentimiento de la mayoría peca contra el principio básico de la aristocracia de la Naturaleza; y bajo este punto de vista, el concepto negativo que el parlamentarismo tiene sobre la nobleza nada tiene que ver tampoco con la decadencia actual de nuestra alta sociedad.

Difícilmente podrá imaginarse el lector de la prensa judía, salvo que haya aprendido a discernir y examinar las cosas de manera independiente, los estragos que ocasiona la moderna institución del gobierno democrático-parlamentario. Ésta ha inundado el conjunto de la entorpecida vida política de nuestros días. Así como un Führer de verdad renunciará a una actividad política que en gran parte no consista en una actividad o trabajo creativo sino más bien en el regateo por los favores de una mayoría parlamentaria, el político de espíritu insignificante se sentirá atraído precisamente por esa actividad.

Cuanto más mediocre mental y espiritualmente sea hoy tal comerciante, cuanto más clara le haga ver la propia intuición su triste figura, tanto más alabará un sistema que no le exija la fuerza y el genio de un gigante, sino que más bien le haga contentarse con la astucia de un pequeño alcalde, llegando incluso a ver con mejores ojos esa especie de sabiduría que la de un Pericles. Por esta razón, un necio así no tendrá que atormentarse con la responsabilidad de su acción. Está fundamentalmente exento de esa preocupación, porque cualquiera que fuere el resultado de sus locuras como «estadista», sabe muy bien que desde hace tiempo su fin está escrito: un día tendrá que ceder el lugar a otro de inteligencia igual a la suya. Una de las características de tal decadencia es el hecho de aumentar la cantidad de «grandes estadistas» en la misma proporción en la que se contrae la escala del valor individual. El valor personal disminuye a medida que crece su dependencia de las mayorías parlamentarias, pues los grandes espíritus rehusarán ser esbirros de ignorantes y parlanchines, así como representar a la mayoría, esto es, a la estupidez que tanto aborrece a quienes destacan.

Siempre consuela a una asamblea de diputados insignificantes saber que tienen a su cabeza un líder cuya sabiduría corresponde al nivel de los presentes. Cada cual tendrá el placer de hacer brillar, de cuando en cuando, una chispa de su ingenio, y sobre todo, pensará que si Pedro puede hoy ser jefe, ¿por qué no lo puede ser Pablo mañana?

Esta invención de la democracia se ajusta íntimamente a un fenómeno que en los últimos tiempos ha aumentado de manera vergonzosa, es decir, la cobardía de una gran parte de nuestros llamados «líderes». ¡Qué felicidad poder esconderse detrás de las llamadas mayorías en todas las decisiones de cierta importancia!

Observando a cualquiera de estos manipuladores políticos podemos apreciar cómo se dedican a mendigar la aprobación de toda operación, para asegurarse así la necesaria complicidad y poder eludir la responsabilidad en cualquier momento. Pues ésta es una de las principales razones por las que esa especie de actividad política es despreciable y odiosa a todo hombre de sentimientos decentes y, por tanto, también de valor, al tiempo que atrae a todos los caracteres miserables; pues quien no quiere asumir las responsabilidades de sus actos, buscando únicamente escaparse, no es más que un cobarde sinvergüenza. Las consecuencias se dejarán sentir tan pronto como tales mediocres formen el gobierno de una Nación. Entonces faltará entereza para obrar y se preferirá aceptar las más vergonzosas humillaciones antes de erguirse para adoptar una actitud resuelta, pues nadie habrá allí que por sí solo esté personalmente dispuesto a arriesgarlo todo en pro de la ejecución de una medida radical.

Existe una verdad que no debe ni puede olvidarse: la mayoría nunca estará capacitada para sustituir al hombre, a la individualidad. Aquella no sólo representa

siempre la estupidez, sino también la cobardía. Y del mismo modo que de cien cabezas huecas no se hace un sabio, de cien cobardes tampoco saldrá nunca una decisión heroica.

Cuanto más ligera sea la responsabilidad que pese sobre el líder, mayor será el número de aquellos que, dotados de ínfima capacidad, se sientan igualmente llamados a poner al servicio de la Nación sus «imponderables fuerzas». Exacto, con impaciencia esperan a que les llegue el turno; forman una larga fila y cuentan, con doloridos lamentos, el número de los que esperan delante de ellos, calculando casi la hora en que alcancen su deseo. De ahí que sea para ellos motivo de regocijo el cambio frecuente de funcionarios en los cargos que ellos apetecen, y que celebren todo escándalo que reduzca la fila de los que por delante de ellos esperan. Que uno no quiera abandonar la posición alcanzada lo consideran estos casi como una ruptura del pacto sagrado de solidaridad común. Entonces es cuando se vuelven malvados y no descansan hasta que el desvergonzado, al final vencido, pone su lugar nuevamente a disposición de todos. Por eso mismo, no volverá a alcanzar fácilmente esa posición. Cuando una de estas criaturas es forzada a abandonar su puesto, procurará inmediatamente entrometerse de nuevo en la hilera de los que están a la expectativa, a no ser que lo impidan entonces los gritos y las injurias de los demás.

La consecuencia de todo esto es la espeluznante rapidez con que se producen modificaciones en las más importantes jefaturas y oficinas públicas de un organismo estatal semejante; un resultado que siempre tiene influencias negativas y que muchas veces llega incluso a ser catastrófico. Pues no sólo caerán el estúpido y el inepto como víctimas de estos hábitos, sino también el verdadero Líder si algún día el Destino lo sitúa en esas posiciones de mando.

Tan pronto como se reconoce a uno de estos hombres excepcionales, inmediatamente se forma un frente cerrado de defensa, sobre todo si una cabeza tal, no habiendo salido de las propias filas, osara penetrar en esa sublime sociedad. Lo que persiguen, fundamentalmente, es permanecer siempre ellos mismos, odiando como enemigo común a todo aquél que pueda sobresalir en medio de tales nulidades. En este sentido, el instinto es tanto más agudo, cuanto más escaso es en otros aspectos.

El resultado a todo esto será siempre un creciente empobrecimiento espiritual de las clases dirigentes. Cualquiera, mientras no pertenezca a ese clan de «líderes», puede juzgar cuáles serán las consecuencias para la Nación y para el Estado.

La antigua Austria representaba el arquetipo de este régimen parlamentario.

Bien es cierto que los presidentes del gobierno eran nombrados por el Rey-Emperador, sin embargo, este nombramiento no era otra cosa que la ejecución de la voluntad parlamentaria. El regateo por las diferentes carteras ministeriales podía ya clasificarse como propio de la más laxa democracia occidental; los resultados que seguían se correspondían a los principios aplicados; especialmente la substitución de personajes representativos se operaba con intervalos cada vez más cortos, para al final convertirse en una verdadera cacería. En la misma proporción descendía la grandeza de aquellos «hombres de Estado», hasta no quedar de ellos más que una especie de pequeño traficante parlamentario cuyo mérito político tan sólo era medido y reconocido por su habilidad en urdir coaliciones, es decir, llevando a cabo aquellos infames manejos políticos que puedan justificar la aptitud para el trabajo práctico de estos «representantes del pueblo».

En este ámbito, Viena era la escuela que mejores ejemplos podía proporcionar.

Lo que más me impresionaba era el contraste entre la capacidad y el saber de esos representantes del pueblo y la gravedad de los problemas que tenían que resolver.

Se quisiera o no, era preciso examinar de cerca el horizonte mental de esos elegidos del pueblo, sin dejar de prestar la atención necesaria a los procesos que conducen al descubrimiento de los impresionantes aspectos de nuestra vida pública.

Valía la pena también estudiar a fondo cómo la capacidad de esos parlamentarios se utilizaba y se ponía al servicio de la Patria; es decir, analizar el proceso técnico de su actividad.

El panorama de la vida parlamentaria parecía tanto más lamentable cuanto más se penetraba en su estructura interna, cuanto más se estudiaba con brutal objetividad a esas personas y fundamentos técnicos. Sí, esto es muy apropiado tratándose de una institución que, a través de sus detentores, a cada paso se refiere a la «objetividad» como única base justa de cualquier actitud. Examínense a estos caballeros y a las leyes de su errada existencia, y el resultado al que se llegará será espantoso.

No existe un principio que objetivamente considerado sea tan errado como el parlamentario. Y esto, por supuesto, dejando a un lado la manera en que la elección de los representantes del pueblo tiene lugar, así como los procedimientos por los que llegan a su puesto y a su nueva dignidad.

Considerando que la comprensión política de la gran masa no está tan desarrollada como para adquirir por sí misma opiniones políticas generales y escoger personas adecuadas, se llega con facilidad a la conclusión de que en los parlamentos sólo en pequeña proporción se trata de la realización de un deseo general o incluso de una necesidad.

Aquello que siempre calificamos con las palabras de «opinión pública», se basa sólo mínimamente en las propias experiencias vividas o en los conocimientos del individuo; por el contrario, la mayor parte de sus conceptos son provocados por la interminable labor, incisiva y tenaz, de la llamada «información de dominio público».

Del mismo modo que el credo religioso resulta de la educación, mientras que la necesidad religiosa duerme en lo más íntimo del ser, así también la opinión política de la masa es el resultado final del trabajo, a veces increíblemente arduo e intenso, de la inteligencia y el alma humana.

La prensa es la pieza más poderosa en el proceso de «educación» política, a la que en este caso se le asigna con propiedad el nombre de propaganda. Ésta se encarga ante todo de dicha labor de «información pública», representando así una especie de escuela para adultos. Pero esa «enseñanza» no está en manos del Estado, sino bajo las garras de Fuerzas de muy baja calidad. Precisamente en Viena tuve en mi juventud la mejor oportunidad de conocer a fondo a los propietarios y fabricantes intelectuales de esa máquina de educación colectiva. En un principio debí sorprenderme al darme cuenta del tiempo relativamente corto en que este pernicioso poder era capaz de crear un determinado ambiente de opinión, y esto incluso tratándose de casos de una mixtificación completa de las aspiraciones y tendencias que, a no dudar, existían en el sentir de la comunidad. En el transcurso de pocos días, esa prensa sabía hacer de un motivo insignificante una trascendental cuestión de Estado, e inversamente en igual tiempo, relegar al olvido general problemas vitales o, mejor dicho, sustraerlos de la memoria de las masas.

De este modo era posible en el curso de pocas semanas hacer surgir nombres de la nada y relacionar con ellos increíbles expectativas públicas, adjudicándoles una popularidad que muchas veces un hombre verdaderamente notable no alcanza en toda su vida; y mientras se encumbraban estos nombres que un mes antes apenas sí se les había oído pronunciar, calificados estadistas o personalidades de otras actividades de la vida pública dejaban llanamente de existir para sus contemporáneos o se los ultrajaba

con unos insultos tan miserables, que sus nombres corrían el peligro de convertirse en poco tiempo en un símbolo de villanía o de infamia. Es necesario estudiar ese vergonzoso método judío por el que, como por encanto, se ataca desde todos los medios a hombres honrados bajo la forma de calumnia y difamación, para poder estimar así en su justo valor todo el peligro que representan esos bribones de la prensa.

No hay nada a lo que no recurra tal delincuente moral para alcanzar sus «honrados» objetivos. Meterá el hocico en las más secretas cuestiones de familia y no descansará hasta que su olfato no haya descubierto algún miserable incidente que pueda determinar la derrota de la infeliz víctima. En el caso de no encontrarlo ni en la vida pública ni en la privada, el bellaco lanzará un puñado de calumnias, firmemente convencido, no sólo de que incluso después de mil réplicas siempre quedará alguna cosa, sino también de que debido a centenares de repeticiones, tal diatriba enseguida encontrará cómplices, y entonces, en la mayoría de los casos, será imposible para la víctima sostener la lucha. Esa chusma ni siquiera actúa por motivos que puedan ser creíbles o apenas comprensibles para el resto de la Humanidad. ¡Dios nos libre! Cuando un bandido de éstos ataca al resto de la Humanidad de la manera más infame, esa gente se esconde detrás de una verdadera nube de honradez y frases untuosas, parlotea sobre el «deber periodístico» y otras patrañas de la misma naturaleza, y se atreve a cotorrear sobre la «ética» de la prensa en asambleas y congresos, ocasiones éstas en las que la plaga se encuentra en mayor número y en las que esta gentuza se aplaude mutuamente.

Ésta es la chusma que fabrica dos terceras partes de la llamada «opinión pública», de cuya espuma surge finalmente la Afrodita parlamentaria.

Para pintar con detalle y en toda su falacia el mecanismo parlamentario, sería menester escribir volúmenes enteros. Pero, incluso abstrayendo todo eso y observando solamente los efectos de su actividad, me parece esto suficiente para instruir al espíritu más cándido en cuanto a la insensatez objetiva de esa institución.

Podrá comprenderse más pronto y más fácilmente semejante aberración humana, tan absurda como peligrosa, comparando el parlamentarismo democrático con una democracia germánica realmente tal.

La característica más notable del parlamentarismo democrático consiste en que se elige un cierto número, digamos quinientos hombres (o también mujeres, en los últimos tiempos), a quienes corresponde adoptar en cada caso una decisión definitiva. Prácticamente, ellos representan por sí solos el Gobierno, pues, si bien designan a los miembros de un gabinete que visto desde fuera parece llevar los asuntos de Estado, esto sin embargo no es más que una apariencia. En realidad, el llamado Gobierno es incapaz de dar ningún paso sin antes haber obtenido la aquiescencia de la asamblea parlamentaria. Es por esto por lo que tampoco puede ser responsable de nada, ya que la decisión final jamás depende de él mismo, sino de la mayoría parlamentaria. En todo caso, un gabinete semejante no es otra cosa que el ejecutor de la voluntad de la mayoría parlamentaria del momento. Su capacidad política se podría apreciar, en realidad, únicamente a través de la habilidad que pone en juego para adaptarse a la voluntad de la mayoría o para ganarla en su favor. De esta forma cae de la posición de verdadero gobierno a la de mendigo de la mayoría ocasional. Efectivamente, su objetivo más prioritario consistirá, dependiendo de la situación, en obtener el beneplácito de la mayoría existente o en provocar la formación de una nueva que le sea más favorable. En el caso de que lo consiga, podrá continuar «gobernando» durante algún tiempo más; en caso de no lograrlo, tendrá que dejar el poder. La cuestión sobre la exactitud de sus decisiones, de por sí, no importa.

De este modo se elimina prácticamente cualquier responsabilidad.

A qué consecuencias nos conduce este estado de cosas, se infiere a través de una elemental consideración:

La estructura interna de ese conjunto formado por los quinientos representantes parlamentarios, elegidos según sus profesiones o hasta teniendo en cuenta sus aptitudes, ofrece un cuadro tan miserable como lastimoso. ¡Que nadie se crea que estos Elegidos de la nación son al mismo tiempo elegidos por su inteligencia o sentido común! Espero que nadie piense que de las papeletas de sufragio de un electorado, que todo puede ser, menos inteligente, surjan simultáneamente centenares de hombres de Estado. Nunca será suficientemente rebatida la absurda creencia de que del sufragio universal pueden salir genios. Pues primero hay que considerar que en una Nación, y sólo en épocas sagradas, surge una sola vez un verdadero estadista, por lo que nunca surgirán de golpe cien y mucho menos de una sola vez; y segundo, es instintiva la antipatía que siente la masa por el genio eminente. Es más probable que un camello se deslice por el ojo de una aguja, que no «descubrir» a un gran hombre por virtud de una elección popular. Todo lo que de veras sobresale de lo común en la historia de los pueblos suele generalmente revelarse por sí mismo.

Así, quinientos hombres que no sobrepasan la medianía, deciden sobre los asuntos más importantes de la Nación, estableciendo gobiernos que en cada caso y en cada cuestión tienen que procurar el asentimiento de la ilustre asamblea; así es que en realidad, lo que se hace es la política de esos quinientos.

O por lo menos, la mayor parte de las veces así lo parece.

Dejando aparte la cuestión de la genialidad, considérese en qué variadas formas se presentan los problemas que aún están sin resolver y para los que deben encontrarse distintas soluciones y decisiones para cada uno de sus ámbitos, y se comprenderá entonces la incapacidad de un sistema de gobierno que pone la facultad de la decisión final en manos de una asamblea, entre cuyos componentes sólo muy pocos poseen los conocimientos y la experiencia necesaria en los asuntos a tratar. Así, las más importantes medidas en materia económica son sometidas al criterio de un foro en el que sólo una décima parte de sus miembros ha demostrado tener una formación económica suficiente. Y esto no significa otra cosa que poner la última decisión de un asunto en manos de hombres que carecen absolutamente del conocimiento requerido por el tema en cuestión.

Y lo mismo ocurre con todas las demás cuestiones. Siempre prevalece la decisión de una mayoría compuesta de ignorantes e incapaces; sin embargo, mientras la composición de esta institución permanece inalterable, el trato de los problemas existentes sí se extiende a todos los ámbitos de la vida pública. Por lo tanto, un juicio inteligente sólo sería posible si diputados diferentes tuvieran autoridad para hacer frente a cuestiones diferentes. Es completamente imposible que los mismos hombres que tratan de asuntos de transportes se ocupen, por ejemplo, de una cuestión de alta política exterior. Sería preciso que todos fuesen genios universales, y estos tan sólo de siglo en siglo aparecen. Desgraciadamente, no se trata aquí de verdaderas «cabezas pensantes», sino de diletantes tan limitados como engreídos, e intelectualmente de la peor clase. De ahí proviene también la incomprensible ligereza con que frecuentemente estos señores deliberan y resuelven cuestiones que serían motivo de honda reflexión aun para los más esclarecidos talentos. Medidas del más grave significado para el futuro de todo un

Estado, de una Nación, son tomadas como si se tratase de una partida de naipes o cualquier estúpido juego de cartas[29], y no del destino de una raza.

Sería naturalmente injusto creer que todo diputado de un parlamento semejante se halle afectado de tan escasa noción de responsabilidad.

No, de ningún modo.

Pero el caso es que tal sistema, forzando al individuo a ocuparse de cuestiones que no conoce, corrompe su carácter paulatinamente. Nadie tiene allí el valor de decir: «Señores, creo que no entendemos nada de este asunto; yo al menos no tengo ni idea». (De todos modos esta actitud tampoco modificaría nada porque, aparte de que una prueba tal de sinceridad quedaría totalmente incomprendida, nadie se resignaría a sacrificar su puesto por un tonto honrado). Quien además conoce a los hombres, comprenderá que en una sociedad tan ilustre nadie querrá ser el más tonto y que, en ciertos círculos, honestidad es siempre sinónimo de estupidez.

Así es como el representante aún sincero es arrojado forzosamente al camino de la mentira y la falsedad. Justamente la convicción de que la acción individual poco o nada modificaría la situación, mata cualquier impulso sincero que por ventura pueda surgir en uno u otro. A fin de cuentas, se convencerá de que, personalmente, lejos está de ser el peor entre los otros y de que con su colaboración tal vez impida males mayores.

Es cierto que se formulará la objeción de que el diputado personalmente podrá no conocer este o aquel asunto, pero que su criterio será deliberado por la fracción a la que pertenezca al tener ésta unas comisiones especiales de expertos que de todos modos esclarecerán todo de una manera más que suficiente. A primera vista esto parece ser verdad; pero entonces, surge la pregunta:

¿Por qué se eligen quinientos cuando sólo algunos poseen la sabiduría suficiente para tomar posición en las cuestiones más importantes?

Ahí es donde está el *quid* de la cuestión.

El objetivo del parlamentarismo democrático de hoy no es constituir una asamblea de sabios, sino reclutar más bien una tropa de nulidades intelectualmente dependientes, tanto más fáciles de manejar cuanto mayor sea la limitación mental de cada uno de ellos. Sólo así puede hacerse política partidista en el actual sentido perverso de la expresión. Sólo así consiguen los verdaderos agitadores permanecer cautelosamente en la retaguardia, sin que jamás pueda exigirse de ellos una responsabilidad personal. Pues de esta manera, ninguna medida, por perniciosa que fuese para el país, pesará sobre la conducta de un bribón conocido por todos, sino sobre la de toda una fracción parlamentaria.

Prácticamente, pues, no hay responsabilidad, porque la responsabilidad sólo puede recaer sobre una única persona y no sobre un conjunto de charlatanes parlamentarios.

Esta institución sólo puede ser apreciada y valiosa para los embusteros y especialmente para aquellos que huyen de la plena luz, mientras que debe ser odiada por todo individuo honrado y recto, dispuesto a asumir su propia responsabilidad.

He aquí porqué esta forma de democracia llegó a convertirse también en el instrumento de aquella raza cuyos íntimos propósitos, ahora y siempre, temerán mostrarse a la luz del Sol. Sólo el judío puede ensalzar una institución que es sucia y falaz como él mismo.

---

[29] En el original hace referencia al *Schafkopf*, que significa «imbécil», «idiota», y es como se le llama al que pierde en un juego de cartas alemán que lleva ese mismo nombre. (Nota de *Mon Combat*. Nouvelles Éditions Latines, Paris, 1934 –edición francesa; traducción a cargo de *J. Gaudefroy-Demombynes et A. Calmettes*).



En oposición a ese parlamentarismo democrático está la genuina democracia germánica de la libre elección del Führer que se obliga a asumir toda la responsabilidad de sus actos. Una democracia tal no supone el voto de la mayoría para resolver cada cuestión en particular, sino llanamente la voluntad de uno solo, dispuesto a responder de sus decisiones con su propia vida y haciendo entrega de sus propios bienes.

Si se hiciese la objeción de que bajo tales condiciones difícilmente podrá hallarse al hombre resuelto a sacrificarlo personalmente todo en pro de tan arriesgada empresa, habría que responder:

«Gracias a Dios, el verdadero sentido de una democracia germánica radica justamente en el hecho de que no pueda llegar al gobierno de sus conciudadanos por medios vedados cualquier indigno arribista o estafador moral, sino que la magnitud misma de la responsabilidad a asumir amedrente a ineptos y pusilánimes».

Y si aún, pese a todo esto, intentase deslizarse un individuo de tales características, fácilmente se le podría identificar y apostrofar: «¡Apártate cobarde, que tus pies no profanen el Panteón de la Historia, pues éste está destinado a héroes y no a farsantes!».



A estas conclusiones llegué después de dos años de visitar el Parlamento austriaco.

En adelante no volví a frecuentarlo.

El régimen parlamentario fue una de las principales causas de la progresiva decadencia del antiguo Estado de los Habsburgo. Cuanto más se destruía (debido a su actuación) la hegemonía del germanismo, más se incurría en el juego del enfrentamiento entre nacionalidades. En el propio *Reichsrat* eso se daba siempre a costa de los alemanes y por tanto en último término a costa del Imperio, pues ya a finales de siglo, incluso el más limitado individuo veía que la fuerza de atracción de la Monarquía no conseguía desterrar las tendencias separatistas de los diferentes pueblos.

Más bien al contrario.

Cuanto más mezquinos se volvían los medios utilizados por el Estado para su mantenimiento, tanto más aumentaba el desprecio general hacia él. No sólo en Hungría, sino también en varias provincias eslavas, se sentían tan poco identificados con la monarquía, que su debilidad de ninguna manera la consideraban como su propia vergüenza. Más bien se alegraban de esas señales de emergente antigüedad; se esperaba más su muerte que su restablecimiento.

En el Parlamento se consiguió evitar el colapso total gracias a una claudicación indigna y a la realización de toda clase de opresión sobre el elemento germánico; y en el interior del país, enfrentando habilidosamente a un pueblo contra otro. Sin embargo, la tendencia general de la actuación política estaba dirigida contra los alemanes. Sobre todo, desde que la sucesión al trono comenzara a dar al archiduque Francisco Fernando una cierta influencia, se estableció un plan sistemático de chequización a todos los niveles gubernamentales. Aquel futuro soberano de la Doble Monarquía procuraba, por todos los medios posibles, hacer avanzar la desgermanización promoviendo esta actitud o, por lo menos, defendiendo esta postura. Localidades puramente alemanas eran, por vía indirecta y de manera lenta pero imperturbable, incluidas burocráticamente en la

zona peligrosa de las lenguas mixtas. Incluso en la misma Baja Austria este proceso comenzaba a avanzar cada vez más deprisa, considerando ya muchos checos a Viena como su principal ciudad.

El pensamiento predominante de este nuevo Habsburgo, cuya familia hablaba preferentemente checo, (la esposa del archiduque fue anteriormente condesa checa, por lo que su unión se realizó por matrimonio morganático[30]; además, ella procedía de unos círculos cuya tradición les formaba en una actitud antialemana) era establecer gradualmente un Estado eslavo en la Europa Central siguiendo una línea estrictamente católica como protección frente a la Rusia ortodoxa. En este sentido, como tantas veces aconteció a los Habsburgo, la religión era colocada al servicio de una idea puramente política, y para más inri, de una idea nefasta al menos desde el punto de vista alemán.

En varios aspectos, el resultado fue más que trágico.

Ni la Casa de los Habsburgo ni la Iglesia Católica sacaron el provecho que esperaban.

Los Habsburgo perdieron el trono y Roma perdió un gran Estado.

Pues utilizando las fuerzas religiosas para servir a sus fines políticos, la Corona provocó un estado de ánimo que en principio ella misma había tenido por imposible.

La tentativa de exterminar por todos los medios el germanismo de la vieja Monarquía despertó el sentimiento pangermánico en Austria.

En la década de los 80, el liberalismo manchesteriano[31], de origen judaico, alcanzó, si no rebasó, su punto culminante bajo la Monarquía. No obstante la reacción contra él, como en toda Austria, no surgió en primer término desde un punto de vista social, sino más bien nacional. El instinto de conservación obligó al germanismo a ponerse en guardia de una manera más activa. Sólo en segundo plano las consideraciones económicas empezaron a ganar una influencia apreciable. Y así fue como emergieron de la confusión política general dos partidos, el uno más nacionalista y el otro más socialista, pero ambos muy interesantes e instructivos para el futuro.

Después del deprimente final de la guerra de 1866, la Casa de los Habsburgo se mantenía en la idea de una revancha en el campo de batalla. Sólo la muerte del emperador Maximiliano de México, cuya infeliz expedición se atribuyó en primer lugar a Napoleón III y cuyo abandono por parte de los franceses provocó general indignación, evitó una alianza íntima con Francia[32]. A pesar de todo, los Habsburgo en aquella época continuaban esperando su oportunidad. Si la guerra de 1870-71 no se hubiera transformado en una expedición triunfal única en su género, la corte de Viena habría osado intentar un sangriento golpe de venganza por lo de Sadowa[33]. Cuando, no obstante, llegaron las primeras noticias de los hechos heroicos en los campos de batalla,

[30] Para desposarse con un miembro de la familia Habsburgo era necesario pertenecer a una de las casas reinantes —o que hubiera reinado— en Europa. La condesa Sofía Chotek no pertenecía a ninguna de esas familias, por lo que el Emperador Francisco José, tras las instancias del Papa León XIII, del Zar Nicolás II y del Emperador alemán Guillermo II, consintió el matrimonio con la condición de que éste fuera morganático —unión entre dos personas de distinta clase o rango social—, lo que conllevaba que los descendientes no heredaran derechos sucesorios. (N. del T.)

[31] Hitler se refiere al movimiento iniciado en 1883 por siete fabricantes de Manchester, cuyos fines eran el libre cambio, la libre competencia y la eliminación de las interferencias estatales en el campo socioeconómico. (Nota de *Mi Lucha*, 1996)

[32] Maximiliano, hermano del Emperador de Austria Francisco José, fue nombrado en 1863 como emperador de México por los franceses, en un intento por tomar el control de ese país. Cuando el ejército francés empezó a sufrir derrotas ante las guerrillas mexicanas, a lo que se sumaron los problemas en Europa, el emperador Napoleón III optó por retirar sus tropas abandonando a Maximiliano a su suerte. Las fuerzas republicanas de México lo capturaron y lo pusieron frente a un pelotón de fusilamiento el 19 de junio de 1867. (N. del T.)

[33] El 3 de Julio de 1866 la batalla de Sadowa o de Königgrätz enfrentó al Imperio austriaco con el Reino de Prusia durante la Guerra de las Siete Semanas, dirigida a establecer la hegemonía dentro de la Confederación Germánica, formada ésta en 1815 tras las Guerras Napoleónicas. La Confederación Germánica agrupó a los 39 Estados alemanes que formaban el desaparecido Sacro Imperio Romano Germánico bajo el reinado de la casa de Austria. Tras la victoria de Prusia en la citada guerra —originada por las tensiones entre ambos países— se disolvió la Confederación dando paso a la Federación Alemana del Norte, la cual desembocaría en el Gran Imperio Alemán (II *Reich*), que se acabaría proclamando en Versalles en 1871, tras la batalla de Sedán, durante la guerra franco-prusiana, después de la victoria de los alemanes y la ocupación temporal de París por parte de éstos. (N. del T.)

maravillosos y casi difíciles de creer, pero sin embargo reales, el más «sabio» de todos los monarcas reconoció que el momento no era propicio y aparentó alegrarse con lo que, en realidad, contrariaba sus propios planes.

La lucha heroica de esos dos años consiguió sin embargo un milagro mucho más formidable, pues, en lo que se refiere a los Habsburgo, su modificada actitud nunca correspondió a un impulso íntimo del corazón, sino a la fuerza de las circunstancias. El pueblo alemán de la vieja Marca Oriental *(Ostmark),* fue arrastrado por la embriaguez de victoria del Reich y vio, profundamente conmovido, la resurrección soñada por sus antepasados convertida en maravillosa realidad.

Pero que nadie se engañe. El austriaco de sentimiento verdaderamente germánico reconoció, desde entonces en adelante, que en Königgrätz se dio la condición tan trágica como indispensable para la restauración de un Imperio que ya no debía estar ligado al conglomerado podrido de la antigua alianza[34]. Sobre todo, aprendió a sentir por propia experiencia que la Casa de los Habsburgo había puesto fin a su misión histórica y que el nuevo Imperio sólo podría elegir como Emperador a quien, por su carácter heroico, fuera capaz de ofrecer una cabeza digna a la «Corona del Rin». Tanto más era, pues, de alabar al Destino por haber investido al vástago de una dinastía que, con Federico el Grande, ya diera a la Nación en tiempos perturbados un ejemplo elocuente para inspirar la grandeza de la Raza.

Pero cuando tras la guerra franco-prusiana de 1870, la Casa de los Habsburgo se lanzó con ímpetu máximo a exterminar —pues éste debía ser el resultado final de la política de eslavización—, lenta pero implacablemente al «peligroso» germanismo de la Monarquía Dual (cuyo sentir interior no podía ser discutido), entonces estalló la resistencia de aquel pueblo que estaba destinado al exterminio, y esto de una forma sin precedentes en la historia alemana contemporánea.

Por primera vez, hombres de sentimientos nacionalistas y patrióticos se rebelaron. Se rebelaron no contra la Nación o contra el Estado en sí, sino contra una forma de gobierno que, según sus convicciones, tenía que conducir al aniquilamiento de su propio Pueblo.

Por primera vez en la historia contemporánea alemana se hacía una diferenciación entre el patriotismo dinástico corriente y el amor a la Patria y al pueblo.

Fue mérito del Movimiento Pangermanista, operando en la parte alemana de Austria allá por los años noventa del pasado siglo, el haber establecido en forma clara y terminante que la autoridad del Estado sólo tiene el derecho de exigir respeto y cooperación si se ajusta a las necesidades de un pueblo o cuando por lo menos no sea perniciosa para él.

La autoridad del Estado no puede ser un fin en sí misma porque ello significaría consagrar la inviolabilidad de toda tiranía en el mundo.

Si por los medios que están al alcance de un gobierno se conduce a un pueblo a la ruina, entonces la rebelión no es sólo un derecho para cada uno de los hijos de ese pueblo, sino también un deber. Tal caso se resolverá por la acción y el éxito, no mediante disertaciones teóricas.

Evidentemente, todo gobierno —por malo que sea y aún cuando haya traicionado una y mil veces los intereses de una nacionalidad— reclama para sí el deber de mantener la autoridad del Estado. Así, el instinto de conservación nacional en lucha contra un gobierno semejante tendrá que servirse, para lograr su libertad o su

---

[34] Se hace referencia aquí al *Zollverein*, o Unión Aduanera de Alemania, formado por los diferentes estados independientes que formaban Alemania entre 1815 y 1830, bajo el liderazgo de Prusia. Este sistema fue la base de la consecuente unificación de los estados alemanes. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

independencia, de las mismas armas que aquél emplea para mantenerse en el mando. Según esto, la lucha será sostenida por medios «legales» mientras el poder que se combate no utilice otros; pero no habrá que temer ante el recurso de medios ilegales si el opresor mismo se sirve de ellos.

En general, no debe olvidarse que la finalidad suprema de la razón de ser de los hombres no reside en mantener un Estado o un gobierno, sino en la conservación de su raza.

Y si esta misma se hallase en peligro de ser oprimida o hasta eliminada, la cuestión de la legalidad pasaría entonces a un plano secundario. En tal caso poco importará que el poder imperante aplique en su acción los mil veces llamados medios «legales», pues el instinto de conservación de los oprimidos podrá siempre justificar en grado superlativo el empleo de todas las armas.

Sólo así se explican los instructivos ejemplos que nos ha dejado la Historia de las luchas libertarias contra la esclavitud (interna o externa) de los pueblos.

En este caso el derecho humano se impone sobre el derecho político.

Si un pueblo sucumbe sin luchar por los derechos del hombre, es porque al haber sido pesado en la balanza del Destino resultó demasiado débil para tener la suerte de seguir subsistiendo en el mundo terrenal. Porque la justa y eterna Providencia se encarga de convenir el final de quien no está dispuesto a luchar por su existencia o no se siente capaz de ello.

¡El mundo no está hecho para los pueblos cobardes!



Con el ejemplo de Austria quedó clara y elocuentemente demostrado lo fácil que es para una tiranía protegerse con el manto de la «legalidad».

El poder legal del Estado se basaba entonces en el antigermanismo del Parlamento con su mayoría no germánica, y en la Casa reinante también germanófoba. En estos dos factores se encarnaba toda la autoridad del Estado. Querer modificar de esta forma la suerte del pueblo austro-alemán era por tanto una locura. Así pues, según el criterio de nuestros veneradores de la autoridad del Estado y de la legalidad, toda resistencia debería ser abandonada por no ser asequible por medios legales. Eso, no obstante, tendría que significar, necesaria y forzosamente en poco tiempo, el fin del pueblo alemán dentro de la Monarquía. En efecto, sólo por el derrumbe de aquel Estado fue salvado el germanismo de tal destino.

Los refinados teóricos hubieran preferido, sin embargo, morir por su doctrina antes que morir por su pueblo. Los hombres crean las leyes, y piensan que éstas están por encima de los derechos del hombre.

Por aquel entonces fue mérito del Movimiento Pangermanista de Austria haber barrido de una vez esa locura, para desesperación de todos los fetichistas de la teoría del Estado.

Cuando los Habsburgo intentaban perseguir al germanismo por todos los medios, este partido atacaba impávidamente a la «sublime» Casa soberana. Por primera vez, se probó y se puso de manifiesto la corrupción de ese Estado podrido, abriendo los ojos a cientos de miles de personas. Fue mérito suyo haber liberado la maravillosa noción de amor patrio de la influencia de esa triste Dinastía.

Aquel partido, en sus primeros tiempos, contaba con muchos adeptos, amenazando incluso con convertirse en una verdadera avalancha. Sin embargo, el éxito no duró. Cuando llegué a Viena, hacía tiempo que el Movimiento Pangermanista había

sido sobrepasado por el que ahora se encontraba en el poder, el Partido Socialcristiano; de hecho, aquél había caído en una insignificancia casi completa.

El proceso de formación y el ocaso del Movimiento Pangermanista, por una parte, y el asombroso ascenso del Partido Socialcristiano en Austria por la otra, se convirtieron para mí en objeto de estudio y de honda trascendencia.

Tras la llegada a Viena, mis simpatías se encontraban completamente del lado de la tendencia pangermanista. Que se tuviese el valor de exclamar en el Parlamento «¡Viva Hohenzollern!»[35] me imponía tanto respeto como alegría; que todavía se considerase a ese partido como una parte provisionalmente separada del Imperio Alemán y se proclamase sin desfallecer ese sentimiento públicamente, me producía gozosa confianza; que se admitiesen sin consideración todas las cuestiones referentes al germanismo y que nunca hubiera entregas de compromiso me parecía el único camino todavía accesible para la salvación de nuestro pueblo; que sin embargo, el movimiento, después de su magnifica ascensión se hundiera, eso no podía comprenderlo. Pero menos aún entendí que el Partido Socialcristiano lograse alcanzar en esa misma época un poder tan inmenso. En aquella época éste llegó al apogeo de su gloria.

Al comparar los dos partidos, el Destino me proporcionó también aquí, de manera acelerada, debido a mi difícil situación de entonces, la mejor enseñanza para comprender las causas de ese enigma.

Primeramente comencé a sopesar a los dos hombres considerados como fundadores y líderes de esos dos partidos: Georg von Schönerer y el Dr. Karl Lüger.

Como personas, tanto el uno como el otro superaban de lejos a las llamadas figuras parlamentarias. En la ciénaga de la corrupción política general, se mantuvieron toda su vida limpios e intachables. En un principio, mis simpatías estaban del lado del pangermanista Schönerer, para poco a poco inclinarse también hacia el líder socialcristiano.

Comparando la capacidad de ambos, Schönerer parecía ser, en los problemas fundamentales, un pensador mejor y más profundo. Con mayor claridad y exactitud que ningún otro, previó el lógico fin del Estado austriaco. Si se hubiesen escuchado, especialmente en Alemania, sus advertencias respecto a la Monarquía de los Habsburgo, el desastre de la Guerra Mundial en la que Alemania tuvo que luchar contra toda Europa jamás se hubiera producido. Pero si bien Schönerer penetraba en la esencia de los problemas, en cambio erraba cuando se trataba de juzgar a los hombres.

Éste era el punto fuerte del doctor Lüger.

Lüger era un extraordinario conocedor de los caracteres humanos, teniendo muy especial cuidado en no verlos mejor de lo que en realidad eran. Por eso, podía contar mejor con las posibilidades efectivas de la vida, mientras que Schönerer para esto reunía menos talento. Todo lo que sostenía sobre el pangermanismo era teóricamente acertado, pero le faltaba la energía y el conocimiento indispensables para transmitir sus conclusiones teóricas a la masa del pueblo, esto es, simplificarlas de acuerdo a su capacidad de comprensión, la cual es, y será siempre, limitada. Así pues, todas sus conclusiones no eran más que meras profecías sin visos de realidad. Precisamente esa falta de conocimiento real de los hombres le condujo, con el paso del tiempo, a un error en la valoración de la fuerza de varios movimientos, así como de algunas instituciones antiquísimas.

[35] Esta expresión hace referencia a la Casa de los Hohenzollern, reyes de Prusia entre 1701 y 1871, y emperadores de Alemania entre 1871 y 1918. Guillermo I, descendiente de esta dinastía, logró en 1871 la unificación del Imperio Alemán, en colaboración con el canciller Bismarck, convirtiéndose así en emperador de Alemania. Guillermo II, nieto de éste y último emperador alemán, tuvo que abdicar y abandonar el Trono de los Hohenzollern tras la derrota alemana en la Primera Guerra Mundial. (N. del T.)

Finalmente, Schönerer reconoció indudablemente que en aquel caso se trataba de cuestiones ideológicas, aunque no supo comprender que, en primer término, la gran masa del pueblo sólo se presta a luchar en pro de convicciones de índole casi religiosa. Desgraciadamente, Schönerer se dio cuenta sólo en muy escasa medida de que el espíritu combativo de las llamadas clases «burguesas» era extraordinariamente limitado por depender de intereses económicos que infundían al individuo el temor de sufrir graves perjuicios, de ahí el porqué de su pasividad.

En general una ideología o *Weltanschauung* sólo tendrá visos de victoria si la amplia masa, como portadora de la nueva doctrina, se declara dispuesta a emprender la lucha necesaria. Esta falta de comprensión en lo tocante a la importancia de las capas inferiores del pueblo fue también la que conllevó una deficiente concepción del problema social.

En todo esto el doctor Lüger fue la antítesis de Schönerer.

Su profundo conocimiento de los hombres hacía que no sólo hiciese un juicio acertado de las fuerzas aprovechables, sino que también quedara a cubierto de una valoración excesivamente baja de las instituciones existentes, siendo así que, por ese motivo, aprendiera a emplearlas en pro de la consecución de sus objetivos.

Comprendió a la perfección que la fuerza política combativa de la alta burguesía era en nuestra época tan insignificante e insuficiente, que no bastaba para asegurar el triunfo de un nuevo gran movimiento. Y fue por esto que consagró el máximo de su actividad política a la labor de ganar la adhesión de aquellas esferas sociales cuya existencia se hallaba amenazada, siendo esto más bien un acicate que un menoscabo para su espíritu luchador. Igualmente optó el doctor Lüger por servirse de todos los instrumentos de poder ya existentes y de granjearse el apoyo de las instituciones prestigiosas, con el fin de obtener de esas viejas fuentes de energía el mayor provecho en favor de su causa.

Fue de este modo como cimentó su nuevo partido principalmente sobre una clase media amenazada por el declive, logrando con ello asegurarse un firme grupo de adeptos animados tanto por un empecinado espíritu de lucha como de una gran voluntad de sacrificio. Su actitud extraordinariamente sagaz hacia la Iglesia Católica le aseguró en tan poco tiempo las simpatías del joven clero en una medida tal, que el viejo partido clerical se vio forzado a retirarse del campo de batalla, o bien, obrando más cuerdamente, a adherirse al nuevo movimiento para de este modo recuperar poco a poco sus antiguas posiciones.

Sin embargo, sería injusto en extremo considerar únicamente esto como lo esencial del carácter de Lüger, pues al lado de sus condiciones de hábil táctico estaban también las de reformador grande y genial; pero todo esto se hallaba limitado por su estupendo conocimiento de las posibilidades existentes así como de sus propias capacidades.

Era un objetivo de enorme sentido práctico el que perseguía aquel hombre verdaderamente meritorio. Quería conquistar Viena. Viena era el corazón de la Monarquía, y de esta ciudad recibía los últimos impulsos de vida el cuerpo enfermo y envejecido del ya desfalleciente Imperio. Cuanto más sano estuviera el corazón, más debía revivir el resto del cuerpo. Una idea lógica en principio, pero que no podía surtir efecto más que durante un tiempo determinado.

Y era aquí donde radicaba el punto débil de este hombre.

La obra que realizó como alcalde de Viena es inmortal en el mejor sentido de la palabra; pero con ella no pudo ya salvar la Monarquía… era demasiado tarde.

Su adversario, Schönerer, vio esto con más claridad.

Todo lo que Lüger emprendió en el terreno práctico, lo logró admirablemente; en cambio, no logró alcanzar lo que ansiaba como resultado.

Y lo que Schönerer deseaba no lo consiguió, mas aquello que temía, se realizó de forma terrible.

Así, ninguno de los dos llegó a conseguir el objetivo perseguido. Ni Lüger pudo salvar Austria, ni Schönerer proteger al germanismo en Austria de la ruina que le esperaba.

Hoy nos es infinitamente instructivo estudiar las causas que determinaron el fracaso de aquellos dos partidos. Y esto es esencial ante todo para nuestros partidarios, pues en muchos puntos las circunstancias actuales se asemejan a las de entonces, lo que podría ayudarnos a evitar el incurrir en errores que ya una vez condujeron a la ruina a uno de los movimientos y al otro a la infructuosidad.

El colapso del Movimiento Pangermanista en Austria tuvo, desde mi punto de vista, tres causas:

Primera: la noción poco clara de la importancia del problema social, justamente tratándose de un partido joven esencialmente revolucionario. En tanto en cuanto Schönerer y sus acólitos se dirigiesen primordialmente a las capas burguesas, el resultado no podía ser más que débil e inofensivo.

La burguesía alemana es, sobre todo en sus estratos superiores —aunque no lo presientan sus miembros—, pacifista hasta el extremo de renunciar a sí misma, principalmente cuando se trata de cuestiones internas de la Nación o del Estado. En los buenos tiempos, esto es, en los tiempos de un buen gobierno, tal disposición es una cualidad beneficiosa para el Estado; en los tiempos de mal gobierno, sin embargo, es algo verdaderamente maléfico. Por tanto, para conseguir la realización de una lucha seria, el Movimiento Pangermanista tenía que lanzarse a la conquista de las masas. El hecho de no haber actuado así le privó desde el comienzo del mismo impulso inicial que una ola necesita para no deshacerse.

Si no se toma en consideración ni se ejecuta esa máxima desde un buen comienzo, el nuevo partido perderá para el futuro toda posibilidad de recuperar lo perdido. Aceptando un número excesivo de elementos moderados burgueses, la tendencia general del movimiento estará dirigida por estos, quedando así excluida la posibilidad de reclutar fuerzas valiosas en el seno de la gran masa popular. De esta forma, un movimiento tal no llegará más que a realizar débiles críticas. Nunca surgirá de él esa fe casi religiosa en conjunción con el necesario espíritu de sacrificio, pues surgirá en su lugar el anhelo de una cooperación «positiva», lo que significa en este caso, a través del reconocimiento del *status quo,* reducir gradualmente la dureza de la lucha para al final llegar a una paz podrida.

Esto fue lo que aconteció al Movimiento Pangermanista por el hecho de no tener desde el principio el objetivo de conquistar sus adeptos de entre los círculos de la gran masa. Se convirtió en un movimiento «burgués, distinguido y moderadamente radical».

De este error surgió, por otro lado, la segunda causa de su rápida extinción.

La situación del germanismo en Austria era ya desesperada en el momento en que aparece el Movimiento Pangermanista. De año en año había ido convirtiéndose el Parlamento en una institución que destruía lentamente el germanismo. Todo intento salvador de última hora sólo podía ofrecer perspectivas de éxito si se acababa con esta institución.

Así fue como el movimiento se acercó a una cuestión de vital importancia: con el objetivo de destruir el Parlamento, ¿debían entrar en él para, como corrientemente se

decía, «minarlo desde dentro»? ¿O tal vez sería mejor combatirlo desde fuera atacando la institución misma del parlamentarismo?

Finalmente optaron por entrar dentro… y salieron derrotados.

Pero se vieron verdaderamente obligados a penetrar allí. Para empeñar una lucha contra un poder semejante desde fuera es preciso revestirse de indomable coraje y hallarse dispuesto a cualquier sacrificio.

Ante tales casos se debe agarrar al toro por los cuernos y esperar recibir fuertes embestidas para quizá sólo poder levantarse con los brazos partidos, pues únicamente después de una lucha enconada, la victoria sonreirá al osado atacante. Sólo la grandeza del sacrificio conquistará nuevos luchadores para la causa, hasta que finalmente la perseverancia garantice el éxito. Para eso, sin embargo, se precisa del concurso de los hijos del pueblo, pues sólo éstos son lo suficientemente decididos y tenaces para llevar esa lucha a su sangriento fin.

El Movimiento Pangermanista carecía precisamente del apoyo de las masas populares, no quedándole por tanto otra solución que la de dirigirse al propio Parlamento.

Sería falso creer que esta decisión fue el resultado de grandes sufrimientos íntimos o incluso de meditaciones; no, no se pensó para nada en otra solución. La participación en esta locura fue sólo el reflejo de nociones generales poco claras sobre la importancia y el efecto de tal intervención en una institución reconocida ya en principio como falsa. Se esperaba, en general, facilitar el esclarecimiento de las ideas de la masa popular una vez que se tuviera la oportunidad de hablar ante «el foro de toda la Nación».

Parecía también más razonable dirigir el ataque a la raíz misma del mal que arremeter desde fuera. Por otra parte, creíase que la inmunidad parlamentaria reforzaría la seguridad de los líderes del pangermanismo, acrecentando la eficacia de su acción combativa.

En la realidad, sin embargo, los hechos se produjeron de manera muy diferente. El «foro» ante el cual hablaban ahora los diputados pangermanistas no había aumentado, más bien había disminuido, pues allí el que habla lo hace sólo ante el círculo que está dispuesto a escucharle, o que espera recibir la reproducción del discurso a través de la información ofrecida por la Prensa.

El *forum* más amplio de auditorio directo no está en el hemiciclo de un Parlamento, sino en los grandes mítines. En los discursos públicos se encuentran miles de gentes que vienen con el exclusivo fin de escuchar lo que el orador tiene que decirles, en tanto que en el plenario de una cámara de diputados se reúnen sólo unos pocos centenares de personas congregadas en su mayoría para cobrar sus dietas y no para dejarse iluminar por la sabiduría de uno u otro de los «representantes del pueblo». Pero ante todo, se trata siempre de un mismo público que nunca estará dispuesto a aprender algo nuevo pues, aparte de faltarle inteligencia, le falta además voluntad.

Nunca uno de esos representantes hará por sí mismo honor a la mejor verdad para luego ponerse a su servicio. No. Ninguno hará eso a no ser que tenga razones para esperar que tal giro pueda salvar su mandato por una legislatura más. Sólo cuando presienten que su partido saldrá mal parado en las próximas elecciones es cuando estas «glorias de la Humanidad» se agitan para averiguar la forma de cambiar hacia un partido de orientación más segura, justificando ese cambio de actitud, por supuesto, con un diluvio de argumentaciones morales. De ahí ocurre siempre que, cuando un partido pierde en gran escala el favor del público y se ve amenazado por una derrota fulminante, comienza la gran emigración: las ratas parlamentarias abandonan el navío partidista.

Nada tiene que ver esto con los mejores conocimientos y pretensiones, sino sólo con aquellas dotes clarividentes que ayudan a las chinches parlamentarias a presentir el momento justo, y que les haga caer de nuevo en otro asiento partidista.

Hablar ante un «foro» tal viene a ser como tirar perlas a los cerdos. ¡No vale la pena! En este caso, el éxito no puede ser más que nulo.

Y eso es realmente lo que pasó. Los diputados pangermanistas podían hablar hasta quedarse afónicos, pero su esfuerzo resultaba siempre estéril.

En cuanto a la prensa, o guardaba un silencio sepulcral, o mutilaba los discursos hasta el punto de hacerlos incongruentes, tergiversando su sentido, dándole así a la opinión pública una pésima impresión sobre los propósitos del nuevo movimiento. No tenía ninguna importancia lo que decía cada uno de los diputados; la importancia reposaba en aquello que se publicaba atribuido a ellos. Se usaba el viejo truco de los extractos de discursos que, mutilados o modificados, sólo podían y debían provocar una impresión equivocada. Así el único público ante el cual ellos hablaban realmente, eran los escasos quinientos parlamentarios, y esto ya dice bastante.

Pero más grave era lo siguiente:

El Movimiento Pangermanista sólo podría contar con el éxito en el momento en que comprendiese que en su caso no podía tratarse de un nuevo partido, sino más bien de una nueva concepción ideológica. Únicamente algo así podía ser capaz de imprimir la energía interior necesaria para llevar a cabo esa lucha gigantesca. Solamente los más cualificados y los de mayor entereza eran llamados a ser los líderes de esa ideología.

En el supuesto que la lucha por un sistema universal no sea conducida por héroes dispuestos al sacrificio, en corto espacio de tiempo será imposible encontrar luchadores dispuestos a morir. Un hombre que combata exclusivamente por su propia existencia poco tendrá que ofrecer a la causa común.

Para que se pueda dar esta condición de éxito, es necesario que cada cual sepa que el nuevo movimiento traerá honor y gloria ante la posteridad pero que, en el presente, nada ofrecerá. Cuantos más puestos tenga un movimiento para distribuir, mayor será la concurrencia de los mediocres, hasta que finalmente estos políticos oportunistas, copando con su número al partido victorioso, lo hagan irreconocible para el luchador íntegro de los primeros años, que incluso será decididamente rechazado por los nuevos adheridos como un «intruso» incómodo. Con esto, por tanto, quedará liquidada la «misión» de tal movimiento.

Después de que el Movimiento Pangermanista se entregó al Parlamento, comenzó a contar con «parlamentarios» en lugar de guías y luchadores de verdad. El partido bajó así al nivel de cualquiera de las facciones de entonces, perdiendo por ello la fuerza necesaria para enfrentarse a un Destino siniestro con la terquedad del martirio. En vez de luchar, aprendió a «hablar» y a «negociar». En poco tiempo, el nuevo parlamentario comenzó a sentir como el más noble deber —al ser el menos arriesgado— el combatir la nueva concepción del mundo con las armas «espirituales» de la elocuencia parlamentaria, en vez de, en caso necesario, lanzarse a un combate arriesgando la propia vida, pues el resultado de esta lucha es incierto y, en cualquier caso, nada bueno puede ofrecer.

Al estar en el Parlamento, sus seguidores en el exterior empezaron a desear y a esperar milagros que naturalmente no se produjeron ni podían producirse. Así, al poco tiempo hizo su aparición la impaciencia, pues lo que se conseguía oír de los propios diputados no correspondía de ninguna manera a las esperanzas de los electores. Esto era fácilmente explicable, pues la prensa enemiga evitaba transmitir al pueblo una imagen exacta de la actividad de los representantes pangermanistas.

Cuanto más aumentaba el agrado de los nuevos «representantes del pueblo» por la manera todavía suave de lucha «revolucionaria» en el Parlamento y en el *Landtag*[36], tanto menos se encontraban dispuestos a volver al peligroso trabajo de la propaganda en el seno de las clases populares.

Los discursos públicos, el único medio eficaz de influir sobre las personas —debido a su acción directa—, y por consiguiente capaz de atraer a las grandes masas, eran cada vez menos utilizados.

Desde el momento en que se sustituyeron las mesas de las cervecerías donde se reunía la gente por el estrado del Parlamento, para derramar sobre esos «elegidos» los discursos en lugar de hacerlo abiertamente frente al pueblo, el Movimiento Pangermanista también dejó de ser un Movimiento Popular para desplomarse en poco tiempo a la categoría de un club académico de debate de carácter más o menos serio.

La desfavorable impresión que reflejaba la prensa no era contrarrestada en modo alguno mediante la acción personal de los diputados en mítines, por lo que la palabra «pangermanismo» finalmente acabó por convertirse en un sonido desagradable para los oídos del pueblo.

¡Es preciso que los caballeros de la pluma y haraganes de hoy sepan que las mayores revoluciones de este mundo nunca fueron acaudilladas por escritorzuelos!

No, la tarea de la pluma debe quedar siempre reservada a exponer sólo los fundamentos teóricos.

Desde tiempos inmemoriales, la fuerza que impulsó las grandes avalanchas históricas de índole política y religiosa jamás fue otra que la magia de la palabra hablada.

La gran masa cede ante el poder de la oratoria. Todos los grandes movimientos son reacciones populares, son erupciones volcánicas de pasiones humanas y emociones afectivas, agitadas bien por la cruel Diosa de la Miseria, bien por la antorcha de la palabra lanzada en el seno de las masas, pero jamás por las efusiones almibaradas de artísticos literatos y héroes de salón.

Sólo un huracán de pasiones ardientes puede cambiar el Destino de los pueblos; mas despertar pasión es sólo atributo de quien en sí mismo siente el fuego pasional. Sólo ese entusiasmo inspira las palabras que, como golpes de martillo, consiguen abrir las puertas del corazón de un pueblo. No ha sido elegido para anunciar la Voluntad Divina aquél a quien le falta pasión y permanece en un cómodo silencio. Que cada escritor quede junto a su tintero ocupado con «teorías» si su saber y su talento le bastan para eso, pues ni nació ni fue elegido para Führer.

Un movimiento de grandes miras debe, pues, esforzarse para no perder el contacto con la masa del pueblo. En primer lugar tendrá que examinar toda cuestión bajo este punto de vista, dirigiendo todas sus decisiones bajo esa orientación. Deberá evitar todo lo que pueda disminuir o debilitar la capacidad de acción sobre la colectividad, no por motivos «demagógicos», sino por el simple reconocimiento de que sin la fuerza formidable de la masa de un pueblo no se puede llevar a cabo una gran idea, por más elevada y sublime que parezca.

Sólo la dura realidad es la que debe determinar el camino para el objetivo deseado; no querer recorrer senderos desagradables significa en este mundo desistir del ideal, se quiera o no reconocerlo.

En cuanto el Movimiento Pangermanista, a través de su actitud parlamentaria, situó su punto de apoyo en el Parlamento y no en el pueblo, perdió el futuro y ganó, en cambio, el éxito fácil y pasajero.

---

[36] Asambleas político-legislativas en algunos Estados federados o *Länder*. (N. del T.)

Eligió el camino más fácil, y por eso mismo dejó de merecer la victoria final.

Fue en Viena donde estudié profundamente estas cuestiones, notando entonces que uno de los principales motivos del colapso de tal movimiento —que, bajo mi punto de vista, estaba destinado a tomar en sus manos la dirección del germanismo— radicaba en su no reconocimiento.

Los dos primeros errores que hicieron que fracasase el Movimiento Pangermanista estaban estrechamente relacionados entre sí. La falta de conocimiento de las fuerzas impulsoras de las grandes revoluciones dio lugar a una insuficiente valoración de la importancia de las grandes colectividades; de ahí derivó el escaso interés por la cuestión social, la mediocre persuasión sobre las clases menos favorecidas de la Nación, así como también su actitud favorable en relación al Parlamento.

Si se hubiera reconocido el inaudito poder que tiene la masa como portadora de la acción revolucionaria en todos los tiempos, se habría trabajado de otra manera tanto en lo social como en lo propagandístico. Tampoco se habría trasladado entonces el peso del movimiento al Parlamento, y sí en dirección a la calle y los talleres.

Por último, el tercer error vino dado por no reconocer el valor de una masa que, una vez agitada en determinada dirección por espíritus inteligentes, imprime un impulso que da fuerza y tenacidad al ataque.

La grave controversia que el Movimiento Pangermanista tuvo que sostener con la Iglesia Católica no respondía a otra causa que a la falta de comprensión que se manifestaba en el carácter anímico del pueblo. Los motivos de este ataque violento del nuevo partido contra Roma se basaban en lo siguiente:

Tan pronto como la Casa de los Habsburgo se decidió definitivamente a transformar Austria en un Estado eslavo, se utilizaron todos los medios que se consideraron idóneos para alcanzar dicho objetivo. También las instituciones religiosas fueron puestas sin escrúpulos al servicio de la nueva «idea de Estado» por esa inconsciente dinastía. Establecer parroquias y pastores checos fue sólo uno de los muchos recursos puestos en práctica hacia la eslavización general de Austria.

El proceso se desarrolló más o menos como sigue:

En comunidades netamente alemanas se colocó a curas checos que de manera lenta pero segura comenzaron a subordinar los intereses de la Iglesia a los de la nacionalidad checa, convirtiéndose así en células generadoras del proceso de la desgermanización austriaca.

Desgraciadamente, la reacción de la clerecía alemana ante semejante proceder resultó casi nula. No sólo fue totalmente incapaz de emprender por sí misma una lucha similar a favor del espíritu alemán, sino que tampoco fue capaz de tratar los ataques de los demás con la resistencia necesaria. Así, el germanismo fue arrinconado lenta pero persistentemente, debido al abuso de la influencia religiosa por una parte, y a la insuficiente resistencia por la otra.

Si, como hemos dicho, esto se daba a pequeña escala, a más gran escala no era distinta la situación.

También aquí los esfuerzos antialemanes de los Habsburgo, sobre todo a través del alto clero, no conocieron la resistencia necesaria en tanto que la defensa de los intereses alemanes fue relegada por completo a un segundo plano. La impresión general no podía ser otra que la del sometimiento a una brutal violación de los derechos alemanes por parte de la clerecía católica como tal.

Parecía, pues, que la Iglesia no sólo era indiferente al sentir de la nacionalidad germana en Austria, sino que además llegaba a colocarse injustamente al lado de sus adversarios. Como decía Schönerer, el mal tenía su raíz en el hecho de que la cabeza de

la Iglesia Católica se hallara fuera de Alemania, lo cual desde luego motivaba una hostilidad marcada contra los intereses de nuestro Pueblo.

Los llamados problemas culturales pasaron, como casi todo en Austria, a un segundo plano. En opinión del Movimiento Pangermanista, lo decisivo en relación a la Iglesia Católica era menos la actitud de ésta frente a la ciencia, que su insuficiente comprensión de los intereses alemanes e, inversamente, su constante fomento de las pretensiones y ambición eslavas.

Georg Schönerer no era hombre que hiciera las cosas a medias. Asumió la lucha contra la Iglesia con el íntimo convencimiento de que sólo así se podía salvar la suerte del pueblo alemán en Austria. El movimiento separatista contra Roma *(Los-von-Rom Bewegung)* tenía la apariencia de ser el más poderoso, pero a su vez el más dificultoso procedimiento de ataque que debía destruir al bastión enemigo. Si la campaña resultaba victoriosa, entonces habría llegado también a su fin la infeliz división religiosa existente en Alemania, por lo que a través de tal victoria tanto la Fuerza interior del Reich como la Nación alemana ganarían enormemente.

Pero ni la premisa ni la conclusión de esa lucha eran acertadas.

Incontestablemente, la fuerza de resistencia del clero católico de nacionalidad alemana era, en todas las cuestiones referentes al germanismo, inferior a la de sus hermanos no alemanes, sobre todo a la de los checos. De igual forma, sólo un ignorante sería incapaz de ver que el clero alemán jamás adoptaba una defensa agresiva de los intereses alemanes. Pero al mismo tiempo, cualquiera que no esté ciego debiera reconocer que tal hecho obedece, antes que nada, a una circunstancia que nosotros los alemanes padecemos: la objetividad en la actitud hacia nuestra raza, así como con las demás cosas.

Mientras el clero checo adoptaba una posición subjetiva con respecto a su pueblo y objetiva frente a la Iglesia, el sacerdote alemán se subordinaba subjetivamente a la Iglesia y permanecía objetivo desde el punto de vista de su nacionalidad; un fenómeno éste que podemos observar para nuestra desgracia en miles de otros casos.

No se trata aquí de una herencia exclusivamente propia del catolicismo, sino de algo entre nosotros que en poco tiempo es capaz de corroer especialmente casi toda institución estatal o de índole idealista.

Comparemos, por ejemplo, la conducta observada por nuestros funcionarios del Estado frente al propósito de un resurgimiento nacional, con la actitud que asumirían en un caso semejante iguales elementos de otro país. ¿Acaso el cuerpo de funcionarios de cualquier otro país del mundo postergaría de manera semejante los deseos de la Nación bajo la frase hueca «autoridad del Estado», como es frecuente entre nosotros desde hace cinco años, siendo incluso considerado particularmente digno de elogio quien así procede? En lo que respecta a la cuestión judía, por ejemplo, ¿no toman hoy ambas iglesias un punto de vista que no se ajusta ni a los intereses de la Nación ni a las exigencias reales de la Religión? No puede compararse el modo de obrar de un rabino cuando trata éste sobre cuestiones de cierta importancia para el semitismo como raza, con la actitud de la mayor parte de nuestra Iglesia, sea cual fuere su confesión.

Este fenómeno se repite entre nosotros siempre que se trata de defender una idea abstracta.

«Autoridad del Estado», «democracia», «pacifismo», «solidaridad internacional», etc., etc., todas ellas ideas que entre nosotros se convierten por lo general en conceptos tan netamente doctrinarios y tan inflexibles, que cualquier juicio sobre las necesidades vitales de la Nación se ve subordinado a ellas.

Esta manera infeliz de considerar todas las aspiraciones bajo el prisma de una opinión preconcebida destruye toda la capacidad de profundizar subjetivamente en un asunto que objetivamente contradice la propia teoría, conduciendo al final a una completa reversión de medios y fines. Todo intento de levantar la Nación será rechazado, siempre que implique la extinción previa de un régimen maligno y corrupto, y en tanto que esta extinción suponga una infracción a la «autoridad del Estado». A los ojos de estos fanáticos de la objetividad, la «autoridad del Estado» no representa un medio para lograr un fin, sino más bien el fin mismo, lo que es más que suficiente para explicar su lamentable existencia. Así es que, por ejemplo, toda tentativa hacia una dictadura sería acogida con indignación, incluso si su propulsor fuese un Federico el Grande y los representantes políticos de una mayoría parlamentaria momentánea no pasasen de incapaces o de individuos mediocres, pues para uno de esos doctrinarios la ley de la democracia parece más sagrada que el bien de la Nación. Protegerá por tanto la peor tiranía que aniquile a su pueblo, con tal de que el «principio de autoridad» esté incorporado a ella, al mismo tiempo que rechazará incluso al más benéfico de los gobiernos en cuanto no corresponda a su concepción de «democracia».

De la misma manera, nuestro pacifista alemán guardará silencio ante el más sangriento atentado contra el pueblo incluso si tuviera su origen en las más violentas fuerzas militares; y guardará silencio porque la alteración de ese destino sólo sería posible por medio de una resistencia, es decir, de una violencia, y eso contrariaría su espíritu pacifista. Igualmente, el socialista alemán internacional podrá así ser explotado por el resto del mundo en nombre de la solidaridad, pero no pasará nada, porque él mismo retribuirá con fraternal simpatía sin pensar en reparaciones o protestas, pues él es justamente un buen alemán.

Esto puede ser deplorable; sin embargo, querer cambiar una cosa significa tener que reconocerla primero. Y lo mismo sucede con la débil defensa de los anhelos del pueblo alemán por una parte del clero.

Sin embargo, esto no se debe al carácter maligno o malintencionado de algunas órdenes dadas «desde arriba», sino que vemos en esa debilidad nacional tan sólo el resultado de una educación floja en cuanto a la germanización de la juventud, así como una sumisión ciega a la idea transformada en ídolo.

La educación recibida por los devotos de la «democracia», el «socialismo internacional», el «pacifismo», y todas esas nociones abstractas es tan rígida y radical, y por ello tan puramente subjetiva, que la imagen global del resto del mundo se ve influenciada por estos principios. Pero, por otro lado, la actitud hacia su propia nacionalidad alemana ha sido, desde su juventud, totalmente objetiva. De esta manera, cuando el peligro aceche a su pueblo, el pacifista alemán —que se somete subjetivamente, con cuerpo y alma, a los dictados de sus principios dogmáticos—, valorará siempre la situación en primer lugar de forma objetiva, incluso en caso de graves e injustas amenazas. Jamás se colocará, por puro instinto de conservación, al lado de su gente para luchar con ellos.

Podemos demostrar que todo esto es válido para las diferentes confesiones de la siguiente manera:

El protestantismo representa mejor las aspiraciones del germanismo en tanto que este germanismo esté fundamentado en el origen y tradiciones de su Iglesia; falla, entre tanto, en el momento en que esa defensa de los intereses nacionales tenga que realizarse en un ámbito en el que, en líneas generales, falte o se rechace por cualquier motivo su concepción del mundo o el desarrollo de su tradición.

El protestantismo obrará siempre en pro del fomento de los intereses germanos toda vez que se trate de la pureza moral o del acrecentamiento del sentir nacional, de la defensa del carácter alemán, del idioma alemán y también de la libertad alemana, puesto que todas estas nociones se hallan hondamente arraigadas en el protestantismo mismo; sin embargo, al instante reaccionará de la forma más hostil contra toda tentativa de salvar la Nación de las garras de su más mortal enemigo, pues la posición del protestantismo respecto al judaísmo ya está definida más o menos de una manera dogmática. Y, a menos que esa cuestión sea resuelta, no tendrá sentido o posibilidad de éxito cualquier tentativa de un renacimiento alemán.

Durante mi estancia en Viena, tuve la oportunidad y el desahogo suficientes para examinar esa cuestión sin ideas preconcebidas, pudiendo incluso verificar miles de veces en la convivencia diaria, la exactitud de ese modo de ver las cosas.

En este foco de encuentro de las más variadas nacionalidades, se mostraba evidente que sólo el pacifista alemán procuraba considerar siempre objetivamente las aspiraciones de su propia Nación, algo que nunca hace el judío con relación a las de su pueblo; que solamente el socialista alemán es «internacional» en el sentido en que le está vedado hacer justicia a su propio pueblo de otra forma que no sea con lamentaciones y lloriqueos entre sus compañeros internacionales. Nunca actúa así el checo, el polaco, etc. En resumen, ya entonces reconocí que ese mal sólo en parte se debía a estas doctrinas socialistas, pacifistas, etc. y por otra parte, a la insuficiente educación de nuestra propia Raza, así como al abandono de la misma.

Por estas razones falló el primer fundamento puramente teórico del Movimiento Pangermanista contra el catolicismo.

Si se educase al pueblo alemán ya desde su juventud en el conocimiento firme de los derechos de la propia Raza, y no se apestasen los corazones infantiles con la maldición de nuestra «objetividad» incluso en aspectos relativos a la conservación de la propia existencia, en poco tiempo se verificaría (suponiéndose un gobierno radical nacional), como en Irlanda, en Polonia o en Francia, que el católico en Alemania sería siempre alemán.

La más formidable prueba de esto fue ofrecida en la época en que nuestro pueblo, por última vez, se presentó en defensa de su existencia ante el Tribunal de la Historia en una lucha a vida o muerte.

El pueblo, mientras gozó del liderazgo de sus dirigentes durante la guerra de 1914, cumplió sus deberes y obligaciones de forma insuperable. Tanto el pastor protestante como el sacerdote católico, contribuyeron ambos decididamente a mantener el espíritu de nuestra resistencia, no sólo en el frente de batalla, sino ante todo en los hogares. En aquellos años, y especialmente al iniciarse la guerra, sólo existió para ambos un único y sagrado Imperio Alemán, por cuya existencia y porvenir elevaba cada uno sus votos de fervorosa devoción.

El Movimiento Pangermanista debió haberse planteado en sus comienzos una cuestión previa: ¿Era o no posible la conservación del germanismo austriaco bajo la Fe católica? Si se contestaba afirmativamente, entonces este partido político no debía ocuparse de cuestiones religiosas o de orden confesional; y si por el contrario era negativa la respuesta, entonces debió haberse impulsado una reforma religiosa, pero nunca un partido político.

Aquél que piense poder llegar por el atajo de una organización política a una reforma religiosa, muestra solamente que no tiene ni idea de la evolución de las ideas y doctrinas religiosas ni de sus implicaciones eclesiásticas.

En realidad no se puede servir a dos señores. Por esto, considero que la fundación o destrucción de una religión implica consecuencias mucho más importantes que la fundación o destrucción de un Estado, y ni que decir tiene la de un partido.

¡Que no se diga que los ataques aludidos fueron sólo en defensa de los ataques del lado opuesto!

Es cierto que en todas las épocas hubo individuos sin conciencia que no se amedrentaron al convertir la religión en un instrumento de sus intereses políticos (pues eso es lo que tratan casi siempre y exclusivamente tales mentirosos), por lo que del mismo modo, también sería un error hacer responsable a la religión o a la confesión religiosa de los abusos cometidos por una panda de bribones que se aprovechan de la Iglesia para sus propios fines, de igual forma que podrían poner cualquier otra cosa al servicio de sus bajos instintos.

Nada puede convenir mejor a un holgazán parlamentario que la oportunidad que posteriormente se le ofrece de conseguir la justificación de su sagacidad política. Pues en cuanto se hace responsable a la religión o a la confesión de una maldad personal, siendo por ello atacada, el mentiroso alerta con formidables gritos al mundo entero para testimoniar cuán justa fue su actuación y cómo, gracias a él y a su locuacidad, fueron salvadas la religión y la Iglesia. Sus contemporáneos, tan ignorantes como olvidadizos, o ya no reconocerán al verdadero causante del conflicto debido al gran griterío que se forma la mayoría de las veces, o ya no se acordarán más de él, alcanzando así el bribón precisamente su objetivo.

Este astuto zorro sabe bien que esto nada tiene que ver con la religión, por eso, más se reirá para sus adentros cuando su adversario, honesto pero torpe, pierda la partida y se aparte un día de todo, desilusionado de la lealtad y de la fe en los hombres.

En otro sentido, sería también injusto considerar a la religión o incluso a la propia Iglesia como responsable de los desatinos de cualquier individuo. Compárese la grandeza de esta organización, visible a los ojos de todos, con la imperfección media de los hombres, y será necesario admitir que la relación entre lo bueno y lo malo es en este caso más propicia que en ningún otro. También es cierto que incluso entre los propios sacerdotes hay algunos para los cuales su función sagrada es apenas un medio para la satisfacción de su ambición política, llegando incluso a olvidar en este tipo de lucha —muchas veces de manera lamentable—, que deberían ser ellos los guardianes de una verdad suprema y no los representantes de la mentira y la calumnia. No obstante, por cada uno de estos indignos existen, por otro lado, miles y miles de curas honestos dedicados de la manera más fiel a su misión, destacándose, en estos tiempos nuestros tan engañosos como decadentes, como pequeñas islas en un cenagal.

Así como no condeno o no debo condenar a la Iglesia por el hecho de que un sujeto cualquiera con sotana cometa alguna falta inmunda contra la moralidad, tampoco debo condenarla si muchos otros ensucian y traicionan a su raza en una época en que esto ocurre frecuentemente. Sobre todo hoy en día es bueno no olvidar que por cada Efialtes[37], hay miles de personas que con el corazón sangrante sienten la infelicidad de

[37] Heródoto cuenta la historia de cómo un traidor griego, Efialtes, ayudó a los invasores persas en la batalla de las Termópilas (480 a.C). Cuando el rey persa, Jerjes, comenzó a desesperar por ser incapaz de romper las defensas griegas, Efialtes llegó hasta él y bajo la promesa de una recompensa, le hizo saber al rey de la existencia de un paso a través de la montaña con el que poder acceder a Grecia. Finalmente el trato se consumó, y Efialtes condujo a un destacamento de las tropas persas, comandadas bajo el general Hydarnes, al paso de las montañas. Así, apostados en la parte trasera, los defensores griegos bajo el mando de Leónidas, Rey de Esparta, tuvieron que combatir en las dos direcciones en el estrecho paso. La masacre que se produjo fue terrible, cayendo Leónidas en el fragor del combate. La valentía de Leónidas y la traición de Efialtes impresionaron a Hitler, como a casi todos los escolares.
El incidente se menciona de nuevo en esta obra (Vol. I Cap. VII,) cuando Hitler compara a las tropas alemanas que cayeron en Francia y en Flandes con los griegos de las Termópilas, y de igual manera al sugerir que la traición de Efialtes se asemejaba a la política derrotista de los dirigentes alemanes hacia el final de la Gran Guerra. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*).

su pueblo, y que como los mejores de nuestra Nación, anhelan ansiosamente el instante en que el cielo nos vuelva a sonreír a nosotros también.

Sin embargo, a quien responda que en este caso no se trata de pequeños problemas de la vida diaria, sino sobre todo de cuestiones relacionadas con alguna verdad fundamental o de contenido dogmático, se le puede dar la respuesta adecuada con otra cuestión:

«Si te consideras llamado por el Destino para proclamar la verdad, hazlo; pero ten el valor de no querer hacerlo por la vía de los partidos políticos —pues sería un error—, sino colocando, en lugar de lo malo existente, lo que te parezca mejor para el futuro.

Si por ventura te falta valor, o si no conoces bien lo que hay en ti de bueno, no te entrometas; y en todo caso, no intentes por mediación de un movimiento político conseguir aquello que no tienes el coraje de hacer tú mismo con decisión».

Los partidos políticos no tienen que inmiscuirse en las cuestiones religiosas mientras éstas, como algo ajeno al pueblo, no socaven la moral de la Raza, del mismo modo que es impropio inmiscuir la Religión en manejos de política partidista.

Si dignatarios de la Iglesia se sirven de instituciones y doctrinas religiosas para dañar los intereses de su propio pueblo, jamás debe seguirse el mismo camino ni combatírseles con iguales armas.

¡El Führer debe considerar las doctrinas e instituciones religiosas de un pueblo como inviolables; de lo contrario, debe renunciar a ser político y convertirse en reformador, si es que para ello tiene capacidad! Un modo de pensar diferente en este orden conduciría, particularmente en Alemania, a una catástrofe.

Estudiando el Movimiento Pangermanista y su lucha contra Roma, llegué en aquellos tiempos, y más todavía en el transcurso de los años posteriores, a la convicción de que la poca comprensión revelada por ese movimiento para el problema social le hizo perder el apoyo del espíritu verazmente combativo de la masa del pueblo. Ingresar en el Parlamento significó sacrificar su poderoso impulso y gravarlo con todas las taras propias de aquella institución; además, su acción contra la Iglesia Católica lo desacreditó en numerosos sectores de la clase media y baja, restándole así infinidad de los mejores elementos de la Nación.

Los resultados prácticos de la *Kulturkampf*[38] en Austria fueron prácticamente nulos.

Cierto es que fue posible arrancar cientos de miles de miembros a la Iglesia sin que por eso sufriese un daño sensible, pero no fue necesario llorar por las «ovejas» extraviadas, pues sólo perdió lo que desde hacía mucho tiempo ya no le pertenecía. Ésa era la diferencia entre la nueva reforma y la antigua: que entonces, muchos de los mejores elementos de la Iglesia se apartaron de ella por una íntima convicción religiosa, al paso que ahora sólo los indiferentes eran los que continuaban, y sólo por consideraciones de naturaleza política.

Justamente desde el punto de vista político, el resultado fue tan ridículo como deplorable. Una vez más fracasaba un prometedor movimiento político salvador de la Nación alemana por no haber sido guiado con la necesaria sobriedad, pues se perdió en un terreno que forzosamente tenía que conducir al desmoronamiento.

Una cosa, pues, es segura: el Movimiento Pangermanista nunca habría cometido ese error si hubiera tenido un mínimo conocimiento de la psicología de las masas. Si sus

[38] *Kulturkampf.* Lucha por la cultura. Nombre dado a la política de Bismarck de escolarización del pueblo alemán y de mejora de la cultura del país. Inicialmente tuvo un marcado acento anticatólico, no por cuestiones de fe sino porque la Iglesia obligaba a la obediencia debida e imponía la infalibilidad del Papa, lo cual no acababa de encajar con el nuevo Imperio que surgía. Estas tensiones se relajaron tras la entronización del Papa León XIII. (N. del T.)

dirigentes hubieran sido conscientes de que para conseguir el triunfo no se debe mostrar nunca a la masa dos o más adversarios por consideraciones puramente psicológicas —pues conduciría al debilitamiento de la fuerza combativa—, sólo por ese motivo el Movimiento Pangermanista debería haber sido principalmente orientado contra un único adversario. No hay nada más peligroso para un partido político que dejarse guiar en sus resoluciones por aquellos metomentodo que quieren estar en todos los embrollos y no consiguen lo más mínimo.

A pesar de que es mucho lo que realmente habría que decir sobre cada una de las diversas creencias, el partido político no debe perder de vista ni un momento el hecho de que, a juzgar por toda la experiencia de la Historia hasta hoy, nunca un partido político consiguió en situaciones análogas llegar a una reforma religiosa. Se estudia por consiguiente la Historia no para recordar o creer en sus enseñanzas cuando llega la hora de aplicarlas prácticamente, o para pensar que las cosas ahora son diferentes y que por tanto sus verdades eternas no son aplicables, sino que justamente se debe aprender de ella la enseñanza útil para el presente. Quien no consiga eso, no debe tener la pretensión de llegar a ser Jefe político; será en realidad un ser superficial, un necio engreído, y toda su buena voluntad no le disculpará de su incapacidad práctica.

El arte de todos los grandes guías en todas las épocas consiste, en primer lugar, en no dispersar la atención de un pueblo y sí en concentrarla contra un único adversario. Cuanto más concentrada esté la voluntad combativa de un pueblo, tanto mayor será la atracción magnética de un movimiento y más formidable el ímpetu del golpe. Forma parte de la genialidad de un gran líder hacer que parezcan pertenecer a una sola categoría incluso adversarios diferentes, por cuanto el reconocimiento de varios enemigos para los caracteres débiles e inseguros, fácilmente conduce a la duda sobre el derecho de la propia causa.

Tan pronto como la masa vacilante se ve en lucha contra muchos enemigos, surge inmediatamente la objetividad y la pregunta de si realmente todos están equivocados o si sólo el propio pueblo o el propio movimiento es el que tiene la razón.

Y es con esto como aparece el primer colapso de la propia fuerza. De ahí que sea necesario que una mayoría de adversarios sea siempre considerada en bloque, de manera que la masa de los propios adeptos estime que la lucha se dirige contra un único enemigo. Esto fortalece la fe en la propia causa y aumenta la indignación contra el adversario.

El hecho de no haber comprendido esto le significó el fracaso al Movimiento Pangermanista.

Su objetivo era correcto y la voluntad pura; el camino seguido, empero, fue incorrecto. Su acción se parecía al alpinista que tiene a la vista un pico para escalar y se pone en marcha con decisión y fuerza pero sin dedicar atención al camino, sino siempre con la mirada puesta en la cima sin reparar en las condiciones del ascenso, y por eso finalmente fracasa.

Lo contrario parecía suceder en las filas de su gran competidor, el Partido Socialcristiano.

El camino elegido por éste fue sabio y correctamente determinado, sólo que le faltó el conocimiento exacto del objetivo.

Allí donde el Movimiento Pangermanista cometía errores, la actitud del Partido Socialcristiano era precisa y sistemática.

Éste conocía de sobra la importancia de la masa y logró asegurarse por lo menos el apoyo de una parte de ella, subrayando públicamente desde un comienzo el carácter social de su tendencia. En tanto que se dispuso fundamentalmente a conquistar a la clase

media y a la clase trabajadora, ganó partidarios tan persistentes y fieles como dispuestos al propio sacrificio. Evitó toda controversia con las instituciones religiosas y así le fue posible asegurarse el apoyo de una organización tan poderosa como la Iglesia. Tenía, por eso, un único adversario verdaderamente grande. También reconoció la importancia de una amplia propaganda y se hizo especialista en el arte de influir en el ánimo de la gran masa de sus adeptos.

El hecho de que a pesar de su fuerza este partido no fue capaz de alcanzar el anhelado propósito de salvar a Austria, se explica por dos errores en su acción así como por la falta de claridad en los fines que perseguía.

El antisemitismo del Partido Socialcristiano se fundaba en concepciones religiosas y no en principios racistas. La misma causa determinante de este primer error constituía el origen del segundo.

«Si el Partido Socialcristiano quiere salvar Austria —decían sus fundadores— no puede invocar el principio racista, porque eso significaría provocar en corto tiempo la disolución general del Estado». Según la opinión de los líderes del Partido, la situación exigía, ante todo en Viena, evitar en lo posible incidencias disociadoras y más bien fomentar todos los motivos que tendiesen a la unificación.

Ya en aquella época Viena estaba saturada de elementos extranjeros, especialmente checos que, tratándose de problemas relacionados con la cuestión racial, sólo una marcada tolerancia podía mantenerlos fieles a un partido que no era antigermanista por principio. El propósito de salvar Austria imponía no prescindir de estos elementos. Y así fue como mediante una lucha de oposición contra el sistema liberalista Manchesteriano, se intentó ganar ante todo a los pequeños industriales checos, representados en gran número en Viena, pues se pensaba que de esta manera, por encima de todas las diferencias raciales de la vieja Austria, se habría encontrado un lema para la lucha contra el judaísmo desde el punto de vista religioso.

Es obvio que una acción contra los judíos sobre una base semejante sólo podía causarles a éstos una relativa inquietud, pues en el peor de los casos, un chorro de agua bautismal era siempre capaz de salvar al judío y su comercio.

Abordada la cuestión tan superficialmente jamás podría llegarse a un serio y científico análisis del problema fundamental, consiguiéndose sólo apartar a muchos de los que no concebían un antisemitismo de esas características. Con esto, la fuerza de persuadir adeptos quedó circunscrita casi exclusivamente a círculos intelectualmente restringidos, debido a que la cuestión se fundamentó en el sentimiento puramente emotivo en lugar de hacerlo sobre una base puramente racional. La actitud de las clases intelectuales era de franca negación. La cuestión parecía cada vez más como si se tratara de una nueva tentativa de conversión de los judíos o incluso de la expresión de una cierta envidia competitiva. Con eso la lucha perdió el carácter de un movimiento superior, tomando para muchos (justamente para los mejores) la apariencia de inmoral y reprobable. Faltaba aquí la convicción de que se trataba de una cuestión vital para toda la Humanidad, de cuya solución dependía el destino del mundo «gentil».

Este modo de hacer las cosas a medias anulaba el mérito de la orientación antisemita del Partido Socialcristiano. Era un pseudo-antisemitismo de efectos más contraproducentes que provechosos, pues al final se acabó originando una falsa sensación de seguridad creyendo tener al adversario cogido por las orejas, cuando en realidad era éste quien tenía sujeto al primero por la nariz.

El judío, por el contrario, en breve espacio de tiempo se acostumbró también a esa especie de antisemitismo, de modo que su supresión le habría reportado ciertamente más desventajas que provechos.

Si el Estado constituido por diferentes nacionalidades ya exigía un sacrificio, mayor aún lo exigía la defensa del germanismo.

No se podía ser «nacionalista» a menos que en la misma Viena se quisiera dejar de sentir la tierra bajo los pies. Se esperaba salvar al Estado de los Habsburgo soslayando suavemente esa cuestión y, así, lo llevaban precisamente a la ruina. Con esto, sin embargo, el movimiento perdió la única poderosa fuente de energía que puede suministrar fuerza de forma duradera a un partido político. El Movimiento Socialcristiano se volvió, justamente por eso, un partido como otro cualquiera.

Había seguido atentamente a los dos movimientos, al uno por impulso íntimo del corazón, y al otro, arrastrado por la admiración del hombre extraordinario que ya entonces se me aparecía como un símbolo de todo el germanismo austriaco.

Mientras el formidable cortejo fúnebre conducía al fallecido alcalde desde la *Rathaus* hacia la Ringstrasse, también yo me encontraba entre los muchos cientos de miles de personas que acompañaron el sepelio. Íntimamente conmovido, me decía el sentimiento que también la obra de ese hombre tenía que ser en vano debido a la fatalidad que irremisiblemente conduciría a aquel Estado al aniquilamiento. Si el doctor Karl Lüger hubiese vivido en Alemania hubiera estado entre las primeras cabezas de nuestro pueblo; pero el hecho de haber actuado en un Estado imposible como era Austria, constituyó la ruina de su obra y la de él mismo.

Cuando murió aparecieron ya las primeras llamaradas en los Balcanes, de modo que el Destino clemente le ahorró al final ver aquello que él había creído poder evitar.

Empeñado en encontrar las causas de la incapacidad de uno de los movimientos y las del fracaso del otro, llegué a la íntima convicción de que, aparte de la imposibilidad de poder aún lograr una consolidación del Estado austriaco, ambos partidos habían incurrido en los siguientes errores:

En principio, el Movimiento Pangermanista tenía indudablemente razón en su propósito de una regeneración alemana, pero fue desafortunado en la elección de sus métodos. Era nacionalista, mas por desgracia, no lo suficientemente social para ganar en su favor el concurso de las masas. Su antisemitismo descansaba sobre una justa apreciación de la trascendencia del problema racial y no sobre concepciones de índole religiosa. En cambio, su lucha contra una determinada confesión (contra Roma), fue real y tácticamente errónea.

El Movimiento Socialcristiano poseía una concepción vaga acerca de la finalidad de un resurgimiento alemán, pero como partido tuvo habilidad y suerte en la selección de sus métodos. Entendió la importancia de la cuestión social, pero erró en la lucha contra el judaísmo, además de no tener la menor noción del poder que encarnaba la idea nacionalista.

Si el Partido Socialcristiano hubiera poseído, además de su inteligente comprensión de la gran masa, una noción cierta de la importancia del problema racial como la poseía el Movimiento Pangermanista, y hubiera sido también nacionalista; o si el Movimiento Pangermanista hubiera adoptado, además de la comprensión certera del objetivo sobre la cuestión judía y de la importancia del sentimiento nacional, también la inteligencia práctica del Partido Socialcristiano, sobre todo en cuanto a la actitud con relación al socialismo, habríase producido aquel movimiento que, ya entonces, estoy convencido podría haber influido decisivamente en el destino del germanismo.

Si así no sucedió, fue debido en gran parte al carácter del Estado Austriaco.

Al no ver mi convicción realizada en ningún otro partido, no pude decidirme a ingresar en ninguna de las organizaciones existentes ni siquiera a colaborar en la lucha.

Ya en aquel tiempo consideraba a todos los movimientos políticos errados e incapaces de realizar, desde una dimensión profunda y no aparente, el gran renacimiento nacional del pueblo alemán.

Mi antipatía contra el Estado de los Habsburgo creció cada vez más en aquella época. Cuanto más comencé a ocuparme sobre todo con cuestiones de política exterior, tanto más creció mi convicción de que aquella estructura estatal tenía que convertirse en la desgracia del germanismo. Cada vez veía más claramente que al final el destino de la Nación alemana ya no se decidiría más desde aquel lugar y sí desde el propio Reich. Con esto, sin embargo, no me estoy refiriendo sólo a las cuestiones políticas generales, sino también a todo el ámbito de la vida cultural propiamente dicha.

El Estado Austriaco mostraba también en el campo de las actividades puramente culturales o artísticas todos los síntomas de la decadencia, o por lo menos, de su insignificancia para el futuro de la Nación alemana. En el terreno de la arquitectura era donde más se dejaba sentir. La arquitectura moderna, por eso mismo, no tenía gran éxito en Austria, pues, desde la construcción de la Ringstrasse, las obras, por lo menos en Viena, eran insignificantes en relación a los grandes planes que surgían en Alemania.

Comencé de esta manera a llevar cada vez más una doble existencia; la razón y la realidad me forzaron en Austria a soportar esa amarga pero beneficiosa escuela; sin embargo, el corazón andaba en otra parte.

Un angustioso descontento me embargó entonces a medida que iba conociendo la vacuidad en derredor de ese Estado y la imposibilidad de salvarlo, sintiendo al mismo tiempo con la mayor certeza que, en todo y por todo, aquél sólo podía representar la desgracia del pueblo alemán.

Estaba convencido de que este Estado oprimía y obstaculizaba a todo verdadero gran alemán, de la misma forma que inversamente favorecería toda manifestación antialemana. Me repugnaba el conglomerado de razas reunidas en la capital de la Monarquía austriaca; repugnante esa mezcla de checos, polacos, húngaros, rutenos, serbios, croatas, etc., y, en medio de todos ellos, a manera de eterno bacilo disociador de la Humanidad, el judío, siempre el judío.

Esa inmensa ciudad me parecía la viva imagen de la depravación.

En mi juventud hablaba el dialecto de la Baja Baviera, no pudiendo ni olvidarlo ni aprender la jerga vienesa. Cuanto más tiempo permanecía en aquella ciudad, más aumentaba mi odio contra la extraña mezcla de razas que comenzaba a corroer aquel viejo centro cultural alemán.

La idea, sin embargo, de que aquel Estado pudiese mantenerse por más tiempo me pareció completamente ridícula.

Austria era entonces como un viejo mosaico, cuya argamasa destinada a unificar las pequeñas piedras se había vuelto vieja y quebradiza. En tanto la obra no se viese afectada, aún podría aparentar su existencia; mas en cuanto recibiera un golpe se rompería en mil pedazos. La cuestión se limitaba entonces a saber cuándo se produciría ese golpe final.

Mi corazón siempre anheló no una Monarquía Austriaca, sino un Imperio Alemán, por lo que la hora de la decadencia de aquel Estado sólo me podía parecer como un comienzo de redención de la Nación alemana.

Todas estas razones provocaron en mí el deseo cada vez más ferviente de llegar al fin allí donde, desde mi juventud, me atraían anhelos secretos e íntimas pasiones.

Confiaba en hacerme un día un nombre como arquitecto, y ofrecerle así a la Nación mis leales servicios, ya fuera a pequeña o a gran escala, dependiendo de lo que el Destino me reservase.

Finalmente, aspiraba a estar entre aquellos que tenían la suerte de vivir y actuar allí donde debía cumplirse un día el más fervoroso de los anhelos de mi corazón: la anexión de mi querida tierra a la Patria común, el Reich alemán.

Muchas personas, inclusive hoy, no podrán comprender la grandeza de un deseo tal; sin embargo, me dirijo a quienes el Destino les negó hasta ahora esa felicidad o a los que con cruel dureza el Destino se la volvió a arrebatar; me dirijo a todos aquellos que, desligados de la Madre Patria, tienen que luchar incluso por el bien sagrado de la lengua; a todos aquellos que, debido a su sentimiento de fidelidad a su pueblo, son perseguidos y martirizados, y que, dolorosamente conmovidos, esperan ansiosos la hora en que puedan volver de nuevo al corazón de la tan costosa Madre; ¡me dirijo a todos ellos sabiendo que me comprenderán!

Solamente aquél que sienta dentro de sí lo que significa ser alemán sin poder pertenecer a la amada Patria, podrá medir el profundo anhelo que en todo momento atormenta a los hijos que de ella se encuentran separados. Pues esta nostalgia martiriza a todos ellos negándoles la satisfacción y la felicidad, mientras no se abran las puertas de la casa paterna y en el Reich común la sangre común vuelva a encontrar paz y sosiego.

Aun así, Viena fue y será para mí la escuela más dura y a la vez la más provechosa de mi vida. Había llegado a esta ciudad cuando todavía era adolescente, y me marchaba ahora convertido en un hombre taciturno y serio. Allí asimilé, de manera general, los fundamentos para una concepción ideológica y, en particular, un método de análisis político. Posteriormente, jamás me abandonaron estos conocimientos, que después no hice más que complementar en parte. Sólo hoy puedo apreciar en toda su magnitud el verdadero valor de aquellos años de experiencia.

Por eso me he ocupado aquí más detalladamente de aquella época que me proporcionó precisamente el primer material de estudio de los problemas que son básicos dentro de nuestro Partido, el cual, surgiendo de los más modestos comienzos, tiene ya hoy apenas transcurridos cinco años[39] las características de un gran movimiento popular. No sé cuál sería ahora mi modo de pensar respecto al judaísmo, la socialdemocracia (mejor dicho todo el marxismo), el problema social, etc., si ya en mi juventud, debido a los golpes del Destino y gracias a mi propio esfuerzo, no hubiese alcanzado a cimentar una sólida base ideológica personal.

Pues, si bien es cierto que la desgracia de la Patria consigue estimular a miles y miles de personas a pensar en las causas íntimas del desmoronamiento, este hecho no aporta por sí mismo la profundidad ni la aguda intuición que se abren únicamente para aquél que, tras años de lucha estoica, logra convertirse en dueño de su Destino.

[39] Hitler escribió este libro en 1924. (Nota de *Mi Lucha*, 1996, *op. cit.*)

Capítulo IV
MÚNICH

En la primavera de 1912 me trasladé definitivamente a Múnich. Aquella ciudad me resultaba familiar, como si hubiera vivido en ella desde hacía mucho tiempo. Se debía a que en mis estudios se hacían muchas referencias a esta ciudad, capital del arte alemán. Quien no conoce Múnich no ha visto Alemania, y sobre todo quien no ha visitado Múnich no conoce el arte alemán.

Ese período anterior a la guerra fue con creces el más feliz y afortunado de mi vida. Mis ingresos eran todavía muy reducidos, pero después de todo yo no vivía para poder pintar, sino que pintaba para asegurar mi existencia, o mejor dicho, para poder continuar mis estudios. Estaba convencido de que a pesar de todo, un día conseguiría el objetivo que me había impuesto. Y esto ya me hacía soportar con indiferencia todos los pequeños disgustos de la vida cotidiana.

Además casi desde el primer momento de mi estancia, el profundo amor hacia esta ciudad penetró en mí más que ningún otro lugar de todos los que conocía. ¡Una ciudad alemana! ¡Qué diferencia con Viena! Me descomponía la sola idea de pensar lo que era aquella Babilonia de razas. En Múnich el modo de hablar era muy parecido al mío y me recordaba la época de mi juventud, especialmente al conversar con gentes de la Baja Baviera. Había, pues, mil cosas que me eran o que se me hicieron queridas y apreciadas. Pero lo que más me atrajo fue la maravillosa unión entre la fuerza nativa y el fino ambiente artístico de la ciudad, es decir, esa armonía única que se ofrece desde la Hofbrauhaus al Odeon[40] y desde la pradera del *Oktoberfest* a la Pinacoteca[41], etc. Y si hoy tengo predilección por Múnich como por ningún otro lugar en el mundo, es sin duda porque esa ciudad está indisolublemente ligada a la evolución de mi propia vida. El hecho de que ya en aquella ocasión gozara de una verdadera felicidad, sólo era atribuible al encanto que la admirable residencia de los Wittelsbach ejercía no sólo sobre las mentes científicas, sino también sobre todos los hombres bendecidos de sentimientos artísticos.

Aparte de la práctica de mi trabajo cotidiano, lo que más me interesaba en Múnich era el estudio de los sucesos políticos de actualidad y, particularmente, los relacionados con la política exterior. A éstos me acerqué a través de la política aliancista alemana con Austria e Italia, política que ya desde mi permanencia en Viena la conceptuaba yo como un completo error. Ya en aquella época no podía comprender cómo el Reich se engañaba a sí mismo con la práctica de aquella alianza. Procuraba convencerme a mí mismo —realmente como disculpa— de que posiblemente en Berlín ya se conocía lo débil y poco merecedor de confianza que era en realidad el aliado austriaco, pero que por motivos más o menos secretos, se mantenía bajo reserva a fin de apoyar una política de alianzas que el propio Bismarck había inaugurado y cuyo abandono brusco no era aconsejable para no alentar al acechante extranjero o inquietar al pequeño burgués en el interior.

---

[40] Odeon. Principal sala de conciertos de Múnich, construida por Luis I.

[41] Pinacoteca. Museo de Arte de Múnich. La *Alte Pinakothek* (Antigua Pinacoteca), finalizada en 1836 por Luis I de Baviera, contiene muchas de las mejores obras de arte de los viejos maestros. La *Neue Pinakothek* (Nueva Pinacoteca), construida entre 1846 y 1853, estaba dedicada al arte contemporáneo. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

Desde luego que mi trato, sobre todo con el pueblo mismo, hizo que pronto verificase horrorizado que esa convicción mía era falsa. Para mi asombro tuve que constatar en todas partes, que incluso en los círculos más instruidos no se tenía la más remota idea del carácter de la Monarquía de los Habsburgo. Especialmente entre el pueblo, se había desatado la ilusión de poder considerar al aliado austriaco como una fuerza seria que reaccionaría de inmediato a la hora de la verdad. En el seno de la masa siempre se había visto a la Monarquía como un Estado «alemán», por lo que se pensaba también poder contar con ella. Se pensaba que la fuerza allí también podría ser computada por millones, como sucedía en la propia Alemania, y se olvidaba completamente que, primero: desde hacía mucho tiempo, Austria había dejado de ser un Estado de carácter alemán; y segundo: que las condiciones internas de aquel país tendían cada vez más hacia la disgregación.

En aquel tiempo yo conocía la estructura de aquel Estado mejor que la llamada «diplomacia» oficial, la cual como casi siempre, ciegamente se tambaleaba hacia la fatalidad; la disposición de ánimo del pueblo no era más que el resultado de aquello que desde arriba se inculcaba en la opinión pública. Los de arriba, por el contrario, mantenían hacia el «aliado» un culto semejante al del becerro de oro. Probablemente se esperaba poder reemplazar con amabilidades lo que faltaba de sinceridad en la otra parte. Por lo que siempre se tomaban las palabras como valores reales.

En Viena me encolerizaba el constatar la diferencia que con frecuencia existía entre los discursos de los estadistas oficiales y el modo de expresarse de la prensa local. Entre tanto, Viena era, al menos aparentemente, una ciudad alemana. ¡Cuán diferentes eran las cosas cuando se salía de Viena, o mejor, de la Austria alemana, para entrar en las provincias eslavas! Bastaba hojear los periódicos de Praga para conocer de qué manera se juzgaba el sublime juego de manos de la Triple Alianza. Para esta «obra maestra política» allí no existía más que una cruel burla y escarnio. En plena paz, cuando los dos emperadores se daban el beso de la amistad, se confesaba con toda franqueza que esa alianza desaparecería el día en que se intentase pasar del resplandor del Ideal Nibelungo a la práctica realidad.

¡Cuánta indignación se produjo cuando algunos años después, llegada la hora de poner a prueba la Triple Alianza, Italia abandonó a sus dos aliados, para al final transformarse en enemigo! A menos que aquéllos estuviesen afectados de ceguera diplomática, era sencillamente incomprensible que incluso por un instante se pudiese creer en el milagro de ver a Italia combatiendo al lado de Austria. No obstante, las cosas en Austria tampoco eran muy diferentes.

Allí los únicos partidarios de la idea de la Alianza eran los Habsburgo y los austro-alemanes. Los primeros, desde el cálculo y por obligación, y los segundos por buena fe y por ingenuidad política. Por buena fe, porque creían que con la Triple Alianza se le prestaría al propio Reich alemán un gran servicio, contribuyendo a garantizar su seguridad y su fuerza; y por ingenuidad política, porque no sólo políticamente era irrealizable, sino que por el contrario, se cooperaba con ello a encadenar al Reich a un Estado ya cadáver, que más tarde debería arrastrar al abismo a ambos países. Y era ingenuidad ante todo, porque los austro-alemanes, en virtud de aquella alianza, fueron cayendo cada vez más en el proceso de desgermanización. Pues creyendo los Habsburgo que una alianza con el Reich podría librarles de cualquier interferencia por parte de éste (y lamentablemente en eso tenían razón), ellos quedaban libres para continuar su política de liberarse gradualmente de la influencia germánica en el interior, con más facilidad y menos riesgo. Además, debido a la conocida «objetividad» del gobierno alemán, ya no tenían que temer una protesta por esta parte.

Siempre se podría hacer callar a los austro-alemanes que quisieran levantarse contra las miserables formas de eslavización, haciendo una simple referencia a la Alianza.

¿Qué podría hacer el alemán en Austria, si el propio alemán del Reich mostraba reconocimiento y confianza en el gobierno de los Habsburgo? ¿Debería ofrecer resistencia para después ser acusado por toda la opinión pública alemana como traidor a la propia nacionalidad? ¡A él, que desde hacía decenas de años estaba haciendo los mayores sacrificios por su nacionalidad!

¿Qué valor, además, poseía esa alianza, si el germanismo en la Monarquía de los Habsburgo ya había sido erradicado? ¿No dependía justamente el valor de Alemania dentro de la Triple Alianza de la conservación de la hegemonía alemana en Austria? ¿O se creía por casualidad que incluso con la eslavización del Imperio de los Habsburgo se podría mantener la unión?

¡La actitud de la diplomacia oficial alemana, así como también la de toda la opinión pública con relación al problema interno de las nacionalidades en Austria, ya no era una estupidez, sino sencillamente una locura! ¡Se contaba con una alianza sobre la que depositar el futuro y la seguridad de un pueblo de setenta millones de habitantes, para acabar observando cómo de año en año, la única base para esa alianza era firme y sistemáticamente destruida por el aliado! Llegaría el día en que permanecerían los «acuerdos» con la diplomacia vienesa, pero el auxilio del aliado del Imperio faltaría en el momento oportuno.

En cuanto a Italia, esto fue lo que ocurrió desde el principio.

Si en Alemania se hubiese estudiado con mayor claridad la historia y la psicología de los pueblos, seguramente nunca se habría podido creer que un día llegasen a formar un frente común el Quirinal y la Corte de los Habsburgo. Italia se hubiese convertido en un volcán antes de que un gobierno suyo se atreviera a movilizar un solo italiano a favor del tan fanáticamente odiado Estado de los Habsburgo. Más de una vez fui en Viena testigo del apasionado desprecio y del odio profundo con que el italiano se hallaba ligado al Estado austriaco. Un pecado demasiado grande para olvidarlo, aunque se hubiese querido, el que la Casa de Habsburgo cometió en el curso de los siglos atentando contra la libertad y la independencia italiana. La voluntad de olvidar aquello no existía en Italia, ni en el ánimo del pueblo ni en el del gobierno. Por eso, para Italia existían sólo dos posibilidades de convivencia con Austria: la alianza o la guerra.

Eligiendo lo primero, Italia podía prepararse en silencio para lo segundo.

La política aliancista de Alemania resaltó como absurda y peligrosa, sobre todo desde el momento en que las relaciones entre Rusia y Austria se aproximaban más y más a la posibilidad de un conflicto bélico.

Fue ése un caso clásico en el que se puede constatar la falta de grandes y acertadas líneas de conducta.

¿Cuál fue por último la razón para concertar una alianza con Austria? Ciertamente no otra que la de velar por el futuro del Reich alemán en condiciones distintas de las que se habrían dado estando éste solo. Mas ese futuro del Reich no podía ser otro que el mantenimiento de la posibilidad de subsistencia del pueblo alemán.

El problema, por tanto, se reducía a lo siguiente: ¿Cómo se debía acondicionar la vida de la Nación alemana en un futuro próximo, y darle a ese proceso los fundamentos indispensables y la necesaria seguridad dentro del marco general del poder político europeo?

Analizadas con claridad las condiciones inherentes a la actividad de la política externa alemana, se debía llegar a esta conclusión:

Alemania cuenta anualmente con un aumento de la población que asciende, más o menos, a novecientas mil almas. De manera que la dificultad de abastecer la subsistencia de este ejército de nuevos ciudadanos tiene que ser año tras año mayor, para acabar un día catastróficamente si es que no se saben encontrar los medios de prevenir a tiempo el peligro del hambre.

Cuatro eran los caminos a elegir para contrarrestar un desarrollo de tan funestas consecuencias:

1°. Siguiendo el ejemplo de Francia, se podría restringir artificialmente la natalidad y de este modo evitar una superpoblación.

La Naturaleza misma, en épocas de gran necesidad, de condiciones climáticas desfavorables o de escasa fertilidad del suelo, suele oponerse al aumento de población en determinados países o en ciertas razas. Desde luego que la Naturaleza obra aquí sabiamente y sin contemplaciones, pues no anula propiamente la capacidad de procreación, pero sí se opone a la conservación de la prole al someter a ésta a rigurosas pruebas y privaciones, que aquél que no es fuerte y sano vuelve al seno de lo desconocido. El que entonces sobrevive, a pesar de los rigores de la lucha por la existencia, resulta mil veces experimentado, fuerte y apto para seguir procreando, de tal suerte que el proceso de la selección puede empezar de nuevo. Actuando de ese modo brutal contra el individuo, y llamándolo de nuevo tan pronto como no se muestre capaz de resistir las tempestades de la vida, la Naturaleza conserva vigorosa la Raza y la propia especie, elevándola a sus mayores capacidades.

La disminución del número implica así el fortalecimiento del individuo, y con ello finalmente, la consolidación de la Raza.

Otra cosa es que el hombre por sí mismo, se empeñe en restringir su descendencia. Aquí es preciso no contar con el factor natural, sino con el humano. El hombre cree saber más que esa cruel Reina de la Sabiduría. Él no limita la conservación del individuo, sino la propia reproducción. Eso le parece a él (que siempre mira por sí mismo y nunca por la Raza) más humano y más justificado que lo otro. Infelizmente, las consecuencias son también inversas:

La Naturaleza no limita la procreación, mas somete la conservación de la especie a las más severas pruebas, escoge a los mejores dentro de un gran número de individuos y los preserva para la perpetuación de la especie. Por el contrario, el hombre limita la procreación y se esfuerza denodadamente para que cada ser, una vez nacido, sobreviva a toda costa. Esta corrección de la voluntad divina le parece ser tan sabia como humana, alegrándose una vez más de haber superado en esto a la Naturaleza y hasta de haber demostrado su insuficiencia. Que en realidad se restringe el número, pero que al mismo tiempo también se disminuye el valor del individuo, esto no lo quiere ver ni oír el amado hijo de Dios.

Siendo limitada la procreación por disminución del número de nacimientos, sobreviene en lugar de la natural lucha por la vida (que sólo deja en pie al más fuerte y al más sano), el afán lógico de «salvar» a todo trance también al débil y al enfermo, plantando así las semillas de una descendencia que será cada vez más miserable, eternizando ese escarnio a la Naturaleza y su voluntad.

El resultado final será que un pueblo tal perderá algún día el derecho a la existencia en este mundo, pues el hombre puede durante un cierto tiempo desafiar las leyes eternas de la conservación, pero la venganza acabará viniendo más tarde o más temprano. Una generación más fuerte expulsará a los débiles, pues el ansia por la vida,

en su última forma, siempre romperá todas las corrientes ridículas del llamado espíritu de humanidad individualista.

En su lugar aparecerá una Humanidad natural que destruirá la debilidad para poner en su lugar la fuerza.

Esto quiere decir que quien quiera asegurarle la existencia al pueblo alemán por medio de una limitación voluntaria de la natalidad, automáticamente le roba a éste el porvenir.

2°. Otro camino sería aquél que aún hoy muy a menudo se escucha como el más propuesto y pregonado: la colonización interior. Se trata aquí de una idea bien intencionada de muchos, pero al mismo tiempo mal interpretada por la mayoría y capaz de ocasionar el mayor de los daños imaginables.

Nadie duda que la productividad de un determinado suelo es susceptible de ser acrecentada hasta cierto límite, pero no de modo indefinido. Resultaría entonces que durante un cierto tiempo se podría compensar, sin peligro de hambrunas, el aumento de la población alemana mediante un incremento de la explotación de nuestro suelo; mas frente a esa posibilidad está el hecho de que, generalmente, las necesidades de la vida aumentan con más celeridad que la población misma. Las exigencias del hombre en lo que respecta a alimentación e indumentaria, son mayores de año en año y no es posible establecer ya un paralelo con lo que fueron, por ejemplo, las necesidades de nuestros antepasados hace cien años. Es pues erróneo creer que todo aumento de la producción favorece el crecimiento de la población. Eso se da hasta cierto punto, puesto que al menos una parte del aumento de la producción del suelo es consumida para la satisfacción de las necesidades superiores de la Humanidad. Pero incluso con las máximas restricciones por un lado y las diligencias más infatigables por otro, llegará un día en que el propio suelo alcance su límite. A pesar de todos los empeños ya no será posible aprovechar más de él, y entonces surgirá, aunque demorada un cierto tiempo, una nueva calamidad. En primer lugar, el hambre reaparecerá esporádicamente cuando haya mala cosecha, y con el aumento de la población, eso se producirá cada vez con más frecuencia, dejando sólo de suceder cuando los raros años de abundancia llenen los almacenes de víveres. Entre tanto, finalmente, se aproximará la época en la que ya no se pueda combatir más la miseria, y el hambre entonces se convierta en inseparable compañera del pueblo. La Naturaleza entonces tendrá que prestar ayuda de nuevo y proceder a la selección entre los destinados a vivir, o será el propio hombre quien se auxilie a sí mismo, esto es, echando mano al impedimento artificial de su reproducción, con todas las graves consecuencias para la raza y para la especie.

Se podrá aún objetar que ese futuro está destinado a toda la Humanidad de una manera u otra, y que por lo tanto, ningún pueblo conseguirá naturalmente escapar a esa fatalidad.

A primera vista, sin más consideraciones, eso es cierto. Pero hay también que pensar lo siguiente: en una determinada época, toda la Humanidad estará ciertamente obligada, debido a la imposibilidad de adaptar durante más tiempo la fertilidad del suelo y el creciente aumento de la población, a regular el aumento del género humano para, o bien volver a dejar a la Naturaleza decidir por sí misma, o bien a través de nuestros propios medios, siempre y cuando esto sea posible, procurar el equilibrio necesario con los métodos adecuados de los que hoy se dispone.

Esta situación alcanzará a todos los pueblos, pero de momento sólo serán alcanzadas por esa miseria las razas que no posean energía suficiente para asegurarse el suelo necesario. Pues a estas alturas todavía hay en este mundo suelo en extensiones

formidables que sólo espera a quien quiera cultivarlo. De la misma forma, también es cierto que ese suelo no fue reservado por la Naturaleza para una determinada Nación o Raza como superficie de reserva para el futuro, sino que se trata de una tierra y un suelo destinados al pueblo que posea la energía de conquistarlo y la diligencia de cultivarlo.

La Naturaleza no conoce fronteras políticas. Sitúa nuevos seres sobre el globo terrestre y contempla el libre juego de las fuerzas que obran sobre ellos. Al que entonces se sobrepone por su esfuerzo y valentía, le concede el supremo derecho a la existencia.

Un pueblo que se reduce al plan de colonización interior, mientras otras razas abarcan extensiones territoriales cada vez más dilatadas sobre el globo, se verá obligado a recurrir a la voluntaria restricción de su natalidad justamente cuando los demás pueblos siguen multiplicándose sin cesar. Este supuesto se dará tanto más próximo cuanto menor sea el espacio a disposición de dicho pueblo. Sin embargo, en general y desgraciadamente, las mejores naciones, o hablando más correctamente, las únicas razas verdaderamente cultas, portadoras de todo el progreso humano, muchas veces en su ceguera pacifista no quieren decidirse por una nueva adquisición de suelo, contentándose con la colonización interna. Así, las naciones inferiores pueden asegurarse enormes territorios, lo cual conduce a un resultado final:

Las razas culturalmente mejores pero menos decididas tendrán que limitar su multiplicación por fuerza de la restricción del suelo, al tiempo que los pueblos culturalmente más bajos y naturalmente más brutales todavía estarán, como consecuencia de la mayor superficie disponible, en condiciones de reproducirse ilimitadamente; en otras palabras, llegará un día en que el mundo pasará a ser dominado por una humanidad culturalmente inferior, pero sin embargo más enérgica.

De esta forma, para un futuro no muy remoto, sólo hay dos posibilidades: o que el mundo sea gobernado bajo el concepto de nuestras modernas democracias y entonces el fiel de la balanza se incline a favor de las razas numéricamente más fuertes, o que el mundo sea gobernado según las leyes del orden natural y venzan entonces los pueblos de voluntad férrea, que no serán en consecuencia los auto-limitados demográficamente.

Lo que nadie podrá dudar es que la Tierra estará expuesta a las más duras luchas por la existencia de la Humanidad. Y al final, vence siempre el instinto de conservación. Bajo la presión de éste, el llamado humanitarismo, como expresión de una mezcla de estupidez, cobardía y presuntuosa sabiduría, se derrite como la nieve bajo el sol de marzo. Si la Humanidad se hizo grande en la lucha eterna, en la paz eterna desaparecerá.

Para nosotros los alemanes, el lema de «colonización interna» es por ello funesto, pues inmediatamente refuerza la opinión de haber encontrado un medio que, de acuerdo con el espíritu pacifista, permite situarnos en una vida de entorpecimiento, en un «ganar» la existencia. Esta doctrina, tomada en serio entre nosotros, significaría el fin de todo esfuerzo en el sentido de conservar en el mundo el lugar que nos corresponde. En tanto en cuanto el alemán medio se haya convencido de poder garantizarse por ese medio la vida y el futuro, cualquier intento de una interpretación activa, y por tanto de una defensa fructífera de las necesidades vitales de Alemania, estará condenado al fracaso. Toda política exterior verdaderamente útil podría ser considerada imposible con una opinión nacional así, por lo que el futuro del pueblo alemán se vería perjudicado. Teniendo presente esas consecuencias, se debe convenir que no es por azar que, en primer lugar, son siempre los judíos los que procuran y saben inocular en el espíritu del pueblo ideas tan mortalmente peligrosas. Ellos conocen a las gentes demasiado bien como para no saber que esas personas son víctimas agradecidas de cualquier charlatán que les diga haber descubierto el medio de engañar a la

Naturaleza y evitar la dura e inexorable lucha por la existencia, para en su lugar, bien con el trabajo o incluso sin hacer nada, ir adueñándose del planeta.

Es por eso que jamás podrá insistirse lo bastante en aquello de que toda colonización interna alemana está en primer término destinada a corregir anomalías sociales y a evitar que el suelo sea objeto de la especulación general, pero que nunca podrá ser suficiente para asegurar el futuro de la Nación sin la conquista de nuevos territorios.

Si actuamos de otra manera, no sólo llegaremos a agotar nuestras tierras sino también nuestras fuerzas.

Finalmente, hay que constatar todavía lo siguiente:

La limitación —implícita en la colonización interna— a una determinada pequeña superficie de suelo, así como el efecto final que le sucede con la restricción de la reproducción, conduce al pueblo a una situación político-militar extraordinariamente desfavorable.

Poder garantizar la seguridad exterior de un pueblo depende de la extensión de su hábitat. Cuanto mayor sea el espacio del que un pueblo disponga, tanto mayor es su protección natural; pues siempre se consiguieron victorias militares más rápidas y por lo mismo más fáciles, así como más eficaces y completas, contra pueblos confinados en reducidas superficies de tierra, que contra estados de vastas extensiones territoriales. En la grandeza del territorio, por lo tanto, se halla siempre una cierta protección contra ataques repentinos, pues en tal caso, el éxito sólo llegará tras largas y duras batallas, con lo que el riesgo de una agresión inesperada se presenta demasiado elevado a menos que existan motivos extraordinarios. La amplitud territorial en sí misma, supone ya una base para la fácil conservación de la libertad y de la independencia de un pueblo, mientras que por el contrario, la estrechez territorial incita a la conquista o a la anexión.

Las dos primeras posibilidades para conseguir un equilibrio entre la población creciente y un aumento proporcional de suelo fueron, de hecho, rechazadas por los llamados círculos nacionales del Reich. Los motivos que determinaron su actitud eran, sin embargo, distintos de los consignados en los párrafos anteriores: la limitación de los nacimientos fue desestimada ante todo por un cierto sentimiento moral; y la colonización interna fue rechazada con indignación, puesto que se adivinaba en ella un ataque contra la gran propiedad rural y el comienzo de una lucha general contra la propiedad privada. La forma en que especialmente esta última solución —la colonización interna— fue recomendada, podía justificar fácilmente tales hipótesis.

De un modo general, se podría decir que su defensa ante la gran masa no fue muy inteligente y que de ningún modo alcanzó el núcleo del problema.

Con lo anteriormente anotado quedarían sólo dos medios capaces de asegurar el pan y el trabajo a la creciente población.

3°. Adquirir nuevos territorios para colocar allí anualmente el superávit de millones de habitantes, y así mantener la Nación sobre la base de la propia subsistencia.

4°. O bien, decidirse a hacer que nuestra industria y nuestro comercio produjeran para la demanda extranjera, dando la posibilidad de vivir a costa de los beneficios resultantes.

No quedaba, pues, más que elegir entre la política territorial y la comercial.

Estas dos posibilidades fueron consideradas, estudiadas, defendidas y también combatidas desde muy diversos puntos de vista, hasta que finalmente se optó por la última de ellas.

Ciertamente que la más conveniente de ambas habría sido la primera, la política territorial.

La adquisición de nuevo territorio para acomodar en él los excedentes poblacionales encierra ventajas infinitamente mayores, especialmente si se toma en consideración el futuro y no el presente.

La conservación de una clase campesina sana como fundamento de la comunidad nacional nunca podrá valorarse lo suficiente. Muchos de nuestros males actuales no son más que la consecuencia del desequilibrio entre las gentes del campo y las de la ciudad. Una base firme constituida por pequeños y medianos propietarios rurales fue, en todas las épocas, la mejor defensa contra las enfermedades sociales del género de las que nos afligen hoy en día. Ésta es también la única salida que permite a un pueblo encontrar el sustento en los límites de su vida económica. De esta manera, la industria y el comercio retroceden de sus malsanas posiciones de liderazgo para colocarse en el marco general de una economía nacional de consumo y compensación. Ambas no son ya la base de la alimentación del pueblo, sino un auxilio para la misma. El disponer de una compensación entre la producción y el consumo, hace que la manutención del pueblo sea más o menos independiente del exterior, y ayuda por tanto a asegurar la autarquía e independencia de la Nación sobre todo en las épocas difíciles de crisis.

Evidentemente, una política rural así no podrá llevarse a cabo, por ejemplo, en el Camerún, y sí, casi exclusivamente, en Europa. Calmada y modestamente, debemos apreciar que ciertamente no ha sido intención del cielo dar a un pueblo cincuenta veces más tierra que a otro. En este caso, los límites políticos no deben alejarse de los límites del derecho eterno. Si es cierto que el mundo ofrece espacio suficiente para todos, entonces que se nos dé también el suelo necesario para nuestra vida.

Esto, naturalmente, no se logrará con buena voluntad. El derecho a la propia conservación dejará entonces sentir sus efectos, y lo que es negado por las buenas, deberá ser tomado por las malas. Si nuestros antepasados hubieran hecho depender sus decisiones de las locuras pacifistas como se hace actualmente, no poseeríamos más que un tercio de nuestro territorio actual; y entonces, ya no habría que preocuparse más por la existencia de un pueblo alemán en Europa. No, nosotros debemos a la decisión natural de la lucha por la propia existencia las dos fronteras orientales[42] del Reich, y con ello la fuerza interna de la grandeza de nuestros dominios raciales y nacionales que en general han perdurado hasta nuestros días.

Existe otra razón para que esta solución sea considerada la correcta:

Muchos Estados europeos parecen en la actualidad una pirámide invertida. Su superficie territorial en Europa es de proporciones sencillamente ridículas en relación a sus dominios coloniales, su comercio exterior, etcétera. Bien se puede decir: la cúspide en Europa y la base en el mundo entero; contrariamente a lo que ocurre en los Estados Unidos de América, cuya base radica en su propio continente, no tocando al resto del mundo sino por su vértice. De allí emana la enorme potencialidad de esta Nación, y la debilidad de la mayoría de fuerzas coloniales europeas. El caso mismo de Inglaterra no debe ser tenido en cuenta como un caso contrario, pues al considerar el Imperio Británico se suele muy fácilmente dejar de asociar la existencia del mundo anglosajón. Desde luego, la situación de Inglaterra por su comunidad de cultura y de lengua con los Estados Unidos de América, no es susceptible de compararse con la de ningún otro país europeo.

[42] La Austria alemana era la marca oriental en el sur, mientras que Prusia del Este era la marca oriental en el norte. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

En consecuencia, la única posibilidad hacia la realización de una sana política territorial radicaba para Alemania en la adquisición de nuevas tierras en el continente mismo. Las colonias no responden a ese propósito si es que no se prestan para ser pobladas en gran escala por elementos europeos. En el siglo XIX ya no era posible adquirir por medios pacíficos zonas apropiadas para la colonización. Una política colonial semejante habría sido factible sólo emprendiendo una tenaz lucha que, en realidad, habría resultado más provechosa si se hubiera destinado a adquirir territorios en el propio continente que no en los países de ultramar.

Una decisión de esta índole exige por supuesto una dedicación absoluta. No es posible abordar con medias tintas o con vacilaciones una tarea cuya ejecución sólo es factible mediante el empleo de todas las energías posibles. La dirección política del Reich tendría que dedicarse exclusivamente a ese fin; ningún paso debería darse por otros motivos que no sean el reconocimiento de esa tarea y de las condiciones para su éxito. Se tendría que aclarar que ese objetivo sólo podía conseguirse mediante la guerra, debiéndose ver el camino de las armas de manera tranquila y serena.

Todas las alianzas deberían examinarse exclusivamente bajo ese punto de vista y apreciadas, en cuanto a su utilidad, en ese objetivo. Si hubiese el deseo de adquirir territorios en Europa, tendría que darse de un modo general a costa de Rusia; entonces el nuevo Reich debería nuevamente ponerse en marcha siguiendo la senda de los caballeros teutónicos de antaño con la espada alemana, a fin de devolver la gleba al arado alemán, y a la Nación el pan de cada día.

Por cierto que para una política de esa tendencia habría en Europa un solo aliado posible: Inglaterra.

Únicamente con Inglaterra se podría comenzar, con las espaldas bien cubiertas, la nueva cruzada del germanismo. El derecho en este caso no habría sido menos justificado que el de nuestros antepasados. ¡Ninguno de nuestros pacifistas se niega a comer el pan del Este, aunque el primer arado de antaño hubiese sido la espada!

Para ganar la aquiescencia inglesa ningún sacrificio debía ser demasiado grande. Habría que renunciar a las posesiones coloniales y a la aspiración del poder marítimo, ahorrándole así a la industria británica todo tipo de competencia.

Solamente una orientación fija y clara hubiese sido capaz de conducir a ese resultado. Renunciar al comercio mundial y a las colonias, renunciar a mantener una marina alemana de guerra y concentrar, en cambio, toda la potencialidad del Estado en el Ejército de tierra.

Naturalmente, la consecuencia inmediata podría haber sido una momentánea limitación, pero con la garantía de un porvenir grande y poderoso.

Hubo un tiempo en que Inglaterra habría estado dispuesta a tratar la cuestión, puesto que comprendía perfectamente que Alemania, en vista del creciente aumento de la población, se vería obligada a buscar una solución para su problema y a encontrarla, ya fuera con Inglaterra en Europa o sin Inglaterra en el mundo.

Fue seguramente bajo esta impresión que, a finales del siglo pasado, se intentó desde Londres un acercamiento hacia Alemania. Por primera vez se puso entonces de manifiesto eso que en los últimos años hemos podido observar en Alemania de forma realmente alarmante: se sentía desagrado ante la sola idea de que tuviésemos que sacarle a Inglaterra las castañas del fuego... ¡Como si alguna vez se hubiera dado el caso de una alianza sobre una base que no fuese la de la recíproca conveniencia! Con Inglaterra no era difícil llegar a una negociación semejante, pues la diplomacia inglesa fue siempre lo suficientemente inteligente como para no ignorar que toda concesión supone reciprocidad.

Imagínese por un momento la enorme trascendencia que para Alemania habría tenido el que una hábil política exterior alemana hubiese adoptado el rol que Japón adquirió en 1904. Jamás se habría producido una conflagración mundial.

En 1904 la sangre vertida fue diez veces menor que la derramada entre 1914-18. ¡Pero qué posición ocuparía Alemania hoy día en el mundo!

Desde luego, la alianza con Austria fue una idiotez.

Esa momia de Estado se unió a Alemania no para luchar con ella en la guerra, sino para conservar una paz perpetua que pudiese ser utilizada de manera inteligente para la destrucción lenta pero segura del germanismo en la Monarquía. Esa alianza era absolutamente inviable, puesto que no se podía esperar por mucho tiempo una defensa efectiva de los intereses nacionales alemanes en un Estado que no poseía ni la fuerza ni la decisión para poner fin al proceso de desgermanización en sus fronteras inmediatas. Si Alemania no poseía conciencia nacional suficiente, ni tampoco la intrepidez para arrancar al imposible Estado de los Habsburgo el mandato sobre el destino de diez millones de hermanos de sangre, menos aún se podría entonces esperar que reconociese unos planes tan audaces y de tan larga visión. La relación del viejo Reich respecto al problema austriaco fue la piedra de toque de su actitud en la lucha decisiva de toda la Nación.

Nadie se percataba de cómo año tras año se oprimía cada vez más al germanismo, y cómo el valor de la alianza por parte de Austria era determinado exclusivamente por los elementos alemanes. Pero desgraciadamente no se optó por seguir ese camino.

Los Habsburgo nada temían tanto como la lucha, y al final, no obstante, fueron obligados a ella en la hora más desfavorable. Querían escapar al Destino y fueron sorprendidos por él. Soñaban con la conservación de la paz mundial y cayeron en una guerra mundial.

Y éste fue el motivo más importante por el que no se dio el debido valor a esa tercera salida para la garantía del futuro alemán. Se sabía que la conquista de nuevo territorio sólo se lograría en el Este. La lucha necesaria fue prevista, pero lo que se quería a cualquier precio era la paz; pues el lema en política exterior hacía mucho que no era «la conservación de la Nación alemana a todo trance», sino más bien «la conservación de la paz universal, por todos los medios». Todo el mundo sabe cómo se resolvió finalmente la situación.

Aún volveré a hablar más detalladamente sobre este punto.

En pie quedaba ya únicamente la cuarta posibilidad enunciada: industria y comercio mundial, poder marítimo y dominio colonial.

Un desarrollo de este tipo era en verdad más fácil y más rápido de conseguir. La colonización del suelo es un proceso más lento y que a veces dura siglos, mas sin embargo, justamente en eso radica su fuerza intrínseca. No se trata de un estallido repentino, sino de un crecimiento gradual pero fundamental y constante, en contraposición a un desarrollo industrial que puede ser improvisado en el transcurrir de pocos años, semejándose por el contrario más a una burbuja de jabón que a una fuerza sólida. Verdaderamente es más rápido construir una flota que erigir granjas y poblarlas con labradores, pero también es cierto que se aniquila aquélla con más facilidad que esta última.

A pesar de todo, si Alemania optaba por ese camino, debía prever que ese programa acabaría un día en lucha. Sólo un niño podría imaginar que se puede conseguir el deseado alimento con una conducta amable y civilizada y a través de la declaración permanente de sentimientos de paz, es decir, en «convivencia pacífica de

los pueblos» —como tanto y tan suntuosamente se parloteaba—, sin tener que recurrir a las armas.

No. De continuar por ese camino, Inglaterra un día se volvería nuestra enemiga.

No había nada más descabellado que irritarla de esta manera —lo que por otra parte se ajustaba a nuestra propia candidez—, para que se tomara un día la libertad de hacer frente a nuestra tendencia pacifista con la brutalidad de los más violentos egoístas.

Y por supuesto, nosotros nunca habríamos hecho tal cosa.

Si una política territorial europea era sólo factible contra Rusia teniendo a Inglaterra como aliada, inversamente una política colonial de expansión y de comercio mundial en contra de Inglaterra únicamente era concebible con el apoyo de Rusia. Mas en tal caso, se deberían asumir las consecuencias sin contemplación alguna y, ante todo, desentenderse cuanto antes de Austria.

Considerada desde cualquier punto de vista, ya a fines del siglo pasado la alianza con el Imperio Austro-Húngaro fue para Alemania una incalificable locura.

No se pensó en ningún momento aliarse con Rusia en contra de Inglaterra, ni mucho menos con Inglaterra en contra de Rusia, pues ambos casos hubieran significado a la postre la guerra. Y precisamente para evitarla se resolvió optar por una política de comercio e industria. Con el propósito de llevar a cabo una conquista «pacífico-económica» del mundo, se creyó tener la receta para acabar de una vez para siempre con la política de violencia empleada hasta entonces. Es probable que algunas veces no se estuviera muy seguro del camino elegido, especialmente cuando de tiempo en tiempo, llegaban desde Inglaterra amenazas inexplicables. A esto se debió que Alemania se dedicara a construir una flota de guerra no destinada a agredir ni destruir el poderío británico, sino simplemente a defender la mencionada «paz universal» y la conquista pacífica del mundo. De ahí que esa flota fuese creada bajo una escala en todo sentido más modesta que la de Inglaterra, no sólo en el número de unidades, sino también en lo concerniente al tonelaje de éstas y su armamento, dejando entrever también aquí la intención realmente pacífica que se abrigaba.

Dicha conquista «pacífico-económica» fue indudablemente el mayor de los absurdos entronizados como principio regidor de la política del Estado alemán. Semejante contrasentido se hizo aún más notable por la circunstancia de no haberse vacilado en tomar a Inglaterra como referencia para la posibilidad de llevar a cabo una tal conquista. Los daños que se cometieron a causa de nuestra enseñanza y nuestra concepción académica de la Historia jamás podrán ser reparados, constituyendo la prueba incontestable de que infinidad de gentes «aprenden» Historia sin entenderla, y mucho menos interpretarla. Debió verse justamente en la política de Inglaterra la refutación evidente de aquella teoría alemana, pues ningún otro país supo preparar mejor ni más brutalmente que Inglaterra sus conquistas económicas, valiéndose siempre de la espada, para después defenderlas resueltamente. ¿No es acaso una típica característica del arte de gobierno británico sacar de su poder político beneficios económicos y, viceversa, transformar de inmediato todo fortalecimiento económico en poder político? ¡Qué error el suponer que Inglaterra se achantaría a la hora de arriesgar su propia sangre en favor de su política económica! El que la Nación inglesa careciese de un Ejército constituido por el pueblo no probó en modo alguno lo contrario; porque esto no depende de la situación o forma que tenga la institución armada en sí, sino más bien de la decisión y voluntad con que entre en acción en un momento dado. Inglaterra contó en todo momento con el abastecimiento bélico indispensable para sus necesidades y luchó siempre con aquellas armas que el éxito exigía.

Se sirvió de mercenarios mientras los mercenarios bastaron, y apeló también resueltamente al concurso de la sangre de los mejores elementos de la Nación cuando ya no quedaba otro medio que este sacrificio para asegurar la victoria; pero siempre quedó invariable su decisión para la lucha, junto a la tenacidad y a la inflexible conducción de la misma.

En Alemania, no obstante, paulatinamente se estimulaba por medio de las escuelas, de la prensa y de las revistas de humor, a que se tuviese del carácter inglés, y más todavía de su Imperio, una concepción que finalmente debía conducir a la peor clase de autoengaño; pues todo gradualmente se contaminó con esas tonterías, siendo el resultado una infravaloración de los ingleses que se tradujo en amarga venganza por su parte. Esta idea se extendió tan ampliamente que todos los alemanes estaban convencidos de que el inglés era tal cual lo imaginaban: un hombre de negocios, tan ladino como increíblemente cobarde. Jamás se les ocurrió a nuestros sublimes maestros que un Imperio tan vasto como el británico no puede ser fundado y conservado mediante una conjunción de astucia y engaño. Las pocas advertencias sobre el tema, o no fueron escuchadas o fueron silenciadas. Recuerdo claramente el gran asombro que se reflejó en los rostros de mis camaradas, cuando en Flandes nos vimos por primera vez cara a cara con los *tommies*[43]. Después de los primeros combates cada uno de nosotros pudo convencerse de que aquellos escoceses nada tenían en común con aquellos que se caricaturizaban en nuestros panfletos humorísticos y en las informaciones de prensa.

Comencé entonces a reflexionar sobre la propaganda y sobre sus formas más útiles.

Ese falseamiento, ciertamente, tenía sus ventajas para aquellos que lo propagaban: de esta manera se podía demostrar con ejemplos, por más incorrectos que éstos fuesen, que era buena la idea de conquistar económicamente el mundo. Lo que el inglés consiguió, también nosotros teníamos que conseguirlo, considerando la especial ventaja que nos proporcionaba nuestra mayor integridad y la ausencia de aquella perfidia específicamente inglesa. De esta manera se esperaba ganar más fácilmente la simpatía de todas las pequeñas naciones y la confianza de las grandes.

No comprendíamos que nuestra integridad causase a los demás una íntima aversión, pues mientras nosotros creíamos sinceramente en todo eso, el resto del mundo veía en esa conducta la expresión de una falsedad astuta. Después, con la mayor sorpresa, la Revolución proporcionó una visión más profunda de la ilimitada idiotez de nuestro «honesto» modo de pensar.

La insensatez de esta «conquista pacífico-económica» del mundo, resultaba enseguida clara y comprensible a través del sinsentido que entrañaba la Triple Alianza. ¿Con qué Estado se podía, pues, establecer una alianza? Aliándonos con Austria no era posible pensar en conquistas guerreras, ni siquiera en Europa. Justamente en eso radicaba, desde el primer momento, la debilidad intrínseca de la Alianza. Un hombre como Bismarck podía tomarse la libertad de un expediente tal, pero no así ninguno de sus chapuceros sucesores, y mucho menos en una época en la que no existían ya las mismas condiciones esenciales de la alianza promovida por Bismarck, pues éste todavía creía que Austria era un Estado alemán. Con la gradual introducción del sufragio universal, este país, entre tanto, se hundió en un sistema de gobierno parlamentario y antigermánico.

---

[43] Durante la Primera Guerra Mundial se extendió el uso del término *tommies*, o «Tommy Atkins» para denominar a los soldados ingleses. El uso de este nombre común inglés para referirse a los soldados data de mucho antes de la guerra. Por su parte, a los soldados alemanes se les llamaba *fridolin*, y los franceses eran conocidos como *poilus*, que literalmente significa «peludo». (N. del T.)

La alianza con Austria, desde el punto de vista racial, fue simplemente nociva. Se toleraba el desarrollo de una nueva potencia eslava en la frontera del Reich, potencia que más tarde o más temprano tendría que tomar posiciones muy diferentes contra Alemania, como por ejemplo, Rusia. Así, la Alianza de año en año se veía obligada a volverse interiormente más hueca y débil, en la misma proporción en que los únicos portadores de ese pensamiento en la Monarquía perdían influencia y eran desalojados de las posiciones dominantes.

Ya a finales de siglo, la alianza con Austria había entrado en la misma fase que la alianza de Austria con Italia.

Aquí también había sólo dos posibilidades: o prevalecía la alianza con la Monarquía de los Habsburgo, o se alzarían las protestas contra la destrucción del germanismo en Austria-Hungría; sin embargo, cuando se comienza con algo así, la mayoría de las veces se llega a un conflicto abierto.

El valor de la Triple Alianza era ya psicológicamente insignificante, pues la consistencia de una alianza tiende a disminuir cuanto más se ciñe a la conservación de las situaciones existentes; mientras que en el caso inverso, una alianza será tanto más fuerte cuanto mayor sea la expectativa de las partes contrayentes por lograr finalidades tangibles, determinadas y de carácter expansivo. Aquí, como en todo, la fuerza no radica en la acción defensiva sino en el ataque.

Esto fue comprendido por los diferentes sectores, pero lamentablemente no lo fue por los llamados «representantes electos» del pueblo. Ludendorff, entonces Coronel del Alto Estado Mayor, apuntaba esta debilidad en un memorándum escrito en 1912. Naturalmente, los «estadistas» se negaron a dar cualquier importancia al asunto; pues en realidad, parece como si el sano juicio sólo fuera útil para cualquier mortal, menos para los «diplomáticos».

Para Alemania fue una suerte que la guerra de 1914 viniera indirectamente por el lado de Austria, pues así los Habsburgo se vieron compelidos a tomar parte en ella; si hubiese ocurrido lo contrario, Alemania se habría quedado sola. Nunca el Estado de los Habsburgo habría podido o, incluso, habría querido tomar parte en una guerra que se originase por parte de Alemania. Aquello por lo que más tarde se condenaría a Italia, se habría dado antes en Austria: habría permanecido «neutral», para salvar por lo menos al Estado de una revolución. En 1914 el eslavismo austriaco habría preferido destruir la Monarquía a dejarse auxiliar por Alemania.

Muy pocos en esa época pudieron darse cuenta de la magnitud de los peligros y las dificultades que trajo consigo la alianza con la Monarquía del Danubio. En primer término, Austria tenía demasiados enemigos ansiosos por heredar los despojos de aquel decrépito Imperio, y no era de extrañar que en el transcurso del tiempo hubiera nacido un cierto odio contra Alemania, considerando a ésta como el obstáculo para la tan esperada y anhelada ruina de la Monarquía austriaca. En conclusión, se llegó al convencimiento de que sólo se podía alcanzar Viena pasando por Berlín.

En segundo lugar, Alemania perdió, debido a esta política, las mejores y más auspiciosas posibilidades de pactar otras alianzas. En efecto, se produjo una situación de creciente tensión con Rusia y hasta con Italia misma; sin embargo, en Roma la opinión general se mostraba favorable a Alemania, en tanto que en el corazón del último italiano llegaba muchas veces a desbordarse un sentimiento hostil hacia Austria.

Como los alemanes se habían lanzado a una política de comercio y de industria, ya no existía el menor motivo para una lucha contra Rusia. Solamente los enemigos de ambas naciones eran los que podían tener en ello un vivo interés. De hecho, eran en

primer lugar los judíos y los marxistas quienes por todos los medios incitaban a la guerra entre los dos estados.

Por último y en tercer lugar, esta alianza debía entrañar en el fondo un grave peligro para Alemania, si se tiene en cuenta la circunstancia de que cualquier potencia europea realmente adversa al Reich de Bismarck, podía en todo tiempo lograr con facilidad la movilización de una serie de estados contra ella, ofreciéndoles a éstos ventajas materiales a costa de los aliados de Austria.

Contra la Monarquía del Danubio estaban predispuestos todos los países de la Europa Oriental, e Italia y Rusia en grado superlativo. Nunca se habría llegado a producir la coalición mundial que se formó bajo la acción del Rey Eduardo[44], si Austria-Hungría, como aliada de Alemania, no hubiera representado una herencia tan apetecible. Sólo así fue posible reunir, en un único frente de ataque, países con deseos y objetivos tan heterogéneos. Cada uno de ellos podría esperar, en una acción conjunta contra Alemania, conseguir enriquecerse a costa de Austria. Ese peligro aumentó extraordinariamente por el hecho de que a esa infeliz alianza también estaba afiliada Turquía como socio pasivo.

El mundo financiero internacional judaico necesitaba de tal reclamo para poder llevar a cabo el plan codiciado durante tanto tiempo: la destrucción de una Alemania que aún no se había sometido al control financiero y económico general. Sólo así, a través del peso numérico de un ejército de millones de hombres desfilando y preparados por fin para arremeter contra el legendario Sigfrido[45], se podría forjar una coalición fuerte y decidida.

La alianza con la Monarquía de los Habsburgo, que ya en la época de mi vida en Austria tanto me irritaba, comenzó a transformarse en la causa de unas largas reflexiones que posteriormente reforzarían aún más mi primera opinión.

Ya en los pequeños círculos que yo frecuentaba en Múnich no oculté jamás mi convicción de que ese pacto nefasto con un Estado destinado fatalmente a la ruina, iba a conducir también al desastre a Alemania si ésta no sabía desligarse a tiempo.

Tampoco dudé ni un momento de mi convicción, por otro lado firmísima, cuando el estallido de la Guerra Mundial pareció haber anulado toda reflexión, y el delirio del entusiasmo se adueñó de aquellos organismos que debían haber conservado la calma. También en el frente, allí donde se charlaba sobre estos temas, sostuve siempre mi opinión de que cuanto más rápido se rompiera esta alianza mejor sería para Alemania, y que el abandono de la Monarquía de los Habsburgo no significaría ningún sacrificio, si de esta manera Alemania conseguía reducir el número de sus adversarios; pues no era la conservación de una dinastía corrupta el motivo por el cual millones de hombres llevaran puesto el *Stahlhelm*, el casco de acero, sino para salvar a la Nación alemana.

En varias ocasiones, antes de la guerra, se tuvo la impresión de que por lo menos en uno de los sectores políticos de Alemania cundían ya ciertas dudas sobre la conveniencia de la política aliancista seguida por el gobierno prusiano. De vez en

[44] Eduardo VII, monarca del Reino Unido desde 1901 a 1910. La coalición mundial a la que se hace referencia es la contraída en la Primera Guerra Mundial en el bando de los «Aliados», es decir, el que englobaba a Francia, Rusia, Reino Unido, Serbia, Bélgica, Italia (que había abandonando la Triple Alianza), Estados Unidos y Japón entre otros, frente a la coalición de las «Potencias Centrales», a saber, Imperio Austro-húngaro, Imperio Alemán, Imperio Otomano y Bulgaria. (N. del T.)

[45] Carlyle explica así este epíteto: «En primer lugar, nadie debe reírse de nuestro valiente Sigfrido por el título de «Cornudo» (*Gehoernte*), pues fue el hombre más adorable y valiente; poseía unos cuernos que salían de su frente, como el Moisés de Miguel Ángel, y su piel, a la que hace referencia el epíteto *Behorned*, era dura e impenetrable como la de un cocodrilo, no suave como una gamuza; su condición de «cornudo» hace referencia simplemente a su invulnerabilidad, como la de Aquiles...» (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

cuando, los círculos conservadores alemanes comenzaron a advertir sobre el exceso de confianza existente; pero esto, como todo lo razonable, debió caer en saco roto.

Existía la convicción general de que se estaba en el camino correcto para la conquista del mundo, que el éxito sería ilimitado y el número de víctimas casi nulas.

Una vez más, a los «no iniciados» nada les estaba permitido hacer sino observar silenciosamente, mientras los «electos» marchaban directamente hacia la destrucción, arrastrando consigo al amado pueblo, como el flautista de Hamelin.



La causa principal de haber podido presentar ante un pueblo entero la insensata «conquista económica» como un proceso político práctico, así como la conservación de «la Paz Mundial» como objetivo político, residía en la enfermedad general de todo nuestro pensamiento político.

Con la marcha triunfal de la técnica y la industria alemana, y el creciente desarrollo del comercio, fue desapareciendo cada vez más la noción de que todo esto sólo era posible bajo la égida de un Estado poderoso. Por el contrario, hasta se había llegado en muchos círculos a sostener la idea de que el propio Estado debía su existencia a esas manifestaciones y que, en primer término, éste mismo representaba una institución económica regida según intereses económicos y, en consecuencia, su existencia dependía también de la economía. En definitiva, estábamos ante una situación que se alababa como la mejor y la más natural del mundo. Sin embargo, el Estado en sí poco tiene que ver con un determinado criterio económico o con un proceso de desarrollo económico cualquiera.

El Estado no consiste en una reunión de gestores económicos desarrollando una actividad dentro de un espacio vital determinado, sino que es la organización de una comunidad de seres moral y físicamente homogéneos, con el objeto de mejorar las condiciones de conservación de su raza y así cumplir la misión que a ésta le tiene señalada la Providencia. Ésta y no otra es la finalidad y la razón de ser de un Estado. La economía es tan sólo uno de los muchos medios necesarios para la realización de dicho objetivo; nunca, sin embargo, es el objeto o la causa en sí de un Estado, a menos que éste repose desde el principio sobre una base falsa y artificial. Sólo así es como se explica que el Estado en sí mismo no necesite tener como condición de su existencia una limitación territorial. Esto solamente será necesario entre pueblos que, por sí mismos, quieren asegurar la mantención de su raza y que, por tanto, están preparados para conseguirlo con su propio trabajo. Los pueblos que, como zánganos, consiguen infiltrarse en el resto de la Humanidad, a fin de, bajo todos los pretextos, conseguir que los otros trabajen para ellos, pueden, incluso sin poseer un espacio vital concreto y limitado, formar un Estado. Eso se da en primer lugar en un pueblo cuyo parasitismo, sobre todo hoy, el resto de la Humanidad soporta: el pueblo judío.

El «Estado judío» no estuvo jamás circunscrito a fronteras materiales; sus límites abarcan el Universo, pero conciernen a una sola raza. Por eso el pueblo judío formó siempre un Estado dentro de otros Estados. Uno de los artificios más ingeniosos de cuantos se han urdido es hacer aparecer a dicho «Estado» como una «religión» y asegurarle de este modo la tolerancia que el elemento ario está en todo momento dispuesto a conceder a las confesiones religiosas. En realidad, la religión Mosaica no es más que una doctrina de la conservación de la raza judía[46]. De ahí que englobe todas las

[46] En el Pentateuco de Moisés encontramos también normas de política racial, sobre todo en lo referente al matrimonio y a la alimentación. (Nota de *Mi Lucha*, 1996, *op. cit.*)

ramas del saber humano que puedan serle útiles, sean éstas de orden sociológico, político o económico.

El instinto de conservación de la especie es siempre la causa de la formación de las sociedades humanas. Por eso, el Estado es un organismo racial y no una organización económica, diferencia ésta que, hoy en día, pasa desapercibida a los llamados «estadistas». De ahí que pensaran éstos poder construir el Estado a través de la economía, cuando en realidad, aquél no es más que el resultado de las capacidades que residen en el instinto de conservación de la raza y de la especie. Éstas, sin embargo, siempre serán virtudes heroicas y nunca un egoísmo mercantil, pues la conservación de la existencia de una especie presupone la predisposición al sacrificio de cada individuo. En esto es en lo que reside justamente el sentido de las palabras del poeta: «y si no arriesgáis la vida, nunca la mereceréis»[47], esto es, la capacidad de sacrificio de cada uno es indispensable para asegurar la conservación de la Raza. La condición más esencial, por tanto, para la formación y conservación de un Estado, es la existencia de un sentimiento de solidaridad basado en la identidad de raza, así como la buena voluntad de sacrificarse por él. Eso, en pueblos dueños de su propio suelo, conduce a la formación de virtudes heroicas; y en pueblos parásitos, a la hipocresía mentirosa y a la crueldad disimulada, cualidades que deben ser previstas por la manera diferente de cómo viven con relación al Estado. La formación de un Estado sólo será posible mediante la aplicación de dichas virtudes, al menos originariamente, teniendo presente que en la lucha por la conservación sucumbirán aquellos pueblos (esto es, los que se vean sometidos a la esclavitud y más tarde o más temprano se extingan) que presenten menos virtudes heroicas o que no estén a la altura de las astucias del parásito enemigo. Mas también en tal caso, esto no debe ser atribuido a una falta de inteligencia, sino a la falta de decisión y valor que procura esconderse bajo el manto del sentimiento humanitario.

El hecho de que la fuerza interna de un Estado sólo en raros casos coincida con el llamado progreso económico, muestra claramente lo poco ligada que está esa prosperidad económica a las cualidades que sirven para la formación y conservación del propio Estado, pues tal progreso más bien parece indicar la próxima ruina del Estado. Si la formación de las comunidades humanas tuviese que ser atribuida en primer lugar a las fuerzas económicas, entonces el más elevado desarrollo económico significaría la más formidable fuerza del Estado y no viceversa.

La creencia en la fuerza de la economía para formar y conservar un Estado se hace en particular incomprensible en un país que, en todos los sentidos, históricamente ha mostrado clara e incisivamente lo contrario. Justamente Prusia demuestra, de manera evidente, que no son las condiciones materiales, sino las virtudes ideales las que hacen posible la formación de un Estado. Solamente bajo su protección la economía consigue florecer hasta que, con la decadencia de las genuinas fuerzas generadoras del Estado, la economía también decae, proceso éste que exactamente ahora podemos observar con terrible tristeza. Los intereses materiales de los hombres siempre consiguen prosperar mejor cuando permanecen a la sombra de las virtudes heroicas; no obstante, en cuanto éstas intentan colocarse como las principales consideraciones de la vida, destruyen las bases fundamentales de la propia existencia.

[47] Las líneas que se citan han sido tomadas del poema dramático de Friedrich Schiller, *Wallenstein*, de 1799. La intervención es de uno de los coraceros que aparecen en la escena Xª de la primera parte, titulada «El campamento de Wallenstein». En alemán, literalmente, dice: «Y quien no arriesgue la vida, no se habrá ganado la vida» (*Und setzet ihr nicht das Leben ein, nie wird euch das Leben gewonnen sein*). Según la traducción de Rafael Cansinos para la editorial Aguilar, el coracero dice así: «Quien algo quiera conseguir en el mundo, habrá de moverse y pasar tramojos». (N. del T.)

Toda vez que el poder político de Alemania experimentaba un cambio ascendente, la situación económica mejoraba también; pero cuando la actividad económica se convertía en el objetivo exclusivo de la vida nacional, y por ende asfixiaba toda virtud idealista, ese Estado empezaba a derrumbarse, para luego arrastrar consigo a la economía.

Si uno se preguntase cuáles son en realidad las fuerzas que crean o que, por lo menos, sostienen a un Estado, se podría, resumiendo, formular la siguiente afirmación:

Espíritu y voluntad de sacrificio del individuo en pro de la colectividad.

Que estas virtudes nada tienen en común con la economía, surge de la sencilla consideración de que el hombre jamás se sacrifica por esta última, es decir, que nunca estará dispuesto a morir por negocios, mas sí por ideales. Nada evidenció mejor la superioridad psicológica de los ingleses en la consecución de un ideal nacional, como la motivación que se supo dar a su lucha. Cuando nosotros luchábamos por el pan cotidiano, Inglaterra luchaba por la «Libertad», no por la propia, sino por la de las pequeñas naciones. En Alemania todos se reían o irritaban con esa insolencia, lo que prueba cuán insensato y estúpido se había vuelto el pensamiento político en la Alemania de la anteguerra. Ya no se tenía la menor idea de la naturaleza de las fuerzas que son capaces de llevar a los hombres a la muerte por su libre y espontánea voluntad.

Mientras en el año 1914 el pueblo alemán continuó pensando que luchaba por ideales, se mantuvo firme; pero en cuanto se hizo evidente que apenas luchaba por su sustento, prefirió abandonar la partida.

Nuestros inteligentes «estadistas», sin embargo, quedaron atónitos ante ese cambio de mentalidad. Ellos nunca comprendieron que el hombre, desde el momento que lucha por un interés económico, evita en lo posible la muerte, puesto que ésta le haría perder el gozo del premio de su lucha. La preocupación por la salvación de su hijo hace que la más débil de las madres se convierta en una heroína, y solamente la lucha por la conservación de la especie y el hogar, y también por el Estado, hace, en todos los tiempos, que los hombres vayan al encuentro de las lanzas de sus enemigos. Se puede considerar la siguiente frase como una verdad eternamente válida:

Nunca un Estado fue fundado por la economía pacífica, sino siempre, por el instinto de conservación de la especie, pudiendo manifestarse éste en el ámbito de la virtud heroica o en el de la sagaz astucia. La primera produce estados arios de trabajo y de cultura; la segunda, colonias judaicas parasitarias. En el momento en que la economía comienza a invadir un pueblo o un estado, se convierte ésta en la causa de su esclavitud y opresión.

La idea dominante en la época de anteguerra de que al pueblo alemán podía serle factible acaparar el mercado mundial o llegar a conquistar el mundo por medios pacíficos, fue el signo clásico de que habían desaparecido las virtudes realmente conformadoras y sustentadoras del Estado, así como la intuición, la fuerza de voluntad y el espíritu de acción que de ellas se derivan. Finalmente el corolario natural a tal estado de cosas debió ser la Guerra Mundial, con todas sus consecuencias.

Para aquél que no examinase con detalle esta cuestión, la actitud adoptada por casi toda la Nación alemana era un enigma indescifrable, pues Alemania era justamente un ejemplo maravilloso de un Imperio que surgió de una política de fuerza. Prusia —célula madre del Reich— se forjó mediante el heroísmo brillante, no en operaciones financieras o negocios comerciales. Y el Reich fue el premio merecido por una dirección política de fuerza y coraje indómitos. ¿Cómo pudo justamente el pueblo alemán llegar a tal debilitamiento de sus instintos políticos? Pues no se trataba de un fenómeno aislado, sino de síntomas de decadencia general que en proporciones

verdaderamente aterradoras, a veces flameaban como fuegos fatuos en el seno del pueblo, y otras corroían a la Nación como tumores malignos. Parecía como si un torrente constante de veneno fuera inyectado por una fuerza misteriosa hasta los últimos vasos sanguíneos de ese cuerpo heroico, con el fin de paralizar su buen juicio y el más simple instinto de conservación.

Meditando infinidad de veces sobre todos estos problemas —que se me revelaron a través de mi modo de pensar con respecto a la política aliancista alemana y a la política económica del Reich durante los años 1912 a 1914—, pude darme cuenta en innumerables ocasiones de que la solución al enigma se encontraba en aquel poder que ya antes conociera en Viena, pero desde puntos de vista muy diferentes al actual: la doctrina e ideología marxistas y su efecto organizador en toda la nación.

Por segunda vez en mi vida penetré en esta doctrina demoledora, esta vez sin las impresiones y efectos de mi ambiente diario, sino dirigido por la observación de los acontecimientos generales de la vida política. Al profundizar nuevamente en la literatura teórica de ese nuevo mundo y procurar comprender sus efectos posibles, los comparé con los fenómenos y acontecimientos reales en lo que respecta a su actuación en la vida política, cultural y económica.

Por primera vez en mi vida dedicaba toda mi atención a intentar erradicar esta peste mundial.

Estudié el propósito, la lucha y el resultado de las leyes de excepción de Bismarck. Gradualmente mi estudio me proporcionó principios graníticos para mis propias convicciones, de tal forma que desde entonces nunca me vi obligado a reorientar mis ideas con respecto a esta cuestión. Del mismo modo, sometí de nuevo a un riguroso examen la relación existente entre el marxismo y el judaísmo.

Si antaño en Viena, Alemania me había producido la impresión de un coloso inamovible, ahora comenzaron a surgir en mí inquietantes dudas. Al pequeño círculo de mis amistades le manifestaba el descontento con respecto a la política exterior de Alemania, así como la manera extremadamente liviana, según me parecía, con que se trataba el problema más importante que había en Alemania en aquel entonces: el marxismo. Realmente no podía comprender cómo se vacilaba ciegamente ante un peligro cuyos efectos, conforme a las propias intenciones del marxismo, tenían que ser un día terribles. Ya en aquella época advertí en el medio donde me desenvolvía, así como hago hoy para un público más amplio, sobre la sentencia tranquilizadora de todos los miserables y cobardes de entonces: «A nosotros no nos puede suceder nada».

Este pestilente modo de pensar ya en otro tiempo destruyó un gigantesco Imperio. ¿Acaso no estaba Alemania sometida a las mismas leyes que el resto de comunidades humanas?

En diversos círculos que en parte sostienen hoy lealmente la causa nacionalsocialista, expresé ya en los años 1913 y 1914 la convicción de que el futuro de la nación alemana residía en la destrucción del marxismo.

La desgraciada política alemana de alianzas se me reveló como una de las muchas consecuencias derivadas de la obra disociadora de esta doctrina; pues lo espeluznante, precisamente, era que el veneno marxista estaba minando, de manera casi invisible, la totalidad de los principios básicos propios de una sana concepción del Estado y de la economía nacional, sin que los afectados mismos se percatasen lo más mínimo de cómo sus objetivos y acciones no eran otra cosa que el reflejo de esa ideología impugnada enérgicamente.

La decadencia del pueblo alemán había comenzado desde hacía mucho tiempo, sin que los individuos, como acontece frecuentemente, pudiesen distinguir claramente a

los responsables de la misma. Algunas veces se ensayó un tratamiento contra la enfermedad, pero casi siempre confundiendo los síntomas con la causa misma; y al no conocer o no querer conocer a esta última, finalmente la lucha contra el marxismo obró como los métodos de un curandero charlatán.

Capítulo V
LA GUERRA MUNDIAL

Nada me había entristecido tanto en los agitados años de mi juventud como la idea de haber nacido en una época que parecía erigir sus templos de gloria exclusivamente a comerciantes y funcionarios. La ola de acontecimientos históricos daba la impresión de haber llegado a tal grado de aplacamiento, que bien podía creerse que el futuro sólo pertenecía realmente a la «competencia pacífica de los pueblos», o lo que es lo mismo, a un tranquilo y mutuo engaño con la exclusión de métodos violentos de acción. Los Estados iban asumiendo cada vez más el papel de empresas que se socavaban recíprocamente y que también recíprocamente se arrebataban clientes y pedidos, tratando de engañarse los unos a los otros por todos los medios posibles, y todo esto, en medio de grandes e inofensivos aspavientos. Semejante evolución no solamente parecía persistir, sino que por recomendación universal, debía también en el futuro transformar al mundo en un único y gigantesco bazar, en cuyo vestíbulo se colocarían, como símbolos de la inmortalidad, las efigies de los especuladores más astutos y de los funcionarios más ingenuos de la Administración. En dicho bazar, los ingleses podrían hacer de vendedores, de administradores los alemanes, y de propietarios, cómo no, los judíos, puesto que como ellos mismos confiesan, nunca ganan nada, sino que siempre están «pagando» y, además de eso, hablan la mayoría de las lenguas.

¡¿Por qué no pude haber nacido cien años antes, en la época de las guerras libertarias, cuando el hombre valía realmente algo aun sin tener un negocio?!

Muchas veces me asaltaban molestos pensamientos relativos a mi peregrinación terrenal, demasiado tardía en mi opinión, considerando la época de calma y orden que se avecinaba como una infamia inmerecida del Destino. Yo, desde mi más tierna infancia, no fui ningún «pacifista», resultando inútiles todos los intentos de educación en ese sentido.

La Guerra de los Boers entonces desencadenada, vino a mí como un relámpago. Diariamente, aguardaba impaciente los periódicos, devoraba las noticias de telegramas y boletines y me consideraba feliz por ser, al menos desde lejos, testigo de esa lucha titánica[48].

La guerra ruso-japonesa me sorprendió sensiblemente más maduro, y también, más atento a los acontecimientos. En mis opiniones, sobre todo por razones nacionales, me coloqué inmediatamente del lado de los japoneses, pues veía en la derrota de los rusos una disminución del espíritu eslavo en Austria.

Muchos años pasaron desde entonces, y aquello que antaño de muchacho se me presentaba como una sospechosa larga enfermedad, lo comprendí en aquel momento como la calma antes de la tempestad. Durante mi época en Viena ya se sentía sobre los Balcanes aquella atmósfera pesada que suele preceder a la tormenta. A veces podían observarse resplandores más claros, pero al final, terminaban perdiéndose fugazmente entre las siniestras tinieblas. Enseguida llegó la Guerra de los Balcanes[49], y con ella, el primer temporal que azotaba la nerviosa Europa. Los tiempos venideros se presentaban

[48] Hitler tenía diez años cuando se inició la Guerra de los Boers. (Nota de *Mon Combat*, 1934, *op. cit.*)

[49] Hace referencia a la primera Guerra de los Balcanes, iniciada en octubre de 1912 y finalizada en mayo de 1913, enfrentó al Imperio Otomano con Serbia, Montenegro, Grecia y Bulgaria. Y la segunda, que se prolongó desde junio hasta julio de ese mismo año, enfrentó a Grecia y a Serbia, frente al Imperio Otomano, Bulgaria, Rumanía y Montenegro. (N. del T.)

como una pesadilla para los hombres. El ambiente estaba tan cargado que, en virtud del malestar que a todos afligía, la catástrofe que se aproximaba llegó a ser deseada. «¡Que los cielos den libre curso al Destino, ya que no hay barreras que lo detengan!» Cayó entonces el primer rayo impetuoso sobre la Tierra; la tempestad se desencadenó, y a los truenos del cielo se unieron las baterías de la Guerra Mundial.

Cuando en Múnich se difundió la noticia del asesinato del Archiduque Francisco Fernando (estaba en casa y escuché vagamente lo ocurrido), me invadió en el primer momento el temor de que tal vez las balas procediesen de la pistola de algún estudiante alemán que, irritado por la constante labor de eslavización que fomentaba el heredero del trono austriaco, hubiese intentado salvar al pueblo alemán de aquel enemigo interno. No era difícil imaginarse cuál hubiera podido ser la consecuencia de esto: una nueva ola de persecuciones, que para el mundo entero hubieran sido justificadas y de fundado motivo. Pero cuando poco después me enteré del nombre de los supuestos autores del atentado, y supe además que se trataba de elementos serbios, me sentí sobrecogido de horror ante la realidad de esa venganza del inescrutable Destino.

¡El más grande amigo de los eslavos cayó bajo el plomo de un fanático eslavo!

Quien en los últimos años hubiese tenido ocasión de estudiar detenidamente el estado de las relaciones entre Austria y Serbia, no podía dudar ni un instante de que la piedra había empezado a rodar y que ya era imposible detenerla.

Es injusto hacer pesar hoy críticas sobre el gobierno vienés acerca de la forma y el contenido de su ultimátum a Serbia. Ningún poder en el mundo hubiera podido obrar de otro modo en igualdad de circunstancias y condiciones. Austria tenía en su frontera meridional a un irreconciliable enemigo que desafiaba cada vez más a la Monarquía de los Habsburgo, y que no habría cejado jamás hasta encontrar el momento preciso para la ansiada destrucción del Imperio Austro-Húngaro. Había sobradas razones para temer que esa situación se produciría, a más tardar, con la muerte del viejo Emperador Francisco José; y en esas circunstancias, la Monarquía tal vez ya no estuviese en condiciones de ofrecer una seria resistencia. En sus últimos años, el Estado entero se encontraba de tal manera dependiente de la vida de Francisco José, que la muerte de ese hombre, tradicional personalización del Imperio, se consideraba de antemano, en el sentir de la masa popular, como la muerte del propio Imperio. Parte de las maniobras más inteligentes de la política eslava consistía en despertar la apariencia de que Austria debía su existencia a la habilidad extraordinaria y única de ese monarca; una adulación que era tanto más apreciada en la corte, pues no correspondía en realidad al mérito de ese Emperador. La espina que acechante se escondía tras esas alabanzas no pudo descubrirse. No se vio, o quizá tampoco se quiso ver, que cuanto más dependiese la Monarquía del extraordinario arte de gobernar —como se acostumbraba a decir— del «más sabio monarca de todos los tiempos», tanto más catastrófica sería la situación cuando un día el Destino llamase a esa puerta reclamando su tributo.

¿Sería posible imaginar a la vieja Austria sin su viejo Emperador?

¿No se repetiría, inmediatamente, la tragedia que antaño sucedió a María Teresa[50]?

¡No! Evidentemente que no es justo atribuir a los círculos oficiales de Viena el haber instado una guerra que quizá se hubiera podido evitar. Esto ya no era posible; a lo sumo, se habría podido aplazar por uno o dos años. Pero en esto residía precisamente la

[50] María Teresa I de Austria (1717-1780). Archiduquesa de Austria y Reina de Hungría y Moravia desde 1740. Hija y única heredera de Carlos VI, Emperador de Alemania, el famoso Archiduque que participó en la Guerra de Sucesión de España, apoyado por Cataluña y Valencia, contra los Borbones. María Teresa consiguió mantener la corona Imperial en la cabeza de su esposo Francisco de Lorena, con el nombre de Francisco I. Fue madre de María Antonieta y del futuro emperador José II. La dirección del gobierno y la política del Imperio estuvieron principalmente a su cargo. (N. del T.)

maldición que pesaba sobre la diplomacia alemana y también sobre la austriaca, que siempre tendían a dilatar las soluciones inevitables, para luego verse obligadas a asumir actitudes decisivas en el momento menos oportuno. Se puede estar seguro de que una nueva tentativa para salvar la paz habría conducido tan sólo a precipitar la guerra, seguramente en una época todavía más desfavorable.

No, quien no quisiese esta guerra debería tener el valor de cargar con las consecuencias. Éstas, no obstante, sólo podrían consistir en el sacrificio de Austria. La guerra entonces habría llegado, tal vez no como una guerra de todos contra nosotros, sino más bien como un desmembramiento de la Monarquía de los Habsburgo. De cualquier modo, una decisión debía ser tomada: o entrábamos en la guerra, o quedábamos al margen observando con los brazos cruzados al Destino seguir su curso. Justamente aquellos que hoy más vociferan y más sabiamente condenan el desencadenamiento de la guerra fueron los que más funestamente ayudaron a atizarla.

La socialdemocracia se había empeñado desde decenios atrás en realizar la más infame agitación belicosa contra Rusia; y el Centro, por su parte, desde el punto de vista religioso, hizo del estado austriaco el eje de rotación de la política alemana. Por fin había llegado el momento de soportar las consecuencias de tan absurda orientación. Lo que vino debía venir, y bajo ninguna circunstancia podía ser ya evitado. El error del gobierno alemán, deseando mantener la paz a toda costa, fue el de haber dejado pasar siempre el momento propicio para tomar la iniciativa, enredándose en una alianza por la conservación de la paz mundial. A la postre, todo ello le condujo únicamente a ser víctima de una coalición mundial que, con una inquebrantable decisión de iniciar una guerra, se opuso a su esfuerzo por mantener la paz.

En el caso de que el gobierno de Viena hubiese dado una forma más suave a su ultimátum, en nada habría cambiado la situación; como mucho, habría sido barrido del poder por la indignación popular. Pues a los ojos de la gran masa del pueblo, el tono del ultimátum fue demasiado delicado, y de ningún modo demasiado excesivo o brutal. Quien hoy procure negar eso, o es un desmemoriado o un mentiroso.

Gracias a Dios, la lucha del año 1914 no fue en realidad impuesta, sino deseada por el pueblo entero. Todos querían acabar de una vez con la inseguridad generalizada. Sólo así se puede comprender que más de dos millones de alemanes, hombres y muchachos, se alineasen voluntariamente bajo su bandera, decididos a protegerla hasta la última gota de su sangre.



Aquellas horas fueron para mí una liberación de los desagradables recuerdos de juventud. Hasta hoy no me avergüenzo de confesar que, dominado por un entusiasmo delirante, caí de rodillas y de todo corazón agradecí a los cielos el haberme proporcionado la felicidad de vivir en esa época.

Se desencadenó una terrible lucha libertaria como la tierra nunca había visto hasta entonces. Apenas se hubo desencadenado la fatalidad, cundió en la gran masa del pueblo la convicción de que esta vez no se trataba del destino de Serbia o de Austria, sino del Ser o no Ser de la Nación alemana.

Por fin, después de muchos años, el pueblo veía claro su propio futuro. Así fue como después del comienzo de las hostilidades, todavía bajo la acción de un contagioso entusiasmo, surgió el necesario matiz de seriedad, pues la sola comprensión de este hecho consiguió que la exaltación nacional significase algo más que una locura pasajera. La seriedad, sin embargo, era más que necesaria, pues en general nadie podía

en aquella época tener la menor idea de cuánto duraría la lucha que entonces se iniciaba. Soñaban todos con poder estar de vuelta a casa el siguiente invierno, a fin de reemprender sus pacíficos trabajos.

Aquello que el hombre desea, le sirve como objeto de esperanza y creencia. La gran mayoría de la Nación estaba cansada del eterno estado de inseguridad. Sólo así se puede comprender que no se creyese ya en una solución pacífica del conflicto austro-serbio, y se esperase por el contrario un enfrentamiento definitivo. Al número de esos millones que pensaban así, me incluía yo.

Dos ideas pasaron por mi mente cuando la noticia del atentado de Sarajevo fue difundida en Múnich: primero, que la guerra sería al fin inevitable, y segundo, que al Estado de los Habsburgo no le quedaba otro recurso que mantener en pie el pacto de alianza con Alemania. Lo que siempre había yo temido era la posibilidad de que un día la misma Alemania resultase envuelta en un conflicto, quizás justamente debido a este pacto, pero sin que Austria fuese la causante directa, de modo que el Estado austriaco, por razones de política interna, hubiese carecido de la energía suficiente para adoptar la decisión de respaldar a su aliado. La mayoría eslava del Imperio Austro-Húngaro hubiera comenzado inmediatamente a sabotear la alianza y hubiese preferido, en todo caso, precipitar la ruina del Estado antes que prestarle a su aliado la ayuda exigida. Ese peligro quedó entonces descartado. La vieja Austria debía entrar en acción, queriendo o no.

Mi criterio personal en cuanto al conflicto era claro y sencillo: para mí, no era Austria quien luchaba por una satisfacción serbia, sino que era Alemania quien se disputaba su existencia, y la nación alemana su Ser o no Ser, su libertad y su futuro. La obra de Bismarck debía ponerse a prueba: aquello que nuestros abuelos habían alcanzado en las batallas de Weissenburg, Sedán y París a costa del heroico sacrificio de su sangre, tenía que lograrlo ahora de nuevo el joven Reich alemán. Si esta batalla resultaba victoriosa, nuestra Nación habría vuelto a colocarse por virtud de su pujanza en el exterior en el círculo de las grandes potencias. Sólo entonces podía Alemania volver a constituirse en un poderoso baluarte de paz, sin tener que restringir a sus hijos el sustento por amor a la paz universal.

Cuántas veces, todavía muchacho, tuve el deseo sincero de poder al menos probar con hechos que para mí el entusiasmo nacional no era una ilusión vacía. Muchas veces hasta me parecía un crimen gritar un ¡*Heil*! sin tener quizá el derecho íntimo de hacerlo; ¿pues quién podía utilizar esa palabra, sin haber pasado por aquellos momentos difíciles en que la mano inexorable del Destino comienza a probar la sinceridad y consistencia de la actitud de pueblos y hombres? Mi corazón, como el de otros millones, rebosaba de orgullosa felicidad por poder liberarme finalmente de esa sensación paralizante. Tantas veces había cantado el *«Deutschland, Deutschland über Alles»* y gritado con todas las fuerzas de mis pulmones «¡*Heil*!», que casi me parecía un privilegio especial poder comparecer, ahora como testigo, ante el culto de la justicia divina para manifestar la sinceridad de mi actitud. Desde el primer instante estuve firmemente decidido a que en caso de guerra —la cual me parecía inevitable—, abandonaría los libros inmediatamente. Al mismo tiempo sabía muy bien que mi lugar sería aquel que me indicase mi voz interior.

Principalmente, fue por motivos políticos por lo que abandoné Austria. ¡Nada más lógico pues, que ahora que se iniciaba la lucha, coherente con mis opiniones políticas, procediera así! No era mi deseo luchar por el Estado de los Habsburgo, sin embargo, estaba dispuesto a morir en cualquier momento por mi pueblo y por el imperio que lo representase.

El 3 de agosto de 1914 presenté una solicitud directa ante S.M. el Rey Luis III de Baviera, con la petición de poder ser incorporado a un regimiento bávaro. Sin duda que la Cancillería del Gabinete tenía mucho que hacer en aquellos días, por eso fue mayor aún mi alegría cuando ya a la mañana siguiente me era dado recibir la noticia de mi admisión. Al abrir con las manos temblorosas la concesión de mi solicitud con la indicación de presentarme en un regimiento bávaro, mi alegría y mi gratitud no tuvieron límites. Pocos días después vestía un uniforme que no me volvería a quitar hasta seis años después.

Así, como para todo alemán, comenzó también para mí la época más sublime e inolvidable de mi vida terrenal. Ahora, ante los sucesos de la gigantesca lucha, todo lo pasado debía hundirse en el seno de la nada. Con orgullosa añoranza recuerdo —precisamente ahora que se cumple el décimo aniversario de aquellos formidables acontecimientos— las primeras semanas de aquella lucha heroica de nuestro pueblo, en la cual, gracias a la benevolencia del Destino, me fue dado tomar parte.

Como si hubiera sido ayer, pasan ante mis ojos una imagen tras otra. Me veo de uniforme entre mis queridos camaradas, me acuerdo de la primera vez que salimos de maniobras, de la instrucción, etc., hasta que al fin llegó el día de la partida hacia el frente.

Como a otros muchos, en aquel momento me afligía la única preocupación de si llegaría demasiado tarde al frente de batalla. Esa idea no me dejaba tranquilo. A cada manifestación de júbilo por una nueva hazaña heroica, sentía una profunda tristeza, pues siempre que se celebraba una nueva victoria me parecía aumentar el peligro de nuestra tardía llegada.

Y llegó el día en que partimos de Múnich rumbo al frente para cumplir con nuestro deber. Fue así como vi por primera vez el Rin, cuando a lo largo de su apacible corriente nos dirigíamos al Oeste a defender de la codicia del antiguo enemigo, el Río de los ríos alemanes. Cuando a través de un ligero velo de neblina se reflejaron los primeros rayos de sol sobre el monumento de Niederwald[51], del interminable tren de transporte militar bramó la vieja canción alemana *Die Wacht am Rhein*. Me sentí sobrecogido de entusiasmo.

Después en Flandes marchamos silenciosamente a través de una noche fría y húmeda, y cuando empezaban a disiparse las primeras brumas de la mañana, recibimos de súbito el bautismo de fuego; los proyectiles, silbando sobre nuestras cabezas, caían en medio de nuestras filas azotando el mojado suelo. Pero antes de que la humareda hubiera pasado, el primer ¡hurra! de doscientas gargantas bramó en respuesta a este primer mensaje de muerte. Enseguida comenzaron las explosiones, el retumbar de la artillería; se comenzó a cantar y a silbar, y con febril entusiasmo se marchaba hacia el frente cada vez más deprisa, hasta que sobre los campos de remolachas y a través de los setos, se sustituyó la lucha por el combate cuerpo a cuerpo. De la lejanía, sin embargo, llegaba a nuestros oídos el sonido de una canción que se aproximaba cada vez más, pasando de compañía en compañía, y cuando la muerte diezmaba nuestras filas, la canción también nos alcanzó a nosotros, y entonces la entonábamos y seguíamos adelante: *«Deutschland, Deutschland über Alles, über Alles in der Welt»*.

Transcurridos cuatro días, regresamos. Incluso el paso de los soldados había cambiado.

Muchachos de diecisiete años parecían ahora hombres maduros.

---

[51] Monumento nacional erigido en memoria de la guerra franco-prusiana de 1870-71 y la reunificación de Alemania. Se trata de una estatua de bronce situada a lo alto de una montaña, cerca de Rüdesheim am Rhein, en la región de Hesse, a la que se accede gracias a un tren cremallera. (N. del T.)

Es muy posible que los voluntarios del Regimiento List[52] aún no hubiesen aprendido a combatir, pero morir sí que sabían, y morían como viejos soldados.

Éste fue el comienzo.

Y así continuó año tras año; mas lo romántico de la guerra fue reemplazado por el horror de las batallas. Poco a poco decayó el entusiasmo, y el terror a la muerte ahogó el júbilo exaltado de los primeros tiempos. Llegó la época en que cada uno se debatía entre el instinto de la propia conservación y el imperativo del deber. Tampoco yo debí quedar exento de esa lucha interior. Siempre que la muerte acosaba, un algo indefinible pugnaba por rebelarse en el individuo, presentándose ante la debilidad humana como la voz de la razón, no siendo en verdad más que cobardía, que disfrazada así, intentaba doblegar al hombre. Pero cuanto más se empeñaba esa voz en advertir del peligro y cuanto más insistentemente trataba de seducir, tanto más vigorosa era la reacción del individuo, en el que, después de larga pugna interior, acababa por imponerse la conciencia del deber. Ya en el invierno de 1915-1916 se decidió en mí esa lucha: la voluntad finalmente lo había dominado todo y así como en los primeros tiempos fui capaz de lanzarme jubiloso y sonriente al asalto, ahora mi estado de ánimo era sereno y resuelto. Lo perdurable era precisamente esto. El Destino podía, pues, someternos ahora a las últimas pruebas sin que nos fallasen los nervios ni perdiéramos la razón.

¡El joven voluntario se había transformado en veterano!

La misma evolución se había operado en todo el Ejército. Por virtud del eterno batallar, emergió éste experimentado y recio, pues lo que no pudo resistir a la tempestad terminó siendo vencido por ella.

Ahora, y no antes, se podía juzgar a ese Ejército. Ahora, después de dos o tres años de lucha constante, saliendo de una batalla para entrar en otra, siempre combatiendo contra un adversario superior en número y armamento, sufriendo hambre y soportando privaciones de todo tipo, había llegado la hora de probar la eficacia de aquel Ejército único.

Transcurrirán milenios y jamás se podrá hablar de heroísmo sin dejar de rememorar al Ejército alemán de la Gran Guerra. Descorriendo el velo del pasado, emergerá la visión del frente férreo de los grises cascos de acero, nunca indeciso, nunca cobarde, firme monumento de inmortalidad. Y mientras haya alemanes, nunca se olvidará que aquellos héroes fueron una vez hijos de la Patria alemana.

Por aquel entonces yo era soldado y no quería hacer política. Además, tampoco era el momento apropiado. Hasta el día de hoy soy de la opinión de que el chofer más humilde prestó al país servicios mayores que el primero, digámoslo así, de los «parlamentarios». Nunca odié tanto a estos charlatanes como en aquel tiempo en que todo hombre decente que tenía algo que decir, o lo gritaba en la cara del enemigo o bien se callaba oportunamente, cumpliendo silenciosamente su deber en otra parte. Sí, en aquella época odiaba a todos esos «políticos»; de ser por mí, los habría mandado inmediatamente a formar un batallón parlamentario de zapadores. Sólo así, completamente a voluntad, habrían podido expandir entre sí su verborrea sin incomodar o perjudicar al resto de la Humanidad honesta y decente.

Por aquel entonces no quería saber nada de política; sin embargo, no pude menos que formarme un criterio con respecto a ciertos hechos que afectaban a toda la Nación y que especialmente nos concernían a nosotros los soldados.

Había dos cosas que entonces me enojaban íntimamente y consideraba perjudiciales a la causa de la Nación.

---

[52] Segundo Regimiento de Infantería de Baviera en el que Hitler sirvió como voluntario. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

Después de las primeras noticias de victoria, un sector de la prensa comenzó a dejar caer, de manera lenta y quizá inicialmente imperceptible para muchos, algunas gotas de amargura sobre el entusiasmo general. Actuaba esa misma prensa bajo el disfraz de buena voluntad, de buenas intenciones y hasta incluso de celo por la muerte del soldado.

Ponían reparos a la hora de festejar las victorias con demasiado entusiasmo. Además de eso, se tenía la idea de que esa forma de celebrar los éxitos militares no era digna de una gran Nación. Decían que la bravura y el heroísmo del soldado alemán se daban por supuestas, por eso los alemanes no se debían dejar arrastrar por estallidos de irreflexiva alegría que pudiesen repercutir en el extranjero, el cual apreciaría la manera tranquila y digna de la alegría, más que una exaltación desmedida. Nosotros mismos, añadían, no debíamos olvidar que la guerra no estaba dentro de nuestro propósito, y por eso, no deberíamos avergonzarnos de confesar abierta y virilmente que, en cualquier momento, contribuiríamos por nuestra parte a una conciliación de la Humanidad. No era pues inteligente, empañar la pureza de las acciones del Ejército con un griterío demasiado espectacular, pues el resto del mundo acogería muy mal esa manera de reaccionar. Nada es más admirado que la modestia con que un verdadero héroe olvida, silenciosa y calmadamente, sus mayores hazañas; tal era lo que se afirmaba.

En lugar de agarrar a esos tipos por las orejas y colgarles de un árbol para que el entusiasmo de la nación no pudiese ofender la sensibilidad estética de estos «caballeros de la pluma», se comenzó a proceder en realidad con amonestaciones contra la manera «inadecuada» de celebrar las victorias.

No se tenía la menor idea de que el entusiasmo, una vez apagado, no puede incitarse de nuevo cuando se desee. Es una embriaguez, y debe ser mantenida en ese estado.

¿Cómo, por el contrario, se podría mantener una lucha sin esa fuerza de entusiasmo, principalmente tratándose de una lucha que iba a poner a prueba de una manera inédita las cualidades morales de la Nación?

Conocía lo suficiente la psicología de las grandes masas para saber que con sentimentalismos estéticos no se podría avivar el fuego necesario para mantener esa exaltación. A mi modo de ver, era una locura rematada no atizar el fuego de esa pasión; y lo que todavía comprendía menos es que se procurase destruir el entusiasmo existente. La otra cosa que me irritaba era la actitud que en ese momento se adoptó en relación al marxismo. Para mí, ésta era una prueba de que no se tenía la más mínima idea de lo que en realidad representaba esa calamidad. Se creía seriamente haber reducido el marxismo a la inacción, con la sencilla declaración de que ya no existían esos partidos.

No se percibía en absoluto que, en este caso, no se trataba de un partido y sí de una doctrina que tiende a destruir a toda la Humanidad. Se comprende eso, considerando que en las Universidades sujetas a influencias semíticas nada se decía al respecto, y que muchos, sobre todo nuestros altos funcionarios, pensaban que era inútil aprender algo que no figurase entre las materias estudiadas en las escuelas superiores. Las revoluciones más radicales suelen pasar totalmente desapercibidas para esos «cerebros», razón por la cual las instituciones del gobierno son muy inferiores a las instituciones privadas. A aquellos les viene bien el refrán: «Más vale malo conocido, que bueno por conocer».

También aquí sólo pocas excepciones confirman la regla.

Fue un error sin igual el haber tratado de identificar en los días de agosto de 1914 al obrero alemán con el marxismo. En aquel momento el obrero alemán estaba ya desligado de las garras de esa plaga mortal, pues si no hubiera sido así, nunca se hubiera

podido presentar para ir a la guerra. Se tuvo, sin embargo, la candidez de creer que el marxismo se había convertido en «nacional»; una ocurrencia que sólo sirve para demostrar que en aquellos largos años ninguno de los dirigentes del Estado se había tomado la molestia de estudiar la esencia de esa doctrina, pues en caso contrario, difícilmente se hubiera propagado semejante tontería.

El marxismo, cuyo supremo objetivo es y será siempre la destrucción de todo Estado nacional no judío, debió ver con horror que en el mes de julio de aquel año el proletariado alemán, al cual tenía atrapado en su red, despertó para ponerse con creciente celeridad al servicio de la Patria. En pocos días se desvaneció toda la bruma de este infame engaño al pueblo, quedándose toda esa banda de dirigentes judíos, sola y abandonada de repente, como si no hubiera existido huella de las sandeces y el desvarío que habían infiltrado en la psicología de las masas durante sesenta años. Fue un instante sombrío para los embaucadores de la clase obrera del pueblo alemán. Pero tan pronto como esos dirigentes se percataron del peligro que corrían, cubriéronse a toda prisa con el manto[53] de la mentira, fingiendo participar con descaro de la exaltación nacional.

Ahora había llegado el momento de arremeter contra toda esa fraudulenta comunidad de judíos envenenadores del pueblo. Ahora debían ser procesados sin vacilar, sin el más mínimo miramiento hacia las quejas y lamentos empleados. En agosto de 1914 las ideas huecas de solidaridad internacional desaparecieron de golpe de las cabezas de los trabajadores, para en su lugar, pocas semanas más tarde, recibir sobre los cascos de las columnas en marcha la bendición fraternal de la metralla americana. El deber de un gobierno celoso de su misión hubiera sido —al ver que el obrero alemán se sentía reincorporado a la nacionalidad— acabar despiadadamente con los agitadores que minaban la estabilidad de la Nación.

Si en el frente de batalla rendían el tributo de su vida los mejores elementos de la Patria, lo menos que en retaguardia se podía hacer era exterminar a los parásitos.

Pero en lugar de eso, fue el mismo Emperador Guillermo II quien tendió la mano a los criminales de siempre, dando a esos astutos asesinos de la Nación la indulgencia y la oportunidad de cohesionarse.

La víbora podía, pues, recomenzar su trabajo con más cautela que antes, pero de manera más destructiva. Mientras los más honestos soñaban con la tregua, los criminales traidores organizaban la Revolución.

Me sentí interiormente disgustado con esas espantosas medias tintas; lo que nunca pude imaginar sin embargo, era que el fin de todo esto sería tan horrible.

¿Pero entonces qué debía hacerse? A los dirigentes del movimiento, detenerlos inmediatamente, procesarlos y librar de ellos a la Nación. Debieron emplearse sin el menor miramiento, todos los medios de acción militar para aniquilar a esa plaga. Los partidos debieron disolverse, y el *Reichstag* llamado a razón por la fuerza convincente de las bayonetas, habiendo sido incluso mejor disolverlo. De la misma manera que la República hoy tiene medios para disolver los partidos, en aquella época, con más razón, se debería haber echado mano de tal recurso. Pues, ¡estaba en juego el Ser o no Ser de toda una Nación!

[53] En el original se utiliza el término «*Tarn-kappe*», que literalmente significa «manto mágico». Se trata de un manto que hace invisible a quien lo lleva, y que aparece a menudo en los cuentos y leyendas alemanas. Lo encontramos en la mitología griega: el dios Hades poseía un atuendo que lo convertía en invisible; y aparece también dicho manto en el mito de Perseo. Sigfrido utiliza también uno en su batalla contra Brünhilde, y así aparece en el ciclo de dramas de Richard Wagner, *El Anillo del Nibelungo*. (N. del T.)

En efecto, en esos momentos surgía siempre la pregunta: ¿Se pueden destruir ideas con la espada? ¿Es posible combatir concepciones universales empleando la fuerza bruta?

En aquel tiempo, más de una vez me formulé a mí mismo estas preguntas. Examinando minuciosamente casos análogos que principalmente se han detectado en la historia de las concepciones religiosas, se deducía la siguiente conclusión básica:

Tanto las «ideas» o los sistemas filosóficos, como los «movimientos» con una determinada base espiritual, estén o no en lo cierto, no pueden ser destruidos por la fuerza llegados a cierto punto de su evolución, a menos que el uso de esa fuerza sea al servicio de un nuevo pensamiento brillante, de una idea, de una *Weltanschauung*.

El empleo exclusivo de la violencia sin el apoyo de una base espiritual como condición previa no puede conducir nunca a la destrucción de una idea o evitar su propagación, excepto si esa violencia toma la forma de exterminio irreductible del último de los portadores del nuevo credo y de las últimas tradiciones. Esto, no obstante, en la mayoría de los casos significa la segregación de tal organismo estatal del círculo de influencia política, a menudo por tiempo indefinido, y a veces incluso para siempre; pues la experiencia ha demostrado que tal sacrificio de sangre afecta a los mejores elementos de la nación, en tanto que toda persecución que tenga lugar sin una condición espiritual, se revela como moralmente injustificada, provocando vehementes protestas de los más eficaces elementos del pueblo (protesta que repercute generalmente en adhesión al movimiento perseguido). Muchos proceden de esta manera debido a un sentimiento de repulsa al combate de las ideas por la fuerza bruta.

De este modo, el número de adeptos crece entonces proporcionalmente a la intensidad de la persecución. Entre tanto, la persecución sin descanso de la nueva doctrina sólo podrá ser posible a costa de la grande y creciente erradicación de los que la aceptan, con lo que el pueblo, en última instancia, se verá desprovisto generalmente de los elementos más valiosos. Sin embargo, esto más adelante pasará factura, pues esta depuración interior sólo puede tener lugar a costa del colapso general de la nación. Tal proceso será inútil de antemano, cuando la doctrina a combatir ya haya alcanzado cierto círculo restringido.

Es por eso que aquí, como en cualquier proceso de crecimiento, el período de infancia es el que está más expuesto a la posibilidad de aniquilación, mientras que con el correr de los años la fuerza de resistencia aumenta, para sólo, ante la proximidad de la debilidad senil, ceder el sitio a la nueva juventud, si bien bajo otra forma y por diferentes motivos.

De hecho, casi todas las tentativas de destruir una doctrina y sus implicaciones organizativas por medio de una fuerza sin base espiritual conducen al fracaso, y no raras veces opuesto a lo deseado. Esto se debe a los motivos siguientes:

La primera de todas las condiciones hacia una lucha con las armas de la fuerza bruta es y será siempre la persistencia. Esto quiere decir que sólo hay posibilidades de éxito en el combate con otra doctrina cuando se empleen métodos de represión uniformes y continuos. Por el contrario, si con indecisión se alterna la fuerza con la tolerancia, sucederá que no solamente la doctrina a destruir conseguirá fortalecerse, sino que incluso quedará en situación de sacar nuevos provechos de cada persecución, puesto que, superada la primera ola de represión, la indignación por el sufrimiento le reportará nuevos adeptos, en tanto que los ya existentes permanecerán cada vez más fieles con una terquedad y un odio más profundos que antes, y es más, incluso los desertores, una vez pasado el peligro, intentarán volver a sus antiguas posiciones. La condición esencial del éxito radica en la utilización constante y uniforme de la fuerza. Esta constancia, no

obstante, es siempre el resultado de una convicción espiritual determinada, pues toda fuerza que no provenga de una firme base espiritual se volverá indecisa y fluctuante, ya que le faltará la estabilidad que sólo puede reposar en una fanática *Weltanschauung*. Es ésta el flujo que emana de la energía y decisión del individuo, por lo que igualmente está sometida a los cambios que se producen en la personalidad y en la fuerza y naturaleza de su carácter.

Además de eso, se ha de tener en consideración que toda concepción ideológica, sea de índole religiosa o política —es difícil a veces establecer límites en esto—, lucha menos por la destrucción negativa del mundo ideológico del adversario que por la imposición positiva del suyo propio. Su lucha en estas condiciones es más un ataque que una defensa. Desde luego, esta concepción estará en posición ventajosa por el mero hecho de precisar su objetivo, ya que éste representa el triunfo de la propia idea; en tanto que en el caso contrario, sólo muy difícilmente puede determinarse con certeza cuándo puede darse por conseguido el objetivo de la aniquilación de una doctrina contraria. Por eso el carácter agresivo de una ideología será más metódico, pero también más impetuoso que el propio defensivo, pues como en todo, aquí también el poder de decisión pertenece al ataque y no a la defensa. La lucha contra una fuerza espiritual únicamente por medios violentos sólo es una defensa mientras la espada no sea en sí misma portadora, predicadora y divulgadora de una nueva doctrina.

Resumiendo, puede decirse lo siguiente:

Todo intento de combatir una tendencia ideológica por medio de la violencia, está predestinado al fracaso a menos que la lucha no haya asumido el carácter en pro de una nueva concepción espiritual. Sólo cuando están en abierta lucha dos ideologías, puede el recurso de la fuerza bruta, empleada con persistencia y sin consideración alguna, lograr la decisión en favor de la parte a la cual sirve. He aquí por qué siempre fracasó hasta ahora la lucha contra el marxismo.

Ésa fue también la razón por la que falló, y debía fallar a la postre, la legislación de Bismarck en materia de socialismo. Se carecía de la base de una nueva concepción ideológica por cuyo éxito se habría podido empeñar la lucha; pues, aquello de creer que la llamada «autoridad del Estado», o el lema «ley y orden» constituían la base apropiada para impulsar espiritualmente una lucha a vida o muerte, podía sólo caber en la proverbial «sabiduría» de los altos funcionarios ministeriales. Faltando como faltó en esa lucha una verdadera base espiritual, tuvo Bismarck que contar, para introducir su legislación socialista, con las opiniones y pretensiones de una institución que no era más que un engendro de la ideología marxista.

Confiando el destino de su guerra contra el marxismo a la complacencia de la democracia burguesa, lo que hizo el Canciller de Hierro fue como encomendar las ovejas al lobo.

Todo esto fue, empero, tan sólo la consecuencia inevitable a la falta de una nueva concepción del mundo que, con impetuosa voluntad de conquista, hiciera frente al marxismo.

El resultado final de la lucha de Bismarck redundó, pues, en una gran desilusión.

¿Eran por el contrario las condiciones durante la guerra, o incluso en su inicio, diferentes? Lamentablemente, no.

Cuanto más me inquietaba con la idea de una modificación obligada en la actitud del gobierno en relación a la socialdemocracia —partido que en aquel momento representaba al marxismo—, tanto más me apercibía de la falta de un equivalente útil para esa doctrina.

¿Qué se ofrecería a las masas en la hipótesis de la caída de la socialdemocracia? No existía un movimiento del cual fuese lícito esperar que pudiese atraer a unas masas obreras que en ese momento prácticamente carecían de líderes. Sería más que absurdo imaginar que el fanático internacional, retirado ya de los partidos de clase, se decidiera de inmediato a entrar a formar parte de un partido burgués, o sea, en una nueva organización de clase. Pues aunque esto no sea del agrado de las diferentes organizaciones, no puede negarse que para la gran mayoría de los políticos burgueses, la separación de clases les resulta incluso lógica, siempre y cuando políticamente no empiece a afectarles a ellos.

La negación de este hecho no haría más que probar la desvergüenza y la estupidez de los mentirosos.

De un modo general, se debe evitar considerar a la gran masa más tonta de lo que parece, pues en política no es extraño que el sentimiento decida más acertadamente que la razón. La creencia de que la inexactitud de este sentimiento dice mucho de la ingenua actitud internacional de la masa, puede rebatirse vigorosamente observando el hecho de no ser menos insensata la democracia pacifista, cuyos líderes, sin embargo, proceden casi exclusivamente de la burguesía. Mientras millones de burgueses rinden culto todas las mañanas a su prensa democrática judía, no les conviene a estos señores bromear sobre las necedades del «compañero», pues a fin de cuentas, estos se tragan la misma basura aunque con distinta presentación. En ambos casos, el fabricante de esos raciocinios es siempre el judío.

Se debe, por tanto, evitar la negación de cosas que se dan ahora mismo. El hecho de que la cuestión de clase no sea sólo un problema ideológico (conforme se acostumbra hacer creer, sobre todo en períodos electorales) no puede ser negado. La arrogancia de gran parte de nuestro pueblo, así como el menosprecio al trabajador manual, es un fenómeno que no proviene de la fantasía de un lunático.

No obstante, la pequeña capacidad de raciocinio de nuestros llamados intelectuales queda demostrada cuando justamente en esos círculos no se comprende que quien no pudo evitar el desarrollo de una calamidad como el marxismo, tampoco está en condiciones de reconquistar lo perdido.

Los partidos «burgueses», como ellos mismos se denominan, no podrán nunca contar con el apoyo de las masas proletarias, pues se trata de dos mundos antagónicos, en parte natural y en parte artificialmente separados, y cuya actitud recíproca sólo puede ser la lucha. El vencedor en estos casos sólo podría ser el más joven, y ése sería el marxismo.

De hecho, en 1914 hubiera sido realmente factible una acción eficaz contra la socialdemocracia, pero la falta absoluta de un sustituto práctico hacía dudar sobre el tiempo que habría podido mantenerse la lucha.

En este orden, era enorme el vacío existente.

Ya mucho antes de la guerra tenía yo esta opinión, y por eso no pude decidirme a enrolarme en ninguno de los partidos políticos existentes. En el curso de la guerra se consolidó mi criterio gracias a la probada imposibilidad de empeñar resueltamente la lucha contra la socialdemocracia, precisamente por la ausencia de un movimiento que fuese algo más que un simple partido parlamentario.

Ante mis más íntimos camaradas expuse claramente mi modo de pensar sobre esta cuestión. Por primera vez surgió entonces en mi mente la idea de que tal vez un día me ocuparía de la política.

Y ése fue justamente el motivo por el cual yo reiteraba, en mi pequeño círculo de amistades, el propósito de que pasada la guerra actuaría como orador político, sin perjuicio de atender a mi trabajo profesional.

Creo que eso ya estaba resuelto en mi espíritu con toda seriedad.

Capítulo VI
PROPAGANDA DE GUERRA

En mi atento seguimiento de todos los acontecimientos políticos, la actividad de la propaganda me había interesado siempre en grado extraordinario. Veía en ella un instrumento que justamente las organizaciones marxistas y socialistas dominaban y empleaban con maestría. Pronto aprendí que la conveniente aplicación del recurso de la propaganda representa un verdadero arte; un arte que era y sigue siendo tan certero como desconocido para los partidos burgueses. Sólo el Movimiento Socialcristiano, especialmente en la época de Lüger, fue el único capaz de servirse de ese instrumento con cierta virtuosidad, lo cual le valió muchos de sus éxitos.

Durante la Gran Guerra empezó a observarse a qué enormes resultados podía conducir la acción de una propaganda bien dirigida. Desgraciadamente, todo tuvo que ser aprendido del enemigo, pues en este sentido, la actividad que nosotros desarrollábamos era más que modesta. Justamente la falta completa de todo sistema de propaganda alemán, la cual debía ser especialmente llamativa para todo soldado, constituyó el motivo que llevó a ocuparme de manera insistente de dicha cuestión. No nos faltó tiempo para pensar sobre este asunto; las lecciones prácticas, por desgracia, nos las dio el enemigo demasiado bien.

Todo lo que nosotros habíamos descuidado lo supo explotar el adversario con increíble habilidad y con un sentido de cálculo verdaderamente genial. También de esta propaganda enemiga aprendí muchísimo. Sin embargo, aquellos que de ella se debían haber servido como eficiente lección, la dejaron pasar sin aprovecharla; se creían lo suficientemente inteligentes como para no necesitar aprender nada de los demás, y al mismo tiempo, tampoco existía una voluntad sincera de hacerlo.

¿Existió en realidad una propaganda alemana de guerra?

Por desgracia debo responder que no. Todo lo que se había hecho en este sentido fue tan deficiente y erróneo desde un principio, que no reportaba provecho alguno, y a veces, hasta llegaba a resultar contraproducente. Insuficiente en las formas, y psicológicamente errada en la esencia: tal es la conclusión a que se llega examinando con detenimiento la propaganda alemana de guerra.

Ya la primera cuestión parecía no estar del todo clara: ¿Es la propaganda un medio o un fin?

La propaganda es un medio y debe ser considerada desde el punto de vista del objetivo al cual sirve. Su forma, en consecuencia, tiene que estar condicionada de modo que apoye el objetivo perseguido. Es evidente que la importancia del objetivo que se tiene a la vista se puede presentar de diferentes maneras desde el punto de vista de la necesidad general, y que por ello, también la propaganda puede variar en su valor intrínseco. En la guerra habíamos luchado por algo más sublime y magno de cuanto se pueda imaginar: la libertad y la independencia de nuestro pueblo. Se trataba de asegurar nuestra subsistencia en el porvenir, del honor de la Nación, algo que, a pesar de la contraria opinión actual, aún existe, o mejor, debe existir. Los pueblos sin honra acostumbran a perder la libertad y la independencia tarde o temprano, lo cual sólo corresponde a una justicia más elevada, pues generaciones de canallas sin honra no merecen la libertad. Y el esclavo no puede tener ningún sentimiento del honor, pues de lo contrario, en poco tiempo ese honor caería en el menosprecio general. El pueblo

alemán luchó por el derecho a una humana existencia, y apoyar esa lucha debió haber sido el objetivo de nuestra propaganda de guerra.

En el momento en que los pueblos de este planeta luchan por su existencia, esto es, cuando se les hace inminente el problema decisivo de ser o no ser, quedan reducidas a la nada las consideraciones humanitarias o estéticas. Pues todas estas ideas no surgen de la nada, sino que son propias de la fantasía del hombre y están vinculadas a él. Con su marcha de este mundo, desaparecen también esas ideas, pues la Naturaleza las desconoce. Incluso entre los hombres, son propias sólo de algunos pueblos, o mejor, de ciertas razas, en la medida que provienen del sentimiento de esos mismos pueblos o razas. El sentimiento humanitario y estético desaparecería incluso de un mundo habitado, una vez que desaparecieran las razas creadoras y portadoras de esas ideas.

Todas esas ideas tienen un significado secundario en la lucha de un pueblo por su propia existencia; de tal manera, son excluidas completamente como decisivas para la lucha tan pronto como puedan impedir el poder de conservación de un pueblo.

Por lo que al humanitarismo respecta, ya dijo Moltke[54] que en la guerra lo humanitario radicaba en la brevedad del proceso, es decir, que estaba en relación directa con el empleo de los medios de lucha más eficaces.

Cuando se intenta argumentar tales asuntos con divagaciones como la estética, etc., sólo una cosa se puede decir: las cuestiones vitales sobre la importancia de la lucha existencial de un pueblo anulan todas las consideraciones de orden estético. Lo más desagradable que la vida humana puede soportar es y será siempre el yugo de la esclavitud. ¿Acaso esos degenerados de Schwabing[55] consideran «estética» la suerte actual del pueblo alemán? Ciertamente, no se debe discutir sobre esos asuntos con los judíos; son ellos los modernos inventores de esa «cultura perfumada». Toda su existencia es una viva protesta contra la estética de la imagen del Supremo Creador.

Si en la lucha, esos temas de humanidad y belleza son excluidos, tampoco podrán servir de orientación para la propaganda.

La propaganda durante la guerra era un medio para un determinado fin, y ese fin era la lucha por la existencia del pueblo alemán; por consiguiente, la propaganda sólo podía ser considerada desde este principio fundamental. De acuerdo a esto, las armas más crueles fueron también las más humanas, pues su empleo determinaba la pronta consecución de la victoria; y en este orden, sólo eran buenos aquellos métodos que contribuyeran a asegurarle a la Nación la dignidad de su libertad.

En una lucha tal a vida o muerte, ésta debió haber sido la única orientación posible para la propaganda de guerra.

Si se hubiesen percatado de esto las llamadas autoridades responsables, jamás se habría podido caer en la inseguridad de la forma y aplicación de esta arma; pues ésta sólo es verdaderamente temible cuando se encuentra en manos de quien sabe servirse de ella.

La segunda cuestión de importancia decisiva era la siguiente: ¿A quién debe dirigirse la propaganda? ¿A los intelectuales o a la masa menos culta?

¡La propaganda siempre deberá dirigirse únicamente a la masa!

Para los intelectuales, o para aquellos que hoy lamentablemente así se consideran, no se debe hablar de propaganda y sí de instrucción científica. En lo que se refiere al contenido de su mensaje, la propaganda tiene tanto que ver con la ciencia, como un cartel con el arte. El arte de los carteles radica en la habilidad del diseñador, en

[54] General Helmuth von Moltke (1800-1891), fue nombrado jefe del Alto Estado Mayor prusiano en 1859. Modernizó la armada prusiana y fundó el Estado Mayor General alemán. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

[55] Schwabing es el barrio artístico de Múnich, especialmente considerado entre la clase bohemia. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

la medida en que éste es capaz de captar la atención mediante los colores y las formas. Cuanto mejor se logre esto, mayor es el arte del cartel como tal. El cartel debe transmitir a la masa una idea de la importancia de lo que expone, pero de ninguna manera ser el sustituto de aquel arte que él mismo expone. Por eso, quien quiera dedicarse al arte, debe estudiar algo más que simples carteles, pues de ninguna manera es suficiente el simple deambular por las exposiciones. Del estudiante de arte se debe esperar que se empape detenidamente de cada obra, para formar poco a poco un criterio acertado al respecto.

Semejantes son las condiciones con las que hoy designamos la palabra propaganda.

El fin de la propaganda no es la educación científica del individuo, sino llamar la atención de la masa sobre determinados hechos, procesos, necesidades, etc., cuya importancia sólo de esta forma entra en su círculo visual.

El arte radica exclusivamente en hacer esto de una manera tan perfecta, que provoque la convicción de la realidad de un hecho, de la necesidad de un procedimiento, y de la justicia de algo necesario. La propaganda no es y no puede ser una necesidad en sí misma, ni una finalidad. De la misma manera que en el supuesto del cartel, su misión es la de llamar la atención de la masa, y no el adoctrinamiento científico de los expertos o la formación de aquellos que aspiran a formar una opinión; su acción debe estar cada vez más dirigida al sentimiento y sólo en parte a la llamada razón.

Toda acción de propaganda tiene que ser necesariamente popular y adaptar su nivel intelectual a la capacidad receptiva del más limitado de aquellos a los cuales está destinada. De ahí que su grado netamente intelectual deberá regularse tanto más hacia abajo cuanto más grande sea el conjunto de la masa humana que ha de abarcarse. Mas cuando se trata de atraer hacia el radio de acción de la propaganda a toda una Nación, como exigen las circunstancias en el caso del sostenimiento de una guerra, nunca se podrá ser lo suficientemente prudente en lo que concierne a cuidar que las formas intelectuales de la propaganda sean lo más simples posible.

Cuanto más modesta sea su carga intelectual y más tenga en consideración el sentimiento de la masa, tanto mayor será su éxito. Esto, sin embargo, es la mejor prueba de lo acertado o erróneo de una propaganda, y no la satisfacción de las exigencias de algunos sabios o jóvenes estetas.

El arte de la propaganda reside justamente, en la comprensión de la concepción emotiva que habita en la gran masa; en encontrar, por la forma psicológicamente adecuada, el camino para atraer la atención y el corazón del pueblo. Que esto no sea comprendido por nuestros sabelotodo, no hace más que demostrar su pereza mental y su arrogancia. Comprendiéndose la necesidad de la conquista de la gran masa por medio de la propaganda, se saca la siguiente conclusión: es un error querer dar a la propaganda la variedad, por ejemplo, de la enseñanza científica.

La capacidad receptiva de la gran masa es sumamente limitada y no menos pequeña su facultad de comprensión; en cambio, es enorme su falta de memoria.

Teniendo en cuenta estos hechos, toda propaganda eficaz debe concretarse sólo a muy pocos puntos y saberlos explotar como eslóganes hasta que el último individuo pueda formarse una idea de aquello que se persigue. En el momento en que la propaganda sacrifique ese principio o quiera hacerse múltiple, quedará debilitada su eficacia por la sencilla razón de que la masa no es capaz de retener ni asimilar todo lo que se le ofrece. De esta manera, el resultado se debilita para acabar siendo, a la larga, completamente nulo.

Cuanto más importante sea el objetivo a alcanzar, tanto más acertada psicológicamente debe ser la táctica a emplear.

Fue un error fundamental ridiculizar al adversario como lo hacía la propaganda de los panfletos humorísticos de Austria y Alemania. Error fundamental, porque el individuo, cuando llegaba el momento de verse cara a cara con el enemigo, cambiaba por completo la idea que tenía, lo cual debió por cierto traer muy graves consecuencias. Bajo la impresión inmediata de la resistencia que oponía el adversario, el soldado alemán se sintió engañado por aquellos que hasta entonces habían ilustrado su criterio, y en lugar de experimentar un fortalecimiento del espíritu combativo, o por lo menos una consolidación del mismo, se produjo el fenómeno contrario, sobreviniendo el desánimo.

Opuestamente a esto, la propaganda de guerra de los ingleses y de los americanos fue psicológicamente correcta, porque al pintar a los alemanes como a bárbaros o hunos, disponían a sus soldados a los horrores de la guerra, contribuyendo así a ahorrarles decepciones. El arma más terrible que hubiera podido emplearse contra ellos no les habría entonces parecido más que una comprobación de lo ya oído, acrecentándose de este modo tanto su fe en la rectitud de las apreciaciones de su gobierno, como por otra parte, su ira y su odio contra el malvado enemigo. Pues el cruel efecto de las armas alemanas que él ya conocía, le empezó a parecer poco a poco una prueba de la famosa brutalidad feroz del enemigo «bárbaro», sin que por un instante se le indujese a pensar que sus propias armas fuesen, muy posiblemente, de acción más devastadora.

Así fue como el soldado inglés jamás tuvo la impresión de haber sido falsamente informado en su país, muy al contrario de lo que por desgracia ocurría con el soldado alemán, que generalmente acabó por rechazar como embustes y patrañas las informaciones de propaganda que recibía desde retaguardia. Todo ello era la resultante de creer poder encomendar ese servicio de propaganda al primer zoquete, en vez de comprender que para este servicio era necesario un profundo conocedor del alma humana.

Así, la propaganda de guerra alemana ofrecía un soberano ejemplo de los efectos justamente contrarios que ejercían sus «aclaraciones», a consecuencia de sus impecables deficiencias de un correcto razonamiento psicológico.

Mucho tenían que aprender del enemigo aquéllos que, con los ojos abiertos y el sentido alerta, experimentaron durante cuatro años y medio de guerra la ola incesante de propaganda enemiga.

Lo peor de todo es que no se comprendió la condición previa que debe darse en toda actividad propagandística, a saber: la actitud fundamentalmente subjetiva y unilateral que la misma debe asumir en relación al objetivo previsto. En este terreno se cometieron errores tan grandes ya desde el comienzo de la guerra, que se tenía el derecho a dudar si tanta equivocación podía ser atribuida sólo a la pura ignorancia.

¿Qué se diría, por ejemplo, de un cartel anunciando un nuevo jabón si en el mismo se indican como buenas otras marcas de jabones? La única cosa que se podría hacer ante eso sería encogerse de hombros y seguir caminando.

Pues exactamente lo mismo sucede con la propaganda política. El objetivo de la propaganda no es, por ejemplo, sopesar los diferentes derechos en conflicto, sino exclusivamente acentuar el derecho que a través de ella se expone.

La propaganda no tiene que investigar la verdad objetiva —en la medida en que sea favorable a la otra parte— con el objeto de ofrecer una franqueza doctrinaria a la masa, sino que debe servir a su verdad de manera ininterrumpida.

Error capital fue el de discutir la cuestión de la culpabilidad de la guerra considerando que no sólo Alemania era la responsable del estallido de la catástrofe. Mejor se habría obrado imputando totalmente la culpa al enemigo, aunque esto en realidad no se hubiera ajustado a lo verdaderamente ocurrido, como de hecho era el caso.

¿Cuál fue la consecuencia de esta imperfección?

La gran masa de un pueblo no se compone únicamente de diplomáticos o de catedráticos de Derecho, ni siquiera de personas capaces de juzgar con acierto, sino de criaturas propensas a la duda y a las incertidumbres. En cuanto se verifica en una propaganda el menor indicio de reconocer un derecho a la parte contraria, se crea inmediatamente la duda en cuanto al derecho propio. La masa del pueblo es incapaz de distinguir dónde acaba el error ajeno y dónde comienza el suyo mismo. Ésta, en un caso como éste, se vuelve indecisa y desconfiada, sobre todo cuando el adversario no comete el mismo error, sino que, por el contrario, lanza todas las culpas sobre el enemigo. Nada más natural, pues, que finalmente el pueblo termine creyendo más en la propaganda enemiga que en la propia, dada la uniformidad y coherencia de aquélla. Y más aún tratándose de un pueblo como el alemán, que ya de por sí sufre de tan gran obsesión de objetivismo, pues siempre se esforzará en no atribuir injusticias al enemigo, incluso ante el peligro de su propio aniquilamiento.

Naturalmente la masa no era consciente de que las autoridades competentes no pensaron en esto.

Por naturaleza y criterio, la gran mayoría del pueblo es de índole tan femenina, que su modo de pensar y obrar se subordina más al sentimiento emotivo que al sobrio razonamiento.

Esa sensibilidad, sin embargo, no resulta complicada, sino muy simple y rotunda. Para ella no existen muchas diferenciaciones, sino un extremo positivo y otro negativo: amor u odio, justicia o injusticia, verdad o mentira; pero jamás estados intermedios.

Todo eso lo supo comprender y tener en cuenta de manera realmente genial la propaganda inglesa. No había medias tintas que condujesen a la duda.

La prueba del admirable conocimiento de la emotividad primitiva de la gran masa la constituía su propaganda de las «atrocidades alemanas», perfectamente adaptada a las circunstancias. Esta táctica sirvió para asegurar, de manera tan despiadada como genial, las condiciones necesarias para mantener la moral en el frente aun en el caso de las mayores derrotas. Otra prueba de la propaganda inglesa en este orden era la contundente condena que se hacía del enemigo alemán considerándolo como el único responsable del estallido de la guerra. Una mentira que, sólo gracias a la absoluta parcialidad e impúdica persistencia con que era difundida, pudo adaptarse al sentir apasionado y siempre extremista de las muchedumbres, y por eso mereció crédito.

Cuán eficiente fue esa manera de hacer propaganda, quedó plenamente evidenciado en el hecho de haber conseguido, después de cuatro años, no sólo favorecer absolutamente al enemigo, sino incluso comenzar a influir nocivamente en el modo de ver de nuestro propio pueblo.

No es de extrañar que a nuestra propaganda le estuviera reservado un fracaso, pues en su propia ambigüedad se hallaba el germen de la ineficacia. Además de eso, era poco probable, a juzgar por su contenido, que fuera capaz de producir el efecto necesario en el seno de la masa. Sólo nuestros débiles estadistas podían esperar que con ese anodino e insulso pacifismo se consiguiese despertar el entusiasmo de alguien hasta el punto de arrastrarlo al sacrificio de su propia vida.

Así, esta miserable táctica resultó inútil y hasta perniciosa.

Cualquiera que sea el talento que se revele en la dirección de una propaganda, no conseguirá el éxito si no se toma en consideración siempre e intensamente un postulado fundamental: ésta tiene que limitarse a poco, sin embargo, ese poco tendrá que ser repetido constantemente. La persistencia en este caso es, como en muchos otros de esta vida, la primera y más importante condición para el éxito.

El ámbito propagandístico, precisamente, nunca debe ser dirigido por estetas o hastiados. Los primeros, en la forma y la expresión, imprimen un sello a la propaganda que, en poco tiempo, tan sólo tiene poder de atracción en las tertulias literarias en vez de en la masa; los segundos, deben ser temerosamente evitados, pues su falta de sensibilidad hace que busquen constantemente nuevos estímulos. Esas personas se cansan de todo con facilidad; lo que ellos desean es la variedad, no siendo nunca capaces de comprender las necesidades de sus todavía no tan curtidos conciudadanos, ni de ponerse en su lugar. Ellos son siempre los primeros críticos de la propaganda, o mejor dicho, de su contenido, el cual les parece demasiado arcaico, demasiado gastado, etcétera. Sólo quieren novedades, sólo buscan variedad, volviéndose de esa forma enemigos mortales de una conquista eficiente de las masas desde el punto de vista político. En cuanto una propaganda, en su organización y contenido, comienza a orientarse según las exigencias de aquéllos, pierde toda su cohesión y se dispersa completamente.

La propaganda, por consiguiente, no fue creada para proporcionar repetidamente a esos señoritos hastiados una distracción interesante, sino para convencer, es decir, para convencer a la masa. Ésta —por ser de más lenta comprensión— necesita de un determinado período de tiempo antes de estar en condiciones de tomar conocimiento de un hecho, y solamente después de repetirles miles de veces los conceptos más elementales, es cuando su memoria entrará a retenerlos.

Toda variación en la propaganda no debe alterar jamás el sentido de aquello que es el objeto de esa propaganda, sino que desde el principio hasta el fin debe indicar siempre lo mismo.

El eslogan en cuestión debe ser considerado desde puntos de vista diferentes, mas es condición esencial que toda exposición entrañe en resumen la misma fórmula. Sólo así es posible hacer que la propaganda sea eficaz y uniforme. Únicamente siguiendo estas líneas generales, que nunca deben ser abandonadas, se consigue madurar el éxito definitivo, guardando un énfasis coherente y constante. Sólo entonces se podrá constatar con asombro cuán formidables y casi incomprensibles resultados es capaz de producir una persistencia tal.

El éxito de toda propaganda, sea en el campo del comercio o en el de la política, supone una acción perseverante y una constante uniformidad de su aplicación.

También en esto fue ejemplar la propaganda de los Aliados: basada en unos pocos puntos; exclusivamente calculada para la masa; y llevada adelante con una tenacidad incansable.

Una vez que estos principios fundamentales, así como sus formas de ejecución, fueron reconocidos como acertados, se emplearon durante toda la guerra sin que se intentara nunca la más mínima modificación. Al principio, esa táctica parecía descabellada en el atrevimiento de sus afirmaciones, más tarde se volvió desagradable, y al final fue creída. Y fue así como al cabo de cuatro años y medio estalló en Alemania una revolución, cuyo lema provenía de la propaganda de guerra enemiga.

Pero en Inglaterra se percataron de algo más: que el posible éxito de esta arma intelectual radicaba en su empleo masivo, y que ese éxito compensaba plenamente todo esfuerzo económico.

La propaganda era considerada allí como un arma de primer orden, en tanto que entre nosotros, no significaba otra cosa que el último mendrugo de pan para políticos sin empleo, o una tarea de lo más sencilla para héroes holgazanes de tipo modesto.

Por eso, en conjunto, el éxito de nuestra propaganda fue completamente nulo.

Capítulo VII
LA REVOLUCIÓN

La propaganda enemiga comenzó a ser difundida entre nuestras filas en 1915, volviéndose desde 1916 cada vez más intensa, para transformarse finalmente desde principios de 1918 en una ola arrolladora. Por aquel entonces se podían reconocer a cada paso los efectos de esta conquista de las almas. El Ejército alemán aprendió a pensar poco a poco de acuerdo a lo que el enemigo deseaba. Por el contrario, nuestros intentos de reacción contra aquella propaganda fallaron estrepitosamente.

En ese momento, el Ejército tenía en sus voluntariosos e inteligentes mandos, el ánimo y la decisión de acoger la lucha en este aspecto, mas le faltaron los instrumentos precisos para ello.

También, desde el punto de vista psicológico, se cometió un error dejando que se desarrollase en el seno de la propia tropa ese tipo de propaganda.

Para asegurar su eficiencia, debería haber venido de la Patria. Sólo entonces se hubiese confirmado su éxito entre unos hombres que, desde hacía cuatro años, escribían para la historia de su Patria páginas inmortales de inigualables hechos heroicos, logrados en medio de las mayores dificultades y privaciones. Entre tanto, ¿qué llegaba de la Patria a las líneas del frente? ¿Fue este fallo una estupidez o un crimen?

En pleno verano de 1918, después de la evacuación de la margen sur del Marne, la prensa alemana, sobre todo, se portaba de manera tan miserablemente torpe, incluso criminalmente imbécil, que diariamente, con una rabia que iba en aumento, me preguntaba si en realidad no habría nadie capaz de poner término a ese derroche de heroísmo del Ejército.

¿Qué sucedió en Francia cuando en 1914, tras una serie inaudita de victorias, ocupamos el suelo francés? ¿Qué hizo Italia cuando cayeron sus líneas del frente del Isonzo? ¿Qué hizo Francia en la primavera de 1918, cuando el ataque de las divisiones alemanas parecía estremecer sus posiciones, y las baterías de gran alcance comenzaron a sacudir París? ¡Cómo se fustigaba allí con el calor del entusiasmo nacional a los regimientos en precipitada retirada! ¡Cómo trabajó la propaganda en el genial adoctrinamiento de la masa, con el fin de volver a inculcar en los corazones del frente fracturado la fe en la victoria final!

¿Por el contrario, qué sucedió en nuestras filas?

Nada, o aún peor.

En aquella ocasión se apoderaron de mí la rabia y la indignación cuando, al leer los periódicos, constaté la masiva matanza psicológica que de manera criminal allí se estaba cometiendo. Más de una vez me atormentó la idea de que, si la Providencia me hubiese colocado en el lugar de esos incompetentes y criminales ignorantes —o mal intencionados— de nuestro servicio de propaganda, quizá otro hubiera sido el desenlace de la lucha.

Sentí, por primera vez en esos meses, la perfidia de un Destino que me mantenía en el frente al alcance del disparo de cualquier negro; mientras que en el seno de la Patria hubiera podido prestar servicios más eficaces. Ya por aquel entonces tenía bastante confianza en mí mismo para saber que podría haber llevado a cabo tal misión.

¡Sin embargo yo era un don nadie entre ocho millones!

Por eso, lo mejor era cerrar la boca y, desde ese puesto, tratar de cumplir con mi deber de la mejor manera.



En el verano de 1915 cayeron sobre nuestras líneas los primeros pasquines lanzados por aviadores enemigos. Aparte de algunas variaciones en la forma de su presentación, el contenido era siempre el mismo, a saber: que la miseria de Alemania aumentaba a diario; que la guerra duraría indefinidamente y que las posibilidades de triunfo para Alemania eran cada vez menores; que el pueblo que permanecía en la Patria anhelaba por esa razón la paz, siendo sólo el «militarismo» y el Káiser los que se oponían a ello; que el mundo entero, bien informado de todo esto, no hacía la guerra contra el pueblo alemán, sino exclusivamente contra el único culpable: el Emperador Guillermo II; que la lucha no terminaría hasta que este enemigo de la Humanidad pacífica hubiera sido eliminado; que las naciones libres y democráticas acogerían después de la guerra al pueblo alemán en el seno de la liga de la paz mundial, la cual quedaría asegurada en el momento en que el «militarismo» prusiano fuera destruido, etcétera.

Para ilustrar mejor lo expuesto, se reprodujeron no pocas veces las llamadas «cartas desde la patria», cuyo contenido parecía apoyar aquellas afirmaciones.

En general tales intentos provocaban por entonces sólo hilaridad entre nosotros. Los folletos eran leídos, después enviados a la retaguardia, a los estados mayores y, en la mayoría de los casos, olvidados hasta que el viento trajese un nuevo cargamento a las trincheras, pues generalmente eran aviones los que distribuían estos boletines.

Pronto debió llamarnos especialmente la atención uno de los aspectos de esa propaganda: la singular insistencia que en cada sector del frente donde actuaban bávaros se hacía contra los prusianos, afirmando por una parte, que Prusia era la única culpable y responsable de la guerra, y por otra, que contra Baviera en particular no existía la más mínima animadversión, pero que era imposible prestarle ayuda mientras estuviese al servicio del militarismo prusiano y continuara sacándole a éste las castañas del fuego.

Ya en 1915 comenzó a producir ciertos resultados esta forma de sugestión. La excitación contra Prusia se hizo visible entre la tropa, sin que desde las esferas del mando se dejase sentir ni una sola reacción eficaz. Evidentemente, eso fue algo más que una simple negligencia que más tarde o más temprano se dejaría sentir de manera terrible, no sólo contra «Prusia», sino también contra el pueblo alemán, en el seno del cual, Baviera ocupaba un lugar destacado. En este sentido, a partir de 1916 la propaganda enemiga comenzó a obtener ya éxitos manifiestos.

Asimismo, desde hacía tiempo, surtían un efecto desmoralizador las cartas quejumbrosas que venían desde los hogares. Ya no era ni siquiera necesario que el enemigo las difundiese por las líneas de combate a través de boletines. Contra ese estado de cosas tampoco se tomaron medidas por parte del «gobierno», salvo algunas «exhortaciones» psicológicamente estúpidas. El frente continuó siendo inundado por ese veneno que las irreflexivas mujeres elaboraban en sus casas, las cuales naturalmente, no sospechaban que ese era precisamente el medio de reforzar al máximo en el espíritu del enemigo la confianza en la victoria, y que de esta forma, prolongaban y agrandaban los sufrimientos de sus familiares combatientes en las trincheras. Las cartas de las mujeres alemanas costaron la vida a centenares de miles de hombres en los días sucesivos.

Así, en el año 1916, ya se evidenciaron algunos fenómenos preocupantes. Los combatientes protestaban y «refunfuñaban» mostrando su descontento sobre muchos aspectos, indignándose muchas veces con razón. Mientras ellos en el frente sufrían hambre y privaciones, y los suyos en el hogar soportaban todo género de miserias, en otras partes reinaban la abundancia y el desenfreno. Evidentemente, incluso en el mismo frente de batalla no todo andaba en orden.

De esta forma, ya entonces se criticaba ligeramente este estado de cosas. Pero con todo, esos hechos no dejaban de ser de orden «interno». El mismo soldado que minutos antes despotricaba y gruñía, cumplía luego silenciosamente su deber como si esto fuera lo natural. La misma compañía que antes había mostrado su descontento se aferraba después a la trinchera que tenía que defender, como si el futuro de Alemania hubiese dependido de aquellos cien metros de embarradas zanjas. ¡Ése era todavía el frente del viejo y glorioso Ejército de héroes! La diferencia entre ellos y la Patria la debí conocer yo gracias a un violento cambio.

A finales de septiembre de 1916, mi división marchó a la batalla del Somme. Para nosotros fue ésta la primera de las monstruosas batallas que siguieron y cuya impresión difícilmente se puede describir. ¡Aquello era más infierno que guerra! Durante semanas, bajo el huracán del fuego de artillería, resistió el frente alemán; a veces replegándose un poco, a veces avanzando de nuevo, pero nunca retrocediendo.

El 7 de octubre de 1916 caí herido.

Afortunadamente fui evacuado hacia la retaguardia, debiendo regresar a Alemania en un tren hospital.

Habían transcurrido dos años desde la última vez que estuve en la Patria; un lapso infinitamente largo bajo los rigores de la guerra. Casi no podía imaginar la existencia de alemanes que no llevasen uniforme. Cuando estaba en el hospital de heridos de Hermies, me estremecí al oír la voz de una enfermera alemana que se dirigía a mi vecino de cama. ¡Un sonido así, por primera vez, después de dos años!

Cuanto más se aproximaba a la frontera el tren que nos llevaba a la Patria, tanto más crecía en nuestro interior la inquietud. Se sucedían las poblaciones por las que, dos años atrás, habíamos pasado como jóvenes soldados: Bruselas, Lovaina, Lieja y, al final, creímos reconocer la primera casa alemana con su alto tejado y sus bonitas ventanas. ¡La Patria!

En octubre de 1914 ardíamos de entusiasmo al atravesar la frontera; ahora reinaban el silencio y la emoción. Cada cual se sentía feliz por haberle permitido el Destino volver a ver todavía una vez más el suelo patrio que tenía que defender con su vida; avergonzándose casi, de sentirse observado por los demás.

Casi en el mismo día en que se cumplía un año de mi partida, fui enviado al hospital militar de Beelitz, cerca de Berlín. ¡Qué cambio! Del barro de la batalla del Somme, a las blancas camas de aquel maravilloso edificio. Al principio casi no nos atrevíamos a acostarnos en ellas. Sólo de forma paulatina nos pudimos acostumbrar a ese nuevo mundo tan diferente al de las trincheras.

Desgraciadamente, este ambiente también debió serme nuevo en otro sentido. El espíritu inquebrantable que desarrollaba el Ejército en el frente parecía no tener cabida aquí. En el hospital debí oír por primera vez algo que se desconocía en el frente: vanagloriarse de la propia cobardía. Porque aunque en el frente se pudieron oír quejas y lamentos, nunca fue esto una exhortación al incumplimiento del deber y ni mucho menos una glorificación de la cobardía. ¡No! En el frente el cobarde era considerado siempre un cobarde y nada más; el desprecio que se le tenía era general, así como general era la admiración que se dedicaba al verdadero héroe. En el hospital, sin

embargo, se producía en parte lo inverso: los más depravados instigadores eran los que tomaban la palabra y procuraban, con todos los recursos de su verborrea lamentable, ridiculizar los conceptos del soldado decente y proclamar como virtud la falta de carácter del cobarde. Eran sobre todo unos pocos muchachos miserables los que llevaban la voz cantante. Uno de ellos se vanagloriaba de haber pasado él mismo la mano por el alambre de espino para poder ir al hospital; parecía, a pesar de esa herida ridícula, llevar allí mucho tiempo, y sólo gracias a un embuste, había conseguido llegar en un tren de transporte a Alemania. Pero este venenoso sujeto iba tan lejos, que llegó a tener la poca vergüenza de colocar a la par de su propia cobardía, la suprema valentía o la muerte heroica de un soldado decente. Muchos escuchaban silenciosos, otros se alejaban; algunos sin embargo, estaban de acuerdo.

Todo eso me repugnaba. Entre tanto, el instigador era tolerado en aquella institución. ¿Qué se debía hacer? La dirección debía saber y sabía, qué y quién era él, sin embargo, nada sucedió.

En cuanto pude volver a caminar, se me dio permiso para trasladarme a Berlín.

Obviamente, la miseria se revelaba amarga en todas partes. La ciudad, con una población de millones de habitantes, padecía hambre. Dominaba el descontento. En los diferentes asilos frecuentados por los soldados, el estado de ánimo era parecido al que reinaba en el hospital. Daba la absoluta impresión de que aquellos elementos buscaban deliberadamente esos lugares para propagar sus ideas.

¡Y aún mucho más indignantes eran las circunstancias en Múnich!

Creí no volver a reconocer aquella ciudad, cuando después de abandonar el hospital de Beelitz fui destinado allí a un batallón de reserva. ¡Por doquier malhumor, decaimiento, insultos! Hasta en el mismo batallón se notaba una profunda depresión. Contribuía a ello el trato demasiado torpe que daban a los evacuados los viejos oficiales instructores que jamás habían estado en el frente, y que por lo mismo, sólo en muy pequeña escala eran capaces de avenirse con los combatientes veteranos, los cuales poseían ciertas peculiaridades adquiridas durante el servicio en el frente, incomprensibles para los jefes de retaguardia. Era natural que el oficial venido del frente mereciese, por parte de esa tropa, mayor respeto que un comandante de retaguardia. Pero aún prescindiendo de todo esto, el estado de ánimo general era miserable: la holgazanería se consideraba casi como una prueba de inteligencia superior, la firme lealtad, en cambio, como una característica de debilidad moral o estupidez. Las oficinas gubernamentales estaban ocupadas por elementos judíos; casi todos los funcionarios eran judíos y todo judío un funcionario. Me asombraba ver aquí a tantos «combatientes» del pueblo elegido, y no podía menos que comparar su número con los escasos representantes que de ellos había en el frente.

En el aspecto económico, la situación era todavía peor, pues ahí era donde el elemento judío había llegado a hacerse realmente indispensable. La sanguijuela había comenzado a chupar lentamente la sangre del pueblo. Mediante el camino indirecto de las sociedades de guerra, encontró el instrumento que le permitía liquidar paulatinamente la economía nacional libre. Se recalcaba la necesidad de una centralización sin límites. De hecho, en los años de 1916 y 1917, casi toda la producción se encontraba ya bajo el control de la finanza judía. ¿Contra quién, por el contrario, se dirigía el odio del pueblo?

En aquella época, observé con pavor aproximarse una calamidad que, de no ser evitada a tiempo, habría de producir una debacle.

Mientras el judío esquilmaba a toda la Nación y la ponía bajo su control, el pueblo bávaro se agitaba contra los prusianos. Igual que en el frente, tampoco aquí se

tomaban medidas contra esa propaganda venenosa. Parecía no pasar por la cabeza de nadie que el colapso de Prusia estaba lejos de provocar el resurgimiento de Baviera. Al contrario, la caída de una arrastraría irremediablemente a la otra al abismo.

Me sentí infinitamente apenado ante esa actitud. Yo veía en esto la más genial artimaña del judío para desviar la atención general concentrada sobre su persona. Mientras reñía el bávaro con el prusiano, aquél sustraía a ambos el sustento delante de sus narices; mientras se hablaba mal en Baviera del prusiano, el judío organizaba la Revolución, destruyendo al mismo tiempo a Prusia y a Baviera.

La maldita discordia existente entre estos linajes alemanes se me había hecho insoportable y me sentí dichoso ante la idea de volver al frente de batalla, para lo cual ya al llegar a Múnich, presenté mi solicitud.

A principios de marzo de 1917 me encontraba de nuevo en mi regimiento.



La depresión reinante en el Ejército parecía haber superado su punto culminante a finales de 1917. Después del desastre ruso, todo el Ejército cobró nuevos ánimos y nuevas esperanzas. La tropa comenzaba cada vez más a convencerse de que la lucha habría de acabar con la victoria de Alemania. Se escuchaba nuevamente cantar, y los agoreros eran cada vez más escasos. Se tenía de nuevo fe en el Destino de la Patria.

Pero ante todo, la derrota italiana ocurrida en el otoño de 1917, provocó un maravilloso efecto, pues en esa victoria pudo verse una prueba de la posibilidad de romper también la resistencia enemiga no sólo en el frente ruso. Otra vez una fe grandiosa invadió los corazones de millones de hombres y así, llenos de confianza, esperábamos la primavera de 1918. El enemigo, por el contrario, estaba visiblemente abatido. En ese invierno hubo más calma de la habitual; era la calma que precede a la tempestad.

Pero mientras en el frente se hacían los últimos preparativos para poner término a la eterna lucha, e interminables convoyes de hombres y material bélico se dirigían hacia el frente occidental, y cuando en fin, las tropas recibían instrucción para la gran ofensiva, debió producirse en Alemania la mayor de las estafas de toda la guerra.

Alemania no debía vencer. En el último momento, cuando la victoria comenzaba a inclinarse del lado alemán, se echó mano de un medio que parecía el idóneo para sofocar de golpe el inicio de la ofensiva alemana de primavera, haciendo la victoria imposible.

¡Se organizó una huelga de municiones!

En el caso de que ésta prosperase, el frente alemán se hundiría, cumpliéndose así el deseo manifestado por el *Vorwärts*[56], de que la victoria en esta ocasión no cayese del lado alemán. La línea del frente se rompería en pocas semanas por falta de munición; la ofensiva por este motivo detenida; la *Entente* a salvo; y el capital internacional se apoderaría de Alemania, lográndose por último, la finalidad íntima del marxismo, esto es, el engaño de los pueblos.

La destrucción de la economía nacional en beneficio del capital internacional, es un fin que fue alcanzado gracias a la estupidez y buena fe de unos, y a la increíble cobardía de otros.

Cierto es que esta huelga no alcanzó el éxito anhelado en lo que se refiere al desabastecimiento de elementos bélicos en el frente, pues se desplomó demasiado

[56] Periódico principal del SPD o Partido social-demócrata alemán. (N. del T.).

temprano como para que la falta de municiones hubiera llevado al Ejército a la ruina, tal como estaba planeado. ¡Mucho más desastroso, en cambio, fue el efecto moral que causó!

Había que preguntarse, primero: ¿Por qué el Ejército seguía luchando si el pueblo mismo no quería la victoria? ¿Por quién se realizaban entonces los enormes sacrificios y privaciones? ¿Peleaba el soldado por la victoria, para que luego el país le castigara con una huelga? Y segundo: ¿Cuál fue el efecto producido en el ánimo del enemigo?

En el invierno de 1917-1918 por primera vez se oscureció el firmamento de los aliados. Durante casi cuatro años habían cargado contra el gigante alemán sin haber podido abatirle. Éste sólo tenía un escudo para defenderse, mientras la espada tenía que dar golpes, ora para el este, ora para el sur. Finalmente, el gigante consiguió tener las espaldas libres. Ríos de sangre corrieron hasta que pudo abatir definitivamente a un enemigo. Había llegado la hora de unir en el oeste la espada al escudo, y si hasta entonces los aliados no habían conseguido romper la defensa, ahora la ofensiva alemana los alcanzaría de pleno.

Se temía al Ejército alemán y a su victoria.

En Londres y París se sucedían las conferencias. Hasta la propaganda enemiga se confeccionaba con dificultad; ya no era tan fácil demostrar la inviabilidad de la victoria alemana.

Lo mismo ocurría en los frentes de batalla, donde el silencio absoluto reinaba incluso entre las tropas aliadas. Esos señores habían perdido de repente la insolencia. También para ellos las cosas comenzaron lentamente a aparecer bajo una luz desagradable. Su actitud interna con relación al soldado alemán se había modificado. Hasta entonces, nuestros soldados eran considerados como locos a quienes les esperaba una derrota segura.

Ahora sin embargo, estaba ante ellos el destructor del aliado ruso. La restricción de las ofensivas alemanas en el este, derivadas de la necesidad, parecían ahora una táctica genial. Durante tres años los alemanes habían embestido contra Rusia, al principio aparentemente, sin el menor éxito. Casi se habían reído de esos comienzos inútiles, pues a fin de cuentas, el gigante ruso debía salir vencedor merced a su superioridad numérica; Alemania, por el contrario, moriría desangrada. La realidad parecía confirmar esa esperanza.

Desde los días de septiembre de 1914, en que por primera vez comenzaron a rodar hacia Alemania por calles y carreteras las muchedumbres infinitas de prisioneros rusos de la batalla de Tannenberg, la avalancha parecía no tener fin; sin embargo, por cada Ejército batido y destruido se levantaba uno nuevo. De manera inagotable, el colosal Imperio proveía al Zar de nuevos soldados, y a la guerra de nuevas víctimas. ¿Cuánto tiempo podría Alemania resistir ese ritmo? ¿No llegaría el día en que, después de una última victoria alemana, los últimos ejércitos rusos formaran filas para la última de todas las batallas? ¿Y entonces qué? En la medida de las posibilidades humanas, la victoria de Rusia podría ser postergada, sin embargo, tendría que llegar.

Ahora se habían acabado todas esas esperanzas: el aliado que había aportado al altar de los intereses comunes los mayores sacrificios en sangre, había llegado al límite de sus fuerzas, yaciendo en el suelo a merced del enemigo inexorable. El miedo y el horror se habían infiltrado en el ánimo de aquellos soldados, tan fanáticamente convencidos de la victoria hasta aquel momento. Se temía la venida de la primavera, porque si hasta ahora no se había conseguido romper la resistencia alemana —concentrada sólo parcialmente en el frente occidental—, ¿cómo contar con la victoria

ahora que parecía concentrarse para la ofensiva en ese frente, toda la energía guerrera de una Nación asombrosamente heroica?

El escepticismo era favorecido por las angustiosas sombras de las montañas del sur del Tirol; hasta en la bruma de Flandes se proyectaban las caras sombrías de los ejércitos derrotados del general Cadorna[57]. La fe en la victoria ahora cedía el paso al miedo de una próxima derrota.

Cuando en las noches frías se sentía el rodar uniforme de las divisiones del Ejército alemán aproximándose, y con inquieta preocupación se tenían los ojos clavados en la justicia venidera, fue cuando se encendió en Alemania una luz roja que proyectó esperanza hasta la última trinchera enemiga: en el momento en que las divisiones alemanas recibían las últimas instrucciones para la gran ofensiva, estalló una huelga general en Alemania.

Al principio el mundo se quedó sin habla, pero enseguida, la aliviada propaganda enemiga se lanzó a explotar aquella ventaja en la hora suprema. De golpe, se encontró el recurso que levantaba el ánimo deprimido de las tropas aliadas, que presentaba nuevamente la probabilidad de victoria como una certeza, y que transformaba el inquietante desasosiego por los acontecimientos venideros, en confianza absoluta. Ahora, en la mayor batalla de todos los tiempos, se podría inculcar a los regimientos —hasta entonces a la expectativa del ataque alemán—, la convicción de que la decisión final de esa guerra no dependería del arrojo de la ofensiva alemana, y sí de su persistencia en la defensa. De nada les servirá a los alemanes —se decía— obtener cuántas victorias quieran, puesto que en su país no habrá de ser el Ejército vencedor el que haga su entrada triunfal, sino la Revolución.

Ésta era la creencia que comenzó a inculcar en el alma de sus lectores la prensa inglesa, francesa y americana, mientras la acción de una habilísima propaganda levantaba la moral de las tropas aliadas en el frente.

«¡Alemania en vísperas de la Revolución!» «¡La victoria de los Aliados es inevitable!». Éste fue el mejor remedio para poner al indeciso *tommy* y al *poilu* de nuevo en pie. Ahora podían hacer funcionar de nuevo los fusiles y las ametralladoras, impulsando, en lugar de una terrible desbandada propiciada por el pánico, una resistencia llena de esperanzas.

Éste fue el resultado de la huelga de municiones: fortaleció la fe en la victoria de los pueblos enemigos, y eliminó la desesperación enervante que cundía en el frente aliado, haciendo en consecuencia, que miles de soldados alemanes tuvieran que pagar esa huelga con el tributo de su sangre. Los promotores de tan infame acción fueron nada menos que los aspirantes a los más altos cargos públicos en la Alemania de la Revolución marxista.

Del lado alemán se podría tal vez haber reaccionado con éxito; del lado enemigo, empero, las consecuencias eran inevitables. La resistencia ofrecida había dejado de ser la de un Ejército que consideraba todo perdido, para ser substituida por una lucha a vida o muerte por la victoria.

La victoria pues, tenía que llegar. Bastaba para ello que el frente occidental resistiera algunos meses la ofensiva alemana. En los parlamentos de la *Entente* se analizaron las posibilidades del futuro, siendo concedidos créditos inmensos para la continuación de la propaganda con el fin de destruir la unidad alemana.



[57] En octubre de 1917, las tropas alemanas y austriacas, agazapadas en la niebla, asestaron un golpe terrible a las desprevenidas divisiones italianas de Luigi Cadorna, perdiendo éste más de 300.000 hombres. (N. del T.)

Tuve la suerte de poder tomar parte en las dos primeras y en la última de las ofensivas del Ejército en el frente occidental.

De ellas conservo las más hondas impresiones de mi vida; hondas precisamente porque, por última vez, como al comienzo de la guerra en 1914, la lucha perdió su carácter defensivo para trocarse en acción de ataque. Por las trincheras del Ejército alemán sopló un nuevo aliento cuando, finalmente, después de tres años de espera en el infierno enemigo, llegó la hora de la revancha. Una vez más, los batallones victoriosos lanzaron gritos de júbilo y las últimas coronas de inmortal laurel se entrelazaron a las banderas victoriosas. Una vez más, retumbaron en el cielo las canciones patrióticas a lo largo de las columnas en marcha, y por última vez, la misericordia divina sonrió a sus ingratos hijos.



En el verano de 1918 se notaba una pesada atmósfera en todo el frente. La discordia reinaba en la Patria. ¿Y por qué? Múltiples rumores circulaban en los diversos sectores de las tropas del Ejército en campaña. Se decía que la guerra ya no tenía más perspectivas y que sólo los locos podían confiar todavía en la victoria: «que el pueblo alemán no tenía ya interés en mantener la resistencia y que únicamente los capitalistas y la Monarquía estaban interesados en ello». Todo esto venía desde la Patria y era comentado en el frente.

Al principio, los combatientes reaccionaron sólo débilmente ante aquella propaganda. ¿Qué nos importaba el sufragio universal? ¿Acaso para eso habíamos luchado durante cuatro largos años? Fue un golpe infame el robar de esta manera, de las tumbas de nuestros héroes muertos, la finalidad por la que se hacía la guerra. Jamás los jóvenes regimientos habían marchado en Flandes hacia la muerte con el grito de «Viva el sufragio universal y secreto», sino clamando el «*Deutschland über Alles*». Una pequeña, pero no tan insignificante diferencia. Aquellos que vociferaban por el derecho de voto, en su gran mayoría no habían estado allí para luchar por esa conquista. El frente no conocía a toda esa gentuza política. Allí donde se encontraban los alemanes decentes que quedaban, sólo se vería una fracción diminuta de los señores parlamentarios.

Los veteranos soldados del frente eran muy poco susceptibles de adaptarse a la nueva finalidad de guerra que pretendían los señores Ebert, Scheidemann[58], Barth, Liebknecht y otros. No podía comprenderse por qué, de golpe, los gandules resultaban con derecho a atribuirse, por encima del Ejército, la hegemonía del Estado.

Mi punto de vista personal fue firme desde el primer momento: odiaba profundamente a toda esa banda de miserables y estafadores políticos. Hacía mucho tiempo que veía claramente que esos canallas no perseguían en realidad el bienestar de la Nación, sino simplemente el propósito de llenar sus bolsillos. Y el hecho de que ellos fuesen capaces de sacrificar a todo el pueblo, y si era necesario, llevar también a Alemania a la ruina, hizo que yo les considerase merecedores de la horca. Tomar en

[58] Friedrich Ebert y Philip Scheidemann fueron líderes de la mayoría socialista que tomó las riendas de Alemania tras la abdicación de Guillermo II el 9 de noviembre de 1918. El 25 de noviembre se reunieron en Berlín los representantes de los nuevos gobiernos provinciales, y decidieron los comicios de una Asamblea Nacional. Tales elecciones tuvieron lugar el 19 de enero. La Asamblea, que se reunió en Weimar el 6 de febrero, estaba controlada por una coalición entre socialistas, centro, y demócratas, liderados por Scheidemann. El día 11 de febrero, eligieron a Friedrich Ebert como presidente de Alemania. El gabinete de Scheidemann dimitió el 20 de junio porque no estaba dispuesto a firmar el tratado de paz. El tratado lo firmó el gabinete sucesor de Gustav Bauer, después de ser aceptado por la Asamblea. La mayoría social-demócrata fue atacada, tanto por la derecha como por la izquierda, por haber aceptado esa «deshonra nacional». (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

consideración sus deseos implicaba sacrificar los intereses de un pueblo trabajador en provecho de un grupo de timadores, y satisfacerlos, sólo era posible al precio de renunciar a Alemania.

Y como yo, pensaba la gran mayoría del Ejército en campaña. Pero la ayuda que venía de la Patria se hacía cada vez menos eficiente, de manera que su llegada no producía un fortalecimiento, sino un debilitamiento de la combatividad. El refuerzo constituido por los nuevos soldados era en su mayor parte inútil. Difícilmente se podía creer que ellos eran hijos del mismo pueblo que había mandado a su juventud a luchar en Ypres.

En agosto y septiembre aumentaron rápidamente los síntomas de disociación, a pesar de que el efecto de la ofensiva enemiga no podía compararse con el horror de nuestras batallas defensivas de antaño. Comparadas con esas, las batallas del Somme y de Flandes permanecen en el recuerdo como algo espantoso.

A finales de septiembre, mi división volvió a ocupar por tercera vez las mismas posiciones que otrora asaltáramos con nuestros jóvenes regimientos de voluntarios. ¡Qué recuerdos!

En octubre y noviembre de 1914 habíamos recibido allí nuestro bautismo de fuego. Con el corazón ardiente de patriotismo y entonando canciones, nuestro regimiento había marchado hacia la batalla como para una fiesta. La sangre más valiosa era dada con placer a la Patria, pensando garantizar con eso a la Nación su independencia y su libertad.

En julio de 1917 pisamos por segunda vez el, para nosotros, suelo más sagrado de todos, pues en él descansaban nuestros mejores camaradas que, siendo aún niños, se habían lanzado a la muerte con los ojos puestos en la única Patria que amaron. Nosotros, los veteranos que otrora estuvimos allí con nuestro regimiento, nos quedamos respetuosamente conmovidos ante ese lugar sagrado donde juramos «fidelidad y obediencia hasta la muerte».

Aquel terreno, tomado tres años antes al asalto por nuestro regimiento, debía ahora ser preservado en una dura batalla defensiva. Con un fuego de artillería que duró tres semanas, los ingleses prepararon la gran ofensiva de Flandes. Allí parecía que el espíritu de los muertos revivía: el regimiento se agarraba con uñas y dientes al barro inmundo, se aferraba a los agujeros y a las grietas del suelo sin ceder ni un palmo, sin titubear, volviéndose cada vez más pequeño y escaso, hasta que finalmente, el 31 de julio de 1917 se desencadenó el ataque de los ingleses.

En los primeros días de agosto fuimos reemplazados. El regimiento había quedado reducido a unas cuantas compañías; marcharon éstas a la retaguardia, cubiertas de barro, pareciendo más espectros que criaturas humanas. Aparte de algunos cientos de metros de agujeros producidos por las granadas, los ingleses sólo hallaron la muerte.

Ahora, en el otoño de 1918, estábamos por tercera vez en el suelo de la ofensiva de 1914. Nuestra aldea, Comines, antaño tan sosegada, se había convertido ahora en campo de batalla. Es cierto que aunque el terreno de combate fuera el mismo, los hombres habían cambiado: se hacía política entre la tropa. El veneno que venía desde la Patria comenzó a hacer también aquí, como en todas partes, su ponzoñoso efecto. La joven reserva que llegó desde la retaguardia fracasó completamente.

En la noche del 13 al 14 de octubre, los ingleses empezaron a lanzar granadas de gas en el frente sur del sector de Ypres. Empleaban gas mostaza, cuyos efectos no nos eran todavía conocidos por propia experiencia. Yo debí, pues, experimentarlos aquella noche. Estábamos todavía en una colina al sur de Werwick, en la noche del 13 de octubre, cuando caímos bajo la acción de un fuego de granadas que ya se prolongaba

varias horas y que se intensificó durante la noche de forma violenta. Hacia la medianoche ya una parte de nuestra tropa estaba fuera de combate, algunos camaradas para siempre. Al amanecer, también yo fui presa de terribles dolores que de cuarto en cuarto de hora se hacían más intensos. A las siete de la mañana, tropezando y tambaleándome, me dirigí hacia la retaguardia con los ojos ardiendo, llevando aún mi último parte del campo de batalla.

Algunas horas más tarde mis ojos estaban convertidos en ascuas y la oscuridad dominaba en torno mío. En estas condiciones fui trasladado al hospital de Pasewalk, en Pomerania, ¡donde debí pasar la Revolución!



Hacía ya algún tiempo que flotaba en el aire algo de incierto y desagradable. Se decía que en las próximas semanas iba a suceder «algo». No comprendía lo que se quería decir con eso. En primer lugar pensé que se trataría de una huelga parecida a la de la primavera. Rumores desfavorables venían a menudo desde los círculos de la marina, donde se decía que fermentaban los ánimos. Pero todo esto me parecía ser más el producto de la fantasía de unos cuantos, que un asunto de trascendencia. Bien es cierto que en el mismo hospital todo el mundo hablaba de una pronta y ansiada conclusión de la guerra, pero nadie imaginaba que esa conclusión habría de producirse de improviso. Yo estaba imposibilitado para leer los periódicos.

En el mes de noviembre aumentó la crispación general. Hasta que un día, bruscamente, irrumpió la catástrofe. Los marineros llegaron en camiones proclamando la Revolución, siendo unos cuantos mozalbetes judíos los cabecillas de esta lucha por la «libertad, la belleza y la dignidad» de la existencia de nuestro pueblo. ¡Ni uno solo de ellos había estado en el frente! Esos tres «orientales» habían sido enviados para casa con el recurso de tener gonorrea. Y ahora izaban en la Patria el trapo rojo.

Mi salud había experimentado mejoría en la última temporada. El dolor punzante en las cavidades de los ojos fue desapareciendo y poco a poco pude volver a distinguir vagamente las figuras de mi entorno. Me alentaba la confianza de recobrar la vista, pensando que por lo menos quedaría habilitado para ejercer alguna profesión. Naturalmente, había perdido la esperanza de poder algún día volver a dibujar como en los años de mi juventud. Estaba pues en vías de mi restablecimiento, cuando ocurrió aquello tan horrible.

Todavía tuve la esperanza de que se tratara de una traición más o menos de carácter local. Llegué a intentar convencer a algunos camaradas en ese sentido. Sobre todo, mis compañeros bávaros del hospital tenían tendencia a pensar de esta manera. Allí el ambiente era cualquier cosa menos revolucionario. Nunca pude imaginar que también en Múnich la locura se desencadenase. A mí me parecía que la fidelidad a la digna Casa de Wittelsbach[59] era más fuerte que la voluntad de algunos judíos. Así, me convencí de que se trataba de un simple levantamiento de la Marina, que sería dominado en pocos días.

Los días siguientes fueron pasando, y con ellos, la más terrible certeza de mi vida: los motines aumentaban considerablemente, y lo que yo había tomado por una cuestión local, era en realidad una Revolución general. Con eso, las noticias más vergonzosas llegaban del frente. Se quería capitular. ¿Era posible algo así?

---

[59] Wittelsbach. Casa Real de la dinastía de los Reyes de Baviera, del siglo X. Toma su nombre del castillo de Wittelsbach, en el cual habitaron desde el año 1119. (N. del T.)

El 10 de noviembre vino el pastor del hospital para dirigirnos algunas palabras. Fue entonces cuando lo supimos todo.

Yo también estuve presente y me irrité profundamente. El venerable anciano parecía temblar intensamente al comunicarnos que la Casa de los Hohenzollern[60] había dejado de llevar la Corona Imperial Alemana, que el Reich se había erigido en «República», y que sólo quedaba pedir al Todopoderoso que no renunciara a dar su bendición a esa transformación y no abandonara a nuestro pueblo en el futuro. Él no podía dejar de, en pocas palabras, recordar a la Casa Imperial; quería rendir homenaje a los servicios de esa Casa en Prusia, en Pomerania, en fin, en toda la Patria alemana y, en ese momento, el buen anciano humildemente comenzó a llorar. En la pequeña sala había un profundo desánimo en todos los corazones y creo que no había quien pudiese contener sus lágrimas. Pero cuando el pastor siguió informándonos de que nos habíamos visto obligados a dar término a la larga contienda; que nuestra Patria, por haber perdido la guerra y estar ahora a la merced del vencedor, quedaba expuesta en el futuro a graves humillaciones; que el armisticio debía ser aceptado confiando en la generosidad de nuestros anteriores enemigos, entonces no pude más. Mis ojos se nublaron de nuevo, y a tientas regresé a la sala de enfermos, donde me dejé caer sobre mi lecho, ocultando mi dolorida cabeza entre las almohadas.

Desde el día en que me vi ante la tumba de mi madre, no había llorado jamás. Cuando en mi juventud el Destino me golpeaba despiadadamente, mi espíritu se fortalecía; cuando en los largos años de guerra, la muerte arrebataba de mi lado a compañeros y camaradas queridos, habría parecido casi un pecado el sollozar. ¡Morían por Alemania! Y cuando finalmente, en los últimos días de la terrible contienda, el gas deslizándose imperceptiblemente comenzara a corroer mis ojos y yo, ante la horrible idea de perder para siempre la vista estuviera a punto de desesperar, la voz de la conciencia clamaba en mí: ¡Infeliz! ¿Llorar mientras miles de camaradas sufren cien veces más que tú? Y así en silencio soporté mi Destino, pues no cabía otra cosa. En ese momento todo sufrimiento personal desaparecía si se comparaba con la desgracia de la Patria.

Todo había sido, pues, en vano; en vano todos los sacrificios y todas las privaciones; inútiles los tormentos del hambre y de la sed durante meses interminables; inútiles también todas aquellas horas en que, entre las garras del miedo a la muerte, cumplíamos a pesar de todo, nuestro deber; infructuosos, en fin, los dos millones de personas que murieron por esto. ¿No debían abrirse las tumbas de los cientos de miles que antaño habían partido con fe en la Patria para nunca regresar? ¿No debían abrirse, para que aquellos héroes ensangrentados y cubiertos de barro fueran devueltos a la Nación para exigir venganza por la traición del mayor sacrificio que un hombre puede ofrecer a su patria en este mundo? ¿Acaso habían muerto para eso los soldados en agosto y septiembre de 1914, así como los bravos regimientos de voluntarios que siguieron su ejemplo en aquel mismo otoño? ¿Acaso para eso cayeron en suelo flamenco aquellos muchachos de 17 años? ¿Pudo ésa haber sido la razón de ser del sacrificio ofrendado a la Patria por las madres alemanas, cuando con el corazón dolorido despidieron a sus más queridos hijos, para jamás volverlos a ver? ¿Debió suceder todo eso para que ahora un montón de miserables se apoderasen de la Patria?

¿Fue para eso que el soldado alemán había resistido a las quemaduras de sol y a las tormentas de nieve, sufriendo hambre, sed, frío, y cansancio por las noches sin dormir y las marchas sin fin? ¿Fue para eso que él, siempre con el pensamiento en el

[60] Véase nota 35. Primera Parte, Cap. III «Reflexiones políticas sobre la época de mi permanencia en Viena». (N. del T.)

deber de proteger a la Patria de la invasión del enemigo, se expuso sin retroceder al infierno del fuego de las baterías y a la fiebre de los gases asfixiantes?

En verdad, aquellos héroes merecen una lápida en la que se escriba:

«Caminante que vas a Alemania, cuenta a la Nación que aquí reposan los fieles a la Patria y obedientes al deber»[61].

¿Y la Patria?

¿Sería ése el único sacrificio que tendríamos que soportar? ¿Valía Alemania en el pasado menos de lo que suponíamos? ¿No tenía ésta obligaciones para con su propia Historia? ¿Éramos nosotros todavía dignos de cubrirnos con la gloria de su pasado? ¿Cómo podríamos justificar a las generaciones futuras este acto?

¡Miserables y depravados criminales!

Cuanto más me empeñaba en aquella hora por encontrar una explicación para el fenómeno operado, tanto más me ruborizaban la vergüenza y la indignación. Frente a toda esa calamidad, ¡qué ridículo me parecía el dolor que sentía en los ojos!

Lo que siguió fueron días horribles y noches peores todavía. Sabía que todo estaba perdido. Confiar en la clemencia del enemigo podía ser sólo cosa de locos, o bien, de embusteros y criminales. Durante aquellas vigilias germinó en mí el odio, el odio contra los promotores del desastre.

En los días siguientes tuve conciencia de mi Destino. Me reía al pensar en mi futuro, que hasta hacía bien poco me había preocupado. ¿No sería ridículo querer construir un sólido edificio sobre tales bases? Al final me convencí de que lo que había sucedido era lo que ya a menudo temí, pero que instintivamente nunca fui capaz de creer.

El Káiser Guillermo II había sido el primer Emperador alemán que les tendió la mano conciliadora a los dirigentes del marxismo, sin sospechar que los villanos no entienden de honor. Mientras en su diestra tenían la mano del Emperador, con la izquierda buscaban el puñal.

Con los judíos no caben compromisos; para tratar con ellos, no hay más que un rotundo «o lo uno o lo otro».

¡Decidí entonces dedicarme a la política!

[61] Aquí de nuevo se muestra a los defensores de las Termópilas como al prototipo de la valentía alemana en la Gran Guerra. La cita de Hitler es una variación del verso grabado en el monumento erigido en las Termópilas en memoria de Leónidas y sus soldados espartanos que cayeron defendiendo el paso. Según Heródoto, que afirmaba haber visto personalmente la inscripción, el texto original podría traducirse literalmente así: «Caminante, ve y cuenta a los espartanos, que sus hijos cayeron aquí en cumplimiento de su ley». (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*) Véase también nota 37. Primera Parte, Cap. III «Reflexiones políticas sobre la época de mi permanencia en Viena». (N. del T.)

Capítulo VIII
EL INICIO DE MI ACTIVIDAD POLÍTICA

A finales de noviembre de 1918 volví a Múnich para incorporarme de nuevo al batallón de reserva de mi regimiento que se encontraba entonces sometido al «Consejo de Soldados». Allí el ambiente me fue tan repugnante que opté por retirarme cuanto antes. En compañía de un leal camarada de guerra, Schmiedt Ernst, me trasladé a Traunstein, donde permanecí hasta la disolución del campamento.

En marzo de 1919 regresamos a Múnich.

La situación en esta ciudad se había hecho insostenible y tendía irremediablemente a la continuación del movimiento revolucionario. La muerte de Eisner[62] sólo precipitó los acontecimientos, terminando, finalmente, en una dictadura soviética, o mejor dicho, en una provisional hegemonía judaica, tal y como la habían soñado en sus orígenes los promotores de la Revolución.

Durante esta época, infinidad de planes pasaron por mi mente. Días enteros meditaba sobre lo que podía hacer, pero llegaba siempre a la conclusión de que, debido al hecho de ser yo un desconocido, no reunía los requisitos indispensables para garantizar el éxito de cualquier actuación. Más adelante volveré a hablar sobre los motivos que me indujeron a no afiliarme a ningún partido de los existentes.

En el curso de la nueva revolución soviética[63] o República de los Consejos, mis primeras actividades pronto me costaron la mala voluntad del Consejo Central. En efecto, la mañana del 27 de abril de 1919 debía ser arrestado, pero los tres sujetos encargados de cumplir la orden no tuvieron suficiente valor ante mi fusil preparado, y se marcharon como habían venido.

Pocos días después de la liberación de Múnich fui destinado a la comisión investigadora de los sucesos revolucionarios del 2° Regimiento de Infantería.

Ésta fue mi primera actuación de carácter más o menos político.

Algunas semanas más tarde recibí la orden de tomar parte en un curso que se celebraba para los miembros del Ejército. En este curso el soldado debía adquirir ciertos fundamentos básicos acerca del pensamiento cívico. Para mí este acto tuvo la importancia de brindarme la oportunidad de conocer a algunos camaradas que pensaban como yo y con los cuales pude intercambiar detenidamente ideas sobre la situación reinante. Todos sin excepción participábamos del firme convencimiento de que no serían los partidos políticos del crimen de noviembre, es decir, el Partido del Centro y el Socialdemócrata, los que salvarían a Alemania de la ruina inminente. Por otra parte, sabíamos también que las llamadas asociaciones nacional-burguesas jamás serían capaces de reparar, aun animadas de la mejor voluntad, lo ya sucedido. Faltaba una serie de condiciones esenciales, sin las cuales tal labor no era posible. El correr del tiempo demostró lo acertado de nuestras opiniones.

---

[62] Kurst Eisner (1867-1919). Editor del *Vorwärts* desde 1899 hasta 1905. En 1917 se unió al Partido Social-demócrata Independiente. El 7 de noviembre de 1918 lideró la revolución de Múnich, que hizo caer la monarquía de Baviera y se declaró primer ministro de un gobierno de la mayoría y de socialistas independientes. Fue asesinado el 21 de febrero de 1919. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

[63] La palabra soviético o *soviet* hace referencia a una asamblea o consejo de trabajadores. Inicialmente el término se refería a la asociación de soldados, campesinos y obreros en la consolidación de la Revolución Bolchevique de 1917. Baviera fue gobernada brevemente, desde el 6 de abril hasta el 3 de mayo de 1919, como una República soviética. (N. del T.)

De ahí que en nuestro pequeño círculo surgiese la idea de formar un nuevo partido. Los principios que entonces nos inspiraron fueron los mismos que más tarde iban a aplicarse prácticamente en la organización del Partido Alemán de los Trabajadores. El nombre del movimiento que se iba a crear debía ofrecer desde un principio la posibilidad de acercamiento a la gran masa, pues faltando esta condición, toda labor resultaría infructuosa e inútil. Así es como nos vino a la mente el nombre de «Partido Social Revolucionario», y esto porque los principios sociales de la nueva organización significaban realmente una revolución.

La causa fundamental radicaba, sin embargo, en lo siguiente:

Como anteriormente ya me había ocupado del estudio de los problemas económicos, mi interés por éstos quedó circunscrito a los límites que corresponden al análisis de la cuestión social en sí. Sólo después se amplió este marco gracias al examen que hice de la política aliancista del Reich que, en buena parte, fue el resultado de una errónea apreciación de la economía nacional, así como de la falta de un cálculo claro sobre las posibles condiciones básicas de la subsistencia del pueblo alemán en el futuro. Todas estas ideas descansaban en la creencia de que, en todo caso, el capital no sería más que el resultado del trabajo, y que por eso, el capital se hallaría sometido, como el trabajo mismo, a las fluctuaciones de todos aquellos factores que fomentan o dificultan la actividad humana. Pues desde este punto de vista, la importancia nacional del capital depende tan enteramente de la grandeza, de la autonomía y del poder del Estado, es decir, de la Nación, que es esta dependencia del capital la que debe conducir al desarrollo del Estado y de la Nación, desde el instinto de conservación y de reproducción respectivamente. Esa sola subordinación del capital a un Estado independiente y libre, obligaría a aquél a actuar por su parte en favor de esa soberanía, poder, capacidad, etc., de la Nación.

Bajo estas condiciones era relativamente sencilla y fácil la misión del Estado con respecto al capital: se debía cuidar únicamente de que éste se mantuviera al servicio del Estado y no pretendiese convertirse en el amo de la Nación. Esta postura debía entonces ceñirse a dos líneas generales de actuación: por una parte, conservar una economía nacional vital y autónoma y, por otra, garantizar los derechos sociales del obrero.

Al principio no había podido yo distinguir con la claridad deseada la diferencia existente entre el capital propiamente dicho, resultado del trabajo productivo, y aquel capital cuya existencia y naturaleza descansan exclusivamente en la especulación. Me hacía falta pues, un primer impulso que aún no me había llegado.

Este impulso lo recibí al fin, de la manera más minuciosa, gracias a uno de los varios conferenciantes que actuaron en el ya mencionado curso del 2° Regimiento de Infantería: Gottfried Feder[64].

Por primera vez en mi vida, asistí a una exposición de principios relativos al capital internacional, en lo que respecta a las transacciones de la bolsa y los préstamos.

Después de escuchar la primera conferencia de Feder, quedé convencido de haber encontrado la clave de una de las premisas esenciales para la fundación de un nuevo partido.



[64] Gottfried Feder nació en Würzburg en 1883. Ingeniero de profesión, en 1917 fundó la *Deutscher Kampfbund zur Brechung der Zinsknechtschaft* (Liga alemana contra la servidumbre del interés). Se convirtió en miembro nacionalsocialista del *Reichstag* en 1924. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)
Fue miembro permanente de la Thulegesellschaft (Orden de Thule), autor del *Manifiesto para el quebrantamiento de la servidumbre del interés del dinero*. Puesto en práctica por Hitler, una vez en el poder en Alemania, significó el fin del capitalismo internacional, basado en la usura del interés, y el fin del poder judío. El capital internacional, amenazado de muerte, y el gobierno mundial de los Sabios de Sión, hicieron estallar la Segunda Guerra Mundial contra la Alemania Nacionalsocialista. (Nota de *Mi Lucha*, 1996, *op. cit.*)

En mi opinión, el mérito de Feder consistía en haber sabido definir rotundamente el doble carácter del capital, bancario y bursátil, y de haber puesto a su vez al descubierto la eterna condición de su razón de ser: el interés.

Las exposiciones de Feder eran tan acertadas en los problemas fundamentales, que sus críticos dudaban menos de la exactitud teórica de la idea, que de la posibilidad de su aplicación práctica. De esta forma, aquello que a los ojos de otros era considerado el lado débil de las ideas de Feder, constituía para mí su punto más fuerte.



No es tarea del teórico establecer el grado posible de realización de una idea, sino el saber exponerla; es decir, que el teórico tiene que preocuparse menos del camino a seguir, que de la finalidad perseguida. Lo decisivo es, pues, la exactitud de una idea en principio y no la dificultad que ofrezca su realización. Así, en cuanto el teórico intente tomar en consideración las llamadas «conveniencia» y «realidad» en lugar de la verdad absoluta, su trabajo dejará de ser un referente para la Humanidad, para transformarse en una receta cotidiana. El teórico de un movimiento ideológico es el que fija la finalidad del mismo; el político, el que aspira a realizarla. El primero se subordina en su modo de pensar a la verdad eterna, en tanto que el segundo somete su manera de obrar a la realidad práctica. La grandeza de uno reside en la verdad absoluta y abstracta de su idea; la del otro, en la actitud correcta en que se coloca con relación a los hechos y al aprovechamiento útil de los mismos, para lo cual le servirá de guía el objetivo del teórico. Mientras se considere que la piedra de toque en la relevancia de un político lo constituyen el éxito de sus planes y acciones, es decir, la realización de los mismos, nunca podrá triunfar la ejecución del último propósito del teorizante, pues al pensamiento humano sólo le es dado comprender las verdades y sostener objetivos claros; sin embargo, la realización completa de los mismos estará abocada al fracaso por la general imperfección e insuficiencia humana. Cuanto más abstractamente cierta, y por tanto, más formidable sea una idea, tanto más imposible se vuelve su realización, en tanto que ésta dependa de criaturas humanas. Es por eso que no se debe medir la importancia del teórico por el cumplimiento de sus fines, sino por la verdad de los mismos y por la influencia que ellos tuvieron en el desarrollo de la Humanidad. Si no fuera así, los fundadores de religiones no podrían ser considerados entre los mayores hombres de este mundo, por cuanto la realización de sus intenciones éticas nunca será del todo completa. Incluso la religión del amor, en su acción, no es más que un reflejo débil de la voluntad de su sublime fundador; su importancia, por consiguiente, reside en las directrices que ella procuró imprimir en el desarrollo general de la cultura y de la moralidad entre los hombres.

La gran diferencia entre las funciones del teórico y las del político, es uno de los motivos por los que casi nunca se encuentra una unión de ambas en una misma persona. Esto se aplica sobre todo al llamado político de «éxito» de pequeño porte, cuya actividad *de facto* no es nada más que el «arte de lo posible», como modestamente Bismarck denominaba a la política. Cuanto más libre se mantenga el político de grandes ideas, tanto más fáciles, comunes, rápidos y también visibles serán sus éxitos. Aunque también es verdad que éstos éxitos están destinados al olvido de los hombres y, a veces, no llegan ni a sobrevivir a la muerte de sus creadores. La obra de tales políticos no tiene, de modo general, valor alguno para la posteridad, pues su éxito actual reposa en el

alejamiento de todos los problemas e ideas grandiosas que como tales hubieran sido de gran valor para las generaciones venideras.

La realización de ideas destinadas a tener influencia sobre el futuro es poco lucrativa para sus defensores y muy raramente comprendida por la gran masa. A ésta le interesan más las reducciones de precio en la cerveza y en la leche, que los grandes planes a largo plazo cuya realización sólo podrá efectuarse más adelante y cuya utilidad, al final, sólo beneficiará a la posteridad.

Es así como, por una cierta vanidad —la cual está siempre emparentada con la estupidez—, la mayoría de los políticos se aparta de los proyectos de futuro realmente difíciles, para no perder la simpatía momentánea de la gran masa. El éxito y la importancia de ese político residen exclusivamente en el presente, resultando imperceptibles para la posteridad. Estas cabezas huecas poco suelen avergonzarse de esto; al contrario, se sienten orgullosos de ello.

Diferente es la situación del teórico. Su importancia casi siempre radica en el futuro, por eso no es raro que se le considere un lunático. Pues si el arte del político es considerado el arte de lo posible, del idealista se dice que forma parte de aquellos que sólo agradan a los dioses cuando anhelan o quieren lo imposible. Él tendrá casi siempre que renunciar al reconocimiento del presente, adquiriendo por ello, en el caso de que sus ideas sean inmortales, la gloria de la posteridad.

Sólo tras largos períodos en la historia de la Humanidad puede acontecer que el político y el idealista se reúnan en la misma persona. Cuanto más íntima fuese esa unión, tanto mayores serán las resistencias opuestas a la acción del político. Éste no trabaja ya más para satisfacer las necesidades de todo pequeño burgués que se presente, sino por unos objetivos que sólo pocos comprenden. Es por eso que su vida es blanco del amor y del odio. La protesta del presente, que no comprende al hombre, está en conflicto con el reconocimiento de la posteridad por la cual él trabaja.

Pues cuanto mayores sean las obras de un hombre por el futuro, tanto menos serán éstas comprendidas por el presente; tanto más dura será la lucha, y por último tanto más raro el éxito. Si en años nada le sonríe, es posible que en sus últimos días le circunde un tenue halo de gloria venidera. Ciertamente, esos grandes hombres son los corredores del maratón de la Historia. La corona de laurel del presente se pone únicamente en las sienes del héroe moribundo.

Entre éstos se encuentran los grandes luchadores que, incomprendidos por el presente, están decididos a luchar por sus ideas e ideales. Son éstos los que, tarde o temprano, tocarán el corazón del pueblo; hasta parece como si cada uno sintiera el deber de reparar del pasado las faltas que el presente causó a los más grandes. Su vida y acción están acompañadas por una admiración conmovedoramente grata, lo que consigue, sobre todo en los días de tristeza, levantar corazones destrozados y almas desesperadas.

Pertenecen a esta clase no sólo los grandes estadistas, sino también los grandes reformadores. Al lado de Federico el Grande, figura aquí Martín Lutero, así como Richard Wagner.

En la primera conferencia de Gottfried Feder sobre «la abolición de la servidumbre del interés», me di cuenta inmediatamente de que se trataba de una verdad teórica de trascendental importancia para el futuro del pueblo alemán. La separación radical entre el capital bursátil y la economía nacional ofrecía la posibilidad de oponerse a la internacionalización de la economía alemana, sin comprometer al mismo tiempo, en la lucha contra el capital, la base de una autónoma conservación nacional. Yo ya veía demasiado claro el desarrollo de Alemania, como para no saber que la lucha más intensa

ya no debía dirigirse contra los pueblos enemigos, sino contra el capital internacional. En las palabras de Feder descubrí un lema grandioso para esta lucha que había de venir. El curso de acontecimientos ulteriores debió encargarse de probarnos cuán cierta fue nuestra previsión de aquel tiempo. Los «sabios» de nuestra política burguesa ya no se burlan hoy de nosotros; ellos mismos ven hoy —siempre que no se trate de deliberados mentirosos— que el capital bursátil internacional no sólo fue el mayor instigador de la guerra, sino que también ahora en la post-guerra no cesa en su empeño de hacer de la paz un infierno.

El combate contra la alta finanza internacional se convirtió en el punto programático más importante de la lucha de la Nación alemana por su independencia económica y por su libertad.

En cuanto a las apreciaciones hechas por los llamados hombres prácticos, se les puede responder de la siguiente manera: todos los recelos relativos a las terribles consecuencias económicas provenientes de la abolición de la «esclavitud del interés» son superfluos; pues en primer lugar, todas las fórmulas económicas hasta entonces empleadas habían dado muy malos resultados al pueblo alemán. Las actitudes en relación a la autoafirmación nacional nos recordaban vivamente los juicios pronunciados en épocas anteriores por expertos similares, por ejemplo, la de la Junta Médica Bávara, en relación a la cuestión de la implantación del ferrocarril. Todos los temores de esa sabia corporación —como es sabido—, no se cumplieron; los pasajeros del nuevo «caballo a vapor» no se mareaban, ni tampoco los espectadores, y se prescindió finalmente de las vallas de madera destinadas a hacer invisible esa nueva creación. Sólo se conservaron para la posteridad las «barreras» en las cabezas de aquellos llamados expertos.

En segundo lugar se debe tomar nota de lo siguiente: toda idea, por buena que sea, se vuelve peligrosa cuando se la imagina como una finalidad en sí misma, pues en realidad, aquella no es más que un medio para un fin. Para mí y para todos los verdaderos nacionalsocialistas no existe más que una doctrina: Pueblo y Patria.

El objetivo por el cual tenemos que luchar es el de asegurar la existencia y el incremento de nuestra Raza y de nuestro pueblo; el sustento de sus hijos y la conservación de la pureza de su sangre; la libertad y la independencia de la Patria, para que nuestro pueblo pueda llegar a cumplir la misión que el Supremo Creador le tiene reservada.

Todo pensamiento y toda idea, toda enseñanza y toda sabiduría, deben servir a ese fin. Todo debe ser examinado bajo ese punto de vista y utilizado o desechado según su conveniencia. Así es como no existe teoría que se pueda imponer como doctrina de destrucción, pues todo tiene que servir a la vida.

Fue así como los dogmas de Gottfried Feder me incitaron a ocuparme con más detenimiento de estos asuntos, que yo tan poco conocía.

Nuevamente comencé a enriquecer mis conocimientos y llegué a penetrar en el contenido de la obra del judío Karl Marx. Su libro *El capital* empezó a hacérseme comprensible y, asimismo, la lucha de la socialdemocracia contra la economía nacional; lucha que no persigue otro objetivo que preparar el terreno para la hegemonía del capitalismo internacional.



En otro sentido, estos cursos fueron de gran trascendencia para mí.

Cierto día, tomé parte en una discusión refutando a uno de los concurrentes que se creyó obligado a romper una lanza a favor de los judíos, y que comenzó a defenderlos en una larga exposición. La gran mayoría de los miembros presentes en el curso aprobó mi punto de vista. El resultado fue que días después se me destinó a un regimiento de la guarnición de Múnich con el carácter de «oficial instructor».

La disciplina de la tropa en aquel tiempo dejaba aún mucho que desear. Perduraban todavía los efectos secundarios de la época del Consejo de Soldados. Sólo paulatina y cuidadosamente se podía volver a inculcar disciplina militar y subordinación en lugar de «voluntaria obediencia», que era como se solía llamar al estado de corrupción que reinaba en la época de Kurt Eisner. La tropa debía aprender a pensar y sentir nacional y patrióticamente. Tal era la orientación de mi nuevo campo de actividad.

Comencé mi labor con ahínco y pasión. Se me ofreció la oportunidad de hablar delante de un auditorio mayor, y aquello que siempre supuse por puro sentimiento, se realizó: sabía «hablar». También la voz había mejorado bastante, hasta el punto de hacerme oír suficientemente en todos los rincones de la pequeña estancia.

No había misión que me hiciera más feliz que ésa, pues ahora, antes de mi salida, podría prestar servicios útiles a la institución que tan de cerca me tocaba el corazón: el Ejército.

Puedo decir que mi actuación fue coronada por el éxito: en el curso de mis conferencias pude volver a reconducir por el verdadero camino de su pueblo y de su patria a muchos cientos, quizá miles de camaradas. «Nacionalicé» la tropa y así me fue dado consolidar en general el espíritu de disciplina.

También aquí conocí un grupo de camaradas que más tarde debieron ayudarme a cimentar las bases del nuevo Movimiento.

Capítulo IX
EL PARTIDO ALEMÁN DE LOS TRABAJADORES

Cierto día recibí de mi superior la orden de investigar el carácter de una organización de apariencia política que, bajo el nombre de Partido Alemán de los Trabajadores, tenía el propósito de celebrar una asamblea en los próximos días y en la cual hablaría también Gottfried Feder. Me dijo que debía presentarme allí para después dar un informe acerca de aquella organización.

Más que explicable era la curiosidad que en el Ejército se sentía entonces por todo lo relacionado con los partidos políticos. La Revolución había concedido al soldado el derecho a actuar en política, derecho del cual se servían en mayor escala justamente los menos capacitados. Tan pronto como el Partido de Centro y la socialdemocracia llegaron a darse cuenta —muy a su pesar— que las simpatías del soldado, alejándose de los partidos revolucionarios, comenzaban a inclinarse hacia el movimiento de restauración nacional, surgió en ellos la conveniencia de volver a privar a la tropa del derecho de voto y prohibirles toda actividad política.

Era obvio que el Centro y el marxismo echasen mano de esas medidas, pues si no se hubiese procedido al recorte de los «derechos cívicos» —como se acostumbraba a denominar a la igualdad de derechos políticos de los soldados después de la Revolución— no habría aparecido, pocos años después, el llamado Gobierno de Noviembre y, consecuentemente, se habría evitado esa deshonra y vergüenza nacional. La tropa estaba por aquel entonces, en el mejor camino de librar a la Nación de los cómplices y sanguijuelas que interiormente trabajaban para la *Entente.* El hecho de que incluso los llamados partidos nacionales concordasen entusiasmados con la modificación del programa de los criminales de Noviembre, contribuyó para convertir al Ejército en un instrumento ineficaz de resurrección nacional, demostrando una vez más hasta dónde pueden llevar las ideas exclusivamente doctrinarias de los más ingenuos de entre los ingenuos. Esta burguesía, afectada realmente de senilidad, creía en serio que el Ejército volvería a ser lo que fue, esto es, un baluarte de la capacidad defensiva alemana; en tanto que el Partido de Centro[65] y el marxismo, sólo pensaban que era preciso romperle al Ejército la peligrosa arma del nacionalismo. Pues sin este espíritu nacional, un Ejército queda eternamente reducido a la condición de una fuerza policial que representa a una tropa incapaz de enfrentarse con el enemigo; y esto fue algo que el futuro se encargó de demostrar hasta la saciedad.

¿Pensarían, por ventura, nuestros «políticos nacionales», que la transformación de la mentalidad del Ejército se pudiese modificar en otro sentido que no fuera el nacional?

Ésa era la miserable mentalidad de esos señores, y eso proviene del hecho de que ellos, en vez de haber combatido como soldados en el frente, se quedaron en sus cómodas posiciones como charlatanes, esto es, como parlamentarios, no teniendo la más mínima idea de lo que sucedía en los corazones de hombres que la posteridad reconocerá como los primeros soldados del mundo.

Me decidí pues a visitar la ya mencionada asamblea del Partido Obrero Alemán, el cual hasta entonces me era totalmente desconocido.

[65] Partido católico. (Nota de *Mi Lucha*, 1996, *op. cit.*)

Cuando llegué por la noche al salón de invitados de la antigua cervecería Sternecker de Múnich —la cual se debería convertir más tarde en histórica para nosotros—, encontré allí unas 20 ó 25 personas, la mayoría, gente de los más bajos estratos populares.

La conferencia de Feder ya me era familiar de los tiempos en que frecuentaba sus cursos, por lo que pude dedicar más tiempo a observar la propia asociación.

La impresión que tuve no fue ni buena ni mala; una asociación recién fundada como muchas otras. Estábamos justamente en una época en la que todo el mundo se juzgaba habilitado para fundar un nuevo partido, debido a que a nadie le agradaba el rumbo que tomaban las cosas y los partidos existentes no merecían ninguna confianza. Por doquier aparecían nuevas asociaciones que luego desaparecían sin dejar el menor rastro a su paso. Generalmente, los fundadores no tenían la menor idea de lo que era transformar una asociación en un partido o incluso iniciar un movimiento. Naufragaban así estas creaciones, casi siempre por su ridícula estrechez de ideas.

No fue de modo diferente como juzgué al Partido Alemán de los Trabajadores después de asistir, durante dos horas, a una de sus sesiones. Quedé satisfecho cuando Feder terminó su discurso. Ya había visto suficiente y me disponía a salir de allí, mas me indujo a permanecer allí el anuncio de que habría tribuna libre. Al principio la discusión parecía sin importancia, hasta que de pronto, un profesor tomó la palabra para dudar de la certeza de los fundamentos de las tesis de Feder, acabando —después de una enérgica réplica de éste— por situarse en el terreno de las «realidades» y recomendar encarecidamente al nuevo partido, como punto capital de su programa, la lucha de Baviera para su separación de Prusia. Con desvergonzado aplomo afirmaba aquel hombre que en tales circunstancias la parte germana de Austria se adheriría inmediatamente a Baviera; que las condiciones de paz impuestas por los Aliados serían mejores y otros absurdos más. No pude menos que tomar la palabra para dejarle oír al sesudo profesor mi opinión sobre este punto, con el resultado de que antes incluso de que yo concluyese de hablar, mi interlocutor abandonó el local como un perro escaldado. Cuando hablé, la asistencia me había escuchado llena de asombro, y cuando me dispuse a despedir a la asamblea y retirarme, uno de los asistentes se dirigió a mí, se presentó (no pude comprender bien su nombre) y colocó en mis manos un pequeño fascículo —evidentemente un folleto político—, con la petición insistente de que lo leyera.

Para mí eso fue muy agradable, pues era de esperar que, por ese medio, pudiese conocer de manera más fácil aquella aburrida sociedad, sin tener después que asistir a sesiones tan «interesantes». Por lo demás, tuve una buena impresión de este aparente obrero. Con esto me retiré.

En aquel tiempo yo vivía en el cuartel del 2° Regimiento de Infantería, en un pequeño cubículo que lucía, todavía bien ostensibles, las señales de la Revolución. Durante el día estaba fuera, la mayor parte de las veces en el regimiento de tiradores nº 41, o bien en reuniones o en conferencias de otras unidades del Ejército, etc. Solamente de noche me recogía en mis aposentos. Como tenía la costumbre de madrugar antes de las cinco de la mañana, me divertía jugando con los ratoncillos que paseaban por mi cuarto, tirándoles pedacitos de pan que habían sobrado de la víspera, y contemplando como esos graciosos animalitos se disputaban los sabrosos manjares. Tantas veces había pasado miseria, que bien podía imaginar lo que era el hambre y, por tanto, el placer de aquellos animalitos.

Sobre las cinco de la mañana del día siguiente de aquella reunión, estaba tumbado despierto, contemplando el movimiento de los ratoncillos. Como no podía

conciliar el sueño, me acordé de repente de la noche anterior, y me vino a la cabeza el folleto que aquel obrero me había entregado. Comencé a leerlo. Era un pequeño folleto en que el autor, el susodicho obrero, describía la manera por la cual él había llegado de nuevo al pensamiento nacionalista, a través de la confusión marxista y de las frases huecas de los sindicatos. De aquí su título, *Mi despertar político*[66]. Desde el principio el librito me interesó, pues en él se relataba un fenómeno que hacía doce años yo ya había experimentado. Involuntariamente, vi cómo se avivaban las líneas maestras de mi propia evolución. Durante el día pensé sobre el tema varias veces, e iba a dejarlo de lado finalmente cuando, no habiendo transcurrido aún una semana, recibí para mi sorpresa una tarjeta en la que se me anunciaba haber sido admitido en el Partido Alemán de los Trabajadores y que, para dar mi respuesta, se me instaba a concurrir el miércoles próximo a una reunión del Comité del partido.

Ciertamente me sentí bastante asombrado de ese procedimiento de «ganar» prosélitos, y no supe si tal cosa debía causarme enfado o alegría. Jamás se me había ocurrido incorporarme a un partido ya formado, puesto que yo mismo anhelaba fundar uno propio. Esa pretensión de afiliarme a un partido ni se me había pasado por la cabeza.

Estuve a punto de comunicarles por escrito mi negativa, pero me pudo la curiosidad y decidí presentarme el día indicado para exponer personalmente mis razones.

Y llegó el miércoles. El local donde debía realizarse la anunciada reunión era el restaurante Das Alte Rosenbad, situado en la Herrnstrasse. Era un local modesto, donde sólo de cuando en cuando, aparecía algún alma en pena. En 1919 eso no era de extrañar, pues incluso la recepción de los mayores hoteles era poco atrayente, dada su modestia y exigüidad. Este hotel, sin embargo, yo no lo conocía.

Atravesé el salón mal iluminado en el que no había ni un alma, busqué la puerta que daba a un cuarto lateral y me encontré delante de la «asamblea». Bajo la media luz que proyectaba una vieja lámpara de gas, se hallaban sentados en torno a una mesa cuatro hombres jóvenes, entre los que se encontraba el autor del pequeño folleto, el cual me saludó inmediatamente de la manera más cordial, y me dio la bienvenida como nuevo miembro del Partido Alemán de los Trabajadores.

Quedé sorprendido cuando se me informó que el Presidente del partido para todo el Reich vendría en seguida, y que por este motivo, se me insinuaba retardar mi exposición. Al fin llegó el esperado presidente: era el mismo que presidió la asamblea en ocasión de la conferencia de Feder.

Entre tanto, mi curiosidad había vuelto a crecer y esperaba impaciente el desenlace de la reunión. Previamente se me hizo conocer los nombres de los concurrentes. El presidente de la organización del Reich era un tal señor Harrer[67] y el de la organización local de Múnich, Anton Drexler.

Luego se procedió a la lectura del acta de la última sesión, dando un voto de agradecimiento al conferenciante. Después llegó el informe de cuentas. La sociedad poseía un total de 7 marcos y 50 *pfennigs*, por los que el tesorero recibió un voto de confianza general. Este hecho se hizo constar en el acta. A continuación, el presidente trató sobre las respuestas a una carta de Kiel, a una de Düsseldorf y a una de Berlín.

Todos concordaban con las respuestas presentadas. Después se procedió a la notificación de la correspondencia recibida: una carta de Berlín, una de Düsseldorf y

---

[66] Anton Drexler, *Mein Politisches Erwachen* (Mi despertar político), publicado por Boepple en Munich, 1920. Drexler fue el fundador y el espíritu guía del *Deutsche Arbeiterpartei*. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

[67] Karl Harrer, periodista del liberal *Münchener-Augsburger Abendzeitung*, en ese tiempo nacionalista alemán. Devengaba el título de presidente del *Reich* del partido. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

otra de Kiel, cuya recepción pareció provocar gran alegría. Se consideró ese constante aumento de correspondencia como la mejor y más visible señal de expansión e importancia del Partido Alemán de los Trabajadores. A continuación, tuvo lugar un largo debate sobre las nuevas respuestas que se darían.

Horrible, sencillamente horrible. Esto no era más que una asociación de la peor especie. ¿En ese club era donde debería entrar? Después se pasó a discutir la aceptación de nuevos miembros, es decir, que debía deliberarse sobre el caso de la «captura» de mi persona.

Comencé por orientarme sobre los detalles de la organización del partido, pero aparte de algunos principios, no existía nada: ningún programa, ni un volante de propaganda, en fin, nada impreso; tampoco tenían carnets para los miembros del partido, ni siquiera un simple sello. En realidad sólo contaban con la fe y la buena voluntad.

Desde aquel momento desapareció para mí todo motivo de hilaridad y tomé la cosa en serio, pues ante todos esos defectos que constituyen la señal típica de una absoluta incapacidad y del completo fracaso de todos los partidos actuales, de sus programas, de sus intenciones y de sus actividades, ¿cuál era la diferencia allí? Lo que inducía a esos jóvenes a reunirse de esa manera aparentemente tan ridícula no era nada más que el eco de su voz interior que, más por instinto que de forma consciente, les hacía creer que el conjunto de partidos que existían entonces no eran los idóneos para garantizar el resurgimiento de la nación alemana, ni la cura de sus males internos. Eché un rápido vistazo a las directrices que estaban presentadas a máquina, hallando en ellas más bien una búsqueda, en lugar de unos conceptos fijos. Había muchas ideas vagas y poco claras; mucho faltaba, y no existía nada que podría haberse considerado como un indicio de unas ideas combativas.

Lo que aquellos hombres sentían lo sentía también yo: era el ansia hacia un nuevo movimiento que fuese algo más de lo que hasta entonces era un partido, en el sentido corriente de la palabra.

Cuando aquella noche regresé al cuartel, tenía mi juicio formado con respecto a esa asociación.

Me hallaba, seguramente, frente a la más grave cuestión de mi vida: ¿Declarar mi adhesión o resolverme por la negativa?

La razón sólo podía aconsejarme rechazar la propuesta; el sentimiento, por el contrario, no me dejó tranquilo, y cuantas más veces trataba de convencerme de la estupidez de todo aquello, tanto más me inclinaba hacia esa asociación.

Los días siguientes fueron de desasosiego.

Comencé a pensar en los pros y los contras. Hacía mucho tiempo que estaba decidido a tomar parte activa en la política. Para mí, estaba claro que eso solamente se produciría a través de un nuevo movimiento, sólo que me había faltado hasta entonces un impulso para la acción. No pertenezco a la categoría de personas que comienzan hoy una cosa para, al día siguiente, abandonarla o pasar a otra. Justamente esa convicción era el motivo principal por el que tanto me costó decidirme por esta reciente creación, la cual, o debía serlo todo, o sino mejor que no se hiciese. Sabía que en mí, ésta debía ser una decisión para siempre y que no había posibilidad de dar marcha atrás; se trataba, pues, no de un juego pasajero, sino de algo muy serio. Ya entonces tenía una aversión instintiva por las personas que todo lo comenzaban sin terminar nunca nada. Aquellos metomentodo me resultaban odiosos. Consideraba la actividad de aquellas criaturas peor aún que la ociosidad.

Hasta el Destino parecía estar dándome una señal. Nunca me había adherido a uno de los grandes partidos existentes y más adelante explicaré claramente los motivos. Aquella risible creación con sus contados socios, me parecía tener por lo menos la ventaja de no estar todavía petrificada como una «organización» y de ofrecerle al individuo la posibilidad de desenvolver una actitud personal efectiva. Aquí todavía se podía trabajar, y comprendí que cuanto más pequeño fuera el movimiento tanto más fácil resultaba encaminarlo bien. Aquí todavía se podía determinar el carácter, la finalidad y el método, cosa en principio impracticable en el caso de los partidos grandes.

Cuanto más reflexionaba, tanto más creció en mí la convicción de que precisamente en un pequeño movimiento como aquél, podía surgir un día la obra de la restauración nacional, pero jamás de los partidos parlamentarios aferrados a viejas concepciones decadentes o participantes de las conveniencias del nuevo régimen de gobierno.

Lo que aquí debía proclamarse era una nueva *Weltanschauung*, no un nuevo lema electoral.

En verdad era una decisión inmensamente difícil querer transformar una intención en realidad.

¿Qué antecedentes tenía yo para poder afrontar una cuestión de tal magnitud?

El hecho de estar carente de medios, de no poseer recursos financieros, parecía lo de menos; más difícil era superar la circunstancia de pertenecer yo a la categoría de los desconocidos, uno más entre millones, a los que el azar deja vivir o niega la existencia sin que el prójimo le dé la menor importancia. A todo ello se unía la dificultad derivada de mi falta de estudios.

La llamada «intelectualidad» ve con infinito desdén a todo aquel que no pasó por las escuelas oficiales para dejarse llenar de necesaria sabiduría. Nunca se pregunta: ¿Qué sabe el individuo?, sino: ¿Qué estudió? Para esas «cultas» criaturas más vale la cabeza hueca bien protegida de diplomas, que el más despierto de los muchachos al que le faltan estos costosos títulos. Era, pues, fácil para mí imaginar la manera por la que ese mundo «culto» se me opondría, y sólo me equivoqué por el hecho de considerar, todavía en aquel tiempo, a la mayor parte de los hombres mejores de lo que son en realidad.

Así como estos existen, hay también, como en todas partes, excepciones que naturalmente brillarán con mayor fulgor. Aprendí de ese modo a distinguir entre los eternos estudiantes y los verdaderos sabios.

Después de dos días de angustiosas cavilaciones y meditaciones, llegué al fin a la conclusión de que debía dar el paso.

Ésa fue sin duda la resolución más decisiva de toda mi vida. Retroceder no podía ni debía ser posible.

Me hice, pues, miembro del Partido Alemán de los Trabajadores y obtuve un carné provisional, marcado con el número 7.

Capítulo X
LAS CAUSAS DEL DESASTRE

El recorrido de la caída de cualquier cuerpo se mide siempre por la distancia entre su posición en ese momento y la que ocupaba anteriormente. Lo mismo acontece con la ruina de los pueblos y de los Estados. Por eso, la posición primitiva tiene una importancia capital. Sólo lo que se esfuerza por rebasar los límites generales podrá caer y arruinarse. A todos los que sienten y piensan, la ruina del Imperio se les aparece bajo un aspecto grave y horrible, pues el colapso se produjo desde una altura que, a la vista de los lamentos por las humillaciones actuales, difícilmente se podía imaginar.

La fundación del Reich fue como un suceso áureo por la grandiosidad del acontecimiento: exaltó a la Nación entera. Después de una serie incomparable de victorias y como premio al heroísmo inmortal, surgió al fin —para hijos y nietos— la realidad de un Reich[68]. Consciente o inconscientemente, poco importa, los alemanes estaban todos imbuidos del sentimiento de que el Imperio no debía su existencia a los manejos del Parlamento y sus partidos, sino, por el contrario, a la manera sublime con que fuera fundado, elevándose así muy por encima de la media de los otros Estados. El hecho festivo que anunció que los alemanes, príncipes y campesinos, estaban resueltos a fundar en el futuro un Imperio y de nuevo alcanzar la Corona Imperial como símbolo de sus glorias, no fue conmemorado a través del cacareo de un discurso parlamentario, sino por el retumbar de los cañones en el cerco de París. No se verificó a través de ningún asesinato, ni fueron desertores ni embusteros los que fundaron el Estado de Bismarck, sino los regimientos del frente.

Ese nacimiento único, así como su bautismo de fuego, eran ya, por sí solos, suficientes para envolver al Imperio en una aureola de gloria como sólo era posible que sucediese en pocos de los antiguos Estados.

¡Qué apogeo comenzó entonces!

La independencia exterior aseguraba el pan en el interior. La Nación aumentaba en número y era rica en bienes materiales, y la dignidad del Estado —y con él, la de todo el pueblo— se hallaba resguardada y garantizada por un Ejército que evidenciaba la diferencia entre la nueva situación y la de la antigua Confederación Germánica.

Tan profunda es la caída que afecta ahora al Reich y al pueblo alemán[69], que todos —como dominados por el vértigo— parecen haber perdido de pronto los sentidos y la razón.

Apenas es posible rememorar lo que fue la antigua hegemonía; llenos de ensueño y casi irreales parecen ahora la grandeza y el esplendor de aquellos tiempos, comparados con la miseria de hoy.

Sólo así se explica también que, cegados por lo que fue aquel apogeo, se hubiesen olvidado de buscar los síntomas del formidable desastre, que ya antes debieron haber existido latentes de alguna forma.

Naturalmente, esto es aplicable a aquellos para los cuales Alemania era algo más que un campo para ganar y despilfarrar dinero, pues sólo éstos pueden ver en la

[68] Por Bismarck, el 30 de enero de 1871. (Nota de *Mi Lucha*, 1996, *op. cit.*)
[69] La época que siguió a la Revolución marxista de 1918. (Nota de *Mi Lucha*, 1996, *op. cit.*)

situación actual una verdadera catástrofe, al paso que los otros sólo se preocupan por la satisfacción de sus apetitos, hasta entonces ilimitados.

Es indudable que esos síntomas existieron realmente; sin embargo, muy pocos trataron de deducir una cierta enseñanza de ese estado de cosas.

Ese estudio es hoy más necesario que nunca.

De la misma manera que sólo se consigue la salvación de un enfermo cuando la causa de la molestia es conocida, en la cura de las devastaciones políticas es preciso también conocer los antecedentes. Suele verse y descubrirse más fácilmente el síntoma externo de una enfermedad, que la causa interna de la misma. Ahí está la razón por la que tantas personas nunca consiguen pasar del conocimiento de los efectos externos, confundiéndolos de hecho con las causas, y llegando incluso a negar la existencia de las mismas. De ahí que aún hoy la mayoría de nosotros vea principalmente la causa del desastre alemán en la crisis económica general y en las consecuencias que se derivan de ella. Éstas afectan a casi todos personalmente, por lo que se convierten en razón de peso para que cada uno se haga idea de la magnitud de la catástrofe. No obstante, la gran masa sabe discernir todavía mucho menos la trascendencia político-cultural y moral del desastre; y aquí es donde para muchos se anulan por completo la sensibilidad y la razón.

Que esto ocurra en la gran masa es al fin comprensible, pero que también los círculos intelectuales consideren el desastre alemán primordialmente como una catástrofe económica y que, en consecuencia, esperen que la cura proceda de la economía nacional, es una de las causas que ha impedido hasta el presente la realidad de un resurgimiento.

Sólo cuando se llegue a comprender que también en este caso a la economía le corresponde únicamente un papel secundario, en tanto que otros factores políticos y de orden moral y racial tienen que considerarse primordiales, podrá comprenderse el origen del desastre actual, y con ello, encontrar también los medios y la orientación conducentes al saneamiento de la Nación.

El problema de la investigación de las causas de la ruina alemana es, pues, de importancia decisiva, sobre todo tratándose de un movimiento político cuyo objetivo debe ser la solución de la crisis.

En una investigación de esta naturaleza a través del pasado, se debe evitar confundir los hechos que más saltan a la vista con las causas menos visibles.

La explicación más sencilla y, por lo mismo, la mayormente difundida, consiste en afirmar que la guerra perdida constituye la razón de toda la desgracia reinante.

Probablemente muchos creen sinceramente en ese absurdo, pero en la mayoría de los casos, ese argumento no es más que una mentira consciente de aquellos que se arremolinan alrededor del comedero gubernamental.

¿No fueron justamente los heraldos de la Revolución los que declararon frecuentemente, y de la manera más ardorosa, que para la gran masa del pueblo el resultado de la guerra era indiferente?

¿No aseguraban ellos que, por el contrario, sólo el «gran capitalista» tenía interés en la finalización victoriosa de la monstruosa guerra y nunca el pueblo como tal, y mucho menos los trabajadores alemanes?

¿No proclamaban estos apóstoles de la confraternización universal justamente lo inverso, que con la derrota de Alemania sólo el militarismo sería vencido y que el pueblo asistiría a una magnífica resurrección?

¿No se elogió en esos círculos la generosidad de la *Entente*, y no se cargó toda la culpa de esta sangrienta guerra a Alemania?

¿Habríase podido hacer esa propaganda sin la certidumbre de que la derrota del Ejército no reportaría consecuencias para la vida de la Nación?

¿No fue el grito de guerra de la Revolución aquél que rezaba que, con ella, la victoria del pabellón alemán había sido evitada, pero sólo con ella la Nación alemana conseguiría completamente la libertad interna y externa?

¿No fue esto así, infames y mentirosos miserables?

Es propio de la desvergüenza del verdadero judío atribuir a la derrota militar la causa del desastre de la Nación. Mientras, el órgano central de todas las traiciones nacionales, el periódico *Vorwärts*[70] de Berlín, escribía que «¡Esta vez a la Nación alemana no le será permitido volver con su pabellón victorioso!»

¿Y ahora la derrota militar debía ser considerada como la causa de nuestra ruina?

Es evidente que no valdría la pena intentar luchar contra esos mentirosos desmemoriados. Y por eso mismo, yo no perdería una sola palabra con ellos de no ser por el hecho de que ese error absurdo era aplaudido por tanta gente irreflexiva, que no tenía porqué tener necesariamente una iniciativa de maldad o falsedad consciente. Además, estas discusiones deben ofrecer recursos que faciliten el discernimiento de nuestros partidarios, recursos esos muy necesarios en un tiempo en el que es habitual torcer el sentido de las palabras.

La respuesta a la afirmación de que la pérdida de la guerra es la causa de nuestros males actuales debe ser la siguiente:

Si bien es cierto que el haber perdido la guerra fue de terrible trascendencia para el futuro de nuestra Patria, ese hecho por sí solo no es una causa, sino a su vez la consecuencia de una serie de otras causas. Que el desgraciado fin de esa lucha a vida o muerte debió conducir a resultados desastrosos, era cosa perfectamente clara para todo espíritu perspicaz y exento de maldad. Lamentablemente, hubo hombres a quienes pareció faltarles esa perspicacia en el momento oportuno, y otros que, contrariamente a su propia convicción, pusieron esta verdad en duda y la negaron. Estos últimos fueron en su mayoría los que al ver cumplido su secreto anhelo debieron bruscamente darse cuenta de que ellos mismos habían contribuido a lo que en aquel momento era la catástrofe. Ellos y no la pérdida de la guerra son, pues, los culpables del desastre. En efecto, el haber perdido la guerra no fue más que el resultado de los manejos de aquellas gentes y no, como quieren afirmar ahora, la consecuencia de un mando «deficiente». Tampoco el Ejército enemigo estaba compuesto de cobardes; el adversario sabía también morir heroicamente. En número, fue superior al Ejército alemán desde el primer día de la guerra, y para su aprovisionamiento técnico tenía a su disposición los arsenales del mundo entero. Por consiguiente, es innegable el hecho de que las victorias alemanas, obtenidas en el curso de cuatro años de lucha contra todo un mundo, se debieron indudablemente, aparte del espíritu heroico y de la portentosa organización del Ejército alemán, a la probada capacidad de los jefes directores. Lo formidable de la organización y del mando del Ejército alemán no tiene precedentes en la Historia. Sus fallos se deben a la limitación de la resistencia humana.

El hecho de que ese Ejército fuera derrotado, no fue la causa de nuestra actual desdicha, sino sólo la consecuencia a otros crímenes; una consecuencia que, por sí sola, provocaría el comienzo de una mayor y más visible catástrofe.

La verdad de este aserto resulta de las siguientes razones:

---

[70] *Vorwärts*. Órgano oficial del Partido Social-demócrata alemán, fundado en 1884 bajo el nombre de *Berliner Volksblatt*. En el año 1890 pasó a llamarse *Vorwärts*. Wilhelm Liebknecht fue su director desde entonces hasta su muerte, en 1900. Se siguió publicando hasta el año 1933. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

¿Una derrota militar debe tener como consecuencia la ruina de una Nación y de su gobierno? ¿Desde cuándo es ésa la fatal consecuencia de una guerra perdida?

¿O es que las guerras perdidas deben ocasionar fatalmente la ruina de los pueblos que las pierden?

A todo esto se puede responder brevemente:

Esto se da siempre que la derrota militar testifique la corrupción moral de un pueblo, su cobardía, su falta de carácter, en fin, su condición de indignidad. No siendo así, la derrota militar se convertirá más bien en el estímulo para un futuro de mayor resurgimiento, en lugar de ser la lápida de la existencia nacional.

Numerosos son los ejemplos que la Historia ofrece para confirmar la verdad de esta afirmación.

La derrota militar del pueblo alemán no fue, por desgracia, una catástrofe inmerecida, sino la realidad de un castigo justificado por la ley de la eterna compensación. Esta derrota fue más que merecida. Sólo fue la máxima manifestación externa de descomposición, provocada por una larga serie de síntomas internos que, permanecieron ocultos para la gran mayoría de gente, o que nadie quiso advertir.

Obsérvense los efectos secundarios bajo los cuales el pueblo alemán aceptó esa catástrofe. ¿Acaso no se hicieron en muchos círculos, de forma desvergonzada, manifestaciones de regocijo por la desdicha de la Patria?

¿Quién haría eso si el pueblo no mereciese ese castigo? ¿Y no se llegó todavía más lejos y hubo gente que hasta se jactaba de haber logrado que el frente finalmente cediese? Eso no se debe al enemigo. Tal infamia se debe a los propios alemanes.

¿Acaso la infelicidad provoca la injusticia? ¿Cuándo en la historia, un pueblo llegó a atribuirse a sí mismo la culpabilidad de la guerra contrariando incluso su propia convicción y su mejor conocimiento de causa?

¡No, y otra vez no! La manera cómo el pueblo alemán aceptó su derrota permite juzgar muy claramente que la verdadera causa de nuestro desastre radicaba en otro estado de cosas y no en la pérdida netamente militar de algunas posiciones o en el fracaso de una ofensiva. Pues si realmente el frente hubiera caído y hubiera ocasionado con esto el destino fatal de la Patria, el pueblo alemán habría recibido la derrota de modo muy diferente. Entonces el infortunio que vino lo habríamos soportado apretando los dientes o bien quejándonos por el tremendo dolor. Rabia y cólera habrían llenado los corazones contra el adversario, convertido en vencedor por la malicia del azar o la voluntad del Destino. Entonces la Nación hubiese actuado como el Senado romano[71], que fue al encuentro de las legiones vencidas, con el agradecimiento de la Patria por el sacrificio hecho y con el llamamiento de que no perdiesen la Fe en el Imperio. La capitulación habría sido firmada con inteligencia, mientras el corazón del pueblo hubiera palpitado por la futura insurrección.

De esta forma la derrota habría sido aceptada como producto de la fatalidad. En tales circunstancias no se habría reído ni bailado; nadie se habría atrevido a ponderar la cobardía ni a glorificar la derrota; nadie se habría mofado de las tropas combatientes ni deshonrado sus banderas y estandartes. Y sobre todo, nunca se habría creado ese estado de ánimo que inspiró a un oficial inglés, el coronel Repington, a declarar de manera

[71] Por lo que hubiese acontecido en Alemania en 1918 si el famoso ejemplo del Senado romano se hubiese seguido, es interesante evocar la escena referida aquí en el 390 a.C. Los galos derrotaron totalmente a los ejércitos romanos en el río Alia y avanzaron hacia Roma. Encontraron la ciudad abandonada excepto por los senadores, quienes esperaban salvar el país con su propio sacrificio. En ese momento los senadores ordenaron colocar sus sillas de marfil en el foro, delante de los templos de los dioses, y, tomando asiento, cada uno vestido con su toga senatorial, esperaron a los victoriosos invasores. Tito Livio dice que cuando los galos llegaron al foro, contemplaron a aquellos venerables hombres sentados como si fuesen dioses, descendidos desde el cielo para proteger lo propio (Libro V, Cap. 4). Fue un noble gesto; aunque no impidió el saqueo de los invasores, el ejemplo resultó ser una inspiración para las siguientes generaciones. (N. del T.)

espantosa que «uno de cada tres alemanes era un traidor». ¡No! Esta pestilencia nunca habría alcanzado entonces aquellas proporciones tan considerables, que hicieron que desde hacía cinco años, el resto del mundo perdiera el último vestigio de respeto que tenía por nosotros.

Esto muestra claramente que la derrota militar no fue la causa de la ruina del país. El desastre militar fue el resultado de una serie de síntomas a una enfermedad que ya en los tiempos de paz afligía a la Nación alemana. Ésta fue la primera consecuencia catastrófica —visible para todos— de un envenenamiento moral, de un menoscabo del instinto de la propia conservación y de las condiciones inherentes a ella, que ya desde hacía muchos años había comenzado a minar los fundamentos de la Nación y del Reich.

Es propio de la hipocresía judaica y de su organización de lucha marxista, atribuir precisamente la culpabilidad de la derrota al hombre que, con energía y voluntad sobrehumanas, se empeñara en contener la catástrofe que ya él viera venir, a fin de ahorrarle a la Patria horas de humillación y de vergüenza. Al señalar a Ludendorff como responsable de la pérdida de la guerra, se arrebató el arma del derecho moral de manos del único acusador peligroso que hubiera podido erguirse contra los traidores de la Patria. Todo esto parte del correcto principio de que, en la grandeza de la mentira siempre existe una cierta razón para ser aquella más fácilmente creída, pues la masa popular, en sus más profundos sentimientos y aun sin ser mala consciente y deliberadamente, está menos corrompida y, debido a la ingenuidad primitiva de su carácter, es más frecuentemente víctima de las grandes mentiras que de las pequeñas, pues en pequeñas cosas ella también miente, pero de las grandes mentiras se avergüenza. Una mentira semejante nunca se le hubiera pasado por la cabeza, ni tampoco creería que alguien fuese capaz de la inaudita indecencia de tan infame calumnia. Incluso después de explicaciones sobre la misma, las masas, durante mucho tiempo, se mantienen en la duda, vacilando, aceptando al menos como verdadera cualquier otra razón, puesto que incluso de la más descarada mentira siempre queda algo de verdad; éste es un hecho que todos los grandes artistas de la mentira de este mundo conocen muy bien, aprovechándose por ello de la manera más infame.

Los mayores conocedores de las posibilidades del empleo de la mentira y de la calumnia fueron, en todos los tiempos, los judíos. Toda su existencia está construida sobre una gran mentira, pues tratan de demostrar al mundo que la cuestión judaica es una cuestión religiosa, cuando en realidad se trata simplemente de una cuestión de raza. ¡Y qué raza! Uno de los más grandes espíritus de la Humanidad perpetuó en una frase inmortal el juicio sobre ese pueblo, cuando los designó como «los mayores maestros de la mentira»[72]. Quien no reconoce esto o no quiere reconocerlo, no podrá nunca pretender la victoria de la verdad en este mundo.

Casi es posible considerar como designio favorable para el pueblo alemán, el que la época de su enfermedad latente fuera bruscamente acortada con tan terrible catástrofe; pues en el caso contrario, la Nación habría sucumbido de manera más lenta pero también con mayor certeza. La dolencia se hubiese hecho crónica, mientras que la fase aguda, como se presentó al producirse el desastre, se hizo por lo menos claramente visible a los ojos de muchos. No fue por casualidad por lo que el hombre dominó más fácilmente la peste que la tuberculosis. La una viene en olas violentas de muerte, arrasando la Humanidad; la otra en cambio, se desliza lentamente; una induce al terror, la otra a una paulatina indiferencia. Consecuencia lógica fue que el hombre afrontase la primera con todo el máximo de sus energías, en tanto que se empeñó en combatir la

[72] Sentencia atribuida a Schopenhauer. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*).

tuberculosis valiéndose solamente de medios débiles. Así, el hombre venció a la peste, mientras que la tuberculosis le venció a él.

El fenómeno es el mismo al tratarse de enfermedades que afectan al organismo de un pueblo. Cuando no se presentan bajo una forma catastrófica, toda la gente se acostumbra a ellas paulatinamente, para al final, después de un período más o menos prolongado, ser víctima de las mismas. Es pues una alegría, aunque sea amarga, que la Providencia haya decidido entrometerse en ese lento proceso de corrupción y, de un golpe rápido, se haya dispuesto a encarar el final de esta enfermedad. Esas catástrofes suceden a menudo, por eso deben ser vistas como causas para que se promueva la curación de la manera más decidida.

Pero incluso en tal caso, la condición previa vuelve a ser el reconocimiento de las causas íntimas que ocasionan el mal en cuestión.

Lo más importante es establecer la diferencia entre los responsables del mal y la situación provocada por ellos. Esto se volverá cada vez más difícil, cuanto más tiempo permanezcan los gérmenes de la enfermedad en el organismo del pueblo, y tanto más conscientes sean de su pertenencia al mismo. Puede suceder fácilmente que, después de un cierto tiempo, ciertos venenos sean vistos como una parte integrante del pueblo, o por lo menos admitidos como un mal necesario, por lo que así, la búsqueda del agente patógeno externo se considera inútil.

De esta forma, en los largos años de paz anteriores a la guerra se revelaron ciertas anomalías sin que nadie —salvo algunas excepciones— se preocupase por descubrir a sus responsables. Esas excepciones se produjeron principalmente en el dominio económico, que es el que a los individuos les impresiona más que cualquier otro.

Había muchos síntomas de decadencia que debieron incitar a serias reflexiones.



Desde el punto de vista económico, eran lógicas las siguientes observaciones:

A causa del frenético crecimiento de la población alemana antes de la guerra, el problema de la subsistencia se hizo cada vez más grave, ocupando el primer plano de toda orientación y de toda actividad política y económica. Desgraciadamente, no fue posible decidirse por la única solución eficaz que existía, sino que se creyó alcanzar la finalidad anhelada por medios más sencillos. El haber renunciado a la idea de adquirir nuevos territorios y optado por la descabellada idea de conquistar económicamente el mundo, debió conducir a la postre, a un grado de industrialización desmedido y perjudicial.

La primera consecuencia de significación trascendental, provocada por ese estado de cosas, fue el debilitamiento de la clase agricultora. En la misma proporción que se reducía aquella clase del pueblo, aumentaba la masa del proletariado en las ciudades, hasta finalmente, quedar roto el equilibrio.

Consecuentemente, se puso también en evidencia el brusco contraste entre el pobre y el rico. La ostentación y la miseria vivían tan cerca una de otra, que las consecuencias fueron y debieron ser lógicamente funestas. La pobreza y el paro creciente comenzaron su siniestro juego, sembrando el descontento y la irritación entre las gentes. El resultado fue la lucha política de clases. A pesar de todo el crecimiento económico, el enfado se fue haciendo cada vez más profundo, llegando a un punto en que se hizo general el convencimiento de que «aquello no podía continuar así», sin que

por el contrario, surgiese entre los hombres una cierta idea sobre lo que se debería o se podría hacer.

Eran los síntomas característicos de un profundo malestar general que, por ese medio, se dejaba sentir.

Pero más grave que todo eso fueron otros efectos que la industrialización de la Nación había traído consigo.

Con la dominación del Estado por la industria, el dinero se convirtió en un Dios a quien todos tenían que servir y ante el que todos tenían que doblegarse. Los dioses celestiales pasaron de moda, se convirtieron en cosas del pasado, y en su lugar, se empezó a rendir culto al dios Dinero. Había empezado una terrible degeneración, terrible porque precisamente se presentó en una época en la cual la Nación necesitaba más que nunca de un espíritu heroico para afrontar la hora crítica que parecía avecinarse. Alemania debía estar dispuesta a defender un día con la espada la tentativa que había de asegurar a su pueblo el pan cotidiano por medio de una «pacífica actividad económica».

Por desgracia, la hegemonía del dinero estaba también sancionada por una autoridad que era la que más hubiera debido oponerse a ello: Su Majestad el Káiser no actuó oportunamente al inducir en especial a la nobleza a que formase parte del círculo de los nuevos capitalistas. Desde luego a favor suyo debe reconocerse que, lamentablemente, Bismarck tampoco se percató del peligro que existía en ese sentido, pero era un hecho que, con esto, el espíritu idealista fue prácticamente supeditado al poder del dinero, pues estaba claro que de esta manera, se debía en poco tiempo anteponer la «nobleza» de la finanza a la nobleza de la sangre. De manera más sencilla, las operaciones financieras tuvieron más éxito que los combates. No era nada estimulante para los verdaderos héroes ni para los estadistas ser colocados al mismo nivel que los banqueros judíos. Los hombres de verdadero mérito no podían tener interés en poseer condecoraciones fácilmente adquiridas; al contrario, las evitaban.

Bajo el punto de vista racial, tal evolución fue de consecuencias deplorables: la nobleza perdía cada vez más la razón racial de su existencia, con lo que para la mayor parte de los casos hubiera sido más correcto utilizar el calificativo de «plebeyo».

Un síntoma de ruina económica fue la lenta eliminación del derecho de propiedad individual y el tránsito gradual de la economía colectiva hacia la propiedad de sociedades anónimas.

Mediante ese sistema, el trabajo descendió a objeto de especulación de los traficantes sin escrúpulos. El distanciamiento entre la propiedad y la clase obrera aumentó de manera ilimitada. La Bolsa comenzó a triunfar y se preparó para poner, lenta pero firmemente, la vida de la Nación bajo su protección y control.

La internacionalización de la economía alemana había sido iniciada ya antes de la guerra mediante el sistema de las sociedades por acciones. Menos mal que una parte de la industria alemana trató a todo trance de librarse de correr igual suerte; pero al final tuvo que ceder también ante el ataque combinado del capitalismo usurero, que contaba con la ayuda de su más fiel asociado: el movimiento marxista.

La persistente guerra que se hacía a la industria pesada de Alemania marcó el comienzo real de la internacionalización de la economía alemana (tan anhelada por el marxismo), que pudo verse colmada con el triunfo marxista de la Revolución de noviembre de 1918.

Mientras escribo estas páginas, se está logrando finalmente el ataque general dirigido contra la Empresa de los Ferrocarriles del Reich, la cual pasa a manos de la

finanza internacional. Con esto ha alcanzado la socialdemocracia internacional otro de sus importantes objetivos.

El extremo al que había llegado esa «economización» de la Nación alemana lo evidencia, a todas luces, el hecho de que pasada la guerra, uno de los dirigentes más connotados de la industria y sobre todo del comercio alemán, declaró que únicamente la economía como tal sería capaz de restablecer la posición de Alemania. Este tipo de disparates se pronunciaron justo cuando Francia concentraba sus esfuerzos en restaurar la educación pública sobre bases humanísticas, desechando así la falsa idea de que la Nación y el Estado deben su subsistencia a la economía y no a los eternos ideales. La teoría económica emitida por Stinnes[73] ocasionó la más increíble confusión, pues con asombrosa rapidez, fue tomada como *leitmotiv* por todos los improvisados charlatanes que, a manera de estadistas, el Destino había lanzado sobre Alemania desde el estallido de la Revolución.



Una de las peores pruebas de la decadencia de Alemania ya antes de la guerra, era la total indiferencia que afectaba a todo y a todos. Esa situación mental es siempre la consecuencia de la incertidumbre sobre cualquier cosa. De ésta y de otras causas, surge la pusilanimidad como consecuencia fatal. El sistema de educación contribuía a agravar esa situación.

La educación alemana de la anteguerra adolecía sobremanera de muchos defectos. Tenía una orientación particularista, concentrada en el aprendizaje puramente teórico, dándole una importancia menor a la práctica. Aún menos valor se le adjudicaba a la formación del carácter del individuo y mucho menos todavía a la tarea de fomentar el sentimiento de la satisfacción en la responsabilidad; finalmente, era nula la importancia dada a la educación de la voluntad y de la capacidad de decisión. Los frutos de ese sistema educacional no producían realmente hombres fuertes, sino más bien dóciles «eruditos», como por lo general se nos consideraba a los alemanes antes de la guerra, valorándosenos también según ese criterio. Al alemán se le quería porque era un elemento utilizable, en cambio, se le respetaba poco, debido justamente a que no poseía la suficiente entereza de carácter. No sin razón perdió pues, el alemán, más fácilmente que cualquier súbdito de otros pueblos, su nacionalidad y su patria.

Precisamente nefasta resultó esa docilidad, al determinar también la forma única bajo la cual podía uno presentarse ante el Monarca. Esa forma exigía: «No contradecir jamás, sino convenir con todo lo que S.M. se dignase manifestar». Aquí justamente era donde se hacía más necesaria que se revelase la dignidad del hombre libre, pues de lo contrario, la institución terminaría encontrando un día su tumba en ese servilismo. ¡Pues esto era puro servilismo y nada más! ¡Sólo a los aduladores miserables y a los serviles, es decir, a aquellos elementos decadentes de una Nación, que siempre se sintieron más plenos junto a los más altos tronos que junto a hombres honestos e íntegros, les podría parecer ésa la única forma de relación de un pueblo para con sus monarcas! Esas criaturas, tipo «siervo sumiso», capaces de cualquier humillación ante sus señores, siempre demostraron la mayor desvergüenza ante el resto de la Humanidad, sobre todo cuando con gran descaro, se presentaban al resto de los mortales como los únicos

[73] Hugo Stinnes, importante capitalista alemán y miembro fundador del DVP (*Deutsche Volkspartei*—Partido Popular Alemán). Tras la Primera Guerra Mundial fue elegido parlamentario, actuando de portavoz de la industria alemana en su relación con los sindicatos, y estableciendo la jornada laboral de ocho horas. Como magnate de la prensa utilizó su influencia para atacar el Tratado de Versalles. (N. del T.)

«monárquicos». Eso constituye una verdadera impertinencia de la que sólo los gusanos, nobles o plebeyos, son capaces. En realidad esos hombres fueron siempre los enterradores de la Monarquía y, sobre todo, del pensamiento monárquico. Es imposible pensar de otra manera, pues un hombre capaz de dar la cara por alguna cosa nunca podrá ser un hipócrita ni un adulador «sin carácter». Si él está realmente empeñado en la conservación y desarrollo de una institución, dará todo el esfuerzo de que es capaz y nunca abandonará su puesto, cualquiera que fuesen los riesgos que se presentaran. Un hombre así no aprovecha cualquier oportunidad para vociferar en público de la manera más hipócrita, como hacen los «amigos» democráticos de la Monarquía; al contrario, de la manera más seria procurará aconsejar y advertir a Su Majestad, es decir, al propio depositario de la Corona. No se colocará en una posición en que Su Majestad conserve las manos libres para actuar a su gusto, aunque con ello se provoque un desastre, sino que actuando de aquella otra forma protegerá a la Monarquía del Monarca, evitándole a ésta todos los peligros. Si el mérito de la institución dependiese de la persona del propio Monarca, entonces la Monarquía sería la peor institución imaginable, pues sólo en rarísimos casos los monarcas son depositarios de la más alta sabiduría, de la razón más perfecta, o incluso de un íntegro carácter. Eso sólo lo creen los aduladores e hipócritas, pues todos los hombres rectos —y éstos son sin duda los más valiosos del Estado— sentirán repulsión frente a tal despropósito. Porque para ellos la Historia es la Historia y la Verdad es la Verdad, aunque se trate de monarcas. Es tan rara para los pueblos la suerte de tener en una misma persona a un gran Monarca y a un gran Hombre, que deben darse por satisfechos cuando el Destino inexorable les evita al menos lo peor.

De esto se infiere que el valor y la significación de la idea monárquica no radican en la persona del Monarca mismo, salvo en el caso que la Providencia quiera coronar a un héroe genial como Federico el Grande o a un espíritu sabio como Guillermo I. Esto sucede una vez cada siglo y cada vez con menor frecuencia. Por lo demás, la idea de la monarquía hace descansar exclusivamente su razón de ser en la institución misma antes que en la persona. Con ello, el propio Monarca queda incluido en el círculo de los servidores del Estado y no es más que una rueda en ese mecanismo al que también él está subordinado. También él tendrá que someterse a la realización de los grandes objetivos nacionales, no siendo ya, el que en silencio consienta las mayores ofensas a la corona, sino por el contrario, aquél que las impida. El predominio ha de ser dado a la institución y no a la persona, pues se podría correr el riesgo de tener que seguir a un príncipe que visiblemente sea un enfermo mental.

Es preciso que se acepte esta verdad ahora que recientemente han vuelto a aparecer, cada vez más, las señales ocultas a las que se debe atribuir, y no en pequeña escala, el hecho de haber sido imposible evitar la ruina de la Monarquía. Con una ingenua impertinencia, continúa esa gente hablando de «su Rey»; Rey al que hace pocos años ellos abandonaron miserablemente en la hora crítica, comenzando a señalar como malos alemanes a todos aquellos que no estaban dispuestos a concordar con sus nuevas ideas. En realidad, ellos son los mismos cobardes que en 1918, ante cualquier brazalete rojo, huían despavoridos, aceptaban que «su Rey» dejara de ser Rey, cambiaban precipitadamente la alabarda por un bastón, se ponían el cartel de neutral, y como pacíficos burgueses, desaparecían sin dejar rastro. De golpe escaparon esos paladines reales, y sólo después de pasada la tempestad revolucionaria (lo que se debió a la actividad de otros), se pudieron lanzar de nuevo vivas al Rey, comenzando esos servidores y consejeros de la Corona a asomar cuidadosamente. Ahora sin embargo están todos ahí, recordando con nostalgia el pasado, no pudiéndose contener de tanta «fidelidad al Rey», de tanto «deseo de combatir»... hasta que un día vuelva a asomar el

primer trapo rojo, y entonces el estruendo en favor de los intereses de la Monarquía de nuevo desaparezca, y ellos huyan como ratones delante del gato.

Si los monarcas no fuesen ellos mismos culpables por esos hechos, se les podría al menos compadecer por tener a esos actuales defensores. Ellos deben, sin embargo, convencerse de que con semejantes caballeros es fácil perder un trono, pero nunca reconquistar una corona.

Esa devoción era un error de nuestra educación, que repercutía de la manera más desastrosa en estos casos. Pues a esto se deben los lastimosos síntomas visibles en todas las cortes y en ellos se deben buscar las causas del progresivo debilitamiento de la institución monárquica. Cuando el edificio comenzó a desmoronarse, sus defensores se evaporaron; naturalmente, los aduladores no estaban dispuestos a morir por sus señores. Que los monarcas nunca se apercibieran de esa situación y, casi por una cuestión de principio, jamás trataran de estudiarla, fue lo que provocó su ruina.



Otra de las consecuencias de nuestra errada educación de la anteguerra fue el temor a la responsabilidad y la consiguiente falta de entereza para abordar problemas vitales.

El punto de partida de esta lacra radica, en gran parte, en la institución parlamentaria, donde la irresponsabilidad es francamente cultivada. Desgraciadamente esa enfermedad contaminó toda la vida del país y más intensamente la vida política. Por todas partes comenzó a debilitarse la noción de la responsabilidad y, como consecuencia de ello, se daba prioridad en todo a las medidas a medias, por el uso de las cuales, la responsabilidad personal por cada acto fue restringiéndose cada vez más.

Obsérvese la conducta del propio Imperio frente a una serie de fenómenos alarmantes de nuestra vida pública, y se percibirá fácilmente la terrible trascendencia de esa indecisión y cobardía general a la hora de tomar responsabilidades.

Señalaré algunos casos entre los innumerables que acontecen:

En los círculos periodísticos se suele denominar a la prensa como un «gran poder» del Estado. En efecto, su significación es extraordinaria y jamás podrá ser suficientemente apreciada. La prensa es, pues, el factor que continúa obrando en el proceso educativo del adulto.

En términos generales, tres son los grupos en que se podría dividir el público lector de periódicos:

1°. Los crédulos, que admiten todo lo que leen.

2°. Aquellos que ya no creen nada.

3°. Los espíritus críticos, que analizan lo leído y saben juzgar.

Numéricamente, el primer grupo es el más considerable; abarca la gran masa del pueblo, y representa por lo tanto, desde el punto de vista intelectual, la parte más simple de la Nación.

Sin embargo éste no debe ser definido de acuerdo a la ocupación, sino a lo sumo por el grado de inteligencia. A este grupo pertenecen todos los que no nacieron para tener pensamiento independiente o no fueron educados para ello, y que en parte por incapacidad y en parte por ignorancia, creen en todo lo que se les presenta en letras impresas. Pertenece también a este grupo esa especie de haraganes que serían capaces de pensar por sí mismos, pero que por pura pereza mental aceptan todo lo ya elaborado por los demás, con la suposición de que estos ya llegaron a esas conclusiones con mucho esfuerzo. Para toda esta gente que representa la gran masa del pueblo, la

influencia de la prensa es inmensa. Ellos no están en condiciones, por falta de cultura o porque no quieren, de examinar las ideas que se les exponen. De esta forma, la manera de enjuiciar los problemas diarios es siempre el resultado de la influencia de las ideas que les vienen de fuera. Esta situación puede ser ventajosa cuando las explicaciones que les son dadas parten de una fuente seria y amante de la verdad, pero constituye una desgracia cuando tienen su origen en mentiras y embustes.

El segundo grupo es mucho más pequeño que el anterior: está compuesto en parte de elementos que en un principio participaban del primer grupo y que después de funestas y amargas decepciones, optaron por cambiar diametralmente de criterio, acabando por no creer en nada de lo que leen. Odian a todos los periódicos, o no los leen o se irritan contra todo lo que se contiene en ellos, convencidos de que sólo encuentran mentiras y más mentiras. Estas gentes son muy difíciles de tratar, porque hasta ante la verdad misma se mostrarán siempre escépticas, resultando así elementos anulados para todo trabajo positivo.

El tercer grupo, finalmente, es el más pequeño de todos, y está constituido por lectores verdaderamente inteligentes e instruidos, acostumbrados a pensar de forma independiente. Intentan formar su propio criterio sobre todo, sometiendo a su propio examen y analizando exhaustivamente todo lo que leen. Leen la prensa trabajando constantemente con su inteligencia y animados de espíritu crítico con respecto al autor. Los periodistas aprecian, aunque con cierta cautela, a este tipo de lectores.

Naturalmente que para los componentes del tercer grupo no entraña peligro alguno ni tienen trascendencia los absurdos que puedan consignarse en las columnas de un periódico. En el transcurso de su vida ellos acostumbran a ver —con fundadas razones— en cada periodista, a un bribón que sólo por excepción dice la verdad. Lamentablemente el valor de esos hombres brillantes descansa en su inteligencia y no en el número, lo que constituye una desgracia en una época en la que la mayoría y no la sabiduría es la que todo lo puede. En una época como la actual, en que la papeleta electoral de la masa decide situaciones, el centro de gravedad descansa precisamente en el grupo más numeroso, y éste es el primero: un montón de ingenuos y crédulos.

Una de las tareas primordiales del Estado y de la Nación es evitar que este sector del pueblo caiga bajo la influencia de pésimos, ignorantes o incluso malintencionados educadores. El Estado tiene por tanto, la obligación de controlar su educación y evitar cualquier daño. Ante todo, la prensa debe ser objeto de una estricta vigilancia, porque la influencia que ejerce sobre esas gentes es la más eficaz y penetrante de todas, ya que no obra transitoriamente, sino de forma permanente. En lo sistemático y en la eterna repetición de su prédica estriba el secreto de la enorme importancia que tiene.

Aquí, más que en cualquier otro sector, es deber del Estado no olvidar que todos los medios deben conducir a un único fin; no debe dejarse engatusar por la farsa de la llamada «libertad de prensa», ni tampoco descuidar sus obligaciones, privando por tanto a la Nación del alimento que precisa y le hace bien. Rigurosamente y sin contemplaciones, el Estado tiene que asegurarse este poderoso medio de educación popular y ponerlo al servicio de la Nación.

¿Cuáles eran las primicias que ofrecía a sus lectores la prensa alemana de la anteguerra? ¿No era acaso el peor veneno que uno pueda imaginarse? ¿No se recuerda ya cuán exagerado fue el pacifismo que se inyectó en el corazón de nuestro pueblo, precisamente en una época en la que el resto del mundo se preparaba ya, lenta pero decididamente, para estrangular a Alemania? ¿Ya en plena paz no había esa prensa inoculado gota a gota en el espíritu del pueblo, la duda sobre los derechos de la propia Nación, con el fin de debilitarla desde el primer momento en la elección de los métodos

de su defensa? ¿No fue la prensa alemana la que hizo a nuestro pueblo interesarse por la «democracia occidental», hasta convencerlo por medio de frases rimbombantes de que su futuro podía estar confiado a una Confederación? ¿No colaboró la prensa para educar al pueblo en la inmoralidad?

¿No se ridiculizaban la moral y las costumbres, tachándolas de anticuadas y aburguesadas, hasta lograr que nuestro pueblo se «modernizara» también? ¿No fue la prensa la que en constante agresión minaba los fundamentos de la autoridad estatal hasta el punto de que bastó un simple golpe para derrumbarlo todo? ¿No se opusieron por todos los medios a que se diese al Estado lo que era del Estado? Finalmente, y hasta que el éxito estuvo asegurado, ¿no fue esa misma prensa la que por todos los medios desacreditó al Ejército mediante una crítica sistemática, saboteando el servicio militar obligatorio e instigando a negar empréstitos para el presupuesto de guerra, etcétera?

La labor de la llamada prensa liberal supuso cavar la tumba de la Nación alemana y del Reich. Nada diremos de las gacetas marxistas consagradas a la mentira; para ellas la falsedad es una necesidad vital igual que para el gato lo son los ratones. Su misión se concreta en destrozar la base racial y nacional del pueblo, y prepararlo para llevar el yugo de la esclavitud del capitalismo internacional y de sus señores, los judíos.

Pero, ¿qué hizo el Estado ante semejante envenenamiento colectivo de la Nación? Nada, absolutamente nada. Unos ridículos decretos y algunas penas impuestas por infamias excesivamente violentas. ¡Eso es todo!

Se esperaba conquistar las simpatías de esos pestilentes a través de lisonjas, del reconocimiento del «valor» de la prensa, de su «significación», de su «misión educadora» y de otras imbecilidades. Los judíos, por el contrario, recibían esas manifestaciones con una pícara sonrisa y respondían con un astuto agradecimiento.

La razón de ese ignominioso fallo del Gobierno no estaba en el desconocimiento del peligro, sino en una cobardía que clamaba a los cielos, y en la indecisión que, como consecuencia de ello, caracterizaba todas las resoluciones adoptadas. Nadie tenía el valor de emplear medios radicales, sino que aquí, como en todas partes, se chapuceaba con estrepitosas medias tintas, y en vez de dar un golpe certero a la víbora, se la irritó aún más. El resultado fue que no sólo todo permaneció como antes, sino que la institución a la que se debía combatir tomó cada día mayor fuerza.

La lucha de represión de los gobiernos alemanes de entonces contra aquella prensa —en su mayor parte de origen judío— que corrompía paulatinamente al pueblo, ni respondía a una línea recta de conducta, ni estaba respaldada por la entereza necesaria, aparte de que, sobre todo, carecía de una finalidad clara. Aquí se fracasó completamente, tanto en el modo de evaluar la importancia del combate, como en la selección de los métodos y el establecimiento de un plan definido. Se actuaba sin pensar, eludiendo el problema. De vez en cuando se apresaba durante semanas, e incluso meses, tan sólo a alguna «víbora» periodística que ya había mordido demasiado; el nido de las serpientes, quedaba no obstante intacto.

Todo eso era la consecuencia de la táctica astuta de los judíos por un lado, y de la estupidez o de la ingenuidad oficial por otro. El judío era, sin embargo, demasiado hábil para permitir que toda su prensa atacase simultáneamente. Una parte de ella debía respaldar a la otra. En efecto, mientras los periódicos judeo-marxistas se lanzaban groseramente contra todo lo que podía ser sagrado para el hombre, y combatían del modo más infame al Estado y al Gobierno instigando en los grandes sectores del pueblo a unos contra otros, las gacetas judías demócrato-burguesas sabían adoptar la apariencia de la conocida objetividad y evitaban de manera penosa toda expresión subida de tono, sabiendo exactamente que las cabezas huecas sólo saben juzgar por las apariencias y

nunca son capaces de penetrar en la esencia de las cosas. Es por esa debilidad humana por la que los judíos gozan de la consideración que se les tiene.

Para esos lectores, el *Frankfurter Zeitung* era, y es, el periódico más respetable. Esa prensa cuidaba de no emplear expresiones crudas o frases destempladas; rechazaba toda acción de violencia, apelando siempre a la lucha con armas «intelectuales», una lucha que, curiosamente, era promovida por los menos «dotados» intelectualmente. Eso es una consecuencia de nuestra incompleta educación, la cual separa al hombre de sus instintos naturales, inoculándole unas determinadas ideas que no pueden conducirlo hacia unas últimas conclusiones, pues la diligencia y la buena voluntad por sí solas, no sirven de nada, haciéndose necesaria una inteligencia cultivada desde la cuna. Esas últimas conclusiones a las que me refiero tienen siempre su explicación en causas intuitivas. Eso quiere decir, que el hombre no debe nunca caer en el error de creer que surgió para ser el señor de la Naturaleza —concepción que esta educación a medias facilita—, sino por el contrario, debe comprender la verdad fundamental del poder de la Naturaleza y también que su propia existencia es dependiente de las leyes de la eterna lucha natural. Sentiremos entonces que no pueden existir leyes distintas para los hombres, en un universo en el que los planetas y los soles siguen sus órbitas, en el que las lunas y los planetas siguen el camino trazado, en el que la fuerza siempre vence a la debilidad, y en el que quienes no obedecen tales leyes son eliminados. Podemos intentar comprender estas leyes, pero nunca liberarnos de ellas.

Justamente es para nuestra medianía intelectual que el judío escribe su llamada «prensa de la inteligencia»: Periódicos como el *Frankfurter Zeitung* y el *Berliner Tageblatt* están destinados a ese público lector. Su tono se halla convenientemente regulado para ese público y sobre él ejercen su influencia, al tiempo que, con el máximo cuidado, evitan toda grosería del lenguaje y recurren a otros procedimientos para envenenar el corazón de sus lectores. Con frases sonoras y palabrerías saben adormecerles e imbuirles en la creencia de que su labor de prensa es realmente de índole científica, o hasta si se quiere, en servicio de la moral, cuando en realidad eso no pasa de ser un arte tan astuto como genial, destinado a robar un arma que sus adversarios podrían usar contra la prensa. Pues rebosando decoro, todos los imbéciles creen profundamente que sólo se trata de un ligero exceso pertrechado por otros, pero que nunca podría llegar a herir a la «libertad de prensa», como se acostumbra a denominar el abuso de ese impune instrumento de escarnio y envenenamiento del pueblo. Por eso, por el miedo de tener en contra a la prensa «independiente», todos evitan proceder en su contra; recelo por otra parte muy fundamentado. Pues cuando se intenta actuar contra uno de esos vergonzosos periódicos todos los demás toman partido, no para aprobar su forma de lucha, sino para invocar el principio de libertad de prensa y de libertad de pensamiento. ¡Todos se baten por la libertad de prensa! Al son de ese clamor, los hombres más fuertes se sienten débiles desde el momento en que el griterío proviene de los periódicos «independientes».

De esta forma pudo el veneno infiltrarse libremente en la sangre de nuestro pueblo y obrar sin que el Estado hubiese sido capaz de dominar el mal. Las irrisorias medidas de represión adoptadas no hicieron otra cosa que dejar traslucir la inminente decadencia del Imperio. Pues una institución que no tenga ya la decisión firme de protegerse a sí misma por todos los medios, prácticamente ha claudicado. Toda indecisión es una señal visible de decadencia interna a la que antes o después debe seguir el colapso externo.

Pienso que la generación actual, aunque controlada y dirigida, dominará más fácilmente ese peligro. Ésta pasó por varias experiencias capaces de tensar los nervios

de cualquiera que no haya perdido la noción de su fuerza. Llegará un día en que el judío grite bien alto en sus periódicos, cuando sienta que una mano fuerte está dispuesta a poner fin a ese vergonzoso uso de la prensa, cuando ese instrumento sea arrebatado de las manos de extranjeros y enemigos de la Nación y sea puesto como medio de educación al servicio del Estado. Creo que esa prensa, para nosotros los jóvenes, será menos incómoda de lo que lo fue para nuestros padres. Una granada de treinta centímetros silba más fuerte que mil víboras de la prensa judaica. Así que dejemos que silben.



Un ejemplo claro que pone de relieve la insuficiencia y la debilidad que caracterizaron al gobierno alemán de la anteguerra —por tratarse de problemas vitales de la Nación—, es que paralelamente a la infección que sufría el pueblo en un sentido político y moral, lo minaba desde años atrás una no menos siniestra corriente de envenenamiento higiénico. La sífilis comenzó a propagarse a gran escala, especialmente en las ciudades populosas, mientras que la tuberculosis, por su parte, hacía su cosecha mortal en todo el país.

A pesar de que en ambos casos las consecuencias eran graves para la Nación, no se adoptaron medidas radicales.

En particular, frente al peligro de la sífilis, la actitud del Gobierno y del Parlamento no puede calificarse sino como de una completa capitulación. Ante una lucha tan seria, se debería haber hecho algo más de lo que en la realidad se hizo. La invención de un medicamento de calidad cuestionable, así como su hábil aplicación comercial, sólo ayudó a controlar esta epidemia un poco más. También en este caso sólo podía ser eficaz la lucha contra las causas generadoras de la enfermedad y no la simple acción contra sus manifestaciones. La causa principal de la propagación de la sífilis hay que buscarla en la prostitución del amor. Incluso las consecuencias de esa prostitución, aunque no conduzcan a esa terrible peste, entrañan siempre un grave peligro para la Nación, puesto que bastan sus estragos morales para encauzar paulatina pero irremediablemente a un pueblo hacia la ruina. Esa judaización de nuestra vida espiritual, esa mercantilización de las relaciones entre los dos sexos, corromperá tarde o temprano a las nuevas generaciones, pues en lugar de criaturas vigorosas nacidas de un sentimiento natural, tan sólo se obtendrán lamentables especímenes resultantes de una conveniencia financiera. Los intereses materiales son, cada vez más, el fundamento único de los enlaces matrimoniales. El amor debe buscar otras vías de expresión.

Durante algún tiempo tal vez sea posible burlar a la Naturaleza, mas la reacción de ésta al final es inevitable, pues cuando el hombre quiere darse cuenta, ya es demasiado tarde.

Las consecuencias desastrosas del desprecio a las leyes naturales, en lo que respecta al matrimonio, son evidentes en el mundo aristocrático. En ese ambiente, las madres sólo obedecían a imposiciones sociales o a intereses financieros. En el primer caso, la consecuencia era el debilitamiento de la raza; en el segundo, se trataba de un envenenamiento de la sangre, toda vez que cualquier hija de un comerciante judío se juzgaba apta para proporcionarle descendencia a Su Alteza. En ambas hipótesis el resultado de ese estado de cosas era la más completa degeneración.

La burguesía actual se esfuerza por seguir el mismo camino y al final llegará a los mismos resultados.

Con indiferente prisa se procuran evitar las verdades desagradables como si, con esa manera de actuar, se pudiese evitar que los hechos sucediesen. ¡No! Es innegable el hecho de que la población de nuestras grandes ciudades está prostituyendo más y más su vida sexual y entregándose así a la sífilis en proporción cada vez mayor. Los resultados más claramente notorios de esta infección colectiva pueden encontrarse, por un lado, en los manicomios y, por el otro —desgraciadamente—, en los niños. Sobre todo son éstos el resultado más triste de la constante y progresiva infestación de nuestra vida sexual, manifestándose en las enfermedades de los niños, los vicios de los padres.

Hay varios medios para que la gente se desinterese ante esa desagradable y horrible realidad. Unos nada ven o, mejor dicho, nada quieren ver; esa es la actitud más sencilla y la más cómoda. Otros se envuelven en el manto de un pudor tan ridículo como falso, hablan del asunto como si se tratase de un gran pecado, y manifiestan, ante cada pecador cogido *in fraganti*, su más profunda cólera, para después, llenos de enojo, cerrar los ojos a esa impía epidemia y pedir a Dios que después de su muerte, envíe una lluvia de azufre y fuego sobre esa Sodoma y Gomorra, como ejemplo edificante para esa impúdica Humanidad. Y existe un tercer grupo que ve claramente las tétricas consecuencias que esa peste un día provocará, pero que encoge los hombros, convencido de que nada puede hacer contra ese peligro. Así deja que las cosas sigan su curso natural.

Esto es muy cómodo, pero es preciso que nadie se olvide de que esa comodidad costará el sacrificio de la Nación. La disculpa de que tampoco otros países se hallan en mejores condiciones, mal podría modificar el hecho de la propia decadencia, excepto si el hecho de la misma desgracia, al recaer sobre otros muchos, constituyese un alivio para nuestros propios dolores. Y es en esto precisamente donde radica la cuestión sobre qué país será el primero y tal vez el único que llegue a dominar el peligro, y qué naciones en cambio serán sus víctimas fatales. Se trata de una prueba a la que son sometidas las razas. Aquéllas que no logren pasarla, perecerán y serán sustituidas por las más sanas, más resistentes y más capaces de reaccionar. Pues como el problema atañe en primer término a la descendencia, éste se incluye entre aquellas verdades según las cuales se dice, con terrible razón, que los pecados de los padres se pagan hasta la décima generación. Una verdad que se debe exclusivamente a los crímenes contra la sangre y la raza.

El pecado contra la sangre y la raza constituye el pecado original de este mundo y marca el ocaso de la Humanidad que lo comete.

Deplorable en extremo era la situación de la Alemania de la anteguerra frente a la gravedad de este problema. ¿Qué se hizo para contener la infección de nuestra juventud en las grandes ciudades? ¿Qué se hizo para contrarrestar eficazmente la prostitución y la corrupción de la vida sexual? ¿Y qué se hizo, en fin, ante la creciente propagación sifilítica en el pueblo, resultante de ese estado de cosas?

La respuesta fluye fácil con sólo puntualizar lo que debió haberse hecho. Antes de nada, este era un problema que no debía ser encarado tan livianamente, pues era preciso comprender que de su solución depende la felicidad o la desgracia de generaciones enteras, y que de él puede, si no debe, depender decisivamente el futuro de nuestro pueblo. Esa comprensión del problema obligaba, por tanto, a adoptar medidas radicales y a una intervención decidida y firme. En primer lugar, sería necesario que todos se convenciesen de que la atención del pueblo debería concentrarse en ese terrible peligro, de manera que todos los individuos pudieran comprender la importancia de esa lucha. Sólo se pueden transformar en realidad ciertos deberes, principalmente aquellos cuya realización demanda sacrificio, cuando las personas, sin ninguna coacción, se

convencen de la necesidad de cumplirlos. Para eso es precisa una enorme propaganda que haga pasar a un plano secundario todos los demás problemas cotidianos.

En todos los casos en que se trate de cumplir necesidades o cometidos aparentemente imposibles, hay que concentrar toda la atención de un pueblo hacia el problema en cuestión, presentándolo tal como si de su solución dependiese su Ser o no Ser. Sólo así podrá hacerse a un pueblo capaz y dispuesto para la realización de esfuerzos y de hechos verdaderamente eminentes.

Este principio tiene también su validez para el individuo, siempre que aspire a grandes cometidos. El individuo sólo podrá alcanzar el fin propuesto por etapas graduales; sólo concentrará todos sus esfuerzos para alcanzar un objetivo determinado, después de que se haya alcanzado la primera etapa y el plan para la nueva esté trazado. Quien no adopte esta división en etapas del camino por recorrer, quien no aspire a superarlas mediante una concentración sistemática de todas las fuerzas, no podrá nunca alcanzar el objetivo final; quedará, por el contrario, en medio del camino, y tal vez, incluso desviado del mismo.

Esos preparativos para la consecución de una determinada finalidad constituyen un verdadero arte y exigen el empleo de todas las energías disponibles para, paso a paso, llegar al fin. La primera condición que se hace necesaria para que el hombre pueda vencer las diferentes etapas, es que los guías consigan convencer a la masa del pueblo de que la próxima etapa a ser alcanzada es la única, y que todo depende de su conquista. La amplia mayoría del pueblo nunca ve en toda su extensión el camino a recorrer sin cansarse o vacilar en su tarea. Hasta cierto punto tendrá la vista puesta en el objetivo, pero sólo logrará culminar el camino si lo hace en pequeñas etapas, tal como hace el caminante, que conoce cuál es el fin de su viaje, pero recorre mejor el interminable camino si lo divide en trechos y procura vencerlos como si cada uno fuese la anhelada meta. Sólo así, caminará siempre hacia adelante, sin desánimo.

De este modo, haciendo uso de todos los medios de propaganda, se debería haber convencido a la Nación de que el combate contra la sífilis era el problema máximo del pueblo y no uno de tantos. Para alcanzar ese fin había que convencer al pueblo de que sus males derivaban de esa horrible desgracia y, por el empleo de todos los medios posibles, machacar esa idea en la cabeza de todos, hasta que la Nación entera llegase a comprender que de la solución de ese problema dependía todo, es decir, el futuro de la Patria o su ruina.

Sólo después de una preparación tal, incluso aunque durase años, se podría despertar la atención del pueblo entero y empujarlo a decisiones firmes, tras lo cual se podrían tomar medidas que exigieran grandes sacrificios, sin correr el peligro de no ser comprendido o abandonado de repente por las buenas voluntades de la masa.

Pues para combatir esta peste seriamente son necesarios inauditos sacrificios y esfuerzos.

La campaña contra la sífilis exige una campaña idéntica contra la prostitución, los prejuicios, viejos hábitos e ideas todavía en boga, puntos de vista y, por último, contra el pudor artificial de ciertos medios sociales.

Por motivos morales, la primera medida para combatir la sífilis consistiría en facilitar los matrimonios de los jóvenes en las generaciones futuras. En nuestros matrimonios tardíos está una de las causas de la supervivencia de un mal que, se mire como se mire, es y será siempre una vergüenza para la Humanidad; un mal que debe ser considerado como una maldición para criaturas que se juzgan hechas a imagen del Creador.

La prostitución es un oprobio para la Humanidad y no se la puede destruir mediante prédicas morales o por la sola virtud de sentimientos piadosos. Su limitación y, finalmente, su desaparición, suponen como cuestión previa acatar una serie de condiciones preliminares, siendo la primera de todas la de facilitar la posibilidad del matrimonio de acuerdo con la naturaleza humana, a una edad temprana. Nos referimos sobre todo a los hombres, pues en esos asuntos la mujer es siempre la parte pasiva.

El grado a que ha llegado el desvarío y la incomprensión en muchas mentes de nuestro tiempo, nos lo prueban algunas madres de la «alta sociedad» cuando afirman que se sentirían satisfechas si sus hijas tuviesen por esposos a hombres con experiencia en dicho terreno. Como generalmente de esto hay menos escasez que de lo contrario, las pobres muchachas ya estarán satisfechas encontrando un Sigfrido «sin trompa»[74], siendo la descendencia entonces el resultado palpable de esas «racionales» uniones conyugales.

Si se tiene en cuenta que la natalidad queda restringida a un mínimum, coartando el fenómeno de la selección natural y que, por otra parte, debe cuidarse la vida incluso del más miserable ser humano, sólo queda por interrogar: ¿Para qué subsiste la institución del matrimonio? ¿Y con qué finalidad? ¿No es, por ventura, igual a la propia prostitución? ¿El deber para con la posteridad ya no existe? ¿No se comprende qué plagas se reservan a las futuras generaciones a través de una tan criminal y equivocada aplicación de un derecho natural, que es también el mayor deber para con la Naturaleza?

Así degeneran los pueblos civilizados, precipitándose poco a poco a la ruina.

Tampoco el matrimonio puede ser considerado un fin en sí mismo, sino que debe servir a un objetivo más elevado, a saber, la multiplicación y la conservación de la especie y de la raza. Ésta es su razón de ser y su misión primordial.

Bajo estas condiciones, su idoneidad debe ser medida por la manera en que es alcanzado ese objetivo.

Es por esto que los matrimonios entre jóvenes quedan justificados por el hecho de poder dar una descendencia más sana y resistente. Para facilitar esas uniones se hacen imprescindibles varias condiciones sociales sin las cuales es imposible contar con matrimonios entre jóvenes. La solución a ese problema, aparentemente tan fácil, no se encontrará sin medidas decisivas desde el punto de vista social.

La enorme importancia que entraña esta cuestión debería comprenderse sobre todo en una época en que la llamada república «socialista», por su incapacidad para solucionar el problema de la vivienda, impide sencillamente la realización de infinidad de matrimonios y da con ello pie a la prostitución.

Otra de las causas que obstaculizan el matrimonio en la edad oportuna radica en nuestro absurdo sistema de distribución de sueldos, pues no tiene en consideración el problema de la familia y la subsistencia de ésta.

Esto quiere decir, resumiendo lo anterior, que sólo será posible abordar con verdadera eficacia la lucha contra la prostitución, el día en que mediante una fundamental reforma de las condiciones sociales, se haga factible el matrimonio a una edad menor de lo que en la actualidad ocurre. En esto consiste lo esencial de la solución del problema.

En segundo término, incumbe a la educación y a la enseñanza la tarea de desarraigar una serie de defectos que hoy apenas se toman en cuenta. ¡Antes que nada es preciso poner en el mismo plano la educación intelectual propiamente dicha y la

[74] En el texto original se produce aquí un curioso juego de palabras de difícil traducción. Cuando los jóvenes comienzan a hacer disparates de jovenzuelos, se dice que *sich die Hörner abstoszen*. Así, cuando Hitler dice que «las pobres muchachas estarán satisfechas encontrando un Sigfrido sin trompa» se refiere a la trompa de plata (*Horn*) de Sigfrido. (Nota de *Mon Combat*, 1934, *op. cit.*)

educación física! Lo que hoy se conoce con el nombre *Gymnasium*[75] es una mofa del modelo griego. Con nuestros procedimientos educacionales se ha olvidado por completo que una mente sana sólo puede existir en un cuerpo sano. Esta verdad es tanto más válida si se aplica a la gran masa del pueblo, haciendo la salvedad de algunas excepciones individuales.

Hubo un tiempo en Alemania, antes de la guerra, en que nadie se preocupaba de esa verdad. Se pecaba abiertamente contra la salud del cuerpo, y se pensaba que únicamente en la formación intelectual, residía la garantía de la prosperidad de la Nación. Ese error comenzó a hacer sentir sus consecuencias más deprisa de lo que se esperaba.

No fue por obra de la casualidad que la ola bolchevique encontró un medio más favorable justamente entre las poblaciones que más habían degenerado a causa del hambre y la constante malnutrición, esto es, Alemania Central, Sajonia y el Ruhr. En esas regiones apenas se encontró resistencia por parte de los llamados «intelectuales» contra esa epidemia judaica, debido a que aquéllas se han pervertido físicamente por completo, no tanto como consecuencia de la miseria sino más bien debido a la educación. La manera unilateral de encarar la educación en los estratos elevados de la sociedad, justamente en esta época en la que es el puño el que decide y no la mente, los vuelve incapaces de mantener sus posiciones, y todavía menos de vencer. En la debilidad física está la razón principal de la cobardía de los individuos.

El valor excesivo dado a la pura formación intelectual y el abandono con relación a la formación física dan origen en la más temprana juventud a la formación de pensamientos sexuales. El joven que se fortalece en el deporte y en los ejercicios gimnásticos está menos sujeto a capitular ante la satisfacción de sus instintos que aquél que vive sedentariamente en el gabinete de estudio. Una educación racional tendrá que tomar en consideración ese aspecto del problema. Esa educación no debe perder de vista que las expectativas que tiene una mujer en un muchacho sano serán diferentes a las que tenga en un debilucho ya corrompido.

La educación, por ejemplo, debe tender a que el tiempo libre de que dispone el joven sea empleado en un provechoso entrenamiento físico. A esa edad no tiene derecho alguno a estar vagueando por las calles y los cines, sino que debe dedicarse, al finalizar sus tareas cotidianas, a fortalecer su joven cuerpo para que, cuando un día ingrese en la lucha por la existencia, la realidad de la vida no lo encuentre demasiado blando. Iniciar y realizar, orientar y dirigir: ésa es la tarea de la educación para la juventud. Su papel no consiste exclusivamente en insuflar sabiduría. Es también su cometido anular la concepción errónea de que el ejercicio físico es cuestión personal de cada uno. ¡No existe la libertad de pecar a costa de la posteridad, y por tanto, de la Raza!

Paralelamente a la educación del cuerpo, debe iniciarse la lucha contra el envenenamiento del alma. El conjunto de nuestra vida social se asemeja en la actualidad a un vivero de ideas y estimulantes sexuales. Basta analizar el contenido de los programas de nuestros cines, cabarets y teatros, para ver claramente que todo esto no es precisamente el alimento espiritual que conviene a la juventud. En escaparates y carteleras se trabaja con los más sórdidos medios para atraer la atención de las masas. Cualquiera que no haya perdido la capacidad de penetrar en el alma de los jóvenes, comprenderá que esa educación sólo puede acarrear graves perjuicios para la juventud.

Esta atmósfera de erotismo y seducción conduce a los niños a unos pensamientos y excitaciones en una edad en la que no tienen que tener todavía conocimiento de tales cosas. El resultado de ese proceso de educación no puede ser

[75] Véase nota 3. Primera Parte, Cap. I «En el hogar paterno». (N. del T.)

considerado de manera satisfactoria en la juventud de hoy. Los jóvenes maduran demasiado deprisa, y por tanto envejecen prematuramente. En las audiencias de nuestra Corte de Justicia se juzgan frecuentemente casos que permiten hacernos una idea del horrible estado del espíritu de nuestros jóvenes de catorce y quince años. ¿Quién puede extrañarse entonces de que, ya en esa edad, la sífilis haga sus víctimas? ¿No es una lástima ver a tantos jóvenes, físicamente débiles y espiritualmente corrompidos, ingresar en la vida de casado, después de un aprendizaje en la prostitución de las grandes ciudades?

¡No!, quien quiera combatir la prostitución debe, en primer lugar, ayudar a combatir las razones espirituales en las que ésta se funda. Debe, primeramente, liberarse de la contaminación moral que se da en la «cultura» de las grandes ciudades, y eso sin vacilaciones ante el griterío que naturalmente se producirá. Si no libramos a la juventud del fango que actualmente la amenaza, sucumbirá en él. Quien no quiera ver esta situación, estará ayudando a apoyarla, transformándose en cómplice de la lenta prostitución de nuestro futuro, el cual descansa en las generaciones venideras.

Esta depuración tiene que extenderse a todos los campos de nuestra cultura. El teatro, el arte, la literatura, el cine, la prensa, los anuncios, los escaparates, deben ser empleados para limpiar el Mundo de la podredumbre existente y ponerse al servicio de la moral y de la cultura. La vida pública debe ser liberada del asfixiante aroma de nuestro moderno erotismo, así como de todas las mojigatas y cobardes falsedades.

En cualquier caso, el objetivo único debe ser la conservación de la salud del pueblo, tanto desde el punto de vista físico como espiritual. El derecho a la libertad personal viene después del deber de conservación de la raza.

Sólo después de la ejecución de estas medidas puede contarse con la posibilidad de una acción médica de resultado eficaz. Pero tampoco aquí puede tratarse de procedimientos a medias, sino de las más radicales decisiones. Es un contrasentido el dar a enfermos incurables la posibilidad constante, por decirlo así, de contagiar a los sanos. ¿Qué sentimiento de humanidad es ése según el cual, por no hacer daño a uno solo, se deja que otros cien sucumban? La cuestión de imposibilitar a los seres tarados la procreación de una descendencia también tarada, es un imperativo de la más clara razón, y significa, en su aplicación sistemática, la más humana acción de la sociedad. Ahorrará inmerecidos sufrimientos a millones de seres inocentes y, finalmente, determinará para el porvenir una mejora progresiva. La firme resolución de encaminarse por ese camino opondrá también un dique a la proliferación de enfermedades venéreas. Si el caso lo requiere, se deberá proceder sin piedad al aislamiento de enfermos incurables; bárbara medida para el infeliz afectado, pero una bendición para sus contemporáneos y para la posteridad. El sufrimiento temporal en un siglo librará a la Humanidad de sufrimientos idénticos durante miles de años.

La lucha contra la sífilis y su compañera inseparable, la prostitución, es una de las más importantes misiones de la Humanidad, sobre todo porque no se trata, en este caso, de la solución de un sólo problema, sino de la eliminación de una serie de males que originan esa epidemia. La enfermedad física, en el caso en cuestión, es apenas la consecuencia de la enfermedad del instinto social, moral y racial.

Si esa lucha fuera dirigida por procedimientos cómodos y cobardes, dentro de quinientos años los pueblos desaparecerían. Nunca más se podría ver al hombre a imagen de Dios, sin querer inferirle una grave ofensa al Creador.

¿Cómo se procuró, en la antigua Alemania, liberar al pueblo de esa calamidad? Si lo examinamos seriamente llegaremos a una triste conclusión. Nuestros círculos gubernamentales conocían muy bien todos los males originados de aquella enfermedad,

aunque no reflexionasen sobre todas las consecuencias. En la lucha, además, el fracaso fue completo, porque en lugar de medidas radicales, se tomaron medidas deplorables. Se pretendía curar la enfermedad sin atacar las causas. Se sometía a la prostituta a un examen médico, se inspeccionaba a la misma como se podía, y en el caso de detectarse una enfermedad, se la internaba en un hospital cualquiera, del cual salía después de una cura aparentemente exitosa para de nuevo infectar al resto de la sociedad.

Es cierto que en la ley se introdujo un «párrafo de defensa» por el cual se prohibía el tráfico sexual a quien no estuviera completamente sano o no estuviese curado. En teoría esa medida es justa, pero en su aplicación práctica el fracaso es completo. En primer lugar, la mujer que ha sido alcanzada por esa desgracia —en virtud de nuestra educación, o mejor dicho de la suya—, en la mayoría de los casos evitará comparecer ante los jueces para servir de testigo contra el que —muchas veces en vergonzosas condiciones— le robó su salud. De poca utilidad es ese procedimiento. En la mayoría de los casos ella es la que sufrirá más, pues será todavía más despreciada por aquellos con quienes convive, lo que no acontecerá con el hombre. ¿Se considera, por ventura, la hipótesis de ser el propio marido el portador de la enfermedad? ¿Debería quejarse la mujer en ese caso? ¿Qué debería hacer?

En cuanto al hombre, se debe admitir que desgraciadamente es muy común que, justamente después del consumo abundante de alcohol, es cuando corre detrás de esa peste, lo que le coloca en situación de no poder juzgar las cualidades de su «amada». Las prostitutas enfermas saben muy bien esto, lo que las hace que prefieran tomar a los hombres en aquel estado. El resultado es que por más que le dé vueltas a la cabeza, aquél no conseguirá acordarse de la caritativa benefactora que le proporcionó la desagradable sorpresa. Eso no es raro en una ciudad como Berlín, o incluso Múnich. A eso se añade, además, el caso de los provincianos completamente desorientados por la magia de las grandes ciudades.

Finalmente, ¿quién sabe exactamente si está enfermo o sano? ¿No se verifican innumerables casos en los que una persona aparentemente curada recae, causando horribles desgracias sin sospechar prácticamente nada?

De esta forma, la eficiencia práctica de esa protección, a través del castigo legal de un contagio, es absolutamente nula. Lo mismo sucede con la inspección médica de las prostitutas. La propia curación es hoy una cosa incierta y dudosa. Sólo algo es cierto a pesar de todas las medidas: la peste se vuelve cada vez más devastadora, lo que confirma por sí solo, de manera impresionante, la insuficiencia de las medidas adoptadas.

Pues todo lo que se hizo fue, al mismo tiempo, insuficiente e irrisorio. No se evitó la prostitución espiritual del pueblo, puesto que tampoco se intentó nada en ese sentido. Quien esté dispuesto a encarar livianamente este problema, debe estudiar los datos estadísticos sobre la progresión de esa peste, compararlos con el crecimiento de los últimos cien años, y reflexionar sobre su futuro desarrollo. Si después de eso, un desagradable escalofrío no le corre por la espalda, puede darse a sí mismo con toda justicia el calificativo de asno.

La debilidad y la indecisión con las que, ya en la vieja Alemania, se encaraba esa grave cuestión, deben ser examinadas como síntoma de la decadencia de un pueblo. Cuando ya no existe fuerza para el combate por la salud de una Nación, termina entonces el derecho a la vida en este mundo de constante lucha. El mundo pertenece a los fuertes, a los decididos, y no a los tímidos.

Uno de los más visibles síntomas de la decadencia del antiguo Imperio era, indudablemente, el lento hundimiento de la cultura general. Bajo esa denominación no

se debe incluir lo que hoy se llama «civilización». Al contrario, la civilización actual parece ser enemiga de la verdadera noción de lo que es la elevación moral del espíritu de un pueblo.

Ya con ocasión de la entrada de este siglo, comenzó a infiltrarse en nuestro arte un elemento que le era absolutamente extraño y desconocido. Por supuesto, también en otros tiempos se verificaron aberraciones del buen gusto, pero en tales casos, sólo se trataba de deslices artísticos a los que la posteridad al menos podría dar un cierto valor histórico, no como producción artística, sino más bien como degeneración espiritual. Era aquí donde ya se podían vislumbrar los síntomas de la futura ruina política.

La bolchevización del arte es la única forma de vida cultural y la única manifestación espiritual que el Bolchevismo es capaz de crear.

A quien esta afirmación le parezca extraña, no tiene más que someter a examen el arte de esos benditos Estados bolchevizados, y podrá entonces admirar con horror la enfermiza prominencia de estas obras producidas por locos y pervertidos; unas obras que desde final de siglo, y bajo el nombre de cubistas y dadaístas, han sido reconocidas oficialmente por el Estado. En el breve período de los Consejos de la República Bávara, esa especie de arte ya había aparecido. Pudiéndose constatar cómo los carteles oficiales, los anuncios de los periódicos, etcétera, portaban en sí el sello, no sólo de la ruina política, sino también de la decadencia cultural.

Del mismo modo que hace sesenta años habría sido inconcebible un descalabro político de la magnitud del actual, no menos inconcebible hubiera sido el derrumbamiento cultural que empezó a revelarse a partir del año 1900 en concepciones futuristas y cubistas. Sesenta años atrás hubiese resultado sencillamente imposible una exposición de las llamadas «expresiones dadaístas», ya que sus organizadores habrían ido a parar a un manicomio; sin embargo, hoy llegan incluso a presidir instituciones artísticas.

Esa epidemia no podría haber surgido antaño, no sólo porque la opinión pública no la hubiera tolerado, sino porque el Gobierno tampoco la hubiera visto con indiferencia. Pues es un deber de los dirigentes evitar que el pueblo caiga bajo la influencia de tales locuras. Una evolución tan deplorable debía un día finalizar. Justamente en el día en que esa especie de arte correspondiese al gusto general, se habría iniciado una de las más graves metamorfosis de la Humanidad.

La involución de la mente humana habría entonces comenzado, pudiéndose apenas imaginar el final.

Tan pronto como se verifique en esa dirección la evolución que nuestra vida cultural viene realizando desde hace unos veinticinco años, se verá con espanto cómo ya estamos avanzando en ese proceso de involución. Por todos lados tropezamos con un germen, cuya proliferación tarde o temprano debe conducir a la ruina de nuestra cultura. En esos síntomas debemos ver también las señales evidentes de una lenta decadencia del mundo. ¡Infelices los pueblos que ya no pueden dominar esa epidemia!

Anomalías semejantes llegaron a observarse en Alemania en casi todos los dominios del Arte y la Cultura. Aquí todo parece haber alcanzado ya el punto más álgido y comenzar el declive. El teatro decaía cada vez más, pudiéndolo considerar ya como un factor despreciable en la cultura del pueblo. Al menos los teatros de la Corte se oponían a la prostitución del arte. Poniendo aparte algunas honrosas excepciones, las representaciones teatrales, por conveniencia de la Nación, deberían haber sido prohibidas. La triste muestra de nuestra decadencia interna la daba el hecho de que no se permitiese que la juventud visitase muchos de los llamados «centros de arte», lo cual

quedaba pública y descaradamente establecido al utilizarse la conocida placa de prevención: «No apto para menores».

Considérese que se tenían que practicar tales medidas de precaución precisamente en aquellos lugares destinados, sobre todo, a la ilustración y educación de la juventud y no al deleite de las capas viejas y desilusionadas. ¿Qué dirían los grandes dramaturgos de todos los tiempos al conocer esas precauciones, y sobre todo, las causas que las hacían necesarias? ¡Cómo se hubiera encendido Schiller ante tal estado de cosas y con qué indignación Goethe hubiese vuelto las espaldas! ¡Pues qué son Schiller, Goethe o Shakespeare en comparación con los «genios» de la nueva poesía alemana de esta época! Figuras «anticuadas» y en desuso, figuras «superadas» en suma. Así pues, esa época no se conformó con producir basura, sino que por añadidura se vilipendiaba también todo lo realmente grande del pasado. Ese síntoma se da siempre en tiempos de decadencia. Cuanto más bajas y despreciables sean las producciones intelectuales de un determinado momento y sus autores, tanto más odiarán éstos a los representantes de una grandeza pasada. En tales tiempos, se intenta apagar el recuerdo del pasado de la Humanidad, para así evitar cualquier posible comparación, y poder más fácilmente endosar sus cursilerías como «obras de arte».

Por eso, toda institución nueva, cuanto más miserable y despreciable sea, tanto más se esforzará por borrar las últimas huellas del pasado. Por el contrario, toda renovación de verdadero significado para la Humanidad, sin preocupaciones subalternas, procurará establecer lazos con las conquistas de las generaciones pasadas, e incluso ponerlas de relieve. Esas renovaciones bien intencionadas nada tienen que temer en una confrontación con el pasado, sino que por el contrario, ofrecen una valiosa contribución al tesoro general de la cultura humana. Muchas veces, para su completa apreciación, se desvelan sus promotores en resaltar los esfuerzos de los que les precedieron, para dar a sus iniciativas una comprensión más exacta por parte de los contemporáneos. Quien no tiene nada valioso que ofrecer al mundo, odiará todo lo que se hizo en el pasado y será siempre propenso a negarlo todo, a destruirlo todo.

Eso se verifica no solamente en las nuevas producciones de la cultura general sino también en la política. Los nuevos movimientos revolucionarios odiarán más a los antiguos modelos, cuanto menor sea su propia significación. En ese terreno se constata, de la misma manera que en la vida intelectual y artística, sólo la preocupación de dar importancia a los propios engendros, con lo cual, se llega a un odio ciego contra todo cuanto de bueno se hizo en el pasado. Si, por ejemplo, el recuerdo histórico de la vida de Federico el Grande estuviera siempre presente, entonces Friedrich Ebert sólo podría provocar una admiración muy relativa. El gran hombre de Sans-Souci aparece junto al antiguo tabernero de Bremen como el Sol delante de la Luna; sólo cuando los rayos del Sol desaparecen es cuando la Luna puede brillar. Es por eso también muy natural el odio de todas las nuevas «lunas» de la Humanidad contra esas estrellas fijas.

En la vida política, cuando la casualidad pone a esas nulidades en posiciones de mando, acostumbran con infatigable empeño, no sólo a desprestigiar el pasado, sino también a evitar, por todos los medios, la crítica general hacia su persona. Un ejemplo de eso puede encontrarse en la Ley de Defensa del Gobierno de la nueva República Alemana.

Si cualquier idea nueva, nueva doctrina, nueva concepción del mundo, o cualquier movimiento político o económico intenta negar el conjunto del pasado, o considerarlo sin valor, sólo por este motivo debe ser considerada con cautela y desconfianza. En la mayor parte de los casos, la razón para ese odio al pasado es la propia mediocridad o la mala intención. Un movimiento renovador, verdaderamente

saludable, se construirá siempre sobre las bases que le provea el pasado, sin tener que avergonzarse de utilizar las verdades ya existentes. El conjunto de la cultura general, como la del propio individuo, no es más que el resultado de una larga evolución en que cada generación participa con su grano de arena para engrandecer la construcción ya iniciada. La finalidad y la razón de ser de las revoluciones no consiste en demoler el edificio entero, sino en alejar las causas de su ruina, reconstruyendo la parte amenazada de derrumbe.

Solamente así se puede y se debe hablar de progreso de la Humanidad. Sin eso, el mundo nunca saldría del caos, pues cada generación, teniendo el derecho de negar el pasado, establecería como condición para su propia tarea la destrucción de lo que hubiese hecho la generación anterior.

El aspecto más lamentable de nuestra cultura general antes de la guerra, no era solamente la absoluta impotencia de la fuerza creadora artística e intelectual, sino también el odio con el que se procuraba ensuciar y apagar el recuerdo de las grandezas pasadas. Ya al terminar el siglo XIX, en casi todos los dominios del Arte, principalmente en los ramos del teatro y de la literatura, se producían muy pocas obras de importancia y se solía más bien degradar lo bueno de tiempos pasados, presentándolo como mediocre y superado. ¡Como si esta época de vergonzosa mediocridad pudiese ser capaz de superar algo en absoluto!

Las malas intenciones de esos apóstoles del futuro se vuelven evidentes justamente por el esfuerzo que hacen para ocultar el pasado a los ojos del presente. En eso se debería haber visto, desde luego, que no se trataba en este caso de una nueva, aunque falsa, concepción cultural, sino de una destrucción sistemática de los fundamentos de la cultura que hiciese posible la demolición de los sanos sentimientos artísticos y la consiguiente preparación intelectual para el bolchevismo político. Así como el siglo de Pericles tomó cuerpo en el Partenón, el bolchevismo actual está representado por una caricatura cubista.

Con el mismo criterio debe hacerse hincapié en la evidente cobardía de una parte de nuestro pueblo que, por la fuerza de su educación y de su propia posición, estaba en la obligación de combatir esa vergonzosa orientación intelectual. Por el mero temor al griterío de los apóstoles del arte bolchevique —los cuales atacaban a todos los que no les consideraban verdaderos creadores calificándolos de retrógrados burgueses—, se renunciaba a las más serias resistencias y todos se conformaban con lo que les parecía inevitable. Todos tenían miedo a ser acusados de ignorantes por no comprender a esos incultos mentirosos e impostores; como si fuese una vergüenza no entender las producciones de esos degenerados o descarados embusteros. Esos jóvenes «intelectuales» poseían un medio muy simple de imprimir a sus creaciones el cuño de la importancia más elevada. Éstos presentaban a sus maravillados contemporáneos todas las locuras evidentes e incomprensibles como si constituyesen la vida interior de todos ellos, retirando así, desde el principio, cualquier posibilidad de réplica a la mayor parte de las personas. Que esas locuras representen de hecho la vida interna, no se puede dudar. De ahí no se concluye, sin embargo, que se deba poner ante los ojos de una sociedad sana las alucinaciones de enfermos mentales o de criminales. Las obras de un Moritz von Schwind o las de un Böcklin también eran vivencias internas, pero de la vida de artistas de la mayor elevación moral y no de bufones.

En este estado de cosas se podía comprender muy bien la miserable cobardía de nuestros llamados intelectuales, los cuales se apocaban ante cada resistencia seria contra ese envenenamiento intelectual y moral de nuestro pueblo, que así quedaba entregado a su suerte en la lucha contra esos graves males. Para no revelar ignorancia en materia de

arte, se compraban esas mamarrachadas, hasta que con el tiempo, se hacía difícil distinguir las producciones de valor real de las obras de pacotilla.

Todo eso constituía un síntoma alarmante para el porvenir.



Aún debe mencionarse otro aspecto crítico:

A finales del siglo pasado nuestras ciudades fueron perdiendo cada vez más el carácter de emporios de cultura, para descender a la categoría de simples asentamientos humanos. La escasa conexión existente entre el proletariado actual de nuestras grandes urbes y el lugar mismo donde éste vive, evidencia que en tal caso no se trata, efectivamente, más que de un punto ocasional de residencia del individuo. Proviene esto del frecuente cambio de vivienda que conllevan las condiciones sociales, cambio que no le da al obrero el tiempo necesario para crear una relación más estrecha con el medio donde habita; sin embargo, por otro lado, hay que buscar también la razón de ese estado de cosas en el hecho de que las ciudades actuales son insignificantes y pobres en todo lo que a cultura general se refiere.

En tiempos de las Guerras de Liberación[76], las ciudades alemanas eran no sólo menos en número, sino también más modestas en magnitud. Las pocas grandes ciudades existentes eran, en su mayor parte, las sedes de los gobiernos, y como tales, poseían casi siempre un cierto valor cultural y artístico. Los pocos lugares de más de cincuenta mil habitantes eran, en comparación con las ciudades actuales del mismo volumen, ricos en tesoros científicos y artísticos. Cuando Múnich tenía sesenta mil habitantes, ya se preparaba para convertirse en uno de los primeros centros artísticos de Alemania. Hoy, cualquier centro fabril ya tiene ese número de habitantes, e incluso lo supera, sin que en muchos casos se presente el más mínimo valor real que pueda nombrarse como propio. Esas ciudades no son otra cosa que un hacinamiento de enormes bloques de viviendas de alquiler. Es casi imposible que de esta situación pueda resultar un apego hacia tales lugares. Nadie podrá sentir cariño por una ciudad que no ofrece un atractivo mayor que otra similar, que deja de satisfacer las exigencias individuales y en la que, vergonzosamente, se prescinde de todo aquello que pueda significar arte o algo parecido.

Pero no siendo esto suficiente, también en las ciudades verdaderamente grandes, a medida que la población aumentaba, crecía también la pobreza artística. Éstas parecían rebajarse cada vez más, ofreciendo en mayores proporciones el mismo aspecto que los centros industriales. Lo que los tiempos actuales han aportado a la cultura de nuestras ciudades es del todo insuficiente. Todas nuestras grandes ciudades viven de las glorias y de los tesoros del pasado. En la actual Múnich, si dejamos a un lado todo lo que fue creado por Luis I[77], se constata con espanto cuán pobre ha sido el progreso desde entonces al presente en creaciones artísticas de valor real. La misma observación se podría aplicar a Berlín y a la mayoría de grandes urbes.

Lo más importante es lo siguiente: ninguna de nuestras grandes ciudades posee monumentos que dominen todo su aspecto urbano y que, de alguna manera, destaquen como signos característicos de la época. En las ciudades antiguas, se daba el caso de que

---

[76] Guerras de Liberación o Guerras de Independencia: se refieren a los enfrentamientos armados que tuvieron lugar entre 1808 y 1815 como parte de las guerras napoleónicas, las cuales confrontaron a las tropas francesas de Napoleón con sus adversarios de Europa. (N. del T.)

[77] Luis I, Rey de Baviera desde 1825 hasta 1848. Luis fue un hombre de inclinación docta y artística. Convirtió Múnich en sede del arte. Apoyó la independencia griega, y su hijo, Otón, fue el primer rey de la Grecia independiente. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

casi todas poseían un monumento especial del que se enorgullecían. La característica dominante de las ciudades antiguas no radicaba en construcciones privadas, sino en monumentos públicos que no se destinaban para el momento, sino para la eternidad; pues en ellos no se reflejan las riquezas de un particular, sino la grandeza de la colectividad.

Así se originaban los monumentos públicos, cuyo objetivo era hacer que los habitantes se apegasen a la ciudad; monumentos que hoy nos parecen casi impensables. Lo que se pensaba en aquellos tiempos era en dar menos importancia a las casas particulares que a los monumentos para la colectividad.

Al lado de esos monumentos, la vivienda tenía una importancia muy secundaria. Sólo comparando las grandes proporciones de las antiguas construcciones del Estado con las construcciones particulares del mismo tiempo, podremos comprender el elevado alcance del principio que consistía en dar preferencia a las obras de carácter público. Las obras colosales que hoy admiramos en las ruinas del mundo antiguo no son centros comerciales, sino templos y edificios públicos, es decir, obras que benefician a toda la colectividad. Incluso en plena decadencia de la Roma de la última época, ocupaban el primer lugar, no las villas y palacios de los burgueses, sino los templos y las termas, los estadios, los circos, los acueductos, las basílicas, etcétera, todas construcciones del Estado, y por consiguiente, de todo el pueblo.

Esa observación también se aplica a la Alemania de la Edad Media, aunque bajo otro aspecto artístico. Lo que para la antigüedad representaba la Acrópolis o el Partenón, lo representaba para la Edad Media la Iglesia Gótica. Esas obras monumentales se elevaban como gigantes al lado de las mezquinas construcciones de madera o de ladrillo de las ciudades medievales, y constituyen todavía hoy el signo característico de una época. Catedrales, palacios municipales, mercados, etcétera, son las señales visibles de una concepción que en nada corresponde a la moderna.

¡Qué lastimosas son hoy las proporciones entre las construcciones del Estado y las particulares! Si la suerte que se dio en Roma se hubiera dado en Berlín, la posteridad sólo podría admirar como las obras más importantes de nuestro tiempo y como expresión de nuestra cultura a los almacenes de algunos judíos y a los hoteles de algunas sociedades anónimas. Compárese la desproporción, incluso en una ciudad como Berlín, entre las construcciones de los gobiernos y las del mundo de las finanzas y el comercio.

La parte destinada a las construcciones de Estado es insuficiente e irrisoria. No se construyen ya obras para la eternidad, sino para las necesidades del momento. Ningún pensamiento elevado prevalece. El castillo de Berlín fue, para su época, una obra de diferente significación a la que tiene la nueva biblioteca en relación con el presente, ya que mientras la sola construcción de un navío de guerra representa la suma de sesenta millones, para el edificio del *Reichstag*, el primer monumento grandioso del Gobierno, fue adjudicada casi la mitad de aquella cifra. Cuando se meditó sobre la decoración interna del edificio, todos los miembros del *Reichstag* votaron contra el empleo de la piedra y ordenaron que las paredes fueran revestidas de yeso. En esta ocasión, los parlamentarios, por excepción, actuaron acertadamente, pues sus «cabezas de yeso» están fuera de lugar entre paredes de piedra.

A nuestras ciudades actuales les faltan monumentos que sean la expresión de la vida colectiva. No es de extrañar que en las ciudades no se viese ninguna muestra de ésta. La falta de interés de los habitantes de las grandes ciudades por la suerte de las mismas da lugar a prejuicios que se reflejan de forma práctica en la vida.

En este hecho vemos también una señal de decadencia de nuestra cultura y un aviso de ruina general. Nuestra época se asfixia con las más pequeñas preocupaciones, o mejor dicho, con el dinero. Por eso no es extraño que, bajo la influencia de una divinidad tal, no haya estímulo para los actos heroicos. En los días que corren, recogemos apenas lo que el pasado cercano sembró.



Todos esos síntomas de decadencia son, en último análisis, consecuencia de la falta de una definida concepción del mundo. De ahí también la inseguridad general en los juicios y en las actitudes con relación al único y realmente gran problema del presente.

Ésa es la razón por la que, comenzando por la educación, todo se hace a medias, rehuyendo la responsabilidad y acabándose por tolerar de manera cobarde los propios males por todos reconocidos. El sentimiento de humanitarismo se ha puesto de moda, y en cuanto se cede débilmente a la causa de los males y se protege a sus autores, se sacrifica el futuro de millones.

El análisis de la vida religiosa en Alemania antes de la guerra nos muestra cómo se propagó la discordia general que reinaba. Hacía tiempo que también en este aspecto grandes sectores de la opinión nacional carecían de una convicción unitaria e ideológicamente eficiente. En comparación con el número de los indiferentes, tenía poca significación el papel que jugaban los feligreses oficialmente ligados a la Iglesia. Mientras nuestras dos confesiones cristianas (la católica y la luterana) mantienen misiones en Asia y África con el objeto de ganar nuevos prosélitos (empeñadas en una actividad de modestos resultados, frente a los progresos que realiza allá el mahometanismo), pierden en Europa millones y millones de adeptos, los cuales, o se tornan absolutamente indiferentes a la vida religiosa, o van por su propio camino. Sobre todo desde el punto de vista moral, los éxitos son muy poco favorables.

Cabe remarcar también la lucha cada vez más violenta contra los fundamentos dogmáticos de las respectivas religiones, fundamentos sin los cuales sería inconcebible la conservación práctica de una fe religiosa en este mundo humano. La gran masa de un pueblo no se compone de filósofos; y es principalmente para las masas para quienes la fe constituye la única base de una ideología moral. Los diversos substitutos no han probado su eficiencia ni su conveniencia, para que se hubiera podido ver en ellos un provechoso relevo de las creencias religiosas existentes. Para que la doctrina religiosa y la fe puedan realmente abarcar las grandes capas sociales, es necesario que la autoridad absoluta, que fluye del fondo de esa fe, sea el fundamento de su eficiencia. Lo que para la vida general significan las costumbres —sin las que seguramente cientos de miles de elevados hombres vivirían en la sabiduría y la razón, pero millones de otros no—, lo representan las leyes para el Estado, y los dogmas para las religiones. Sólo mediante los dogmas, la concepción puramente espiritual, vacilante y de interpretación infinitamente variable, llega a precisarse y adquirir una forma concreta, sin la cual nunca podría convertirse en fe. En caso contrario, la idea nunca llegaría a ser algo más que un mero concepto metafísico, o mejor, una opinión filosófica. Por eso la acometida dirigida contra los dogmas se asemeja mucho a la lucha contra los fundamentos legales del Estado, y del mismo modo que esta lucha acabaría en una anarquía estatal completa, la acción antidogmática tendría por resultado un nihilismo religioso carente de todo valor.

Para el político, la apreciación del valor de una religión debe regirse menos por las deficiencias, quizá innatas en ella, que por la bondad cualitativa de un substituto

doctrinal visiblemente mejor. Pero mientras no se haya encontrado tal substituto, sólo los locos o los criminales podrían atreverse a demoler su existencia.

Ciertamente, en este desagradable problema con la religión, los más culpables son aquéllos que perjudican el sentimiento religioso con la defensa de intereses puramente materiales, provocando conflictos completamente innecesarios con la llamada «Ciencia Exacta». En ese terreno, la victoria favorecerá siempre a la última aunque la lucha sea ardua, viéndose así la religión muy disminuida ante los ojos de los que no son capaces de elevarse sobre los postulados de una ciencia puramente externa.

Los peores estragos, sin embargo, se han ocasionado por el abuso de la convicción religiosa con fines políticos. No se dirá nunca lo suficiente contra esos miserables explotadores que quieren ver en la religión un instrumento al servicio de su política, o mejor, de sus intereses comerciales. Esos descarados impostores gritan con voz estentórea para que los otros pecadores puedan oír, en cualquier parte, la confesión de su fe, por la que nunca morirán si fuera preciso, pero con la que procurarán vivir mejor. Para conseguir un éxito importante en su carrera son capaces de vender su fe; para lograr diez escaños en el Parlamento, se unen a los marxistas, enemigos mortales de todas las religiones; para obtener una cartera ministerial venden su alma al diablo, a menos que éste les desdeñe por un resto de decoro.

Si la vida religiosa en Alemania antes de la guerra había adquirido para muchos un sabor desagradable, no se debía esto a otra cosa más que al abuso cometido con el cristianismo por parte del partido político llamado «cristiano», y por el descaro con que se trató de identificar a la religión católica con un partido político.

Esta funesta suplantación procuró mandatos parlamentarios a una serie de inútiles, en tanto que a la Iglesia no le trajo consigo sino daños.

El resultado de semejantes anomalías tenía que soportarlo la Nación entera, pues las consecuencias emergentes del debilitamiento de la vida religiosa vinieron a producirse precisamente en una época en la que ya todo había empezado a ceder y vacilar, amenazando con el derrumbamiento de los tradicionales fundamentos de la moral y las buenas costumbres.

Esas fisuras en el cuerpo de la Nación podrían continuar sin peligro mientras la propia Nación no fuese sometida a una ruda prueba de resistencia, pero llevarían al pueblo a la ruina en cuanto la violencia de los grandes acontecimientos hiciera de decisiva importancia el problema de la solidez interna.



Asimismo, en el campo de la actividad política existían, para aquellos más atentos, anomalías que, si no eran eliminadas o corregidas a tiempo, podían y debían considerarse fatalmente como signos de una inminente decadencia del Imperio. La falta de orientación de la política alemana, tanto interna como externa, no escapaba a la penetración de nadie que deliberadamente no hubiese querido darse cuenta de la situación. La política de pactos pareció a muchos corresponder a la concepción de Bismarck de que «la política es el arte de lo posible». Pero entre Bismarck y los cancilleres alemanes posteriores había una «pequeña» diferencia. Al primero le era posible adoptar una tal concepción de la realidad política, al tiempo que la misma concepción, en boca de sus sucesores, debía alcanzar otro significado diferente. Con aquella política, Bismarck quería demostrar que para alcanzar un determinado fin, todos los medios deberían ser utilizados y todas las posibilidades intentadas. Sus sucesores, sin embargo, vieron en esta expresión una declaración solemne de la necesidad de

poseer un concepto o una finalidad política. La verdad es que en los tiempos de hoy ya no existe una finalidad política para la dirección del Reich. A la política le falta la base necesaria de una concepción definida del mundo, así como la necesaria comprensión de las leyes que rigen la evolución del organismo político.

Muchos observaban esa orientación con ansiedad y censuraban agriamente esa falta de planes e ideas en la política del Imperio. Muchos reconocían las debilidades internas y la insignificancia de esa política. Todos esos, sin embargo, estaban fuera de los círculos políticos. En los corrillos oficiales del gobierno se notaba, frente a las revelaciones de un Houston Stewart Chamberlain[78], la misma indiferencia de hoy. Esa gente es demasiado estúpida para pensar por sí misma y demasiado orgullosa para aprender de los demás lo que es necesario. Ésta es una verdad eterna que dio lugar a la afirmación de Oxenstierna[79]: «El mundo se rige por apenas un átomo de sabiduría». Y aquí, un Consejo de Ministros es apenas un átomo de ese átomo. Desde que Alemania se convirtió en República, eso no es aplicable, pues está prohibido por las leyes creer en tal afirmación, o incluso proclamarla. Para Oxenstierna fue una satisfacción haber vivido en otro tiempo y no en la «inteligente» República actual.

Ya en tiempos anteriores a la guerra muchos se habían percatado de que justamente aquella institución que debía encarnar la vitalidad del Reich —el Parlamento, el *Reichstag*— era la más vulnerable de todas. La cobardía y la falta de responsabilidad se hermanaban allí de la forma más perfecta.

Una de las muchas afirmaciones faltas de reflexión que hoy se suele oír con frecuencia es aquella que afirma que el parlamentarismo en Alemania fracasó «a partir de la Revolución de 1918». Muy fácilmente se despierta así la impresión de que antes de esa época era todo diferente. En realidad, el principal efecto de esa institución no puede dejar de ser destructor, y eso ya era así en los tiempos en que la mayor parte del pueblo, incluso usando anteojeras, no veía nada, o nada quería ver. Para la ruina de Alemania, esa institución contribuyó en gran medida. El motivo por el que la catástrofe no advino antes, no se debe poner en la cuenta del *Reichstag* y sí en la resistencia que, en los tiempos de paz, se oponía a la actividad de esos sepultureros de la Nación y el Imperio alemán.

De la inmensidad de males que, directa o indirectamente, se deben al parlamentarismo, quiero escoger aquel que mejor define la esencia de la más irresponsable de las organizaciones de todos los tiempos. Me refiero a la monstruosa pasividad y debilidad de la dirección política interna y externa del Reich que, antes que nada, deben ser atribuidas a la actuación del *Reichstag*, y que fueron la causa principal de la ruina política.

Siempre fue mediocre todo lo subordinado a la influencia del Parlamento de entonces, sea cual sea el aspecto que se considere.

Mediocre y deficiente fue la política aliancista del Reich. Mientras se procuraba mantener la paz, se estaba, de hecho, acelerando la guerra.

Mediocre fue la política que se hizo frente a Polonia, pues se optó por las provocaciones sin abordar jamás medidas serias. El resultado no fue ni favorable al germanismo ni conciliatorio con Polonia, pero sí significó la enemistad con Rusia.

[78] Houston Stewart Chamberlain (1855-1927). Hijo de un general inglés, estudió en Génova. En 1885 se trasladó a Alemania, donde permaneció hasta su muerte. Se convirtió en acérrimo patriota alemán, amigo íntimo de Guillermo II. En 1908 se casó con Eva Wagner, hija de Richard Wagner, y se trasladaron a vivir a Bayreuth. Su gran obra maestra fue *Los Fundamentos del siglo XIX* (*Die Grundlagen des neunzehnten Jahrhunderts*). (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

[79] Axel Gustafsson Oxenstierna af Södermöre. Canciller sueco que tomó las riendas del gobierno de su país tras la muerte del Rey Gustavo Adolfo. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*).

Mediocre fue igualmente la solución que se dio a la cuestión de Alsacia y Lorena. En lugar de machacar de una vez por todas la cabeza de la hidra francesa y de conceder, por otra parte, igualdad de derechos a los alsacianos, no se hizo ni lo uno ni lo otro; aunque tampoco hubiera sido posible lograr nada, puesto que en las filas de los grandes partidos militaban también los mayores traidores de la Patria: Wetterlé[80], por ejemplo, en el Partido de Centro.

Todo esto habría sido todavía soportable si semejante estado de mediocridad general no hubiese acabado también por hacer víctima suya a aquella entidad de la cual dependía en último término la existencia del Reich: el Ejército.

El crimen que con esto cometió el llamado «Parlamento Alemán» basta y sobra para hacer pesar para siempre sobre él la maldición de la Nación alemana. Por los motivos más deplorables, esos canallas de los partidos parlamentarios arrebataron de las manos de la Nación el arma de la conservación nacional, la única defensa de la libertad y de la independencia de nuestro pueblo. Si se abriesen hoy las sepulturas de los llanos de Flandes, de ellas se levantarían los ensangrentados acusadores, representados por centenares de miles de jóvenes de lo mejor de la juventud alemana que, por la inconsciencia de esos criminales parlamentarios, fueron mal preparados y arrojados a la muerte en el Ejército. Millones de muertos y de mutilados perdió la Patria para favorecer, única y exclusivamente, los negocios y chantajes políticos de algunos cientos de embusteros, o para hacer posible el sermoneo de ciertas teorías doctrinarias.

Mientras el judaísmo, mediante su prensa marxista y demócrata, difundía por el mundo la mentira del «militarismo alemán», tratando de acusar a Alemania por todos los medios, los partidos marxistas y demócratas, por su parte, se oponían sistemáticamente al plan de ampliar la instrucción militar del pueblo alemán. El monstruoso crimen que con ello se cometió saltaba a primera vista para todo aquél que pensaba que en caso de guerra, la Nación entera debía ponerse bajo las armas, y que por la infamia de esos ilustres personajes de la llamada «representación nacional», millones de alemanes serían lanzados contra el enemigo en condiciones de insuficiente o mala preparación militar. Dejando aparte las consecuencias resultantes de la brutal y cruda ignorancia de estos rufianes parlamentarios, se revelaba que esa falta de soldados preparados en el comienzo del conflicto, fácilmente acarrearía su pérdida, lo cual, fue demostrado de manera irrefutable durante la Gran Guerra.

La pérdida del combate por la libertad y la independencia de Alemania fue consecuencia de la indecisión y debilidad —que ya se daban en los tiempos de paz— en coordinar todas las fuerzas de la Nación para su defensa.



Si tratándose de las fuerzas de tierra se instruía un número de reclutas demasiado reducido, igual deficiencia se notaba con respecto a las fuerzas navales, haciendo poco menos que nula el arma destinada a la defensa nacional. Desgraciadamente, la propia dirección de la Marina se dejó contagiar por la política de «medias tintas». La tendencia a disminuir cada vez más el tonelaje de los navíos lanzados al mar, en comparación con los ingleses, fue una idea tan poco genial como poco previsora. Una flota que, desde el principio, no era tan numerosa con relación a la de su probable adversario, debería justamente haber compensado la inferioridad del número de unidades con el poder

[80] Emile Wetterlé, político católico de Alsacia. Desde 1898 hasta 1914 formó parte del Reichstag, y en 1910 fundó el Partido Nacionalista de Alsacia. En 1914 huyó de Alemania y se dirigió hacia Francia, donde fue diputado en 1919. Entre sus obras encontramos *Les Coulisses du Reichstag* (1918) y *L'Alsace et La Guerre* (1919). (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

ofensivo de las mismas. Dependíamos aquí de una fuerza de combate superior y no de una legendaria superioridad de competencia.

En realidad, la técnica moderna está tan avanzada y es tan análoga en los diferentes países civilizados, que se debe tener como imposible dar a los propios navíos una mayor potencia de fuego que la que tienen los barcos de igual tonelaje de las demás naciones. Mucho menos se debe pensar en alcanzar una mayor capacidad destructora de pequeños navíos con relación a los grandes.

De hecho, el pequeño tonelaje de los navíos alemanes sólo podría darse a costa de su velocidad y su armamento. La frase con la que se procuraba justificar esa realidad ya evidenciaba una falta de lógica de los que, en la paz, ocupaban posiciones de mando. ¡Se decía que el material de guerra alemán era tan superior al inglés, que el cañón alemán de 28 centímetros no quedaba rezagado en poder de alcance con relación al inglés de 30,5 centímetros!

Pero justo por eso, habría sido un deber ir más allá del cañón de 30,5 fabricando uno que fuera superior, pues el objetivo no debe ser la obtención de algo equivalente, sino de algo superior en fuerza de combate. De otro modo el avance hacia el mortero de 42 cm en el Ejército habría sido algo superfluo, pues el mortero alemán de 21 cm ya superaba ampliamente al francés, y las fortificaciones igualmente hubieran caído víctimas del de 30,5 cm. Quedó demostrado, sin embargo, que el mando del Ejército pensaba con acierto, mientras que la Marina lamentablemente no.

La renuncia a los planes de una mayor eficacia de la artillería, así como de una mayor velocidad, se basó en la falsedad de los llamados «conceptos de riesgo». Ya en la orientación adoptada para el programa de desarrollo naval, el Almirantazgo renunció a la posibilidad de la acción ofensiva, colocándose así desde un principio en el plano de la defensiva. Quiere decir pues, que con esto se renunciaba automáticamente a la posibilidad del éxito definitivo, el cual radica y radicará siempre en la acción ofensiva.

Un navío de pequeña velocidad, y con un débil poder ofensivo, sería más fácilmente puesto a pique por los adversarios más veloces y mejor armados, y que, fundamentalmente, disponen la mayoría de las veces de una distancia de disparo favorable. Esto lo debió experimentar, de la manera más amarga, un gran número de nuestros cruceros. Cuán falsa era la orientación de nuestro Almirantazgo en los tiempos de paz, quedó demostrado durante la Gran Guerra —que era justamente cuando interesaba—, al empujarnos al desmantelamiento de los viejos navíos para un mejor apertrechamiento de los nuevos. Si en la batalla de Skagerrak[81] las unidades alemanas hubiesen tenido el mismo desplazamiento, el mismo armamento y la misma velocidad que las naves inglesas, la flota británica habría hallado su húmeda tumba bajo el huracán de las granadas alemanas del calibre 38, que eran de mayor precisión y eficacia que las del adversario.

Japón, antaño, impulsó otra política naval. En ese país se juzgó de la máxima importancia conseguir en cada nueva unidad un poder ofensivo mayor al del probable enemigo. ¡Eso satisfaría las necesidades de una posición ofensiva de la Flota!

Mientras que los mandos del Ejército se mantuvieron en principio libres de estos razonamientos falsos, la Armada, que desgraciadamente contaba con una mayor representación en el Parlamento, sucumbió al espíritu de éste. Las fuerzas navales

[81] Batalla de Skagerrak o de Jutlandia, librada en el Mar del Norte frente a las costas de Dinamarca entre el 31 de mayo y el 1 de junio de 1916. Es considerada como la mayor batalla naval de la historia (al durar un día entero) tras la acontecida en el cabo Ecnomo (Primera Guerra Púnica) en el año 256 a.C. En ella se enfrentaron la *Hochseeflotte* (Flota de Alta Mar) alemana y la *Royal Navy* británica. El balance de pérdidas resultó favorable al bando alemán al perder éste 11 navíos, por los 14 hundidos del bando británico. Sin embargo, a pesar de las pérdidas que ocasionó en combate, la armada alemana perdió su acceso al mar, dejando a los británicos como dueños del campo de batalla, aunque fortaleciendo su dominio submarino. (N. del T.)

fueron organizadas en ese régimen de «a medias», y más tarde, utilizadas de manera similar. Y lo que, pese a todas las deficiencias, alcanzó sin embargo como gloria inmortal la Marina alemana, no hay que atribuirlo sino al buen trabajo del marino alemán así como a la capacidad y al incomparable heroísmo de los oficiales y su tropa. Si la anterior dirección de la Armada se hubiese elevado al nivel de la capacidad de aquellos oficiales y marinos, tantos sacrificios no habrían sido inútiles. Tal vez, justamente la habilidad de parlamentar de sus líderes durante la paz fue una desgracia para la propia Armada, pues en vez de puntos de vista militares se impusieron como decisivos los puntos de vista parlamentarios. El régimen de las medidas a medias y de la debilidad, así como la falta de lógica que caracteriza al parlamentarismo, trascendieron a la dirección de la Armada.

Las fuerzas de tierra, como ya se ha recalcado, se salvaron de esa orientación fundamentalmente falsa. Principalmente, el entonces Jefe del Estado Mayor, Ludendorff, encabezó una campaña desesperada contra la criminal debilidad del Parlamento en el tratamiento de los problemas vitales de la Nación; problemas que en su mayor parte eran negados. Si la lucha que ese oficial encabezó en aquellos tiempos resultó inútil a pesar de sus desesperados esfuerzos, la culpa se debe en parte al Parlamento, y en mayor medida tal vez a la miserable conducta del Canciller Bethman Hollweg. Ello no impide, sin embargo, que los responsables de la ruina de Alemania quieran hoy echar la culpa precisamente a aquél que se levantó en solitario contra esa forma negligente de tratar los intereses nacionales. Una mentira más o una mentira menos no hace distinciones entre estos traficantes natos.

Quien medite sobre todo el sacrificio que significó para la Nación la imperdonable imprudencia de esa gente totalmente falta de responsabilidad; quien reflexione sobre las vidas inmoladas en vano y la suerte de los mutilados, así como también sobre la vergüenza y la infinita miseria que ahora sufrimos; quien sepa, en fin, que todo eso vino sólo para abrir el camino hacia las carteras ministeriales a un hatajo de ambiciosos y cazadores de puestos públicos sin escrúpulos, comprenderá que a tales seres humanos no se les puede dar ciertamente otro calificativo que el de canallas, estafadores, sinvergüenzas y criminales; de no ser así, el sentido de estas palabras y su finalidad se harían incomprensibles, pues en comparación con estos traidores de la Nación, todo canalla es un hombre de honor.



Todas las debilidades reales de la antigua Alemania sólo llamaban particularmente la atención después de que, como consecuencia de las mismas, la estabilidad interna de la Nación hubiera recibido duros golpes. En esos casos, la desagradable verdad era proclamada a gritos a las masas, mientras que, vergonzosamente, se guardaba silencio sobre muchas cosas y se negaban otras. Eso sucedía cuando, a la hora de tratar un problema de orden público, se reflexionaba sobre una reforma que pudiese mejorar el estado de cosas existente. Los que ejercían influencias en los puestos de dirección del gobierno nada entendían del valor y de la esencia de la propaganda. Sólo los judíos son los que saben que, por medio de una propaganda inteligente y constante, se puede hacer creer a un pueblo que el cielo es el infierno, y viceversa, que la vida más miserable es un verdadero paraíso. Sólo el judío lo sabe y actúa en consecuencia. El alemán, o mejor dicho su gobierno, no tenía ni idea.

Esa ignorancia debería producir sus peores efectos durante la guerra.



Aparte de las deficiencias mencionadas de la vida alemana anterior a la guerra, había también algunas ventajas. Analizando imparcialmente las circunstancias, se debe reconocer que la mayoría de nuestros defectos eran, en gran parte, propios de otros países y pueblos, algunos de los cuales nos superaban enormemente en este aspecto, no teniendo en cambio muchas de nuestras ventajas.

A la cabeza de éstas se encuentra el hecho de que el alemán, entre los pueblos europeos, era el que más se esforzaba por mantener el carácter nacional de su economía; a pesar de todos los malos síntomas, tenía, por lo menos, el valor de resistir al control del capital internacional. ¡Desgraciadamente, esa peligrosa ventaja habría de ser el motivo principal de la instigación de la guerra!

Aparte de ésta, entre las fuentes de energía sin contaminar de la Nación debemos puntualizar tres instituciones que eran ejemplares y, hasta se puede decir, únicas en su género.

En primer término, la constitución misma del Estado y la caracterización que había alcanzado en la Alemania contemporánea. Por cierto que en esto debe prescindirse de la personalidad de algunos monarcas, que han sucumbido a todas las debilidades humanas que suelen azotar a esta Tierra y a sus hijos.

A este respecto, si no fuera por nuestra indulgencia, nos veríamos obligados, sobre todo, a dudar del presente. ¿Los representantes del actual régimen, examinados por el valor de sus personalidades, serán por ventura, bajo el punto de vista intelectual y moral, los más representativos que después de efectuado el examen pudiéramos descubrir? Quien mida el «valor» de la Revolución por el mérito y la grandeza de las personas con las que se presentó ante la Nación desde noviembre de 1918, tendrá que esconder el rostro sintiendo vergüenza ante el juicio de la posteridad, pues entonces el silencio ya no podrá ser impuesto por las leyes de protección, y se dirá lo que todos ya hoy reconocemos, esto es, que entre nuestros nuevos dirigentes, la inteligencia y la virtud están en relación inversa a sus vicios.

Es cierto que la Monarquía perdió las simpatías de las grandes masas. Fue el resultado de haberse rodeado el Monarca de los hombres menos ilustres y menos sinceros. Tales monarcas preferían, lamentablemente, rodearse de aduladores más que de espíritus rectos, dejándose aconsejar por ellos. Fue una lástima que esto sucediese en una época en la que el mundo atravesaba grandes transformaciones en todas las antiguas concepciones; transformaciones que, naturalmente, no podrían ser detenidas en su marcha por las ancestrales tradiciones de la Corte.

No es pues de extrañar que ya a finales de siglo a nadie causara admiración la presencia de la Princesa uniformada y a caballo a primera línea en el frente. No se tenía una idea exacta sobre el efecto de un desfile en el espíritu del pueblo, pues de otra manera nunca habríamos llegado a la triste situación de hoy. El sentimiento de humanidad, no siempre verdadero de esos círculos, continúa provocando más enojo que simpatía. En otro tiempo podía ser muy bien visto, por ejemplo, que la Princesa X se dignara a probar los alimentos de una cocina popular y que los encontrara exquisitos. Pero en la época de la que hablamos, el efecto era el contrario. Pues aunque la Princesa no tuviese en realidad la menor idea de que la comida a probar ese día fuese un poco mejor que de costumbre, bastaba con que la gente lo sospechara. De esta forma, las mejores intenciones imaginables se volvían ridículas, cuando no irritantes.

Carteles anunciando la proverbial sobriedad del Monarca, su costumbre de despertarse temprano y trabajar hasta bien entrada la noche, así como el peligro

amenazador de la insuficiencia de su alimentación, provocaban manifestaciones dignas de reflexión. Nadie necesitaba saber qué y cuánto se dignaba a comer el monarca; no se le envidiaba que tuviera «abundante» comida; y tampoco nadie se preocupaba en criticarle el sueño insuficiente. Todos se alegraban de que él, como hombre, honrase el nombre de su linaje y de su Nación, y como Jefe de Gobierno, cumpliese con sus obligaciones. Las fábulas ya no benefician en nada; por el contrario, son perjudiciales.

Ésas y otras cosas semejantes eran, sin embargo, pequeñeces.

Desgraciadamente, lo peor fue que en el seno de la mayoría de la Nación se tuviese la convicción general de que, de cualquier modo, el pueblo era gobernado de arriba para abajo y que de esta forma cada individuo no tenía que preocuparse de nada. En cuanto a si la actuación del Gobierno era realmente buena, o por lo menos bien intencionada, tampoco importaba. Una desgracia sería, sin embargo, que algún día el viejo gobernante, bueno en sí, fuese sustituido por otro nuevo, menos ordenado. Entonces la docilidad pasiva y la fe infantil redundarían en la mayor calamidad imaginable.

No obstante, junto a todos esos y muchos más defectos, había aspectos de mérito incuestionable.

De valor indiscutible era sin duda la estabilidad del Estado en su conjunto bajo la forma monárquica de gobierno, así como el hecho de que todos los cargos públicos quedaran a cubierto de la especulación de políticos ambiciosos. Además, la dignidad de la institución estatal en sí, así como la autoridad resultante de ella, partían de la relevante posición del cuerpo administrativo del Reich y, ante todo, de la del Ejército, por encima de los compromisos políticos de partido.

A esto se añadía aún la ventaja de que el poder del Estado estaba encarnado en la persona del Monarca, constituyendo así el ejemplo de una responsabilidad que éste asumía en escala superior a la del conglomerado casual de una mayoría parlamentaria.

Sobre todo, se debió esto a la idoneidad proverbial de la administración pública alemana.

Además de eso, el valor cultural de la Monarquía era, para el pueblo, de la mayor significación, pudiendo compensar otras desventajas. Las sedes de los gobiernos alemanes continuaban siendo el pilar para los sentimientos artísticos que, en nuestros tiempos de materialismo, cada vez están más amenazados de desaparecer. Por último, lo que en materia de arte y de ciencia fomentaron los príncipes alemanes, en particular durante el siglo XIX, ha quedado como digno de ejemplo, no pudiendo la época actual ser comparada en este orden con la de entonces.



Pero es al Ejército al que le corresponde el papel de factor cualitativo por excelencia en esta época en que la corrupción comienza a cundir en el organismo nacional. Las Fuerzas Armadas eran la escuela más fuerte de la Nación y justamente por eso se dirigía el odio de los enemigos contra ese reducto de la defensa y la libertad nacional. Ningún monumento más majestuoso se podría erigir a esa institución que la proclamación de la siguiente verdad: el Ejército fue calumniado, odiado y combatido por todo tipo de individuos sin valor, pero fue temido. Si la furia de los explotadores internacionales en Versalles se dirigió en primer lugar contra el antiguo Ejército alemán, era porque se reconocía en él al último reducto de nuestras libertades en la lucha contra el capitalismo internacional. Si no fuera por esa fuerza amenazadora, la intención de

Versalles se habría realizado mucho antes. Lo que el pueblo alemán le debe al Ejército se resume en una palabra: Todo.

El Ejército inculcó el sentimiento de la responsabilidad absoluta en una época en la que esa cualidad se volvía cada vez más insólita. Su actuación impresionaba, tanto más cuanto que constituía una brillante excepción a la ausencia absoluta de responsabilidad, de la que el Parlamento era el más elocuente modelo.

El Ejército incentivó el valor personal en un momento en el que la cobardía amenazaba contaminar al país entero, y la capacidad de sacrificio en favor del bien común era considerada casi como una estupidez, pareciendo sólo inteligente aquel que más promovía y respetaba su propio «yo».

Era el Ejército la escuela que todavía enseñaba al alemán a buscar la salvación de la Nación, no en frases falsas de un hermanamiento internacional entre negros, alemanes, chinos, franceses, ingleses, etc., sino en la fuerza y la unidad del propio pueblo.

El Ejército educaba en el poder de decisión cuando en la vida habitual la falta de decisión y las dudas comenzaban a determinar la actuación de los hombres. Éste quería significar algo —en una época en que los sabelotodo llevaban la voz cantante—, defendiendo el principio de que una orden es siempre mejor que ninguna. En esa máxima se podía notar el síntoma de una salud integral y robusta, que habría desaparecido de otros sectores de la vida de la Nación si el Ejército y su educación no se hubiesen esforzado en una renovación continua de esa fuerza primitiva. Basta ver las terribles dudas de los actuales dirigentes del Reich, incapaces de animarse a realizar una acción, a no ser que se trate de la firma forzosa de un nuevo dictado de desvalijamiento.

En este caso, ellos ponen de lado cualquier responsabilidad y firman con la habilidad de un taquígrafo todo lo que se les presente, puesto que ahí la resolución es fácil de tomar una vez que se les dicta.

Contrariamente a lo que ocurría en la vida corriente, saturada de codicia y de materialismo, el Ejército educó al pueblo hacia el ideal y la devoción por la Patria y su grandeza. El Ejército fue una escuela que educó al pueblo unido frente a la división de clases, y quizá su único defecto fue el de haber instituido el sistema de servicio voluntario de un año; defecto decimos, porque debido a ese sistema se dañaba el principio de la igualdad absoluta, colocando al individuo de mayor preparación intelectual fuera del marco común, mientras que justamente lo contrario hubiera sido lo provechoso. Dado que nuestras clases altas permanecían ajenas a todo, y que su distanciamiento con el propio pueblo era cada vez mayor, pudo haber sido el Ejército el único capaz de influir benéficamente si hubiese evitado, por lo menos dentro de sus filas, todo aislamiento de la clase llamada intelectual. Fue un gran error no haber actuado de esta forma, sin embargo, ¿qué institución en este planeta no tiene defectos? Pero, respecto a esto, sus ventajas eran tan preponderantes que sus pequeños fallos se deberían atribuir a la imperfección humana.

Al Ejército del antiguo Imperio hay que reconocerle, como su más alto mérito, el que en una época en que predominaba el criterio de la «mayoría numérica», supo imponer la calidad sobre la cantidad. Frente al principio judeo-demócrata de la ciega idolatría por la mayoría del número, el Ejército siempre mantuvo inconmovible el principio de la fe en la personalidad. De este modo formó eso que tanta falta hace en los tiempos actuales: Hombres.

Al fango de una vida de debilitamiento y de afeminamiento regresaban anualmente de las filas del Ejército 350.000 jóvenes pletóricos de energías, que en un período de instrucción militar de dos años habían adquirido una acerada constitución

física. El joven que durante ese tiempo practicó la obediencia podía ahora aprender a mandar. Ya en el paso se reconocía al Hombre que había sido Soldado.

Ésa fue la alta escuela de la Nación alemana, y no en vano se concentraba sobre ella el odio mortal de aquellos que, por envidia y ambición, anhelaban y necesitaban para sus fines la impotencia del Reich y la ausencia de la capacidad defensiva de sus ciudadanos.

Lo que muchos alemanes en su obcecación o en su mala voluntad no querían ver, lo reconocía el mundo entero: el Ejército alemán era la fuerza más poderosa al servicio de la libertad de la Nación alemana y del sustento de sus hijos.



Junto a la forma constitutiva del Estado y a la ponderada calidad del Ejército, integraba el conjunto de las tres instituciones ejemplares del Imperio la incomparable organización administrativa del antiguo Reich.

Alemania era el país mejor organizado y mejor administrado del mundo. Al funcionario alemán podía tachársele fácilmente de exagerado burocratismo, mas no era esto mejor en los demás países, sino incluso peor. Lo que esos estados no poseían era la admirable estabilidad del mecanismo administrativo y la incorruptible honradez de los funcionarios con que contaba el Reich. Es mejor ser pedante, pero honesto y fiel, a ser «ilustrado» y moderno, pero de carácter débil o, como es hoy corriente, ignorante e incompetente. Es costumbre decir que, antes de la guerra, la administración alemana era burocráticamente pura, pero sin sentido práctico ni comercial.

A esa objeción se puede responder: ¿Qué país del mundo tenía un servicio de transportes mejor dirigido y organizado bajo el punto de vista comercial que el de Alemania?

Se dejó en manos de la Revolución la destrucción de esta organización ejemplar, hasta que finalmente fue arrebatada de las manos de la Nación y se socializó, en el sentido que los fundadores de la República daban a esta palabra, es decir, poniéndola al servicio de los capitalistas bursátiles internacionales, causantes de la revolución alemana.

El cuerpo de funcionarios públicos alemanes y la máquina administrativa se caracterizaban especialmente por su independencia con relación a los gobiernos, cuyas ideas transitorias sobre la política no ejercían ninguna influencia en su actitud. Después de la Revolución todo eso fue profundamente modificado. Las contingencias partidarias sustituirían a la competencia y a la habilidad, y de ahí en adelante, el hecho de tener el funcionario un carácter independiente, en lugar de una referencia, pasó a ser una desventaja.

Sobre la constitución estatal, el Ejército y la organización administrativa, descansaban la fuerza y el poderío admirables del antiguo Imperio.

Ésas eran las tres causas primordiales de una virtud que hoy le falta al Gobierno alemán, esto es, ¡la autoridad del Estado! Pues ésta no se apoya en la palabrería de los parlamentos o asambleas, ni en leyes de protección, ni en sentencias judiciales destinadas a amedrentar a descarados mentirosos, etc., sino en la confianza general que la dirección política y administrativa de una comunidad puede y debe inspirar. Esa confianza es el resultado de una absoluta certeza del desinterés y la honestidad del gobierno y la administración de un país, así como de la armonía del sentido de sus leyes con los principios morales del pueblo. Ningún sistema de gobierno puede mantenerse

por mucho tiempo basado sólo en la fuerza, pero sí a través de la fe en la bondad y veracidad con que se vele por la defensa y el desarrollo de los intereses colectivos.



Por más que ciertos males amenazasen ya antes de la Guerra con corroer y minar la fuerza interna de la Nación, no se debe olvidar que otros países sufrían todavía más esa misma enfermedad y, a pesar de ello, no por eso en la hora crítica del peligro cesaban de luchar y perecían. Si se considera que frente a las deficiencias que existieron en Alemania antes de la guerra había también poderosos aspectos favorables, llegaremos a la conclusión de que la causa inicial del desastre de 1918 debe buscarse en otro terreno diferente, y en efecto, éste es el caso.

La mayor y más profunda de las causas que determinaron la ruina del Imperio residía en el hecho de no haber reconocido oportunamente la trascendencia que tiene el problema racial para la evolución histórica de los pueblos. Todos los acontecimientos en la vida de las naciones no son obra de la casualidad, sino consecuencias naturales de la necesidad imperiosa de la conservación y de la multiplicación de la especie y de la raza, por más que los hombres no puedan percatarse del fundamento íntimo de sus acciones.

Capítulo XI
PUEBLO Y RAZA

Hay verdades que están tan a la vista de todos que, precisamente por eso, la gente corriente no las ve, o por lo menos no las reconoce. Con frecuencia se pasa como un ciego por delante de estas verdades y se muestra la máxima sorpresa cuando, de repente, alguien descubre lo que todos deberían saber desde siempre. Ejemplos como los del huevo de Colón[82] hay cientos de miles a nuestro alrededor, sin embargo gente como Colón es más difícil de encontrar.

Así peregrinan los hombres sin excepción por el jardín de la Naturaleza, imaginándose saberlo y conocerlo todo, pasando, con muy pocas excepciones, como ciegos junto a uno de los más trascendentales principios de la vida: el aislamiento de todas las especies de seres vivos entre sí.

Basta la observación más superficial para demostrar cómo las innumerables formas de la voluntad creadora de la Naturaleza están sometidas a la inmutable ley fundamental de la reproducción y multiplicación de cada especie, restringida en sí misma. Todo animal se apareja con un congénere de su misma especie. La abeja con la abeja, el pinzón con el pinzón, la cigüeña con la cigüeña, la rata silvestre con la rata silvestre, el ratón casero con el ratón casero, el lobo con la loba, etcétera.

Sólo circunstancias extraordinarias pueden alterar esa ley, entre las cuales figura, en primer lugar, la coacción ejercida por la cautividad del animal o cualquier otra imposibilidad de unión dentro de la misma especie. Ahí, sin embargo, la Naturaleza comienza a oponerse por todos los medios, y su protesta más evidente consiste en privar a los bastardos, en el futuro, de la capacidad de procreación, o en limitar la fecundidad de los futuros descendientes. En la mayor parte de los casos, les priva de la facultad de resistencia contra las dificultades o ataques hostiles.

Esto es un fenómeno perfectamente natural.

Todo cruzamiento de dos seres cualitativamente desiguales, da un producto de término medio entre el valor cualitativo de los padres; es decir, que la cría estará en nivel superior con respecto a aquel elemento de los padres que racialmente es inferior, pero no será de igual valor cualitativo que el elemento racialmente superior de ellos. Luego será, por consiguiente, derrotado en la lucha con los superiores. Semejante unión está, sin embargo, en franco desacuerdo con la voluntad de la Naturaleza, que, de un modo general, tiende al perfeccionamiento de la vida en la procreación. Esta hipótesis no se apoya en la unión de elementos superiores con inferiores, sino en la victoria incondicional de los primeros. El papel del más fuerte es dominar. No se debe mezclar con el más débil, pues sacrifica así su propia grandeza. Solamente el débil de nacimiento podrá ver en eso una crueldad, lo que se explica por su complexión débil y

[82] La historia del huevo de Colón es la siguiente: Estando Colón en la mesa con muchos nobles españoles, uno de ellos le dijo: «Sr. Colón, incluso si vuestra merced no hubiera encontrado las Indias, no nos habría faltado una persona que hubiese emprendido una aventura similar a la suya, aquí en España, que es tierra pródiga en grandes hombres muy entendidos en cosmografía y literatura». Colón no respondió a estas palabras, pero habiendo solicitado que le trajeran un huevo, lo colocó sobre la mesa y dijo: «Señores, apuesto con cualquiera de ustedes a que no serán capaces de poner este huevo de pie como yo lo haré». Todos lo intentaron sin éxito y cuando el huevo volvió a Colón, éste, golpeándolo sutilmente contra la mesa al colocarlo, lo dejó de pie. Todos los presentes quedaron confundidos y entendieron lo que quería decirles: que después de hecha y vista la hazaña, cualquiera sabe cómo hacerla. —Benzoni, Girolamo. *Historia del Nuevo Mundo*, 1572— (N. del T.).

limitada. Cierto es que, si tal ley no prevaleciese, sería imposible pensar en cualquier perfeccionamiento en el desarrollo de los seres vivos en general.

Ese instinto universal que actúa en toda la Naturaleza, esa tendencia a la pureza racial, tiene como consecuencia no sólo establecer una marcada delimitación de cada raza hacia el exterior, sino también mantener las disposiciones naturales. La raposa es siempre raposa; el ganso, ganso; el tigre, tigre; etcétera. La diferencia sólo podrá residir en ciertas variaciones de su fuerza, robustez, inteligencia, agilidad o resistencia, verificada en cada uno individualmente. Nunca se encontrará, sin embargo, a una raposa teniendo sentimientos humanitarios hacia un ganso, de la misma manera que no existe un gato con tendencia amistosa hacia un ratón.

Esto es así porque la lucha recíproca surge aquí, motivada menos por antipatía interior, por ejemplo, que por impulsos de hambre e interés. En ambos casos, la Naturaleza es espectadora plácida y satisfecha. La lucha por el sustento deja sucumbir a todo el que es débil, enfermo y menos resuelto, mientras que en la lucha del macho por la hembra sólo al más sano se le confiere el derecho o la posibilidad de procrear. Siempre, sin embargo, aparece la lucha como un medio de estimular la salud y la fuerza de resistencia en la especie, y por eso mismo, es un motivo para su perfeccionamiento.

Si el proceso fuese otro, cesaría todo progreso en la continuación y en la superación de la especie, sobreviniendo más fácilmente lo contrario. Dado el hecho de que el elemento de menor valor sobrepasa siempre al mejor en cantidad, incluso cuando ambos posean igual capacidad de conservar y reproducir la vida, el elemento peor se multiplicaría mucho más deprisa, hasta el punto de forzar al mejor a pasar a un plano secundario. Se debe efectuar, por consiguiente, una corrección en favor del mejor. De eso sin embargo se encarga la Naturaleza, sometiendo al más débil a condiciones de vida difíciles, y limitando de esta manera su número, sin permitir finalmente, una reproducción indiscriminada al resto, sino es a través de una nueva e implacable selección de acuerdo a la fuerza y la salud.

Si, por una parte, la Naturaleza desea poco la asociación de los individuos más débiles con los más fuertes, menos todavía la fusión de una raza superior con una inferior, pues eso se traduciría en un golpe casi mortal dirigido contra todo su trabajo ulterior de perfeccionamiento, ejecutado tal vez a través de cientos de miles de años.

También la historia humana ofrece innumerables ejemplos de este orden, ya que demuestra con asombrosa claridad que toda mezcla de sangre aria con la de pueblos inferiores tuvo por resultado la ruina de la raza de cultura superior. América del Norte, cuya población se compone en su mayor parte de elementos germanos que se mezclaron sólo en mínima escala con los pueblos de color, racialmente inferiores, representa una cultura y civilización diferente de lo que son los pueblos de América Central y del Sur, países en los cuales los emigrantes, principalmente de origen latino, se mezclaron en gran escala con los elementos aborígenes. Este ejemplo permite claramente darse cuenta del efecto producido por la mezcla de razas. El elemento germano que racialmente conservó su pureza, se ha convertido en el señor del continente americano y mantendrá esa posición mientras no caiga en la ignominia de mezclar su sangre.

En pocas palabras, el resultado del cruzamiento de razas es, por tanto, siempre el siguiente:

a) Disminución del nivel de la raza más fuerte.

b) Regresión física e intelectual, y con ello, el comienzo de una enfermedad que avanza lenta pero segura.

Provocar semejante desarrollo es un atentado contra la voluntad del Creador. Y como todo pecado, este acto también recibirá su merecido.

Tratando de rebelarse contra la lógica férrea de la Naturaleza, el hombre entra en conflicto con los principios fundamentales a los que él mismo debe exclusivamente su existencia en el seno de la Humanidad. De ese modo, ese procedimiento de pugna contra las leyes de la Naturaleza sólo le puede conducir a su propia ruina.

Es oportuno repetir la afirmación del pacifista moderno, tan estúpida como genuinamente judaica en su petulancia: «¡El hombre vence a la propia Naturaleza!».

Millones de individuos repiten mecánicamente ese absurdo judaico e imaginan, por fin, que son de facto una especie de domadores de la Naturaleza; sin embargo, la única arma de que disponen para afirmar tal pensamiento es una idea tan miserable, que no nos permitiría siquiera imaginar la existencia del mundo.

Todavía el hombre no ha superado en nada a la Naturaleza, no habiendo pasado de meros intentos por levantar una u otra punta del gigantesco velo bajo el cual ésta encubre los eternos enigmas y secretos. De hecho, el hombre no inventa ninguna verdad, sino que descubre lo ya existente; es decir, él no domina la Naturaleza, sino que ha ascendido al grado de señor entre los demás seres vivos, por la ignorancia de éstos o por su propio conocimiento de algunas leyes o misterios de la Naturaleza. Aparte de esto, sus ideas sólo le sirven para formular hipótesis sobre el origen y el Destino de la Humanidad, dado que la idea misma únicamente depende del hombre como especie natural. Sin hombres no habría ninguna idea humana en el mundo, por cuanto la idea como tal está siempre condicionada a la existencia del hombre, y por eso mismo, a todas las leyes que proporcionan las condiciones de su existencia.

¡Y no sólo eso! Ciertas ideas se hallan incluso ligadas a determinados individuos. Se verifica esto principalmente en los pensamientos cuyo contenido no se deriva de una verdad exacta o científica, sino que tienen su origen en el mundo de los sentimientos, o que reproducen, como se acostumbra a decir hoy, un «hecho vivido interiormente». Todas esas ideas que en sí nada tienen que ver con la fría lógica, representando por el contrario puras manifestaciones sentimentales, concepciones éticas, etc., se prenden a la vida del hombre, debiendo su propia existencia a la fuerza imaginativa y creadora del espíritu humano. Ahí justamente es donde se impone la conservación de esas determinadas razas y hombres como condición primordial para la perdurabilidad de esas ideas. Quien quisiera realmente de corazón desear la victoria del pensamiento pacifista, tendría que empeñarse por todos los medios para que los alemanes tomasen posesión del mundo, pues, si por ventura aconteciese lo contrario, muy fácilmente con el último alemán se extinguiría también el último pacifista, dado que el resto del mundo difícilmente hubiera sido tan engañado por un absurdo tan contrario a la Naturaleza y a la razón como lo fue nuestro propio pueblo. Sería pues necesario, de buen o de mal grado, decidirnos con toda seriedad a guerrear a fin de llegar al pacifismo. Precisamente esto proponía el americano Wilson, el «redentor» universal, y así pensaban por lo menos nuestros visionarios alemanes que, por ese medio, lograron sus fines.

Tal vez el concepto pacifista-humanitario llegue a ser de hecho aceptable cuando el hombre superior previamente haya conquistado y sometido el mundo en toda su extensión, hasta el punto de volverse el señor exclusivo de esta Tierra. Pero tal idea se antoja ya imposible, aportando por el contrario consecuencias nocivas, en la medida en que su aplicación práctica se hace cada vez más difícil y finalmente impracticable. Por tanto, primero la lucha, después, tal vez, el pacifismo. En el caso contrario, la Humanidad habría pasado el punto culminante de su desarrollo, siendo el desenlace, no el dominio de cualquier idea moral, sino la barbarie y su consecuente caos. Naturalmente alguien se podría reír de esta afirmación. Es preciso que nadie se olvide,

sin embargo, de que este planeta ya recorrió en el éter millones de años sin ser habitado por hombres y podrá un día volver a hacerlo, si estos olvidan que no deben su existencia superior a las teorías de unos pocos ideólogos locos, sino al reconocimiento y la aplicación incondicional de las leyes inmutables de la Naturaleza.

Todo cuanto hoy admiramos en el mundo —ciencia y arte, técnica e inventos— no es otra cosa que el producto de la actividad creadora de un número reducido de pueblos, y quizá, en sus orígenes, hasta de una sola raza. De ellos depende también la estabilidad de toda esta cultura. Con la destrucción de esos pueblos se enterrará igualmente toda la belleza de esta tierra.

Por más poderosa que pueda ser la influencia del suelo sobre los hombres, sus efectos siempre han de variar según las razas. La falta de fertilidad en una zona puede estimular a una raza a alcanzar en sus actividades un rendimiento máximo; otra raza sólo encontrará en el mismo hecho un motivo para caer en la mayor de las miserias, y finalmente en la alimentación insuficiente con todas sus consecuencias. Las cualidades intrínsecas de los pueblos son siempre las que determinan el resultado que ejercen las influencias externas. La misma causa que a unos les lleva a pasar hambre, provoca en otros el estímulo para trabajar con más ahínco.

Todas las grandes culturas del pasado cayeron en la decadencia debido únicamente a que la raza creadora de la cual habían surgido envenenó su sangre. La causa última de semejante decadencia fue siempre el hecho de que el hombre olvidó que toda cultura depende de él, y no viceversa; es decir, que para conservar una cultura definida, el hombre que la construyó también precisa ser conservado. Semejante conservación, sin embargo, se amarra a la ley férrea de la necesidad y al derecho de la victoria del mejor y del más fuerte. Quien desee vivir, que se prepare para el combate, y quien no estuviese dispuesto a eso en este mundo de luchas eternas, no merece la vida.

¡Esto es así, aunque pueda parecer demasiado duro! La suerte más recia es, sin duda alguna, la del hombre que cree poder vencer a la Naturaleza, mas en realidad tan sólo se burla de ella. ¡La réplica de la Naturaleza se resume entonces en privaciones, desgracias y enfermedades!

El hombre que desconoce y menosprecia las leyes raciales, en realidad se priva de la suerte que le había sido reservada. Impide la marcha triunfal de la mejor de las razas, reduciendo también con ello la condición primordial de todo progreso humano. En el transcurrir de los tiempos, va caminando hacia el reino del animal indefenso, aunque portando sentimientos humanos.



Es un intento ocioso querer discutir qué raza o razas fueron las depositarias originales de la cultura humana, y por tanto, los verdaderos fundadores de todo aquello que entendemos bajo el término Humanidad. Más sencillo es aplicar esa pregunta al presente, y aquí, la respuesta es fácil y clara. Lo que hoy se presenta ante nosotros en materia de cultura humana, de resultados obtenidos en el terreno del arte, de la ciencia y de la técnica es casi exclusivamente obra de la creación del ario[83]. Es sobre tal hecho

[83] Ario es la transcripción europea de la palabra sánscrita «*ariya*», que significa literalmente «el que sabe», «el despierto», «el nacido dos veces», atributos todos ellos otorgados a los «aristos», o sea, los hombres de raza noble, o aristócratas, como contraposición a los «sudras», representantes de la casta oscura e inferior. La condición de ario pasa necesariamente por la superación de las taras y escorias humanas, demoníacas o asúricas, con las que el hombre se contamina en el transcurso de su vida, hasta llegar a alcanzar la pureza de un auténtico hijo de la Luz. Un ejemplo lo hallamos en la figura de Parsifal: antes de poder golpear la puerta del castillo del Grial con su espada, tuvo que superar las pruebas que se imponen a los que realmente son capaces de alcanzar el estado de «despierto», de iluminado. (N. del T.)

donde debemos apoyar la conclusión de haber sido éste el fundador exclusivo de una Humanidad superior, representando así el prototipo de aquello que entendemos por la palabra «hombre». Es el Prometeo de la Humanidad, y de su frente clara brotó, en todas las épocas, la chispa divina del Genio, encendiendo siempre de nuevo aquel fuego del conocimiento que iluminó la noche de los misterios, haciendo elevarse al hombre a una situación de superioridad sobre los demás seres de esta Tierra. Exclúyasele, y tal vez después de pocos milenios descenderán una vez más las tinieblas sobre la Tierra ¡La cultura humana llegaría a su término y el mundo se volvería un desierto!

Si se dividiese la Humanidad en tres categorías de hombres: creadores, conservadores y destructores de la Cultura, tendríamos seguramente como representante del primer grupo sólo al elemento ario. Él estableció los fundamentos y los pilares de todas las creaciones humanas; únicamente la forma exterior y el colorido dependen del carácter peculiar de cada pueblo. Fue el ario quien abasteció el formidable material de construcción y los proyectos para todo progreso humano. Sólo la ejecución de la obra es la que varía de acuerdo con las condiciones peculiares de las otras razas. En pocas décadas, todo el este de Asia por ejemplo, poseerá una cultura denominada como suya propia, cuyo fundamento último estará tan impregnado de espíritu helénico y técnica germánica como lo está la nuestra. La forma externa es la que, por lo menos parcialmente, acusará trazos de carácter asiático. Muchos juzgan erróneamente que Japón asimiló la técnica de Europa en su Civilización, cuando lo que en realidad sucede, es que la ciencia y la técnica europea son engalanadas con peculiaridades japonesas. La base de la vida real no es ya la cultura específica del Japón, aunque sea ésta quien dé el color local a la vida del país. Aun así, es esto lo que exteriormente más impresiona a la observación del europeo justamente debido a las diferencias intrínsecas. Aquella base se encuentra, sin embargo, en la formidable producción científica y técnica de Europa y América y, por consiguiente, de pueblos arios. Sólo basándose en esas producciones Oriente podrá seguir el progreso general de la Humanidad. Éstas constituyen la base para la lucha por el sustento, creando para ello armas y utensilios, siendo sólo el aspecto externo el que se va adaptando gradualmente al espíritu japonés.

Si a partir de hoy cesase toda la influencia aria sobre Japón —suponiendo la hipótesis de que Europa y América alcanzaran una decadencia total—, la ascensión actual de Japón en el terreno científico-técnico todavía podría mantenerse algún tiempo; sin embargo, en pocos años, la fuente se secaría, sobreviviría la preponderancia del carácter japonés y la cultura actual moriría, regresando al sueño profundo del cual hace setenta años fue despertada bruscamente por la ola de la civilización aria. Al igual que hoy, en que el progreso del país se debe completamente a la influencia aria, antaño también fue la influencia del espíritu ario la que despertó a la cultura japonesa. La mejor prueba de este hecho es la fosilización y la rigidez que, más tarde, se fueron verificando en tal cultura. Este fenómeno sólo se da en un pueblo cuando se pierde la simiente de la raza original creadora o cuando falta la influencia externa que dé impulso y material necesarios al primer desarrollo cultural. Está probado que, cuando la cultura de un pueblo fue recibida, absorbida y asimilada de razas extranjeras, una vez retirada la influencia exterior, aquella cae de nuevo en el mismo entorpecimiento; se puede por tanto denominar a una raza así depositaria de una cultura, mas nunca creadora de la misma.

Un examen de los diferentes pueblos, desde tal punto de vista, confirma el hecho de que, en los orígenes, casi no se habla de pueblos constructores, sino siempre, por el contrario, de depositarios de una civilización.

Prácticamente siempre el proceso evolutivo presenta el siguiente cuadro:

Grupos arios, por lo general en proporción numérica verdaderamente inferior, dominan pueblos extranjeros, y gracias a las especiales condiciones de vida del nuevo ambiente geográfico (fertilidad, clima, etc.), así como también favorecidos por el gran número de elementos auxiliares de raza inferior disponibles para el trabajo, desarrollan la capacidad intelectual y organizadora latente en ellos. En pocos milenios y hasta en siglos, logran crear civilizaciones que llevan primordialmente el sello característico de sus inspiradores y que están adaptadas a las ya mencionadas condiciones del suelo y de la vida de los autóctonos sometidos. A la postre, empero, los conquistadores pecan contra el principio de la conservación de la pureza de su sangre que habían respetado en un comienzo. Empiezan a mezclarse con los autóctonos y cierran con ello el capítulo de su propia existencia. La caída por el pecado en el Paraíso tuvo como consecuencia la expulsión.

Después de más de mil años, se mantiene aún el último vestigio visible del antiguo pueblo dominador en la coloración más clara de la piel, dejada por su sangre a la raza vencida y también en una civilización ya en decadencia, que fuera creada por él en un comienzo. ¡De la misma manera que el verdadero conquistador espiritual desapareció en la sangre de los sometidos, se perdió igualmente el combustible para la antorcha del progreso de la civilización humana! Así como el color de la piel, debido a la sangre del antiguo señor, todavía guardó como recuerdo un ligero brillo, así también la oscuridad de la vida cultural se encuentra suavemente iluminada por las creaciones de los primigenios portadores de la luz. A pesar de toda la barbarie reiniciada, continúan allí, despertando en el espectador superficial la creencia de que lo que tiene delante de sí es la imagen del pueblo actual, cuando en realidad, es sólo el reflejo del pasado.

Puede entonces suceder que, en el devenir de su historia, un pueblo entre en contacto por segunda vez, e incluso más, con la raza de sus antiguos civilizadores, sin que sea preciso que exista una reminiscencia de los encuentros anteriores. La antigua sangre del dominador que aún sobreviva se encaminará inconscientemente hacia esta nueva aparición, y la voluntad propia conseguirá entonces lo que hasta poco antes sólo era posible por coacción externa. Se verifica una nueva ola civilizadora, que se mantiene hasta que sus exponentes vuelvan a desaparecer en la sangre de los pueblos extranjeros. En el futuro se pondrá como tarea a una Historia Universal y Cultural, hacer averiguaciones en ese sentido y no dejarse confundir por la reproducción de hechos puramente externos, como desgraciadamente sucede a menudo con la ciencia histórica de la actualidad.

De este breve esbozo sobre el desarrollo de las naciones depositarias de cultura, se desprende también la imagen del devenir, la actuación y la muerte de los propios arios, los verdaderos fundadores de la cultura en esta Tierra.

Así como en la vida corriente el «genio» necesita de un estímulo, y muchas veces, hasta literalmente de un empujón para llegar a iluminarse, de la misma forma sucede en la vida de los pueblos que poseen ese «genio». En la monotonía de la vida cotidiana, individuos de valor acostumbran frecuentemente a parecer insignificantes, elevándose apenas sobre la media común de los que les rodean; mas, si sobreviene alguna situación dramática que a otros haría desesperar o enloquecer, se yergue dentro de esa criatura media y discreta la naturaleza genial, dejando estupefactos a aquellos que le veían anteriormente en el estrecho marco de su vida burguesa (lo que explica tal vez el hecho de que «nadie es profeta en su tierra»). Nada mejor que la guerra nos ofrece la posibilidad de realizar tal observación. En las horas de angustia en las que otros sucumben, surgen súbitamente, de personas aparentemente inofensivas, héroes dotados de resuelto valor ante la muerte y de gran frialdad de reflexión. Si no hubiera sido por

tal momento de prueba, nadie habría sospechado que en el muchacho aún imberbe se ocultaba un héroe. Casi siempre es necesaria alguna situación violenta para provocar al genio. El golpe del Destino que a unos derriba, en otros encuentra resistencia de acero, y destruyendo el envoltorio de la vida cotidiana, descubre el alma hasta entonces oculta a los ojos de un mundo atónito. Pero este mismo mundo, testarudo, se rebela y rehúsa creer que ejemplares de apariencia tan insignificante puedan repentinamente mudar de personalidad, proceso éste que se repite con toda criatura excepcional.

Aunque un inventor, por ejemplo, consolide su fama el día de la invención, sería erróneo pensar que la genialidad no estaba presente en él hasta ese momento. La sutileza del genio ya chispea, desde la hora de su nacimiento, en la cabeza del hombre verdaderamente dotado de talento creador. La verdadera genialidad es siempre innata, nunca fruto de la educación o de los estudios.

Como hemos apuntado anteriormente, el mismo fenómeno observado en el individuo se produce también en la raza. Aunque los espectadores superficiales quieran desconocer este hecho, lo cierto es que los pueblos activamente creadores están dotados de talento creador desde su más remoto origen. Aquí también el reconocimiento externo sólo se manifiesta tras los hechos realizados, pues el resto del mundo, siendo incapaz de reconocer la genialidad en sí, aplaude sólo cuando sus manifestaciones concretas se han hecho visibles en forma de invenciones, descubrimientos, construcciones, pinturas, etcétera. Incluso después de eso, a veces pasa mucho tiempo antes de llegar a ser aceptado. Así como en la vida de todo gran hombre, la disposición del genio, cuando menos extraordinaria, únicamente incentivada por situaciones especiales tiende hacia su realización práctica; en la vida de los pueblos, también sólo determinadas circunstancias podrán impulsar a la completa utilización de sus fuerzas y capacidades creadoras.

Es en nosotros, los arios —raza que fue y es el exponente del desarrollo cultural de la Humanidad—, donde se verifica todo eso con mayor claridad. A medida que el Destino nos proyecta a situaciones especiales, las facultades que poseemos comienzan a desenvolverse de inmediato y a hacerse manifiestas. Las civilizaciones fundadas en tales situaciones están casi siempre condicionadas por el suelo, el clima y por los hombres que han sometido, siendo este último factor casi el más decisivo. Cuanto más primitivos son los recursos técnicos para una actividad civilizadora, más necesario es el auxilio de las fuerzas humanas que, conjugadas y bien aplicadas, tendrán que sustituir la energía de la máquina. Sin tal posibilidad de emplear gente inferior, el ario nunca habría podido dar los primeros pasos hacia su civilización, del mismo modo que, sin la ayuda de animales apropiados poco a poco domados por él, nunca habría alcanzado una técnica gracias a la cual pudo lentamente prescindir de los animales. El dicho que reza así: «El negro que ha hecho su tarea, se puede retirar»[84], posee desgraciadamente una profunda significación. Durante miles de años, el caballo tuvo que servir y ayudar al hombre para sentar las bases de su desarrollo en ciertos trabajos en los que ahora el motor lo suplantó, lo que dispensó perfectamente al caballo. Dentro de pocos años éste habrá cesado toda su actividad. Sin embargo, sin su cooperación inicial, el hombre difícilmente habría llegado al punto en el que se encuentra hoy.

Una de las condiciones más esenciales para la formación de culturas elevadas fue siempre la existencia de elementos raciales inferiores, porque únicamente ellos podían compensar la falta de medios técnicos sin los cuales ningún desarrollo superior sería concebible. Seguramente la primera etapa de la cultura humana se basó menos en el empleo del animal que en los servicios prestados por hombres de raza inferior.

---

[84] «*Der Mohr hat seine Schuldigkeit getan, der Mohr kann gehen*». Frase de Otelo. (N. del T.)

Primero fue la esclavización de las razas vencidas; luego vino el animal, y no viceversa como muchos suponen; antes fue el vencido quien debió tirar del arado, y sólo después de él vino el caballo. Únicamente los necios pacifistas pueden ser capaces de considerar esto como un signo de iniquidad humana, sin darse cuenta de que ese proceso evolutivo debió realizarse para llegar al final al punto desde el cual los apóstoles pacifistas propagan hoy sus disparatadas concepciones.

El progreso de la Humanidad semeja el ascenso por una escalera sin fin, donde no se puede subir sin haberse servido antes de los primeros peldaños. Así, el ario debió seguir el camino que la realidad le señalaba y no aquel otro que cabe en la fantasía de un moderno pacifista. El camino de la realidad es duro y espinoso, pero sólo éste conduce finalmente a ese mundo desde el cual el resto de los hombres sueña con quimeras. Lamentablemente lo único cierto es que esos soñadores no hacen más que alejar al hombre de la verdad en lugar de acercarle.

No es por mera casualidad que las primeras civilizaciones hayan nacido allá donde el ario, encontrando pueblos inferiores, los sometió a su voluntad; fueron éstos entonces, los primeros instrumentos técnicos al servicio de una cultura en formación.

Se hallaba por tanto precisado con claridad el camino que el ario tenía que seguir. Como conquistador sometió a los hombres de raza inferior y reguló la ocupación práctica de éstos bajo sus órdenes, conforme a su voluntad y de acuerdo a sus fines. Sin embargo, conduciendo de esta manera a los vencidos en la realización de dicha tarea, tan útil como dura, el ario cuidaba no solamente de sus vidas, sino que tal vez, incluso les proporcionaba una mejor suerte de la que gozaban durante la llamada «libertad». Mientras el ario mantuvo sin contemplaciones su posición señorial, fue no sólo realmente el soberano, sino también el conservador y el propagador de la cultura, dado que ésta depende exclusivamente de la capacidad de los conquistadores, y por tanto, de su propia conservación. En el momento en que los propios vencidos comenzaron a elevarse desde el punto de vista cultural, aproximándose también a los conquistadores mediante el idioma, se derrumbó la vigorosa barrera entre el señor y el siervo. El ario renunció a la pureza de su sangre, perdiendo así el lugar en el Paraíso que él mismo había generado. Sucumbió con la mezcla racial; perdió paulatinamente su capacidad creadora, hasta que comenzó a parecerse más a los indígenas sometidos que a sus antepasados, y eso no sólo intelectual sino también físicamente. Durante un tiempo pudo disfrutar todavía de los bienes ya existentes de la civilización, pero luego sobrevino la paralización del progreso, cayendo finalmente en el olvido. De este modo la ruina de civilizaciones e imperios cede el lugar a otras creaciones.

La mezcla de sangre, y por consiguiente la decadencia racial, son las únicas causas de la desaparición de todas las civilizaciones: pues los pueblos no mueren como consecuencia de guerras perdidas, sino debido a la anulación de aquella fuerza de resistencia que sólo es propia de la sangre pura. En este mundo, todo lo que no es de pura raza, es cizaña.

Para bien o para mal, los acontecimientos de la Historia Universal son una manifestación externa del instinto de conservación de las razas.



Si se examinan las causas profundas de la importancia predominante del Arianismo, se puede responder que esa condición no radica precisamente en un vigoroso instinto de conservación, sino en la peculiar forma de manifestación de ese

instinto. Subjetivamente considerada, el ansia de vivir se revela con igual intensidad en todos los seres humanos, difiriendo sólo en la forma de su efecto real.

El instinto de conservación en los animales más primitivos se limita a la lucha por la propia existencia. El egoísmo —definición que damos a tal tendencia— es tan predominante, que abarca incluso al tiempo, llegando a exigir todo en el momento, sin reservar nada para las horas futuras. En ese estado, el animal vive exclusivamente para sí, procura el alimento sólo para matar el hambre en el instante, luchando sólo por la propia vida. En cuanto el instinto de conservación se manifiesta de esta manera, no existe una base para la formación de una comunidad, ni siquiera bajo la forma más elemental, la familia. Ya la propia relación entre el macho y la hembra sobre el marco del simple emparejamiento supone una ampliación del instinto de conservación natural, por el cuidado y la lucha que, más allá del propio «yo», incluye también a la pareja. El macho a veces procura a su vez alimento para la hembra, no obstante, lo más frecuente es que ambos lo busquen para las crías. Casi siempre el uno ayuda al otro a defenderse, de modo que aquí aparecen, aunque muy primitivas, las primeras formas del espíritu de sacrificio. Desde el momento en que este espíritu de sacrificio sale del marco estrecho de la familia, nace la condición inherente a la formación de asociaciones más o menos vastas y, por último, la formación de los Estados mismos.

Sólo en mínima escala existe esta facultad entre los seres humanos más inferiores, de tal suerte que éstos no pasan de la etapa de la formación de la familia. Cuanto mayor sea la disposición para supeditar los intereses de índole puramente personal, tanto mayor será también la capacidad que tenga el hombre para establecer vastas comunidades.

Este espíritu de sacrificio, dispuesto a arriesgar el trabajo personal, y si es necesario, la propia vida en servicio de los demás, está indudablemente más desarrollado en el elemento de raza aria que en el de cualquier otra. No sólo sus cualidades enaltecen la personalidad del ario, sino también la medida en la cual está dispuesto a poner toda su capacidad al servicio de la comunidad. El instinto de conservación ha alcanzado en él su forma más noble al subordinar su propio yo a la comunidad y llegar al sacrificio de la vida misma a la hora de la verdad.

La razón de la facultad civilizadora y constructora del ario no reside en las dotes intelectuales. Si esto fuera así, sólo podría actuar como destructor, nunca sin embargo como organizador, pues la significación intrínseca de toda organización reposa sobre el principio del sacrificio que cada individuo hace de sí mismo y de sus intereses personales en provecho de una pluralidad de personas. Sólo después de trabajar por los demás, recibe aquél su recompensa. No trabaja directamente para sí, sino que se incorpora, con su trabajo, al cuadro general de la colectividad, no por su propio beneficio, sino por el bien de todos. La ilustración más admirable de semejante disposición la encontramos en la palabra «trabajo», la cual no representa en absoluto una actividad referida solamente al mantenimiento del individuo, sino a una actividad que no se opone a los intereses de la colectividad. En caso contrario, cuando las acciones humanas sólo atienden al instinto de conservación sin tener en cuenta el bien del resto del mundo, el ario las llama: hurto, usura, robo, asalto, etc.

Tal disposición, que cede el interés del propio «yo» a la conservación de la comunidad, es realmente la condición indispensable para la existencia de toda civilización humana. Sólo de ella podrán surgir las grandes obras de la Humanidad que al creador tan pocas recompensas comportan, siendo sin embargo las mayores bendiciones para las generaciones futuras. Solamente ese sentimiento es el que explica cómo es que tantos individuos pueden soportar honestamente una existencia miserable

que sólo les impone pobreza y humillación, pero consolida para la colectividad las bases de la existencia. Cada obrero, cada campesino, cada inventor, cada funcionario que trabaja sin llegar a alcanzar la felicidad o el bienestar, es un exponente de ese elevado ideal, aunque nunca llegue a conocer el sentido profundo de su proceder.

Sin embargo, lo que se considera para el trabajo como base de crecimiento y de todo progreso humano, se aplica todavía mucho más cuando hablamos de la preservación del hombre y su cultura. En la abnegación de la propia vida por la existencia de la comunidad, reside la coronación de todo sacrificio. Sólo así se puede impedir que lo que fue obra de manos humanas, la propia Naturaleza u otras manos humanas puedan volver a destruirlo.

Nuestra lengua posee justamente un término que define espléndidamente el modo de actuar en ese sentido: es el *Pflichterfüllung* o «cumplimiento del deber»[85]. Significa ello no contentarse el individuo solamente consigo mismo, sino procurar servir a la colectividad.

El criterio fundamental del cual emana este modo de obrar lo denominamos —por oposición al egoísmo y al interés propio— idealismo. Bajo este concepto entendemos únicamente el espíritu de sacrificio del individuo en favor de la colectividad, en favor de sus semejantes.

Es necesario proclamar repetidamente que el idealismo no significa una superflua manifestación sentimental, sino que en verdad fue, es y será la condición primordial para lo que denominamos «civilización», siendo ese idealismo el creador del concepto «hombre». Es a esa convicción interior a la que el ario debe su posición en el mundo, estando el mundo a su vez en deuda con el ario por la existencia del hombre. El idealismo fue el que, del espíritu puro, formó la fuerza creadora, cuya obra —los monumentos culturales— brotó en una asociación incomparable entre fuerza bruta e inteligencia genial.

Sin estas convicciones idealistas, incluso las facultades más brillantes no pasarían de una abstracción, pura apariencia exterior sin valor intrínseco, no pudiendo nunca convertirse en fuerza creadora.

Como, entre tanto, el idealismo genuino no es ni más ni menos que la subordinación de los intereses y de la vida del individuo a la colectividad, eso también, a su vez, establece las condiciones para nuevas organizaciones de toda clase. Ese sentimiento, en su interior, corresponde a la voluntad más imperiosa de la Naturaleza. Sólo el idealismo es el que conduce a los hombres a reconocer voluntariamente el privilegio de la fuerza y del vigor, haciendo de ellos mismos (del individuo), una mota insignificante en aquel orden que forma y construye el Universo. El idealismo más puro se reviste así inconscientemente del más profundo conocimiento.

Se reconoce enseguida cuánto hay de cierto en esto, y qué poco tiene que ver el verdadero idealismo con frívolas fantasías, por ejemplo, en el juicio de un muchacho sano e inocente. El mismo joven que se opone a las diatribas incomprensibles de un pacifista «idealista», está dispuesto a dar su vida por el Ideal de su comunidad nacional.

Inconscientemente, obedece ahí al instinto que reconoce la necesidad profunda de la conservación de la especie a costa del individuo. Si fuera preciso, protestaría contra las fantasías del orador pacifista que, realmente, en su papel de egoísta enmascarado y cobarde, peca directamente contra las leyes de la evolución, pues ésta está condicionada por la disposición al sacrificio del individuo en pro de la especie, y no por concepciones enfermizas de sabelotodo cobardes y críticos de la Naturaleza.

---

[85] Es lo equivalente al *Dharma*, terminología sánscrita de la tradición Indo-Aria. (N. del T.)

Justamente en épocas en las cuales el verdadero sentimiento idealista amenaza desaparecer, nos es posible comprobar enseguida la disminución de aquella fuerza que forma la comunidad, y por tanto, de toda condición necesaria de civilización. Tan pronto como el egoísmo impera en un pueblo se deshacen los vínculos del orden, precipitándose los hombres, en busca de su propio bienestar personal, del Cielo al Infierno.

La posteridad olvida a los hombres que trabajaron únicamente en provecho propio y glorifica a los héroes que renunciaron a su felicidad personal.



El judío es el antípoda del ario. Ningún otro pueblo del mundo posee un instinto de conservación más desarrollado que el del llamado «pueblo elegido». Ya el simple hecho de la existencia de esta raza podría servir de prueba cierta para esta verdad. ¿Qué pueblo, en los últimos dos milenios, sufrió menos alteraciones en su disposición intrínseca, en su carácter, etc., que el pueblo judío? ¿Qué pueblo, en fin, sufrió mayores trastornos que éste, saliendo sin embargo, siempre airoso de las más violentas catástrofes de la Humanidad? ¡La voluntad de vivir, la voluntad de una resistencia tenaz e infinita por la conservación de la especie, habla a través de estos hechos!

Las cualidades intelectuales del judío se han ejercitado durante miles de años. Pasan hoy por «inteligentes» y en cierta manera lo fueron siempre. Por otra parte, su comprensión no es el producto de la evolución propia, sino de la pura imitación. El espíritu humano no consigue superar alturas sin pasar por peldaños; en cada paso ascendente precisa del fundamento del pasado, incluso en aquel sentido más amplio que sólo se verá reflejado en la cultura general. Apenas una pequeña parte del pensamiento universal reposa sobre el conocimiento propio; la mayor parte es debida a las experiencias de épocas precedentes. El nivel cultural corriente le proporciona al individuo —muchas veces sin que él mismo se percate— un cúmulo tal de conocimientos preliminares que con este bagaje queda habilitado para poder emprender el camino por sí solo. El muchacho de hoy en día, por ejemplo, crece rodeado por infinidad de inventos técnicos de los últimos siglos, de tal manera que muchas cosas —que hace cien años eran un enigma incluso para los espíritus más adelantados— las da por sentadas, a pesar de que para el seguimiento y comprensión de nuestros avances en los distintos campos sean de crucial importancia. Si uno de esos distinguidos hombres de la segunda década del siglo pasado, se levantara de su tumba, tendría gran dificultad para orientarse en el tiempo actual. En cambio, no sucede así hoy con un muchacho de quince años de inteligencia mediana. A aquél le faltaría toda la interminable formación previa, casi inconscientemente absorbida por nuestro contemporáneo durante su período de crecimiento, en medio de las manifestaciones de la civilización en general.

El judío —por razones que se expondrán más adelante— jamás poseyó una cultura propia; así, los fundamentos de su obra intelectual siempre han sido tomados de fuentes ajenas a su raza, de modo que el desarrollo de su intelecto ha tenido lugar en todos los tiempos dentro del ambiente cultural que lo rodeaba.

Nunca se produjo el fenómeno inverso.

Porque si bien el instinto de conservación del pueblo judío no es menor, sino más bien mayor que el de otros pueblos, y aunque también sus aptitudes intelectuales despiertan la impresión de ser iguales a las de las demás razas, le falta en cambio la condición más esencial del pueblo civilizado: el sentido idealista.

El espíritu de sacrificio del pueblo judío no va más allá del simple instinto de conservación del individuo. Su aparente gran sentido de solidaridad no tiene otra base que la de un instinto gregario muy primitivo, tal como puede observarse en muchos otros seres de la Naturaleza. Notable en este sentido es el hecho de que ese instinto gregario conduce constantemente sólo al apoyo mutuo, mientras un peligro común lo aconseje conveniente o indispensable. La misma manada de lobos que en determinado momento asalta en común a su presa, se dispersa de nuevo tan pronto como acaba de saciar el hambre. Lo mismo hacen los caballos, que juntos, procuran defenderse de un ataque, para dispersarse una vez desaparecido el peligro.

Análogo es el caso del judío. Su espíritu de sacrificio es sólo aparente y se manifiesta mientras la existencia de cada cual lo exija perentoriamente. Entre tanto, una vez vencido el enemigo común, eliminado el peligro que a todos amenazaba y salvado el botín, cesa la aparente armonía de los judíos entre sí, para nuevamente evidenciarse las tendencias primitivas. El judío sólo conoce la unión cuando es amenazado por un peligro general; desaparecido este motivo, las señales del egoísmo más crudo surgen en primer plano, y el pueblo, antes unido, se transforma en un abrir y cerrar de ojos en una manada de ratas feroces.

Si los judíos fuesen los habitantes exclusivos del mundo, no sólo morirían ahogados en suciedad y porquería, sino que intentarían exterminarse mutuamente, teniendo en cuenta la indiscutible falta de espíritu de sacrificio que se refleja en su cobardía.

Es pues un error fundamental deducir que por la sola circunstancia de asociarse para la lucha, o mejor dicho, para la explotación de los demás, tengan los judíos un cierto espíritu idealista de sacrificio.

Tampoco en esto impulsa al judío otro sentimiento que el del puro egoísmo individual. Por eso también el Estado judío —debiendo ser el organismo viviente destinado a la conservación y multiplicación de una raza— constituye, desde el punto de vista territorial, un Estado sin límite alguno. Pues la circunscripción territorial determinada de un Estado supone en todo caso una concepción idealista de la raza que lo constituye, y ante todo, supone tener una noción cabal del concepto «trabajo». En la misma medida en que se carece de este criterio, falla también toda tentativa de formar y hasta de conservar un Estado territorialmente limitado. Con eso desaparece el fundamento único del origen de una civilización.

Por tanto, el pueblo judío, a pesar de sus cualidades intelectuales aparentes, es un pueblo sin cultura, especialmente sin cultura propia, porque la aparente cultura que posee el judío no es más que el acervo cultural de otros pueblos, corrompido ya en gran parte por las mismas manos judías.

Al juzgar el judaísmo desde el punto de vista de su relación con el problema de la cultura humana, no se debe olvidar, como una característica esencial, que jamás existió ni puede existir un arte propiamente judío, y que las dos reinas entre las artes —la Arquitectura y la Música— no cuentan con creaciones originariamente judías. Lo que ha realizado en el terreno artístico está entre la fanfarronería verbal y el plagio intelectual. Por tanto, le faltan al judío todas aquellas cualidades que distinguen a las razas privilegiadas desde el punto de vista creador y cultural.

Hasta qué punto el judío imita la civilización extraña, o mejor dicho la corrompe, queda probado por el hecho de ser el arte dramático el que más le atrae, siendo como es, el que menos depende de la invención personal. Incluso en esa especialidad, el judío no pasa realmente de ser un «cómico ambulante», o mejor todavía, un titiritero, faltándole la inspiración para las grandes realizaciones; nunca es

constructor genial, sino puro imitador. Los pequeños trucos que utiliza no pueden sin embargo ocultar la falta de vitalidad intrínseca de su talento. De esta manera, la prensa judía profiere de la manera más afectuosa, incluso sobre el chapucero más mediocre, por el simple hecho de ser judío, un himno tal de alabanzas, que hace que el resto del mundo acabe suponiendo que se trata de un verdadero artista cuando apenas es un miserable comediante.

No. El judío no posee fuerza alguna susceptible de construir una civilización, por el hecho de no poseer, ni nunca haber poseído, el menor idealismo sin el cual el hombre no puede evolucionar en un sentido superior. Ésta es la razón por la que su inteligencia nunca construirá cosa alguna; por el contrario, actuará sólo destruyendo, y en muy raros casos, como mucho, quizá estimulando, llegando entonces a ser algo así como el arquetipo de una fuerza que, aun deseando el mal, hace el bien. No por él, sino a pesar de él, se va realizando de algún modo, el avance de la Humanidad.

Como el pueblo judío nunca poseyó un Estado con una circunscripción territorial determinada y tampoco, en consecuencia, tuvo una cultura propia, surgió la creencia de que se trataba de un pueblo que cabía clasificarlo entre los nómadas. Éste es un error tan profundo como peligroso. El nómada vive indudablemente en una circunscripción territorial definida, sólo que no cultiva el suelo como campesino arraigado, sino que vive del producto de su ganado, peregrinando como pastor en sus territorios. La razón determinante de este modo de vivir hay que buscarla en la escasa fertilidad del suelo, que no le permite asentarse en un lugar fijo. La causa principal radica, sin embargo, en la diferencia entre la civilización técnica de una época o de un pueblo y la pobreza natural del lugar habitado. Hay regiones donde el ario, solamente por el desarrollo de su técnica milenaria, consigue, en pequeñas colonias, apoderarse de tierras extensas y extraer de ellas los elementos necesarios para su sustento. Si no fuese por esa técnica, tendría que alejarse de aquellos parajes, o subsistir de la misma manera que el nómada, en constante peregrinación, suponiendo que su educación a lo largo de los siglos y su hábito de vida sedentaria no lo hicieran completamente insoportable. Recordemos que cuando se descubrió el Continente Americano, numerosos arios luchaban por la vida como armadores de trampas, cazadores, etcétera, y esto frecuentemente en grupos, con mujer e hijos, mudando siempre de paradero, en una vida semejante a la de los nómadas. Después, sin embargo, cuando su número demasiado elevado, así como los recursos más perfeccionados, le permitieron cultivar el suelo virgen y resistir a los indígenas, comenzó a surgir en el país una colonia detrás de otra.

Es probable que el ario también haya sido primero nómada y que después, con el devenir del tiempo, se haya establecido. ¡Pero esto nunca lo hizo el judío! No, el judío no es un nómada, pues hasta el nómada tenía una noción definida del concepto «trabajo» que habría podido servirle de base para una evolución ulterior, siempre que hubiesen concurrido en él las condiciones intelectuales necesarias. El idealismo, como concepción fundamental, se da en el nómada aún de manera muy dispersa; es por esto que, en todo su carácter, el nómada podrá parecer extraño a los pueblos arios, pero nunca desagradable. Eso no sucede con el judío. Éste nunca fue nómada y sí un parásito en el organismo nacional de otros pueblos, y si alguna vez abandonó su campo de actividad, no fue por voluntad propia, sino como resultado de la expulsión que, de tiempo en tiempo, sufriera de aquellos pueblos de cuya hospitalidad había abusado. «Propagarse» es una característica típica de todos los parásitos, y es así como el judío busca siempre un nuevo caldo de cultivo para su raza.

Con el nomadismo eso nada tiene que ver, porque el judío no piensa en absoluto abandonar una región por él ocupada; permanece allí, estableciéndose y viviendo tan

bien acomodado, que incluso la fuerza difícilmente logra expulsarlo. Su expansión a través de nuevos territorios sólo es exitosa cuando en ellos se dan las condiciones necesarias para asegurarles la existencia, sin tener necesidad de cambiar de asentamiento como el nómada. El judío es y será siempre el eterno parásito, un zángano que, como un microbio nocivo, se propaga cada vez más cuando se encuentra en condiciones adecuadas. Su acción vital se parece a la de los parásitos de la Naturaleza. El pueblo que le hospeda será exterminado con mayor o menor rapidez.

Así vivió el judío, en todas las épocas, en los estados ajenos, formando allí su propio «Estado». Allí vive en aparente paz, hasta que circunstancias externas desenmascaran su pretendida «comunidad religiosa». Una vez que adquiera bastante fuerza para prescindir de tal disfraz, dejará caer el velo, descubriéndose de repente aquello que los no judíos no querían ver ni creer: el judío.

En la vida parasitaria que lleva el judío, incrustado en el cuerpo de naciones y estados, se encuentra la razón de eso que un día indujera a Schopenhauer a exclamar que el judío es el «gran maestro de la mentira». La existencia empuja al judío a embaucar incesantemente, de la misma manera que obliga al hombre del norte a vestir ropa de abrigo.

Su vida en medio de otros pueblos puede prosperar sólo si logra imponer en ellos la creencia de que, en su caso, no se trata de un pueblo, sino de una «comunidad religiosa».

Ésta es, por cierto, su primera gran mentira.

Para poder vivir como parásito de naciones tiene que recurrir el judío a la negación de su verdadero carácter. Ese juego resultará tanto más cabal cuanto más inteligente sea el judío que lo ponga en práctica, y hasta es posible que una gran parte del pueblo que le concede hospitalidad llegue a creer seriamente que el judío es en verdad un francés, un inglés, un alemán o un italiano, con la sola diferencia de la religión. Las víctimas más frecuentes de tan infame fraude serán especialmente las autoridades del Estado, las cuales parecen estar en posesión de sólo un mínimo de sabiduría histórica. El pensamiento independiente es considerado en tales círculos como un verdadero pecado contra el sagrado progreso, de manera que a nadie le sorprenda, por ejemplo, que un Secretario de Estado en Baviera no tenga la más ligera sospecha de que los judíos constituyen una raza y no una «confesión religiosa». Además, basta una mirada sobre la prensa dominada por los judíos y el judaísmo, para revelar tal verdad incluso al espíritu más limitado. Evidentemente, el *Jüdische Echo*[86] no es todavía un periódico oficial, por lo que en consecuencia, es insignificante a los ojos del Gobierno.

El judaísmo nunca fue una religión, sino un pueblo con características raciales bien definidas. Para progresar tuvo que recurrir bien temprano a un medio para distraer la sospecha que pesaba sobre sus congéneres. ¿Qué medio más conveniente y más inofensivo que la adopción del concepto de «comunidad religiosa»? Pues bien, aquí también todo se ha tomado prestado, o mejor dicho, robado, ya que la naturaleza primitiva del judío no puede gozar de una disposición religiosa debido a la ausencia completa de un ideal, y por eso mismo, tampoco de una creencia en el más allá. Desde el punto de vista ario, es imposible imaginarse, de cualquier forma, una religión sin la convicción de vida después de la muerte. En realidad, el Talmud tampoco es un libro de preparación para el otro mundo, sino para una vida presente llevadera y práctica.

La doctrina judaica es, en primer lugar, una guía para aconsejar la conservación de la pureza de la sangre judía, así como la regulación de las relaciones de los judíos entre sí, y más aún, con los no judíos; esto es, con el resto del mundo. No se trata en

[86] *Eco Judío*, publicación periódica cultural de los judíos europeos. (N. del T.)

absoluto de problemas morales y sí de cuestiones económicas muy elementales. Existen hoy y ya existieron en todos los tiempos, estudios detallados sobre el valor ético de la enseñanza de la doctrina judaica, la cual, a los ojos de los arios, parece como una especie de religión siniestra (tales estudios no han provenido de la iniciativa de los judíos, ya que, de ser así, se habrían adaptado naturalmente al fin propuesto). Del producto de esa educación «religiosa», el propio judío es su mejor exponente. Su vida se limita a este mundo, siendo su espíritu tan ajeno interiormente al verdadero Cristianismo, como lo fue su carácter hacia el fundador de esta nueva fe hace dos mil años. Ciertamente, la posición de Cristo fue abiertamente opuesta a los judíos, acudiendo incluso al látigo cuando fue necesario, para sacar del templo de Dios a estos enemigos de la humanidad, que también entonces vieron en la religión un medio para conseguir sus fines comerciales. Por eso fue Cristo entonces clavado en la cruz, y mientras tanto, nuestro actual cristianismo político se rebaja a mendigar votos judíos en las elecciones, procurando más adelante pactar chanchullos políticos con los partidos ateos de los judíos. Y todo eso en detrimento del propio carácter nacional.

En una secuencia lógica, se amontonan siempre nuevos infundios sobre la gran mentira inicial de que el judaísmo no es una raza, sino una religión. La mentira se extiende igualmente a la cuestión del idioma de los judíos; éste no es en ellos un medio de expresión de sus pensamientos, sino un medio para ocultarlos. Hablando francés, su modo de pensar es judío; componiendo versos en alemán no hace sino transparentar el espíritu de su raza.

Mientras el judío no se haya convertido en señor de los otros pueblos, está obligado, quiérase o no, a hablar las lenguas de aquéllos. En el momento, sin embargo, que éstos se volvieran sus vasallos, tendrían que aprender todos un idioma universal (¡por ejemplo el Esperanto!), a fin de ser dominados de esta forma más fácilmente por el judaísmo.

Los protocolos de los sabios de Sión, tan detestados por los judíos, muestran de forma incomparable hasta qué punto la existencia de ese pueblo se basa en una mentira ininterrumpida. «Los Protocolos son una falsificación», esto es lo que gime una y otra vez el *Frankfurter Zeitung*, lo que constituye una prueba más de que todo es verdad. Lo que muchos judíos tal vez hagan inconscientemente, se encuentra aquí al descubierto. No importa en absoluto saber de qué cerebro judío provienen tales revelaciones, lo decisivo es la manera por la cual esas revelaciones desvelan, con una seguridad espantosa, la naturaleza y las actividades del pueblo judío, demostrándose su coherencia interna, así como el objetivo final. La mejor comprobación de esos escritos la proporciona entre tanto la propia realidad. Quien examine la evolución histórica del último siglo desde el prisma de este libro, comprenderá también los ataques de la prensa judía, pues el día en que ese documento sea conocido por todo el mundo, se habrá neutralizado el peligro del judaísmo.



Para conocer bien al judío, el mejor medio es estudiar el camino que ha seguido en el seno de otros pueblos y en el devenir de los siglos. Basta para eso estudiar un sólo ejemplo, que nos será bastante instructivo. Como su evolución siempre y en todos los tiempos fue la misma, y como los pueblos por él devorados son también semejantes, es aconsejable en un estudio de esta clase dividir esa marcha de su evolución en períodos definidos, que marcaré con letras para simplificar.

Los primeros judíos llegaron a las tierras de Germania durante la invasión de los romanos y, como siempre, en calidad de mercaderes. Luego, en las contrainvasiones germanas, desaparecieron sólo aparentemente, de tal forma que la época en que se organizaron los primeros Estados germánicos se podría considerar como el comienzo de una nueva y definitiva judaización del centro y norte de Europa. El proceso del desarrollo, que se inicia siempre que elementos judíos se enquistan en pueblos arios, dondequiera que sea, tiene siempre las mismas o parecidas características.

a) Con la aparición de los primeros asentamientos hace el judío súbitamente su aparición. Llega como negociante y al principio no se preocupa en disfrazar su nacionalidad. Todavía es un judío, en parte quizá también porque, exteriormente, la diferenciación racial entre él y el pueblo huésped es demasiado grande; además, su conocimiento del idioma es aún escaso. Igualmente, el aislamiento del pueblo que le acoge es demasiado agudo como para permitirle aparecer bajo otro aspecto que el de un comerciante extranjero. Con su habilidad insinuante y la inexperiencia del anfitrión, la conservación de su personalidad no representa para él ninguna desventaja; por el contrario, será amablemente recibido en su calidad de extranjero.

b) Paulatinamente se introduce en la vida económica, no como productor, sino exclusivamente como intermediario. Su habilidad mercantil, de experiencia milenaria, lo coloca en un plano de gran superioridad con relación al ario, todavía ingenuo e ilimitadamente honrado. De esta forma, en poco tiempo el judío amenaza adquirir el monopolio del comercio. Comienza por prestar dinero, como siempre, con intereses usurarios. De hecho, fue él quien introdujo el interés. El peligro de esa nueva invención no es reconocido al principio, siendo incluso acogida con entusiasmo por las ventajas momentáneas que ofrece.

c) El judío se establece completamente; esto es, se asienta en barrios especiales de ciudades y aldeas, formando cada vez más un Estado propio dentro del Estado. Considera el comercio y todos los negocios financieros como su privilegio personal, que explota sin ningún escrúpulo.

d) Los negocios bancarios y el comercio acaban por ser su monopolio exclusivo. El tipo de interés usurario que cobra acaba provocando resistencias, su creciente descaro excita indignación, y su riqueza mueve a envidia. La medida se colma cuando la propiedad de la tierra también ingresa en el círculo de sus objetivos comerciales, siendo rebajada a mercancía vendible, o mejor, comerciable. El judío nunca cultiva la tierra, pues para él representa sólo un objetivo más de especulación; así, el campesino puede permanecer viviendo allí, pero tan miserablemente oprimido por su nuevo señor, que la aversión contra aquél se va poco a poco convirtiendo en odio declarado. Su tiranía expoliadora es tan grande que se acaban produciendo reacciones violentas contra él. Se comienza a examinar cada vez más de cerca al intruso, descubriéndose en él siempre nuevos trazos y aspectos repelentes, hasta que el abismo entre los dos se vuelve infranqueable.

En las épocas de mayores privaciones, la furia se desata finalmente contra él; las masas explotadas y completamente aniquiladas recurren a la defensa propia para librarse de este azote de Dios. En el correr de los siglos, ya descubrieron otros pueblos que la simple existencia del judío es una calamidad equivalente a la peor peste.

e) Entonces comienza el judío a descubrir sus cualidades genuinas. Gracias a la lisonja más abyecta, consigue aproximarse a los Gobiernos, hace trabajar su dinero y, de este modo, consigue siempre carta blanca para una nueva explotación de sus víctimas. Incluso cuando, en ocasiones, la ira popular se vuelve violenta contra la eterna sanguijuela, no le impide esto en absoluto aparecer nuevamente en el lugar abandonado hasta hace poco y volver a empezar la vida de antes. Ninguna persecución es capaz de apartarlo de sus métodos de explotación humana, ya que si se le expulsa, pronto vuelve a aparecer siendo el mismo de antes.

Para evitar por lo menos lo peor, se comienza a retirar el suelo de sus manos usurarias, dificultándole legalmente la adquisición de terrenos.

f) Cuanto más aumenta el poder de las Casas dinásticas, mayor es su empeño en acercarse a ellas. Mendiga «privilegios» que fácilmente obtiene a cambio de préstamos concedidos a estos señores en constantes dificultades financieras. Así, en pocos años recupera, con intereses sobre los intereses, el dinero prestado. Es una verdadera sanguijuela que se agarra al cuerpo del infeliz pueblo y no se aparta hasta que los príncipes precisen nuevamente de dinero, recuperando así personalmente la sangre que les había chupado. Este juego se repite una y otra vez, siendo el papel de los príncipes alemanes tan miserable como el de los propios judíos. Fueron, efectivamente, para su amado pueblo, el Castigo de Dios. Aquellos señores no encuentran paralelo sino en varios ministros de la época actual.

A sus príncipes es a los que la Nación alemana debe el no haber podido liberarse por completo del peligro judaico. Desgraciadamente, las cosas no se modificaron después, de modo que del judío sólo recibieron el pago mil veces merecido por los pecados cometidos contra su pueblo. ¡Se aliaron con el diablo, y acabaron a su lado!

g) Es de esta manera como su proceso de seducción ha llevado a los príncipes a la ruina. Despacio, pero seguro, se van aflojando los lazos que los unen a sus pueblos, en la medida en que dejan de servir a los intereses de éstos para transformarse en explotadores de los mismos. El judío conoce perfectamente el final reservado para ellos y procura, por todos los medios, acelerarlo. Él mismo alimenta sus eternos apuros financieros, apartándoles cada vez más de sus verdaderos deberes, rodeándolos con la más vil adulación, conduciéndoles hacia los vicios, y volviéndose cada vez más indispensable para aquellos. Su habilidad, o mejor, su falta de escrúpulos en todas las cuestiones financieras, las concibe como un nuevo método de vejar y oprimir a sus desvalijados súbditos, los cuales, se dirigen cada vez más rápido hacia el mundo terrenal. Es así como cada Monarca posee su Judío de la Corte —como son denominados estos monstruos—, el cual atormenta al amado pueblo hasta la desesperación, proporcionando a sus príncipes al mismo tiempo unos placeres y distracciones perennes. Después de todo, ¿a quién le extraña entonces que estas glorias del género humano sean engalanadas con honores oficiales y lleguen incluso a ser bien recibidos entre los círculos de la nobleza hereditaria, contribuyendo así, no sólo a exponer dicha institución social al ridículo, sino también a envenenarla? Podrá aprovecharse de esta situación para facilitar su progreso sin que nadie se lo impida.

Por último, no necesita más que dejarse bautizar para poseer todas las ventajas y derechos de los hijos del país. El judío hace con bastante frecuencia este negocio para beneplácito, por una parte, de la Iglesia, que celebra la ganancia de un nuevo feligrés y, por otra, de Israel, que se siente satisfecho del fraude consumado.

h) En el mundo judaico se inicia entonces una metamorfosis. Hasta ahora fueron judíos, es decir, no hacían empeño por disimularlo, y además era imposible hacerlo dados los rasgos raciales tan característicos. Aún en tiempos de Federico el Grande a nadie se le habría ocurrido ver en los judíos otra cosa que un pueblo «extraño». El mismo Goethe se horrorizaba ante la idea de que en el futuro la ley no prohibiese el matrimonio entre cristianos y judíos. ¡Por Dios!, que Goethe no fue ni un reaccionario ni un zelote[87]. Lo que expresó no fue más que la voz de la sangre y de la razón. Pese a los vergonzosos manejos de las cortes, el pueblo se percató intuitivamente de que el judío es un cuerpo extraño en el organismo nacional, y lo trató como tal.

Pero este estado de cosas no tarda en mudar. En el transcurso de más de un milenio ha llegado el judío a dominar en una medida tal el idioma del pueblo que le da hospitalidad, que cree poder camuflar mucho más que antes su semitismo, y en cambio, simular más su «germanismo». Por más ridículo, incluso extravagante que pueda parecer esto a simple vista, se le permite el atrevimiento de transformarse en un «Germano», esto es, en un «Alemán». Con esto se produce el caso de una de las estafas más infames que se pueda imaginar. Pues no tiene él nada del carácter alemán más que el arte de chapurrear su lengua —y todavía de una forma espantosa—, ya que nunca asimiló nada de esa idiosincrasia; así, toda su nacionalidad alemana se reduce exclusivamente al habla. La Raza sin embargo no radica en el idioma, sino exclusivamente en la sangre; una verdad que nadie conoce mejor que el judío mismo, pues es él quien justamente da poca importancia a la conservación de su idioma, en tanto que le es capital el mantenimiento de la pureza de su sangre. Una persona puede, sin más, mudar su idioma; quiero decir, puede servirse de otra lengua, mas seguirá expresando sus ideas antiguas; su naturaleza íntima no ofrecerá alteración. El judío es el mejor exponente de ese fenómeno. Habla varias lenguas pero se mantiene siempre judío. Sus trazos característicos se conservan siempre iguales, ya fuera hablando latín hace dos mil años, o siendo comerciante de cereales en Ostia, como hablando hoy un horrible alemán, o siendo traficante de harina. ¡Es siempre el mismo judío! No es de extrañar que, hoy en día, un consejero ministerial o un funcionario superior del cuerpo de policía no comprendan esta evidencia, pues es difícil encontrar persona menos intuitiva y sin espíritu, que los servidores de nuestra actual administración oficial.

La razón por la cual el judío decide convertirse de golpe en «alemán» salta a la vista. Siente que el poder de los príncipes ha comenzado a decrecer y procura obtener a tiempo una base sólida donde apoyar los pies. Además de eso, es ya tan vasto su dominio económico por el poder del dinero, que se le hace necesario poseer todos los derechos «cívicos» para consolidar el más colosal edificio por él creado, y poder proseguir así el aumento de sus influencias. Ambas cosas desea, pues cuanto más alto sube, más tentador le parece el antiguo fin ideado. Es con un ansia febril con la que los más maquiavélicos cerebros judaicos ven aproximarse nuevamente el sueño del dominio universal, ya casi realizado. Su única ambición tiende ahora a convertirse en un ciudadano de pleno derecho.

Así, intenta rebasar las fronteras del gueto.

i) De este modo el «judío cortesano» se transforma en «judío nacional»; esto significa, naturalmente, que mientras sigue codeándose con los grandes señores y procurando cada vez más penetrar en ese círculo, otro sector de su raza se va infiltrando en el pueblo. Cuando se reflexiona sobre la suma de males que en el correr de los siglos, el judío ha causado al pueblo, desangrándolo y explotándolo; cuando se piensa en cómo

---

[87] Los zelotes eran de una secta judía de la época de Jesús, caracterizada por su fanatismo e intransigencia. (N. del T.)

el pueblo, precisamente por eso, aprendió paulatinamente a odiarlo, viéndolo al final como un castigo del Cielo para el resto de pueblos, se puede entender cuán difícil le debe haber resultado al judío adoptar esa nueva actitud de presentarse como «amigo del género humano» ante sus propias víctimas por él despellejadas.

Previamente, empieza por reparar, ante los ojos del pueblo, el daño que hasta aquí le había inferido. De este modo, inicia su evolución como «benefactor» de la Humanidad. Para que la actitud bondadosa que ahora resuelve asumir posea una base real, el judío no se puede apegar a la antigua frase bíblica según la cual la mano izquierda no debe saber lo que la derecha da, sino que debe resignarse a difundir por todos los medios lo mucho que le afectan los sufrimientos de la masa y todos los esfuerzos que hace personalmente para aliviarlos. Con esa modestia innata en él, proclama con tanto alarde sus merecimientos por el mundo, que todos comienzan a tomarle en serio. De hecho quien no lo hiciera, cometería una gran injusticia. Luego, en poco tiempo, comienza a tergiversar las cosas, presentándose como si siempre hubiese sido él la única víctima de las injusticias de los demás. Hay gente estúpida en exceso que cree en tal patraña y no puede por menos que compadecer al pobre «perseguido».

Además de eso, cabe observar que a pesar de todos esos «sacrificios», el judío nunca empobrece. Sabe arreglárselas; ciertamente se puede comparar su obra benefactora al estiércol, que tampoco se pone en la tierra por amor a ésta, sino en provecho de su propio bien posterior. Así, y en un lapso de tiempo relativamente corto, quedan todos enterados de que el judío se volvió un «benefactor y filántropo». ¡Qué mudanza tan peculiar!

Lo que en otras personas puede parecer más o menos natural, en el judío despierta la mayor sorpresa, incluso admiración, pues esto entre ellos no es lógico. Es lo que explica encontrar cada uno de sus actos filantrópicos mucho más extraordinarios que los que hubiese realizado cualquier otra criatura humana.

Algo más todavía: el judío se hace también repentinamente liberal, comenzando a mostrarse un entusiasta del progreso de la Humanidad.

Poco a poco llega a hacerse de ese modo el portavoz de una nueva época. Pero lo cierto es que él continúa destruyendo radicalmente los fundamentos de una economía realmente útil al pueblo. Va adquiriendo acciones industriales, con las que se introduce en el círculo de la producción nacional, convirtiéndolas en un objeto de fácil especulación mercantilista y despojando a las industrias y fábricas de su base en la propiedad individual. De aquí nace aquel alejamiento interno entre el patrón y el trabajador, que conduce muy pronto a la división política de las clases sociales.

Por último, la influencia del judío en el terreno económico crece con extraordinaria rapidez gracias a la Bolsa. Asume así el rol de propietario o, por lo menos, de gestor de las fuentes nacionales de producción.

Para reforzar su posición política, el judío trata de eliminar las barreras establecidas en el orden racial y civil que todavía le molestan a cada paso. Se empeña con la tenacidad que le es peculiar en favor de la tolerancia religiosa, hallando en la Francmasonería (que cayó completamente en sus manos), un magnífico instrumento para defender y lograr la realización de sus fines. Los lazos masónicos propician que los círculos gubernamentales, así como las altas esferas de la burguesía política y económica, caigan sin darse cuenta entre sus redes.

Sólo el pueblo, o mejor dicho, la «clase» que tras despertar lucha por sus propios derechos y su libertad, no podrá ser conquistada por ese medio en sus capas más profundas. Pero ésta, sin embargo, es la conquista más indispensable. El judío siente que su ascensión a una posición dominadora total sólo será posible si es capaz de

encontrar una guía que le marque los pasos; y cree poder reconocer tal guía en la burguesía, es más, en los más amplios sectores de la misma. No se puede conquistar a los fabricantes de guantes y tejidos con los sutiles procedimientos de la Masonería; es preciso introducir medios más rudos, aunque no por ello menos eficaces. Junto a la Francmasonería, la prensa se presenta como una segunda arma al servicio del judaísmo. Con toda su perseverancia y habilidad, sabe el judío apoderarse de la prensa; con su ayuda, comienza paulatinamente a cercar, manejar y mover el conjunto de la vida pública, al estar en condiciones de crear y dirigir aquel poder que, bajo la denominación de «opinión pública», conoce hoy mejor que hace algunas décadas.

Con todo esto, se presenta siempre como animado por una infinita sed de saber y elogiando todo progreso, sobre todo aquél que acarrea la ruina de los demás, pues juzga todo saber y toda evolución en la medida en que éstos contribuyen en el ascenso de su raza. Cuando no lo consigue, se convierte en enemigo encarnizado de toda luz, odiando la verdadera cultura. Así, sólo utiliza el saber aprendido en Universidades ajenas en beneficio de su raza.

Ese espíritu racial, el judío lo conserva siempre. Mientras parece desbordarse en ansias de «saber», de «progreso», de «libertades», de «humanidad», etc., pone en práctica un estricto exclusivismo racial. Ciertamente, fomenta en la justa medida el matrimonio de judías con cristianos influyentes, pero en cambio, sabe mantener pura su descendencia masculina. Envenena la sangre de los otros, en tanto que conserva intacta la suya propia. Rara vez el judío se casa con una cristiana, pero sí el cristiano con una judía. Los bastardos de tales uniones tienden siempre al lado judío. Ésta es la razón por la cual una parte de la alta nobleza está degenerando completamente. El judío lo sabe muy bien y desarma así, sistemáticamente, a los líderes intelectuales de la otra raza. Para disimular sus manejos y adormecer a sus víctimas, habla incesantemente de la igualdad de todos los hombres, sin diferencia de raza ni color. Y los imbéciles comienzan a creérselo.

Su personalidad y apariencia poseen todavía un sello demasiado exótico para poder engañar sin más a las grandes masas populares. Así, encomienda a la prensa la función de presentarlo tan diferente a la realidad como fuera necesario para servir a la finalidad prevista. Los periódicos humorísticos, principalmente, tienden a mostrar a los judíos como un pueblo inofensivo que tiene sus peculiaridades —como también las tienen otros pueblos— pero que, pese a su comportamiento tal vez algo extraño, denota poseer un alma, un tanto especial, pero siempre fundamentalmente honesta y bondadosa. La principal preocupación es siempre hacer pasar por insignificante lo que es realmente peligroso.

El fin último de este desarrollo es la victoria de la democracia o, tal como el judío la interpreta, la hegemonía del parlamentarismo. Es lo que más se ajusta a sus necesidades porque, en ese régimen, se hace abstracción de la personalidad y se instituye, en su lugar, la preponderancia de la necedad, de la incapacidad, y por último y no por ello menos importante, de la cobardía.

El resultado final habría de ser la caída de la Monarquía, que más tarde o más temprano debe suceder.

j) El enorme desarrollo económico conduce a una modificación de las clases sociales. Se produce la proletarización del trabajador, debido a que las pequeñas industrias manuales van desapareciendo paulatinamente, haciéndosele por tanto a éste cada vez más difícil la posibilidad de asegurarse un medio de vida independiente. Surge el llamado «obrero de fábrica», cuya característica esencial es la de no ser capaz de

llegar, en el ocaso de su vida, a poder subsistir por cuenta propia. Es un desheredado en el sentido más amplio de la palabra, siendo sus últimos días un tormento y difícilmente calificables como «vida».

Ya se presentó en otra época una situación parecida que exigía imperiosa solución, y se halló. A la clase de los campesinos y artesanos había venido a sumarse la de los funcionarios y empleados del Estado. También éstos eran unos desheredados, en el verdadero sentido de la palabra. El Estado encontró a la postre un remedio contra tan insana situación, encargándose de la manutención de aquellos funcionarios que no pudieran garantizar su vejez, e instituyendo el sistema de las pensiones, o sea, el pago de sueldos en la jubilación[88]. Poco a poco siguieron el ejemplo del Estado las empresas particulares, de tal modo que hoy casi todos los empleados fijos de ocupación no manual cuentan con una pensión, naturalmente siempre que la empresa respectiva hubiese adquirido o sobrepasado un cierto grado de desarrollo. Y fue precisamente la garantía para la vejez que ofrecía el Estado a sus servidores, la que pudo fomentar en el funcionario alemán aquella desinteresada lealtad profesional que antes de la guerra constituyera una de las mejores cualidades de la organización administrativa en Alemania.

Obrando así, inteligentemente, fue posible arrancar de la miseria social a toda una clase desposeída de propiedades personales, para después integrarla en el conjunto de la vida nacional.

El mismo problema, pero esta vez en proporciones mucho mayores, se le había vuelto a presentar al Estado y a la Nación. Millones de personas emigraban del campo a las grandes ciudades para ganarse el sustento diario como obreros de fábrica en las industrias de reciente creación. Las condiciones de vida y de trabajo de esta nueva clase eran más que deplorables. La transformación más o menos mecánica de los métodos de trabajo de los antiguos artesanos o campesinos no encajaba de ninguna manera con los hábitos y mentalidad de esta nueva clase trabajadora. La actividad de un artesano no era ya comparable a los esfuerzos exigidos al trabajador de una fábrica. Si en el antiguo oficio manual, el tiempo ocupaba tal vez el papel menos importante, en los nuevos métodos de trabajo era un factor esencial. Fue de un efecto desastroso la aceptación formal de los antiguos horarios de trabajo en las grandes empresas industriales, pues en realidad, el rendimiento en el trabajo por aquella época era menor debido a la falta de unos métodos de trabajo tan intensivos como los actuales. Si, por tanto, antes se podía resistir la jornada de catorce y quince horas de trabajo, era imposible soportarla en una época en la que cada minuto se aprovecha. En realidad, esta introducción absurda de los antiguos horarios en la actividad industrial de hoy tuvo un resultado desgraciado en dos sentidos: la ruina de la salud, y la destrucción de la fe en unas leyes superiores. Finalmente, los miserables los salarios se vieron todavía más reducidos, provocando en consecuencia la riqueza cada vez mayor del patrón.

En el campo no podía existir una cuestión social, pues el señor y sus trabajadores hacían el mismo trabajo y comían del mismo plato. Pero incluso en este aspecto, el nuevo sistema introdujo un conjunto de nuevas condiciones entre el señor y sus hombres.

Ahora, la separación del trabajador y del patrón aparece consumada en todos los sectores de la vida. Los progresos de la influencia judaica en el seno de nuestro pueblo pueden ser fácilmente descubiertos en la escasa estima, incluso el desprecio, que inspira ahora el trabajo manual. Eso no era propio del alemán. Fue la influencia extranjera sobre nuestra vida —fenómeno que no pasa de una influencia judaica—, la que

[88] Fue la Prusia de Bismark, en 1881, el primer país del mundo en crear un sistema público de pensiones. (N. del T.)

transformó el antiguo respeto al trabajo manual en desprecio por cualquier trabajo físico.

Eso dio origen a una nueva categoría social, muy poco considerada, debiendo un día surgir la cuestión de si la Nación poseería la fuerza de integrarla nuevamente en la sociedad, o si la diferencia de posición se extendería hasta la separación completa entre las clases.

Una cosa, entre tanto, es innegable: no eran los peores elementos los que la nueva casta presentaba en sus filas, por el contrario, eran los más enérgicos. Las sutilezas de la llamada «civilización» todavía no habían ejercido en ellos sus efectos de descomposición y de destrucción. La nueva clase social, en su mayoría, todavía no había sido contaminada por el veneno debilitante del pacifismo, manteniéndose robusta, y si era necesario, incluso brutal.

Mientras la burguesía no se preocupa de estas cuestiones de gravedad y ve con indiferencia el curso de las cosas, el judío se percata de las ilimitadas perspectivas que allí se le brindan para el futuro, y mientras planea por un lado los métodos capitalistas de la explotación humana hasta sus últimas consecuencias, se aproxima por el otro a las víctimas de sus manejos, para luego convertirse en el líder de la «lucha contra sí mismo»; y esto, en un sentido figurado, porque el «gran maestro de la mentira» sabe presentarse siempre como inocente, atribuyendo la culpa a otros. Y como tiene el descaro de guiar él mismo a las masas, éstas no se dan cuenta de que podría tratarse del más infame fraude de todos los tiempos. Y sin embargo, así es.

Al poco tiempo de surgir la nueva categoría social, aparecida de la transformación económica que se hacía sentir en todas las clases, el judío avistó, con toda nitidez y claridad, el nuevo itinerario a seguir para su prosperidad siempre en aumento. Antaño, se sirvió de la burguesía como arma contra el Mundo feudal; ahora, se sirve del obrero contra el burgués. Si a la sombra de la burguesía supo alcanzar por los medios más sucios la conquista de los derechos de ciudadanía, ahora espera encontrar, en la lucha del obrero por su propia existencia, el camino para implantar su dominio político.

De ahora en adelante, el destino del trabajador será el de luchar por el futuro del pueblo judío. De este modo, sin saberlo, se pone al servicio del poder que él cree combatir. Aparentemente se le hace luchar contra el capital, pero en realidad lo que hace es luchar a favor de éste. Vocifera así siempre contra el capital internacional, pero realmente estos gritos se dirigen contra la economía nacional, pues es ésta la que interesa destruir para que, sobre sus escombros, se pueda edificar triunfalmente la Bolsa Internacional de Valores.

Veamos cómo procede el judío en este caso:

Se acerca al obrero y, para granjearse la confianza de éste, finge compasión hacia él y hasta parece indignarse de su suerte de miseria y de pobreza. Luego se esfuerza en preocuparse por todas las penurias reales o imaginarias de su vida y ayuda a fomentarle el ansia por mejorar de sus condiciones. El deseo de justicia social, que de alguna forma existe siempre latente en todo ario, el judío lo aprovecha de un modo infinitamente hábil, alimentando el odio contra los que más poseen, dándole de esta manera un sello ideológico a la lucha contra los males sociales. Así funda el judío la doctrina marxista.

Presentando esta doctrina como íntimamente ligada a una serie de justas exigencias sociales, favorece la propagación de ésta y provoca, por el contrario, la oposición de los más honrados a la realización de estas exigencias, por haber sido proclamadas de un modo imposible de ser cumplido. Bajo ese disfraz de «ideas

puramente sociales» se esconden intenciones francamente diabólicas, las cuales son presentadas al público con descarada claridad. Esa doctrina representa una mezcla indisoluble de razón y de locura, de tal forma, que sólo la locura y nunca el lado razonable consigue convertirse en realidad. Por el desprecio categórico de la personalidad y, por consiguiente, de la Nación y de la Raza, destruye las bases elementales de toda civilización humana, que dependen justamente de esos factores. Ésta es la verdadera esencia de la ideología marxista, si es que se puede dar a este engendro procedente de un cerebro criminal, la denominación de «ideología». Con la ruina de la personalidad y de la raza desaparece el mayor reducto de resistencia contra el reino de los mediocres, del cual, el judío, es el representante más típico.

Justamente en los desvaríos políticos y económicos radica el sentido de esta doctrina. Todos los seres inteligentes se negarán a entrar en su séquito, y sólo a quienes les falte suficiente claridad intelectual o preparación económica se harán sus partidarios. La inteligencia para el movimiento —pues incluso este movimiento necesita de una inteligencia para subsistir— es «ofrecida» al judío desde sus propias filas.

Así, se forma un movimiento compuesto únicamente de obreros bajo la jefatura de los judíos, que aparenta tender a la mejora de las condiciones de los trabajadores, pero que en realidad su intención es la esclavización y el aniquilamiento de todos los pueblos que no sean judíos.

La Masonería, introducida en los círculos de la llamada *Intelligentsia*[89], se encarga, por medio de la prensa de hoy en manos de los judíos, de llevar a la burguesía y a las clases populares hacia la idea de que el instinto de conservación nacional debe consistir en el pacifismo. A esas dos armas demoledoras se asocia, en tercer lugar, la organización de la fuerza bruta, que es la más temible. Como patrulla de ataque, el marxismo tiene que consumar la obra de destrucción que las otras dos armas le preparan.

Se trata de una acción simultánea admirablemente conjugada, por lo que no debe provocar extrañeza el hecho de que semejante arma pueda destruir instituciones que se complacen en figurar como exponentes de una autoridad estatal, más o menos legendaria. Es en las más altas esferas de la Administración donde el judío, en todas las épocas y con raras excepciones, ha encontrado a los colaboradores más dóciles de su obra de destrucción. Esa clase está caracterizada por la sumisión aduladora cuando trata con superiores, y una impertinencia arrogante con los subalternos, así como por una torpeza que clama a los cielos, y que sólo se ve superada por una presunción fuera de lo común.

Todo esto son defectos que el judío necesita para dominar a nuestras autoridades y que cultiva con esmero.

La lucha que entonces se inicia puede ser, grosso modo, dibujada de la siguiente manera:

De acuerdo con los fines que persigue la lucha judía, que no se concretan solamente en la conquista económica del mundo, sino que buscan también la dominación política, el judío divide la organización de su doctrina marxista en dos partes que, aparentemente, parecen separadas la una de la otra, pero que son en el fondo un todo indivisible: el movimiento político y el movimiento sindicalista.

El movimiento sindicalista es el adulador, ofreciendo ayuda y protección al obrero para alcanzar mejores condiciones de vida en la dura lucha por la existencia que tiene que sostener, debido a la codicia o a la estrechez de miras de los patrones.

---

[89] *Intelligentsia*. Supuesta élite intelectual, dentro de la corriente pacifista reinante, generalmente asociada al campo de la cultura. (N. del T.)

Si el obrero no quiere abandonar la representación de sus derechos vitales al ciego capricho de esos individuos, en parte irresponsables y a menudo faltos de sentimiento humano, en una época en que la comunidad popular, es decir, el Estado, poco o nada se preocupa de su situación, no le queda otro recurso que asumir por sí mismo la defensa de sus intereses. En la misma medida en que la llamada burguesía nacional, cegada por la pasión de sus intereses materiales, opone los mayores obstáculos a esa lucha vital —no sólo entorpeciendo, sino saboteando inclusive todo intento dirigido a disminuir la duración de una jornada de trabajo inhumanamente larga; la protección y la seguridad de la mujer; la abolición del trabajo para menores; el mejoramiento de las condiciones sanitarias en los talleres y en las viviendas—, el judío, más perspicaz que el burgués, aparenta preocuparse por los oprimidos. Poco a poco se convierte en el líder del movimiento sindicalista y esto con tanta más facilidad, cuanto que él no trata seriamente de la supresión de anomalías sociales, sino que se reduce a la formación de un cuerpo de combate de incondicionales adictos, a fin de destruir la independencia económica de la Nación. Pues mientras la dirección de una sana política social duradera se basa en las directrices de conservación de la salud del pueblo por un lado, y la seguridad de una independencia nacional en el terreno económico por otro, para el judío, en su lucha, no sólo desaparecen estos dos puntos cruciales, sino que hará de su supresión una verdadera finalidad vital. No desea éste la conservación de una economía nacional independiente, sino, por el contrario, su aniquilamiento. En consecuencia, no tiene remordimientos que puedan conmoverlo. Como líder del movimiento sindicalista exigirá cosas no sólo exorbitantes, sino que su realización prácticamente, o será imposible, o acarreará la ruina de la economía nacional. No quiere ver una generación sana y robusta, desea solamente un rebaño contaminado y apto para ser sojuzgado. Con ese deseo, hace exigencias tan absurdas que su realización (él lo sabe muy bien) se hace imposible, no consiguiendo ninguna modificación del estado de cosas existente, pues lo hace sólo para excitar a la masa hasta el desvarío. Eso, sin embargo, es lo que él realmente quiere, y no el mejoramiento de la situación del proletariado.

La dirección del judío en la cuestión sindical se mantendrá hasta el día en que se ejerza una campaña enorme e incuestionable en pro del esclarecimiento de las masas populares a fin de abrirles los ojos mostrándoles su infamia interminable, o hasta que el Estado aniquile tanto al judío como a su obra. Está claro que, mientras dure la falta de juicio del pueblo, y el Estado se mantenga indiferente como lo ha sido hasta hoy, las masas seguirán siempre preferentemente a aquél cuyas promesas de orden económico sean las más desvergonzadas. En eso el judío es un maestro, pues ningún escrúpulo moral detiene su acción.

En corto tiempo logra el judío desplazar de ese campo de actividad a todo competidor. De acuerdo con su feroz brutalidad interna, impone a la base del movimiento obrero el uso de la violencia más brutal. Las resistencias de los que tienen el buen juicio de hacer frente a la tan seductora actitud judía, resultan a la larga rotas por el terror. Enorme es el éxito de esta táctica.

En realidad, el judío destruye los fundamentos de la economía nacional sirviéndose de la organización sindicalista, la cual, podría haber llegado a ser bienhechora para la Nación.

Paralelamente avanza el desarrollo de la organización política.

Opera ésta en común con el movimiento sindicalista, al hacer que éste se encargue de preparar a las masas y de inducirlas, por la fuerza, a ingresar en la actividad política, cuyo enorme aparato de organización es sostenido por la inagotable fuente

financiera de la organización sindicalista. Éste es el mejor medio de control de la actividad política del individuo, jugando el papel de instigador en los mítines y manifestaciones políticas.

Finalmente, la organización sindicalista deja de lado la cuestión económica, para poner al servicio de las ideas políticas su principal método de lucha, esto es, la deposición del trabajo por medio de las huelgas generales.

Mediante la creación de una prensa, cuyo contenido está adaptado al nivel intelectual de los menos instruidos, el movimiento político-sindicalista acaba por tener en sus manos un arma poderosa que induce a las esferas sociales inferiores de la Nación a cometer las más temerarias acciones. Esta prensa no tiene por misión el propósito de sacar a los hombres del fango de las bajas pasiones para situarlos en un plano superior, sino que, por el contrario, procura fomentar los más viles instintos de la masa. Todo se resume en un lucrativo y especulativo negocio entre una masa tan torpe como arrogante.

Sobre todo es esta prensa la que mediante una campaña de difamación, cercana al fanatismo, denigra todo aquello que puede considerarse como el sostén de la economía nacional, del nivel cultural y de la independencia económica de la Nación.

Fustiga con particular saña a todos los espíritus fuertes que no quieren someterse a la arrogante hegemonía del judaísmo o a aquellos que, por sus cualidades geniales, los judíos ven como un peligro. Pues para ser odiado por el judío, no es necesario que se le combata; basta que éste tenga la sospecha de que su adversario pueda tener la idea de oponérsele algún día, o de que su genialidad superior favorezca el aumento de fuerza y grandeza de un pueblo que en el fondo el judío considera su enemigo.

Su instinto, infalible en estas cosas, olfatea en cada uno el alma original, pudiendo contar con su enemistad todo aquél cuyo espíritu no sea como el suyo. Pues el judío no es el atacado, sino el atacante, considerando como su enemigo no sólo al que le ataca sino también al que le ofrece resistencia. El medio, sin embargo, por el cual el judío intenta dominar a las almas osadas y francas, no es la lucha noble, sino la mentira y la calumnia.

En este punto el judío no retrocede ante nada. Se vuelve desmesurado en su vileza, y a nadie le debe sorprender que, entre nuestro pueblo, la personificación del diablo, como símbolo de todo mal, tome la forma de judío en carne y hueso.

El desconocimiento que reina en el seno de las masas acerca de la verdadera índole del judío y la falta de instinto y de perspicacia de nuestras clases superiores, permiten que el pueblo sea presa fácil de esa campaña de difamación judía.

Mientras las clases superiores, por cobardía innata, se apartan del hombre que resulta víctima de las calumnias y difamaciones del judío, la gran masa del pueblo, por estulticia o simplicidad mental, suele creer en estas calumnias. Las autoridades del Gobierno se mantienen, sin embargo, en silencio, o más frecuentemente a fin de poner término a la campaña mediática judía, persiguen a la víctima inocente, lo que a los ojos de estos asnos del gobierno aparece como una salvaguarda de la autoridad del Estado y una protección de la calma y el orden.

Como si se tratara de una pesadilla, el temor al arma judeo-marxista va apoderándose paulatinamente del cerebro y el alma de la gente de bien.

Todos comienzan a temblar delante del terrible enemigo, transformándose en sus víctimas definitivas.

k) El dominio del judío en el Estado ya está tan afirmado, que ahora no sólo tiene derecho a presentarse como judío, sino también a exteriorizar sus pensamientos más íntimos sobre la raza y la política, sin poner en ello el menor escrúpulo. Parte de su

raza ya se confiesa abiertamente como pueblo extranjero, no sin volver también así a mentir. Pues mientras el sionismo se esfuerza por hacer creer al resto del mundo que la conciencia del judío como pueblo encontraría satisfacción en la creación de un Estado en Palestina, los judíos seguirán despreciando a los ingenuos gentiles de la forma más insolente. No piensan en absoluto implantar en Palestina un Estado judío para vivir allí. Lo que desean es, únicamente, un centro de organización autónomo al abrigo de las influencias de otras potencias, desde el que continuar su estafa internacional. Quieren nada más que un refugio seguro para sus canalladas; esto es, una Academia para la formación de timadores.

Es sin embargo un indicio, no sólo de su confianza creciente, sino también de la conciencia de su seguridad, que una parte se proclame, abierta y cínicamente, como raza judía, al mismo tiempo que la otra, sin la más mínima sinceridad, se disfraza de alemanes, franceses o ingleses.

La manera espantosa que adoptan en las relaciones con los otros pueblos es una señal evidente de que ven muy próxima su victoria.

El joven judío de pelo oscuro acecha, durante horas, con un placer satánico en su semblante, a la muchacha inocente que él ensuciará con su sangre, robándole a su raza. No hay medios que no emplee para destruir los fundamentos raciales del pueblo al que se propone conquistar. De la misma manera que, según el plan trazado, va corrompiendo a mujeres y muchachas, tampoco retrocederá a la hora de romper las barreras impuestas por la sangre, emprendiendo esta obra en gran escala en el país donde se halla infiltrado. Fueron y continúan siendo judíos los que trajeron a los negros hasta el Rin, siempre con la misma malicia y con objetivos evidentes, a saber: «bastardizar» a la fuerza a la raza blanca detestada por ellos, para destruirla; derribarla de lo alto de su posición política y cultural, hasta llegar a dominarla completamente.

Mas, un pueblo de raza pura, consciente de su sangre, nunca podrá ser subyugado por el judío. Éste sólo podrá ser dominador de bastardos.

Es así como, sistemáticamente, intenta hacer bajar el nivel racial mediante un ininterrumpido envenenamiento de los individuos.

Políticamente, el judío acaba por sustituir la idea de la democracia por la de la dictadura del proletariado.

En la masa organizada del marxismo, encontró el arma que la democracia no le proporcionaba y que le permite la subyugación y el gobierno de los pueblos por la fuerza bruta, dictatorialmente.

Su programa tiende a la revolución en un doble sentido: económico y político.

Los pueblos que oponen al ataque interno del marxismo una tenaz resistencia, son rodeados de enemigos gracias a las influencias internacionales del judío, y si fuera necesario, se les provoca una guerra, llevando las banderas revolucionarias a los campos de batalla.

Económicamente, crean en los Estados tal situación de crisis, que las empresas sociales, dejando de ser rentables, son substraídas a la dirección del Estado y entregadas al control financiero del judío.

En el terreno político, niegan al Estado los medios para su subsistencia, destruyen las bases de toda resistencia y defensa nacional, aniquilan la fe en el gobierno, ultrajan la Historia y el pasado, y enturbian todo lo que es un exponente de grandeza real.

Culturalmente, contaminan el arte, la literatura y el teatro. Tildando de ridículo el sentimiento estético, destruyen todo concepto de belleza y elevación, de nobleza y de bondad, arrastrando al hombre hacia sus instintos más bajos.

La religión es ridiculizada. Las buenas costumbres y la moralidad son tachadas de cosas del pasado, y así hasta que los últimos pilares de la nacionalidad hayan desaparecido en la lucha por su existencia.

1) Comienza ahora la última gran Revolución. Llegando a alcanzar el poder político, se despojan de los pocos disfraces que todavía les quedan. El judío popular y democrático se transforma en el judío sanguinario y tiranizador de pueblos. Procura exterminar, en pocos años, los exponentes nacionales de la intelectualidad, preparando a los pueblos, a los que priva de una natural dirección espiritual, para una opresión continua. El ejemplo más terrible en este orden lo ofrece Rusia, donde el judío, dominado por un salvajismo realmente fanático, hizo perecer de hambre o bajo torturas inhumanas a treinta millones de personas, con el único fin de asegurar a una caterva de judíos, literatos y bandidos de la Bolsa, la hegemonía sobre todo un pueblo.

La consecuencia final no será sólo el fin de la libertad de los pueblos oprimidos por el judío, sino también la propia destrucción de ese parásito internacional. Después de la inmolación de la víctima, desaparece también, tarde o temprano, el Vampiro.



Analizando los orígenes del desastre alemán, resalta como causa principal y definitiva, el desconocimiento que se tuvo del problema racial, y ante todo, del problema judío.

Las derrotas sufridas en el campo de batalla en agosto de 1918 habrían sido muy fáciles de sobrellevar, pues no eran comparables con la magnitud de las victorias que nuestro país había alcanzado. No fueron aquellas derrotas las que nos aniquilaron, sino la fuerza oscura que las preparó, destruyendo sistemáticamente desde hacía décadas los instintos y las fuerzas morales y políticas que aseguran y habilitan la existencia de los pueblos.

El antiguo Imperio, no prestando la menor atención a la cuestión de la conservación de los fundamentos raciales de nuestro pueblo, despreció el factor único que concede el derecho a la vida en este planeta. Aquellos pueblos que se mezclan, o que se dejan mestizar, atentan contra la voluntad de la Providencia, siendo su aniquilamiento no una injusticia, sino un restablecimiento del orden natural. Cuando un pueblo no quiere cuidar las cualidades inherentes que le fueron dadas por la Naturaleza y que se encuentran enraizadas en su sangre, no posee más el derecho de lamentarse por la pérdida de su existencia.

Todo en esta vida es susceptible de mejoras. Toda derrota puede ser la precursora de una futura victoria; toda guerra perdida puede convertirse en la causa de un resurgimiento ulterior; toda miseria puede ser el semillero de nuevas energías humanas, y toda opresión puede engendrar también las fuerzas impulsoras de un renacimiento moral; pero esto sólo mientras la sangre se mantenga pura.

La pérdida de la pureza de la sangre destruye para siempre la felicidad interior; degrada al hombre definitivamente y son fatales sus consecuencias físicas y morales.

Todos los demás problemas de la vida, examinados y comparados con relación a éste, aparecerán ridículamente mezquinos. Son limitados en el tiempo. Sin embargo, la cuestión de la conservación o no conservación de la pureza de la sangre, perdurará siempre mientras exista la Humanidad.

Todos los importantes síntomas de decadencia de antes de la Guerra tenían su fundamento en la cuestión racial.

Bien se trate de asuntos de derecho público, de abusos en la vida económica, de fenómenos de corrupción política, de síntomas de decadencia cultural, de cuestiones relativas a una defectuosa educación escolar, o a una mala influencia ejercida sobre los adultos por la prensa etc., siempre y en todas partes, tienen su origen en la falta de consideración de los intereses raciales del propio pueblo o en la ceguera ante el peligro racial extranjero.

De ahí la ineficacia de todas las tentativas de reforma, de todas las obras de asistencia social, de todos los esfuerzos políticos, de todo progreso económico, de todo aparente crecimiento intelectual. La Nación, así como el organismo que mantenía y autorizaba su existencia en este mundo, es decir, el Estado, no presentaban interiormente síntomas de mejora, sino que al parecer cada vez enfermaban más. El aparente florecimiento del antiguo Imperio no podía disimular su decadencia interna, y todo empeño aplicado a buscar un afianzamiento efectivo del Reich debió fracasar una y otra vez, ante el caso omiso que se hacía del problema más importante.

Sería erróneo suponer que los adeptos de las diversas facciones políticas que trataron de salvar el organismo alemán —incluso una parte de sus líderes— fuesen hombres miserables o malintencionados. La causa única de la esterilidad de sus esfuerzos fue sólo haber descubierto, a lo más, las manifestaciones externas de nuestra enfermedad general y haber procurado combatirla, dejando de lado al que la provocó. Quien siguiera sistemáticamente la línea de evolución del antiguo Imperio, debe llegar, después de un meditado examen, a la conclusión de que, en el tiempo de la unificación y, por tanto, en la época de mayor progreso de la Nación alemana, ya era evidente la decadencia interna y que, a pesar de todos los aparentes triunfos políticos y la creciente riqueza, la situación general empeoraba de año en año. Incluso las elecciones de representantes al *Reichstag* anunciaban cada vez más próximo, con su creciente número de votos marxistas, el desmoronamiento interno y por tanto también el externo. Todos los éxitos de los denominados partidos burgueses no tenían ningún valor, no sólo por no poder detener la ascensión de la ola marxista en las llamadas victorias electorales burguesas, sino también por el hecho de traer ya dentro de sí los fermentos de la descomposición. Inconscientemente, el mundo burgués se encontraba ya contaminado por el veneno mortal de las ideas marxistas. Su resistencia resultó más a menudo un celo de competencias entre líderes ambiciosos, que un rechazo a combatir al decidido oponente. Uno sólo ha luchado en todos estos años con inexorable regularidad, y ése fue el judío. Su «estrella de David» subió cada vez más alto, en la misma proporción en que la voluntad de conservación desaparecía de nuestro pueblo.

Por eso, en agosto de 1914 no se lanzó al campo de batalla un pueblo decidido, sino que la exaltación que se produjo fue solamente el último destello del instinto de conservación frente a la creciente parálisis general, bajo la influencia pacifista-marxista. Como tampoco en aquellos días trascendentales se supo reconocer al enemigo interior, toda resistencia exterior debió resultar inútil. La Providencia no premió con la espada victoriosa, sino que obró la ley de la eterna compensación.

De esta convicción surgieron para nosotros los principios básicos y la doctrina del nuevo Movimiento; persuadidos como estábamos de nuestras concepciones, esas ideas eran las únicas capaces de detener la decadencia del pueblo alemán y, a la vez, construir la base granítica sobre la cual podría un día edificarse un Estado que no fuera un mecanismo de intereses económicos extraño a nuestro ser, sino un organismo representativo de nuestro pueblo:

¡UN ESTADO GERMÁNICO DE LA NACIÓN ALEMANA!

Capítulo XII
LA PRIMERA FASE DEL DESARROLLO DEL PARTIDO NACIONALSOCIALISTA ALEMÁN DE LOS TRABAJADORES

Si al finalizar la primera parte de este libro describo la fase inicial del desarrollo de nuestro Movimiento y menciono brevemente una serie de cuestiones relacionadas con esa primera etapa, no lo hago animado por el propósito de realizar una disertación sobre sus fines ideológicos, pues son tan grandiosos que sólo pueden ser tratados en un volumen separado. Por eso, en la segunda parte habré de ocuparme a fondo de sus fundamentos programáticos, procurando delinear una idea de eso que nosotros entendemos bajo el concepto de «Estado». Con el término «nosotros», me refiero a los cientos de miles de hombres que, en el fondo, ansían lo mismo, pero que no pueden precisar con palabras aquello que hondamente les preocupa. En efecto, lo remarcable en todas las grandes reformas consiste siempre en que el expositor de la idea es uno sólo, en tanto que son millones los que la secundan. Su objetivo es a menudo durante siglos el ferviente deseo de cientos de miles, hasta que llega el día en que aparece el hombre que proclama ese querer colectivo y que, como portador del antiguo anhelo, conduce una nueva idea hacia la victoria.

El hecho de que en la actualidad millones de hombres sientan íntimamente el deseo de un cambio radical de las condiciones existentes, prueba el profundo descontento que domina en ellos, manifestándose éste de mil maneras: en algunos por el desánimo y la falta de esperanza; en otros, por la oposición, la rabia y la indignación; en unos es indiferencia y en otros, exaltación furiosa. Testigos de ese hondo descontento son igualmente los que se abstienen en las votaciones electorales y también los muchos que se inclinan a militar en las fanáticas filas de la extrema izquierda.

Y es precisamente a estos últimos, sobre todo, a quienes debe dirigirse nuestro joven Movimiento. Éste no debe ser la organización de los satisfechos, de los hartos, sino que debe agrupar a los que sufren, a los explotados, a los infelices y descontentos; no debe nadar sobre la superficie del pueblo, sino sumergirse hasta lo más profundo del mismo.



Desde el punto de vista puramente político, el año 1918 presentaba el siguiente panorama: un pueblo dividido en dos partes. Una, la menor, abarcando las capas de la inteligencia nacional con exclusión de todos los trabajadores manuales. Ésta era aparentemente Nacionalista, pero incapaz de dar a esa palabra otra significación que la de una representación ambigua y débil de los llamados intereses del Estado que, a su vez, eran idénticos a los intereses dinásticos. Procuraba defender sus ideas y objetivos con armas intelectuales, tan superficiales como defectuosas, pues fallaban ante la brutalidad del adversario. Con sólo un terrible golpe, esa clase hasta hace poco dominante, fue derrocada, soportando con cobardía trémula todas las humillaciones del vencedor implacable.

La otra parte se componía de la gran masa del proletariado, concentrada en movimientos marxistas más o menos radicales, resuelta a quebrar por la fuerza bruta toda resistencia intelectual. No quiere ser nacional, al contrario, rehúsa conscientemente trabajar por los intereses nacionales, ayudando a alimentar toda opresión extranjera. Numéricamente es la más fuerte, abarcando aquellos elementos del pueblo sin los que no se puede imaginar una resurrección nacional.

Ya en 1918 no debería haber existido ninguna duda de que el resurgimiento del pueblo alemán sólo sería posible después de la reconquista del poder en el exterior. Sin embargo, las condiciones esenciales para eso no son, como cotorreaban nuestros «estadistas» burgueses, las armas, sino la fuerza de voluntad. En otro tiempo, el pueblo alemán poseía armas en cantidades más que suficientes. Sin embargo, no pudieron éstas garantizar la libertad porque les faltó la energía del instinto de conservación nacional y la voluntad firme de autopreservación. La mejor arma se convierte en material obsoleto y sin valor cuando falta el espíritu decidido y dispuesto a manejarla. Alemania se debilitó, no porque le faltasen armas, sino porque le faltó voluntad, el arma indispensable para la conservación nacional.

Si hoy principalmente nuestros políticos izquierdistas apuntan a la falta de armas como causa obligatoria de su débil política exterior, condescendiente y, por consiguiente, traidora, sólo se les puede responder una cosa: ¡No! Es más bien lo contrario: Vosotros ya entregasteis las armas con vuestra criminal política antinacional de abandono de los intereses nacionales. Ahora intentáis presentar la falta de armas como justificación de vuestra miserable bajeza. Esto, como todo lo que hacéis, es mentira y falsedad.

Esa acusación, sin embargo, también se adecua exactamente a los políticos de la derecha, pues gracias a su cobardía, le fue posible a la chusma judía, que había acaparado el poder, robar las armas a la Nación en 1918. Por eso tampoco ellos pueden justificar su sabia «moderación» con la actual falta de armas, porque esa falta es justamente resultado de su cobardía.

La cuestión de la reconquista del poder alemán no debe consistir en saber cómo fabricaremos armas; pero sí en cómo despertaremos en el pueblo el espíritu que lo habilite para ser portador de armas. ¡Cuando ese espíritu domina a un pueblo, éste encuentra mil caminos, cada uno de los cuales conduce a las armas! Entréguense en cambio diez pistolas a un cobarde, y cuando fuere agredido, no será capaz de disparar ni un solo tiro. Éstas tienen en sus manos menos valor que un buen garrote en manos de un hombre valeroso.

El problema de la reconstitución del poder político de Alemania es una cuestión primordial que afecta al saneamiento de nuestro instinto de conservación nacional, y esto porque la experiencia demuestra que toda acción preparatoria en política exterior, así como toda valoración de un Estado, dependen en menor escala de los elementos bélicos disponibles que de la capacidad de resistencia moral de una Nación. La importancia que adquiere un país como aliado se valora más por la notoria presencia de un vibrante espíritu de conservación nacional y de un heroísmo hasta el sacrificio, que por la simple posesión material de inanimados elementos bélicos, pues una alianza no se pacta con armas, sino con hombres. Por eso el pueblo inglés será siempre considerado en el mundo como el más valioso aliado, en tanto que de su Gobierno y del espíritu de sus masas se espere el aporte de aquella energía y de aquella tenacidad capaces de llevar la lucha iniciada a un término victorioso, valiéndose de todos los medios, sin límites de tiempo ni de sacrificios. En este caso es indiferente el potencial de guerra momentáneo que posea en relación con el de otros Estados.

Comprendiéndose por tanto que el resurgimiento de la Nación alemana es una cuestión de reconquista de nuestra voluntad de autoconservación política, queda claro que para eso no basta con el concurso de elementos ya nacionalistas, sino que se hace necesaria la nacionalización de toda la masa hoy abiertamente antinacional.

Un joven movimiento, que se impone como finalidad la reconstrucción de un Estado alemán con soberanía propia, debe concentrar por entero su actividad en la tarea de ganar la adhesión de las masas. Por lo miserable que es nuestra llamada burguesía nacional y por lo débil que es su convicción, no se puede esperar una resistencia seria contra una política nacional, interior y exteriormente enérgica. Lo máximo que la burguesía alemana, de ideas y vista cortas, podría hacer es, en espera de la futura liberación, permanecer en resistencia pasiva, como ya aconteció con Bismarck; mas no hay que temer nunca una resistencia activa debido a su proverbial cobardía.

Otras son las circunstancias de las masas, pues están impregnadas de ideas internacionalistas. No sólo sus instintos primitivos tienden al empleo de la fuerza, sino también sus dirigentes judíos son más brutales e implacables. Éstos reprimirán toda insurrección alemana, de la misma manera que en otros tiempos quebraron la espina dorsal al Ejército alemán. Principalmente en este régimen parlamentario, regido por la fuerza de la mayoría, no sólo evitarán toda política nacional exterior, sino que también descartarán así toda valoración superior de la fuerza alemana y, consecuentemente, de la posibilidad de alianzas. El síntoma de debilidad que representan esos quince millones de marxistas, demócratas, pacifistas y centristas, no es perceptible sólo para nosotros, sino mucho más en el extranjero, pues mide el valor de una alianza con nosotros por la influencia de esta carga. No se establece una alianza con un Estado cuya parte activa de la población se mantiene pasiva ante cualquier política exterior resuelta.

Añádase a eso, el hecho de que el liderazgo de estos partidos de la «traición nacional», meramente por instinto de conservación adverso, debe hacer y hará frente a cualquier resurgimiento. Es históricamente difícil imaginar que el pueblo alemán llegue algún día a ocupar su posición anterior, sin ajustar cuentas con aquéllos que motivaron y promovieron el inaudito desmoronamiento del que fue víctima nuestro Estado. Pues ante el tribunal de la posteridad, el mes de noviembre de 1918 será calificado de alta traición a la Patria[90].

De esta forma, la recuperación de la autonomía alemana hacia el exterior está unida, en primer lugar, a la recuperación voluntaria de la cohesión interna de nuestro pueblo.

Desde el punto de vista teórico, la idea de la liberación alemana hacia el exterior parecerá una locura mientras las grandes masas no se adhieran a ese ideal de libertad. Desde el punto de vista netamente militar, será de fácil comprensión, ante todo para un Oficial, el hecho de que una guerra exterior no puede ser factible con batallones de estudiantes, sino que, además de los cerebros de un pueblo, también necesita éste de sus puños. Tampoco se debe perder de vista que una defensa nacional apoyada exclusivamente en los círculos llamados pensantes conduciría a despojar la Nación de un bien irreemplazable. La joven generación intelectual alemana de los regimientos de voluntarios que cayó en el otoño de 1914 en las llanuras de Flandes, debió después hacer enorme falta. Había desaparecido la élite de la Nación y su pérdida no fue posible compensarla en el curso de toda la guerra. No solamente la lucha es irrealizable cuando los batallones que se lanzan al ataque no cuentan en sus filas con la masa obrera, sino

[90] El término utilizado en el original, *Hochverrat*, significa alta traición, una ofensa contra el gobierno o contra la Constitución. Por otro lado, *Landesverrat* o traición contra la patria, considerada mucho más grave que la anterior, consiste en una traición militar: amotinamiento, deserción, delatar secretos al enemigo, etc. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

que resulta también utópica la preparación de carácter técnico sin la espontánea cohesión interior del organismo nacional. Justamente el pueblo alemán, que bajo las miradas del Tratado de Versalles debe vivir desarmado, sólo podrá ocuparse de los preparativos técnicos para alcanzar la libertad y la independencia después de que el ejército de espías interiores esté diezmado, hasta el punto de sólo quedarle aquellos cuya falta de carácter innato les lleve a traicionar a todo y a todos por las conocidas treinta monedas de plata. Con esos se puede acabar fácilmente. Insuperables, sin embargo, parecen los millones que se oponen al resurgimiento nacional por convicciones políticas; invencibles en cuanto no se combatan sus ideas marxistas, arrancándolas de sus corazones y de sus cerebros.

Por tanto, la posibilidad de reconquistar nuestra independencia, ya sea del Estado o del pueblo, no depende ni de la preparación en política exterior, ni del armamento técnico, ni siquiera de la lucha misma, si previamente no se ha logrado la conquista de la gran masa del pueblo para la idea de una autonomía nacional.

Sin la reconquista de la libertad exterior, toda reforma interior sólo significará, en el caso más favorable, un aumento de nuestra capacidad productiva en beneficio de aquellas naciones que pretenden colonizarnos. Los excedentes producidos en todo levantamiento económico beneficiarán a nuestros dominadores internacionales y toda mejora social sólo elevará nuestra fuerza productiva en beneficio de los mismos. Los progresos culturales no nos serán posibles, pues están íntimamente ligados a la independencia política y a la dignidad de un pueblo.



Por lo tanto, si la solución favorable del futuro alemán está en unión íntima con la conquista nacional de la gran masa de nuestro pueblo, debe ser ésta entonces la más alta e importante tarea de un movimiento; su actividad no se debe agotar en la satisfacción del momento, sino que debe someter toda su acción a un examen sobre los efectos probables en el futuro. Fue por eso por lo que ya en el año 1919 nos hallábamos persuadidos de que el nuevo Movimiento debía lograr previamente, como objetivo capital, la nacionalización de las masas. De ahí resultaron, desde el punto de vista táctico, una serie de postulados:

1. Ningún sacrificio social resultará demasiado grande cuando se trate de ganar a las masas para la obra del resurgimiento nacional.

Cualesquiera que sean las concesiones económicas hechas al obrero, nunca estarán de más comparadas con el beneficio que obtendrá toda la Nación si éstas contribuyen a devolver a las grandes masas al seno de su pueblo. Sólo la estrechez de miras que, lamentablemente, muchas veces se encuentra entre nuestros empresarios, puede desconocer que no es posible el incremento económico duradero y, consecuentemente, más beneficios para ellos mismos, mientras no se restablezca la solidaridad interna en el seno del propio pueblo.

Si durante la guerra los sindicatos alemanes hubiesen cuidado de la manera más implacable los intereses del obrero; si hubiesen ejercido presión sobre los accionistas hambrientos de dividendos a través de la huelga, para reivindicar las demandas de los trabajadores por ellos representados; si se hubiesen mostrado fanáticos en su germanismo, en todo lo que concierne a la defensa nacional; si, con el mismo fanatismo, hubiesen dado a la Patria lo que es de la Patria, no se habría perdido la guerra. ¡Qué

ridículas habrían resultado entonces todas las concesiones económicas ante la importancia de la victoria!

Por lo tanto, un movimiento que aspira a reincorporar al obrero de Alemania al seno del pueblo alemán, no debe detenerse ante sacrificios económicos mientras éstos no impliquen una amenaza para la autonomía y la conservación de la economía nacional.

2. La educación nacional de la gran masa puede llevarse a cabo únicamente de forma indirecta mediante mejoras sociales, ya que sólo así serán susceptibles de crearse aquellas condiciones económicas que permitan al individuo participar del acervo cultural de la Nación.

3. Jamás se logrará nacionalizar a las masas mediante tímidas acciones y criterios ecuánimes; dicha nacionalización sólo es posible por obra de un criterio implacable, en total armonía con la finalidad perseguida. Quiere esto decir que no se puede hacer «nacional» a un pueblo en el sentido de nuestra moderna burguesía, esto es, con tantas restricciones, sino solamente nacionalista con toda la vehemencia propia de los extremos. El veneno sólo puede ser combatido con el antídoto, y sólo la abulia del espíritu burgués considera las medias tintas como el camino capaz de conducirle al reino de los cielos.

La gran masa de un pueblo no está constituida por profesores ni diplomáticos. El poco conocimiento abstracto que posee conduce sus aspiraciones hacia el mundo de los sentimientos. Es aquí donde se sitúa para la acción positiva o negativa. Sólo es partidaria de una demostración de fuerza en una de esas direcciones, pero nunca en situaciones dudosas. Ese sentimiento es también la causa de su persistencia extraordinaria. La fe es más difícil de estremecer que el saber, el amor está menos sujeto a transformaciones que el respeto, el odio es más duradero que la simple antipatía, y la fuerza motriz de las agitaciones más radicales, en todos los tiempos, no fue el conocimiento científico de las masas, sino un fanatismo entusiasta y, a veces, la ola histérica que las impulsa.

Quien se proponga ganar a las masas debe estar en posesión de la llave que abre la puerta de su corazón. Y esa llave no se llama objetividad, esto es, debilidad, sino voluntad y fuerza.

4. El éxito en la labor de ganar el alma popular depende de que junto a la acción y la lucha por los propios ideales se logre anular a los enemigos de estos ideales. En todos los tiempos, el pueblo considera la acción resuelta contra un adversario como una prueba de su propio derecho, y contrariamente, ve en la abstención de aniquilar al enemigo un signo de inseguridad de ese derecho, e incluso, la ausencia del mismo.

La amplia masa no es más que una parte de la Naturaleza y no cabe en su mentalidad comprender el mutuo apretón de manos entre hombres que afirman perseguir objetivos contrapuestos. Lo que la masa quiere es el triunfo del más fuerte, y la destrucción del débil o su incondicional sometimiento.

La nacionalización de nuestra masa popular sólo será realizable cuando, en la lucha triunfante para la conquista del alma de nuestro pueblo, se aniquile a sus envenenadores internacionales.

5. Todas las grandes cuestiones actuales son cuestiones momentáneas, representando apenas las consecuencias a determinadas causas. Importancia capital, sin

embargo, tiene una sola entre todas ellas: la cuestión de la conservación racial del pueblo. La sangre es la base tanto de la fuerza como de la debilidad del hombre. Pueblos que no reconocen ni consideran la importancia de sus fundamentos raciales se asemejan a los hombres que pretenden enseñar a un dogo las cualidades características del galgo, sin entender que la velocidad del galgo o la docilidad del caniche no son cualidades adquiridas por la enseñanza, sino cualidades innatas de su raza. Pueblos que descuidan la conservación de la pureza de su sangre, destruyen también la unidad de su alma en todas sus manifestaciones. El debilitamiento de su ser es la consecuencia lógica del debilitamiento de su sangre, siendo la modificación de su fuerza creadora y espiritual el efecto de la transformación de sus bases raciales.

Quien quiera liberar al pueblo alemán de sus vicios de hoy y de las manifestaciones extrañas a su naturaleza, precisa liberarlo del causante de esos vicios y de esas manifestaciones.

Sin el más claro conocimiento del problema racial y por tanto del problema del judaísmo, no se podrá verificar un resurgimiento del pueblo alemán. La cuestión de las razas provee no sólo la llave para la comprensión de la Historia Universal sino también de la cultura humana en general.

6. El alineamiento de la gran masa popular (que hoy forma parte de una masa internacional) en una comunidad popular nacionalista, no significa una renuncia a la defensa de los intereses legítimos de clase. Los intereses antagónicos de las clases y las profesiones no son lo mismo que la lucha de clases, sino consecuencias lógicas de nuestra vida económica de hoy. El agrupamiento profesional no se opone de ninguna forma a una verdadera colectividad popular, pues ésta consiste en la unión del espíritu nacional en todas las cuestiones que le conciernen propiamente.

La incorporación en la comunidad nacional, o simplemente en el Estado, de un grupo convertido en clase social, no se produce por el descenso de nivel de las clases superiores existentes, sino por la elevación de las de orden inferior. Nunca pueden ser gestoras de este proceso las clases superiores, eso está reservado sólo a las clases inferiores que luchan por su igualdad de derechos. La burguesía actual no llegó a incorporarse en el Estado por obra de la nobleza, sino gracias al propio esfuerzo y bajo su propio liderazgo.

No es por medio de débiles escenas de confraternización como el obrero alemán será elevado a figurar en el cuadro de la comunión nacional, y sí mediante una elevación consciente de su posición cultural y social, hasta que se puedan considerar vencidas las diferencias más importantes que lo separan de las otras clases. Un movimiento que pretenda semejante evolución tendrá que buscar a sus adeptos, en primer lugar, en las poblaciones obreras. Sólo se deberá recurrir a los intelectuales en la medida en que éstos ya hubieran percibido plenamente el fin deseado. Este proceso de transformación y unión no se concluirá en diez o veinte años, sino que se prolongará, según muestra la experiencia, durante varias generaciones.

El mayor de los obstáculos que se opone al acercamiento del obrero de nuestros días a la comunidad nacional no radica en la representación de sus intereses de clase, sino en la actitud hostil hacia la Nación y la Patria que asumen sus dirigentes internacionales. Guiadas bajo una orientación fanáticamente nacional en cuestiones políticas y en aquellas que afectan a los intereses del pueblo, las mismas asociaciones sindicalistas podrían, prescindiendo de las luchas individuales de índole netamente económica, convertir a millones de obreros en valiosísimos elementos de la nación.

Un movimiento que aspire hondamente a reincorporar al obrero alemán en el seno de su pueblo y arrancarlo de la utopía del internacionalismo, tiene antes que rebelarse vigorosamente contra el criterio que domina particularmente en las esferas de los empresarios y patrones industriales. Y éste consiste en sostener, bajo el concepto de «comunidad nacional», un incondicional sometimiento desde el punto de vista económico del obrero al patrón, el cual quiere ver una agresión a la comunidad popular en todo reclamo que por sus intereses económicos haga el obrero legítimamente. La defensa de este parecer representa la defensa de una mentira consciente, pues la comunidad popular no sólo impone obligaciones a una de las partes, sino también a la otra.

Indudablemente, el obrero atenta contra el espíritu de una verdadera comunidad nacional en el momento en que, apoyado en su poder, plantea exigencias contrarias al bien público y a la estabilidad de la economía nacional; del mismo modo, no atenta menos contra esa comunidad el patrón que por medios inhumanos y explotadores abusa de su gestión de las fuerzas de trabajo nacionales, llenándose de millones a costa del sudor del obrero. Pues así, pierde el derecho de considerarse miembro de la Nación y de formar parte de una colectividad nacional, pasando a ser sólo un egoísta que introduce la desafección social y provoca conflictos que, de una forma u otra, son perniciosos para la Patria.

La fuente en la cual nuestro naciente Movimiento deberá reclutar a sus adeptos será pues, en primer término, la masa obrera. La misión de nuestro Movimiento en este orden consistirá en arrancar al obrero alemán de la utopía del internacionalismo, libertarle de su miseria social y redimirle del triste medio cultural en que vive, para convertirle en un valioso factor de unidad animado de sentimientos nacionales y de una voluntad igualmente nacional en el conjunto de nuestro pueblo.

Si en los círculos de la intelectualidad nacional se encontraran individuos con el corazón vibrando por el pueblo y su futuro, que conociesen profundamente la importancia de la lucha por el alma de esa multitud, serían bienvenidos a las filas de este Movimiento como la columna vertebral del más alto valor. La finalidad de este Movimiento no debe consistir jamás en la conquista del rebaño electoral burgués. Con esa estrategia sólo adquiriría una sobrecarga que haría imposible la conquista de las grandes masas populares. Pues a pesar de la belleza teórica de la idea de una reunificación de los elementos de los estratos superiores e inferiores de toda la amplia masa en el seno del Movimiento, el hecho es que, aunque se puede producir una buena disposición, o incluso despertar un cierto entendimiento por parte de las masas burguesas a través de la influencia psicológica que ejerce una manifestación general, sus características, o mejor dicho sus vicios, no se pueden cambiar, pues se han gestado y desarrollado a través de los siglos. La diferencia con respecto al nivel cultural y a la actitud de ambas partes en lo que concierne a cuestiones de tipo económico es actualmente tan grande, que tan pronto como la exaltación del momento hubiera pasado, se convertiría enseguida en un obstáculo.

Finalmente, el objetivo que perseguimos no es una reagrupación de los elementos nacionales, sino la conquista de los antinacionales.

Tal punto de vista es esencial para el enfoque táctico de todo el Movimiento.

7. Este criterio tiene que revelarse claramente en la propaganda del Movimiento, y además ser fomentado por razones propagandísticas.

Para que una propaganda sea eficaz, es preciso que tenga un objetivo definido y que se dirija sólo a un determinado grupo. Pues de otra forma, debido a la diferencia en

la formación intelectual de ambos, o no será entendida por unos, o será rechazada por los otros por elemental y poco interesante.

Incluso la forma de la expresión o el tono, no pueden ser igual de efectivos para dos estratos sociales tan extremos. Si la propaganda se abstiene de emplear primitivas formas de expresión, nunca llegará a las masas. Por el contrario, empleándose en la palabra y en los gestos, la rudeza y las expresiones del sentimiento propio de la masa, aquella propaganda será rechazada entre la llamada inteligencia, por tosca y ordinaria. Entre cien oradores, difícilmente se encontrarán diez en condiciones de conseguir el mismo éxito un día, ante un auditorio de barrenderos, cerrajeros, deshollinadores, etcétera, que al siguiente pronunciando una conferencia con el mismo contenido ideológico ante un público compuesto de estudiantes y catedráticos. Sin embargo, entre mil oradores tal vez sólo se encuentre uno preparado para hablar al mismo tiempo delante de cerrajeros y profesores de universidad, y que además, no sólo sepa adaptarse a las opiniones de ambas partes, sino que también influya de manera efectiva en las dos por igual, arrancando una ensordecedora tormenta de aplausos. Se debe tener en cuenta siempre que las más bellas ideas de una doctrina, en la mayor parte de los casos, sólo se propagan a través de los espíritus más simples. No depende de lo que tiene en mente el genial creador de una idea, sino en qué forma y con qué éxito el defensor de esa idea la comunicará a las grandes masas.

La gran eficacia de la socialdemocracia o del movimiento marxista, consiste básicamente en la homogeneidad del público al que se dirige. Cuanto más sencillas, cuanto más limitadas sean las ideas propagadas, tanto más fácilmente serán aceptadas por la masa, a cuyo nivel intelectual se adecuarán perfectamente.

De esto resulta para el nuevo Movimiento una conducta clara y simple:

La propaganda tiene que corresponder en su forma y en su fondo al nivel cultural de la masa, y la eficacia de sus métodos deberá medirse exclusivamente por el éxito obtenido. En una asamblea popular no es el mejor orador aquél que intelectualmente se acerca más a los oyentes de la clase pensante, sino aquél que sabe conquistar el alma de la muchedumbre.

El intelectual que, presente en una reunión, a pesar del evidente efecto del orador sobre las capas inferiores, critica su discurso desde el punto de vista intelectual, demuestra su absoluta incapacidad de reflexión y su ineficacia para actuar en el nuevo Movimiento. Para la causa sólo serán útiles los intelectuales que ya conozcan muy bien la misión y finalidad de la misma y estén en condiciones de evaluar la eficiencia de la propaganda por el éxito sobre el pueblo, y no por la impresión que a ellos mismos les cause. La propaganda no debe dirigirse hacia la conservación de las personas que ya son nacionalistas, sino hacia la captación de los enemigos de nuestra Patria, siempre que sean de nuestra raza.

En general, todas las ideas que ya brevemente sinteticé en el capítulo dedicado a la Propaganda de Guerra, debieron convertirse en decisivas y fundamentales para la naturaleza y organización de la Propaganda del nuevo Movimiento. Que esas ideas eran ciertas lo demostró el éxito de las mismas.

8. Una reforma política jamás alcanzará su objetivo por medio de una labor de difusión meramente informativa o llegando a influenciar a los poderes dominantes, sino únicamente mediante la conquista del mando político. Los que se baten por una idea que está destinada a modificar el mundo, no sólo tienen el derecho, sino también el deber de recurrir a todos los medios que faciliten su realización. El éxito es el único juez que determina el acierto o el error de tal misión. Ese éxito no debe ser comprendido sólo por

la conquista del poder, como sucedió en 1918, sino por el efecto beneficioso que tiene para el pueblo. Así, un golpe de Estado no puede considerarse triunfante por el mero hecho de que los revolucionarios se apoderen del Gobierno, como piensan hoy algunos irreflexivos fiscales en Alemania, sino sólo cuando de la realización de los propósitos y objetivos que encarna tal acción revolucionaria surge para la Nación un bienestar mayor que en el régimen anterior. Por supuesto, esto mismo no se puede afirmar de la «Revolución Alemana», tal como se llamó al golpe de bandolerismo efectuado en el otoño de 1918.

Mas, si la conquista del poder político es condición previa para llevar a la práctica propósitos de reforma, lógico es que un movimiento animado de tales propósitos se considere, desde el primer momento de su existencia, como una expresión de la masa y no como un club de té literario o un centro burgués de jugadores de bolos.

9. El nuevo Movimiento es antiparlamentario por su carácter y por la índole de su organización; es decir, que en general, así como dentro de su propia estructura, rechaza el principio de decisión por mayoría, pues es éste un principio que degrada al Führer a la condición de simple ejecutor de la voluntad y de la opinión de los demás. Tanto en las cuestiones más irrisorias como en las de más peso, nuestro Movimiento encarna el principio de la autoridad absoluta del Führer que, a su vez, supone una máxima noción de responsabilidad.

Las consecuencias prácticas de ese principio fundamental son las siguientes:

El jefe de un grupo local es investido en sus funciones por su inmediato superior y asume la responsabilidad de su dirección. Todos los comités dependen de él y no él de los comités. No hay comités con voto, sino comités con deberes. El jefe responsable, esto es, el primer jefe o presidente de grupo, distribuye el trabajo. El mismo criterio debe ser adoptado en las organizaciones inmediatamente superiores, como la Región, el Distrito o la Provincia[91]. El Líder está siempre designado desde arriba e investido de poder y autoridad ilimitada. Sólo el Führer de todo el partido es el que, por exigencias legales, es escogido por la asamblea general de todos los correligionarios. Él es el líder exclusivo del Movimiento. Todas las comisiones están sometidas exclusivamente a él y no viceversa. Asume la responsabilidad de todo. Los afiliados al Movimiento tienen siempre, sin embargo, la libertad de exigirle responsabilidades y, mediante una nueva elección, destituirlo del cargo si hubiera atentado contra los principios fundamentales del Movimiento o servido mal a sus intereses. En su lugar se colocará al hombre más capaz, pero investido con la misma autoridad y la misma responsabilidad.

Constituye una de las más elevadas tareas del Movimiento hacer de este principio la norma determinante, no sólo dentro de sus propias filas, sino también en el mecanismo de todo el Estado.

Quien sea el Führer tendrá que llevar junto a su ilimitada autoridad suprema la carga de la mayor y la más pesada de las responsabilidades.

Quien no fuera capaz de eso o fuese demasiado cobarde para cargar con las consecuencias de sus actos, no sirve para Líder. Sólo el héroe está llamado a serlo.

El progreso y la cultura de la Humanidad no son producto de la mayoría, sino que dependen exclusivamente de la genialidad y la energía de una personalidad.

Cultivarla y conferirle sus derechos es la condición esencial para la reconquista de la grandeza y el poder de nuestra Raza.

[91] En este caso se hace referencia a la división administrativa territorial: *Bezirk* (región, departamento), *Kreis* (sector, distrito) y *Gau* (provincia). (N. del T.)

Por eso el Movimiento es antiparlamentario. Su participación en una institución semejante sólo puede tener el objetivo de destruirla por dentro, pues el parlamentarismo, debe ser considerado como uno de los más graves síntomas de decadencia de la Humanidad.

10. El Movimiento evita tomar posición en cualquier asunto fuera del campo de su actividad política o que para la misma no sea de importancia fundamental. Su misión no es lograr una reforma religiosa, sino la reorganización política de nuestro pueblo. Este Movimiento contempla ambas confesiones religiosas como apoyos de igual valor para la existencia de nuestro pueblo, combatiendo por tanto a aquellos partidos que quieran envilecer las bases del fortalecimiento religioso y moral de nuestra nación poniéndolas al servicio de sus intereses.

Finalmente, nuestro Movimiento no ve su cometido en la restauración de una forma determinada de gobierno en oposición a alguna otra, sino en el establecimiento de aquellos principios fundamentales sin los cuales ni Monarquía ni República pueden contar con una existencia garantizada. No es su misión fundar una Monarquía o consolidar una República, sino crear un Estado germánico.

La cuestión de la estructuración externa de ese nuevo Estado, es decir, su coronación, no es de importancia fundamental, lo que importa es la finalidad que se pretende.

Un pueblo que comprenda los grandes problemas y la misión de su existencia, nunca podrá ser arrastrado a luchas internas debido a cuestiones de formalidad externa.

11. La cuestión de la organización interna del Movimiento es una cuestión de conveniencia y no de principio.

No es la mejor aquella organización que interpone entre la jefatura del Movimiento y sus prosélitos un aparatoso sistema de intermediarios, sino la que se sirve del mecanismo menos complicado; pues no debe olvidarse que la tarea de organización consiste en transmitir a una multiplicidad de hombres una determinada idea —que primero surgió en la mente de uno sólo—, y velar a su vez por la aplicación práctica de la misma.

La organización es apenas un mal necesario. En el mejor de los casos, es un medio para alcanzar un fin; en el peor, un fin en sí mismo.

Como el mundo está compuesto más de naturalezas mecánicas que de idealistas, las formas de organización suelen ser más fácilmente constituidas que las ideas en sí.

La marcha que sigue la realización de las ideas nuevas, sobre todo entre aquellos con un carácter reformador, es, en trazos generales, la siguiente:

Todas las ideas geniales parten del cerebro de aquellos individuos que se sienten destinados a transmitir sus pensamientos al resto de la Humanidad. Exponen sus ideas y conquistan, poco a poco, un cierto círculo de adeptos. Esta transmisión directa y personal de las ideas de un individuo a sus semejantes es la mejor y la más natural. A medida que aumenta el número de los adeptos de la nueva doctrina, se hace imposible al portador de la nueva idea continuar ejerciendo la influencia directa sobre los innumerables correligionarios y guiarlos personalmente. A medida que crece la colectividad, la acción directa de éste se vuelve imposible y surge la necesidad de una organización. Termina entonces la situación ideal primitiva, y en su lugar, comienza la organización como un mal necesario. Se forman pequeños subgrupos, que en el Movimiento político constituyen, como grupos locales, la célula *mater* de la futura organización.

Con el objetivo de no perder la unidad de la doctrina, esta subdivisión no debe tener lugar hasta que la autoridad del fundador intelectual y de la escuela creada sea incondicionalmente reconocida. La importancia geopolítica del núcleo central de un movimiento nunca podrá ser infravalorada. Sólo la existencia de los mismos, envueltos por el encanto de lugares como la Meca o Roma, puede a la larga proporcionar a un movimiento la fuerza que se esconde tras la unión interna y la aceptación de uno de estos núcleos como baluarte representativo de esta unidad.

Así, en la formación de las primeras células organizativas, nunca se debe perder de vista que al núcleo primitivo de donde salió la idea se le deba dar la mayor importancia. A medida que otros innumerables núcleos se fueran entrelazando, debe aumentar también el aprecio al lugar que, desde el punto de vista moral, intelectual y práctico representa el punto de partida y la cabeza del Movimiento.

Porque así como el creciente número de adeptos y la imposibilidad de establecer una comunicación directa con ellos conduce a una formación de agrupaciones más pequeñas, la multiplicación constante de estas formas organizativas obliga también a una unificación superior, formando lo que políticamente se conoce como un distrito o una región.

Tan fácil es mantener la autoridad del núcleo central frente a los otros grupos locales como difícil es protegerla contra las más amplias organizaciones que se van formando. Sin embargo, la conservación de esa autoridad es condición *sine qua non* para la consistencia de un movimiento y para la realización de una idea.

Cuando finalmente esos grandes centros intermedios se unen a nuevas formas de organización, aumenta también la dificultad de asegurar en ellos el absoluto carácter director de la primitiva sede fundacional.

De esta forma sólo se deben formar núcleos de organización cuando se pueda conservar la autoridad intelectual y moral del núcleo central. En las formaciones políticas, a menudo sólo puede darse esta garantía a través del poder práctico.

Para la organización interna del Movimiento se impusieron las siguientes directrices:

- Concentración de toda la labor en un solo punto, primeramente Múnich. Formación de una comunidad de adeptos leales a toda prueba, y luego, perfeccionamiento de la preparación de los futuros propagadores de la idea. Confirmación de la autoridad de la sede central por medio de grandes y notables éxitos políticos.

Para dar a conocer la nueva causa y sus líderes, es necesario no solamente destruir la creencia en la invencibilidad del marxismo, sino también demostrar la posibilidad y viabilidad de un movimiento que le sea contrario.

- Formación de grupos locales en otras ciudades, inmediatamente después de haber quedado consagrada la autoridad de la jefatura central en Múnich.

- Creación de agrupaciones, distritos, ligas, etc., después de tener la absoluta seguridad de que reconocen la autoridad del núcleo central. Además, la formación de otros grupos depende de los individuos que puedan ser considerados líderes de éstos.

Hay aquí dos caminos a seguir:

1) El Movimiento consigue los medios financieros para el desarrollo y formación de los hombres capaces de asumir el futuro liderazgo. El material adquirido debe servir a un cierto plan, de acuerdo con ciertos puntos de vista tácticos y con la finalidad de la causa.

Ese camino es el más fácil y el más rápido; exige, sin embargo, grandes sumas de dinero, pues esos líderes sólo podrán trabajar por el Movimiento si están asalariados.

2) El Movimiento que, como consecuencia de la falta de recursos financieros, no está en condiciones de emplear jefes de forma asalariada, sino que inicialmente está sometido a acciones voluntarias.

Este camino es más lento y más difícil.

La dirección del Movimiento debe, en el caso que convenga, paralizar la actuación en determinados grandes sectores, hasta que entre los adeptos de la causa surja una mente capaz de ponerse a la cabeza de la jefatura y organizar y dirigir el Movimiento en las respectivas situaciones.

Puede acontecer que no se encuentre en ciertas regiones a nadie en situación de poder asumir la jefatura y que, en otras, dos o tres personas estén en condiciones más o menos idénticas en cuanto a capacidad. La dificultad que entraña tal evolución es grande, y sólo tras años puede ser superada.

No obstante, la condición previa para la formación de un núcleo organizado siempre ha sido y será, la existencia de una cabeza capaz de llevar el liderazgo.

Así como un ejército en todas sus formas organizativas carece de eficacia sin oficiales, también es inútil una organización política no dotada del correspondiente Führer. Para la causa es preferible el abandono de la formación de un grupo local, a que se corra el riesgo de un fracaso por falta de un guía eficaz.

Para ser Führer no sólo se requiere voluntad, sino también capacidad, sin olvidar que debe darse mayor importancia a la fuerza de voluntad y de acción que a la genialidad en sí. Lo ideal pues, será la conjunción de las condiciones de capacidad, decisión y perseverancia.

12. El futuro de un movimiento depende del fanatismo, y hasta de la intolerancia con que sus adeptos sostengan su causa como la única justa y la impongan frente a otros movimientos de índole semejante.

Es un gran error creer que la potencialidad de un movimiento se acrecienta por efecto de la fusión con otro movimiento análogo. Ciertamente cada expansión en este orden significa numéricamente un aumento, dando al observador superficial la impresión de haberse vigorizado el movimiento mismo; pero la verdad es que así se introducen los gérmenes de un debilitamiento interno, que no tardará en hacerse manifiesto.

Por más que se hable de la semejanza de dos movimientos, ésta en realidad nunca existe. Si así fuese, no habría dos movimientos, sino sólo uno. Poco importa conocer dónde están las divergencias (las cuales sólo estarían fundamentadas en las diferentes capacidades de liderazgo), pues no dejarían por eso de existir. La ley natural de toda evolución no permite la unión de dos movimientos diferentes, sino que asegura siempre la victoria del más fuerte, la cual, sólo se puede lograr por medio de la lucha incondicional.

Puede ser que la unión de dos concepciones políticas similares, en determinado momento ofrezca ventajas; con el tiempo, sin embargo, el éxito así conseguido es siempre una causa de debilidad.

La grandeza de un movimiento se asegura exclusivamente por la evolución independiente de su fuerza interior y el aumento constante de la misma hasta la victoria final sobre todos sus rivales.

Se podría decir que el crecimiento de su fuerza, y por tanto su razón de ser, sólo se entienden mientras el movimiento reconozca la lucha como condición necesaria para

su existencia, alcanzando éste el apogeo de su poder en el momento en que la victoria absoluta se incline de su lado.

Para un movimiento, es más ventajoso combatir por una victoria que no signifique un éxito momentáneo, sino duradero, obtenido tras una lucha incondicional y sin concesiones.

Movimientos que deben su progreso a uniones con otros grupos de concepciones parecidas, es decir, que su fuerza radica en los compromisos, dan la impresión de plantas de invernadero. Crecen, pero les falta la fuerza para desafiar a los siglos y resistir las grandes tempestades.

La magnitud de toda organización poderosa, como encarnación de una idea en este mundo, estriba en el religioso fanatismo con que esa organización, convencida íntimamente de la verdad de su causa, se impone sobre las demás. Si una idea es justa en el fondo, y de tal manera acoge la lucha en esta Tierra, será invencible, y toda persecución no conducirá sino a aumentar su fuerza interior.

La grandeza del Cristianismo no radica en un intento por establecer conexiones con parecidos conceptos filosóficos de la antigüedad, sino en la inflexible y fanática defensa y promulgación de su propia doctrina.

La aparente ventaja que un movimiento consigue a través de tales fusiones será ampliamente superada a través del constante aumento de la fuerza que adquiere una doctrina y su organización, si se mantiene por sí misma independiente.

13. El Movimiento tiene que educar a sus adeptos de tal manera que divisen la batalla no como algo casualmente generado, sino como algo pretendido en sí mismo. No deben temer la enemistad del adversario, sino considerarla como condición esencial para su propia existencia. No se deben atemorizar por el odio ni las declaraciones de los enemigos de nuestra raza y de nuestra ideología; por el contrario, deberán más bien ansiarlos. La mentira y la calumnia son manifestaciones propias de ese odio.

Aquél que no es calumniado y denigrado por la prensa judía, no es ni buen alemán ni un verdadero nacionalsocialista. La mejor medida para aquilatar el valor de su ideal, la sinceridad de su convicción y su fuerza de voluntad, es la intensidad del odio con que es combatido por el enemigo mortal de nuestro pueblo.

Los adeptos del Movimiento y, en un sentido más amplio, todo el pueblo, deben advertir constantemente que el judío miente siempre, y que si aparece alguna verdad en sus periódicos, es sólo el disfraz de un engaño, y por ello, otra mentira intencionada. El judío es el mayor maestro de la mentira, y la mentira y el fraude son las únicas armas de su lucha.

Cada calumnia, cada mentira de los judíos contra uno de nosotros, debe ser considerada como una herida que nos honra.

Aquél que más nos difama es el que más nos une, y aquél que nos odia a muerte es justamente nuestro mejor aliado.

Quien al leer por la mañana un periódico judío no se sienta difamado por el mismo, no aprovechó bien el día anterior, pues de haberlo aprovechado, habría sido perseguido, difamado, calumniado, insultado e injuriado por el judío. Sólo los que se enfrentan de manera eficaz a ese enemigo mortal de nuestro pueblo y de la civilización aria, deben esperar la calumnia de esa raza y ver dirigido, por tanto, el combate de ese pueblo contra ellos.

Si estas ideas fundamentales son totalmente asimiladas y grabadas en sangre en nuestros correligionarios, entonces el Movimiento será invencible e inquebrantable.

14. Nuestro Movimiento está obligado a fomentar por todos los medios el respeto a la personalidad individual. No debe olvidarse que el valor de todo lo humano radica en el valor de la personalidad; que toda idea y que toda acción son el fruto de la capacidad creadora de un hombre y que, finalmente, la admiración por la grandeza de la personalidad representa no sólo un tributo de reconocimiento para ésta, sino también un vínculo que une a los que sienten gratitud hacia ella.

La personalidad es irreemplazable, sobre todo cuando esa personalidad no es mecánica sino constitutiva de un elemento creador de cultura. De la misma manera que un célebre artista no puede ser sustituido para que otro asuma la finalización de su obra medio acabada, lo mismo sucede con los grandes poetas y pensadores, los grandes estadistas y los grandes generales. Pues su actividad se encuentra en el ámbito del arte: no se ha inculcado mecánicamente, sino que es un don de la gracia de Dios.

Las grandes revoluciones, los grandes logros de este mundo, las grandes producciones culturales, las obras inmortales en el campo de la política, etc., están siempre ligadas a un nombre y estarán por él representadas. El rechazo al reconocimiento del valor excepcional de uno de esos espíritus, significa la pérdida de la fuerza inmensa que fluye de los nombres de todos los grandes hombres y mujeres.

Mejor que nadie eso lo sabe el judío. Él, que sólo es grande en la destrucción de la Humanidad y de su cultura, procura la mayor admiración por sus propios valores. Por el contrario, el respeto de los otros pueblos por sus propios espíritus intenta hacerlo pasar como cosa indigna y como un «culto a la personalidad».

En cuanto un pueblo es tan cobarde como para dejarse vencer por esa insolencia y descaro de los judíos, renuncia a la fuerza más poderosa que posee, pues esa fuerza no consiste sólo en el respeto hacia las masas, sino también en la veneración por los genios que han elevado y levantado la Nación.

Cuando los corazones de los hombres se rompan y sus almas desesperen, los grandes vencedores de la escasez y la ansiedad, de la humillación y la miseria, de la esclavitud espiritual y la opresión física, volverán entonces sus ojos desde los albores del pasado, tendiendo sus manos eternas a los desesperados mortales.

¡Ay del pueblo que se avergüence de tomar estas manos!



Nada nos había preocupado tanto, en la primera época de la formación de nuestro Movimiento, como el que nuestros nombres fuesen desconocidos y sin importancia para la opinión pública. Lo más difícil, en esos primeros tiempos en que apenas seis, siete u ocho personas se reunían para oír el discurso de un orador, era despertar y mantener en esos pequeños círculos la fe en el poderoso futuro del Movimiento.

Piénsese en que seis o siete hombres, completamente desconocidos, simples pobres diablos, se reunían con la intención de crear un movimiento destinado a ganar el futuro —lo que hasta entonces les había resultado imposible a los grandes partidos—, y de volver a elevar a la Nación alemana a su mayor poder y esplendor. Si en aquellos tiempos nos hubieran atacado o incluso se hubiesen mofado de nosotros, hubiéramos sido dichosos en ambos casos, puesto que lo que más nos entristecía era pasar desapercibidos, y a mí particularmente eso era lo que más me hacía sufrir.

Cuando me incorporé a esa media docena de hombres, no se podía hablar todavía ni de un partido ni de un movimiento. Ya describí mis impresiones al respecto

del primer encuentro con esa pequeña organización. En las semanas que sucedieron a ese inicio tuve el tiempo y la oportunidad de pensar en la aparente imposibilidad de ese nuevo partido. El cuadro que se presentaba ante mis ojos era angustioso y deprimente. No existía, en ese sentido, nada, absolutamente nada. El nombre del partido era lo único que había. Y su asamblea estaba formada por la totalidad de su filiación. De alguna manera, era justamente lo que se intentaba combatir, es decir, un parlamento a pequeña escala. Dominaba el sistema por votación, y mientras en el Parlamento por lo menos gritaban hasta quedarse afónicos sobre problemas realmente importantes, ¡en este pequeño círculo se discutía en conversaciones interminables sobre la contestación que debía darse a las cartas felizmente recibidas!

En efecto, la opinión pública no sabía nada de nosotros. Nadie en Múnich, con excepción de nuestros pocos adeptos y amigos, conocía la existencia de nuestro Partido, ni siquiera de nombre.

Todos los miércoles tenía lugar, en el München Kaffee, una reunión de la comisión y, una vez por semana, había conferencia por la noche. Como todos los miembros del «Movimiento» estaban en la comisión, las personas, lógicamente, eran siempre las mismas. Se imponía pues, salir al fin del círculo estrecho y ganar nuevos prosélitos, procurando a todo trance la difusión del nombre de nuestro Movimiento.

Utilizamos la siguiente técnica:

Una vez al mes, y después cada quince días, organizábamos asambleas. Las invitaciones se escribían a máquina y en parte también a mano, siendo las primeras veces repartidas y distribuidas por nosotros mismos. Cada uno se esforzaba por conseguir, en el círculo de sus amistades, que alguien visitara nuestros actos. El resultado fue lamentable.

Recuerdo todavía cómo yo mismo, en aquellos tiempos, distribuí una vez, casa por casa, hasta ochenta invitaciones, y recuerdo también cómo esperamos aquella noche la presencia de las «masas populares» que debían venir...

Con una hora de retraso, el Presidente se decidió al fin a inaugurar la asamblea. Otra vez, no éramos más que siete. Los siete de siempre.

Después de eso, pasamos a imprimir y reproducir las invitaciones en una papelería de Múnich. El resultado fue un mayor auditorio en la siguiente reunión. El número subió lentamente, de once a trece, finalmente a diecisiete, a veintitrés, a veinticuatro.

Gracias a pequeñas colectas de dinero en nuestro círculo de pobres diablos, logramos reunir los medios necesarios para anunciar una asamblea mediante un aviso en el periódico independiente de entonces, el *Münchener Beobachter*. El éxito esta vez fue asombroso. La asamblea debía realizarse en la Hofbräuhaus Keller de Múnich[92], una pequeña sala que apenas tenía capacidad para ciento treinta personas. El espacio me dio la impresión de ser un gran salón y cada uno de nosotros estaba ansioso por ver si conseguíamos, en la hora señalada, llenar este «vasto» edificio.

A las siete de la tarde se hallaban presentes 111 personas, y la asamblea quedó inaugurada. Un profesor de Múnich pronunció el discurso inaugural; luego, yo debía tomar la palabra por primera vez en público.

Al entonces primer Presidente del Partido, el señor Harrer, le pareció esto un gran riesgo, pues el honrado caballero tenía el convencimiento de que yo podía hacer muchas cosas bien, pero no hablar en público. Incluso más adelante tampoco fue disuadido de esta opinión.

---

[92] Hofbrauhaus Keller, cervecería situada en la calle Platz, 9, de Múnich. (N. del T.)

Se equivocó. En lo que fue la primera asamblea hacia la opinión pública, se me concedieron veinte minutos para mi intervención.

Hablé durante treinta minutos, y aquello que antes sin saberlo había sentido instintivamente, quedó demostrado por la realidad: ¡yo sabía hablar! Al finalizar mi discurso, el público estaba como electrizado en el estrecho recinto y el entusiasmo tuvo su primera manifestación en el hecho de que mi llamada a la generosidad de los presentes dio por resultado una colecta de trescientos marcos. Esto nos liberó de una gran preocupación. La situación financiera era tan precaria que no teníamos recursos ni para imprimir las líneas generales del programa, ni menos aún de publicar folletos. Al final habíamos conseguido una base para hacer frente al menos a los gastos más indispensables y más urgentes.

También en otro aspecto el éxito de esa primera gran reunión fue muy significativo.

Comencé a atraer a un gran número de nuevas fuerzas. Durante mis largos años de servicio militar conocí a muchos camaradas fieles que comenzaban, poco a poco, a formar parte del Movimiento como consecuencia de mi propaganda. Eran jóvenes muy enérgicos, habituados a la disciplina, y educados desde la época del servicio militar en la convicción de que para quien quiere, nada es imposible.

Pocas semanas después pude apreciar cuán necesaria era una afluencia tal de sangre nueva.

El entonces Presidente del Partido, el señor Harrer, era periodista de profesión, y como tal, indudablemente un hombre de amplia ilustración. Pero en su calidad de Presidente del Partido se hallaba limitado por el gravísimo defecto de no saber hablar a las masas. Minucioso y exacto, como era en su trabajo profesional, carecía sin embargo de un gran dinamismo, precisamente debido a esa falta de talento oratorio. El señor Drexler, presidente del grupo regional de Múnich en aquel tiempo, era un simple obrero, asimismo incapacitado para la oratoria y sin dotes de soldado. No había servido en el Ejército, ni fue combatiente durante la guerra. Débil e indeciso por naturaleza, le faltó la única escuela capaz de forjar espíritus varoniles. Ambos, Harrer y Drexler, no eran hombres de la talla de los que no sólo llevan en el corazón la fe fanática en el triunfo de una causa, sino que, animados de inquebrantable energía —y si fuera necesario hasta de brutal intransigencia—, son capaces de vencer todos los obstáculos que puedan entorpecer el éxito de la nueva idea. A este fin podían sólo prestarse hombres que, mental y físicamente, hubiesen adquirido aquellas virtudes militares que quizás podríamos condensar en estos términos: ágiles como el galgo, resistentes como el cuero, y duros como el acero *Krupp*.

En aquel tiempo yo todavía era soldado. Mi aspecto externo y mi carácter se habían formado de tal manera durante casi seis años de servicio, que aquel círculo debió considerarme al principio como algo extraño en su seno. En mi vocabulario no existían las palabras: «No es posible», o «será imposible», «no debe intentarse», «es demasiado arriesgado», etcétera.

El caso era naturalmente peligroso. En 1920 era imposible, en muchas regiones de Alemania, aventurarse a lanzar un llamamiento a las masas populares para una asamblea Nacionalista y convocarlas públicamente a una reunión. Los asistentes a las mismas eran ahuyentados y expulsados con la cabeza ensangrentada. Muchas veces, no se requería ciertamente una gran habilidad: las llamadas grandes reuniones colectivas burguesas eran desbaratadas por una docena de comunistas, escapando sus asistentes como los conejos delante de los perros. Los comunistas no daban importancia a esos «clubes» burgueses inofensivos, cuya candidez e ingenuidad conocían mejor que sus

propios adeptos. Estaban, sin embargo, resueltos a liquidar con todos los medios a su alcance, cualquier nuevo Movimiento que les pareciera peligroso. Y el medio más eficaz, en tales casos, siempre fue el terror y el empleo de la fuerza.

Lo más detestable para estos embaucadores populares marxistas debió ser la existencia de un Movimiento cuyo objetivo manifiesto era la ganancia de aquella masa, que hasta ese momento se hallaba al exclusivo servicio de los partidos marxistas internacionales de judíos y traficantes de Bolsa. Desde luego, sólo el nombre «Partido Alemán de los Trabajadores» constituía una provocación. De esta manera no era difícil prever que, en la primera oportunidad favorable, surgiría un enfrentamiento con los agitadores marxistas, todavía ebrios con su victoria.

En el pequeño círculo de aquel Movimiento todavía se sentía un cierto temor ante una lucha semejante. Se quería evitar, en lo posible, una asamblea pública por miedo a ser golpeados. Se creía que esa primera gran reunión sería disuelta, y el Movimiento quizá liquidado para siempre. Mi modo de ver era diferente. Pensaba que no se debía esquivar la lucha, sino, por el contrario, ir a su encuentro y tomar las únicas medidas eficaces contra el uso de la fuerza. No se combate el terror con armas intelectuales, sino con el propio terror. El éxito de la primera asamblea fortaleció en este sentido mi punto de vista. Adquirimos el valor para una segunda de proporciones mayores.

Aproximadamente en octubre de 1919, tuvo lugar en la Eberlbräukeller[93] la segunda reunión masiva. El tema fue: los tratados de Brest-Litovsk y Versalles.

Intervinieron cuatro oradores. Yo mismo hablé durante casi una hora y el éxito fue aún mayor que el de la primera reunión. El número de asistentes había subido a más de ciento treinta. Por lo demás, un intento de perturbación fue sofocado radicalmente por mis camaradas, huyendo los agitadores rápidamente escaleras abajo, con las cabezas rotas.

Catorce días después tuvo lugar una reunión mayor en la misma sala. El número de oyentes rebasó los ciento setenta, un local lleno. Hablé de nuevo y el éxito incrementó aún más.

Así, busqué una sala mayor. Al final encontramos una en condiciones al otro lado de la ciudad, en el *Deutschen Reich*, en la calle Dachau. La asistencia a la primera reunión en esa sala fue menor que la anterior, apenas ciento cuarenta personas. Las esperanzas comenzaron a enfriarse y los eternos escépticos creían que el motivo de la escasa asistencia se debía a la repetición constante de nuestros mítines. Había fuertes divergencias, siendo yo partidario de que una ciudad de setecientos mil habitantes debería tener no un mitin quincenal, sino diez cada semana, para que, a fuerza de repetir, no existiera duda sobre el camino que se había tomado y que, más tarde o más temprano, la tenacidad y la constancia habrían de reportarnos el éxito. Todo el invierno de 1919-1920 fue para mí una lucha continua por consolidar la confianza en la voluntad de vencer que debía animar al joven Movimiento y acrecentarlo hasta aquel fanatismo que, convertido en fe, sería después capaz de mover montañas.

La siguiente reunión en el *Deutschen Reich* probó de nuevo que yo tenía razón. El número de asistentes había ascendido a más de doscientos y el éxito fue brillante, lo mismo en el aspecto exterior que en el orden económico.

Adopté inmediatas medidas para reuniones posteriores. Quince días más tarde se realizaba una nueva asamblea y la multitud se elevaba a más de doscientas setenta personas.

[93] Eberlbraukeller, cervecería situada en la calle Rosenheimer 15-17; fue derribada en 1934. (N. del T.)

Dos semanas después convocamos por séptima vez a los adeptos y amigos del joven Movimiento en el mismo lugar, donde difícilmente se cabía, pues ya éramos más de cuatrocientas personas.

En ese tiempo, conseguimos dar organización interna al Movimiento. Muchas veces, en el pequeño círculo en el que nos desenvolvíamos, había divergencias más o menos fuertes. De varios lados, como sucede todavía hoy, se puso reparos en considerar al nuevo Movimiento como a un partido. Siempre he considerado que tales opiniones son sólo la demostración de la incapacidad práctica y la insignificancia intelectual de los que respectivamente las pronuncian. Fueron y son siempre los hombres los que no son capaces de diferenciar lo externo de lo interno, intentando estimar el valor de un movimiento a través del nombre que suene lo más ampuloso posible, siendo finalmente el vocabulario de nuestros ancestros el que la mayoría de las veces tenga que pagar por todos estos males.

En aquellos tiempos, fue difícil hacer comprender a la gente que todo movimiento, en tanto no haya conseguido la victoria de sus ideas y por ende su objetivo, no deja de ser un partido, aunque se le impongan mil nombres diferentes.

Cualquiera que posea una idea osada, cuya realización parezca útil a los intereses de su prójimo y desee llevarla a su realización práctica, el primer paso a dar es conquistar adeptos que estén dispuestos a llevar adelante sus designios. Y si estos propósitos no van más allá del rechazo del actual sistema de partidos existente y de finalizar el proceso de desintegración, entonces los representantes de las nuevas ideas, sus predicadores, formarán siempre un partido, hasta que el objetivo sea alcanzado. Es sólo retórica y palabrería, cuando cualquier anticuado teórico nacionalista, cuyo éxito práctico se encuentra en relación inversa a su sabiduría, se figura que con sólo cambiar el nombre se puede cambiar el carácter de todo nuevo movimiento. Al contrario.

Cuando se trata de algo impopular o poco *völkisch*, su propaganda es siempre hecha sobre todo con expresiones alemanas antiguas, que ni encajan en los tiempos actuales, ni presentan algo determinado, sino que fácilmente pueden llevar a pensar que la importancia de un movimiento se basa en el vocabulario externo que utiliza. Es un desatino que se puede observar hoy en un sinnúmero de ocasiones.

En realidad ya en aquella época y en los años siguientes, debí advertir una y otra vez a aquellos errantes eruditos *deutschvölkisch*[94], cuyos méritos positivos siempre son igual de nulos, y cuya fantasía sin embargo, difícilmente puede ser superada. El nuevo Movimiento debía y debe estar preparado contra la invasión por parte de hombres cuya única referencia consiste en el hecho de que durante treinta o cuarenta años han defendido la misma idea. Quien durante todo ese tiempo se bate por una idea, sin conseguir el menor éxito, sin incluso haber derrotado las ideas contrarias, da una prueba evidente de su incapacidad. Lo más peligroso es que esos individuos no quieren entrar en el movimiento como cualquier otro adepto, sino entrometiéndose en la dirección del mismo, y pretendiendo posiciones destacadas por su actividad en el pasado. ¡Pobre del nuevo movimiento que llegue a caer en sus manos! No es buena referencia para un hombre de negocios haber empleado cuarenta años de su actividad en una gran empresa, para al final llevar la firma a la quiebra, pues nadie vería credenciales para confiarle la dirección de otra firma. Lo mismo sucede con esos Matusalenes populares que, después de que han fosilizado una gran idea, todavía piensan en dirigir otro movimiento.

[94] El *Deutschvölkische Partei* —DVP— (Partido Völkisch Alemán) fue fundado en 1914. Tras la revolución de 1918, fue disuelto en el *Deutschnationale Volkspartei* (Partido Nacional del Pueblo Alemán), el partido más fuerte de la extrema derecha bajo la República de Weimar. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

Tal vez esos hombres entran en un nuevo movimiento con el fin de servirlo y de ser útiles a la nueva doctrina, pero en la mayoría de los casos lo que pretenden es, bajo la protección del mismo o por las posibilidades que aquél les brinda, hacer una vez más infelices a los hombres con sus propias ideas. Difícil parece no obstante, reproducir cuales son este tipo de ideas.

Característico de estos individuos es llenarse de entusiasmo por el antiguo heroísmo germánico, por los tiempos más remotos, por hachas de piedra, por lanzas y escudos; pero, en realidad, no pasan de ser los mayores cobardes que se pueda imaginar. Pues esa misma gente que con precaución blande al cielo imitaciones de hojalata de las antiguas espadas alemanas, portando una piel de oso y un casco con cuernos sobre sus barbudas cabezas, predica la lucha en el presente con armas intelectuales y huye delante de cualquier porra de goma en manos de los comunistas. La posteridad tendrá pocos motivos para extraer de la vida de estos héroes una nueva epopeya.

Aprendí a conocer a esa gente demasiado bien como para no sentir el más profundo desprecio ante sus miserables simulaciones. Su actuación sobre las masas es irrisoria. El judío tiene toda la razón para conservar con esmero a esos comediantes y para preferirlos a los verdaderos propulsores de un nuevo Estado alemán. Esos individuos son todavía demasiado presuntuosos; a pesar de todas las pruebas de su perfecta incapacidad, creen entender de todo mejor que los demás. Así se transforman en una verdadera plaga para los luchadores rectos y honestos, cuyo heroísmo no se manifiesta sólo en la veneración del pasado, sino que se esfuerzan en dejar a la posteridad, a través de sus actos, un ejemplo de heroicidad igual al de sus ancestros.

A menudo es difícil distinguir en medio de esa gente, quién actúa por estupidez o incapacidad, y quién obedece a determinados motivos. Especialmente con los llamados reformadores religiosos de los antiguos fundamentos germánicos, siempre he tenido la impresión de que han sido enviados por aquellas fuerzas que no desean el renacimiento de nuestro pueblo, pues toda su actividad desvía al pueblo de esa lucha conjunta contra el enemigo común —el judío—, para que finalmente se consuman sus fuerzas en disputas religiosas internas tan absurdas como nefastas. Justamente por este motivo es necesario el establecimiento de un fuerte poder central, en el sentido de una incondicional autoridad en la dirección del Movimiento. Sólo a través de ésta se puede acabar con tales elementos nocivos. En realidad, por esta razón, los mayores enemigos de un movimiento homogéneo y vigorosamente dirigido y controlado, se encuentran en los círculos de estos Auseros[95] *völkisch*, pues encuentran en el Movimiento la fuerza que controla sus travesuras.

No fue sin razón que el nuevo Movimiento adoptó un programa definido y no empleó la palabra *völkisch*. Debido a su carácter vago, esa expresión no puede ofrecer una base segura para cualquier movimiento, ni un modelo para los que se adhieran al mismo en el futuro. Cuanto más indefinido sea este concepto, tanto más amplio es el abanico de interpretaciones que admite, aumentando también las posibilidades de referirse a él. La introducción en la lucha política de un concepto tal, tan indefinido y de tan variadas interpretaciones, conduce a una anulación de toda fuerte comunidad de lucha, pues ésta no tolera que cada individuo ceda a la determinación por sí mismo de sus propias creencias y pretensiones.

Es vergonzoso comprobar cómo todo tiene ahora el cartel de *völkisch*, y cuanta gente tiene su propio concepto hacia esta palabra. Un conocido profesor de Baviera, uno

[95] Ausero o *Ahasveru*, son unos de los múltiples nombres que tradicionalmente se le han dado al judío errante. Éste, según la leyenda, le negó un poco de agua a Cristo durante el Calvario, por lo que Jesús le condenó a errar por el mundo hasta su retorno. (N. del T.)

de los célebres luchadores con «armas intelectuales», que se jacta igualmente de haber marchado contra Berlín, concilia la expresión «*völkisch*» desde el enfoque monárquico. Ese «sabio» se olvida de explicar la identidad existente entre nuestra vieja Monarquía y lo que hoy se entiende por *völkisch*. Me temo que eso le sería casi imposible, pues difícilmente se puede imaginar cosa menos *völkisch* que la mayoría de los Estados monárquicos de Alemania. Si no fuese así, esos Estados no habrían desaparecido, o su desaparición significaría que las ideas *völkisch* eran erradas.

Debido a su sentido ambiguo, cada uno entiende la expresión «*völkisch*» a su antojo. Sólo ese hecho la hace inoperante para la base conceptual de un movimiento político.

De la ingenuidad y especialmente del desconocimiento del alma del pueblo que demuestran estos Mesías del siglo XX quiero abstenerme por completo. Ese desconocimiento queda suficientemente ilustrado a través del ridículo con que son tratados por parte de los partidos de izquierda, pues estos les dejan parlotear, para luego reírse de ellos.

En este mundo, sin embargo, quien no esté dispuesto a ser odiado por su adversario no me parece tener mucho valor como compañero. Por eso, la simpatía de esos individuos era para nosotros considerada no sólo inútil sino incluso perjudicial. Y este fue el motivo principal por el que primeramente adoptamos la definición de «partido», (esperábamos que con esta denominación podríamos espantar a todo este enjambre de sonámbulos *völkisch*), para seguidamente pasarnos a llamar «Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores».

La utilización del término «partido» nos mantuvo alejados a los fanáticos del pasado, así como a todos los aparentes bocazas de las llamadas «Ideas *völkisch*»; el uso del nombre completo, por otro lado, nos liberó de la carga de todos aquellos caballeros de «espadas espirituales», y de todos los llorones que sostienen «sus armas intelectuales» a modo de escudo de su verdadera cobardía.

Era de esperar que posteriormente fuéramos atacados especialmente por estos últimos, no con armas verdaderas, sino con la pluma, como cabía esperar de estos escritorzuelos populares. Nuestra afirmación de que «nosotros nos defenderemos con la fuerza contra quien nos combata por la fuerza» les parecía a ellos algo siniestro. No sólo nos reprochaban una brutal adoración a las armas, sino también una enérgica falta de intelectualidad. A tales charlatanes no les afecta lo más mínimo que en una asamblea popular un Demóstenes pueda ser silenciado por cincuenta cretinos que pretenden hacerle callar a base de gritos y usar los puños para detener a quienes le siguen. La cobardía innata de estos charlatanes nunca les permite salir ante tales peligros, pues esos no trabajan haciendo ruido o importunando, sino en silencio.

Jamás podré prevenir suficientemente a nuestro joven Movimiento sobre el peligro de caer en la red de los llamados «trabajadores silenciosos». Éstos no sólo son cobardes, sino también ignorantes y holgazanes. Todo hombre que esté enterado de una cosa, que se dé cuenta de un peligro latente y que vea la posibilidad de remediarlo, tiene necesariamente la obligación de asumir en público una actitud franca en contra del mal, buscando su curación, en lugar de concretarse a obrar silenciosamente. Si no hiciera esto, es un débil miserable sin noción de sus obligaciones, que ha fallado por su cobardía o por su pereza e incompetencia. La mayoría de estos trabajadores silenciosos se da ínfulas de saber Dios sabe qué. Ninguno de ellos sabe nada, sin embargo, tratan de engañar al mundo entero con sus artificios; son perezosos, pero quieren dar la impresión de que tienen una actividad enorme y diligente, por medio de su decantado trabajo silencioso. En una palabra, son estafadores y traficantes políticos que detestan el trabajo

honrado de los otros. En cuanto tales polillas nacionales se refieren al valor del «silencio», se puede apostar mil contra uno que no producirán nada por sí mismos, sino que robarán y robarán del fruto del trabajo de los demás.

A esto hay que añadir la arrogancia, la presunción, y el descaro con que estos malvados y holgazanes canallas arremeten contra el trabajo de los demás, criticando y ayudando en realidad al enemigo mortal de nuestro pueblo.

Incluso el más simple agitador, que tiene el coraje de defender su causa abierta y varonilmente ante sus adversarios en la taberna, contribuye más que mil de esos hipócritas, mentirosos y pérfidos. Aquél seguramente conseguirá convertir a alguno y ganarlo para el Movimiento, pudiéndose posteriormente poner a prueba su rendimiento y determinar si los efectos de su actividad han tenido éxito. Pero aquellos cobardes estafadores que glorifican su trabajo en la sombra, y que se envuelven por tanto en el despreciable manto del anonimato, no sirven absolutamente para nada, debiendo ser considerados, en el verdadero sentido de la palabra, como los zánganos del renacimiento de nuestro pueblo.



A principios del año 1920 trabajé para organizar el primer mitin. Sobre este propósito, sin embargo, había diferencias de opinión. Algunos de los miembros dirigentes del partido consideraban que era muy pronto para esto y que por tanto sus efectos serían fatales. La prensa roja se comenzaba a ocupar de nosotros, por lo que nos considerábamos felices por haber despertado su odio. Así, comenzamos a frecuentar sus reuniones como críticos. Naturalmente cada uno de nosotros era enseguida abucheado, pero finalmente, el éxito era conseguido. Con ello conseguimos ser conocidos y ver aumentada la aversión y el odio contra nosotros. Debíamos por ello esperar que nuestros amigos rojos nos hicieran una visita a nuestro primer gran mitin.

Yo ya tenía claro que era muy probable que fuéramos atacados por sorpresa. Si no ahora, la lucha debería resolverse igualmente en los próximos meses. De nosotros dependía que inmortalizáramos al Movimiento desde el primer día, a través de una lucha ciega y despiadada. Conocía muy bien la mentalidad de los marxistas. Una fuerte reacción por nuestra parte no sólo produciría en ellos una profunda impresión, sino que también serviría para ganar adeptos. ¡Debíamos pues, estar decididos a esa resistencia!

El entonces Presidente del partido, señor Harrer, creía no poder apoyar mi iniciativa en cuanto al momento elegido y se decidió, en consecuencia, como hombre correcto y honrado, a dejar la presidencia. Anton Drexler fue el sucesor; yo, personalmente, me había reservado la organización de la propaganda, poniéndome resueltamente manos a la obra.

Para el 24 de febrero de aquel año quedó fijada la fecha de realización de la primera gran asamblea popular de nuestro Movimiento, todavía casi desconocido hasta entonces.

Los preparativos los dirigí yo mismo. Éstos fueron lo más sencillos posible. En realidad todo el aparato fue adaptado con el fin de poder tomar decisiones rápidas. En menos de veinticuatro horas y en forma de mítines masivos se debían tomar posiciones con respecto a las cuestiones de cada día. El anuncio debería hacerse mediante carteles y boletines orientados en el sentido de producir la más fuerte impresión sobre las masas, siguiendo las directrices que a grandes rasgos ya se han marcado en el capítulo dedicado a la propaganda, y que se resumen en lo siguiente: producir un golpe de efecto sobre la

gran masa; limitarse a pocos puntos; repetición constante de los mismos; formas seguras y conscientes en sus aseveraciones apodícticas; tenacidad en la difusión de las ideas; y paciencia a la hora de esperar resultados.

El rojo fue el color elegido como distintivo; era el más provocativo y el que naturalmente más debía indignar e irritar a nuestros enemigos, haciéndonos inconfundibles.

Posteriormente se mostró en Baviera de la manera más clara, el hermanamiento existente entre los partidos de Centro y Marxistas, en la atención con que el partido en el poder en aquella época, el Partido Popular Bávaro, intentaba debilitar y después impedir el efecto de nuestros carteles sobre las masas obreras rojas. Si la policía no encontraba ningún otro modo para intervenir en contra nuestra, debíamos por último salir a las calles, hasta que finalmente, por amor a sus aliados rojos, y bajo la inestimable ayuda del llamado Partido Popular Nacional Alemán, se prohibieron completamente aquellos carteles que devolvían al seno del pueblo alemán a cientos de miles de trabajadores que habían sido instigados y seducidos por el internacionalismo.

Estos carteles, incluidos como apéndice en la primera y segunda edición de este libro, evidencian de la mejor manera las violentas luchas que el joven Movimiento libró en aquella época. Serán archivados para la posteridad como testigos de la voluntad y sinceridad de nuestro credo, serán testigos también de la arbitrariedad de las llamadas autoridades nacionales hacia la prohibición de una —para ellos— incómoda nacionalización y por tanto de una recuperación de la amplia masa de nuestro pueblo.

Ayudarán también a destruir la creencia de que en Baviera había un gobierno nacional, y servirán para documentar a la posteridad, que si Baviera se mantuvo fiel a la Nación durante los años 1919, 1920, 1921, 1922 y 1923, no fue como resultado de la acción de un gobierno nacional, sino porque éste se vio obligado a tomar en consideración los sentimientos nacionales del pueblo.

Los gobiernos hicieron lo imposible por impedir este proceso de restablecimiento.

Sólo dos hombres se salvaron:

El entonces presidente de la policía Ernst Pöhner[96] y su leal consejero el oficial Frick[97], fueron los únicos del alto funcionariado que tuvieron en aquella época el valor de ser primero alemanes y después funcionarios. En una actitud comprometida, Ernst Pöhner fue el único que no pretendió los favores de la masa, sino que se sintió responsable frente a su Nación, y preparado para la resurrección de su amado pueblo alemán hasta el punto de, si fuera necesario, poner en juego y sacrificar su propia existencia.

A sus ojos, él fue siempre la piedra en el zapato de aquellos corruptos funcionarios que no estaban movidos por los intereses de su pueblo ni por la necesaria exaltación de la libertad del mismo, sino por las órdenes de los que les garantizaban el pan, sin tener en cuenta el bienestar de los elementos nacionales a ellos confiados.

Sobre todo pertenecía él a aquella clase que, a diferencia de la mayoría de los guardianes de nuestra llamada autoridad del Estado, no temía las hostilidades de los traidores de nuestro pueblo, sino que más bien como algo propio en un hombre decente,

---

[96] Ernst Pohner, jefe superior bávaro de la policía de Múnich, se convirtió en juez del Tribunal Supremo de Baviera en 1921. Fue quien indujo al cuerpo de policía de Múnich a no interferir en el *Putsch* de Hitler el 8 de noviembre de 1923. Fue declarado culpable y encarcelado durante algunos meses, además de prohibirle servir como diputado *völkisch* en el Parlamento bávaro. (Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

[97] Wilhelm Frick fue uno de los pocos líderes nacionalsocialistas que no luchó en la guerra, sino que permaneció como oficial en el Palatinado. Tras la República de los Consejos, fue jefe de la policía secreta de Múnich. Estuvo en prisión algunos meses por neutralizar la policía durante el *Putsch* de Múnich. Cuando Hitler llegó al poder en 1933, Frick fue nombrado Ministro del Interior del *Reich*.(Nota de *Mein Kampf*, 1973, *op. cit.*)

las anhelaba. El odio de judíos y marxistas, así como su lucha llena de mentiras y calumnias, eran para él la única felicidad en medio de la miseria de nuestro pueblo.

Un hombre de integridad granítica, de rectitud alemana, y con una sencillez propia de la antigüedad, y para el que la expresión «mejor muerto que esclavo» no es una simple frase, sino que forma parte de su esencia.

Él y su colaborador, el Dr. Frick, son en mi opinión los únicos de entre los que ocupan una posición en el gobierno, que tienen el derecho a ser considerados como creadores de una Baviera nacional.

Antes de proceder a la celebración de nuestro primer gran mitin de masas, se debía no sólo preparar el material propagandístico necesario, sino también imprimir nuestros principios programáticos.

Las directrices que particularmente seguimos en la redacción de nuestro programa las desarrollaré en la segunda parte de este libro de manera más exhaustiva. Ahora sólo quiero hacer constar que no sólo se consiguió dar fondo y forma al nuevo Movimiento, sino que también se lograron hacer comprensibles para la gran masa todos sus objetivos.

Los llamados círculos intelectuales se burlaban y bromeaban sobre todo de esto, intentando luego criticarlo. La exactitud de nuestras ideas ha demostrado la eficacia de este programa.

Durante aquellos años vi surgir docenas de nuevos movimientos, y cómo todos volvían a desaparecer sin dejar rastro. Sólo uno se mantuvo, el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores. Y hoy estoy más convencido que nunca de que nos pueden combatir, pueden intentar detenernos, los pequeños ministros de partido pueden prohibir nuestro discurso y nuestra palabra, pero nunca podrán evitar la victoria de nuestras ideas.

Cuando los nombres de todas las formaciones políticas actuales y sus representantes hayan caído en el olvido, las bases del programa nacionalsocialista serán las bases del Estado futuro.

Toda la actividad de mítines que desarrollamos durante cuatro meses antes de enero de 1920, nos proporcionó poco a poco los pequeños medios que necesitábamos para la impresión de nuestros primeros panfletos, carteles y programas.

Si busco finalizar este capítulo con el primer gran mitin de masas del Movimiento es porque, con él, el Partido salió del marco de las pequeñas asociaciones, para convertirse al fin en el factor más determinante y poderoso que actuó sobre la opinión pública de nuestro tiempo.

Sólo me embargaba una preocupación. Me preguntaba: ¿La sala quedará repleta o tendremos que hablar ante una sala vacía? Tenía el firme convencimiento de que si teníamos auditorio el éxito sería completo.

A las siete y media de la tarde debía inaugurarse la asamblea. Quince minutos antes ingresé en la sala de la Hofbräuhaus, situada en la plaza de Múnich. Mi corazón saltaba de alegría, pues el gigantesco local —al menos en ese momento me pareció gigantesco— se hallaba materialmente repleto de gente en un número superior a dos mil personas. Pero sobre todo habían venido justamente aquellos a quienes queríamos dirigirnos. Más de la mitad de la sala parecía hallarse ocupada por comunistas y elementos independientes. Acordaron éstos que nuestra primera gran proclamación tendría un rápido final.

Pero fue muy diferente. Tomé la palabra a continuación del primer orador. Pocos minutos después granizaban las interrupciones y en la sala se producían violentos enfrentamientos. Un grupo de mis fieles camaradas de la guerra y otros pocos adeptos

más se enfrentaron con los perturbadores y sólo paulatinamente pudo restablecerse el orden. Seguí hablando. Media hora después, los aplausos comenzaron a imponerse a los gritos y abucheos.

Comencé entonces a exponer por primera vez nuestro programa.

Las interrupciones eran acalladas cada vez más por gritos de aprobación. Cuando finalmente expliqué las veinticinco tesis de nuestro Movimiento punto por punto a la masa, pidiéndoles que emitieran su juicio con cada uno de ellos, uno tras otro, de manera unánime, fueron aceptados con aplausos cada vez más exaltados; cuando llegué al último punto, sentí que me hallaba frente a una sala atestada de individuos unidos por una nueva convicción, por una nueva fe y por una nueva voluntad.

Cuando tras casi cuatro horas la sala comenzó a vaciarse y la multitud se agolpaba, arrollándose hacia las salidas como una lenta corriente, supe entonces que las bases del Movimiento habían sido lanzadas certeramente en el corazón del pueblo, y que ya no caerían en el olvido.

Quedó así encendido el fuego de cuyas llamas un día se forjaría la Espada que le devolviera la libertad al Sigfrido germánico para restaurar la vida de la Nación alemana.

Y junto al resurgimiento que debía venir, sentí gritar a la Diosa de la inexorable Venganza contra el perjurio del 9 de noviembre de 1918.

Lentamente fue vaciándose la sala.

El Movimiento tomaba su curso.

Segunda Parte

EL MOVIMIENTO NACIONALSOCIALISTA

Capítulo I
WELTANSCHAUUNG Y PARTIDO

El 24 de febrero de 1920 tuvo lugar el primer gran acto público de nuestro joven Movimiento. Fue en el salón de reuniones de la Hofbräuhaus de Múnich, ante una multitud de casi dos mil personas, donde fueron presentadas y jubilosamente aprobadas, punto por punto, las veinticinco tesis del programa del nuevo Partido.

Ese memorable día se dieron las directrices y líneas principales de una lucha cuya finalidad era barrer el estercolero de ideas y puntos de vista obsoletos, así como los objetivos perniciosos vigentes. En el perezoso y acobardado mundo burgués, y frente al cortejo triunfal de la ola de conquista marxista, debía aparecer una nueva fuerza para detener, en la última hora, el vagón del Destino.

Para que el nuevo Movimiento pudiera asumir la importancia necesaria y obtener la fuerza requerida para su gigantesca lucha, debía despertar, desde el primer momento, en el alma de sus partidarios la sagrada convicción de que este Movimiento no trataba de imponer un nuevo lema electoral en la vida política, sino hacer que una concepción ideológica distinta, de trascendencia capital, llegara a triunfar.

Se debe considerar cuán paupérrimos son los puntos de vista de los cuales emanan, generalmente, los llamados «programas políticos» y cómo son adornados de tiempo en tiempo con ropajes nuevos. Se deben examinar cuidadosamente los motivos impulsores de estas «comisiones de programa» burguesas, para comprender debidamente el valor de tales engendros programáticos.

Siempre es el mismo e invariable motivo el que induce a formular nuevos programas, o a modificar los existentes: la preocupación por el resultado de las próximas elecciones. En cuanto en la cabeza de esos artistas del Estado parlamentario amanece la sospecha de que el pueblo se vuelva a rebelar y quiera escapar de los aparejos del carro partidista, simplemente vuelven a pintarlo. Entonces aparecen los astrónomos y astrólogos del partido, los llamados «expertos» y «entendidos», en su mayoría viejos parlamentarios, que por su larga experiencia puramente política, pueden acordarse de casos análogos en que las masas perdían toda la paciencia y se volvían amenazantes. Y recurren, entonces, a las viejas recetas: forman una «comisión», palpan el sentimiento popular, olfatean la opinión de la prensa y sondean lentamente lo que podría desear el «amado pueblo», lo que le desagrada y lo que anhela. Todos los gremios y todas las clases de trabajadores son minuciosamente estudiados, e investigados sus deseos más íntimos. Así, los malvados eslóganes de la «temible oposición» son reconsiderados e incorporados de inmediato, para asombro de sus originales creadores y propagadores, en los dogmas de los viejos partidos como sentencias totalmente inofensivas.

Se reúnen comisiones que «revisan» el antiguo programa y redactan uno «nuevo», prometiendo a cada uno lo suyo. Esos señores mudan de convicciones, como el soldado en el campo de batalla cambia de camisa cuando la vieja está andrajosa. Al campesino se le ofrece protección para su agricultura; al industrial, para su manufactura; al consumidor, facilidades de compra; a los maestros de escuela, aumento de sueldo; a los funcionarios, mejora de pensiones; viudas y huérfanos gozarán de la ayuda del Estado a escala superlativa; el comercio será fomentado; las tarifas experimentarán una considerable reducción y hasta los impuestos quedarán poco menos que abolidos. A

veces ocurre que una clase queda olvidada, o no es atendida su reclamación. En este caso, se aumentan a toda prisa los remiendos, que continúan haciéndose, hasta que el rebaño de los burgueses, junto con sus esposas, se tranquilice y quede enteramente satisfecho. Apoyados en estos preparativos y puesta la confianza en Dios y en la inquebrantable estulticia de la masa electoral, inician los partidos su campaña por la llamada «renovación» del Reich.

Una vez concluido el día de las elecciones, cuando los parlamentarios han celebrado ya la última asamblea popular que sólo se renovará cinco años más tarde, abandonan éstos la domesticación de la plebe a fin de entregarse al desempeño de sus altas y agradables funciones, se disuelve la «comisión de programa», y retoman nuevamente la lucha por la reforma de las cosas con la modalidad de lucha por el querido pan nuestro de cada día: esto es, las «dietas» parlamentarias.

Así, el «señor representante del pueblo» se encamina todas las mañanas al Congreso y, si no entra del todo, llega por lo menos hasta la antesala, donde encuentra la lista de asistencia. Sacrificándose por el bienestar del pueblo, inscribe allí su ilustre nombre y toma, a cambio de ello, la muy merecida dieta que le corresponde como insignificante recompensa por este continuado y agobiante trabajo.

Al finalizar el cuarto año de su mandato, o también en otras horas críticas, cuando se aproxima la fecha de la disolución del gremio parlamentario, invade súbitamente a los señores diputados un inusitado impulso. Así como la larva se transforma en mariposa, igualmente estas orugas parlamentarias salen de su gran crisálida común para ir revoloteando al seno del «querido» pueblo. De nuevo se dirigen a sus electores, les cuentan de sus labores fatigantes y del malévolo empecinamiento de los adversarios, pero las masas irreflexivas, en lugar del agradecido aplauso, a veces les lanzan a la cara expresiones ásperas, llenas de odio. Si esa ingratitud popular sube hasta un cierto punto, sólo un remedio puede servir: es preciso restaurar el esplendor del partido, el programa se mejora, renacen las «comisiones» y recomienza la parodia. Dada la granítica estupidez de nuestra Humanidad, el éxito no debe sorprendernos. Guiado por su prensa y alucinado por la seducción del nuevo programa, el rebaño electoral, tanto burgués como proletario, retorna al establo común para volver a elegir a sus antiguos defraudadores.

De esta forma el «representante» del pueblo y el candidato de las clases trabajadoras, se transforma nuevamente en la oruga parlamentaria que se ceba en la vida del Estado para, cuatro años después, metamorfosearse otra vez en brillante mariposa.

¡Nada más deprimente que observar todo ese proceso en su desnuda realidad, teniendo que ser testigo una y otra vez de este fraude!

Ciertamente, en tal caldo de cultivo intelectual burgués no es posible obtener elementos para la lucha contra la fuerza organizada del marxismo. Mas, en eso no piensan nunca seriamente los señores parlamentarios. Debido a su reconocida estrechez e inferioridad mental, esos curanderos parlamentarios de la raza blanca no consiguen comprender que una doctrina nunca podrá ser combatida por el camino de las democracias occidentales, y que tal democracia, junto con todo lo que la rodea, podría en el mejor de los casos suponer un medio para alcanzar un determinado fin; un medio que se debería emplear para anular la acción del adversario y facilitar la suya propia. Porque si actualmente una parte del marxismo intenta aparentar de la manera más inteligente una indisoluble unión con los fundamentos democráticos, no se debe sin embargo olvidar que en los momentos más críticos, ¡a estos señores no les importa lo más mínimo la decisión de la mayoría, entendida ésta como un concepto democrático occidental! Eso se produjo en los días en que los parlamentarios burgueses veían la

seguridad del Reich garantizada por la monumental idiotez de una abrumadora mayoría, mientras el marxismo, con una multitud de vagabundos, desertores, caciques del partido y literatos judíos, en poco tiempo arrebataba el poder para sí, asestando de esta manera una ruidosa bofetada a la democracia. Por eso, sólo al espíritu crédulo de tales magos parlamentarios de la democracia burguesa se le puede ocurrir que, ahora o en el futuro, la brutal determinación de aquellos representantes e interesados de la peste mundial marxista pueda llegar a ser detenida fácilmente a través de los conjuros de un parlamentarismo occidental.

El marxismo irá de la mano de la democracia hasta que consiga, por vía indirecta, sus fines criminales: obtener el apoyo del espíritu nacional y luego proceder a su extirpación. Si el marxismo, por el contrario, llegara hoy al convencimiento de que nuestra democracia parlamentaria es un peligro que podría repentinamente producir una mayoría, que apoyada en su superioridad numérica estaría incluso habilitada para promover una legislación que se enfrentase seriamente al marxismo, abandonaría esta prestidigitación parlamentaria. Entonces los portaestandartes de la Internacional roja, en lugar de un llamamiento a la conciencia democrática, dirigirían una incendiaria proclama a las masas proletarias y la lucha se trasplantaría inmediatamente del aire viciado de las salas de sesiones de nuestros parlamentarios a las fábricas y las calles. La democracia quedaría liquidada; y lo que no consiguiera la habilidad intelectual de los «apóstoles del pueblo», lo conseguirían con la rapidez del relámpago, como sucedió en el otoño de 1918, las mazas y barrotes de las excitadas masas proletarias. Eso enseñaría elocuentemente al mundo burgués cómo es de insensato el imaginar que, con los recursos de la democracia liberal, es posible resistir a la conquista judaica del mundo.

Como ya apuntamos, sólo un espíritu crédulo puede obligarse a aceptar las reglas de juego ante un contrincante que las considera un farol, o que sólo las tiene en cuenta cuando son en su propio beneficio, despreciándolas en cuanto dejan de serle ventajosas.

La lucha política, en todos los partidos que se dicen de orientación burguesa, se reduce en verdad a la sola disputa de escaños parlamentarios, mientras que las convicciones y los principios se echan por la borda cual lastre; y sus programas políticos están adaptados, naturalmente, a tal condición. Evidentemente, este patrón es el que medirá sus fuerzas. Esos partidos carecen de aquella atracción magnética que arrastra siempre a las masas bajo la dominante impresión de principios poderosos, de la fuerza persuasiva de la fe incondicional y del coraje fanático para luchar por ellos.

En una época en la que una parte, equipada con todas las armas de una nueva doctrina, aunque mil veces criminal, se prepara para el ataque al orden existente, la otra parte sólo podrá resistir si adopta las fórmulas de, en nuestro caso, una nueva fe política, sustituyendo las consignas de una defensa débil y cobarde por el grito de guerra de un ataque animoso y brutal. Por eso, si hoy los ministros nacional-burgueses, incluso el Centro bávaro, nos hacen el ingenioso reproche de que nuestro Movimiento trabaja por una «revolución», hemos de responder a esos mequetrefes políticos: «¡Sí, intentamos recuperar lo que perdisteis con vuestra criminal estupidez! Con los principios de vuestra negociación parlamentaria, cooperasteis para que la Nación fuese arrastrada hacia el abismo; nosotros sin embargo, incluso de manera agresiva, lanzando una nueva *Weltanschauung* y defendiendo sus principios de manera fanática e inexorable, prepararemos los peldaños por los que un día nuestro pueblo pueda subir de nuevo al templo de la libertad».

De esta manera, en los tiempos de la fundación del nuevo Movimiento, nuestros primeros cuidados debieron ir siempre en el sentido de impedir que la masa de nuestros

combatientes por una nueva y elevada convicción, se volviese una simple liga para la protección de los intereses parlamentarios.

La primera medida preventiva fue la elaboración de un programa que condujese convenientemente a un desarrollo que, por su grandeza íntima, fuese apropiado para ahuyentar a los espíritus débiles de nuestras filas.

El fatal debilitamiento que condujo a Alemania finalmente a la ruina probó claramente que nuestro concepto de la necesidad de un programa de objetivos definidos era cierto.

De su conocimiento debería formarse un nuevo concepto de Estado que encerrara en sí mismo el componente esencial de una nueva concepción del mundo.



Ya en la primera parte de esta obra me referí a la palabra *völkisch*, pues parece que este término pudiera resultar poco preciso para permitir la formación de una definida comunidad de combatientes. Todo lo imaginable, aunque sean cosas completamente distintas, puede incluirse hoy en día bajo la denominación *völkisch*. Así pues, antes de entrar a ocuparme de las tareas y objetivos del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, deseo precisar el concepto *völkisch* y su relación con nuestro movimiento.

El concepto *völkisch* se presenta poco claramente definido, ilimitado en la utilización práctica y ofreciendo variadas interpretaciones, tal como ocurre, por ejemplo, con el término «religioso». En verdad es difícil entender por esa palabra alguna cosa exacta, tanto en relación a la comprensión conceptual como a la realización práctica. El término «religioso» sólo es fácil de percibir en el momento en que éste aparece ligado a una forma determinada y delimitada de realización. Es una bonita y fácil explicación calificar a un hombre de «profundamente religioso». Habrá quizá también algunos pocos que se sientan satisfechos con semejante denominación general, pudiéndoles incluso proporcionar una cierta imagen más o menos nítida de ese estado anímico. Pero para las grandes masas, que no se componen ni de santos ni de filósofos, tal idea general «religiosa» apenas significaría, en la mayoría de los casos, la simple liberación de su modo individual de pensar y de actuar, sin conseguir conducir a aquella situación que inmediatamente despierta la íntima ansia religiosa por la formación de una fe definida, en el ilimitado mundo puramente metafísico de las ideas. Con certeza, no es ése el fin en sí, sino simplemente un medio para el fin; sin embargo, es un medio necesario e indispensable para que al final se pueda alcanzar el fin. Y ese fin no es sólo ideal sino, en última instancia, esencialmente práctico. Así como debe comprenderse que los más elevados ideales siempre corresponden a una profunda concepción de la vida, así también la nobleza de la belleza más sublime se encuentra en su utilidad causal.

La fe, ayudando al hombre a elevarse sobre el nivel de una vida meramente animal, contribuye en verdad a la firmeza y seguridad de su existencia. Tómese a la Humanidad contemporánea, con su educación apoyada en los principios de la fe, de la religión, de la importancia práctica de la moral, y elimínese esta educación religiosa sin substituirla por otra motivación de igual valor, y el resultado será una fuerte convulsión en los fundamentos de la existencia humana. Se debe tener en cuenta que no sólo vive el hombre para servir a los altos ideales, sino que también esos altos ideales presuponen la existencia del hombre. Y así se cierra el círculo.

La denominación «religioso» implica, naturalmente, pensamientos doctrinarios o convicciones, como por ejemplo, la inmortalidad del alma, la vida eterna o la existencia de un ser supremo. Pero todos esos pensamientos, aunque para el individuo sean muy convincentes, están sometidos al examen crítico de éste, y por tanto, a una vacilante afirmación o negación, hasta que el presagio o el conocimiento intuitivo no acepte la legítima fuerza de la fe apodíctica. Ése es el principal factor de lucha que abre la brecha y allana el camino en el reconocimiento de las concepciones religiosas.

Sin una fe determinada, la religiosidad, en su confuso polimorfismo, no sólo sería inútil para la vida humana, sino que probablemente contribuiría a la confusión general.

Lo mismo que ocurre con el concepto «religioso», se da con el término *völkisch*. También el concepto *völkisch* entraña en sí ciertas verdades fundamentales, las cuales, aún teniendo la trascendencia más eminente, son sin embargo tan vagas en su forma que sólo se elevan sobre el valor de una simple opinión más o menos autorizada cuando son concebidas como elementos básicos en el marco de un partido político. La realización de aspiraciones de concepción ideológica y también la de los postulados que de ellas se derivan no son resultado ni del sentimiento puro ni del anhelo interno del hombre, como tampoco la consecución de la libertad es fruto del ansia general por ella. No, sólo cuando el impulso ideal por la independencia recibe, en forma de poder militar, una organización combativa, puede el ardiente deseo de un pueblo convertirse en realidad.

Toda concepción ideológica, por mil veces justa y útil que fuese para la Humanidad, quedará prácticamente sin valor en la vida de un pueblo mientras sus principios no se hayan convertido en el escudo de un movimiento de acción, el cual, a su vez, no pasará de ser un partido, mientras no haya coronado su obra con la victoria de sus ideas y mientras sus dogmas de partido no constituyan las leyes básicas del Estado dentro de la comunidad del pueblo.

Pero si una concepción mental, de modo general, quiere servir de base a un futuro desarrollo, en este caso la primera condición es la formación de una absoluta claridad del carácter, naturaleza y amplitud de ese concepto, pues sólo sobre esos cimientos es posible organizar un movimiento que, por la intrínseca homogeneidad de sus convicciones, pueda desarrollar las fuerzas necesarias para la lucha. Un programa político debe caracterizarse por ideas generales, mientras que una definida creencia política debe estar imbuida de una *Weltanschauung* o cosmovisión universal. Ésta, dado que su objetivo debe ser realizable prácticamente, deberá servir no sólo a la idea en sí, sino también tomar en consideración los elementos de lucha que existen y que deben ser empleados para la consecución de la victoria de esa idea. A la representación abstracta que da el teorizante de una idea, justa en principio, debe sumarse la experiencia práctica del político. Así, un eterno ideal, como si fuera la estrella guía de la Humanidad, debe adaptarse y tomar en consideración las debilidades humanas para no naufragar desde el comienzo ante la general deficiencia del hombre. Al investigador de la Verdad, debe complementarle el conocedor de la psiquis del pueblo para extraer del reino de los ideales y las verdades eternas lo humanamente posible para el simple mortal.

Esta conversión de la representación ideal de una concepción del mundo de la máxima veracidad en una fe política y en una comunidad de lucha, definida, centralizada y fuertemente organizada gracias al espíritu y la voluntad, es la obra más significativa, pues del feliz resultado de ese trabajo dependen exclusivamente las posibilidades de victoria de una idea. Del seno de millones de hombres, donde el individuo adivina con más o menos claridad las verdades proclamadas y quizás hasta en parte las comprende, surgirá el hombre que con inquebrantable energía forme, de las

vacilantes concepciones de la gran masa, principios graníticos por cuya verdad exclusiva luchará hasta que del mar agitado de un libre mundo de ideas emerja la roca de un común sentimiento unitario de fe y voluntad.

El derecho común de obrar así se fundamenta en la necesidad, en tanto que, tratándose del derecho individual, es el éxito el que en ese caso justifica la acción.



Intentando extraer la significación profunda de la palabra *völkisch* llegamos a la conclusión siguiente:

La concepción política corriente de nuestros días descansa generalmente sobre la errónea creencia de que, si bien se le puede atribuir al Estado energías creadoras y formadoras de cultura, nada tiene que ver, en cambio, con premisas raciales, sino que podría ser más bien considerado como un producto de necesidades económicas o, en el mejor de los casos, el resultado natural del impulso de fuerzas políticas. Este criterio, desarrollado lógica y consecuentemente, conduce no sólo al desconocimiento de las energías primordiales de la raza, sino también a un socavamiento de la personalidad, ya que la negación de la diversidad de razas, en lo referente a sus aptitudes para generar cultura, hace que ese error capital tenga necesariamente que influir también en la valoración del individuo. Aceptar la hipótesis de la igualdad de razas significaría proclamar la igualdad de los pueblos y, consiguientemente, la de los individuos. Por ello, el marxismo internacional es tan sólo la transmisión de una actitud, de una concepción del mundo —efectuada por el judío Karl Marx— desde hace tiempo existente, pero con la forma de un credo político definido. Sin la previa existencia de ese emponzoñamiento de carácter general, jamás habría sido posible el asombroso éxito político de esa doctrina. Karl Marx fue, entre millones, realmente el único que con visión de profeta descubriera en el fango de una Humanidad paulatinamente envilecida, el veneno esencial, reuniéndolo, cual genio de la magia negra, en una solución concentrada, para poder destruir así, con mayor celeridad, la vida independiente de las naciones libres de la Tierra. Y todo esto sólo al servicio de su propia raza.

La doctrina de Marx es así el extracto espiritual concentrado de las grandes doctrinas universales hoy vigentes. Y por ese motivo, cualquier lucha de nuestro llamado mundo burgués contra ella es imposible, incluso ridícula, pues ese mundo burgués está completamente impregnado de esas substancias venenosas y admira una concepción del mundo que, en general, sólo se distingue de la marxista en grados y personas. El mundo burgués es «marxista», pues cree en la posibilidad del dominio de un determinado grupo de hombres (la burguesía), mientras el marxismo busca metódicamente entregar el mundo a manos de los judíos.

Frente a esa concepción, la concepción *völkisch* afirma el valor de la Humanidad en sus elementos raciales de origen. En principio, considera al Estado sólo como un medio hacia un determinado fin y cuyo objetivo es la conservación racial del hombre. De ninguna manera cree, por tanto, en la igualdad de las razas, sino que, por el contrario, al admitir su diversidad, reconoce también la diferencia cualitativa existente entre ellas. Esta percepción de la verdad le obliga a fomentar la preponderancia del más fuerte y a exigir la supeditación del inferior y del débil, de acuerdo con la voluntad inexorable que domina el Universo. En el fondo, rinde así homenaje al principio aristocrático de la Naturaleza y cree en la evidencia de esa ley, hasta el último de los seres. La ideología racista distingue también entre los valores individuales. Es el mérito de la personalidad lo que para ella se destaca del conjunto de la masa, obrando, por

consiguiente, frente a la labor disociadora del marxismo, como fuerza organizadora. Cree en la necesidad de una idealización de la Humanidad como condición previa para la existencia de ésta, pero le niega la razón de ser a una idea moral, si es que ésta, racialmente, constituye un peligro para la vida de los pueblos de ética superior, pues en un mundo bastardeado o mulatizado estaría predestinada a desaparecer para siempre toda noción de lo bello y lo digno del hombre, así como la posibilidad de un futuro idealizado para la Humanidad.

La cultura humana y la civilización están en el continente europeo inseparablemente ligadas a la idea de la existencia del hombre ario. Su desaparición o decadencia sumiría de nuevo al globo terráqueo en las tinieblas de una época de barbarie.

El socavamiento de la cultura humana por medio del exterminio de sus representantes es, para la concepción de la ideología *völkisch,* el crimen más execrable. Quien osa poner las manos sobre la más elevada imagen de Dios ofende a esa maravilla del benéfico Creador y coopera para su expulsión del Paraíso.

De esta forma, la concepción *völkisch* del mundo corresponde al íntimo deseo de la Naturaleza, pues restituye el libre juego de las fuerzas que deben conducir a una elevación racial mutua y duradera, hasta que al final, los mejores individuos de la Humanidad, mediante la conquista de este mundo, tengan el camino libre para poder actuar en todos los campos que actualmente se encuentran fuera o por encima de ellos.

Todos presentimos que, en un remoto futuro, le surgirán al hombre problemas que sólo podrán ser resueltos por una raza superior, apoyada en los medios y posibilidades de todo el globo terrestre.



Es evidente que una declaración tan general del verdadero sentido de la concepción *völkisch* puede dar lugar a miles de interpretaciones. De hecho, de entre nuestros jóvenes movimientos políticos, apenas es posible encontrar uno que no se acoja de algún modo a esta concepción del mundo. Ésta, sin embargo, a través de su propia existencia, demuestra justamente la diversidad de sus interpretaciones. Así, a la organización central de la ideología marxista, ya de por sí un frente hostil e ideológicamente cerrado, se le opone hoy una mezcla de opiniones poco impresionante. ¡No se consigue la victoria peleando con armas débiles! Solamente oponiendo a la concepción internacional —políticamente dirigida por el marxismo— una concepción igualmente dotada de una organización uniforme, con una dirección racista, será posible, con igual energía combativa, inclinar el triunfo del lado de la Verdad eterna.

La concreción sistematizada de una ideología jamás podrá realizarse sobre otra base que no sea una definición precisa. Lo que para la fe religiosa representan los dogmas, para un partido en formación lo representan los principios políticos. Por tanto, se impone dotar a la ideología racista de un instrumento que posibilite su propagación, análogamente a la forma en que la organización del partido marxista le abre paso al internacionalismo.

Ésta es la finalidad que persigue el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores.

Tal determinación, por parte del Partido, del concepto racial o *völkisch*, lograría la victoria de la concepción racista. Esto queda probado de forma clara incluso por el reconocimiento indirecto de quienes se oponen a esta fusión de la idea *völkisch* con los principios de un Partido. Justamente aquellos que no se cansan de insistir una y otra vez

en que la concepción del mundo desde el punto de vista *völkisch* de ninguna manera puede ser propiedad exclusiva de unos pocos —puesto que dormita o «vive» en el corazón de millones de personas—, justifican con sus propias afirmaciones que pese a la existencia de estas ideas en el corazón de tantísima gente, jamás ha bastado para impedir la victoria la idea contraria, defendida por un partido político organizado en base al principio de la lucha de clases. Si fuera de otra manera, el pueblo alemán debería haber conseguido una victoria gigantesca y no encontrarse al borde del precipicio.

Lo que le dio el éxito a la concepción internacional fue el hecho de estar representada por un partido político, con los moldes de un batallón de asalto; lo que hizo sucumbir a la concepción antimarxista fue su entonces falta de representación centralizada. Es por la forma definida y concentrada de una organización política, y no por la autorización ilimitada en la interpretación de un concepto general, por la que una *Weltanschauung* consigue luchar y vencer.

Por eso vi mi propia misión en la tarea de extraer, del amplio y deforme conjunto de una concepción ideológica general, las ideas más esenciales para darles forma más o menos dogmática, de modo que, por su clara precisión, se presten para cohesionar unitariamente a todos aquellos que se comprometan a aceptarlas. En otros términos: el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores toma, de los fundamentos básicos de una concepción racista general, los elementos esenciales para formar con ellos —sin perder de vista la realidad práctica, la época en que vivimos y el material humano existente, así como las flaquezas inherentes a éste— un credo político que, a su vez, pueda hacer de la cohesión de las grandes masas, rígidamente organizadas, la condición previa para la victoria de esta *Weltanschauung*.

Capítulo II
EL ESTADO

Ya en los años 1920 y 1921 los círculos envejecidos de la burguesía acusaron incesantemente a nuestro joven Movimiento de mantener una posición negativa frente al Estado actual. De esta acusación, procedente de la politiquería partidista de todos los sectores, derivó el derecho a iniciar por todos los medios una lucha de represión contra el joven e incómodo heraldo de una nueva concepción ideológica. Se olvidó que hasta el mismo burgués de nuestros días era ya incapaz de imaginar bajo el concepto de «Estado» un organismo homogéneo, y que tampoco existía, ni podía existir, una definición concreta al respecto. A esto además se suma que en nuestras universidades suele haber divulgadores que toman la forma de catedráticos de Derecho Público, y cuya «suprema tarea» consiste en elucubrar explicaciones e interpretaciones sobre la existencia, más o menos perfecta, del Estado al cual le deben el pan de cada día. Cuanto más difícil sea constituir un Estado, tanto más impenetrables, artificiales e incomprensibles resultarán las definiciones sobre su razón de ser. ¿Qué podría, por ejemplo, en otro tiempo explicar un profesor de la universidad del Imperio sobre el sentido y la finalidad del Estado en un país cuyo Gobierno encarnase al mayor engendro de todos los tiempos? Es realmente una tarea difícil pensar que en la enseñanza de Derecho Público de nuestros días existe menos preocupación de atender a la verdad que de alcanzar un determinado objetivo. Ese objetivo consiste en conservar a cualquier precio ese monstruoso mecanismo humano que ahora se designa con el nombre de Estado. Que a nadie le sorprenda entonces que en la discusión de ese problema se dejen al margen los verdaderos puntos de vista para, en su lugar, instalar una amalgama de valores y objetivos «intelectuales», «morales» y «éticos».

En términos generales, se pueden distinguir tres criterios diferentes:

a) El grupo de los que ven en el Estado simplemente una agrupación más o menos voluntaria de gentes sometidas al poder de un gobierno.

Este grupo es el más numeroso. En sus filas se encuentran, sobre todo, los fanáticos del principio de la legitimidad. Para ellos, en estos asuntos la voluntad de los hombres no desempeña ningún papel. En la existencia de un Estado radica ya para ellos una sagrada inviolabilidad. Para apoyar semejante desvarío del cerebro humano se tiene que rendir culto servil a la llamada autoridad del Estado, pues en la mentalidad de esas gentes el medio se transforma, en un abrir y cerrar de ojos, en un fin. El Estado, para estos individuos, no existe para servir a los hombres, sino que éstos están destinados a adorar una autoridad del Estado que se personaliza en cualquier funcionario público. Por tanto, para que esa situación de silenciosa y extasiada adoración no derive en descontento, el Gobierno toma para sí la defensa del orden y de la tranquilidad. Con esto, la autoridad entonces ya no es ni un fin ni un medio. El Estado tiene que cuidar del orden y de la tranquilidad e, inversamente, ese orden y tranquilidad deben facilitar la existencia del Estado. Toda la vida tiene que circunscribirse entre esos dos polos.

En Baviera, los principales representantes de esa teoría eran los políticos del Centro Bávaro, representados por el llamado «Partido Popular Bávaro»; en Austria, eran los Legitimistas; en el Imperio Alemán, lamentablemente, eran los Conservadores los que a menudo se batían por esas ideas.

b) El segundo grupo es un poco menor en número, pues está formado por aquellos que no admiten que la autoridad del Estado represente la única y exclusiva razón de ser de éste, sino que, al mismo tiempo, esté vinculada a algunas exigencias. Éstos desean no solamente un Gobierno único, sino también, si es posible, una lengua única, aunque sólo sea por motivos estratégicos de administración. La autoridad ya no es la única y exclusiva finalidad del Estado, sino que a éste le corresponde también la misión de fomentar el bienestar de sus súbditos. La idea de «libertad», es decir, de una libertad generalmente mal entendida, interfiere en la concepción que esos círculos tienen del Estado. La forma de gobierno ya no parece inviolable por el simple hecho de su existencia, pues se la analiza más bien desde el punto de vista de su conveniencia. La sacralidad de la antigüedad no está protegida ante las críticas del presente. Por lo demás, es éste un criterio que sobre todo espera del Estado una favorable estructuración de la vida económica del individuo; un criterio, por tanto, que juzga desde puntos de vista prácticos y de acuerdo a nociones generales de rentabilidad económica. A los representantes principales de esta escuela los encontramos en los círculos de nuestra burguesía corriente, y con preferencia, en los de nuestra democracia liberal.

c) El tercer grupo es numéricamente el más débil. Éste cree ver en el Estado un medio para la realización de tendencias imperialistas —a menudo vagamente formuladas— dentro de un Estado con un pueblo lingüísticamente homogéneo. La aspiración de una lengua única no se manifiesta solamente en la esperanza de crear un fundamento capaz de producir un aumento del poder de la Nación en el exterior, sino también, en la errada opinión de que por ese medio se conseguirá una orientación definida en la obra de la nacionalización.

Fue muy triste observar en los últimos cien años cómo a veces, con la mejor fe, se jugaba entre estos círculos con la palabra «germanizar». Yo mismo aún recuerdo que en la época de mi juventud esta palabra sugería ideas increíblemente erróneas. Incluso en los círculos pangermanistas se podía escuchar en aquellos tiempos la absurda opinión de que los alemanes de Austria, con la ayuda del Gobierno, llegarían buenamente a conseguir la germanización de los eslavos de dicho país; esta gente no entendió que se puede germanizar un territorio, pero nunca a un pueblo. Pues lo que se entendía en general por la palabra germanización, se limitaba únicamente a la aceptación forzada de la lengua alemana. Es con esto un error casi inconcebible creer que, por ejemplo, un negro o un chino se convierten en germanos sólo con aprender el idioma alemán y estar dispuestos en el futuro a hablar la nueva lengua o dar su voto por un partido político alemán. Los medios nacionalistas burgueses nunca han llegado a la comprensión de que semejante proceso de germanización redundaría en realidad en una desgermanización. Pues cuando hoy, por la imposición de una lengua común se disminuyen o incluso se suprimen las diferencias más sensibles entre los pueblos, desde luego significa el comienzo de una bastardización, y con ello, en el caso nuestro, no una germanización, sino más bien la destrucción del elemento germano. Sucede muy frecuentemente en la Historia, que un pueblo conquistador consigue imponer su lengua a los vencidos y que, después de varios cientos de años, al ser hablada esa lengua por los pueblos sometidos, el vencedor pasa en realidad a la posición de vencido.

La nacionalidad, o mejor dicho, la Raza, no estriba precisamente en el idioma sino en la sangre. Así, se podría hablar de una germanizacion sólo en el caso de que, mediante tal proceso, se lograse cambiar la sangre de los elementos sometidos; sin embargo esto es imposible, porque en todo caso una mezcla de sangre significa siempre el hundimiento de la raza superior. Así la consecuencia final sería justamente la destrucción de las cualidades que habilitaron al pueblo conquistador para la victoria. En

una mezcla tal con razas inferiores, desaparecerían sobre todo las fuerzas culturales, incluso si el producto de ahí resultante hablase perfectamente la lengua de la raza superior. Durante mucho tiempo se trabaría una lucha entre las diferentes mentalidades, pudiendo ser que el pueblo, que desciende cada vez más de nivel, consiga, por un esfuerzo supremo, elevarse y crear una cultura de sorprendente valor. Mas esto sólo puede suceder con los individuos de las razas más elevadas o con los bastardos, en los cuales, en el primer cruzamiento, la sangre mejor todavía prevalece e intenta sobreponerse; nunca se verificaría sin embargo este hecho con los productos definitivos de la mezcla. En éstos se cumplirá siempre un movimiento de regresión cultural.

Se debe considerar una bendición que la germanización de Austria, en los moldes establecidos por José II[98], no fuese continuada. El éxito de la misma se habría traducido probablemente en la conservación del Estado austriaco, pero mediante el establecimiento de esta comunidad lingüística también se hubiese promovido el descenso del nivel racial de la Nación alemana. Con el correr de los siglos se habría formado cierto instinto de rebaño, siendo ese rebaño de un valor muy mediocre. De ahí podría tal vez surgir un pueblo organizado en Estado, pero también habría desaparecido una civilización.

Fue mucho mejor para la Nación alemana que no se hubiera realizado esa mezcla, evitada no por un noble motivo, sino debido a la estrechez de miras de los Habsburgo. Si hubiese acontecido al contrario, hoy mal se podría distinguir al pueblo alemán como detentador de cultura.

Pero no sólo en Austria sino también en la propia Alemania, los llamados círculos nacionales estaban y todavía están inclinados a similares falsedades. La preconizada «política polaca», en el sentido de una germanización del Este, se apoyaba desgraciadamente casi siempre en idénticos sofismas. Aquí también se creía poder conseguir la germanización de los elementos polacos sólo por la mera adopción de la lengua alemana, y el resultado de esa tentativa sería igualmente funesto: un pueblo de raza extranjera expresando sus sentimientos propios en lengua alemana sólo comprometía, por su mediocridad, la elevación y dignidad de nuestro pueblo.

¡Cuánto daño se ha infligido indirectamente a nuestro germanismo, debido a la falta de conocimiento de muchos americanos, tomando por alemanes a los judíos que chapurreando alemán llegan a América! Que a nadie le pase por la imaginación que esa piojosa emigración procedente de Oriente, por el mero hecho de hablar alemán la mayoría de las veces, sólo por eso deba ser considerada como de descendencia alemana y perteneciente al pueblo alemán.

Lo que a través de la Historia pudo germanizarse provechosamente fue el suelo que nuestros antepasados conquistaron con la espada y que colonizaron después con campesinos alemanes. En cuanto allí se infiltró sangre extraña en el organismo de nuestro pueblo, se contribuyó con ello a la funesta disociación de nuestro carácter nacional, lo cual se manifiesta en el superindividualismo alemán, ahora tan frecuente y lamentablemente alabado.

En este tercer grupo que acabamos de aludir, el Estado es considerado en cierta manera como un fin, siendo su conservación la más alta misión de la existencia humana.

En resumen, se puede afirmar que todos esos puntos de vista no poseen sus raíces más profundas en el conocimiento de que las fuerzas culturales y creadoras de un pueblo reposan fundamentalmente en los elementos raciales, y que el Estado por tanto

[98] Último intento de la dinastía de mantener la supremacía germánica en el imperio austriaco. Véase nota 26. Primera Parte, Cap. III «Reflexiones políticas sobre la época de mi permanencia en Viena». (N. del T.)

debe tener como su misión más elevada la conservación y el perfeccionamiento de la Raza, base ésta de todos los progresos culturales de la Humanidad.

La última conclusión de esa concepción falsa sobre la naturaleza y la finalidad del Estado fue aportada por el judío Karl Marx: el mundo burgués, separando del concepto de Estado las obligaciones raciales, sin conseguir sustituir esa concepción por otra fórmula que pudiese ser aceptada, allanó el camino a una doctrina que se encargaba de negar al propio Estado.

En ese campo, la lucha del mundo burgués contra el internacionalismo marxista debía ser un fracaso completo: la burguesía ya había sacrificado mucho tiempo atrás los fundamentos absolutamente indispensables para la defensa de sus ideas. Sus astutos adversarios, reconociendo la debilidad de las instituciones del enemigo, se lanzaron a la lucha con las mismas armas que involuntariamente éste les proveyera.

Por eso, el primer deber de un nuevo movimiento basado en una *Weltanschauung* enteramente *völkisch* es velar porque el concepto que se tiene del carácter y la razón de ser del Estado adquiera una forma clara y homogénea.

El principio fundamental que nunca debemos perder de vista es que el Estado es un medio y no un fin. Ésta es la base sobre la que debe reposar una más elevada cultura humana; no ser la causa de la misma. Pues esa cultura depende exclusivamente de la existencia de una raza superior y de su capacidad civilizadora. Podrían existir cientos de Estados ejemplares en el mundo y eso no impediría que, con la desaparición de los arios, forjadores de la cultura, desapareciese la civilización en el nivel en que se encuentra actualmente en las naciones más adelantadas. Aún podemos ir un poco más allá y proclamar que el hecho de que los individuos estén organizados en Estados, de ningún modo excluye la posibilidad de desaparición de la especie humana, ya que la capacidad intelectual superior y el gran poder de adaptación se pierden en cuanto el portador racial de esas facultades desaparece.

Si, por ejemplo, la superficie de la Tierra fuese sacudida hoy por un terremoto y, de entre las olas del océano surgiese un nuevo Himalaya, en esa terrible catástrofe desaparecería la civilización humana. Ningún Estado persistiría, el vínculo del orden quedaría disuelto y serían destruidos los testimonios de una evolución de miles de años, restando apenas un vasto cementerio cubierto de agua y barro. Pero si de ese horrible caos se conservasen algunos hombres pertenecientes a cierta raza de capacidad creadora, de nuevo, aunque tardase milenios, en el mundo reaparecerían las señales de la existencia del poder creador de la Humanidad. La sola desaparición de la última raza capaz, así como la de todos sus individuos, transformaría la Tierra definitivamente en un inmenso desierto. Hoy mismo tenemos el ejemplo de Estados que, por no poseer en sus orígenes raciales la genialidad indispensable, no pudieron evitar su ruina. Lo que sucedió con ciertas especies animales de los tiempos prehistóricos, las cuales cedieron su lugar a otras y al fin desaparecieron completamente, sucede también con los pueblos cuando les falta determinada fuerza espiritual que les haga encontrar las armas capaces de asegurar su propia conservación.

No es el Estado en sí el que crea cierto grado cultural, sino que el Estado debe únicamente preocuparse por conservar la Raza de la cual depende esa cultura. En otro caso, el Estado podrá subsistir como tal cientos de años, pero si no evita la mezcla racial, la capacidad cultural y todas las manifestaciones de la vida a ella condicionadas sufrirán profundas alteraciones. El Estado de hoy, por ejemplo, y de una manera casi mecánica, podrá seguir aparentando vida durante mucho tiempo, sin embargo el envenenamiento racial de nuestra nación creará fatalmente un rebajamiento cultural que ya se está empezando a notar en proporciones alarmantes.

En consecuencia, es la Raza y no el Estado lo que constituye la condición previa de la existencia de una sociedad humana superior.

Esta capacidad siempre estará ahí, siendo únicamente estimulada hacia la acción práctica a través de unas condiciones externas determinadas. Las naciones o, mejor dicho, las razas dotadas de valores culturales y talento creador, llevan latentes en sí mismas esas cualidades, aun cuando temporalmente ciertas circunstancias externas desfavorables no permitan su desarrollo. De esto se infiere también que es una temeraria estupidez presentar a los germanos de la época anterior al cristianismo como hombres «sin cultura», es decir, bárbaros, cuando jamás lo fueron, pues el haberse visto obligados a vivir bajo condiciones que obstaculizaron el desenvolvimiento de sus energías creadoras debióse a la inclemencia de su suelo nórdico. De no haber existido el mundo clásico, si los germanos hubieran llegado a las regiones meridionales de Europa, más propicias a la vida, y si además hubiesen contado con los primeros medios técnicos auxiliares sirviéndose de pueblos de raza inferior, la capacidad creadora de cultura latente en ellos, hubiera podido alcanzar un brillante florecimiento, como por ejemplo fue el caso de los helenos. Mas la innata fuerza creadora que poseía el germano no puede atribuirse únicamente a su clima nórdico. Llevados a tierras del Sur, ni el lapón ni el esquimal podrían desarrollar una elevada cultura. Fue precisamente el ario a quien la Providencia dotó de la bella facultad de crear y organizar, ya sea porque lleva latentes en sí mismo esas cualidades o porque las haga despertar, según sean las circunstancias propicias o desfavorables del medio geográfico que le rodea.

De estos hechos resultan los siguientes principios:

El Estado es el medio para un fin. Su finalidad consiste en la conservación y el desarrollo de una colectividad de individuos, física y espiritualmente similares. Esta conservación abarca en primer lugar todo lo que se refiere a la defensa de la Raza, permitiendo por este medio la expansión de todas las fuerzas latentes en la misma. A través de la utilización de estas fuerzas debe promoverse, por un lado, la conservación de la vida física y, por otro lado, el desarrollo intelectual. En realidad, la existencia de lo uno es la condición previa para la existencia de lo otro.

Los Estados que no tiendan a ese objetivo son creaciones artificiales, simples monstruosidades. El hecho de que pueda existir un Estado semejante no altera en nada esa verdad, de la misma manera que la existencia de una horda de piratas no justifica cualquier incursión.

Nosotros, los nacionalsocialistas, como defensores de una nueva concepción del mundo, no debemos nunca situarnos bajo el falso nivel de las llamadas «realidades». Pues si así sucediese no seríamos los defensores de una gran Idea sino los esclavos de la mentira actual. Tenemos que establecer una diferencia rigurosa entre el Estado, como continente, y la Raza como su contenido. El continente tiene su razón de ser sólo cuando es capaz de recibir y proteger el contenido; de lo contrario carece de valor.

Según esto, el fin supremo de un Estado racista consiste en velar por la conservación de aquellos elementos raciales originales que, como factores de cultura, fueron capaces de crear lo bello y lo digno inherente a una sociedad humana superior. Nosotros, como arios, entendemos únicamente el concepto de Estado como el organismo viviente de un pueblo que no sólo garantiza la conservación de éste, sino que también lo conduce al goce de una máxima libertad, impulsando el desarrollo de sus facultades morales e intelectuales.

Aquello que hoy se nos trata de imponer como Estado no es más que el monstruoso producto de un hondo desvarío humano que tiene por consecuencia un sufrimiento indecible.

Nosotros, los nacionalsocialistas, sabemos que debido a este modo de pensar nos situamos en el mundo actual en un plano revolucionario y que llevamos, por tanto, el sello de esta Revolución. Mas nuestro criterio y nuestra manera de actuar no deben depender en ningún caso del aplauso o de la crítica de nuestro tiempo, sino simplemente de la firme adhesión a la Verdad de la cual estamos persuadidos. Sólo así podremos mantener el convencimiento de que los más preclaros visionarios de la posteridad no sólo comprenderán nuestro proceder de hoy, sino que también lo reconocerán como justo, y lo ennoblecerán.



Por ese criterio es por el que debemos nosotros, los nacionalsocialistas, medir el valor de un Estado. Ese valor, no obstante, será relativo en cuanto a un determinado pueblo y absoluto en lo que respecta a la Humanidad en sí. En otras palabras:

El valor de un Estado no debe apreciarse por su elevación cultural o por su poder en el resto del mundo, sino exclusivamente por el grado de calidad con que esta institución sirve al pueblo al que pertenece.

Un Estado puede ser señalado como modelo no solamente cuando corresponde a las condiciones de vida del pueblo que representa, sino también cuando asegura la existencia material de ese pueblo, cualquiera que fuese la importancia cultural que sus instituciones alcancen en el resto del mundo. Pues la misión de un Estado no es crear capacidades, sino hacer posible la expansión de las ya existentes. Igualmente, de manera inversa se puede apuntar como Estado mal organizado a aquél que, cualquiera que fuese la elevación de su cultura, consiente la ruina desde el punto de vista racial de los portadores de esa cultura. Ya que de esta forma se eliminaría prácticamente la condición indispensable para la continuidad de esa civilización que, por otra parte, él no creó, sino que es el fruto de una raza creadora garantizada a través de una organización estatal activa. El Estado no es un contenido sino un continente; es decir, que la elevación cultural de un pueblo, sea cual sea, no da la medida por la que se pueda apreciar el valor de un Estado. Es evidente que un pueblo altamente civilizado da de sí una impresión más elevada que una tribu de negros; sin embargo, la organización estatal del primero, observada en cuanto al cumplimiento de su finalidad, puede ser peor que la de los negros. De la misma manera que el mejor Estado y la mejor forma de gobierno no pueden producir en un pueblo capacidades que no existieran antes, tampoco un Estado mal organizado puede, permitiendo o incluso promoviendo la ruina de los individuos de una determinada raza, hacer desaparecer las cualidades creadoras que poseían en su origen.

De ahí se deduce que, principalmente, el juicio sobre el valor de un Estado sólo se puede determinar por la relativa utilidad que ofrece a un determinado pueblo y nunca por la importancia que alcanza frente al mundo.

Ese juicio relativo puede realizarse rápidamente y con exactitud; sin embargo, el juicio sobre el valor absoluto es más difícil, pues no depende solamente de la organización estatal, sino más bien de la calidad y elevación de un determinado pueblo.

Cuando se habla de la misión más elevada del Estado, no se debe nunca olvidar que la mayor misión reside fundamentalmente en el pueblo, y que el deber del Gobierno es hacer posible, con sus poderes organizativos, el libre desarrollo de su pueblo.

Si nos preguntásemos cómo debería estar constituido el Estado que nosotros los alemanes necesitamos, tendríamos que precisar, ante todo, la clase de hombres que ha de abarcar y cuál es el fin al que debe servir.

Desgraciadamente, nuestro pueblo ya no descansa sobre un núcleo racial homogéneo, pues el proceso de fusión de los diferentes componentes étnicos originarios no está tampoco tan avanzado como para poder hablar de una nueva raza resultante de él. Al contrario: los sucesivos envenenamientos sanguíneos que sufrió nuestro organismo nacional, en particular a partir de la Guerra de los Treinta Años, vinieron a alterar no sólo la homogeneidad de nuestra sangre, sino también nuestro carácter. Las fronteras abiertas de nuestra Patria, el contacto con pueblos vecinos no germanos a lo largo de las zonas fronterizas y, ante todo, la infiltración directa de sangre extraña en el interior del Reich, ha impedido, debido a su continuidad, la realización de una fusión completa. No se ha formado una nueva raza, sino que diferentes razas continúan viviendo unas al lado de otras. La consecuencia de eso es que, en los momentos críticos, justamente cuando los rebaños acostumbran a unirse, los alemanes se dispersan en desbandada en todas las direcciones. Pero no es sólo en sus respectivos territorios donde los elementos raciales básicos son diferentes, pues lo mismo acontece con individuos de razas diferentes dentro de las mismas fronteras. Al lado del hombre nórdico se encuentra el hombre del Este, junto al hombre del Este el dinárico, al lado de ambos el occidental, y entre todos ellos, mezclas. Ésta es nuestra gran desventaja. Al pueblo alemán le falta aquel firme instinto gregario que radica en la homogeneidad de la sangre y que en los momentos de peligro inminente salvaguarda a las naciones de la ruina, en tanto que todas las pequeñas diferencias desaparezcan, y el pueblo, como una manada unida, se enfrente al enemigo común. En la coexistencia de nuestros diferentes elementos raciales originarios que no se fundieron radica el fundamento de lo que designamos con la palabra «súper-individualismo». En los tiempos de paz, ese súper-individualismo puede ser útil, pero tomado en conjunto, ha sido lo que nos ha impedido obtener una dominación del mundo. Si el pueblo alemán en su evolución histórica hubiera poseído aquella inamovible unidad que fue de tanta utilidad a otros pueblos, sería hoy el señor del planeta. Entonces la historia mundial habría tomado otro curso, y no veríamos a esos ciegos pacifistas mendigar la paz a través de quejas y lamentos, pues la paz del mundo no se mantiene con lágrimas de plañideras pacifistas, sino por la espada victoriosa de un pueblo dominador que ponga al servicio del mundo una elevada cultura.

El hecho de que no exista una nación sanguíneamente homogénea nos ha ocasionado sufrimientos indecibles. Se entregaron diferentes residencias a numerosos pequeños mandatarios, pero se le arrebató al pueblo el derecho señorial.

Aún hoy sufre nuestro pueblo las consecuencias de esa desunión interna; sin embargo, lo que en el pasado y en el presente causó nuestra desgracia, puede ser nuestra salvación en el futuro. Pues por más perjudicial que haya sido la falta de fusión de los diferentes elementos raciales —hecho que impidió la formación de una perfecta unidad nacional— es incontestable que, por otro lado, consiguió que por lo menos una parte de nuestra mejor sangre se conservara en su pureza, evitando así la ruina de la Raza.

Ciertamente, una completa fusión de los primitivos elementos raciales hubiera originado una unidad más perfecta, pero como se verifica en todos los mestizajes, la capacidad creadora habría sido menor que la poseída por los elementos primitivos superiores.

Es una bendición que gracias a esa incompleta mezcla poseamos todavía en nuestro organismo nacional germano grandes reservas del elemento nórdico germano puro, a las que podemos considerar como el tesoro más valioso de nuestro futuro. En los días sombríos de hoy en que la ignorancia sobre las leyes raciales es completa, y en que todos los hombres son considerados iguales, no se tiene una idea clara de los diferentes

valores de los elementos raciales primitivos. Sabemos hoy que una mezcla completa de los diversos componentes de nuestro organismo racial hubiera podido proporcionarnos, como consecuencia de una mayor unificación, mayor poder exterior; sin embargo, el mayor objetivo de la Humanidad no habría sido alcanzado una vez que los individuos señalados por la Providencia para realizarlo hubiesen desaparecido en la mezcla general de la unidad popular.

Lo que un destino benevolente evitó de manera involuntaria, lo deberíamos nosotros ahora aprovechar y utilizar a la luz de los conocimientos adquiridos desde entonces.

Quien hable de una misión del pueblo alemán en este mundo, debe saber que esa misión sólo puede consistir en la formación de un Estado que vea como su mayor finalidad la conservación y el desarrollo de los elementos raciales que se mantuvieron puros y nobles en el seno de nuestro pueblo y en la Humanidad entera. Con esa misión, el Estado, por primera vez, asume su verdadera finalidad. En lugar del palabreo irrisorio sobre la seguridad de la paz y el orden por medios pacíficos, la misión de la conservación y el progreso de una humanidad superior es la que debe ser vista como la más elevada tarea. En lugar de un mecanismo muerto que sólo pretende ser un fin en sí mismo, debe crearse un organismo vivo con un objetivo único: servir a una Idea superior.

El Reich alemán, como Estado, tiene que abarcar a todos los alemanes e imponerse la misión, no sólo de cohesionar y de conservar las reservas más preciadas de los elementos raciales originarios de este pueblo, sino también la de conducirlos lenta y firmemente a una posición predominante.



Así pues, este período de letargo debería ir seguido de un período de lucha. Pues como sucede siempre con todo en este mundo, también aquí se verifica la verdad del proverbio alemán que nos recuerda que la falta de trabajo sólo conlleva al entumecimiento[99], y que «la victoria siempre está en el ataque». Cuanto mayor sea el objetivo fijado, y menor sea la comprensión de las masas, tanto más prodigioso será el éxito y el significado de éste —la propia experiencia de la Historia lo demuestra—, siempre que el objetivo pueda ser bien comprendido y la lucha dirigida con firmeza inconmovible.

Desde luego para muchos de nuestros burocratizados dirigentes del Gobierno es más tranquilizador trabajar por el mantenimiento de un estado de cosas existente que luchar por el advenimiento de uno nuevo. Más cómodo les parecerá siempre ver en el Estado un mecanismo destinado llanamente a conservarse a sí mismo y que, por ende, vela también por ellos, ya que su vida «pertenece al Estado», como ellos mismos acostumbran a decir; como si lo surgido de la nación pudiera servir a otra cosa que no fuera la nación, o como si el hombre pudiese actuar por otra cosa que no sea el hombre mismo. Como ya expresamos, es más fácil descubrir en la autoridad del Estado el mecanismo formal de una organización, que la encarnación soberana del instinto de conservación de un pueblo. En el primer caso, para esos espíritus débiles, el Estado, así como su autoridad, es una finalidad en sí; en el segundo, en cambio, representa el arma poderosa al servicio de la eterna lucha por la existencia, un arma que cada uno tiene que

[99] «*Wer rastet – rostet*», literalmente, «quien descansa, se oxida». (N. del T.)

adoptar, no porque sea un mecanismo meramente formal, sino porque encarna la expresión de una voluntad general en favor de la conservación de la vida.

En consecuencia, al luchar nosotros por una nueva concepción que responde plenamente al sentido primordial de las cosas, encontraremos muy pocos camaradas en el seno de una sociedad envejecida no sólo orgánicamente, sino por desgracia, también espiritualmente. Quizá de forma excepcional algunos ancianos con el corazón joven y la mente fresca vendrán todavía de esos círculos hacia nosotros, pero jamás aquellos que ven como objeto esencial de su vida el mantenimiento de un estado de cosas dado.

Contra nosotros se alineará un interminable ejército compuesto menos por individuos maliciosos que por los indiferentes, perezosos mentales e interesados en la conservación del actual estado de cosas. Sin embargo, justamente en esta inutilidad aparente de nuestra cruenta lucha descansa la grandeza de nuestra misión y también la posibilidad de éxito. El grito de guerra, que desde el comienzo ahuyenta a los débiles o les hace enseguida desanimar, es la llamada para reunir a las naturalezas dotadas de espíritu combativo. Por lo tanto debe quedar claro que:

Cuando un pueblo parece conseguir la firmeza y energía precisas para abordar una elevada misión, desapareciendo por tanto de manera definitiva la indolencia de la amplia masa, será entonces cuando ese pequeño porcentaje de hombres se eleve a la categoría de dirigentes de la totalidad del conjunto. Las minorías hacen la historia del mundo, siempre que encarnen en su minoría numérica una mayoría de voluntad y entereza.

Por eso lo que hoy a muchos les parece una dificultad es en realidad la premisa de nuestro triunfo. Justamente en la magnitud y en las dificultades de nuestro cometido radica la posibilidad de que sólo los más calificados elementos de lucha hayan de seguirnos en nuestro camino. Esta selección será la que garantice el éxito.



En general, la propia Naturaleza consigue hacer ciertas correcciones en los seres vivos con respecto a la pureza racial, pues tiene muy poca inclinación por los bastardos. Los primeros productos de ese mestizaje son los que más sufren, especialmente en la tercera, cuarta o quinta generación. Éstos no sólo pierden las cualidades del elemento original superior, sino que por falta de unidad racial, pierden también la constancia y la fuerza de voluntad y decisión. En todos los momentos críticos en que los elementos racialmente puros toman resoluciones ciertas y firmes, el bastardo quedará indeciso, siempre a medias tintas. Eso no solamente se traduce en la relativa inferioridad de los bastardos frente a los más puros en cuanto a raza se refiere, sino que además se verán condenados a extinguirse más prontamente. En un sinnúmero de casos en que la raza pura resiste, los bastardos se vienen abajo. En ello se debe ver una de las maneras de corrección de la Naturaleza, la cual sin embargo va aún más allá cuando restringe la posibilidad de procreación, pues con esto imposibilita en gran medida la fecundidad de los nuevos cruzamientos, arrastrándolos a la extinción.

Si por ejemplo, en una determinada raza un individuo se cruzara con otro de raza inferior, el resultado inmediato sería el hundimiento del nivel racial y, más adelante, el debilitamiento de los descendientes en comparación con los representantes de la raza pura. Impidiendo absolutamente nuevos cruzamientos con la raza superior, los bastardos cruzándose entre sí, o desaparecerían dada su disminuida resistencia o, con el correr de los tiempos, a través de mezclas constantes, crearían un tipo en el cual nunca más se reconocería ninguna de las cualidades de la raza pura. De esta manera se formaría una

nueva raza con una cierta capacidad de resistencia pasiva, pero muy disminuida en la envergadura de su nivel cultural e intelectual con relación a la raza superior originaria. No obstante, también en este último caso el bastardo será siempre vencido en la lucha por la existencia mientras tenga como adversario al representante de una raza pura superior. Con el paso del tiempo, todos esos nuevos organismos raciales formados como consecuencia del rebajamiento del nivel de la raza y de la disminución de la fortaleza espiritual y de la capacidad creadora de ahí dimanantes, no podrían salir victoriosos en una lucha con una raza pura, mental y culturalmente superior.

Se puede, pues, establecer el siguiente principio:

Toda mezcla de razas conduce inevitablemente, antes o después, a la ruina del producto híbrido, siempre y cuando siga existiendo, de alguna forma, la parte más elevada de esta mezcla en una unidad pura racialmente compacta. Sólo cuando el último vestigio de la unidad racial más elevada se pierde, el producto híbrido deja de estar en peligro de extinción. En esto se funda el proceso de regeneración natural que, contando con un núcleo de elementos de raza pura y siempre que haya cesado la bastardización, llega a eliminar poco a poco los gérmenes del envenenamiento racial.

A esa situación pueden llegar individuos con el más fuerte instinto racial y que sólo por circunstancias especiales o por influencia de coacción, fueran obligados a abandonar los procesos normales de multiplicación de la pureza racial. Así, en cuanto esa coacción finaliza, la parte que todavía se mantiene pura tenderá a unirse a sus semejantes, poniendo un dique al mestizaje. De esta manera los productos de la bastardización entran por sí mismos en un segundo plano, a menos que por el número considerable alcanzado, la resistencia de los elementos raciales puros se hubiese vuelto imposible.

El hombre que una vez perdió sus instintos haciendo caso omiso de sus obligaciones impuestas por la Naturaleza no debe esperar un correctivo por parte de ésta hasta que no haya compensado con conocimientos visibles la pérdida de ese instinto; corresponderá entonces a la Naturaleza efectuar la necesaria tarea de subsanación de los errores. Sin embargo, existe siempre el peligro de que el hombre, completamente ciego, destruya cada vez más las fronteras raciales hasta perder completamente las últimas cualidades de la raza superior. Y entonces resultará de todo eso la masa informe que los famosos reformadores de nuestros días ven como un ideal; mas esta mezcla eliminaría del mundo en poco tiempo el idealismo. Ciertamente se podría formar un gran rebaño de individuos pasivos, pero nunca de hombres portadores y creadores de cultura. La misión de la Humanidad debería entonces darse por terminada.

Quien no quiera que la Humanidad marche hacia esa situación, debe hacerse a la idea de que, sobre todo, la misión principal de los Estados Germánicos es cuidar de poner un dique a la progresiva mezcla de razas.

La actual generación de nuestros notorios alfeñiques naturalmente gritará en contra de esto y se quejará de la «ofensa a los más sagrados derechos humanos».

Sin embargo, sólo existe un derecho humano sagrado siendo ese derecho al mismo tiempo el más sagrado deber, esto es: velar por la pureza racial para, mediante la conservación de la mejor parte de la Humanidad, hacer posible un perfeccionamiento mayor de la especie humana.

Un Estado de concepción racista tendrá, en primer lugar, el deber de sacar el matrimonio del plano de una perpetua degradación racial y consagrarlo como la institución destinada a crear seres a imagen del Señor, y no engendros mitad hombre, mitad mono.

Cualquier protesta contra esta tesis, fundándose en razones llamadas humanitarias, va acorde con una época maldita en la que, por un lado, se da a cualquier degenerado la posibilidad de multiplicarse, lo cual supone imponer sufrimientos a sus descendientes y a los contemporáneos de estos indecibles, mientras que, por el otro, se ofrece en establecimientos y hasta en puestos de venta ambulantes los medios destinados a evitar la concepción en la mujer aun tratándose de unos padres completamente sanos.

En el Estado actual de «orden y tranquilidad» es pues un crimen ante los ojos de sus defensores y del valiente mundo nacional-burgués el tratar de anular la capacidad de procreación de los sifilíticos, tuberculosos, tarados atávicos, defectuosos y cretinos; en cambio, nada tiene para ellos de malo ni afecta a las «buenas costumbres» de esta sociedad hipócrita el hecho de que millones de los mejores restrinjan prácticamente la natalidad. Pues de otro modo, tendrían que quebrarse la cabeza para encontrar medios de proveer la subsistencia y la conservación de aquellos elementos sanos de la Nación que deben prestar un gran servicio a las generaciones futuras.

¡Cuán infinitamente huérfano de ideas y de nobleza está todo este sistema! Nadie se inquieta ya por legar a la posteridad lo mejor, sino que, llanamente, se deja que las cosas sigan su curso... Hasta nuestra Iglesia peca contra el principio tan acentuado por ella del «Hombre creado a imagen y semejanza de Dios», pues hablando siempre del alma del hombre, deja a éste descender a la posición del degradado proletario. La gente se avergüenza al darse cuenta de la escasa actuación de la concepción cristiana en nuestro propio país, así como de la espantosa «impiedad» para con esos individuos raquíticos de espíritu y degradados de cuerpo, mientras procura resarcirse llevando con éxito la bendición de la Iglesia a cafres y hotentotes. Mientras nuestros pueblos europeos —alabado sea Dios— son devastados por una lepra moral y física, el errante y piadoso misionero se dirige al África Central para organizar comunidades de negros, al tiempo que en nuestra «elevada civilización» de hombres sanos, aunque primitivos y atrasados, se va fomentando el desarrollo de una podrida prole bastarda.

Sería mucho más noble que ambas iglesias cristianas, en lugar de importunar a los negros con misiones que éstos ni desean ni comprenden, enseñasen a nuestros pueblos europeos, con gestos bondadosos pero con toda seriedad, que es una obra agradable a Dios hacer que los padres no sanos tengan compasión de los pobres huérfanos sanos, dotándoles de un padre y una madre, en lugar de traer al mundo un hijo enfermo que sólo aportará infelicidad y sufrimiento a todos.

Es deber del Estado racista reparar los daños ocasionados en este orden. Éste tiene que comenzar por hacer de la cuestión de la Raza el punto central de la vida de la comunidad; tiene que velar por la conservación de su pureza y consagrar también al niño como el bien más preciado de su pueblo. El Estado está obligado a cuidar de que sólo los individuos sanos tengan descendencia. Debe inculcar que existe un oprobio único: traer niños al mundo sabiendo que se padece alguna enfermedad o deficiencia; pues en este caso hay una acción que dignifica: renunciar a la descendencia. Por el contrario, deberá considerarse execrable el privar a la Nación de niños sanos. El Estado debe de presentarse como el garante de un futuro milenario, frente al cual nada signifiquen el deseo y el egoísmo individual. El Estado tiene que poner los más modernos recursos médicos al servicio de esta necesidad. De este modo todo individuo notoriamente enfermo y efectivamente tarado —y como tal, susceptible de seguir transmitiendo por herencia sus defectos—, debe ser declarado no apto para la procreación. Por otro lado, el Estado tiene que velar también porque la fecundidad de la mujer sana no sufra restricciones como consecuencia de la pésima administración

económica de un régimen de gobierno que ha convertido en una maldición para los padres la dicha de tener una prole numerosa. Se debe liberar a la Nación de esa indolente y criminal indiferencia con que hoy se trata a las familias numerosas y en lugar de eso ver en ellas la más elevada defensa de la bendición más preciada de un pueblo. Las atenciones de la Nación deben ser más en favor de los niños que de los adultos.

Aquél que física y mentalmente no sea sano y digno, no debe perpetuar sus males en el cuerpo de su hijo. Enorme es el trabajo educativo que pesa sobre el Estado racista en este orden, mas su obra aparecerá un día como un hecho más grandioso que la más gloriosa de las guerras de ésta nuestra época burguesa. El Estado, por medio de la educación, tiene que persuadir al individuo de que estar enfermo y ser físicamente débil no constituye una deshonra, sino simplemente una desgracia digna de compasión; y que es un crimen y, por consiguiente, una afrenta, transmitir por propio egoísmo esa desgracia a seres inocentes. Por el contrario, es una prueba de gran nobleza de sentimientos, del más admirable espíritu de humanidad, que el inocente enfermo renuncie a tener hijos suyos y consagre su amor y su ternura a alguna pobre criatura de su raza que, con su salud, prometa convertirse en un miembro vigoroso de una comunidad fuerte. En esa obra de educación, el Estado debe coronar sus esfuerzos tratando también el aspecto intelectual. El Estado deberá obrar prescindiendo de la comprensión o incomprensión, así como de la popularidad o impopularidad que provoque su modo de proceder en este orden.

La prohibición durante seis siglos de la capacidad y posibilidad de procreación de los degenerados físicos y mentales, no sólo liberaría a la Humanidad de una inmensa desgracia, sino que además produciría una situación de restablecimiento que hoy parece casi imposible. Si se realizara con método un plan para fomentar la procreación de los más sanos, el resultado sería la constitución de una raza que, al menos inicialmente, eliminase los brotes que son hoy la causa de nuestra decadencia física y moral.

Sólo después de haber tomado ese rumbo es cuando un pueblo y un Gobierno conseguirán mejorar el núcleo de mayor valor racial de la nación y aumentar su capacidad de procreación, permitiendo después a la colectividad gozar de la bendición de la existencia de una raza sana.

En este proceso, es preciso que el Estado no deje al azar la colonización de las nuevas tierras conquistadas, sino que por el contrario, lo lleve a cabo bajo la guía de unos principios definidos. Se deben organizar expresamente unas comisiones raciales que tengan como objetivo proporcionar certificados de residencia a estos individuos; estos informes, sin embargo, obedecerán a determinados criterios de pureza racial. Así, poco a poco se podrán ir formando colonias fronterizas cuyos habitantes todos serán portadores de la sangre más pura, y por tanto, de las mayores aptitudes raciales. Serán el más preciado tesoro de toda la Nación; su progreso debe llenar de orgullo y alegre esperanza a todos los miembros de la comunidad, pues en ellas descansarán los gérmenes del futuro desarrollo de su propio pueblo, estando por tanto a salvo la Humanidad.

Apoyada en el Estado, la ideología o *Weltanschauung völkisch* logrará a la postre el advenimiento de una época más noble, en la cual los hombres se preocupen menos por la selección de perros, caballos y gatos, que de levantar el nivel racial del hombre mismo; una época en la que unos renuncien silenciosamente y otros se sacrifiquen y se ofrezcan con gozo.

Que esto es factible se prueba en un mundo donde cientos de miles se imponen voluntariamente el celibato sin otro compromiso que el precepto de una religión.

¿No debería ser posible la misma renuncia, si en lugar del voto religioso se colocara la advertencia de que se debe poner fin al perpetuo y siempre válido pecado original del envenenamiento racial y dar al Creador Todopoderoso sólo criaturas hechas a su imagen y semejanza?

Ciertamente, el calamitoso ejército que forman nuestros burgueses nunca lo entenderá. Ellos se reirán, encogerán los hombros o saldrán siempre con sus eternas evasivas: «¡Eso es muy bonito, pero es irrealizable!». En vuestro mundo sí, esto es de hecho imposible. Pues vosotros sólo tenéis una preocupación: vuestro propio «yo»; y un único Dios: vuestro dinero. Mas nosotros tampoco nos dirigimos a vosotros y sí a las grandes legiones de los que, por demasiado pobres, su propia vida significa la mayor de las fortunas de este mundo; nos dirigimos a aquellos que no ven en el oro al regidor de su existencia, pues creen en otros dioses. Sobre todo a nuestra impetuosa juventud alemana es a la que nos dirigimos. Está creciendo esta juventud en un gran cambio de época —la cual es la causa de la desidia e indiferencia de sus padres— que les obligará a lanzarse a la lucha. La juventud alemana, o se convierte en constructora de un nuevo Estado racista *völkisch*, o como último testigo de la derrota, experimentará un día el final del mundo actual.

Cuando una generación adolece de defectos que incluso reconoce y confiesa, como ocurre hoy con nuestro mundo burgués, para luego a pesar de ello conformarse con la cómoda disculpa de que nada se puede remediar, quiere decir que esa generación ha caído ya en la decadencia. La principal característica de nuestro mundo burgués es que ya no puede negar la enfermedad. Está obligado a confesar que hay muchas cosas podridas, pero no es capaz de decidirse a combatir el mal coordinando toda la energía y la fuerza de sesenta o setenta millones de hombres para oponerse al peligro. Al contrario, cuando esto sucede, entonces se vierten estúpidos comentarios intentándose probar la imposibilidad teórica de ese modo de proceder y demostrando que no se debe ni pensar en el éxito. No existe razón, por más absurda que sea, que no invoquen en apoyo de su mezquina posición y opinión moral. Si por ejemplo, un continente entero se decidiera a combatir el envenenamiento producido por el alcohol para liberar al pueblo de las garras de ese devastador vicio, nuestro mundo burgués europeo reaccionaría limitándose a observar de forma estúpida y arrogante, a mover la cabeza de un lado para otro, a encogerse de hombros y a ridiculizar la idea. Y cuando se dieran cuenta de que tales extravagancias no sirven ya de nada, y en alguna parte del mundo triunfara el noble e inviolable movimiento, en lugar de aceptar su petulancia pondrían en entredicho tal éxito y cuestionarían su importancia, sin titubear por el hecho de estar invocando los principios de la moral burguesa para oponerse a una campaña que pretende suprimir una de las mayores fuentes de inmoralidad.

¡No! Nosotros no debemos hacernos ninguna ilusión. Bien sabemos que nuestra burguesía actual es incapaz de ponerse al servicio de una elevada misión, pues su estado moral es sencillamente desastroso; y es desastroso —en mi opinión— no tanto por una maldad intencionada, sino más bien debido a una incalificable indolencia y todo lo que de ella emana. He aquí también la razón por la que aquellas agrupaciones políticas que abundan bajo la denominación genérica de «partidos burgueses» (o de «centro») hace tiempo que no son otra cosa que comunidades de intereses creados por determinados grupos y clases profesionales, de tal forma que su máximo objetivo se concreta ya sólo en la defensa más apropiada de egoístas intereses. Resulta ocioso, por cierto, querer explicar que un gremio tal de «burgueses políticos» pueda prestarse a todo menos a la lucha, especialmente si el sector adversario no se compone de timoratos, sino de masas proletarias fuertemente aleccionadas y dispuestas a todo.



Si consideramos como el primer deber del Estado la conservación, el cuidado y el desarrollo de nuestros mejores elementos raciales para el servicio y por el bien de la nación, es lógico, pues, que ese celo protector no acabe con el nacimiento del respectivo joven miembro del pueblo y de la raza, sino que el Estado tendrá además que hacer del pequeño vástago un elemento valioso para una futura propagación de su estirpe racial.

Y así como, en general, la condición esencial para la capacidad de realizaciones intelectuales descansa sobre la calidad racial del material humano existente, así también la educación, en primer lugar, debe tener en mira y potenciar la salud física, pues una mente fuerte y saludable sólo se encuentra en individuos fuertes y saludables. No desmiente esta verdad el hecho de que muchos genios son físicamente malformados y hasta, incluso, enfermos, pues aquí —como en todo—, la excepción no hace más que confirmar la regla. Si la masa de un pueblo está compuesta de degenerados físicos, muy raramente surgirá de esa ciénaga un espíritu realmente grande; por lo que de su comportamiento no será lícito, en ningún caso, esperar gran cosa. Esa masa inferior, o no entenderá en absoluto al genio, o será tan débil de voluntad que no logrará seguirlo en sus altos vuelos.

Fundándose en esta convicción, el Estado racista no tiene que limitar su misión educadora a la mera tarea de insuflar conocimientos, sino que su objetivo debe consistir, en primer término, en formar hombres físicamente sanos con unas buenas facultades mentales. En lugar preferente debe situarse la educación del carácter y, sobre todo, el fomento de la fuerza de voluntad y decisión, habituando al joven estudiante a asumir gustoso la responsabilidad de sus actos, viniendo sólo después en segundo plano la instrucción científica.

El Estado racista debe partir del punto de vista de que un hombre, de instrucción modesta pero de cuerpo sano y de carácter firme, rebosante de voluntad y de espíritu de acción, vale más para la comunidad del pueblo que un súper-intelectual enclenque. Un pueblo de sabios, si a su vez éstos son unos cobardes pacifistas, débiles de voluntad y físicamente degenerados, ni realizará nunca grandes hazañas, ni podrá asegurarse la existencia en la Tierra. En la áspera lucha por la existencia es más difícil vencer al que sabe menos, que a los que no pueden sacar provecho de su ciencia en su actuación en la vida. Debe, pues, existir una armonía entre los dos puntos de vista. De un cuerpo destruido, incluso dotado de un brillante espíritu, no es lícito esperar nada grandioso. De ningún modo podría justificarse la más alta cultura intelectual si ésta procediese de un sujeto débil y cobarde sin fuerza de voluntad y físicamente pervertido y raquítico. Lo que hizo eterno el ideal de la belleza griega fue la portentosa armonía entre la perfección física, espiritual y moral.

La sentencia de Moltke[100], según la cual «la fortuna, a fin de cuentas, se reserva siempre para quien la merece», también se puede aplicar a la armonía que debe existir entre cuerpo y espíritu. Un espíritu sano generalmente se halla en un cuerpo sano.

Por tanto, el perfeccionamiento físico no constituye en el Estado racista una cuestión individual, ni tampoco algo que incumba en primer lugar a los padres e interese a la comunidad sólo en segundo o tercer término, sino que es una necesidad de la conservación nacional representada y garantizada por el Estado. Así como en lo tocante a la instrucción escolar interviene hoy el Estado velando por el derecho a la

[100] Helmuth Graf von Moltke. Mariscal de campo prusiano y gran estratega, llegó a dirigir las operaciones de la Guerra Franco-Prusiana, y la Guerra de las Siete Semanas. (N. del T.)

autodeterminación del individuo y supeditándolo al interés de la colectividad, sometiendo al niño a una enseñanza obligatoria sin el previo consentimiento de los padres, del mismo modo, pero en una escala mayor, tiene el Estado racista que imponer un día su autoridad frente al desconocimiento o la incomprensión del individuo en cuestiones que afectan a la conservación de la nación. Su labor educativa deberá estar organizada de tal suerte que el cuerpo del niño sea tratado convenientemente desde su más temprana infancia, para que así adquiera el temple físico necesario para su vida futura. Sobre todo, velará para que no se forme una generación de sedentarios.

Este trabajo de educación y asistencia debe ser iniciado por las madres. Pues así como fue posible con un cuidadoso trabajo de décadas conseguir un ambiente libre de infecciones en el nacimiento limitando, en algunos casos, la fiebre puerperal[101], también debe ser y será posible, por medio de una sólida educación de las propias madres y hermanas ya en los primeros años del niño, darle cuidados que proporcionen una base excelente para el desarrollo futuro.

La escuela en el Estado racista tiene que dedicar a la educación física mucho más tiempo del actualmente fijado. De ningún interés es que se sobrecargue el cerebro de los niños con un exceso de conocimientos que, la práctica demuestra, sólo en una proporción insignificante son conservados. Así, en la mayor parte de los casos, olvidan lo importante y retienen lo que es secundario, debido a que los niños no están en condiciones de hacer una selección razonable de la materia que se les enseña. Fue un craso error —si se compara con el tiempo dedicado a la formación puramente intelectual— tener hoy, incluso en el programa de las escuelas de grado medio, reservadas a la gimnasia solamente dos horas por semana, y esto incluso sin carácter obligatorio. No debería transcurrir un solo día sin que el adolescente deje de consagrarse, por lo menos durante una hora por la mañana y otra por la tarde, al entrenamiento de su cuerpo mediante deportes y ejercicios gimnásticos. En particular no puede prescindirse de un deporte que, justamente ante los ojos de muchos que se hacen llamar «*völkisch*», se tiene como rudo e indigno: el boxeo. Es increíble lo expandidas que están las opiniones erróneas a este respecto en las esferas «cultas», donde se considera natural y honorable que el joven aprenda esgrima y practique con espada, en tanto que al boxeo se lo conceptúa como rudo. ¿Y por qué? No existe deporte alguno que fomente como éste el espíritu de ataque y la facultad de rápida decisión, haciendo que el cuerpo adquiera la flexibilidad del acero. No es más brutal que dos jóvenes diluciden un altercado con los puños que con una lámina de hierro afilado. Tampoco es menos noble que un hombre agredido se defienda de su agresor con los puños en vez de huir para apelar a la policía. Pero sobre todo, el muchacho sano debe aprender a soportar golpes. Eso, a los ojos de nuestros «luchadores intelectuales» de hoy, puede parecer salvaje, pero el Estado *völkisch* no tiene por misión fundar una colonia de estetas pacifistas o de degenerados físicos. El tipo humano ideal que busca el Estado racista no está representado por el pequeño moralista burgués o por la solterona virtuosa, sino por la obstinada encarnación de la energía viril y por mujeres capaces de dar de nuevo a luz verdaderos hombres.

Es así como el deporte no sólo está destinado a hacer del individuo un hombre fuerte, diestro y audaz, sino también a endurecerle y enseñarle a soportar inclemencias.

Si toda nuestra élite de intelectuales no hubiese sido educada tan exclusivamente en medio de reglas de compostura y decoro y hubiese aprendido también a boxear, jamás habría sido posible la Revolución de 1918, revolución ésta hecha por rufianes,

[101] Fiebre puerperal. Infección muy común en los partos del siglo XIX debido a la falta de higiene hospitalaria. Afecta tanto a las mujeres que dan a luz o abortan como a los recién nacidos. (N. del T.)

desertores y otros maleantes; porque lo que a éstos les dio el triunfo no fue el fruto de su osadía ni de su fuerza de acción revolucionaria, sino más bien el resultado de la cobarde y miserable falta de entereza por parte de los que entonces dirigían el Estado y eran los responsables de su conservación. Los conductores intelectuales de nuestro pueblo apenas recibieron educación física, y por eso quedaron sin poder reaccionar en el momento en que los adversarios, en vez de armas intelectuales, pusieron en escena barras de hierro. La Revolución sólo triunfó porque la educación suministrada en las escuelas superiores no formaba Hombres en el verdadero sentido de la palabra, sino funcionarios, ingenieros, técnicos, químicos, juristas, literatos y, finalmente, profesores encargados de mantener siempre viva esa instrucción puramente intelectual.

Nuestra dirección intelectual produjo brillantes resultados, pero el cultivo de nuestra fuerza de voluntad siempre estuvo debajo de cualquier valoración.

Está claro que, por medio de la educación, no se puede transformar a un cobarde en un hombre valeroso, sin embargo también es evidente que las cualidades de un hombre que no sea cobarde por naturaleza se debilitan si no recibe una educación que perfeccione su fuerza física y su destreza, sometiéndole, por tanto, desde el principio a los demás. Es en el Ejército donde mejor se puede evaluar lo que la capacidad física estimula el coraje y despierta el espíritu de ataque. La excelente instrucción recibida por nuestros soldados durante los tiempos de paz inoculó en ese gigantesco organismo la fe sugestiva en su propia seguridad en proporciones que nuestros mismos adversarios juzgaban casi imposibles. El inmortal espíritu de combatividad y de valor que en los meses del final del verano y en el otoño de 1914 se verificó en la ofensiva del Ejército alemán fue efecto exclusivo de los ininterrumpidos ejercicios durante los largos años de paz, que permitieron que de cuerpos débiles se obtuviesen los resultados más increíbles y que en ellos se inspirara una confianza en sí mismos que jamás los abandonó ni en los más cruentos combates.

Nuestro pueblo alemán, que hoy yace en la ruina, expuesto a las patadas del resto del mundo, necesita justamente aquella fuerza de sugestión que emana de la confianza en sí mismo. Mas este sentimiento tiene que ser ya inculcado desde la niñez a todos los jóvenes miembros de la nación. Toda la educación e instrucción del joven debe estribar en la tarea de cimentar la convicción absoluta de ser superior a los demás. Mediante su vigor físico y su agilidad, debe recobrar la fe en la invencibilidad de su nación, pues aquello que otrora condujera al Ejército alemán a la victoria, fue la suma de confianza que poseía en sí mismo cada uno de sus componentes y, a su vez, la confianza común en quien los dirigía. Lo que ha de levantar de nuevo al pueblo alemán es sin duda la convicción de volver al goce de su libertad; pero esta condición no puede ser sino el resultado de un sentimiento común de confianza, arraigado en el alma de millones de personas.

Mas tampoco en esto debemos hacernos ilusiones:

Si enorme fue en magnitud el desastre sufrido por nuestro pueblo, no menos enorme tiene que ser el esfuerzo que hagamos para acabar un día con la calamidad que nos aflige. Se engaña profundamente quien crea que nuestro pueblo, continuando esa educación burguesa inspirada en la «paz» y el «orden», podrá conquistar la fuerza necesaria para modificar la situación actual de ruina, y tirar nuestros grilletes de esclavos a la cara de los adversarios. Sólo gracias a un supremo esfuerzo de la voluntad nacional y sólo gracias también a un máximo de ansia libertaria y de pasión ardiente, ha de poderse recuperar lo que hoy nos falta.



También la indumentaria de los jóvenes debe ser apropiada para este fin. Es una verdadera lástima tener que ver cómo nuestra juventud actual se somete a una moda idiota que tan bien se traduce en el antiguo dicho: «el hábito hace al monje».

Justamente en la juventud es donde también el vestuario debe estar puesto al servicio de la finalidad educacional. Un joven que durante el verano anda de aquí para allá con largos pantalones y vestido hasta el cuello, dificulta su estímulo hacia la educación física. En cierto sentido, la ambición y la vanidad —todo hay que decirlo— también deben ser cultivadas, pero no la vanidad de poseer trajes bonitos que no todos pueden comprar, sino la de llegar a tener un cuerpo bello bien formado al que, por el contrario, todos pueden aspirar.

También para el futuro eso responde a una cierta finalidad: la muchacha debe conocer a su caballero. Si la belleza física no se ocultase hoy por completo bajo nuestra estúpida manera de vestir, la seducción de miles de muchachas por repugnantes judíos bastardos de piernas arqueadas no sería posible. Está también en el interés de la Nación que se llegue a la formación de cuerpos perfectos a fin de crear un nuevo ideal de belleza.

Eso es más necesario hoy por faltar la educación militar, cuya organización suplía en parte en los tiempos de paz la deficiencia de nuestro sistema educacional de antaño. El éxito de esa organización no se traslucía solamente en la educación del individuo, sino también en su influencia sobre las relaciones entre los dos sexos, pues la muchacha alemana prefería el militar al civil.

El Estado racista tiene que dirigir y supervisar el entrenamiento físico de la juventud, no sólo durante la vida escolar, sino que su obligación deberá extenderse también al período post-escolar, procurando que mientras el joven se halle en la época de desarrollo, se forme correctamente. Es un absurdo creer que terminado el período escolar cese súbitamente el derecho de control del Estado sobre la vida de sus jóvenes ciudadanos, para volver a ponerlo en práctica sólo cuando el individuo entra a prestar su Servicio Militar. Ese derecho es una obligación, y como tal tiene carácter permanente. El Gobierno actual, que no tiene ningún interés por la salud del pueblo, abandonó esa misión de la forma más criminal, permitiendo que la juventud se pervierta en las calles y en los burdeles en lugar de perfeccionarla físicamente de forma que en el futuro se transformen en hombres y mujeres sanos.

Es indiferente la forma en que el Estado prosigue esta educación, lo esencial es que lo haga buscando los medios más convenientes. El Estado *völkisch* tiene como misión la educación tanto intelectual como física de los jóvenes después de su edad escolar y llevarla a cabo a través de sus instituciones. Con ello, en líneas generales, esa educación podría constituir una especie de preparación previa para el Servicio Militar. El Ejército no debe tener necesidad, como hasta ahora, de iniciar al joven en las más elementales nociones de los ejercicios reglamentarios, y así tampoco incorporará reclutas del tipo corriente de hoy, sino que, simplemente, convertirá en soldado al muchacho ya de antemano excelentemente entrenado.

En un Estado *völkisch*, el Ejército no existe sólo para enseñar al hombre a desfilar o para otros ejercicios militares, sino que debe ser la última y más alta escuela de educación patriótica. Naturalmente que en el Ejército el joven recluta debe aprender a manejar las armas, pero al mismo tiempo debe ser preparado para la vida futura. El objetivo principal de la instrucción militar tendrá que ser, empero, el mismo que otrora constituyera el mayor mérito del antiguo Ejército: el lograr que esa escuela haga del joven un hombre; que allí no solamente aprenda a obedecer, sino a adquirir, asimismo,

las condiciones que lo capaciten para poder mandar un día. Deberá aprender a callar no sólo cuando se le reprenda con razón, sino también —cuando sea necesario— en el caso contrario.

Apoyado en la confianza de su propio poder y respaldado por la fuerza común del *Korpsgeist*[102] o espíritu de camaradería, debe adquirir la convicción de que su Patria es invencible.

Cumplido el Servicio Militar, dos documentos deben extendérsele: en primer lugar, su diploma de ciudadano como título jurídico que lo habilite para ejercer en adelante una actividad pública; y en segundo lugar, su certificado de salud corporal, como prueba para el matrimonio.

Análogamente al procedimiento que se emplea con el muchacho, el Estado racista deberá orientar la educación de la muchacha, partiendo de puntos de vista iguales.

También en este caso tiene que recaer la atención ante todo sobre el entrenamiento físico y sólo después sobre el fomento de las facultades morales y, por último, de las intelectuales. La finalidad de la educación femenina es, inmutablemente, formar a la futura madre.



Sólo en segundo lugar tiene el Estado *völkisch* que promover la formación del carácter. Ciertamente las cualidades reales del carácter en los individuos son innatas: el egoísta es y será siempre egoísta, del mismo modo que el idealista sincero será siempre idealista. Entre esos dos caracteres, absolutamente acusados, hay millones cuyo carácter es confuso. El criminal nato es y será siempre criminal, pero existen innumerables personas que poseen una cierta tendencia para el crimen y que podrán ser corregidas y transformadas en óptimos miembros de una colectividad. Mientras que inversamente, caracteres vacilantes pueden, por efecto de una mala educación, transformarse en pésimos elementos.

¡Con qué frecuencia durante la guerra había motivo para quejarse de que nuestro pueblo no era capaz de saber callar! ¡Cuán difícil fue por esto sustraer al conocimiento del enemigo secretos importantes! Pero debemos preguntarnos: ¿Qué hizo la educación alemana de la anteguerra para inculcar en el individuo la noción de la discreción? En la escuela, ¿no era preferido el delator al que se mantenía en silencio? ¿No se ha considerado y se considera a la fanfarronería como a una gloriosa «franqueza» y a la discreción como a una obstinación vergonzosa? ¿Alguien procuró, por casualidad, presentar la discreción como a una varonil y valiosa virtud? ¡No!, pues a los ojos de nuestros educadores actuales todo esto es sólo una bagatela, una bagatela que, sin embargo, le cuesta al Estado innumerables millones en concepto de gastos judiciales, ya que el noventa por ciento de todos los procesos por difamación o motivos análogos provienen únicamente de la falta de discreción.

Comentarios que se hacen sin ninguna responsabilidad son chismorreados tan a la ligera que nuestra economía nacional sufre constantemente perjuicios debido a imprudentes revelaciones sobre métodos especiales de fabricación, etcétera, hasta el punto de que incluso los mismos preparativos secretos relacionados con la defensa del país resultan ilusorios, porque sencillamente el pueblo no aprendió a callar, sino más

---

[102] *Korpsgeist.* Locución que procede del francés *esprit de corps* utilizada para expresar una conciencia de grupo o para la identificación de un grupo de personas que, unidas y movidas por un fin común, actúan como si se tratara de un único cuerpo. (N. del T.)

bien a divulgarlo todo. En una guerra, ese deseo o necesidad de hablar puede conducir a la pérdida de batallas y contribuir notablemente al desenlace desfavorable de la contienda.

También aquí se debe aceptar la creencia de que aquello que no se ejercitó en la juventud mal puede saberse practicar en la vejez. Se saca así la conclusión de que el profesor no debe procurar tomar conocimiento de pequeñas travesuras cultivando la delación. La juventud tiene su mundo propio; tiene para con los de más edad una solidaridad más limitada, perfectamente comprensible. La relación de un joven de diez años con otro de la misma edad es más natural que con uno más crecido. Un adolescente que denuncia a un camarada, practica una traición que, en un sentido figurado, se corresponde a una traición contra la Patria. Así, tal adolescente no puede ser considerado como «valiente» y «honesto», sino como poseedor de cualidades de carácter de escaso valor. Para el profesor puede ser más cómodo, para mantener la autoridad, utilizar esa mala costumbre, pero en el corazón de las criaturas ese procedimiento ocasionará un sentimiento que actuará como un germen fatal. ¡No es raro que de un pequeño delator salga un gran traidor!

Eso es sólo un ejemplo entre muchos. Hoy en día en la escuela es nulo el desarrollo consciente de las buenas y nobles cualidades del carácter. En el futuro, se impone darle a ese aspecto toda la significación que merece. Lealtad, espíritu de sacrificio y discreción son virtudes indispensables a un gran pueblo; virtudes cuya enseñanza e instrucción en la escuela tienen más importancia que muchas de las asignaturas que llenan los programas escolares. También debe formar parte de ese plan la lucha contra los lamentos y las eternas quejas. Si el proceso educativo dejase de actuar en el adolescente de modo que éste ya no acostumbrara a soportar en silencio todos los sufrimientos, no debería sorprendernos que, más tarde en el momento crítico, en la línea del frente de batalla por ejemplo, el correo sólo se ocupara de transmitir cartas con los lamentos y las quejas de una y otra parte. Si a nuestra juventud en las escuelas se la hubiese machacado menos con conocimientos y se la hubiese ejercitado más en el dominio de sí misma, grandes ventajas se habrían verificado en los años de 1915-1918.

El Estado racista, en consecuencia, al lado del trabajo de entrenamiento corporal, debe dar, dentro de su labor educativa, una máxima significación a la formación del carácter. Numerosos defectos morales que en la actualidad pesan sobre nuestro pueblo podrían ser, si no extirpados completamente, por lo menos atenuados en gran parte gracias a las ventajas de un sistema de educación bien orientado.



De la mayor importancia es la formación de la fuerza de voluntad y del poder de decisión, así como del placer de la responsabilidad.

Así como antiguamente en el Ejército era convicción general que una orden es siempre mejor que ninguna, también en la juventud una respuesta debe ser siempre mejor que ninguna. La idea de que, para no dar una respuesta falsa, es mejor no dar ninguna respuesta, debe avergonzar más que responder equivocado. Sobre esta primitiva base debe ser educada nuestra juventud a fin de que conserven el valor para actuar.

A menudo se ha lamentado que en aquellos funestos tiempos de noviembre y diciembre de 1918 las autoridades del Reich claudicaron vergonzosamente y que, desde

el Monarca hasta el último soldado, ya nadie tenía la entereza de obrar por propia iniciativa.

También este terrible hecho fue el resultado de nuestra educación, pues en esta espantosa catástrofe no hizo más que revelarse, a gran escala, aquella falla que en menor magnitud era común a todos. Esta falta de voluntad, y no precisamente la carencia de armas, es lo que hoy nos hace incapaces de una resistencia seria. Tal defecto está arraigado en el alma de nuestro pueblo, oponiéndose a toda decisión que entrañe un riesgo; como si lo grande de una acción no se manifestase justamente en la osadía. Sin darse cuenta, un General alemán encontró la fórmula clásica para definir semejante lamentable ausencia de voluntad: «Yo acostumbro a actuar —decía— sólo cuando cuento con el 51% de probabilidades de éxito». Y es aquí, en este «51%», donde radica la trágica causa del desastre alemán: porque aquél que previamente exige del Destino la garantía del éxito, renuncia de por sí al mérito de una acción heroica, pues ésta estriba precisamente en que el individuo, estando persuadido del peligro fatal de la empresa, opta por el paso que quizás pueda conducirle al éxito. Un enfermo de cáncer, cuya muerte es segura, no precisa del 51% de probabilidades para aventurarse a una operación. Y si esta operación sólo ofreciera un 0,5% de posibilidad de curación, un hombre valeroso se arriesgaría a la misma, pues si no lo hiciera no tendría el derecho de quejarse por su fatal suerte.

La epidemia actual de una cobarde falta de voluntad y espíritu de decisión es, en última instancia y sobre todo, la consecuencia de la falta de educación de nuestra juventud, cuya influencia devastadora se deja sentir en la vida posterior y cuyos últimos resultados son la falta de valor cívico de los estadistas que dirigen la Nación.

En la misma línea de conducta se encuentra también hoy el extendido temor hacia la responsabilidad. También en este caso el error radica en la falsa educación de nuestra juventud, error que después llega a saturar el conjunto de la vida pública y que, por último, encuentra su culminación suprema en la institución del Gobierno parlamentario.

Ya en la escuela se da más valor a una confesión de remordimiento y de contrición de los pequeños pecadores que a una franca confesión del error. Pues esto último a algunos de nuestros educadores de hoy les parece incluso como la muestra más visible de una depravación incorregible, siendo así algunos niños increíblemente amenazados «con la horca» debido a cualidades que serían de inestimable valor para el conjunto de la nación.

Del mismo modo que el Estado *völkisch* tendrá un día que dedicar máxima atención a la educación de la voluntad y la fuerza de resolución, igualmente deberá desde un comienzo imbuir en los corazones de la juventud la satisfacción de la responsabilidad y el valor de confesar sus faltas. Solamente cuando el Estado comprenda esa necesidad en toda su significación, podrá, después de un trabajo de formación que dure siglos, tener como resultado de ello un organismo nacional libre de esas criaturas débiles que tan fatalmente han contribuido a nuestra ruina.



Con escasas modificaciones, el Estado *völkisch* podrá incorporar a su sistema educacional el plan de una instrucción científica, que constituye en realidad el principio y el fin de toda la labor educativa del Estado actual. Estas modificaciones pueden ser resumidas en estos tres puntos:

En primer lugar, el cerebro juvenil no debe ser sobrecargado de conocimientos que, en una proporción del 95% no necesita y, por consiguiente, olvida. Especialmente el programa actual de las *Volkschule* o escuelas de primaria y de las *Mittelschule* o escuelas de secundaria, es de lo más anarquizado; en muchos casos, la materia impartida es tan vasta que sólo una parte es conservada, no encontrando ésta, incluso, utilización en la vida práctica; además, lo que se aprende no alcanza para cualquiera que desee especializarse en una determinada materia y ganarse la vida con ello. Tómese, por ejemplo, el tipo normal de empleado público de 35 a 40 años de edad que haya cursado en un *Gymnasium* o en una *Oberrealschule*[103]; si se examinan los conocimientos que penosamente adquirió en la escuela, se verá cuán poco quedó de todo aquello. Ciertamente se podrá responder que la instrucción recibida en la escuela no tiende solamente al objetivo de la posesión ulterior de múltiples conocimientos, sino también al desarrollo de la capacidad de asimilación, de raciocinio y de atención del cerebro. En parte, esto es cierto. Sin embargo, siempre existe el peligro de que el cerebro juvenil quede saturado de un raudal de impresiones que, en rarísimos casos, consigue asimilar completamente y cuyos detalles no puede valorar; por eso, en la mayoría de los casos, no es lo secundario sino lo esencial lo que los jóvenes olvidan y sacrifican. De esta manera el objetivo principal de esta macro-enseñanza acaba perdiéndose, pues ésta no puede basarse en hacer del cerebro un órgano capaz de aprender un batiburrillo ilimitado de materias, sino que debe consistir en proporcionar al individuo todos aquellos conocimientos de valor que él pueda necesitar en la vida futura y que pueda utilizar para el bien de la comunidad. Esto, sin embargo, será ilusorio si, debido a la superabundancia de materias que fueron inculcadas durante la juventud, el individuo ya no recuerda nada de éstas o justamente ha olvidado lo fundamental de las mismas. No es, por ejemplo, comprensible que millones de personas sean obligadas a aprender dos o tres lenguas extranjeras que sólo en proporciones insignificantes pueden utilizar y que, en la mayoría de los casos, olvidan completamente. De cien mil alumnos que aprendan francés, por ejemplo, tal vez apenas dos mil puedan encontrar utilidad para ese conocimiento, mientras que los otros no encontrarán ninguna durante toda su vida. Así, éstos dedicaron en la juventud miles de horas a un asunto sin valor alguno para la vida futura. Igualmente, el argumento de que esta materia pertenece a una enseñanza general es erróneo, pues esto sólo podría justificarse si estas personas pusieran en práctica todo lo aprendido a lo largo de su vida. De esta forma frente a dos mil hombres para los cuales el conocimiento de esa lengua fue de alguna utilidad práctica, hay noventa y ocho mil que fueron inútilmente sometidos al suplicio de aprenderla, con el sacrificio completo de su tiempo.

Además de eso, se trata en este caso de una lengua de la que no se puede decir que constituya una formación lógica del pensamiento, como se da tal vez con el latín. Por eso, sería más apropiado que se enseñase tal lengua a los jóvenes apenas en sus líneas generales, o mejor dicho, en su estructura interna, es decir, ofrecerles el conocimiento de los fundamentos de este idioma, introducirles en los conceptos básicos de su gramática y pronunciación, de la construcción de frases a través de ejemplos típicos, etcétera. Eso bastaría para las necesidades comunes, pues es más valioso tener una visión más clara y más fácil de recordar, que el intento actual de machacar con el aprendizaje de toda una lengua que realmente nunca se dominará y que se olvidará más adelante. Por tanto así se evitaría también el peligro de que, de toda la abundancia de materias enseñadas, sólo fragmentos inconexos permanecieran en la memoria, pues

[103] Escuela de Secundaria, muy similar al *Gymnasium*. Véase también nota 3. Primera Parte, Cap. I «En el hogar paterno». (N. del T.)

habiendo sido hecha de antemano la separación entre lo útil y lo inútil, los jóvenes simplemente tendrían que estudiar lo más notable.

El sistema de educación que aquí esbozo a grandes rasgos sería suficiente para la gran mayoría de los jóvenes. Los que, más tarde, precisaran de una lengua extranjera, podrán siempre seguir estudiándola exhaustivamente a su libre elección.

De esta forma el plan de estudios ganaría el tiempo necesario para la educación física y para el resto de materias que ya indiqué.

En particular, se hace necesaria una reforma del método de instrucción actual en cuanto a la enseñanza de la Historia. Probablemente no haya otro país en el que se aprenda más Historia que en Alemania, sin embargo tampoco en el mundo habrá seguramente un pueblo que, a semejanza del nuestro, sepa servirse tan pésimamente de las lecciones que ofrece. Si la política es historia en construcción, entonces nuestra enseñanza de la historia depende de la forma en que se lleve a cabo nuestra actividad política. Tampoco nos debemos irritar con los miserables resultados de la dirección de los asuntos públicos si no estuviésemos resueltos a cuidar de una mejor educación política. En un noventa y nueve por ciento de los casos, es lamentable el resultado de la forma actual de la enseñanza de la Historia. A menudo la memoria retiene sólo algunas pocas fechas, nombres y datos, en tanto que es notoria la falta absoluta de una orientación grande y clara. Todo lo esencial, es decir, aquello que en realidad debe aprenderse, no se enseña, sino que se confía al carácter más o menos genial del alumno el averiguar las causas determinantes de los procesos históricos entre todo un cúmulo de fechas y sucesos. Por más desastrosa que resulte esa comprobación, se mantiene incuestionable. Para probar esto, basta con leer atentamente los discursos de nuestros parlamentarios sobre los problemas políticos, incluyendo los de la política exterior; piénsese en que, por la importancia de su posición, esos parlamentarios representan —al menos así lo afirman— la élite nacional, y que en todo caso una gran parte de ellos frecuentaron las escuelas secundarias y algunos, incluso, hasta las superiores, y se comprenderá entonces lo insuficiente que es la cultura histórica de esos hombres. Si ellos nunca hubiesen estudiado Historia, sino que poseyeran intuiciones sanas, habría sido mucho mejor y más útil para la Nación.

Es justamente en la enseñanza de la Historia en la que se debe proceder a una simplificación de la materia. El valor principal de este estudio consiste en precisar las grandes líneas del acontecer humano. Cuanto más se adecue la enseñanza a este punto de vista, tanto más es de esperar que los individuos saquen provecho más adelante de sus conocimientos, lo cual también es ventajoso para la colectividad. No se aprende Historia con la sola finalidad de enterarse de lo que una vez fue, sino para encontrar en ella una fuente de enseñanza necesaria en el porvenir y para la conservación del propio pueblo. Ésa es la finalidad, siendo la enseñanza de la Historia tan sólo un medio hacia ella. Hoy, sin embargo, el medio también ha acabado por convertirse en un fin, quedando excluido por completo el objetivo original. Que no se diga que la comprensión a fondo de la Historia supone el conocimiento minucioso de fechas como base para la deducción de las grandes líneas de desarrollo. Esta deducción incumbe a los investigadores científicos, pues el hombre medio no es ningún profesor de Historia. Para éste, el estudio de la Historia debe consistir, en primer lugar, en proporcionarse las nociones históricas necesarias para poder tomar posición frente a los acontecimientos políticos de la Nación. En cambio, quien desee ser profesor, que profundice después en esos estudios. Éste sí que tendrá que ocuparse de todos los detalles, incluso de los más insignificantes. A todos los efectos, la enseñanza actual de la Historia es deficiente,

pues, para la mayoría de los individuos resulta demasiado extensa y para los especialistas, demasiado exigua.

Por lo demás, es tarea de un Estado racista velar para que al fin se llegue a escribir una Historia Universal donde el problema racial ocupe un lugar predominante.



En resumen: el Estado racista (*völkisch*) debe sintetizar la enseñanza intelectual reduciéndola a lo esencial. Sólo después de eso es cuando deberá ofrecerse la posibilidad de una educación especializada sobre bases sólidas. Bastará con que el individuo posea, a grandes rasgos, los conocimientos generales de una educación básica, profundizando sólo de manera exhaustiva en aquellas materias que vayan a serle de utilidad en su vida futura. La educación general de todas las asignaturas debe ser obligatoria, dejando la especialización a elección del individuo.

La reducción de los programas y de las horas de estudio que de esta forma se obtendría sería aprovechada en beneficio de la formación física, del carácter, de la voluntad y del poder de decisión.

La poca importancia que nuestras escuelas, sobre todo las de educación secundaria, dan hoy a las exigencias profesionales en la vida post-escolar se evidencia de la mejor manera por el hecho de que hombres procedentes de tres escuelas diferentes puedan abrazar una misma profesión. De ahí se concluye que lo importante es la educación general y no una formación especializada. Cuando se trata de casos en que un verdadero conocimiento especializado se hace necesario, los programas de nuestras escuelas secundarias se muestran deficientes.

Así, por tanto, el Estado racista debe acabar un día con tales insuficiencias.



La segunda modificación indispensable en los programas escolares del Estado racista debe consistir en lo siguiente:

Signo característico de la época materialista en que vivimos es el hecho de que nuestra instrucción se concreta cada vez más en las ciencias exactas, es decir, las matemáticas, la física, la química, etcétera. Por necesario que esto sea en tiempos en que domina la técnica, o al menos en que representa un signo visible de la vida cotidiana, no por eso deja de entrañar un inminente peligro el exclusivismo científico creciente de la instrucción en una Nación. Contrariamente, la instrucción general debería ser siempre de índole idealista. La educación debería ajustarse más a disciplinas humanistas y sólo preparar las bases para la futura especialización de materias científicas. Pues con el sistema de enseñanza actual se desperdician fuerzas que para la conservación del pueblo son mucho más importantes que todos los demás conocimientos especializados.

Principalmente, no nos deberíamos apartar, en la enseñanza de la Historia, del estudio de la Antigüedad, pues la Historia Romana, bien comprendida en sus líneas generales, es y será siempre el mejor ejemplo, no sólo para el presente, sino también para el futuro. El ideal de la Cultura Helénica en su típica belleza, debe también ser emulado. No se debe destruir la gran comunidad racial que a ella nos une por las diferencias posteriores aparecidas entre pueblos. La lucha en que hoy nos debatimos

tiene el gran objetivo de ir ligando nuestra existencia al pasado milenario y unificar así el mundo grecorromano con el germánico.

Conviene establecer una diferencia precisa entre la instrucción general y las especializaciones profesionales. Así como estas últimas están amenazadas de descender cada vez más a un plano de servicio exclusivo al dios *Mammon*[104], la instrucción general, al menos en su orientación idealista, tiene que ser mantenida a modo de contrapeso. También en este caso es necesario inculcar firmemente el principio de que la industria y la técnica, el comercio y las profesiones, solamente pueden florecer mientras una comunidad nacional, inspirada en fines idealistas, garantice las condiciones necesarias para su desarrollo.

Sin embargo, estas condiciones no estriban en el egoísmo materialista, sino en un espíritu altruista, dispuesto al sacrificio.



La educación actual de la juventud tiene, como el más elevado objetivo, dar al joven la instrucción que en el futuro precisará para progresar en la vida. Esa orientación puede expresarse mediante la siguiente fórmula: «El joven debe llegar a ser un día una unidad útil en la sociedad humana». De esto se infiere únicamente la capacidad de ganarse la vida de manera honesta. La cívica educación superficial se sustenta *a priori* sobre bases muy débiles. Como el Estado no representa en sí más que una forma, es difícil educar hombres de acuerdo a ésta y menos aún imponerles deberes. Una forma es susceptible de romperse fácilmente. El concepto «Estado» carece hoy de un sentido claro, no dejando otro camino que el de la educación «patriótica» común. En la antigua Alemania, el énfasis de ese «patriotismo» descansaba en una glorificación a menudo poco inteligente y sobre todo muy anodina de pequeños potentados, lo cual implicaba, de antemano, renunciar al culto que se debía a las figuras realmente eminentes de nuestro pueblo. El resultado de todo esto por parte de las masas populares fue el insuficiente conocimiento de la Historia alemana, pues en este punto también faltaban las líneas esenciales de desarrollo.

Es obvio que en estas condiciones no es posible concebir un entusiasmo nacional verdadero. A nuestro sistema educacional le faltó el arte de destacar algunos pocos nombres de entre el devenir histórico de nuestro pueblo, convirtiéndolos en algo propio de todo el pueblo alemán y creando así una exaltación que provocara un sentimiento común en toda la Nación. No se supo destacar, a los ojos del presente, a aquellos hombres verdaderamente importantes de nuestro pueblo como héroes eminentes, ni concentrar la atención general sobre ellos de forma que se despertara un espíritu nacional común. No se fue capaz, en el tratamiento de las diferentes materias, de exaltar la gloria de la Nación por encima del nivel de una interpretación objetiva, ni de enaltecer el orgullo nacional a través de tales brillantes ejemplos. Para muchos, eso parecía un maligno «chauvinismo», cosa que, bajo esta forma, gustaba poco. El patriotismo dinástico pareció más agradable y más fácil de practicar que las fragorosas pasiones que despierta el orgullo nacional. Con la primera forma de patriotismo se estaba siempre dispuesto a «servir»; con la segunda se podía, un día, dominar. El patriotismo monárquico terminó en las asociaciones de veteranos; la meta a la que se llegaría con el verdadero fervor nacional era más difícil de determinar. Éste se compara con un caballo noble que no admite ser montado por cualquiera. ¡No es de admirar,

---

[104] Para los arameos tiene el significado de riqueza; en el mundo judío simboliza el dinero. *Matmon* en hebreo significa tesoro. (N. del T.)

pues, que la mayoría de la gente prefiriese retroceder ante ese peligro! Nadie pensó en que un día una guerra, con todos sus horrores, podría poner a prueba la consistencia de esos sentimientos patrióticos. Cuando esto aconteció, se verificó de la manera más dramática la falta de un elevado sentimiento nacional. Los hombres tenían cada vez menos voluntad de morir por sus imperiales y reales soberanos; y a la mayoría de ellos la «Nación» les resultaba algo totalmente desconocido.

Desde que la Revolución de 1918 hiciera su entrada triunfal en Alemania y el patriotismo monárquico llegara a su fin, el objeto de la enseñanza de la Historia en nuestras escuelas no es otro realmente que la mera adquisición de conocimientos. El Estado, tal como ahora existe, no requiere del sentimiento nacional, y lo que anhela, sin embargo, tampoco lo logrará jamás. Pues si en una época regida por el principio de las nacionalidades no pudo existir un decidido patriotismo dinástico, mucho menos factible será ahora un entusiasmo republicano. Y no debe caber duda alguna de que bajo el lema «Por la República», el pueblo alemán nunca habría permanecido cuatro largos años en el campo de batalla, y menos aún todos aquellos que han hecho posible la creación de este «milagro».

Es evidente que la República Alemana debe su tranquila existencia a la docilidad con que por doquier acepta voluntariamente el tributo que se le impone y a la facilidad con que suscribe todo pacto que implique una renuncia nacional. Es lógico que esta República goce de simpatías en el resto del mundo; un hombre débil es siempre más agradable para los que de él se sirven que un hombre fuerte. En la simpatía del enemigo por esta forma de gobierno radica, sin embargo, la mayor crítica a la misma. A la República Alemana se la quiere y se la deja vivir por la sencilla razón de que no se podría encontrar un mejor aliado para la obra de esclavización de nuestro pueblo. A eso debemos su «magnífica» situación actual. De ahí la oposición a cualquier educación verdaderamente nacional y a que ésta se contente con la exaltación de héroes ficticios que, en la hora en que estos tengan que defender su bandera con su sangre, huirán como liebres.

El Estado racista *völkisch* tendrá que luchar por su existencia, siendo evidente que no podrá mantenerse ni defender su vida por la sola virtud de suscribir un «Plan Dawes»[105]. El Estado racista requerirá para su existencia y seguridad justamente todo eso de lo cual hoy se cree que se puede prescindir. Cuanto más incomparable y valioso se haga este Estado en su forma y en su fondo, mayor será el odio y la resistencia que le opongan sus detractores. Sus ciudadanos mismos, y no sus armas, serán entonces sus mejores medios de defensa; no lo protegerán barricadas, sino la muralla viva de hombres y mujeres plenos de amor supremo a la Patria y de fanático entusiasmo nacional.

El tercer aspecto a considerarse en lo concerniente a la instrucción científica es éste:

También la ciencia tiene que servir al Estado racista como un medio hacia el fomento del orgullo nacional. Se debe enseñar desde este punto de vista no sólo la Historia Universal, sino toda la Historia de la cultura humana. No bastará con que un inventor sea ensalzado únicamente como inventor, sino que debe aparecer todavía más sublime como hijo de la Nación. La admiración que inspira todo hecho magno debe transformarse en el orgullo de saber que el promotor del mismo es un compatriota. Del innumerable conjunto de los grandes nombres que llenan la Historia alemana, se impone

[105] Plan de ayuda económica hacia Alemania establecido por los EEUU y dirigido a conseguir que Francia y Gran Bretaña recibieran las reparaciones de guerra pagadas por Alemania para sufragar los préstamos que el propio Gobierno de los EEUU les había concedido durante la Primera Guerra Mundial. Entre dichos prestamistas se encontraban algunos banqueros e industriales judíos, entre ellos JP Morgan. (N. del T.)

seleccionar los más eminentes y presentarlos de manera contundente a la juventud, de tal modo que esos nombres se conviertan en columnas inconmovibles del sentimiento nacional.

De acuerdo con esos puntos de vista deben ser organizadas sistemáticamente las materias a ser enseñadas en las escuelas, e igualmente la educación debe ser orientada de tal manera que un joven, al dejar la escuela, no sea un semi-pacifista demócrata o cosa parecida, sino un verdadero alemán.

Para que este sentimiento nacional sea legítimo desde un comienzo y no consista en una hueca apariencia, justo es que en los cerebros todavía educables de la juventud se cimente un férreo principio: quien ama a su Patria prueba ese amor sólo mediante el sacrificio que por ella está dispuesto a hacer. Un patriotismo que no aspira sino al beneficio personal, no es patriotismo. Tampoco es nacionalismo el que pretende abarcar sólo a determinadas clases sociales. Los «hurras» nada prueban y no le dan derecho a llamarse patriota a quien así exclama, si no está imbuido en la noble solicitud de velar por la conservación del bienestar de su Nación. Uno sólo puede sentirse orgulloso de su pueblo cuando ya no tenga que avergonzarse de ninguna de las clases sociales que forman el mismo. Pues cuando una mitad de él vive en condiciones miserables e incluso depravadas, el cuadro es tan triste que no hay razón para sentir orgullo. Sólo cuando una Nación está física y moralmente sana, la satisfacción de pertenecer a ella que experimenta un patriota puede exaltarle con todo derecho el elevado sentimiento que denominamos orgullo nacional. Mas este noble orgullo podrá sentirlo únicamente aquél que sea consciente de la grandeza de su pueblo.

Esta íntima alianza entre el nacionalismo y el espíritu de justicia social debe ser implantada en los corazones jóvenes. Pues así un día se formará un Estado compuesto de ciudadanos unidos entre sí, fortalecidos en conjunto por un amor y un orgullo común que se hará inamovible e invencible para siempre.

El miedo hacia el «chauvinismo» que inspira a nuestra época constituye el signo de su impotencia. Dado que al Estado burgués no sólo le falta aquella fuerza exuberante, sino que incluso hasta parece desagradarle, jamás estará destinado a grandes hazañas. Pues las mayores revoluciones de la Humanidad no habrían sido posibles si las fuerzas impulsoras de las mismas hubieran sido sólo virtudes burguesas inspiradas en la «paz» y la «tranquilidad», en lugar de fanáticas e histéricas pasiones inspiradas por una causa.

Es evidente que el mundo de hoy va camino de una gran revolución y todo se reduce a la incógnita de saber si resultará en bien de la Humanidad Aria o en provecho del Judío Errante.

Mediante una apropiada educación de la juventud, podrá el Estado racista contar un día con una generación capaz de resistir la prueba en la hora de las últimas y supremas decisiones que determinen el destino del Mundo.

El primer pueblo en tomar este camino resultará vencedor.



La culminación de toda la labor educacional del Estado racista consistirá en infiltrar instintiva y racionalmente en los corazones y los cerebros de la juventud que le está confiada, la noción y el sentimiento de Raza. Ningún adolescente, sea varón o mujer, deberá dejar la escuela antes de hallarse plenamente convencido de lo que significa la pureza de la sangre y su necesidad. De esta manera se establecerán las condiciones esenciales para la conservación de los fundamentos raciales de nuestro

pueblo y, con ello, las condiciones preliminares para el posterior desarrollo cultural. Pues toda educación física e intelectual, en última instancia, resultaría inútil si no fuera aprovechada por una criatura dispuesta y resuelta a mantenerse en sí misma con su propia idiosincrasia. En caso contrario, sucedería lo que nosotros los alemanes hoy tanto lamentamos sin tal vez darnos cuenta de la extensión de esa trágica infelicidad: en el futuro serviríamos sólo de abono para la cultura y la civilización, no sólo en el sentido de las limitadas concepciones de la burguesía actual, que siente la pérdida de un compatriota sólo por el hecho de haber perdido un ciudadano, sino también ante la dolorosa idea de haber arruinado nuestra Raza a pesar de toda nuestra ciencia y capacidad. Si nos mezclamos con otras razas, elevaremos a un nivel más alto a las razas inferiores, pero nosotros descenderemos para siempre de la posición elevada en la que nos encontrábamos antes.

Finalmente, la educación, desde el punto de vista racial, tiene que alcanzar su perfección en el Servicio Militar; es decir, que el tiempo que dure este servicio hay que considerarlo como la etapa final del proceso normal de educación del ciudadano alemán.



Si la educación física e intelectual ha de tener capital importancia en el Estado racista, no menos esencial será la selección de los mejores elementos. Este aspecto se toma hoy en cuenta muy superficialmente. Por lo general, es sólo a los hijos de familias de alta situación económica y social a quienes, desde luego, se les conceptúa dignos de recibir una instrucción superior. El talento juega aquí un papel secundario, siendo sólo apreciado de modo relativo. Es posible, por ejemplo, que un muchacho campesino, aunque de instrucción inferior con respecto al hijo de una familia que ocupa desde generaciones atrás un rango elevado, posea más talento que éste. El hecho de que el niño burgués revele mayores conocimientos, nada tiene que ver con el talento mismo, sino que eso radica en el cúmulo notoriamente más grande de impresiones que este niño recibió ininterrumpidamente como resultado de su múltiple educación y del cómodo ambiente de vida que le rodea. Si el talentoso campesino desde pequeño hubiese crecido igualmente en el mismo medio, su capacidad intelectual sería otra. En la actualidad, existe quizá un solo campo de actividad donde realmente influye menos el origen social que el talento innato: el Arte. Como aquí no se trata de un mero «aprender», sino que todo proviene de las cualidades innatas que sólo precisan ser desarrolladas posteriormente, la cuestión del dinero y de la posición de los padres no se toma en consideración, lo que evidencia manifiestamente que el genio no es atributo de las esferas superiores ni de la fortuna. Los más grandes artistas proceden no pocas veces de los hogares más pobres, y muchos pequeños chicos de aldea se convierten, más tarde, en celebrados maestros.

No dice mucho de la profundidad de pensamiento de nuestro tiempo el que no se saque partido de esa verdad en beneficio de la vida intelectual de la colectividad. Se pretende afirmar que lo que en el arte es innegable, no cabe en las llamadas ciencias exactas. Sin duda se puede inculcar en los hombres ciertas habilidades automáticas, así como es posible, por un buen adiestramiento, conducir a los perros a realizar trabajos casi increíbles. Sin embargo, tanto en un caso como en otro, no es la inteligencia del individuo lo que le lleva a la práctica de sus habilidades. Se puede también, sin atender al talento, conseguir que un hombre adquiera habilidades científicas, pero el proceso se caracteriza siempre por la falta de vida, de alma, tal como sucede con los animales. Si

bien a base de un cierto entrenamiento mental es posible inculcar en un hombre de tipo corriente conocimientos superiores a los de la media, en cambio todo esto no será más que ciencia muerta y, por tanto, estéril. Este hombre resultará una enciclopedia viviente, pero será un perfecto inútil en todas las situaciones difíciles y momentos decisivos de la vida; y a cada nueva exigencia que se le presente tendrá que aprender de nuevo. Ese individuo será incapaz de contribuir con algo nuevo a un mayor desarrollo de la Humanidad. Mas, tal ciencia, mecánicamente enseñada, es más que suficiente para la toma de posesión de los burócratas estatales de hoy.

Es perfectamente comprensible que en una Nación cada individuo se especialice en un campo y vuelque en él todo su talento. Además, el valor de ese saber será mayor si dicho individuo logra hacer revivir, gracias a su talento, un conocimiento que permanecía latente u olvidado. Sólo allí donde se aúnan la capacidad y el saber pueden surgir obras de impulso creador.

Un único ejemplo demuestra cuán equivocada está la Humanidad actual en este sentido:

De vez en cuando, los periódicos ilustrados comunican a sus lectores burgueses que, por primera vez, aquí o allá, un negro se hizo abogado, profesor, sacerdote, tenor, etcétera. Mientras la estúpida burguesía queda admirada por tan maravilloso adiestramiento y muestra gran respeto por ese fabuloso resultado del actual arte de educar, el judío avispado comprende que de eso será posible sacar una prueba más de la exactitud de la teoría que pretende inculcar en los pueblos, según la cual todos los hombres son iguales. No se da cuenta ese encanallado mundo burgués de que se trata verdaderamente de un ultraje a nuestra razón, pues es una criminal idiotez adiestrar durante mucho tiempo a cualquier necio hasta que logre hacerse abogado, mientras millones de personas, pertenecientes a razas más elevadas, deben permanecer en una posición indigna sin que se tenga en cuenta su capacidad. Es un atentado contra la voluntad del eterno Creador dejar perecer en el actual pantano proletario a cientos de miles de personas bien dotadas para adiestrar hacia profesiones intelectuales a hotentotes y cafres. Pues en ese caso, se trata en realidad de un adiestramiento como el del perro, y nunca de una educación científica.

La misma atención y esfuerzo aplicado a las razas inteligentes habilitaría a cada individuo, mil veces más deprisa, a idéntica capacidad de realizaciones.

Este estado de cosas sería intolerable si no se tratara únicamente de excepciones; de hecho, la época actual, en que ni el talento ni la aptitud son decisivos a la hora de garantizar una educación superior, hace que la situación sea ya intolerable. Ciertamente es inadmisible pensar que, todos los años, cientos de miles de individuos sin ningún talento reciben una educación superior, mientras cientos de miles de otros, dotados de gran inteligencia, quedan privados de esa educación. No es para desestimar la pérdida que la Nación experimenta con todo ello. Si en los últimos decenios el número de inventos importantes aumentó extraordinariamente, sobre todo en Norteamérica, no fue sin duda por otra razón que por la circunstancia de que allí —más que en Europa— un porcentaje considerable de talentos procedentes de las esferas sociales inferiores tiene la posibilidad de lograr una instrucción superior.

La facultad inventiva no depende pues de la simple adopción de conocimientos, sino de la inspiración del talento. Desgraciadamente, hoy en día en Alemania no se da ningún valor a eso. Sólo las exigencias imperiosas de la necesidad son las que despertarán al pueblo ante esa verdad.

También en este orden, el Estado tendrá un día que dejar sentir su acción educativa. El Estado racista no tiene por misión mantener la influencia preponderante de

una determinada clase social; su tarea consiste más bien en la selección de los más capacitados dentro del conjunto nacional, para luego promoverlos a la posición de dignidad que merecen. El papel del Estado racista no se reduce solamente a la obligación de dar al niño en la escuela primaria una determinada instrucción, sino que le incumbe también el deber de fomentar el talento, orientándolo convenientemente. Ante todo, tiene que considerar como su más alto cometido el abrirles las puertas de los institutos oficiales de instrucción superior a todos los chicos con talento, sea cual fuere su origen social. Esa finalidad debe cumplirse, pues sólo así, de las clases de los representantes de una instrucción hoy muerta, podrán surgir los conductores geniales de la Nación.

Aún por otra razón tiene que obrar en este sentido la previsión del Estado: los círculos intelectuales, especialmente en Alemania, se han hecho tan exclusivistas y están tan momificados que han perdido todo contacto vivo con las clases inferiores. Este exclusivismo resulta doblemente nefasto: primero, porque estos círculos carecen de comprensión y simpatía para la gran masa. Hace tanto tiempo que los intelectuales viven apartados de la masa popular que ya no poseen la necesaria comprensión psicológica de la misma. Se han vuelto extraños los unos a los otros. A esas clases superiores, en segundo lugar, les falta también la fuerza de voluntad, la cual nunca es tan firme en los restringidos círculos intelectuales como entre la masa del pueblo. Gracias a Dios, a nosotros los alemanes nunca nos faltó la educación científica; por el contrario, era general la deficiencia en fuerza de voluntad y poder de decisión. Cuanto más «intelectuales», por ejemplo, eran nuestros estadistas, tanto más débiles eran sus realizaciones. La preparación política, así como el apertrechamiento técnico para la Guerra, fueron deficientes, no porque nuestros hombres de gobierno hubiesen recibido escasa instrucción, sino justamente por lo contrario, pues eran hombres superinstruidos, atestados de saber y de intelectualidad, pero huérfanos de todo instinto sano así como privados de energía y audacia. Fue una fatalidad que nuestro pueblo tuviera que luchar por su existencia bajo el gobierno de un canciller que era un filósofo sin carácter. Si en lugar de un Bethmann von Hollweg hubiésemos tenido por dirigente a un hombre del pueblo, de recia contextura, no se habría vertido en vano la sangre heroica del soldado raso. Ese mismo exagerado culto de lo puramente intelectual entre nuestros elementos dirigentes fue el mejor aliado para la chusma revolucionaria de noviembre de 1918. La manera vergonzosa con la que esos intelectuales sacrificaron el interés nacional que les estaba confiado, en vez de promover su defensa por los medios más enérgicos, brindó a los adversarios la condición esencial para la victoria.

La Iglesia Católica ofrece aquí un ejemplo del cual se puede aprender mucho. En el celibato de sus sacerdotes radica la obligada necesidad de reclutar siempre las nuevas generaciones del clero entre la masa del pueblo, no pudiéndolo hacer de sus propias filas. Pero, precisamente, este aspecto de la institución del celibato no se sabe apreciar a menudo en su verdadera importancia. Ahí radica la razón de la increíble y vigorosa fuerza de esa antiquísima institución. Porque reclutando ininterrumpidamente ese gigantesco ejército de dignatarios espirituales de entre las clases inferiores del pueblo, la Iglesia no sólo se asegura una solidaridad instintiva con los sentimientos del pueblo, sino también una suma de energía y firmeza que sólo se puede encontrar entre la amplia masa popular. Por tanto al celibato se debe la asombrosa lozanía del gigantesco organismo de la Iglesia Católica, con su ductilidad espiritual y su férrea fuerza de voluntad.

Será misión del Estado racista velar porque su sistema educacional permita una constante renovación de las capas intelectuales subsistentes, mediante el flujo de

elementos jóvenes procedentes de las clases inferiores. El Estado tiene la obligación de seleccionar del conjunto del pueblo, con máximo cuidado y suma minuciosidad, aquel material humano notoriamente dotado de capacidad por la Naturaleza, para luego utilizarlo en servicio de la colectividad. Pues el Estado y sus dirigentes no están para posibilitar una vida cómoda a las diferentes clases, sino para que éstas puedan cumplir la misión que les ha sido reservada. Eso, sin embargo, sólo será posible si para los puestos de dirección se prepara a los más capaces y a los de mayor carácter. Eso se aplicará no sólo a todos los funcionarios públicos sino también a los dirigentes intelectuales de la Nación en todos los órdenes. También esto constituye el factor de grandeza de un pueblo, pues sólo así se consigue seleccionar a los más capaces en sus respectivas materias y ponerlos al servicio de la Nación. Cuando dos pueblos igualmente dotados entran en conflicto, el triunfo le corresponderá al que en la dirección del Estado tenga representados sus mejores valores, y el vencido será, en cambio, aquél cuyo Gobierno esté formado sólo por determinados grupos o clases sociales, sin tomar en cuenta las aptitudes innatas que debería reunir cada uno de los elementos dirigentes.

Estas teorías parecen, en el mundo de hoy, imposibles de llevar a la práctica. Se dice, en oposición a ellas, que el hijo de un alto funcionario público no debe ser obrero debido a que algún otro, cuyos padres fueron obreros, parece más capaz para ese trabajo. Esto sólo puede ser correcto de acuerdo a la idea que hoy se tiene del trabajo manual. En cuanto al concepto de trabajo, el Estado racista tendrá que formar un criterio absolutamente diferente del que hoy existe. Valiéndose si es necesario de un proceso educativo que dure siglos, deberá dejar atrás la injusticia que significa menospreciar el trabajo del obrero. Como cuestión de principio, se tendrá que juzgar al individuo no conforme al género de su ocupación, sino de acuerdo con la forma y calidad del trabajo realizado. Esto parecerá monstruoso en una época en que el columnista más estúpido, por el solo hecho de que trabaja con la pluma, está por encima del más hábil mecánico o técnico. Esta errónea apreciación no estriba, como ya se ha dicho, en la naturaleza de las cosas, sino que es el producto de una educación artificial que no existió ancestralmente. La actual situación antinatural se funda pues en los morbosos síntomas generales que caracterizan el materialismo de nuestros tiempos.

En principio, todo trabajo tiene doble valor: el puramente material y el ideal. El primero consiste en la significación material de un trabajo hecho al servicio de la comunidad. Cuanto mayor sea el número de ciudadanos que se benefician —directa o indirectamente— de un determinado trabajo, tanto mayor es el valor material. Eso se verifica también en cuanto a la valoración material del trabajo individual, es decir, en cuanto al salario. En contraposición al valor puramente material se encuentra el ideal. Éste no depende de la importancia del trabajo hecho, medido desde el punto de vista material, sino de su necesidad en sí. Ciertamente la utilidad material de un invento puede ser mayor que el trabajo diario de un peón, sin embargo también es cierto que la comunidad depende tanto de los pequeños servicios como de los grandes. Materialmente ésta puede hacer distinción en la valoración de la utilidad del trabajo individual con respecto a la colectividad mediante la adjudicación de la respectiva retribución; sin embargo, la comunidad tiene que reconocer, en su sentido ideológico, la igualdad de todos desde el momento en que cada uno, dentro de su radio de acción —sea cual fuere— se esfuerza por hacerlo lo mejor posible. Por ese criterio es por el que se debe medir el valor de un hombre y no por lo que gana.

Así, es deber de un Estado razonable asegurar a cada uno la actividad que corresponda a su capacidad, o en otras palabras, perfeccionar a los individuos capaces

para los trabajos que les están reservados. Pues la capacidad no es solamente consecuencia de la educación, sino que es una cualidad innata, un «presente de la Naturaleza» y no un mérito del hombre. Por tanto, la colectividad no puede apreciar su valor, en cierto modo, en base a la remuneración de cada trabajo, ya que éste depende de sus capacidades innatas así como de la formación recibida del mismo. El valor de un hombre depende de cómo cumple la misión que le confió la colectividad. El trabajo no es la finalidad de la existencia humana, sino sólo un medio para garantizarla. El hombre debe continuar educándose, ennobleciéndose, pero eso sólo será posible dentro del marco de una comunidad cultural cuyo fundamento debe ser siempre el Estado. Y para la conservación de este fundamento debe el hombre aportar su granito de arena. Su contribución viene determinada por la Naturaleza; el individuo, con su diligencia y honestidad, deberá restituir a la colectividad lo que ésta le otorgó. Aquél que cumpla con todo esto merece la más alta consideración y el máximo respeto. La recompensa material debe depender de la utilidad colectiva que reporte ese trabajo; sin embargo, la remuneración ideal debe basarse en la valoración que pueda reivindicar todo aquél al que la Naturaleza dotó de una fuerza que la colectividad perfeccionó para ser consagrada al servicio de su pueblo. No debe ser considerado una vergüenza el ser un modesto obrero; vergüenza es ser un funcionario incapaz que malgasta los días que Dios le ha concedido y que le roba el pan al pueblo. Es perfectamente comprensible, sin embargo, que no se pueda exigir a un individuo una determinada tarea, sin que él, desde el principio, haya sido educado para ejecutarla.

La sociedad de hoy está promoviendo su propia ruina. Introduce el sufragio universal y parlotea sobre igualdad de derechos, no encontrando, sin embargo, fundamentos para esa doctrina. Ve en la recompensa material la expresión del valor del individuo, demoliendo así las bases de la más noble igualdad que pueda existir. Pues la igualdad no depende y jamás podrá depender de los resultados efectivos del trabajador en sí, sino del modo en que cada hombre cumple con sus obligaciones. Sólo así, en el juicio de valor del individuo, se podrán obviar los azares de la Naturaleza, para forjar él mismo su propia valía.

En los tiempos actuales en los que todos los grupos humanos sólo se saben apreciar por los salarios, no puede existir un entendimiento a ese respecto. Eso no es, sin embargo, motivo para que renunciemos a la defensa de nuestras ideas. Al contrario, quien quisiera salvar este mundo podrido y enfermo debe tener el valor de descubrir las causas primarias de ese mal. Así, la preocupación del Movimiento Nacionalsocialista debe ser la siguiente:

Por encima de la burguesía y desde nuestra nacionalidad, reunir y coordinar todas las fuerzas necesarias para la creación de una nueva *Weltanschauung*.



Ciertamente se levantará la objeción de que, en la mayoría de los casos, es difícil establecer la distinción entre el valor material y el ideal. Se dirá también que el menor aprecio que hoy se tiene del trabajo manual se debe justamente a su menor remuneración, siendo esto, a su vez, la causa de la menor participación de los individuos en las riquezas culturales de la Nación. De esta manera la cultura ideal de los hombres resulta perjudicada al no tener nada que ver con la clasificación de su trabajo. La vergüenza que se siente por el trabajo material es una consecuencia inevitable de los pequeños salarios que a su vez rebajan el nivel cultural del obrero, pretendiendo con ello justificar el menor valor en que es tenida su actividad.

En esto hay mucha verdad. Justamente por ese motivo se debería evitar en el futuro la gran disparidad en la relación de salarios. No se argumente que el resultado del trabajo será peor, pues sería el más deplorable síntoma de decadencia de una época si el estímulo para las más altas realizaciones intelectuales dependiese sólo de un salario elevado. Si ese punto de vista hubiera sido hasta hoy el único decisivo, entonces la Humanidad no habría alcanzado nunca sus grandes realizaciones en el dominio de la ciencia y de la cultura. Porque los mayores inventos, los más grandes descubrimientos, los trabajos que más revolucionaron la ciencia, los espléndidos monumentos de la cultura humana, no surgieron por la fuerza del dinero en el mundo. Por el contrario, su origen coincide, no raramente, con la renuncia a los bienes terrenales que la riqueza pueda comprar.

El oro se ha convertido hoy en el soberano exclusivo de la vida, pero no cabe duda de que un día el hombre volverá a inclinarse ante dioses superiores. Muchas cosas del presente deben su existencia a la sed de dinero y de fortuna; mas, muy poco de todo esto hace realmente más rica la vida del hombre.

Es aquí donde le corresponde un cometido especial al Movimiento Nacionalsocialista, que predice el advenimiento de una época en que a cada uno se le dará lo que necesite para su existencia, cuidando sin embargo como cuestión de principio que el hombre no viva pendiente únicamente del goce de bienes materiales. Esto encontrará un día su expresión en la forma de una gradación sabiamente limitada de los salarios, de tal suerte que hasta el último de los que trabajen honradamente pueda contar en todo caso, como ciudadano y como hombre, con una existencia honesta y ordenada.

¡Y que no se diga que ésta sería una utopía impracticable en el mundo en que vivimos, imposible de ser lograda jamás!

Tampoco nosotros somos tan ingenuos como para creer que se podría llegar a crear una época exenta de errores y de males. Pero esta consideración no anula el imperativo de que se tienen que combatir los errores reconocidos, corregir defectos y aspirar a la consecución del Ideal. La dura realidad se encargará por sí sola de imponernos múltiples limitaciones. Mas justamente por eso el hombre debe empeñarse en servir al fin supremo sin dejarse arredrar en su propósito por ningún fracaso, del mismo modo que no se puede renunciar a los Tribunales de Justicia porque éstos cometan equivocaciones, ni tampoco oponerse a la medicina porque, pese a ella, sigan existiendo enfermedades.

No debemos dar tan poco valor a la fuerza del Ideal. Quien se sienta desalentado, debe acordarse —en el caso de que una vez fuera soldado— de aquel tiempo en que el heroísmo estaba representado por la abrumadora certeza de la fuerza del Ideal. Pues lo que entonces hizo que los hombres desafiaran a la muerte no fue la preocupación de carecer de alimento, sino el amor a la Patria, la fe en su grandeza, el sentimiento común del honor de la Nación. Sólo cuando el pueblo alemán se alejó de este Ideal para seguir las falsas promesas de la Revolución y cambiar las armas por el platillo de limosnas, fue cuando mereció el desprecio y la miseria general.

Por eso es absolutamente imprescindible que se oponga a los gobernantes materialistas de la República de hoy, la fe en un Reich Idealista.

Capítulo III
MIEMBROS Y CIUDADANOS DEL ESTADO

En general, la institución que hoy erróneamente se conoce como «Estado» distingue sólo dos clases de individuos: los ciudadanos y los extranjeros. Ciudadanos son aquellos que, en virtud de su nacimiento o por efecto de su nacionalización, poseen los derechos de la ciudadanía; y extranjeros son todos los que gozan de semejantes derechos en otro Estado. Entre estos también existen los parecidos a los «cometas», es decir, los llamados apátridas que no pertenecen a ningún Estado y que, por eso, no tienen en ningún sitio el derecho de ciudadanía.

El derecho de ciudadanía se adquiere hoy, en primer lugar, y como ya se ha dicho anteriormente, por haber nacido el individuo dentro de la circunscripción territorial de un Estado. Por tanto los aspectos de raza y de pertenencia a un pueblo no juegan aquí papel alguno. Un negro, por ejemplo, procedente de un protectorado colonial alemán, con residencia fija en Alemania, engendrará, según ese criterio, un «ciudadano alemán», del mismo modo que cualquier niño judío, polaco, africano o asiático, nacido en Alemania, puede ser declarado, sin mayor trámite, ciudadano de este país.

A parte del derecho a la ciudadanía por nacimiento, ese mismo derecho también es susceptible de adquirirse más tarde. Esa nacionalización no obstante está condicionada a varias exigencias, por ejemplo: que el candidato no sea ni un ladrón ni un delincuente; que no tomará parte activa en política, es decir, que sea inofensivo en ese aspecto; y por último, que no se convertirá en una carga para su recién estrenada Patria. En esta época realista, con esto último se entiende, naturalmente, que no sea una carga financiera. Es una recomendación importante presentarse como un futuro buen contribuyente para acelerar la adquisición del derecho de ciudadanía en los tiempos que corren.

Los argumentos de la Raza no sirven para nada en este caso.

Todo el proceso en tal sistema de adquisición de la ciudadanía no es muy diferente, por ejemplo, del trámite de ingreso en un club de automovilistas. El candidato formula su petición, ésta se prueba y se examina, y un día, por medio de un «volante», llega a su conocimiento la noticia de que está considerado ciudadano alemán, notificándose esta información de una manera un tanto cómica. De esta forma se hace partícipe al individuo en cuestión, que tanto podría ser un cafre como un zulú, de que: «Por la presente, Usted se ha convertido en ciudadano alemán».

Este «truco de magia» puede ejecutarlo incluso un Presidente de Gobierno. Lo que los cielos no consiguieron hacer, lo hace en un santiamén un burócrata Paracelso[106]. Basta un simple golpe de pluma de un funcionario para convertir de repente a cualquier eslavo, llegado de Mongolia, en un auténtico «alemán».

Pero no sólo se omite considerar el origen racial de semejante nuevo ciudadano, sino que incluso se prescinde de tener en cuenta su estado de salud corporal.

[106] Paracelso: Médico y alquimista suizo del siglo XVI. Conocido por haber logrado, teóricamente, la transmutación mediante la alquimia del plomo en oro. También le dio al zinc su nombre. Estudió una gran cantidad de enfermedades. Se dice que fue el precursor de la Homeopatía. Recordemos que la Homeopatía defiende que «lo similar se cura con lo similar», y que la raíz de las enfermedades es anímica y no física. También introdujo el uso del láudano. Al ser también astrólogo consideraba al hombre como a un microcosmos. (N. del T.)

Nada importa que el sujeto esté más o menos carcomido por la sífilis. Para el Estado actual, es bienvenido como conciudadano siempre que, como ya se ha dicho, no sea una carga económica o un peligro político.

Así, esta creación llamada Estado acoge en su seno cada año a diversas sustancias tóxicas de las que difícilmente podrá ya sobreponerse.

El ciudadano alemán sólo se diferencia del extranjero en que le están abiertas las puertas para los cargos públicos, en que, eventualmente, está sujeto al Servicio Militar y en que puede votar o ser elegido en las elecciones. En eso radica toda la diferencia. Pues en cuanto a la protección de los derechos y la libertad personal, la situación de los extranjeros es idéntica a la de los alemanes y, a veces, mejor. Por lo menos, eso es lo que sucede en la República Alemana de hoy.

Bien sé que todo esto se oye con desagrado; pero difícilmente podrá imaginarse la existencia de algo que sea más ilógico y más absurdo que nuestro actual derecho de ciudadanía. Existe en la actualidad una Nación en la cual se deja ya sentir, por lo menos tímidamente, el comienzo de un mejor criterio. Naturalmente no es en nuestra ejemplar República alemana, sino en los Estados Unidos de América, donde se nota el empeño de buscar en este orden el consejo de la razón. Al prohibir terminantemente la entrada en su territorio a inmigrantes afectados de enfermedades infecto-contagiosas y excluir de la nacionalización, sin reparo alguno, a los elementos de determinadas razas, los EE.UU. reconocen en parte el principio que fundamenta la concepción racial del Estado nacionalsocialista.

El Estado *völkisch* deberá distribuir a sus habitantes en tres grupos: ciudadanos, miembros del Estado y extranjeros.

En principio, el hecho de nacer en territorio alemán no le conferirá al individuo más que la calidad de miembro del Estado, calidad que como tal no capacitará para investir cargos públicos, ni tampoco para actuar en política, sea activa o pasivamente. Será fundamental establecer la raza y la nacionalidad original de cada miembro. Según los casos, se podría pasar de esa situación a la de ciudadano del país, dependiendo, eso sí, de su nacionalidad original. El extranjero se diferenciará del miembro del Estado únicamente en que el primero ya posee una nacionalidad en otro país.

El joven miembro de nacionalidad alemana estará obligado, como cualquier alemán, a realizar un ciclo de instrucción escolar. De este modo se someterá a la educación que conforma el carácter de todo connacional alemán, consciente de su raza y de su Patria. Después deberá cumplir con los requisitos de entrenamiento físico que prescribe el Estado para ingresar finalmente en el Ejército. El Servicio Militar será obligatorio. Debe abarcar a todos los alemanes, a fin de prepararlos física y mentalmente para las posibles exigencias de combate. Concluido su Servicio Militar, el joven —sano y sin tacha— recibirá la Carta de Ciudadanía, que para él vendrá a constituir el título más valioso de su vida terrenal. Con esto ingresa en el goce de todos los derechos ciudadanos y de los privilegios inherentes, pues el Estado debe hacer una cortante diferenciación entre los que, como hijos del país, son los que sostienen y defienden su existencia y su grandeza, y aquellos elementos que se establecen en el territorio de un Estado con fines simplemente utilitaristas.

La concesión del título de ciudadano exigirá un solemne juramento con relación a la colectividad y al Estado. Este título deberá ser un vínculo que una a todas las diferentes clases de la Nación. Ser ciudadano de este Reich, aunque sea como barrendero, tendrá que estimarse más digno que ser Rey en un Estado extranjero.

El ciudadano alemán tendrá privilegios con relación al extranjero. El Reich le pertenece. No obstante, ese rango de dignidad también impone sagrados deberes. A los

hombres deshonestos o faltos de carácter, a los criminales, a los que traicionen a su Patria, etcétera, podrá privárseles del honor de la ciudadanía en cualquier momento y hacer que vuelvan a la categoría de simples miembros del Estado.

La joven alemana tendrá la condición de miembro y adquirirá el derecho de ciudadanía por virtud del matrimonio. Asimismo, el Estado podrá también conceder ese derecho a las mujeres alemanas que vivan del ejercicio de una profesión u oficio.

Capítulo IV
PERSONALIDAD
Y CONCEPCIÓN RACISTA DEL ESTADO

Si el Estado racista nacionalsocialista tiene como su más importante finalidad la formación y conservación del pueblo, obviamente no bastará con favorecer a sus elementos raciales y educarlos para la vida práctica, sino que es preciso también que su propia organización se estructure en armonía con este objetivo.

Sería una locura querer medir el valor de los hombres por la raza y declarar la guerra al principio marxista según el cual «un hombre es siempre igual a otro», si no estuviésemos resueltos a abrazar nuestra concepción hasta las últimas consecuencias. Y la última consecuencia del reconocimiento de la importancia de la sangre, es decir, del fundamento racial, debe consistir en llevar a los individuos a esa convicción. Así como debo establecer la diferencia entre los pueblos en base a la raza a la que pertenecen, de la misma manera debe también hacerse con los individuos dentro de una determinada colectividad. El hecho de que los pueblos no sean iguales incluye la idea de que tampoco lo son todos los individuos de una misma Nación, es decir, un individuo no es igual a otro, porque, aunque en general sean semejantes en cuanto a la sangre, en lo particular se observan miles de pequeñas diferencias.

La primera consecuencia de ese modo de encarar el problema es también la más elemental: se impone el intento de favorecer, en el seno de la colectividad, a los elementos de más valor desde el punto de vista racial y cuidar sobre todo de su multiplicación.

Y esa tarea es la más elemental porque puede ser comprendida y llevada a cabo casi mecánicamente. Más difícil es, sin embargo, descubrir en el seno de la colectividad a los individuos de más valor, desde el punto de vista intelectual y espiritual, y disponerlos en una esfera de influencia que no sólo corresponda a su talento superior, sino que sobre todo los ponga al servicio de la Nación.

Esa selección en base a la capacidad y la destreza no puede hacerse mecánicamente, sino que es una tarea que debe efectuarse a través de la lucha ininterrumpida del día a día.

Una ideología que, rechazando el principio democrático de la masa, aspira a consagrar este mundo en favor de los mejores, es decir, del Hombre superior, está lógicamente obligada a reconocer también el principio aristocrático de la selección dentro de cada Nación, garantizando así la máxima influencia de los más capacitados en sus respectivos pueblos para gobernarlos. Esta concepción no se funda en la idea de la mayoría, sino en la de la personalidad individual.

Quien crea que un Estado nacionalsocialista se diferencia de otros Estados por efecto de una mejor estructuración de su vida económica, es decir, por virtud de una distribución más equitativa entre riqueza y pobreza, o por el papel más influyente de la gran masa social en el proceso económico de la Nación o, por último, mediante salarios justos que traten de anular un sistema de diferencias demasiado grandes, éste se habrá atascado en lo más superficial y no tendrá ni idea de lo que significa aquello que nosotros conocemos como *Weltanschauung*. Todo esto que acabamos de describir no ofrece la más mínima seguridad de subsistencia ni, menos aún, la exigencia de

grandiosidad. Un pueblo que se aferre a tales reformas únicamente externas no habrá logrado nada que le garantice una posición de victoria en la lucha general entre naciones. Un movimiento que vea su cometido solamente en un proceso, sin duda justificado y equitativo, no alcanzará a cumplir en realidad una reforma magna del estado de cosas existente, debido a la sencilla razón de que toda su labor queda a la postre limitada a aspectos superficiales, sin poder darle al pueblo aquel armazón espiritual que le permita, con seguridad inconmovible, desarraigarse definitivamente de aquellos defectos que aún hoy padecemos.

Para comprender mejor esto, será tal vez conveniente lanzar una mirada retrospectiva sobre los orígenes verdaderos y las causas determinantes del desarrollo de la cultura humana.

Lo que visiblemente distanció primero al hombre del mundo animal fue su capacidad de inventar. Muchos de esos inventos se basaban originalmente en la búsqueda de artimañas y estratagemas cuyo uso facilitara la lucha por la supervivencia ante otras criaturas y el éxito en la misma. Esos inventos primitivos no fueron obra colectiva, aún cuando el observador de hoy los vea atribuidos a la masa. Ciertos artificios y hábiles tácticas que el hombre por ejemplo puede observar en los animales aparecen simplemente como un hecho natural, no estando ya el observador en condiciones de determinar o investigar sus causas primigenias, sino contentándose en considerar esas cualidades como «instintivas».

En nuestro caso, esta última palabra nada significa. Pues quien crea en una evolución más elevada de la vida debe admitir que todas las manifestaciones de esa lucha y deseo por la existencia deben haber tenido un comienzo, y que en un momento dado, un individuo practicó una determinada acción, y por la fuerza de la repetición ese hecho se fue volviendo cada vez más general hasta, de cierto modo, pasar finalmente al subconsciente de la gente, llegando a ser considerado como «instintivo».

Esto se creerá y entenderá más fácilmente en el caso de los Hombres. Las primeras medidas inteligentes que aplicó el hombre en su lucha con otros animales se originaron en la acción individual de sujetos particularmente capacitados. También en aquellos tiempos constituyó indudablemente la personalidad el punto de partida de decisiones y de logros que después fueron adoptados por la Humanidad entera como algo de lo más elemental. Esto es parecido a lo que ocurre hoy, por ejemplo, con un determinado principio militar convertido, digámoslo, en el fundamento de toda la estrategia que originariamente debió su concepción a la idea de un solo cerebro, y que sólo a través de los años o quizá tras algunos milenios, será considerado como algo perfectamente lógico y general.

Este primer invento lo complementa el hombre a través de un segundo: aprendiendo a poner al servicio de su lucha por la existencia otros elementos y hasta otros seres vivos fue cómo nació la verdadera actividad creadora del hombre, cuyos frutos constituyen la realidad que ahora experimentamos por doquier. Los inventos materiales, comenzando por el uso de la piedra tallada como arma, que condujeron a la domesticación de animales y le dieron al hombre el fuego artificialmente producido, etc., hasta llegar a los múltiples y asombrosos descubrimientos de nuestros días, permiten reconocer con tanta más claridad en el individuo al representante de todo ese trabajo creador cuanto menos distantes se hallan de nuestro tiempo, o cuanto más importantes y trascendentales sean.

Todos los inventos que vemos a nuestro derredor fueron el resultado del poder creador y de la capacidad del individuo y todos ellos, en el fondo, contribuyen a situar al hombre cada vez más sobre el nivel del mundo animal, hasta alejarlo radicalmente de

éste. Por consiguiente, estos sirven en el fondo para mantener continuamente la elevación de la especie humana. Pero lo que en un principio eran sólo simples artificios para ayudar a los cazadores en el bosque virgen en su lucha por la existencia, sirve ahora, bajo la forma de los conocimientos científicos más brillantes, para auxiliar a la Humanidad en la lucha por la supervivencia actual y forjar las armas para futuras confrontaciones. Todo pensamiento humano, todas las invenciones, en sus últimos efectos, sirven en primer lugar para facilitar la lucha del hombre por la vida en este planeta, incluso cuando la utilidad real de un descubrimiento, de un invento o de una profunda concepción científica pase inadvertida al comienzo. Auxiliando todo eso al hombre a elevarse por encima del nivel de las criaturas que lo rodean, éste fortalece cada vez más su posición, erigiéndose, a todos los efectos, como Rey de la Creación.

Todos los descubrimientos son, pues, la consecuencia del poder creador del individuo. Así, todos esos individuos constituyen, se quiera o no, los mayores benefactores de la Humanidad. Su actuación proporciona medios de subsistencia y recursos posteriores a millones de hombres para facilitarles la lucha por la vida.

Si en el origen de la civilización material de hoy vemos siempre personalidades que se complementan unas con otras realizando nuevos progresos, lo mismo sucede en la ejecución y perfeccionamiento de las cosas descubiertas y concebidas por el inventor. Pues también todos los procesos de producción, en su origen, son equiparables a los inventos, y por tanto, obras de determinados individuos. Del mismo modo, el trabajo intelectual puramente teórico que escapa a toda medida pero que sin embargo es condición inherente a la totalidad de los descubrimientos materiales posteriores, aparece también como producto exclusivo de la personalidad. No es la masa quien inventa, ni es la mayoría la que organiza o piensa, sino sólo el individuo, la personalidad.

Una comunidad humana reúne las características de hallarse bien organizada sólo cuando sabe fomentar del mejor modo posible las fuerzas creadoras del hombre y utilizarlas provechosamente en servicio del conjunto. Lo más valioso de una invención, ya se trate de inventos de orden material, ya de descubrimientos en el mundo de las ideas, es ante todo el inventor mismo.

Utilizarle en beneficio de la totalidad es la primera y más elevada misión de la organización de una comunidad; organización ésta que debe servir sólo al desarrollo de ese principio. Por eso, debe librarse de la plaga de la orientación mecánica para transformarse en una organización viva. La organización de esa comunidad deberá encarnar la aspiración de colocar ciertas cabezas pensantes por encima de las masas y hacer que, consiguientemente, éstas se subordinen a aquéllas.

Según esto, la organización no sólo debe evitar ser un obstáculo para que las individualidades surjan del seno de la masa, sino que, por el contrario, mediante la forma de su propia naturaleza, debe impulsar y facilitar su revelación en grado máximo. Debe partir del principio de que la prosperidad del género humano nunca se debe a las masas, sino a los seres creadores y que, precisamente por ello, deben ser considerados como benefactores de la Humanidad. Asegurarles la influencia más decisiva y facilitarles su actuación debe reposar en el interés de la colectividad. Ciertamente esto nunca se halla favorecido por la dominación de las masas incapaces, sino únicamente por la dirección de las individualidades privilegiadas por la Providencia. La selección de esas personas se opera, como ya se ha dicho, sobre todo en virtud de la dura lucha por la existencia. En esa lucha muchos sucumben y perecen, demostrando que no están destinados a llegar al final para, a la postre, alzarse solamente unos pocos como los escogidos.

En los dominios del pensamiento, de las creaciones artísticas y hasta en los de la economía, se verifica todavía hoy ese procedimiento de selección, aunque en el terreno económico encuentre grandes obstáculos.

La Administración del Estado, así como el poder que representa la organización militar de la Nación, están igualmente regidas por la idea de la personalidad. Dentro del estado de cosas actual, subsiste todavía, en el espíritu de las instituciones mencionadas, la idea de la personalidad y de su autoridad para con los subordinados, junto a la obligación de responsabilidad de los superiores. La vida política, en cambio, se ha alejado completamente de la observación de este principio fundamental. Y así como mientras toda la cultura humana no constituye más que el resultado de la actividad creadora de la personalidad, el valor del principio mayoritario hace su aparición con efecto decisivo en el seno de la comunidad y, ante todo, en su gobierno, empezando de este modo a envenenar paulatinamente, desde las altas esferas, el conjunto de la vida nacional, es decir, destruyéndola. La influencia disociadora del judío en el organismo de los pueblos, ajenos a él, que le dieron acogida es imputable, en el fondo, a su eterno empeño de destruir el significado de la personalidad y exaltar en su lugar la importancia de la masa. Así, el principio de organización constructiva, propio de la raza aria, es reemplazado por el impulso destructor que reside en el judío, convertido de este modo en el «fermento de descomposición» de los pueblos y de las razas y, en un sentido más amplio, en el factor de disolución de la cultura humana.

El marxismo representa el eficaz instrumento de la aspiración judía de anular la significación preponderante del individuo para substituirla por el número de la masa. Políticamente también corresponde a esa orientación la forma parlamentaria de gobierno que se revela funesta, desde las más ínfimas células de la administración comunal hasta las más elevadas esferas gubernamentales del Reich; económicamente, encarna la aspiración de un movimiento sindicalista que no sirve a los verdaderos intereses del obrero, sino exclusivamente a los propósitos disociadores del judaísmo internacional. A medida que la economía se substraía a la actuación del principio de la personalidad, y en lugar del mismo se instalaba la influencia de las masas, perdió la oportunidad de tener a su servicio todas sus capacidades efectivas, entrando así paulatinamente en una decadencia inevitable.

Todas las organizaciones de comités de empresa que en lugar de atender a los intereses de sus empleados procuran tener influencia sobre la producción, sirven a esos mismos objetivos destructores de la economía. Son nocivos al trabajo de la colectividad y, en consecuencia, también a los individuos considerados aisladamente. La satisfacción de los intereses de los miembros de una colectividad, en última instancia, no radica en la elocuencia de meras frases retóricas, sino, sobre todo, en la seguridad que al individuo se le ofrece con respecto a las necesidades de la vida diaria y a la convicción definitiva de ahí resultante de que la dirección general de una colectividad debe atender a los intereses de los individuos.

Poco importa que el marxismo, en base a su teoría de las masas, aparente capacidad para tomar bajo su dirección el desarrollo de la economía existente en el momento. La crítica sobre la justicia o injusticia de ese principio no será determinada mediante la prueba de su aptitud para preparar el presente hacia el futuro, sino exclusivamente poniendo a prueba su capacidad para crear por sí mismo una cultura. Mil veces podría el marxismo asumir la dirección de la economía y dejarla progresar, que el éxito de esa actividad nada probaría contra el hecho de no estar en condiciones —por el uso del principio de las mayorías— de crear cultura.

De eso ya dio el marxismo una prueba práctica. No sólo nunca pudo crear una cultura, ni siquiera desarrollar un sistema económico propio o ya existente de acuerdo con sus principios, sino que por el contrario, después de corto espacio de tiempo, ha sido obligado a dar marcha atrás y a hacer concesiones al principio de la personalidad, que no puede negar ni en sus propias organizaciones.

La *Weltanschauung völkisch* tiene que diferenciarse fundamentalmente del marxismo en el hecho de reconocer, no sólo el valor de la Raza, sino también la significación de la personalidad, constituyendo ambas las columnas principales de toda su estructura. Ésos son los factores básicos en su manera de concebir el mundo.

Si el Movimiento Nacionalsocialista no comprendiese la importancia fundamental de esa verdad, y en lugar de eso, procurase poner remiendos al Estado actual o viese en el punto de vista de las masas el suyo propio, se transformaría en un partido de competencia al marxismo, no teniendo entonces el derecho de hablar propiamente de una *Weltanschauung*. Si el programa social del nuevo Movimiento consistiese solamente en suprimir la personalidad y poner en su lugar la autoridad de las masas, el Nacionalsocialismo, ya al nacer, estaría inoculado por el veneno del marxismo, como es el caso de los partidos burgueses.

El Estado racista tiene que velar por el bienestar de sus ciudadanos, reconociendo en todos los aspectos la significación que encarna el concepto de personalidad y fomentando así, en cada dominio de la actividad humana, aquel grado máximo de capacidad productiva que, a su vez, le permita al individuo obtener el mayor grado de beneficio.

En consecuencia el Estado racista *völkisch* debe trabajar infatigablemente para liberar a la dirección política, sobre todo en los altos cargos, del principio parlamentario de la mayoría —esto es, de la decisión de la masa—, para asegurar en su lugar la indiscutible autoridad del individuo.

De ahí resultan las siguientes nociones:

La mejor Constitución Política de un Estado y su forma de gobierno es aquella que, con natural seguridad, lleve a situaciones de importancia directiva y de influencia regidora a los más calificados de la comunidad nacional.

Así como en la vida económica los hombres más capaces no son designados desde lo más alto, sino que tienen que abrirse camino luchando y, en esa lucha, recibir las infinitas lecciones de la vida tanto en los pequeños negocios como en las grandes empresas, así tampoco pueden los dirigentes políticos ser «descubiertos» naturalmente de un momento a otro. El Genio de naturaleza extraordinaria no debe ser juzgado con los mismos parámetros normales que se utilizan con el resto de la Humanidad.

En su organización, el Estado, desde los puestos más modestos hasta los más elevados de la colectividad, debe basarse en el principio de la personalidad individual.

Deben desaparecer las decisiones por mayoría y sólo existir la personalidad responsable, adquiriendo la palabra «consejo» su antiguo significado. Bien es cierto que junto a cada hombre dirigente habrá consejeros que asesoren, sin embargo, la decisión definitiva corresponderá adoptarla a uno solo.

La razón por la que el Ejército prusiano se pudo transformar en un admirable instrumento de grandeza del pueblo alemán es que, en sentido figurado, aquél representó en su día el fundamento de nuestra organización nacional: autoridad del líder hacia sus subordinados y responsabilidad del mismo hacia sus superiores.

Tampoco entonces se podrá prescindir de aquella corporación que hoy conocemos bajo el nombre de Parlamento. No obstante, sus consejos serán asesorados,

pudiendo y debiendo quedar depositada la responsabilidad de la última decisión, y por tanto la autoridad y el derecho de dar órdenes, en una sola persona.

Los Parlamentos en sí son necesarios, antes que nada porque en ellos tienen la oportunidad de afirmarse los valores individuales a los que, más tarde, se pueden confiar misiones de responsabilidad.

De todo esto resulta lo siguiente:

El Estado racista, comenzando por los ayuntamientos hasta llegar al Gobierno del Reich, no tendrá ningún cuerpo de representantes que pueda tomar decisiones por medio de una mayoría de votos, sino sólo «Consejos Consultivos» que auxilien al Führer escogido. Por mediación de él tomarán parte en los trabajos y, de acuerdo con las necesidades, aceptarán responsabilidades incondicionales, en la misma forma en que actúa el Führer o el Presidente de la respectiva corporación en las grandes cuestiones.

Por principio, el Estado racista no admitirá que en consideraciones muy específicas, como por ejemplo en cuestiones de índole económica, se solicite el consejo o el dictamen de gentes que, debido a su preparación profesional y género de actividad, no conozcan la materia del asunto que se trate. Es por esta razón que subdividirá sus corporaciones representativas desde el principio en Cámaras Políticas y Cámaras Profesionales.

Para garantizar una fecunda labor de cooperación entre ambas cámaras existirá siempre —como organismo selecto— un Senado especial al cual estarán subordinadas.

En Cámara ni Senado alguno tendrá lugar jamás una votación, porque son organizaciones de trabajo y no máquinas de sufragio. Cada miembro tendrá voto consultivo, pero no voto de decisión, el cual sólo será atributo del respectivo Presidente responsable.

Este principio de conexión incondicional entre la noción de la absoluta responsabilidad por una parte, y la noción de autoridad absoluta por la otra, dará lugar a la formación paulatina de una selección del elemento dirigente, algo que hoy, en la época del parlamentarismo irresponsable, es sencillamente inconcebible.

Así, la Constitución estatal de la Nación será puesta en concordancia con la ley a la que ésta debe su grandeza en los dominios de la cultura y de la economía.



En lo que respecta a la posibilidad de llevar a la práctica estas concepciones, no debemos olvidar que el principio parlamentario de decisión por mayoría no dominó la Humanidad en todos los tiempos, sino que por el contrario, hizo su aparición sólo en períodos muy cortos de la Historia que significaron siempre épocas de decadencia para pueblos y Estados.

Mas no debe creerse que por virtud de medidas gubernamentales puramente teóricas sea factible provocar una transformación que, lógicamente, no podría limitarse a la sola Constitución del Estado, sino que tendría que penetrar también en toda la legislación; es decir, abarcar la totalidad de la vida civil. Una Revolución de características semejantes sólo se produce y podrá producirse por obra de un movimiento cimentado en el espíritu de estas ideas renovadoras y que por tanto encarne en sí mismo el alma del futuro Estado.

De ahí que el Movimiento Nacionalsocialista deba imbuirse desde buen comienzo de tales ideas y llevarlas a la práctica dentro de su propia organización, a fin de que, en el momento dado, se encuentre en condiciones no únicamente de señalarle al

Gobierno esas mismas directrices, sino también de poner a disposición de éste el cuerpo ya conformado de su tipo ideal de Estado.

Capítulo V
WELTANSCHAUUNG Y ORGANIZACIÓN

El Estado racista, cuya perspectiva general he tratado de delinear a grandes rasgos, no podrá considerarse como tal por el solo hecho de reconocer todo lo que es indispensable a su existencia. No basta con saber qué apariencia ha de tener el Estado racista; mucho más importante es el problema de su formación. De ningún modo se puede esperar que los partidos militantes de hoy, que son en primer término los beneficiarios del Estado actual, se resuelvan por impulso propio a un cambio radical y decidan modificar de buen grado su criterio político. Esto aparece todavía menos factible si se tiene en cuenta que los elementos realmente dirigentes de esos partidos son judíos, y siempre judíos. La situación por la que atravesamos terminará un día, si no le ponemos fin, en la profecía judaica de que «el judío devorará a todos los pueblos de la Tierra, convirtiéndose en señor de los mismos»[107].

Perfectamente consciente de sus objetivos de cara al futuro, el judío los persigue de manera tenaz en sus relaciones con millones de «proletarios» o «burgueses» alemanes que, principalmente debido a su cobardía, ligada a su indolencia y estupidez, avanzan hacia su destrucción. Los partidos bajo su dirección no pueden hacer otra cosa que no sea proteger sus intereses, los cuales nada tienen en común con el carácter de las naciones arias.

Intentando llevar a la práctica la visión ideal de un Estado racista, se impone buscar, independientemente de los poderes de la vida pública actual, una fuerza nueva dispuesta y capaz de afrontar la lucha por este ideal; porque es una lucha de lo que en efecto se trata. Por lo tanto, la primera tarea no será la de crear una concepción racista del Estado, sino, ante todo, eliminar la concepción judaica existente. En este caso, como en muchos otros de la Historia, el obstáculo capital no estriba en la conformación del nuevo contexto, sino en la dificultad de abrirle paso a éste. Prejuicios e intereses creados, formando una tropa cerrada, se oponen por todos los medios al triunfo de una idea que se considera incómoda y que hasta parece amenazante.

Por eso, el combatiente que lucha por nuestro nuevo ideal se verá desgraciadamente forzado, de manera vehemente, a comenzar la lucha por la parte negativa, debiendo acabar con la situación existente.

Una doctrina, cuyos principios son radicalmente nuevos y de una importancia esencial, deberá adoptar la crítica severa como su principal arma, por ingrato que esto pueda resultar para sus seguidores.

El manifiesto interés que tienen los pseudonacionalistas en afirmar que, en ningún caso, intentan desplegar una actividad de «crítica negativa», sino únicamente de «trabajo constructivo», da prueba de la escasa penetración en el desarrollo de los procesos históricos. Esto no es más que un tartamudeo tan infantil como auténticamente vulgar, constituyendo por otro lado, la prueba de la poca mella que hace la historia de nuestro tiempo en estas mentes. También el marxismo persiguió un objetivo y también reconoció una labor constructiva (aunque en este caso se trate sólo de instituir el despotismo de la finanza judía internacional); pero no por eso anteriormente, durante setenta años, dejó el marxismo de ejercitar su crítica demoledora y disociante, hasta que

[107] Dt. 7. 16. (N. del T.)

el antiguo Estado monárquico debió derrumbarse, corroído por ese ácido que obraba incesantemente. Entonces fue cuando el marxismo comenzó su pretendida «obra constructiva». Eso era, naturalmente, justo y lógico. Pues la situación reinante no puede ser desbancada por el simple hecho de enunciar y defender un nuevo estado de cosas. No es de esperar que los adeptos e interesados en el mantenimiento del *status quo* se conviertan al nuevo Movimiento simplemente porque se proclamase su necesidad. Por el contrario, sucede frecuentemente que las dos condiciones siguen una al lado de la otra y, entonces, se constituyen en un partido, llegando a hacerse imposible que la nueva concepción del mundo logre elevarse sobre el nivel de las facciones. Pues una ideología que irrumpe tiene que ser intolerante y no podrá reducirse a jugar el papel de un simple «partido» junto a otros, sino que exigirá imperiosamente que se la reconozca como exclusiva y única, así como la conversión completa del conjunto de la vida pública de acuerdo a sus ideas. No podrá, por tanto, admitir la coexistencia de ningún factor representativo del antiguo régimen imperante.

Esta intolerancia es propia de las religiones.

Tampoco el cristianismo se limitó a levantar su propio altar, sino que, lógicamente, tuvo también que proceder a la destrucción de los altares paganos. Únicamente gracias a esa intolerancia fanática pudo surgir la fe apodíctica, pues precisamente la intolerancia es su condición previa.

Puede hacerse la objeción de que, en la Historia de la Humanidad, ese hecho es característico del modo de pensar de los judíos y que la intolerancia y el fanatismo encarnan precisamente su razón de ser. Esta afirmación puede ser muy justa y se puede incluso lamentar profundamente, quedando confirmada con tristeza en la historia humana. Sin embargo, eso no impide que todavía hoy se verifique el mismo fenómeno.

Los hombres que quieran salvar a nuestro pueblo de la actual situación no deben cavilar sobre si las cosas deberían pasar de esa o de aquella manera, sino que deben procurarse los medios para remover la situación actual. Una concepción ideológica saturada de un infernal espíritu intolerante sólo podrá verse quebrada por una idea que, siendo pura y absolutamente verdadera, esté impulsada por el mismo espíritu de intolerancia y sostenida por una voluntad no menos fuerte que la que anima a aquélla.

Podemos tristemente comprobar hoy que, en la Antigüedad, mucho más libre, el primer terror espiritual se verificó con motivo de la aparición del cristianismo. No puede negarse el hecho de que el mundo, desde aquel tiempo, ha sido oprimido y dominado por esas coerciones. Mas, la fuerza sólo se vence con la fuerza y el terror con el terror. Únicamente entonces se podrá iniciar la obra de construcción de una nueva situación.

Los partidos políticos se prestan a compromisos; las concepciones ideológicas jamás. Los partidos políticos cuentan con opositores; las concepciones ideológicas proclaman su infalibilidad.

En los partidos políticos, aunque presenten casi siempre en sus orígenes leves trazos de una concepción mundial, la estrechez de sus programas carece del heroísmo que una doctrina universal exige. Su capacidad conciliadora atrae también hacia su seno los espíritus más débiles, y con ellos no puede realizarse ninguna verdadera cruzada. Así quedan desde muy temprano reducidos a sus miserables pequeñeces. Por ello, no intentan luchar por una *Weltanschauung*, predicando en lugar de eso una «colaboración positiva» con el Gobierno de turno, tratando de conquistar un puestecito en el reparto de los bienes y permanecer ahí por mucho tiempo. En eso consiste todo su esfuerzo. Cuando son expulsados de este «pesebre común» por una brutal y predispuesta corriente renovadora, entonces concentran toda su inteligencia y esfuerzos para, por medio de la

fuerza o la astucia, de nuevo penetrar en las primeras filas con sus compañeros también hambrientos y, aunque «con el sacrificio de sus más sagradas convicciones», gozar de las delicias de un nuevo reparto. ¡Son los chacales de la política!

De la misma forma que una doctrina universal nunca unirá sus fuerzas con otra, así tampoco podrá colaborar en una situación por ella condenada, sino que por el contrario, se sentirá en el deber de combatirla por todos los medios y combatir también todas las ideas adversas, preparando de este modo la derrota de las mismas.

Tanto esta campaña demoledora, cuyo peligro será reconocido por todos, encontrando por ello resistencia general, como su acción positiva, destinada a asegurar el éxito de las nuevas ideas, requerirán luchadores resueltos.

Una nueva concepción ideológica logrará que sus principios triunfen sólo cuando en las filas de sus adeptos reúna a los elementos de más entereza y de mayor fuerza de acción de su época y de su pueblo, formando una poderosa organización apta para la lucha. Pero para esto es necesario que esta concepción ideológica, tomando en cuenta a esos elementos, puntualice en su mundo general de ideas ciertos postulados que, por su precisión y presentación en una forma apropiada, puedan servir de credo a la nueva comunidad. Mientras que el programa de un partido netamente político no es más que una receta para el buen resultado de las próximas elecciones, el Programa de una concepción ideológica representa la fórmula de una declaración de guerra contra el orden establecido, contra el estado de cosas existente; en fin, contra el criterio dominante de la época.

No se requiere que individualmente cada uno de los que luchan por esta ideología esté al corriente y conozca exactamente el pensar íntimo y las reflexiones políticas de los dirigentes del Movimiento. Mucho más necesario es que se le esclarezcan ciertos puntos de vista de conjunto y las líneas esenciales capaces de provocar un entusiasmo permanente, de manera que cada uno se convenza de la necesidad de la victoria de la doctrina y del movimiento en el que está empeñado. Lo mismo sucede con el soldado en la guerra, que nunca está al corriente de los planes estratégicos generales. Cuanto más educado esté en una rígida disciplina, cuanto mayor sea su fanatismo con respecto al derecho y a la fuerza de su causa, tanto más se entregará en cuerpo y alma a la misma. Y así debe suceder también con el adepto a un movimiento de grandes proporciones, de gran futuro y que exige gran fuerza de voluntad.

Así como en la práctica tendría poca eficacia un Ejército donde cada soldado fuese un general, no precisamente por su rango, sino por poseer la misma instrucción y el mismo conocimiento, así tampoco triunfará un movimiento político, representante de toda una ideología, si no aspira a ser otra cosa que un mero receptáculo de «intelectuales». No. Este movimiento necesita también indispensablemente del concurso del soldado raso, sin el cual no es posible mantener la cohesión de la disciplina interior.

Por su propia naturaleza, una organización sólo podrá subsistir si un vasto sector de la masa, emocionalmente entregado a la causa, sirve a una jefatura con gran habilidad intelectual. A la larga será siempre más difícil disciplinar una compañía de 200 hombres, todos igualmente capacitados e inteligentes, que otra que cuente con 190 individuos menos talentosos y 10 hombres mejor instruidos.

La socialdemocracia supo sacar de esa conclusión el máximo provecho. Se benefició de los que se habían licenciado en el Servicio Militar, ya acostumbrados a la disciplina y extraídos de las amplias clases populares de nuestro pueblo, para someterlos a su rígida disciplina partidista. También su organización representa un Ejército de

oficiales y soldados. El obrero alemán, licenciado en el Servicio Militar, pasó a ser su soldado, y el intelectual judío, el oficial; los representantes sindicales, parece que tomaron el rol de cuerpo de suboficiales.

Lo que nuestra burguesía observaba con asombro, es decir, el hecho de que sólo las llamadas multitudes incultas eran partidarias del marxismo, fue en realidad la condición básica que le aseguró a éste el triunfo. En efecto, mientras los partidos burgueses, con su intelectualismo unilateral, representan un conjunto indisciplinado y nulo, el marxismo formó, de su material humano poco inteligente, un ejército de soldados políticos que seguían al dirigente judío con la misma ciega obediencia que otrora a su oficial alemán en el Ejército del Reich. La burguesía alemana, por juzgarse superior, nunca se preocupó seriamente de los problemas psicológicos; no juzgó necesario, en ese caso, reflexionar sobre la importancia de ese hecho y el peligro oculto en él. Se creyó, por el contrario, que un movimiento político que se componía únicamente de elementos reclutados en los círculos «intelectuales», sólo por ese hecho, era de más valor y tenía más derecho, e incluso más probabilidad de alcanzar el Gobierno, que un simple movimiento de masas sin instrucción. Jamás comprendieron que la potencialidad de un partido político no reside en la posible mayor inteligencia de cada uno de sus miembros, sino más bien en la obediencia disciplinada y en la lealtad con que ellos se subordinan a sus dirigentes. El factor decisivo es el propio liderazgo.

Cuando dos ejércitos luchan uno contra el otro, no vence aquel en que cada sold ıdo recibió la perfecta educación estratégica, sino el que dispone de la mejor dirección y, al mismo tiempo, de las tropas más disciplinadas, más ciegas en su obediencia y más entrenadas. Eso es un punto de vista fundamental que, en el cálculo de las posibilidades de poder convertir una doctrina en realidad, debemos siempre tomar en cuenta. Por consiguiente, esto quiere decir que, para llevar a la victoria una ideología, se impone previamente la transformación de ésta en un movimiento de lucha, cuyo programa deberá lógicamente tener muy en cuenta el material humano de que se dispone. Cuanto más inalterable fuera el objetivo a ser alcanzado, cuanto más dogmáticas fueran las ideas fundamentales, tanto más genial y psicológicamente acertado debe ser el programa de seducción de las masas, sin el auxilio de las cuales las ideas más elevadas quedarían siempre en el terreno de la teoría.

Si la idea racista, saliendo de su propósito poco definido de hoy, quiere alcanzar un día un éxito evidente, tiene que remarcar determinadas tesis tomadas de su amplio conjunto ideológico que por su significado sean apropiadas para atraer y conseguir la adhesión de amplias masas populares, es decir, justamente aquellas que pueden asegurar el éxito de la gran lucha ideológica y doctrinal. Nos referimos al proletariado alemán.

Por eso el Programa de nuestro Movimiento está condensado en veinticinco puntos fundamentales que, en primer término, tienen el objeto de proporcionarle al pueblo un cuadro general de las aspiraciones que encarna nuestra lucha. Esos veinticinco puntos constituyen, por decirlo así, un credo político que tiende, por una parte, a ganar adeptos en favor de la causa y que, por la otra, se presta a reunir a los ya existentes cohesionándolos bajo la noción de un deber común.

Así, no debemos nunca ignorar lo siguiente: el Programa del Movimiento, en su más alta finalidad, es absolutamente correcto; sin embargo, debe atender al momento psicológico, pues con el correr de los tiempos se puede llegar a pensar que los individuos dejarán de comprender ciertas proposiciones y que podrían acoger mejor otro programa. Toda tentativa de modificación en ese sentido sería, sin embargo, fatal, ya que con ello se entregaría a la discusión lo que se debe conservar incuestionablemente firme. Una vez que cualquier punto del dogma político se abandone, no se llegará a

producir uno nuevo, mejor y más conforme con el Programa, sino, por el contrario, se marchará a través de discusiones sin fin hacia el caos general. En esa situación se debe siempre procurar saber lo que es más conveniente: una nueva aunque mejor fórmula, que origine controversia en el interior del movimiento, o una antigua que, quizá en el momento no sea la mejor, pero que represente a un organismo coherente con sus ideas, inquebrantable y uniforme interiormente. Todas las pruebas resaltan la ventaja de esta última hipótesis.

Pues como con estos cambios sólo se trata de la configuración externa, tales rectificaciones siempre aparecerán como posibles o deseables. Finalmente y teniendo en cuenta la superficialidad del hombre, existe el gran peligro de que éste tan sólo vea en la mera formulación externa de un programa el objetivo fundamental de un movimiento. De esta forma lo único que se hace es disminuir la voluntad y la fuerza en el combate por la idea, gastándose así inútilmente en luchas internas sobre cuestiones de programa, la actividad que debería emplearse en la propaganda externa.

En el caso de una doctrina que evidentemente sea justa en sus líneas generales, resulta menos peligroso conservar una fórmula —aunque ya no responda enteramente a la realidad—, que modificarla y dejar de este modo librado a la discusión pública y a sus temerarias consecuencias el dogma del movimiento, considerado hasta entonces como granítico. De ello sólo podrán resultar las peores consecuencias, entre las cuales estará la ya imposible victoria del movimiento. ¿Cómo será posible inspirar en los hombres una fe ciega en la excelencia de una doctrina, cuando constantes modificaciones en el Programa de la misma siembran la incertidumbre y la duda?

Lo esencial no debe buscarse jamás en la fórmula exterior, sino siempre en el sentido interior; es decir, en el fondo, que es inmutable. Por propio interés, no se puede sino desear que el movimiento mantenga la energía necesaria para su lucha, apartando todos los factores que pudieran ocasionar inseguridad y desunión entre los adeptos.

También en esto la Iglesia Católica debe servirnos de ejemplo, ya que a pesar de que su cuerpo doctrinal está en colisión en muchos puntos —y en parte innecesariamente— con el estudio de las ciencias exactas y la investigación, jamás se resigna a sacrificar ni un ápice del contenido de su doctrina. Con razón supo conocer que su fuerza de resistencia no consiste en adaptarse con más o menos habilidad a los resultados siempre variables de la investigación científica en el transcurso del tiempo, sino en aferrarse de forma inquebrantable a sus dogmas ya expuestos, que son los que le confieren al conjunto el carácter de una fe. He aquí por qué la Iglesia Católica se mantiene hoy más firme que nunca. Podemos prever que, como punto de apoyo entre tantos fenómenos que mudan fugazmente, la Iglesia seguirá atrayendo a un creciente número personas que se aferrarán ciegamente a ella, como remanso de tranquilidad, a medida que aumente el ritmo de tales fenómenos.[108]

Quien realmente desee con sinceridad la victoria de una doctrina racista, no sólo debe reconocer que para la consecución de un resultado exitoso es indispensable, primeramente, que el movimiento se revele capaz para la lucha, sino también que tal movimiento sólo se mantendrá firme si tiene como fundamento la seguridad y

---

[108] Inspirado en uno de los versos de *Der Spaziergang* (El paseo), de Friedrich Schiller: *Sucht den ruhenden Pol in der Erscheinungen Flucht*. La traducción al castellano, de Daniel Innerarity, de la estrofa que contiene este verso, es la siguiente:

«En su tranquila estancia el sabio medita mientras tanto,
proyecta órbitas enormes e investigando se aproxima al espíritu creado
prueba el poder de la materia, el odio y el amor del magnetismo,
persigue al sonido por el aire y al rayo por el Éter,
busca una ley estable en el terrible misterio del azar,
busca un punto fijo entre la fuga de los fenómenos».

[Extracto de: Schiller, F. *Poesía filosófica*. Ed. Hiperión, 2002] El verso utilizado por el autor en este caso es el último de la estrofa presentada. (N. del T.)

consistencia inquebrantable de su Programa. Éste no debe hacer concesiones al espíritu de la época, sino mantener la fórmula considerada siempre como buena, por lo menos hasta la hora de la victoria. Antes de eso, cualquier tentativa que tenga por fin discutir la conveniencia de uno u otro punto del Programa traería como consecuencia la destrucción de la cohesión y la capacidad para la lucha, en la misma proporción en que sus adeptos se inmiscuyan en discusiones internas. Añádase a eso que una «mejora» ejecutada hoy, ya mañana podría ser destruida por nuevas críticas para, al día siguiente, ser sustituida por otra mejor. Quien entra en ese camino, toma una carretera de la cual sólo se conoce el comienzo, pues el final se pierde en el horizonte.

Esta importante noción debe ser comprendida por el nuevo Movimiento Nacionalsocialista. El Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores alcanzó con su Programa de los veinticinco puntos un fundamento inconmovible.

Ni ahora ni en el futuro no es ni será tarea de los miembros de nuestro Movimiento ocuparse de criticar o de alterar los puntos de ese Programa; les incumbe más bien la obligación de mantener su lealtad hacia ellos. De lo contrario, las futuras generaciones con el mismo derecho disiparían sus fuerzas en esa actividad interna, en lugar de atraer hacia el seno del Partido a nuevos adeptos, y por lo tanto, a conducir nuevas fuerzas. Para la mayoría de nuestros correligionarios, la esencia del Movimiento residirá menos en la letra de nuestros principios que en el sentido que nosotros les demos.

A estas consideraciones debió en sus orígenes nuestro joven Movimiento el nombre que hoy lleva, y de ahí surgió también el Programa del Partido; son, de hecho, la base de nuestra propaganda. Para conseguir la victoria de las ideas racistas, nuestro Partido debía ser ante todo popular, ¡un partido que no se compusiera solamente de guías intelectuales, sino también de obreros!

Sin una organización fuerte, cualquier intento para promover la realización de las ideas *völkisch* en el seno del pueblo será inoperante tanto hoy como en el futuro. De esta forma, el Movimiento tendrá no sólo el derecho, sino también el deber de considerarse como el pionero y representante de esas ideas. De la misma forma en que las ideas básicas del Movimiento Nacionalsocialista son *völkisch*, las ideas *völkisch* son también nacionalsocialistas. Para la victoria del Partido Nacionalsocialista es preciso que éste se adhiera exclusiva y absolutamente a esas convicciones. Asimismo es su deber y derecho proclamar, de la manera más incisiva, que es inadmisible cualquier intento de representar la idea Nacionalista *völkisch* fuera de los límites del Partido Nacionalsocialista obrero alemán y que, en la mayoría de los casos, esa tentativa no pasa de ser un embuste.

Si alguien hiciera al Movimiento el reproche de que actúa como si tuviese «monopolizada» la idea *völkisch*, se le debe responder sencillamente que no sólo la «monopoliza», sino que la creó para su uso exclusivo.

Pues lo que hasta hoy existía bajo este concepto no estaba en condiciones de ejercer la menor influencia sobre la suerte de nuestro pueblo, ya que a todas estas ideas en boga les faltaba una exteriorización clara y uniforme. Se trataba, en la mayoría de los casos, de incoherentes nociones más o menos justas, que ninguna ligazón íntima tenían las unas con las otras y que, además, no era extraño que se contradijeran. Y aun en el caso de que existiese la unión mencionada, esas ideas, por su debilidad, nunca habrían sido suficientes para organizar con ellas un movimiento.

Sólo el Movimiento Nacionalsocialista se mostró capaz de cumplir esta tarea.



Es consecuencia de la acción del Movimiento Nacionalsocialista el hecho de que en la actualidad todo género de asociaciones, sociedades, simples grupos y hasta grandes partidos reclamen para sí el derecho de adjudicarse la denominación «*völkisch*». Sin nuestro trabajo, jamás se le habría ocurrido a ninguna de tales organizaciones ni siquiera pronunciar esa palabra; probablemente no habrían tenido ni la más remota idea de su significación y, en particular, sus dirigentes habrían carecido de toda relación con el sentido profundo que ese concepto entraña. Sólo gracias a la labor del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores se le dio una significación substancial al vocablo *völkisch*, que apareció después en labios de gentes de toda catadura. Sobre todo, nuestra brillante acción de propaganda ha demostrado la fuerza que encierra el pensamiento *völkisch*, hasta el punto que los demás partidos, en sus ansias de ganar adeptos, afirman que también persiguen fines semejantes.

Así como hasta el momento estos no han hecho más que poner todo lo existente al servicio de sus pequeñas especulaciones electorales, ahora, de igual manera, para estos partidos el concepto *völkisch* con el que intentan emular la fuerza del Nacionalsocialismo en la captación de sus propios adeptos, no es más que un eslogan hueco y superficial. Sólo la preocupación por su propia subsistencia, así como el miedo por la prosperidad de un Movimiento creado en torno de una nueva concepción del mundo cuya significación universal ellos temen tanto como su peligroso carácter exclusivo, los obliga a usar esa palabra que hace ocho años no conocían, hace siete ridiculizaban, hace seis la señalaban como una insensatez, hace cinco la combatían, hace cuatro la odiaban, hace tres la perseguían y hace sólo dos la incluían en su vocabulario para usarla como propaganda electoral.

Todavía hoy mismo es fácil demostrar que todos esos partidos no tienen la menor idea de lo que es preciso para el pueblo alemán. La prueba más evidente de ello es la superficialidad con la que utilizan el concepto *völkisch.*

No menos dañinos son aquellos partidos que revolotean como *pseudovölkisch*, fraguando planes fantásticos basados las más de las veces sólo en ciertos conceptos fijos que, en sí mismos, pueden ser justos, pero que debido a su aislamiento no tienen ninguna significación para una lucha continua en favor de la colectividad y, mucho menos, para la construcción de un nuevo escenario. Esa gente, que en parte fabrica un programa de ideas propias y en parte de ideas resultantes de lecturas, es generalmente más peligrosa que los enemigos declarados de la concepción *völkisch.* En el mejor de los casos, esas gentes no pasan de ser estériles teorizantes, cuando no devastadores fanfarrones, que creen a menudo poder disfrazar la vacuidad intelectual de sus acciones con la solemnidad de sus barbas y la teatralidad de un germanismo primitivo y extravagante.

En contraste con todos estos infructuosos ensayos, vale la pena rememorar aquella época en que el joven Movimiento Nacionalsocialista comenzó su lucha.

Capítulo VI
NUESTRA LUCHA EN LOS PRIMEROS TIEMPOS
LA IMPORTANCIA DE LA ORATORIA

Nuestra primera asamblea, realizada el 24 de febrero de 1920 en el salón de actos de la Hofbräuhaus de Múnich, resonaba aún en nuestros adentros cuando comenzaron los preparativos para una próxima reunión. Hasta entonces habíamos considerado peligroso efectuar pequeñas asambleas políticas sólo una vez al mes cada quince días. Por este motivo, resolvimos que en adelante debía llevarse a cabo un gran mitin por semana.

En aquellos tiempos nos hacíamos siempre esta angustiosa pregunta: ¿Vendrá el pueblo a nuestras reuniones? ¿Estará dispuesto a oírnos? Por lo que a mí respecta, ya por aquel entonces estaba firmemente convencido de que una vez que el pueblo asistiese a los mítines, allí permanecería y escucharía a los oradores con atención.

En aquella época, el salón de la Hofbräuhaus llegó a tener para nosotros, los nacionalsocialistas, una significación casi sagrada. Cada semana un mitin, casi siempre en el mismo lugar, y cada vez más concurrido y más ferviente el auditorio. En nuestras conferencias discutíamos sobre la «culpabilidad de la guerra», tema del cual nadie se ocupaba en aquellos tiempos; nos interesábamos igualmente por los tratados de paz y, en fin, por todo aquello que, ideológicamente o desde el punto de vista de la agitación política, parecía conveniente o necesario. Sobre todo, la crítica del Tratado de Paz despertaba gran atención popular. Casi todo lo que el nuevo Movimiento vaticinó sobre ese asunto ocurrió más tarde. Hoy es fácil hablar o escribir sobre el Tratado de Paz. Un mitin popular de grandes proporciones, formado por excitados elementos proletarios y no por flemáticos burgueses y donde se tenía por tema el Tratado de Versalles era considerado entonces como un ataque contra la República y síntoma de una tendencia reaccionaria, incluso monárquica. Con sólo pronunciar las primeras palabras que implicaban una crítica para el Tratado de Versalles, se podía oír en el auditorio la interrupción violenta con la frase estereotipada: «¿Y el Tratado de Brest-Litovsk? ¡Brest-Litovsk! ¡Brest-Litovsk!»[109], continuaba gritando la muchedumbre hasta quedar ronca, o bien hasta que el orador renunciaba a su propósito de persuadir. ¡Ante un pueblo semejante, uno bien podía dar cabezazos contra la pared de desesperación! No atendían a razones, reacios a querer comprender que Versalles constituía una deshonra y un oprobio. Hasta se resistían a reconocer que ese Tratado significaba una inicua expoliación de la Nación Alemana. El trabajo destructor del marxismo y el veneno de la propaganda enemiga habían nublado la razón de aquellas gentes. En realidad no se les podía reprochar nada, puesto que la culpa pesaba gravemente sobre nuestra burguesía. ¿Qué había hecho ésta para atajar y combatir tan terrible obra disociadora, para, en fin, abrir paso a la verdad mediante una labor de difusión popular bien encaminada y minuciosa? ¡Nada, absolutamente nada! Por ninguna parte encontré, en aquellos tiempos, a los grandes apóstoles de hoy. Tal vez estuviesen pronunciando conferencias en tertulias a la hora del té o en otros círculos semejantes; pero allí donde debieron

[109] Tratado de Paz firmado el 3 de marzo de 1918 en la ciudad del mismo nombre, entre Alemania, Bulgaria, Austria-Hungría, Turquía y Rusia. No siendo objeto de este libro el debatir las diferencias entre este tratado y el de Versalles, huelga decir que basta echar un rápido vistazo al tratado de Brest-Litovsk para advertir las profundas diferencias, así como su benevolencia si lo comparamos con el otro, especialmente en cuanto a las cláusulas económicas y territoriales. (N. del T.)

haber estado, esto es, entre los lobos, allí no se atrevieron a estar, a menos que se les concediese la oportunidad de aullar con ellos.

En esa época vislumbré claramente que para la pequeña base que desde el principio formaba nuestro Movimiento debía aclararse previamente la cuestión de la culpabilidad de la guerra, es decir, establecer la verdad histórica. Proporcionar a las masas la comprensión del Tratado de Paz fue una condición *sine qua non* del éxito de nuestra causa hacia el futuro. Como en aquellos tiempos todos veían en esa paz una victoria de la democracia, se hacía necesario luchar contra esa idea y grabar en la cabeza del pueblo y para siempre el odio contra ese Tratado, para que más tarde cuando esa obra de mentiras apareciese en su dura realidad, el recuerdo de nuestra actitud de ese momento sirviese para mantener hacia nosotros la confianza del pueblo.

Ya en aquellos días, sin temer la impopularidad, el odio o la lucha, asumí una actitud abiertamente contraria al criterio dominante con respecto a las grandes cuestiones de principio, en las cuales toda la opinión pública sostenía un punto de vista erróneo. El Partido Nacionalsocialista no debe ser un esbirro de la opinión pública, sino el dueño de la misma. ¡No debe ser el siervo, sino el Señor de la masa!

Existe, naturalmente, sobre todo para un movimiento aún débil, la gran tentación de adherirse y vociferar con los demás cuando un adversario mucho más poderoso ha logrado, gracias a su arte de seducción, inducir al pueblo a una resolución absurda o a adoptar una actitud falsa; y esto precisamente cuando unas pocas razones, aunque sólo aparentes, desde el punto de vista del interés del propio movimiento podrían inducir a obrar en aquel sentido. La cobardía humana buscará con tanto ardor esas razones, que casi siempre encontrará alguna cosa que ofrezca una apariencia de justicia para, desde «su punto de vista», colaborar en un crimen semejante.

Más de una vez experimenté casos en los cuales fue necesaria la máxima energía para impedir que la nave de nuestro Movimiento resultase arrastrada por la corriente general artificialmente provocada. La última vez que esto sucedió, nuestra prensa infernal, que es la Hécuba[110] de la Nación Alemana, consiguió dar a la cuestión del Tirol del Sur una preeminencia que tuvo graves consecuencias para los intereses del país.

Sin reflexionar sobre la causa a la que estaban sirviendo, muchos individuos, partidos y asociaciones de las llamadas «nacionalistas», simplemente por temor a la opinión pública excitada por los judíos, hicieron coro común con el sentir general y absurdamente dieron su apoyo a la lucha contra un sistema que, nosotros los alemanes, especialmente en la crisis actual, deberíamos ver como una brillante esperanza en este momento de corrupción mundial. Mientras el judaísmo internacional, lenta pero firmemente intentaba estrangularnos, los que se dicen patriotas vociferaban contra un hombre y un sistema que se había aventurado a liberar por lo menos un trozo del planeta de la dominación judeomasónica y a oponer las fuerzas nacionales contra ese veneno internacional. Era más cómodo sin embargo, para caracteres débiles, navegar a favor de los vientos y capitular ante el clamor de la opinión pública. ¡Porque verdaderamente fue una capitulación! Pueden esos individuos, con la falsedad y la maldad que les es peculiar, no admitir esto ni siquiera ante ellos mismos, pero la verdad es que sólo fue por el miedo y la cobardía a una opinión pública preparada por los judíos, lo que les indujo a tomar parte. Todas las demás razones que presentaron no pasaron de ser más que miserables subterfugios de quienes tienen la mala conciencia del crimen ejecutado.

Se hacía pues necesario reorientar nuestro Movimiento con puño de hierro para librarnos así de los daños ocasionados por esa mala dirección. Intentar un cambio de esa

---

[110] Esposa de Príamo y madre de Paris y Héctor, entre otros, en la *Ilíada*. Aquí el sentido que se le da es el de calamidad o maldición, ya que en la Antigüedad eran famosas las tragedias de Hécuba, pues acabó matando a dos de sus hijos. (N. del T.)

naturaleza en un momento en que las fuerzas mayoritarias excitaban la opinión pública en un determinado sentido, no fue una maniobra muy popular, sino al contrario, extremadamente peligrosa incluso para los más audaces. Sucede sin embargo en la Historia, que en estos momentos aparecen algunos raros individuos que son lapidados por un gesto que dará a la posteridad motivos para postrarse a sus pies.

Con ese reconocimiento de la posteridad es con el que debe contar todo movimiento de gran alcance, no con los aplausos de los coetáneos. Puede suceder que, en tales momentos, los individuos se dejen perturbar; sin embargo, nunca deben olvidar que después de esas horas difíciles viene siempre la redención, y que una Idea que pretende renovar el mundo tiene que mirar más al futuro que al presente.

Se puede comprobar fácilmente que los mayores y más duraderos éxitos de la Historia de la Humanidad fueron incomprendidos en sus comienzos debido a que se contrapusieron a la opinión pública general, así como también a su juicio y voluntad.

Esto lo pudimos verificar en los primeros días de nuestra presentación en público. Realmente nunca hemos implorado el favor de las masas; más bien nos hemos enfrentado a los desvaríos de este pueblo. En aquellos tiempos, muy a menudo me presentaba en reuniones de personas que creían lo contrario de lo que yo les quería decir, y que querían lo contrario de lo que yo quería. Así pues, nuestra misión era, durante dos horas, liberar a dos o tres mil hombres de las nociones erradas que poseían: golpe tras golpe, destruir los fundamentos de las mismas y, finalmente, atraerlos hacia nuestras ideas y nuestra causa.

En corto tiempo aprendí algo muy importante: arrebatarle al enemigo sus propias armas para replicarle. Pronto se hizo notorio que nuestros adversarios, particularmente sus oradores, aparecían en escena con un «repertorio» muy determinado y en el cual se repetían siempre los mismos argumentos contra nuestros asertos, de tal modo que la sistemática del procedimiento permitía deducir que se trataba de un definido y homogéneo adiestramiento. Y así era en efecto. Nos fue posible así conocer la extraordinaria disciplina de la propaganda puesta en acción por nuestros adversarios, y aún hoy me siento orgulloso no sólo de haber encontrado el medio de neutralizar la eficacia de esa propaganda, sino también de anular a sus promotores. Dos años más tarde me había convertido en maestro de ese arte.

En cada uno de los discursos era esencial orientarse previamente acerca del probable contenido y la forma de las objeciones que podrían ser formuladas en el curso de la discusión para, según eso, desbaratarlas por completo ya en el propio discurso.

Convenía, desde un comienzo, especificar las posibles réplicas del adversario y demostrar su inconsistencia. Así, el oyente, que a pesar de las numerosas objeciones que le habían sido inspiradas tenía un corazón honesto, por la destrucción anticipada de esas objeciones era fácilmente conquistado por la causa. La lección que le enseñaron y sabe de memoria es desmentida por sí mismo, y su atención, cada vez más atraída hacia la exposición del orador.

Ésa fue la razón por la que, partiendo de la primera conferencia que dicté sobre el Tratado de Paz de Versalles ante la tropa de mi regimiento en calidad de «instructor», optara por cambiar ligeramente el tema, hablando en lo sucesivo de los «Tratados de Paz de Brest-Litovsk y Versalles». Poco tiempo después, ya en el curso de la discusión sobre mi primera conferencia, pude constatar que la gente no tenía en realidad ni la menor idea de lo que era el Tratado de Paz de Brest-Litovsk, pero que sin embargo, gracias a la hábil propaganda de sus partidos políticos, había sido posible presentar este Tratado y no el de Versalles como uno de los actos de violencia más humillantes del mundo. La persistencia con que semejante mentira fue difundida entre la gran masa del

pueblo hizo que millones de alemanes creyesen ver en el Tratado de Versalles una justa compensación por el crimen cometido por nosotros en Brest-Litovsk, considerando, en consecuencia, injusta toda oposición al Tratado de Versalles. Y ésta fue también la causa que contribuyó a que en Alemania se arraigara aquella tan desvergonzada como monstruosa palabra: «reparación»; simulación canallesca que apareció realmente ante los ojos de millones de nuestros incitados compatriotas como la concreción de una justicia superior. ¡Terrible, pero así fue! La mejor prueba de ello la proporciona el éxito de la propaganda que dirigí contra el Tratado de Versalles, mediante extensas explicaciones sobre el Tratado de Brest-Litovsk. En mis conferencias confrontaba ambos Tratados, los comparaba punto por punto, demostrando cuán inmensamente humano debía aparecer en verdad el Tratado de Brest-Litovsk frente a la inhumana crueldad del de Versalles. El resultado debió ser sorprendente. Traté el tema en asambleas de dos mil personas, donde a menudo se concentraba sobre mí la mirada hostil de unas mil ochocientas. Tres horas más tarde me veía rodeado de una muchedumbre poseída de indignación sagrada y de furia inaudita contra los enemigos de la Patria. Una vez más, se desarraigaba de los corazones y de los cerebros de miles de personas una gran mentira para, en su lugar, quedar inculcada una verdad.

Consideré las conferencias sobre «Las Verdaderas Causas de la Guerra» y sobre «Los Tratados de Versalles y Brest-Litovsk» como las más importantes, de ahí que las repitiera y repitiera decenas de veces, siempre con argumentos nuevos, hasta que una comprensión clara y definida sobre este asunto se formase en el espíritu de los oyentes, entre los cuales nuestro Movimiento captaba los primeros adeptos.

Estas asambleas tuvieron para mí, además, la ventaja de haber ido adaptándome poco a poco al carácter de un orador de grandes mítines, además de familiarizarme con la grandilocuencia y los gestos que se requieren para hablar en una gran sala ante un gran auditorio.

Como ya dije, aparte de pequeños círculos, observé que hasta entonces nunca se había dado en público y ante grandes masas una explicación sobre esos Tratados con la orientación adoptada por mí. Sin embargo, hoy otros partidos se llenan la boca con esas ideas y actúan como si fuesen ellos los que hubieran modificado la opinión popular. Si los llamados partidos políticos nacionalistas alguna vez hicieron conferencias en ese sentido, fue siempre en círculos que ya poseían las mismas ideas de los conferenciantes y sólo servían para fortalecer las convicciones del auditorio. Sin embargo, por medio de tales aclaraciones y propaganda nunca lograron conquistar la adhesión de los que hasta entonces, por su educación y por sus ideas, se mantenían en el campo opuesto.

Al servicio de nuestra labor de difusión pusimos también la propaganda impresa. Ya en el seno de la tropa yo había redactado un folleto haciendo una comparación entre el Tratado de Brest-Litovsk y el de Versalles que alcanzó una gran tirada. Más tarde me serví de ese medio para la propaganda del Partido, siendo sus efectos también exitosos. Nuestras primeras asambleas se caracterizaron por la circunstancia de que las mesas estaban siempre cubiertas de panfletos, periódicos, revistas, folletos, etcétera. Sin embargo, le atribuíamos importancia capital a la palabra hablada, porque en realidad, debido a razones de orden psicológico, sólo ésta es capaz de impulsar grandes revoluciones.

En la primera parte de este libro ya llegué a la conclusión de que todos los acontecimientos importantes, todas las revoluciones mundiales, no son nunca fruto de la palabra escrita sino, por el contrario, son siempre originados por la palabra hablada. Sobre este asunto se entabló en un sector de la prensa una amplia discusión en la que nuestros intelectuales de la burguesía combatieron aquella afirmación. Sin embargo, la

misma razón por la que esto aconteció era suficiente para destruir los argumentos de los que contrariaban esa verdad. Pues los intelectuales burgueses protestaban contra tal noción sólo porque visiblemente no poseían energía y capacidad para ejercer influencia sobre la masa por medio de la palabra hablada. Acostumbrados a actuar siempre por la mera palabra escrita, no eran capaces de utilizar la gran fuerza explosiva de un discurso. Ese hábito, con el paso del tiempo, tuvo el fatal resultado que hoy descubrimos en la burguesía, esto es, la pérdida del instinto psicológico de acción sobre las masas.

El orador tiene en el auditorio al que se dirige un punto permanente de referencia en tanto sepa leer en la expresión de sus oyentes hasta qué punto éstos son capaces de seguirle y comprender sus ideas, y sepa ver también si la impresión y el efecto producidos por sus palabras conducen al propósito deseado. El escritor, en cambio, nada sabe de sus lectores. En consecuencia, éste no podrá dirigirse a un determinado público situado al alcance de sus ojos, sino que deberá dar a sus exposiciones un carácter general y difuso. De esta forma pierde, hasta cierto punto, la finura necesaria para comprender la psicología popular y, con el tiempo, la maleabilidad indispensable. Por lo general es más frecuente que un brillante orador consiga ser un gran escritor que viceversa, a menos que este último practique dicho arte de manera constante.

Es preciso, además, anotar que las masas humanas son naturalmente perezosas y, por eso, inclinadas a conservar sus antiguos hábitos. Raramente, por impulso propio, procuran leer cualquier cosa que no corresponda a las ideas que ya poseen o que no contenga aquello que esperan encontrar. Así, un impreso de tendencia determinada será leído en la mayoría de los casos únicamente por gentes que ya se cuentan entre los adeptos de esa corriente. Quizá, por su concisión, un panfleto o un cartel podrán contar con la posibilidad de atraer pasajeramente la atención de una persona que piensa de modo diferente. Mejores perspectivas de éxito tiene en este orden la propaganda gráfica en todas sus formas, incluso el film. En este caso, no se obliga al individuo a hacer ningún trabajo mental, pues basta con mirar, o como mucho con leer pequeños textos, ya que muchos estarán más dispuestos a asimilar una representación por imágenes que a leer un largo escrito. Una imagen proporciona en un tiempo mucho más corto, casi podría decirse de golpe, una explicación que por escrito se obtendría sólo después de una dilatada lectura.

Lo más importante es que el escritor nunca sabe a qué manos van a parar sus obras ni quién debe retener sus ideas. El efecto será, en general, tanto más eficiente cuanto más correspondan las ideas propagadas al nivel intelectual y al modo de ser de los lectores. Un libro que esté destinado a las grandes masas debe, en primer lugar, esforzarse por adoptar un estilo y una elevación completamente diferentes de otro que se dirija a las altas clases intelectuales.

Sólo con esa capacidad de adaptación puede la palabra escrita aproximarse en sus efectos a la palabra hablada. Supongamos que el orador trate del mismo asunto explicado en un libro. Si él es un gran orador, no precisará repetir el mismo asunto dos veces de la misma forma. El orador siempre se dejará llevar por la masa, de modo que instintivamente fluyan de sus labios justamente aquellas palabras que él necesita para tocar el alma de los oyentes. Así, si éste cometiera una equivocación, siempre tendrá delante de él un buen indicador. En la fisonomía del auditorio, como ya he dicho, podrá observar: primero, si está siendo comprendido; segundo, si todos los oyentes pueden seguirle; tercero, hasta qué punto les ha persuadido de la certeza de lo expuesto. Si ve que no le comprenden, expresará sus conceptos en formas tan elementales y claras que hasta el último de sus auditores le entienda; si se percata de que no son capaces de seguirle, entonces desarrollará sus ideas tan cuidadosa y lentamente que hasta el más

ignorante entre ellos no se quede atrás; y si, finalmente, nota que sus oyentes no parecen convencerse de la veracidad de lo expuesto, optará por repetir lo mismo cuantas veces sea necesario, siempre con nuevos ejemplos, refutando y desmenuzando las objeciones que, sin llegar a pronunciarse, capte en el auditorio hasta que, en definitiva, el último sector de oposición revele a través de su actitud y su expresión haber capitulado ante la poderosa argumentación del orador.

La mayoría de veces se trata de destruir prejuicios que no tienen arraigo en el intelecto de la gente, sino que inconscientemente se basan sólo en el instinto. Vencer esta barrera de animadversión instintiva, de odio apasionado y de repulsión preconcebida es mil veces más difícil que rectificar una opinión científica deficiente o errónea. Las falsas concepciones y un saber deficiente son susceptibles de corregirse mediante la enseñanza; en cambio, jamás se rectificarán por el mismo medio las resistencias del sentimiento. Sólo la llamada a esas fuerzas ocultas será capaz de hacer efecto aquí. Muy difícilmente puede lograr esto el escritor: está únicamente en manos del orador.

La prueba más evidente de esto está en el hecho de que la prensa burguesa, a pesar de su gran habilidad, a pesar de distribuirse por millones sus ejemplares, no ha podido evitar que las masas se constituyeran precisamente en los mayores enemigos del mundo burgués. El aluvión de periódicos y de libros que todos los años producen los intelectuales se escurre entre millones de alemanes de las clases inferiores como el agua sobre una superficie cubierta de aceite. Este hecho puede probar dos posibles tesis: o el error de contenido de todas esas producciones escritas, o la imposibilidad de alcanzar el corazón de las masas sólo por la palabra escrita, sobre todo cuando esta palabra escrita no está de acuerdo con la psicología colectiva, como es el caso.

No se objete (como intentó un gran periódico nacionalista de Berlín) que el marxismo con sus escritos, sobre todo por el efecto de la obra fundamental de Karl Marx, ofrece una prueba en contra de nuestra afirmación. Jamás un argumento tan superficial se fundó sobre bases tan erróneas. Lo que al marxismo le dio el asombroso poder sobre las muchedumbres no fue de ningún modo la obra escrita de carácter judío, sino más bien la enorme avalancha de propaganda oratoria que en el transcurso de los años se apoderó de las masas. Entre cien mil obreros alemanes no hay, por término medio, cien que conozcan la obra de Marx, obra que desde un principio fue estudiada mil veces más por los intelectuales, y ante todo por los judíos, que por los verdaderos adeptos al marxismo situados en las vastas e inferiores esferas del pueblo. Tampoco esta obra fue escrita para la masa, sino exclusivamente para los dirigentes intelectuales de la maquinaria judía de conquista mundial, máquina que se alimentó luego con un combustible muy diferente: la prensa. Y esto es lo que diferencia a la prensa marxista de nuestra prensa burguesa. La prensa marxista está escrita por agitadores, en tanto que la burguesa, aun queriendo hacer también agitación, se sirve sólo de escritorzuelos.

El redactor clandestino socialdemócrata y marxista, que casi siempre sale de los locales de reunión para dirigirse hacia los despachos de redacción, conoce a su gente mejor que nadie. El escritorzuelo burgués, que sale de su oficina para ponerse en contacto con el pueblo, se pone enfermo sólo al sentir el olor de las masas y, por eso, permanece impotente frente a ellas con su «palabra escrita».

Lo que hizo que el marxismo conquistase a millones de trabajadores fue menos la manera de escribir de los pontífices marxistas que la infatigable y verdaderamente poderosa propaganda de diez mil incansables agitadores, empezando por los apóstoles de primera fila, hasta los pequeños delegados sindicales y los oradores populares. Fue en los cientos de miles de reuniones donde los oradores, subidos en las mesas de

tabernas llenas de humo, martilleaban sus ideas en la cabeza del pueblo, obteniendo así un conocimiento fabuloso del material humano, lo cual les dejaba en situación de elegir las armas adecuadas para conquistar a la opinión pública. La victoria del marxismo se debió también a las formidables demostraciones colectivas, a aquellas manifestaciones de miles de hombres ante las cuales los individuos se consideraban mezquinos gusanos, pero que a pesar de eso, se enorgullecían de pertenecer a una gigantesca organización, bajo cuyo ardiente aliento el odiado mundo burgués podría ser pasto de las llamas, permitiendo a la dictadura proletaria festejar su victoria final.

De tal propaganda procedían los hombres que ya estaban listos y preparados para leer la prensa socialdemócrata, prensa que, no obstante, no era escrita sino «hablada». Mientras en el campo burgués, profesores y exegetas, teóricos y escritores de todas las clases, sólo de vez en cuando intentaban usar la tribuna, los oradores marxistas sí se dedicaban a la producción de trabajos escritos. Será el judío, que en estos asuntos nunca debe perderse de vista, quien gracias a su dialéctica mentirosa y a su maleabilidad también como escritor, se aficionará siempre más a la agitación revolucionaria que a la palabra escrita.

Ésa es la razón por la que la prensa burguesa (poniendo de lado el hecho de que estaban en gran parte influenciados por los judíos y no tenían ningún interés en instruir a la colectividad) no pudo ejercer la menor influencia sobre la gran masa del pueblo.

Cuán difícil es destruir prejuicios, impresiones, sentimientos, etc., y substituirlos por otros que dependen de influencias y condiciones imprevisibles. Sólo el orador, que siente el alma popular, se puede hacer una idea, pues incluso la hora escogida para que tenga lugar la exposición puede tener una influencia decisiva en sus efectos. Porque la misma conferencia, el mismo orador, el mismo tema, producen efectos diferentes a las diez de la mañana que a las tres de la tarde, o por la noche. Yo mismo, como principiante, intenté hacer reuniones por la mañana y me acuerdo muy bien de una manifestación que, como «protesta contra la modificación de nuestras fronteras», hicimos en el Kindl-Keller de Múnich. Era la mayor sala de la ciudad y el riesgo que corríamos pendía sobre nuestras cabezas. Para facilitar la presencia de nuestros adeptos y de todos los que quisieran tomar parte en la misma, fijé la reunión a las diez de la mañana de un domingo. El resultado fue deprimente, pero por otro lado también fue enormemente instructivo: la sala se llenó, la impresión era de victoria, pero se notaba la más fría disposición por parte del auditorio. Nadie se inflamaba. Yo mismo, como orador, me sentí profundamente infeliz al no poder conseguir establecer contacto con los oyentes. Además, estaba convencido de que no había hablado mal; pero, a pesar de ello, el efecto de la conferencia fue nulo. Descontento, a pesar de haber adquirido una experiencia más, abandoné la sala de reuniones. Otras pruebas que más tarde intenté también dieron el mismo resultado.

Eso no debe asombrar a nadie. Quien asista a una representación teatral a las tres de la tarde y después asista a la misma obra a las ocho de la noche, quedará sorprendido de la diferencia de impresiones. Cualquier persona con sentimientos delicados y capacidad artística para comprender ese estado de ánimo podrá luego comprobar que la impresión causada por la representación de la tarde no se puede comparar con la de la noche. Lo mismo sucede con el cine. Esta última observación es importante, porque se podría decir que, durante el día, los artistas de teatro no desarrollan el mismo esfuerzo que durante la noche. Sin embargo, con el cine sucede lo mismo durante el día y por la noche. El tiempo ejerce aquí un determinado efecto al igual que una sala ejerce una influencia distinta en la persona. Hay lugares que provocan frialdad por motivos que difícilmente se pueden analizar, y donde cualquier intento de armonía con el pueblo

encuentra la más firme resistencia. Los recuerdos y representaciones del pasado, presentes en el espíritu de los hombres, también pueden crear una cierta impresión. Así, una representación de *Parsifal* en Bayreuth siempre producirá una impresión diferente de la que tendría lugar en cualquier otra parte del mundo. El místico encanto del edificio del *Festspielhaus*[111], a lo alto de la colina, en la antigua ciudad de los margraves, no puede ser substituido ni sobrepasado.

En cualquier caso, significa una disminución del libre albedrío del hombre. Esto es más verdadero todavía cuando se trata de asambleas en las que los individuos poseen puntos de vista opuestos. Por la mañana, e incluso durante el día, la fuerza de voluntad de las personas parece resistir mejor, con más energía, contra la tentativa de imponerles una voluntad o un criterio extraño. Por la noche, por el contrario, se dejan vencer más fácilmente por la fuerza dominadora de una voluntad fuerte. En realidad, en cada una de esas reuniones hay una lucha de dos fuerzas opuestas. Pues el sobresaliente arte oratorio de una naturaleza dominante se verificará más fácilmente en la conquista de nuevos adeptos que ya hayan experimentado de manera natural un debilitamiento de su poder de resistencia, que sobre aquellos que todavía estén en plena posesión de sus energías intelectuales y volitivas.

Tiende al mismo objetivo la misteriosa y artificial penumbra de la Iglesia Católica, con sus luces ardientes e incensarios.

En esa lucha del orador con el adversario al que se quiere convertir, adquiere aquél, poco a poco, una maravillosa sensibilidad hacia las condiciones psicológicas de la propaganda que casi siempre le falta al escritor. De ahí resulta que las producciones escritas, en su limitada eficiencia, se prestan mejor para la conservación, fortalecimiento y ahondamiento de un punto de vista ya aceptado. Las grandes revoluciones no se han debido jamás a la palabra escrita sino que, a lo sumo, se han complementado con ella.

No se crea ni por un momento que la Revolución Francesa se realizó por la fuerza de las teorías filosóficas de los Enciclopedistas. Habría fracasado de no haber contado con un ejército de agitadores dirigidos por demagogos de alto estilo, que despertaron las pasiones del pueblo enfervorizado hasta el punto de provocar la terrible erupción que dejó a Europa transida de espanto. La misma explicación tiene la mayor Revolución de nuestros días, la Revolución bolchevique de Rusia. No se produjo como consecuencia de los escritos de Lenin, sino de la eficacia oratoria de grandes y pequeños agitadores que despertaron el odio de las masas contra la situación existente.

Un pueblo de analfabetos nunca hubiera sido arrastrado a una revolución comunista por la lectura de un teórico como Karl Marx, pero sí por los millares de agitadores que, al servicio de una idea, arengaban al pueblo.

Eso fue así y siempre ha de ser así.

Corresponde plenamente a la falta de sentido práctico de nuestros intelectuales la creencia de que lógicamente el escritor tiene que ser de inteligencia superior al orador.

Tal criterio resulta exquisitamente ilustrado por la crítica de cierto periódico burgués, al decir que a menudo decepciona ver publicado el discurso de un orador notable.

Esto me recuerda una crítica análoga que leí durante la guerra; en ella se analizaban minuciosamente los discursos de Lloyd George, por entonces ministro británico de armamento, para llegar a la ingeniosa conclusión de que esos discursos, moral y científicamente considerados, eran de valor secundario y, por lo demás,

[111] El *Festspielhaus*, inaugurado en 1876, fue concebido para la celebración anual del Festival de Bayreuth, con representaciones del compositor alemán Richard Wagner. La opera, dedicada exclusivamente a la exhibición de composiciones de este autor, está situada al norte de la ciudad de Bayreuth, en Alemania. (N. del T.)

productos banales y simples. Yo mismo recibí en forma de un pequeño folleto algunos de los discursos y no pude menos que reír a carcajadas pensando que, naturalmente, un vulgar emborronador de cuartillas no podía tener capacidad para comprender aquellas piezas maestras de manipulación psicológica de las masas. Tal crítico juzgaba los discursos de Lloyd George exclusivamente a través de la impresión que habían producido en su mente presuntuosa, sin darse cuenta de que en realidad el gran demagogo inglés dirigía sus discursos únicamente al propósito de ejercer la mayor influencia posible sobre la masa de sus oyentes y, en sentido más amplio, sobre la totalidad de las clases populares.

Considerados desde este punto de vista, los discursos de este inglés producían admirables efectos, pues testimoniaban un conocimiento verdaderamente asombroso de la psicología de las multitudes. Por esta razón fueron sus resultados verdaderamente eficaces.

Compárese estos discursos con el impotente balbuceo de Bethmann-Hollweg[112]. Lo cierto es que, aparentemente, los discursos de éste eran de más calidad intelectual, pero en realidad no demostraban otra cosa que la incapacidad de aquel hombre para hablar a su pueblo. No obstante, el cerebro de mosquito del escritor alemán medio, intelectualmente bien formado, tenderá a valorar la genialidad del ministro inglés por la impresión que un discurso dirigido a influir en la masa deje en su fosilizado interior, llevándolo siempre a compararlo con el de un estadista, cuyo «ingenioso discurso» naturalmente reposa sobre un terreno más receptivo para él.

Que Lloyd George tenía un ingenio no sólo equivalente, sino mil veces superior al de un Bethmann-Hollweg, lo demostró el hecho de que Lloyd George encontró para sus discursos aquella forma y aquella expresión que debieron abrirle el corazón de su pueblo y que, a la postre, redujeron a ese pueblo a su incondicional voluntad. El sobresaliente talento político de este inglés se manifiesta precisamente en la sencillez de su lenguaje, en lo elemental de sus formas de expresión y en el empleo de ejemplos simples y fácilmente comprensibles. Pues la fuerza de la palabra de un estadista que habla a su pueblo no se debe medir por la impresión que produce en el ánimo de un profesor de Universidad, sino por el efecto causado en el seno del pueblo mismo. Y es sólo esto lo que da la medida para apreciar la genialidad de un orador.



Exclusivamente al conocimiento y a la aplicación constante de esta verdad se debe el asombroso desarrollo del Movimiento Nacionalsocialista, que hace pocos años surgiera de la nada y que hoy es objeto de la persecución más insistente por parte de los enemigos internos y externos de nuestro pueblo.

Por más importante que sea la producción escrita del Movimiento, tendrá siempre más valor para la uniforme formación intelectual de los grandes y pequeños líderes en un plano partidista, que para la conquista de las masas situadas en puntos de vista contrarios. Sólo en casos excepcionalísimos un socialdemócrata convencido o un fanático comunista condescenderá en adquirir un folleto o incluso un libro Nacionalsocialista para leerlos y de ahí formarse una idea sobre nuestra doctrina o para estudiar la crítica a sus convicciones. Los periódicos raramente se leen cuando no traen bien claro el sello del partido al que pertenecen. Además de eso, la lectura de un único ejemplar de periódico aclara muy poco, pues al ser su literatura tan difusa, ninguna

[112] Bethmann-Hollweg. Canciller del Reich en la época de la Primera Guerra Mundial. (Nota de Mi Lucha, 1996).

influencia digna de relieve se puede esperar de la misma. No se puede y no se debe exigir de nadie, sobre todo de aquellos para los que un *Pfenning* es mucho dinero, que se suscriban a periódicos enemigos, sólo por el deseo de obtener aclaraciones objetivas sobre los puntos de vista opuestos. Eso tal vez suceda en un caso sobre diez mil. Quien ya se adhirió a una causa leerá naturalmente el periódico de su partido para ponerse al tanto de las noticias del movimiento en el que está incluido.

Muy diferente es lo que sucede con los boletines y folletos. Las personas los toman en sus manos, sobre todo cuando se distribuyen gratuitamente, sucediendo esto más frecuentemente todavía cuando en el titular se trata de un tema que de manera momentánea está en boca de todos. Después de echarle un vistazo a algunos de esos boletines, el lector tal vez sea conquistado por los nuevos puntos de vista o, al menos, se le habrá despertado su atención hacia el nuevo movimiento. Sin embargo, por ese medio sólo se conseguirá —en el mejor de los casos— producir un impulso y nunca una situación definitiva. Pues el folleto sólo podrá incitar o advertir sobre algo, produciéndose su efecto únicamente en coalición con la posterior instrucción y exploración de su lector. Y esto sólo se obtendrá con los mítines populares.

Por eso el mitin de masas es indispensable, porque el individuo, que como futuro prosélito de un naciente movimiento se mostraba aislado al principio, perdiendo ya el miedo a estar solo, se encuentra por primera vez con una comunidad ciertamente numerosa, lo cual tiene, para la mayoría de gente, una influencia reconfortante y alentadora. Y es que el mismo individuo, formando parte de una compañía o de un batallón, rodeado de todos sus camaradas, se lanzará más temerariamente al asalto que cuando se halle solo. Agrupado, hasta cierto punto se sentirá siempre protegido, aunque en realidad mil razones demuestren lo contrario.

El sentimiento de comunidad que inspira una manifestación colectiva no sólo fortalece al individuo, sino que cohesiona y contribuye también a crear un firme espíritu de camaradería. El hombre que como primer defensor de una doctrina se expone en su empresa o en su lugar de trabajo a graves opresiones, precisa fortalecerse por la convicción de que es un miembro y un luchador dentro de una gran colectividad. Y esta impresión la recibe sólo en las manifestaciones colectivas. Cuando sale de su pequeña oficina o de su gran fábrica donde se siente infinitamente pequeño y, por primera vez, entra en una asamblea y allí encuentra a miles de personas con las mismas ideas que las suyas; cuando es arrastrado por la fuerza y la embriaguez sugestiva del entusiasmo de tres o cuatro mil personas; cuando el éxito visible de la causa y de la unanimidad de opiniones le proporcionan la convicción y la certeza del nuevo movimiento, despertándole la duda sobre la verdad de sus antiguas ideas, entonces, estará bajo la mágica influencia de lo que podríamos designar con estas palabras: sugestión de las masas. La voluntad, el anhelo y también la energía de miles, se acumulan en cada uno. El hombre que lleno de dudas y vacilaciones entra en una asamblea, sale de ella íntimamente reconfortado: se convirtió en un miembro de la comunidad.

El Movimiento Nacionalsocialista nunca debe olvidar esto, no debiéndose nunca dejar influenciar por esos estúpidos burgueses que lo saben todo mejor que nadie, pero que no impidieron que un gran Estado fuera conducido a la ruina, perdiendo hasta el gobierno de su propia clase. Ellos son extraordinariamente inteligentes, todo lo saben, entienden de todo; sin embargo, sólo una cosa no entendieron: cómo impedir que el pueblo alemán cayese en las garras del marxismo. En eso fracasaron de la manera más estrepitosa. Su presunción actual es pura arrogancia, y sabido es que el orgullo anda siempre de la mano de la estupidez.

Pues si esos individuos rehúsan dar cualquier valor a la oratoria, simplemente actúan así porque incluso ellos mismos están plenamente convencidos —gracias a Dios— de la ineficacia de su palabrería hueca.

Capítulo VII
LA LUCHA CONTRA EL FRENTE ROJO

En los años 1919 y 1920, y también en 1921, acudí personalmente a los llamados mítines burgueses. Siempre me produjeron la misma repulsión que las cucharadas de aceite de ricino durante mi niñez. Se debe tomar y dicen que es muy buena, ¡pero su gusto es horrible! Si fuese posible amarrar con cuerdas a todo el pueblo alemán y arrastrarlo a la fuerza a esas manifestaciones públicas, atrancando las puertas para no dejar salir ni a uno solo hasta el fin de la representación, tal vez al cabo de algunos siglos todo eso diese algún resultado. Además debo confesar abiertamente que, si eso sucediera, ya no merecería la pena vivir, prefiriendo incluso dejar de ser alemán. No siendo eso posible —gracias a Dios—, nadie se debe admirar que el pueblo sano e incorrupto evitase, como el Diablo el agua bendita, tales «asambleas burguesas».

He tenido el placer de conocer a los profetas de la concepción ideológica burguesa y no me sorprende, sino que más bien comprendo ahora, por qué no dan importancia a la oratoria. Por entonces visité reuniones demócratas, de nacionalistas alemanes del Partido Popular Alemán y del Partido Popular Bávaro (El Partido Católico de Baviera). Lo que resaltaba a primera vista era la homogeneidad del auditorio, el cual se componía casi exclusivamente de los miembros del respectivo partido. El conjunto, falto de toda disciplina, parecía más un club de aburridos jugadores de cartas que el mitin de un pueblo que acababa de sufrir una gran Revolución.

Los oradores mismos hacían por su parte lo posible para mantener esa atmósfera pacífica. «Parloteaban» o, mejor dicho, leían discursos del estilo de un ingenioso artículo de prensa o de una disertación científica, evitando toda expresión de tono fuerte y dejando escapar, sólo de vez en cuando, algún pobre chiste académico ante el cual los miembros del directorio reían obligadamente, no a carcajadas sino con mesura y con la reserva del caso.

Cierta vez concurrí a una asamblea en la Sala Wagner de Múnich, con motivo de la conmemoración de la batalla de Leipzig[113]. El discurso fue pronunciado, o leído, por un respetable anciano, profesor de una universidad cualquiera. En la tribuna se hallaba reunida la mesa directiva: a la izquierda, uno con monóculo; a la derecha, otro con monóculo, y en medio de ambos uno que no llevaba. Los tres de levita, dando la impresión de que se trataba de un Tribunal de Justicia que tenía que dictar una sentencia de muerte, o de un bautizo solemne; en todo caso, más parecía una ceremonia religiosa que otra cosa. El pretendido discurso, que editado habría producido quizá mejor impresión, fue de hecho desastroso, pues apenas transcurridos tres cuartos de hora toda la concurrencia estaba como dominada por un sueño hipnótico, interrumpido solamente por la salida de uno u otro hombre, por el ruido de las camareras, o por los bostezos cada vez más frecuentes de los oyentes. Delante de mí tres obreros que asistían a la reunión por curiosidad o por mandato, se miraban de vez en cuando con una sonrisa

[113] También llamada «Batalla de las Naciones», fue el mayor enfrentamiento de las Guerras Napoleónicas. En ella combatieron por un lado, la VIª Coalición formada por fuerzas del Reino Unido, Rusia, Prusia, Austria y Suecia entre otros, y por el otro las tropas de Napoleón contando también con unidades polacas y de algún estado de la Confederación del Rin. (N. del T.)
[En ella, los alemanes infligieron una aplastante derrota a Napoleón, convirtiéndose en el acontecimiento decisivo que puso fin a la ocupación francesa de Alemania. La ocupación duró veinte años. Tras la Gran Guerra, y durante la parcial ocupación de Alemania nuevamente por las Fuerzas francesas, los alemanes solían celebrar el aniversario de la Batalla de Leipzig como símbolo de su anhelo. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)]

irónica mal disimulada, y tras una señal con el codo salieron de la sala sigilosamente. Estaba claro que no querían incomodar ni perturbar la reunión, precaución francamente superflua en una asamblea de este género. Por fin, la reunión parecía llegar a su fin. Después de concluida la conferencia del profesor, cuya voz se iba volviendo cada vez más débil, se levantó el presidente de tal sesión, expresando en frases rimbombantes su gratitud a los «hermanos y hermanas» alemanes allí reunidos y sugiriendo la actitud que deberían tomar ante el extraordinario y magnífico discurso del Sr. Profesor X, pronunciado de la manera más agradable y con la máxima profundidad y gran conocimiento del tema, habiendo sido verdaderamente una «experiencia interna», «una acción cristalizada en la palabra». «Añadir todavía una discusión a esas luminosas disertaciones, significaría una profanación de esta hora sagrada», por consiguiente de acuerdo con todos los presentes, desistía él de continuar hablando, pidiendo a todos sin embargo que se levantasen entonando el grito de «¡Somos todos un pueblo unido de hermanos!»[114]. Para terminar la sesión, fueron todos invitados a entonar el Himno Nacional.

Entonces, cuando estaban cantando, mi impresión era que, ya en la segunda estrofa, las voces disminuían, incrementando su volumen sólo en el estribillo; en la tercera, la misma sensación aumentó tanto, que llegué a dudar si todos sabrían bien de memoria lo que estaban cantando.

¡Por el contrario, qué cosa tan emocionante cuando semejante Himno se entona con todo el fervor, desde el fondo de un alma nacional alemana!

Después de eso se dispersó la reunión, lo cual significaba que todos tenían prisa por salir: unos para beber cerveza, otros para tomar café, y algunos para tomar el aire.

Era el deseo general: «¡Vamos fuera! ¡Hacia el aire libre, hacia afuera!». Mi voluntad era también hacer lo mismo. ¿Y era esto lo que se suponía debía servir para glorificar la heroica lucha de cientos de miles de alemanes y prusianos? ¡Rayos os partan!

Naturalmente, este tipo de cosas gozaban del beneplácito del Gobierno por ser esta una asamblea «pacífica». De esta forma, el Ministro responsable de la Ley y el Orden no tenía que preocuparse de que la ola de entusiasmo pudiera hacer desbordar súbitamente la medida oficial de la decencia cívica o que, llevado por el fervor, el pueblo se precipitase fuera de la sala, no hacia el café o hacia la taberna, sino para marchar por las calles de la ciudad cantando «¡Viva Alemania!» e incomodando de esta forma a un cuerpo de Policía que necesita descansar.

¡No! Con tales ciudadanos, el Estado podía estar contento.



Ciertamente, en comparación con tales reuniones, las asambleas nacionalsocialistas no eran asambleas «pacíficas». En ellas se estrellaban las corrientes de dos concepciones ideológicas diferentes y concluían no con el insípido recital de cualquier canción patriótica, sino con la explosión fanática del sentimiento de la Patria y de la Raza.

Ya desde el comienzo fue una necesidad establecer una rigurosa disciplina en nuestras reuniones y asegurarle autoridad absoluta al dirigente de la asamblea. Pues lo que nosotros exponíamos no era la laxa charlatanería de un «conferenciante» burgués sino algo que, en el fondo y en la forma, se prestaba siempre a provocar la réplica del

[114] *Guillermo Tell*, juramento de Rütli (Nota de *Mon Combat*, 1934 *op. cit.*)

adversario. ¡Y adversarios había en nuestras asambleas! ¡Con qué frecuencia venían en grupos compactos, presididos por algunos agitadores y reflejando en sus caras la convicción: «Hoy acabaremos con vosotros»! Cuántas veces nuestros rojos adversarios acudían hasta allí en columnas cerradas, con la misión bien precisa de dispersar nuestra reunión por la fuerza. Cuántas veces pendía todo de un hilo, de tal modo que sólo la singular energía del dirigente de la asamblea y la brutal decisión de nuestros vigilantes de sala podían poner coto a los propósitos de nuestros adversarios.

Y tenían motivos suficientes para sentirse provocados.

Bastaba ya el color rojo de nuestros emblemas para atraerlos al local de nuestras asambleas. La burguesía corriente se mostraba indignada al pensar que también nosotros nos hubiéramos apropiado del rojo de los bolcheviques, y creía ver en esto algo de doble sentido. Los llamados nacionalistas de Alemania cuchicheaban entre ellos la misma sospecha de que, en el fondo, no éramos sino una especie de marxistas, tal vez sólo marxistas disfrazados, o mejor, socialistas. Pues la diferencia entre marxismo y socialismo hasta hoy todavía no ha entrado en esas cabezas. Especialmente cuando se descubrió que en nuestros discursos teníamos por principio no usar los términos «señoras y señores», sino «compatriotas», y que entre nosotros nos tratábamos como «camaradas», fue cuando surgió el espectro marxista para muchos de nuestros adversarios. ¡Cuántas buenas bromas hicimos a costa de esos cobardes e ingenuos burgueses y su intento de descifrar el enigma de nuestro origen, nuestras intenciones y nuestra meta!

Habíamos elegido el color rojo después de minuciosa y honda reflexión, buscando con ello provocar e indignar a la izquierda e inducirla a concurrir a nuestras asambleas aunque sólo fuese con la intención de atacarnos. De este modo nos daban, por lo menos, la ocasión de hacerles escuchar nuestra palabra.

Cuán deleitoso nos fue en aquellos años constatar de cerca en el cambio continuo de táctica de nuestros adversarios, la desorientación y también la impotencia que los dominaban. Primero, incitaban a sus adeptos a que no nos prestaran la menor atención y a evitar nuestras reuniones, consejos por otra parte generalmente cumplidos.

Como sin embargo, algunos con el tiempo hacían acto de presencia aisladamente, aumentando cada vez más el número, y la impresión dejada por nuestra doctrina era manifiesta, sus jefes iban poniéndose nerviosos, afirmándose en la convicción de que esa situación no podía continuar, debiendo ponerle término mediante el terror.

Así, se enviaron exhortaciones al «proletariado consciente de su clase», a fin de que concurriera en masa a nuestras asambleas para reducir con «el puño proletario» a los representantes de la «agitación monárquica y reaccionaria».

Nuestras asambleas estaban repletas de obreros tres cuartos de hora antes de que comenzasen. Semejaban un barril de pólvora capaz de explotar en cualquier momento teniendo ya la mecha encendida. Mas los hechos se produjeron siempre de otro modo. Aquellas gentes entraban como adversarios y salían, si no convencidos de nuestra causa, por lo menos poseídos de espíritu reflexivo y hasta crítico respecto a su propia doctrina. Poco a poco, y después de una conferencia que duró tres horas, adeptos y adversarios llegaron a fundirse en una sola masa llena de entusiasmo. Todo intento para dispersar nuestras asambleas resultó inútil. Los jefes adversarios comenzaron francamente a tener miedo, dirigiéndose nuevamente hacia sus correligionarios, que ahora dudaban, para prohibirles categóricamente la asistencia a nuestras reuniones.

Y efectivamente por un tiempo disminuyó la asistencia. Sin embargo, al cabo de dicho período, se reinició el mismo juego.

Al ignorar la prohibición, las masas proletarias concurrieron cada vez con más afluencia para, finalmente, imponerse los partidarios de las tácticas radicales. Deseaban acabar con nosotros.

Cuando tras dos, tres, y también ocho y diez asambleas quedó establecido que el sabotear nuestras reuniones era más fácil en la teoría que en la práctica, y que el resultado de cada una de nuestras asambleas significaba un nuevo desmembramiento de las fuerzas rojas, entonces llegó de repente un nuevo lema: «¡Proletarios, camaradas, no concurráis a las asambleas de los agitadores nacionalsocialistas!».

La misma táctica vacilante podía observarse también en la prensa roja. Pronto se trató de silenciarnos por completo para luego persuadirse de la ineficacia de ese método y volver a echar mano al procedimiento contrario. Todos los días éramos «citados» con cualquier pretexto, y casi siempre con el fin de hacer ver al obrero lo ridículo de nuestra existencia. Pasado algún tiempo, tales señores debieron sentir que tal estrategia no sólo no nos perjudicaba, sino que al contrario, nos beneficiaba; y naturalmente, algunos de ellos se formulaban a sí mismos la pregunta: «¿Si realmente se trata de algo ridículo, por qué les dedican tantas páginas?». Así la curiosidad popular crecía. De ello se operó una transformación, y comenzaron durante un tiempo a tratarnos como verdaderos criminales de la Humanidad. Artículo tras artículo, puntualizando nuestra pretendida criminalidad —documentada siempre con nuevos escándalos aunque todos inventados de principio a fin—, completaban la obra difamatoria.

No obstante, pronto debía quedar a la vista la ineficacia de esos ataques, ya que en realidad todo esto sólo servía para contribuir a que la atención general se centrase sobre nosotros aún más que antes.

Entonces adopté el criterio de que en todo caso, se mofasen o renegasen de nosotros, nos presentasen como bufones o criminales, lo importante era que nos mencionaran, que se ocupasen constantemente de nosotros. Así, poco a poco, apareceríamos ante los ojos del obrero como el único poder al cual se combatía. Lo que en verdad éramos y lo que en verdad queríamos ya tendríamos tiempo de mostrárselo un día a la jauría judía de la prensa.

Una de las razones por la que en aquellos tiempos no se llegó a atacar directamente nuestras asambleas fue también por la increíble cobardía de los dirigentes adversarios. Todas las situaciones críticas se concretaban en mandar por delante a unos cuantos mozalbetes, mientras ellos, como mucho, esperaban fuera del local el resultado del proyectado sabotaje.

Casi siempre estábamos bien informados sobre las intenciones de esas personas, no sólo por tener entre las filas rojas a muchos partidarios que servían a nuestras conveniencias, sino también a causa de la provechosa charlatanería de los propios matones enemigos. En todo caso, aunque no deje de ser un defecto desgraciadamente muy extendido entre el pueblo alemán, nos fue de gran utilidad. No podían quedarse callados cuando tenían noticias nuevas, acostumbrando la mayoría de las veces a cacarear incluso antes de poner el huevo. Muchas veces ya teníamos hechos unos amplios preparativos, sin que los cuerpos de ataque rojos sospecharan ni por asomo lo próxima que estaba su expulsión.

En aquel tiempo nos vimos forzados a velar nosotros mismos por el orden en nuestras reuniones, ya que jamás se podía contar con la protección de las autoridades; contrariamente, sabíamos por experiencia que esa protección favorecía siempre a los perturbadores, pues el único resultado efectivo de la intervención policíaca era la disolución de la asamblea, es decir, su clausura. Justamente ésta era la finalidad que perseguían los saboteadores enemigos.

En general, la Policía ha hecho escuela de una práctica que, por su ilegalidad, constituye lo más monstruoso que uno pueda imaginarse. Cuando por medio de amenazas las autoridades se dan cuenta de la existencia del peligro de saboteo de una reunión, en lugar de arrestar a los incitadores se prohíbe la realización de la asamblea, procedimiento del que se siente muy orgullosa la autoridad policial, calificándolo como «medida preventiva para evitar una infracción de la Ley».

El resuelto bandido, por consiguiente, dispone en todo momento de las armas necesarias para imposibilitar al individuo honesto tomar parte o trabajar en política. En nombre de la tranquilidad y el orden público, la autoridad del Gobierno se inclina ante el bandido mientras le pide amablemente al otro que desista de provocarlo. Así pues, cuando los nacionalsocialistas queríamos hacer reuniones en determinados locales, y las corporaciones sindicales declaraban su oposición a tal iniciativa, la Policía no ponía a esos pequeños chantajistas tras las rejas, sino que se limitaba a prohibir nuestra reunión. Esos organismos de la Ley tuvieron incluso el descaro de hacérnoslo saber innumerables veces por escrito.

Para escapar de semejantes eventualidades, era preciso tomar precauciones para ahogar, antes de que surgiera, cualquier intento de perturbación.

En relación con todo esto había que considerar también lo siguiente: Toda asamblea protegida por la Policía desacredita a sus organizadores ante los ojos de la amplia masa. Cuando la única garantía para la celebración de una asamblea es la presencia de la fuerza policial, su resultado nunca será efectivo, pues no se puede captar a los estratos más bajos del pueblo mediante una fuerza visible.

De la misma forma en que un hombre valiente vencerá más fácilmente a un cobarde en la conquista del corazón de una mujer, un grupo de luchadores heroicos ganará más fácilmente el alma popular que un movimiento pusilánime que únicamente sobrevive debido a la protección policial.

Nuestro joven Partido debía, pues, velar por sí mismo, defenderse solo y destruir también por sí mismo el terrorismo adversario.

Dos condiciones garantizaban la seguridad de nuestras reuniones:

1) Una dirección enérgica y psicológicamente sabia.
2) La presencia de un grupo organizado encargado de mantener el orden.

Cuando los nacionalsocialistas celebrábamos una asamblea, éramos nosotros mismos, y no otros, los dirigentes; y así lo hemos subrayado ininterrumpidamente en cada una de nuestras reuniones. Nuestros adversarios sabían perfectamente que cualquier intento de desorden sería combatido sin atender a consideraciones, aunque fuésemos sólo doce y ellos quinientos. En las reuniones de aquella época, normalmente fuera de Múnich, quince o dieciséis de nuestros partidarios se enfrentaban frecuentemente con quinientos, seiscientos, setecientos u ochocientos adversarios.

No tolerábamos ninguna provocación, y los asistentes a nuestras reuniones sabían muy bien que preferíamos la muerte a la rendición. Más de una vez ocurrió que un puñado de nuestros camaradas se acababa imponiendo heroicamente sobre una masa furiosa de elementos rojos que gritaban y daban palos a diestra y siniestra.

Seguramente habrían podido dominar a aquellos quince o veinte hombres, pero bien sabían que antes de lograrlo muchos de sus hombres hubiesen recibido golpes y puñetazos a mansalva, y a esto no querían exponerse.

Intentamos aprender —y realmente lo hicimos— alguna cosa sobre cómo organizaban sus asambleas los marxistas y los burgueses.

Los marxistas tuvieron desde el principio absoluta disciplina, por eso la idea de que se pudiera producir el sabotaje de una asamblea marxista, al menos por parte

burguesa, era cuando menos impensable. Así, tal situación le ofrecía al frente rojo la libertad de poder continuar con sus propósitos. Con el tiempo habían alcanzado en ese terreno no sólo una indiscutible pericia, sino que hasta llegaron al extremo de señalar como «una provocación al proletariado» cualquier asamblea antimarxista celebrada en todo el territorio del Reich, sobre todo cuando sus líderes husmeaban que en aquel mitin se podía proceder a enumerar sus errores o a desenmascarar la bajeza de sus mezquinas acciones contra el pueblo. Apenas se anunciaba una reunión de este tipo, toda la prensa roja, en bloque, comenzaba su griterío desaforado; y estos mismos detractores de la Ley buscaban entonces a las autoridades con el ruego suplicante de impedir inmediatamente tal «provocación al proletariado» para «evitar consecuencias más graves». Conforme a la estupidez del funcionario al que se dirigían, elegían sus palabras a fin de lograr el ansiado éxito. Si por excepción en tal puesto se encontraba un verdadero funcionario alemán (y no una «criatura automatizada»), siendo rechazada la descarada petición, se les invitaba entonces a repeler «la provocación» y a acudir en masa a tal y cual mitin para, con el auxilio del puño encallecido del proletariado, poner fin a las maquinaciones de las criaturas burguesas.

Para poderse hacer una idea, es preciso haber estado en una de esas reuniones y haber sentido la responsabilidad de la dirección de una sesión semejante. Más de una vez bastaron amenazas de esa naturaleza para que una asamblea burguesa cancelara sus reuniones. El miedo era siempre tan grande que raramente aparecía alguien antes de las nue' e, habiendo sido citados a las ocho. El presidente se esforzaba entonces por explicar a los «señores de la oposición» presentes —con innumerables cortesías— hasta qué punto él y todos los participantes se alegraban íntimamente (¡crasa mentira!) de recibir la visita de hombres que todavía no participaban de sus convicciones; pues sólo a través del intercambio de ideas (algo que él mismo aceptaba solemnemente) se podían intercambiar impresiones, despertar la comprensión recíproca y tender un puente entre ellos. Afirmaba, al mismo tiempo, que la asamblea no tenía la más ligera intención de alejar a nadie de sus propias ideas. «De ninguna manera», decía. «Que cada uno siga sus propias convicciones[115], consintiendo que los otros hagan lo mismo». Por eso pedía que dejasen al orador continuar con su exposición hasta el final (que de todos modos no sería muy larga), para evitar, además, «dar al mundo el espectáculo vergonzoso de un altercado íntimo entre hermanos de la misma Patria»... ¡Lamentable!

Sin embargo, la «hermandad de la izquierda» no atendía casi nunca a tal llamada, pues antes incluso de que el orador abriese la boca, ya era blanco de los más violentos agravios, teniendo siempre que acabar escabulléndose. En ocasiones daba la impresión de que el orador sentía cierta gratitud por la suerte que le libraba del martirio de tener que hablar.

Bajo un barullo infernal, tales «toreadores» burgueses abandonaban el ruedo, a menos que acabaran rodando por las escaleras con la cabeza llena de cardenales, lo cual sucedía frecuentemente.

Por esta razón, la organización de nuestros mítines, y sobre todo el carácter que les dimos, fue una verdadera novedad para los marxistas. Entraban plenamente convencidos de que podrían repetir también con nosotros su eterno juego: «¡Hoy debemos acabar con esto!». ¡Cuántos al penetrar en nuestras reuniones no habrán gritado con arrogancia esta frase a algún colega, viéndose súbitamente vapuleado y abatido ante la puerta de la sala antes de poder proferirla una segunda vez!

En primer lugar, nuestros mítines comenzaban de forma distinta a los demás. No se mendigaba permiso para iniciar nuestras conferencias, así como tampoco se

[115] Palabras de Federico el Grande: «Ein jeder mag nach seiner Fasson selig werden». (Nota de *Mon Combat*, 1934 *op. cit.*)

garantizaba a nadie de antemano la libertad de pronunciar debates interminables. Pronto hicimos constar que éramos los amos absolutos de la reunión, que en nuestra casa había unas normas y que la osadía de interrumpir la sesión con intervenciones fuera de lugar sería castigada sin piedad con la expulsión inmediata. En caso de sobrar tiempo y creerlo conveniente, toleraríamos un coloquio, pero sólo en ese caso.

Sólo eso les provocaba gran asombro.

En segundo lugar, teníamos a nuestra disposición una vigilancia de sala bien organizada y enérgica. Entre los partidos burgueses, ese servicio de defensa, o mejor, de mantenimiento del orden, generalmente estaba confiado a personajes que, por la dignidad de su edad, juzgaban poseer algún derecho a la autoridad y al respeto. Como las masas populares, incitadas por marxistas, no daban en absoluto importancia a la autoridad, al respeto o a la edad, esa guardia burguesa era prácticamente inútil.

Una vez comenzada nuestra gran actividad asamblearia propuse la organización de una Guardia de sala o similar, encargada de mantener el orden y para la que se debía contar básicamente con muchachos jóvenes. Unos eran camaradas que yo conocía de los tiempos del Servicio Militar; otros eran jóvenes partidarios del Movimiento desde hacía poco y que, desde los primeros días, venían siendo educados en la convicción de que al terror sólo se le vence mediante el terror; que en este mundo el éxito siempre favorece al que demuestra mayor coraje y resolución; y que nuestro combate giraba en torno a una idea formidable, tan grande y elevada que merecía plenamente ser resguardada y protegida sacrificando hasta la última gota de sangre. Estaban convencidos de que el ataque constituye el arma más eficaz de defensa, una vez acallada la razón y llegado el momento de la violencia, así como que nuestra tropa, al servicio del orden, debía adquirir de antemano la fama de ser una comunidad de combatientes terriblemente decididos, y no un «club» dispuesto a debatir cualquier cosa.

¡Cómo no iba a anhelar esa juventud tal compromiso!

¡Qué decepción e indignación, qué enojo y repugnancia ante la tibieza de los burgueses animaba a esta generación de luchadores!

Ahí es donde se veía claramente que la Revolución marxista sólo fue posible gracias a la timorata dirección burguesa de nuestro pueblo. Ciertamente en aquella época aún era posible encontrar puños que protegieran al pueblo alemán, faltando sólo las cabezas pensantes para conducirlo. ¡Cómo brillaban los ojos de mis muchachos cuando les explicaba la necesidad de su misión! ¡Y cuando les recalcaba que la mayor sabiduría del mundo será siempre inútil mientras no se halle respaldada por una fuerza que la proteja y defienda! ¡Y que la dulce Diosa de la Paz sólo puede aparecer al lado del Dios de la Guerra, puesto que dicha paz necesita la protección y el apoyo de la fuerza para llevar a cabo sus grandes obras! Sólo así pude inspirarles una idea mucho más viva de la que tenían sobre el Servicio Militar Obligatorio. No en el sentido estereotipado del espíritu de viejos y anquilosados funcionarios al servicio de la autoridad muerta de un Estado ya cadáver, sino con plena conciencia del deber que le impone al individuo el sacrificio de su vida por la existencia del conjunto de su pueblo, en todo tiempo y en toda situación.

¡Y cómo actuaron esos muchachos después!

Como un enjambre de avispas caían sobre los perturbadores de nuestras asambleas, fuese cual fuese la proporción numérica de éstos, sin temor a ser heridos, dispuestos a todo sacrificio y guiados siempre por la gran idea de abrirle paso a la sagrada misión de nuestro Movimiento.

Ya en el verano de 1920 nuestra organización destinada a mantener el orden fue delineándose poco a poco para, en la primavera de 1921, llegar a formarse compañías de cien hombres, subdivididas a su vez en grupos.

Esto resultó indispensable; y por esta misma razón la actividad asambleísta del Partido también fue aumentando constantemente. Todavía nos reuníamos a menudo en el salón de actos de la Hofbräuhaus de Múnich, pero con frecuencia en salas más espaciosas.

El salón de actos del Bürgerbräu y el del Kindl-Keller de Múnich fueron el escenario, en el otoño e invierno de 1920-1921, de la realización de asambleas populares cada vez más formidables; la estampa, sin embargo, era siempre la misma: ya en esa época la Policía tenía que prohibir las manifestaciones del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores la mayor parte de las veces, debido a las aglomeraciones antes del comienzo de las reuniones.



La organización de nuestra guardia de orden trajo consigo la solución a una cuestión muy importante: hasta entonces el Movimiento no poseía ningún emblema, y menos aún una bandera de Partido. La ausencia de tales símbolos suponía inconvenientes no sólo momentáneos, sino también para el porvenir. Ante todo, nuestros correligionarios carecían en absoluto de un signo exterior que revelase su pertenencia al Partido y que, por otra parte, caracterizara al Movimiento con una enseña como símbolo opuesto al emblema de la Internacional marxista.

Más de una vez tuve en mi juventud ocasión de darme cuenta y penetrar instintivamente en la enorme significación psicológica que entrañan los símbolos. Después de la guerra asistí en Berlín a un mitin marxista delante del Palacio Real, en el *Lustgarten*. Un mar de banderas rojas, brazaletes rojos y flores rojas daba a la manifestación, de aproximadamente ciento veinte mil personas, un aspecto exterior imponente. Yo mismo pude sentir y comprender la facilidad con que el pueblo se deja dominar por la magia seductora de un espectáculo de tan grandiosa apariencia.

La clase burguesa, que políticamente no tiene ni representa en verdad concepción ideológica alguna, carecía lógicamente de un símbolo propio; eran «patriotas» orgullosos de lucir los colores del Reich de la posguerra, negro, rojo y oro[116]. Si esos colores fuesen realmente el símbolo de una determinada *Weltanschauung*, entonces se comprendería que los «propietarios» del Estado divisaran también en la bandera de éste la representación de sus ideales, ya que el símbolo de su propia ideología se había convertido en bandera del Reich, gracias a sus esfuerzos. Pero no era así.

El Reich se había forjado sin la contribución de la burguesía alemana, y la propia bandera había sido creada en el campo de batalla. No pasaba, sin embargo, de ser una mera bandera estatal, sin mayor significado en el sentido de una finalidad ideológica universal.

Sólo en la Austria germana existía hasta entonces alguna cosa parecida a una bandera del Partido Burgués. Una parte de la burguesía nacional austriaca, escogiendo los colores de 1848 —negro, rojo y oro— para la bandera de su Partido, había creado un

[116] La bandera actual alemana con los colores negro, rojo y oro se empezó a utilizar durante la Confederación Germánica en el período que abarca desde 1848 hasta 1866, y posteriormente en el período de la República de Weimar, es decir, desde 1918 hasta 1933, así como desde 1949 hasta la actualidad. Entre tales períodos encontramos la bandera negra, blanca y roja, que comenzó a ser utilizada tras la Guerra Franco-Prusiana de 1866 y como emblema del II Reich tras su unificación en 1871, siendo usada hasta 1918. Del 1933 al 1945, la bandera nacional fue la bandera Nacionalsocialista. (N. del T.)

símbolo que, a pesar de no tener significación ideológica, representaba al menos el carácter político-revolucionario del Estado. Los enemigos más radicales de esa bandera negra, roja y oro eran en aquel tiempo —no olvidemos eso hoy— los socialdemócratas y los socialcristianos, es decir, los clericales. Justamente los mismos que entonces insultaban y ultrajaban esos colores, fueron los que más tarde, en 1918, dejaron en la cuneta el negro, blanco y rojo. Ciertamente el negro, rojo y oro de los partidos alemanes de la vieja Austria representaban los colores del año 1848, es decir, de una época que pudo haber sido fantástica de no haber contado entre sus representantes con los alemanes más «honestos», siempre dominados por la mano invisible del judío. La alta traición así como la esclavización del pueblo alemán y sus bienes hicieron tan grata esta bandera al marxismo y al Centro, que ahora la veneran como lo más sagrado, erigiéndola como su propio pendón y protegiéndola después de haberla mancillado[117].

Es así como, hasta el año 1920, el marxismo no contaba con ninguna bandera adversaria que le ofreciese una oposición en materia doctrinal. La misma burguesía alemana, con sus mejores partidos, no quiso después de 1918 adoptar como su propio símbolo la bandera del Reich negra, roja y oro, careciendo además de un programa que ofrecer para el futuro con alguna idea para la reconstrucción del antiguo Reich.

A todo ello se debe que la bandera negra-blanca-roja del antiguo Imperio fuera nuevamente adoptada por los llamados partidos nacional-burgueses.

No cabe duda de que el símbolo de un régimen que fue derrocado por el marxismo, en condiciones y circunstancias poco gloriosas, mal podía servir ahora de emblema para destruir este mismo sistema. Por muy sagrados y queridos que fuesen los antiguos colores para todo buen alemán que hubiese combatido bajo su símbolo, siendo testigo del sacrificio de tantos, poco prestaban ya para constituir el símbolo de la lucha del porvenir.

Contrariamente a los políticos burgueses, siempre sostuve dentro de nuestro Movimiento que haber perdido la antigua bandera había sido verdaderamente una suerte para la Nación alemana. Desde el fondo de nuestros corazones debíamos, por tanto, dar gracias al Destino por haber querido preservar la más gloriosa bandera de guerra de todos los tiempos del oprobio de servir de trapo para la prostitución más vergonzosa. El Reich actual, que vende a sus ciudadanos y se vende a sí mismo, nunca debería enarbolar la heroica y honorable bandera negra-blanca-roja.

Mientras perdure la vergüenza de noviembre, podrá la República seguir utilizando sus insignias sin apropiarse de la bandera de un pasado glorioso. Nuestros políticos burgueses deberían tener conciencia de que el uso de la bandera negra, blanca y roja al servicio del Estado equivale a un robo a nuestro pasado. La antigua enseña sólo armonizaba con el extinto Reich. Gracias a Dios, la República eligió otra más de acuerdo con sus ideas.

Por eso nosotros, los nacionalsocialistas, no podemos ver en la antigua bandera del Reich un símbolo expresivo de nuestra acción, pues no aspiramos a resucitar el Imperio que cayó víctima de sus propios defectos, sino más bien a erigir un nuevo Estado. El movimiento que en este sentido lucha hoy contra el marxismo debe portar también en su bandera el símbolo del nuevo Reich.

La cuestión de nuestra bandera, es decir, lo relacionado con su aspecto, nos preocupó sobremanera en aquel momento. De todos lados recibíamos sugerencias bien intencionadas pero carentes de valor práctico. La nueva bandera tenía que representar el símbolo de nuestra propia lucha y, al mismo tiempo, producir un efecto majestuoso

[117] Durante el invierno de 1923-1924 los partidos republicanos fundaron la liga *Reichsbanner* (bandera del Imperio). (Nota de *Mon Combat*, 1934 *op. cit.*)

sobre las masas. Quien esté acostumbrado a lidiar con la masa popular reconocerá, en esas aparentes bagatelas, cuestiones de suma importancia. Un emblema que produzca un gran efecto siempre puede dar el primer impulso al interés popular hacia un movimiento importante.

Por esta razón es por lo que tuvimos que rehusar todas las propuestas, bastante numerosas, de identificar a nuestro Movimiento con una bandera blanca, a fin de conectarlo con el antiguo Estado o, más bien, con aquellos partidos débiles, cuyo único fin político consistía en la restauración de situaciones pasadas. Además, el blanco no es un color impresionante; es apropiado para las congregaciones de vírgenes castas y puras, pero no para un movimiento de acción en una época revolucionaria.

El negro fue igualmente propuesto. Siendo apropiado para la época actual, no expresaba, sin embargo, las aspiraciones de nuestro Movimiento. El efecto de ese color en definitiva no es lo bastante fulminante.

La combinación de blanco y azul tampoco fue aceptada, a pesar de su maravilloso efecto estético, por ser los colores de un Estado alemán (Baviera), que desgraciadamente no gozaba de buena reputación por su marcada actitud política estrechamente regionalista. Además de que nada lo identificaba con nuestro movimiento. El negro y blanco estaban en el mismo caso[118].

El negro, rojo y oro no se puso siquiera a discusión. Tampoco el negro, blanco y rojo sería utilizado en su forma actual por los motivos ya mencionados. En cuanto a su efec o, no obstante, esta última composición de colores se llevaba la palma sobre todas las demás, por su brillante armonía.

Por mi parte, me pronuncié en favor de la conservación de los antiguos colores, no sólo porque como soldado para mí son los más sagrados, sino también por su efecto estético, ya que mejor que cualquier otra combinación armoniza con mi propio modo de sentir. A pesar de eso me vi obligado a rehusar, sin excepción, los innumerables esbozos que se hicieron en aquel tiempo en los círculos del incipiente Movimiento, aun cuando la mayor parte habían introducido la esvástica en la antigua bandera. Como líder, no quería aparecer todavía en público con mi propio diseño, ya que siempre era posible que alguien tuviese una idea parecida, o incluso mejor que la mía. En efecto, un dentista de Starnberg realizó un dibujo muy parecido al que yo imaginaba, con alguna pequeña diferencia: la esvástica, reposada sobre el disco blanco, mostraba aquí las astas curvas.

Después de innumerables ensayos, logré precisar una forma definitiva: sobre un fondo rojo, un disco blanco y, en el centro, la esvástica en negro. Igualmente, tras largos intentos, pude encontrar una relación apropiada entre la dimensión de la bandera y la del disco y entre la forma y el tamaño de la esvástica.

Y así quedó.

Inmediatamente se mandó confeccionar brazaletes con la misma combinación para nuestra guardia; esto es, un brazalete rojo sobre el cual aparece el disco blanco y la esvástica negra.

También la insignia del Partido fue creada siguiendo la misma orientación: un disco blanco sobre fondo rojo y en el centro la esvástica. Un orfebre de Múnich, de nombre Füss, confeccionó el primer modelo susceptible de ser adoptado y usado.

En el verano de 1920 lucimos por primera vez nuestra bandera. Correspondía admirablemente a la índole de nuestro naciente Movimiento. ¡Jóvenes y nuevos eran ambos! Nunca antes los había visto nadie. Su efecto, en aquel momento, fue el de una antorcha encendida. Nuestra alegría fue casi infantil cuando una muchacha, fiel miembro de nuestro Partido, confeccionó el modelo por vez primera y nos lo entregó. A

[118] Colores utilizados por Prusia. (Nota de *Mon Combat*, 1934 *op. cit.*)

los pocos meses, ya poseíamos media docena en Múnich. La guardia encargada de mantener el orden, cada vez más numerosa, contribuiría extraordinariamente en la propagación del nuevo símbolo del Movimiento.

¡Es realmente un símbolo! No sólo porque mediante sus colores, fervorosamente adorados tras conquistar tantas glorias para el pueblo alemán, testimoniábamos nuestro respeto al pasado, sino porque ese símbolo era también la mejor encarnación de los propósitos del Movimiento. Como socialistas nacionales, vemos en nuestra bandera nuestro programa. En el rojo, la idea social del movimiento; en el blanco, la aspiración Nacionalista, y en la esvástica la misión de luchar por la victoria del hombre ario y, al mismo tiempo, por el triunfo de la concepción del trabajo productivo, idea que fue y será siempre antijudía.

Dos años más tarde, cuando nuestra guardia del orden se había convertido ya en una Sección de Asalto (SA: *Sturm-Abteilung*) abarcando miles de hombres, se hizo necesario darle a esta Organización de Combate de la Nueva Concepción Ideológica un símbolo especial de victoria: el estandarte. Éste también fue diseñado por mí y su elaboración fue confiada a un leal miembro del Partido, el joyero Guhr. Desde aquel momento, los estandartes pasaron a ser las enseñas características de la campaña Nacionalsocialista.



La actividad de nuestros mítines populares, creciendo cada vez más durante el año 1920, nos llevó a tener que efectuar dos reuniones por semana. Las multitudes se aglomeraban delante de nuestros carteles de propaganda, las salas más espaciosas de la ciudad estaban siempre repletas, y decenas de miles de adeptos, arrebatados a los marxistas, volvieron a formar parte de la comunidad alemana para luchar por la libertad de un Reich futuro. El público de Múnich ya nos conocía. Se hablaba de nosotros por nuestro propio nombre, y la expresión «nacionalsocialista» ya era familiar a muchos, significando incluso todo un programa. También el número de seguidores e incluso el de adeptos del Movimiento comenzó a crecer sin interrupción, de modo que en el invierno de ese año ya pudimos presentarnos en Múnich como un Partido fuerte.

Por entonces no existía, con excepción de los partidos marxistas, ningún movimiento de claro carácter nacional que hubiese podido preciarse de organizar mítines populares tan imponentes como los nuestros.

La sala del Münchener Kindl-Keller, que puede dar cabida a cinco mil personas, estuvo más de una vez atestada a más no poder; quedaba un solo local cuya enorme capacidad había hecho que no nos atreviéramos aún a tomarlo como lugar de reunión: el salón del circo Krone.

En los últimos días de enero de 1921 volvieron a presentarse graves incidentes en Alemania. El Pacto de París, que obligaba al Reich a pagar la absurda suma de cien mil millones de marcos de oro, debía ser confirmado por el ultimátum de Londres.

Con este motivo, una cooperativa de las llamadas asociaciones nacionalistas, existente desde hacía largo tiempo en Múnich, quiso organizar un mitin general de protesta. El tiempo apremiaba, y yo mismo me sentía nervioso ante las eternas vacilaciones en cuanto a las resoluciones a tomar. Se habló primero de una manifestación de protesta en la Königsplatz, mas esta propuesta se descartó al temer que fuera atacada por los rojos. Así, la misma se proyectó ante la Feldherrnhalle[119].

[119] Justo donde el 8 y 9 de noviembre de 1923 tuvo lugar el *Putsch* de Múnich. (N. del T.)

Sin embargo, esta idea también se abandonó; surgió entonces la propuesta de organizar una reunión general en la Münchener Kindl-Keller. Entre tanto iban pasando los días. Los grandes partidos habían ignorado por completo el tremendo suceso y la Cooperativa misma no podía resolverse a fijar la fecha de la manifestación proyectada. El martes 1 de febrero de 1921 exigí urgentemente una decisión definitiva. Me pidieron que esperara hasta el miércoles, y ese día insistí en obtener a toda costa una clara respuesta sobre si la asamblea tendría lugar, y cuándo. La respuesta fue nuevamente evasiva e imprecisa; dijeron que tenían la «intención» de convocar a la Cooperativa para el miércoles siguiente.

Ante semejante situación, se agotó mi paciencia y acabé por organizar yo mismo el mitin de protesta. El miércoles al mediodía dicté a máquina, en diez minutos, el texto de la proclama y al mismo tiempo ordené alquilar para el día siguiente —el jueves 3 de febrero— la sala del circo Krone.

Por entonces, esto significaba exponerse a un gran riesgo; no sólo por la duda de si llegaríamos a llenar tan enorme local, sino también por la posibilidad de sabotaje.

Nuestra guardia no bastaba para vigilar un espacio tan grande, ni tampoco tenía yo una idea definida sobre la actitud a tomar ante la eventualidad de un ataque, pues consideraba más difícil la defensa de un local de tales dimensiones que la de una sala común. Pero esto, tal y como quedó probado más tarde, fue todo lo contrario. Para un batallón de asalto, un área gigantesca era más fácil de dominar que una sala estrecha.

Sólo una cosa era segura: el fracaso podía significar un retroceso de varios años para el desarrollo del Movimiento. Pues un sabotaje coronado por el éxito podría destruir de un golpe nuestra fama y estimular al adversario a repetir su éxito. Todo ello podría ocasionar un enorme daño a nuestra actividad futura, lo cual sólo podría repararse después de muchos meses y tras grandes luchas.

Para pegar los carteles no disponíamos más que de un solo día, esto es, el mismo jueves. Por desgracia, llovía ya por la mañana y parecía fundado el temor de que, en tales circunstancias, mucha gente preferiría quedarse en casa en lugar de concurrir con agua y nieve a una asamblea donde probablemente habría muertos y heridos.

Durante la mañana de ese día se apoderó de mí el temor de que no conseguiríamos llenar la sala, (lo cual me pondría en evidencia ante la Cooperativa) así que inmediatamente dicté y mandé imprimir algunos boletines para que fueran distribuidos por la tarde.

Dos camiones que hice alquilar fueron envueltos en rojo y provistos de algunas de nuestras banderas; en cada uno iban quince o veinte camaradas con la orden de recorrer diligentemente las calles de la ciudad y distribuir folletos; en una palabra: hacer propaganda para el mitin de esa misma noche. Ésta fue la primera vez que se vio circular camiones con banderas rojas conducidos por elementos no marxistas. Es por eso por lo que la burguesía veía, boquiabierta, pasar los camiones decorados de rojo y con banderas nacionalsocialistas que ondeaban al viento, mientras en los barrios apartados de la ciudad se levantaban también innumerables puños cerrados expresando su furia contra la última «provocación al proletariado». Pues hasta entonces sólo el marxismo poseía el monopolio de organizar reuniones y de andar arriba y abajo con camiones de propaganda.

A las siete de la tarde, la sala no estaba todavía lo suficientemente llena. Cada diez minutos me informaban por teléfono. Estaba un tanto inquieto, pues en otras ocasiones a las siete o a las siete y cuarto la sala solía estar ya por la mitad, si no completamente llena. Pronto me di cuenta del motivo. No había contado con las gigantescas proporciones de la nueva sala: mientras que mil personas en la sala de la

Hofbräuhaus daban un magnífico efecto, en el Krone pasaban completamente inadvertidas. Parecía que no hubiese apenas nadie.

Poco después comenzaron a llegar informaciones más favorables y, a las ocho menos cuarto, me dijeron que tres cuartas partes del Circo ya estaban llenas, y que ante las taquillas de entrada se aglomeraba una gran multitud. Con esa noticia me puse en camino.

Llegué al local a las ocho y dos minutos. Se veía todavía una gran multitud delante del mismo; algunos parecían meros curiosos; otros, adversarios que esperaban fuera el desarrollo de los acontecimientos.

Cuando entré en el amplio local, experimenté la misma sensación de alegría que un año antes en nuestra primera reunión en el salón de la Hofbräuhaus de Múnich. Tuve que abrirme paso entre el apiñado público y, cuando llegué a la tribuna, pude darme cuenta de la magnitud del éxito. Como una plaza enorme, repleta de miles y miles de personas, se extendía ante mí ese local.

Incluso la pista del circo se encontraba repleta de gente. Se habían vendido más de cinco mil seiscientas entradas, y si a esto se añadía el número de los desempleados, los estudiantes y nuestra guardia encargada de mantener el orden, posiblemente la concurrencia pasaba de 6.500 personas.

«Construir el porvenir o desaparecer», tal era el tema de mi conferencia. Mientras, mi corazón palpitaba convencido de que el porvenir estaba allí, delante de mis ojos.

Hablé aproximadamente durante dos horas y media, y ya después de los primeros treinta minutos supe que el mitin alcanzaría un éxito grandioso, porque sentía el contacto íntimo con aquellos miles de personas. A partir de la primera hora, los aplausos, con ovaciones espontáneas cada vez mayores, empezaron a interrumpir mi discurso, para después de la segunda hora, volver a aplacarse y quedar el público sumido en aquel silencio religioso que en ocasiones posteriores tantas y tantas veces debí volver a experimentar en aquel mismo local, y del que cada uno de nosotros guarda un recuerdo imperecedero. No se escuchaba otra cosa que la respiración de la multitud colosal, y entonces, cuando pronuncié la última palabra, estalló el entusiasmo popular para, con el máximo fervor patriótico, poner fin a la velada cantando el Himno Nacional.

Observé cómo, paulatinamente, la enorme sala comenzaba a vaciarse. Una descomunal ola de gente buscaba la salida por la gran puerta central. Duró casi veinte minutos. Sólo entonces, poseído de la más viva alegría, volví a casa.

Se tomaron fotografías de esa primera reunión en el circo Krone de Múnich. Mejor que las palabras, servirán aquéllas para probar la importancia del acto. Las gacetas burguesas publicaron fotografías y comentarios, mencionando únicamente que se había tratado de una demostración «nacional» y omitiendo, por supuesto, citar los nombres de los organizadores.

Con esa demostración, salimos por primera vez del marco de los partidos corrientes. No podíamos ya pasar inadvertidos. Para impedir a cualquier precio la impresión de que ese éxito fuera considerado como efímero, anuncié inmediatamente para la semana siguiente un segundo acto en el Krone, siendo el éxito idéntico al del anterior. Nuevamente, el inmenso espacio se llenó a más no poder, así que decidí organizar, por tercera vez, otra reunión del mismo género a la semana siguiente. Y por tercera vez, el gigantesco espacio quedó atestado de público.

Después de aquellos comienzos en el año 1921, intensifiqué considerablemente nuestra actividad asambleísta en Múnich, optando por celebrar en adelante no solamente

una reunión, sino dos, y hasta tres por semana entre verano y otoño. Nuestros mítines se realizaban siempre en el local del circo Krone; y con íntima satisfacción pudimos constatar que cada vez teníamos el mismo éxito.

El resultado fue una creciente adhesión al Movimiento y un aumento notable del número de miembros del Partido.



Era natural que ante semejantes éxitos nuestros adversarios no pudieran dormir tranquilos. Al principio, sus tácticas para con nosotros fluctuaban entre el uso del terror y silenciarnos; después, tuvieron que reconocer que ni el terror ni el silencio podrían obstaculizar el progreso de nuestro Movimiento. De este modo, se resolvieron a llevar a cabo un último acto de terror que pusiese definitivamente fin a nuestra actividad asamblearia. Como pretexto de su actitud se aprovecharon de un atentado extremadamente misterioso contra un diputado del *Landtag* llamado Erhard Auer[120].

Cierta noche, el susodicho recibió un disparo. Aunque no fue abatido, pues sólo se intentó herirle, se convirtió en un gran escándalo. Proclamaron que gracias a la fantástica capacidad de reacción, así como al valor proverbial de ese líder del Partido Socialdemócrata, no sólo el ataque criminal resultó frustrado, sino que además indujo a huir vergonzosamente, a los miserables autores.

Habían huido tan deprisa y tan lejos, que la Policía no pudo hallar jamás el menor rastro de ellos. Ese atentado misterioso sirvió al diario del Partido Socialdemócrata de Múnich como medio de intriga contra el Movimiento. Pronto se tomaron medidas para impedir nuestro impresionante progreso a través de una intervención violenta del proletariado.

Y ese día no se hizo esperar.

Para la confrontación definitiva eligieron una de nuestras reuniones en el salón de actos de la Hofbräuhaus donde yo debía hablar.

En efecto, el 4 de noviembre de 1921, entre las 6 y las 7 de la tarde, recibí las primeras informaciones concretas anunciando que nuestra asamblea de aquella noche sería interrumpida a toda costa, y de que tenían la intención de mandar al local grandes grupos de obreros rojos, reclutados especialmente para ese fin.

Atribuimos a una infeliz circunstancia el no haber podido recibir antes tal información. Ese mismo día habíamos desocupado nuestra venerada oficina en la Sterneckergasse, en Múnich, para trasladarnos a otra. Habíamos dejado el antiguo local sin poder aún instalarnos en el nuevo debido a que en éste se hacían todavía trabajos de reparación. Tampoco habíamos instalado teléfono, y por ello fracasaron muchas de las tentativas encaminadas a informarnos sobre el proyectado sabotaje.

La consecuencia de todo esto fue que nuestra asamblea de aquella noche iba a estar protegida solamente por un grupo escaso de nuestra guardia. Su número no pasaba de cuarenta y seis. Como nuestro sistema de comunicaciones no estaba todavía lo suficientemente perfeccionado, habría sido imposible por la noche, en el término de una hora, disponer de un conveniente refuerzo. Además, la incertidumbre se veía incrementada por el hecho de que en innumerables ocasiones nos habían llegado alarmantes rumores de ese mismo género, sin que finalmente aconteciera nada extraordinario. El viejo dicho, según el cual las revoluciones anunciadas generalmente no acontecen, hasta ahora se había confirmado siempre.

---

[120] Socialista bávaro (Nota de *Mon Combat*, 1934 *op. cit.*)

Es por esto por lo que no se adoptaron todas las precauciones necesarias para repeler un ataque de la forma más enérgica.

Consideramos en aquel momento que el salón de actos de la Hofbräuhaus de Múnich era más difícil de ser atacado. Temíamos más un ataque semejante en nuestras reuniones en salas grandes, sobre todo en el Krone. A este respecto, ese día nos proporcionó una preciada lección. Después de esto estudiaríamos todo con métodos científicos, por así decir, llegando a resultados tan sorprendentes como interesantes, que llegaron a ser, en los tiempos que siguieron, de una importancia fundamental para la organización y la táctica de nuestras Tropas de Asalto (*Sturm Abteilung*).

Cuando a las ocho menos cuarto llegué al vestíbulo de la Hofbräuhaus no cabía duda de la intención de nuestros adversarios. La sala se hallaba repleta, debiendo la Policía clausurar la entrada. Nuestros enemigos, que habían tenido buen cuidado de venir muy temprano, llenaban el recinto, mientras que nuestros adeptos quedaron en su mayor parte fuera. El pequeño grupo de las SA esperaba en el vestíbulo. Hice cerrar las puertas de la sala y ordené formar a los cuarenta y cinco o cuarenta y seis hombres que lo componían. Les dije a mis muchachos que seguramente aquella noche tendrían que poner a prueba, por primera vez a sangre y fuego, su fidelidad al Movimiento, y que ninguno de nosotros debería salir del local salvo que nos sacasen muertos; dije que yo personalmente no me movería del lugar y que jamás podría imaginar que uno solo de ellos fuese capaz de abandonarme. Finalmente, subrayé que en caso de ver a alguno comportándose de forma cobarde, yo mismo le arrancaría el brazalete y la insignia del Partido. Después les insté a reaccionar inmediatamente contra la menor tentativa de sabotaje, sin olvidar por un momento que la mejor forma de defensa es siempre el ataque.

La exclamación «¡Heil!», pronunciada tres veces más vigorosamente que nunca, fue la respuesta a mis palabras.

Una vez en la sala, pude apreciar la situación con mis propios ojos. Los concurrentes estaban apiñados y me esperaban con penetrantes miradas. Innumerables caras llenas de un odio encarnizado se tornaban hacia mí, en tanto que otros me dirigían insultos seguidos de amenazantes gesticulaciones. «¡Hoy acabaremos con vosotros! ¡Deberíais proteger vuestras entrañas! ¡Os cerraremos la boca de una vez por todas!...» y, en fin, una retahíla de expresiones tan agradables como las mencionadas. Eran conscientes de su superioridad numérica y así lo hicieron sentir.

A pesar de todo, la asamblea fue inaugurada y empecé mi discurso. En la sala de la cervecería Hofbräuhaus me situaba siempre en una mesa en medio del público. Tal vez esa circunstancia contribuyese para crear en el lugar un ambiente como nunca encontré en ningún otro.

Delante de mí sólo había adversarios, sentados y de pie. Eran todos ellos hombres robustos, en su mayor parte trabajadores de la fábrica Maffei, de Kusterman y del Isar.

Junto a la pared izquierda de la sala, habían empujado las mesas hasta muy cerca de la mía. Pedían cada vez más cerveza, colocando las jarras vacías debajo de la mesa. Así fueron formando auténticas baterías, por lo que hubiera sido un milagro que las cosas, en esta ocasión, hubiesen acabado en paz. Después de hora y media más o menos —período durante el cual conseguí hablar a pesar de todas las interrupciones—, parecía como si yo dominase la situación. Y parecía que los propios jefes del enemigo también sintieran lo mismo, pues su inquietud aumentaba. De vez en cuando salían y entraban nuevamente, hablando entre ellos, visiblemente nerviosos.

Un pequeño error psicológico que cometí al contestar una interrupción, y del cual yo mismo me percaté apenas hube respondido, dio ocasión a la señal de ataque.

Gritos furiosos, y de repente un hombre saltando sobre una silla y exclamando: «¡Libertad!». A esta señal dada, los «libertarios» comenzaron con su trabajo.

Pocos instantes después dominaba en el local el bramido de una inmensa horda humana sobre la cual volaban, como descarga de obuses, infinidad de jarras de cerveza y, en medio de todo, el crujir de silletazos, vasos que se estrellaban, y chillidos, aullidos y gritos.

El espectáculo era salvaje. Yo quedé de pie en mi puesto y desde allí pude observar cómo todos mis muchachos cumplieron con su misión admirablemente.

¡Me hubiera gustado ver cómo lo habrían hecho los burgueses en una situación semejante!

Apenas comenzó el «baile» entraron nuestras Tropas de Asalto, como desde entonces las llamé. Como lobos, en grupos de ocho o diez, caían sucesivamente sobre sus adversarios, comenzando poco a poco a echarlos del recinto. No habían transcurrido cinco minutos cuando vi que casi todos los míos estaban cubiertos de sangre. ¡A cuántos de ellos me fue dado conocerlos entonces! A la cabeza, mi bravo Maurice, además de mi actual secretario personal, Rudolf Hess, y muchos otros que, aun gravemente heridos, atacaban siempre de nuevo mientras podían mantenerse en pie. El escándalo infernal se prolongó durante veinte minutos. Al final, los adversarios, que podían ser setecientos u ochocientos, fueron expulsados de la sala rodando escaleras abajo, vencidos por mi pequeño grupo de valientes, que no superaba los cincuenta.

Sólo en uno de los rincones, al fondo de la sala, quedaba todavía un considerable bloque de adversarios que oponía tenaz resistencia. Inesperadamente se sucedieron dos tiros de revólver disparados desde la entrada de la sala hacia el estrado, iniciándose con esto un tremendo tiroteo. Nos hallamos así ante la resurrección de una antigua escena guerrera.

A partir de ese momento era imposible precisar de dónde venían los disparos, pero una cosa pude establecer claramente: desde aquel instante el ardor combativo de mis ensangrentados muchachos había llegado al paroxismo, acabando por arrojar de la sala, vencidos, a los últimos provocadores.

Habían pasado aproximadamente veinticinco minutos; en la sala parecía como si hubiese estallado una granada. Muchos de mis correligionarios heridos fueron curados de urgencia, otros fueron transportados por las ambulancias; sin embargo, habíamos salido victoriosos de la situación.

Hermann Esser, que aquella noche presidía la reunión, declaró: «La asamblea continúa. Tiene la palabra el conferenciante». Y continué hablando.

Ya habíamos clausurado la reunión, cuando entró deprisa y muy excitado un oficial de Policía moviendo nerviosamente los brazos y gritando: «¡La asamblea queda disuelta!».

Sin querer, tuve que reírme de aquel rezagado ante semejante alarde auténticamente policiaco. Entre los policías, esa manía por darse importancia es típica. Cuanto más inferiores son, mayor autoridad quieren aparentar.

Realmente, mucho aprendimos aquella noche; y más aún nuestros adversarios, que no olvidaron jamás la lección recibida.

Hasta el otoño de 1923, el *Münchener Post*[121] no nos amenazó más con violencia por parte del proletariado.

---

[121] Órgano socialista de Múnich (Nota de *Mon Combat*, 1934 *op. cit.*)

Capítulo VIII
EL FUERTE ES MÁS FUERTE CUANDO ESTÁ SOLO

En el capítulo precedente he mencionado la existencia de una cooperativa de asociaciones nacionalistas alemanas. Me ocuparé ahora brevemente de la cuestión.

Por lo general, bajo la denominación de «cooperativa de trabajo» se entiende un grupo de asociaciones que, con el fin de facilitar su labor, se someten entre sí a recíprocas obligaciones, eligiendo una dirección común, cada una con más o menos competencias, para luego poder llevar a cabo una acción conjunta. De esto se infiere que ha de tratarse de sociedades, asociaciones o partidos cuyos propósitos y procedimientos no se diferencien demasiado los unos de los otros. Para el ciudadano medio es agradable y cómodo saber que, por el hecho de que tales ligas se unan formando una «asociación», destaquen los lazos que las unen, dejando de lado aquellos aspectos que las pueden separar. De ahí surge la convicción general de que tal fusión alcanzará un enorme incremento de fuerza para la acción y que, automáticamente, transformará la potencia de los grupos que la componen, por sí solos débiles y pequeños.

Sin embargo, en la mayoría de casos esta creencia es errónea.

A mi modo de ver, es interesante y necesario, para una mejor comprensión del tema, dilucidar cómo se forman las sociedades, asociaciones, etcétera, que tienden a un mismo fin.

Sería lógico que un fin fuera sostenido por una única asociación, y razonable también que no hubiera más de una organización que luchara por el mismo objetivo. Incuestionablemente, al comienzo es una sola organización la que se bate por ese objetivo. Es un hombre quien proclama una verdad, preconiza la solución de un determinado problema, fija un objetivo y crea, por último, un movimiento destinado a servir a su propósito. Así es como se funda la asociación o el partido que, de acuerdo con su respectivo programa, deberá conducir a la supresión de las anomalías existentes o a la creación de un nuevo contexto para el futuro.

Tan pronto queda formado un movimiento de esta índole, entra prácticamente en posesión de cierto derecho de prioridad. Sería natural y comprensible que todos los hombres que persiguen esa misma finalidad se incorporasen a dicho movimiento para reforzarlo y, de esta manera, servir mejor a la idea común. Particularmente, cada individuo que piense por sí mismo debería ver esta filiación como la condición indispensable para el éxito de la causa colectiva. En consecuencia, sería razonable y de cierta honestidad (de la cual, como quedará demostrado más adelante, todo depende) que para alcanzar ese objetivo exista un único movimiento.

Pero nunca es así, lo cual puede atribuirse a dos causas: la primera querría yo calificarla de casi trágica, en tanto que la segunda es simplemente lamentable, pues hay que buscarla en la flaqueza de la naturaleza humana. Sin embargo, en el fondo sólo veo en ambas causas aquellos hechos que favorecen el acrecentamiento de la voluntad, de la energía y de la intensidad, posibilitando finalmente, a través de una educación perfeccionada de la firmeza humana, la solución del problema en cuestión.

La causa trágica por la que la resolución de una determinada misión a menudo no depende de una única asociación es la siguiente: en este mundo, toda acción de gran envergadura será en general el cumplimiento de un deseo existente desde hace mucho

tiempo en millones de hombres, de un anhelo acariciado por muchos en silencio. En efecto, puede suceder que durante siglos se desee ardientemente la solución de un determinado problema, arraigado en la difícil situación reinante, sin que se llegue a la realización de esos anhelos. Aquellos pueblos que en una situación de emergencia semejante no encuentren una solución heroica, sólo merecen el calificativo de impotentes.

La fuerza vital de un pueblo, su derecho a la vida, se manifiesta del modo más impresionante en el momento en que recibe la gracia del hombre que el destino reservó para la realización de sus aspiraciones; esto es, para la liberación de su cautiverio, para la supresión de esas amargas dificultades, o para la satisfacción de un alma nacional atormentada por las inseguridades.

Una característica esencial de los llamados grandes problemas contemporáneos es que miles de individuos se empeñan en hallar la solución y muchos de ellos se consideran llamados —o incluso que el Destino mismo los propone— a lograr que a la postre, en el libre juego de fuerzas, se incline el éxito en favor del más capacitado, del más apto, y se le encomiende la tarea de solucionar el problema.

Así puede suceder que durante muchos siglos, descontentos con la conformación de su vida religiosa, muchos aspiren a una reforma y que, de esa aspiración moral, surjan docenas de hombres que se crean elegidos por su clarividencia o por su saber, para solucionar una necesidad religiosa como profetas de una nueva doctrina, o al menos como luchadores contra otra ya existente.

Aquí también, por el orden natural de las cosas, ciertamente será el más fuerte el elegido para cumplir la gran misión; sin embargo, la comprensión de que justamente ese hombre es el único predestinado, suele casi siempre llegar demasiado tarde a la conciencia de los demás. Por el contrario, todos se juzgan llamados y con los mismos derechos para resolver el asunto, siendo el mundo contemporáneo generalmente el que menos sabe distinguir quién de entre ellos es el único capacitado de realizar esa alta misión, y por tanto, el que merece el apoyo colectivo.

Es así como, en el transcurso de los siglos y muchas veces dentro de una misma época, aparecen hombres distintos que crean movimientos encaminados a defender finalidades semejantes, o por lo menos, consideradas como análogas por la gran masa. El pueblo mismo abriga deseos vagos y convicciones indeterminadas, sin saber explicar con claridad lo que realmente constituye la esencia de su deseo propio o incluso de cómo realizarlo.

Lo trágico está en que aquellos hombres, sin conocerse entre sí, aspiran a llegar al mismo objetivo por caminos totalmente diferentes, y por tanto, íntimamente convencidos de su propia misión, se creen obligados a ir cada uno aisladamente por su lado sin la menor consideración para con los demás.

Que tales movimientos, partidos o agrupaciones religiosas, completamente independientes los unos de los otros, surjan de la aspiración general de toda una época para encaminar su actividad en la misma dirección, parece al menos a primera vista lastimoso, ya que se tiende a creer en exceso que distintas fuerzas dispersas, yendo al comienzo por caminos diferentes y después concentradas en un solo haz, conducen más deprisa y de forma más segura al éxito anhelado. Esto, sin embargo, no es así. La Naturaleza, en su lógica implacable, decide la cuestión haciendo que los diferentes grupos entren en competición por la victoria y permitiendo al movimiento de los que hubiesen escogido el camino más recto, más corto y más seguro, alcanzar el fin deseado.

Pero, si no se da paso al libre juego de fuerzas, y si la decisión final se deja a juicio de hombres tan infatuados de su saber que sus mentes son incapaces de aceptar la prueba indiscutible de la evidencia, la cual nos confirma siempre la justicia de la acción emprendida, ¿cómo podrá apreciarse desde fuera si el rumbo elegido es el correcto?

Así, marchando cada uno por caminos separados hacia un mismo objetivo, tan pronto como tengan conocimiento de la existencia de aspiraciones similares, tendrán que examinar detenidamente la naturaleza de su procedimiento, a fin de, acortando en lo posible dicho camino, ya al límite de sus fuerzas, alcanzar el objetivo más rápidamente.

De este concurso se origina por tanto un perfeccionamiento del combate individual, no siendo extraño que la Humanidad deba el triunfo de alguna doctrina al fracaso de intentos precedentes.

Así es como a primera vista podemos reconocer en el hecho aparentemente lamentable —aunque inconsciente— de la dispersión inicial, el medio por el cual al final se alcanzará el éxito.

Analizando los precedentes que nos facilita la Historia, observamos que las dos posibilidades que existían para solucionar el problema alemán, cuyos gestores principales eran Austria y Prusia —los Habsburgo y los Hohenzollern—, debieron haber sido desde un principio unificadas para cohesionar sus energías, optando por la parte más representativa en aquel entonces, es decir, Prusia; pues está fuera de duda que la orientación austriaca nunca hubiera conducido a la creación de un Reich alemán.

Y así fue como un fuerte y unido Reich alemán surgió justamente de aquello que millones de alemanes consideraban como la última y funesta muestra de nuestra riña entre hermanos. La Corona Imperial de Alemania surgió verdaderamente del campo de batalla de Königgrätz, no de los combates en las puertas de París, como se ha asegurado después.

La fundación del Reich alemán no fue el fruto de una voluntad común puesta al servicio de un procedimiento también común, sino más bien el resultado de una lucha consciente, y a veces también inconsciente, por la hegemonía política, de la cual Prusia salió victoriosa. Pues cualquiera que no haya renunciado a la verdad en esta ofuscación de la política partidista, tendrá que reconocer que la llamada sabiduría humana jamás hubiera llegado a una decisión tan sabia como a la que llegó la sabiduría de la vida permitiendo el libre juego de las fuerzas. En efecto, ¿quién, en los países alemanes, hubiera creído seriamente hace doscientos años que la Prusia de los Hohenzollern, y no el reino de los Habsburgo, iba a convertirse un día en el núcleo creador y director del nuevo Reich? Y por otro lado, ¿quién podría hoy negar que obró mejor el Destino que el saber humano? ¿Quién sería capaz de imaginarse hoy un Reich alemán basado en los principios de una dinastía corrupta y degenerada como era la de los Habsburgo?

No, el desarrollo natural —bien es cierto que después de un siglo de luchas— colocó al mejor en el puesto que le correspondía.

Así fue y será eternamente. Por eso no es de lamentar que diferentes luchadores se encaminen en pos del mismo objetivo, pues el más capaz y el más diligente será siempre el vencedor.

Consideremos ahora la segunda causa por la que, en la vida de los pueblos, movimientos análogos en apariencia tratan de alcanzar por caminos diversos un objetivo también aparentemente análogo. Esta causa no es sólo trágica, sino además, bastante patética. Se origina en una triste mezcla de celos, envidia, ambición y fraude, características éstas que desgraciadamente se encuentran reunidas en algunos sujetos de la Humanidad.

En cuanto aparece un hombre que conoce profundamente las miserias de su pueblo y que procura descubrir claramente la naturaleza de sus males, e intentando remediarlos tiende a un solo fin y traza el camino a seguir, es entonces cuando esos espíritus mezquinos se ponen enseguida alerta y siguen con ansiedad los pasos de aquel hombre que logró concitar la atención general. Se comportan como el gorrión que, sin mostrar ningún interés, observa al afortunado compañero que logró encontrar una migaja de pan, con la intención de robársela. Bastará que uno vaya por un nuevo camino para que muchos suspicaces holgazanes se pongan al acecho, presintiendo algún buen bocado al final de este recorrido. Tras descubrirlo, inician la marcha con ahínco para alcanzar su objetivo, si es posible, por otro camino más rápido.

Ahora bien, una vez creado el nuevo movimiento y formulado su programa, aparecen tales gentes, aseverando que persiguen el mismo fin; pero de ningún modo les guía un propósito sincero de incorporarse al movimiento y reconocer su prioridad, sino que se limitan a robarle su programa para luego fundar sobre él un partido propio. En eso, todos ellos se muestran desvergonzados, afirmando al público ignorante que las intenciones del otro Partido hace mucho tiempo que eran también las suyas, consiguiendo no raras veces con esas actitudes aparecer bajo un prisma honorable, en lugar de caer en el desprecio general que merecerían. Pues, ¿no es una gran desfachatez apropiarse así de la misión que otro se ha puesto como objetivo y establecerla como propia, rehusando las directrices de un programa, para después seguir sus propios derroteros aparentando el farsante ser el creador de todo? Este descaro se muestra especialmente en que, siendo esos elementos los primeros causantes de la dispersión mediante su nueva fundación, son los que —por experiencia— más proclaman la necesidad de la unión después de convencerse de la imposibilidad de superar al adversario.

A este tipo de conductas se debe la llamada «desintegración patriótica».

Es evidente que la fundación de todos esos grupos, partidos, etc., autodenominados *völkisch* que aparecieron en los años 1918 y 1919, fue el resultado del natural desenvolvimiento de las cosas y no obra de sus fundadores. Ya en 1920, el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores —NSDAP— fue cristalizándose poco a poco como la agrupación vencedora entre aquel conjunto de organizaciones políticas. La honestidad doctrinal de sus fundadores no podía revelarse mejor que a través de la decisión, realmente admirable de muchos de ellos, de sacrificar su propio movimiento, de éxito visiblemente menor, en pro de un movimiento más vigoroso, esto es, optando por disolverlo o incorporándolo incondicionalmente al otro.

Este mérito corresponde ante todo a Julius Streicher, Jefe del Partido Socialista Alemán de entonces. El DSP[122] y el NSDAP habían nacido inspirándose ambos en los mismos propósitos, pero independientes el uno del otro. El principal adalid del Partido Socialista Alemán fue, como decía, Julius Streicher, en aquel entonces profesor en Núremberg. Desde el primer momento estuvo firmemente convencido de la misión y del futuro de su propio movimiento; pero, tan pronto como llegó a reconocer de manera clara e indudable el vigor y el fuerte crecimiento del NSDAP, mayores a los de su propio partido, renunció a sus actividades e instó a sus camaradas a continuar luchando desde las filas del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores por el objetivo común, lo que constituye una resolución tan heroica como digna de un hombre de bien.

[122] DSP. Partido Socialista Alemán, fundado en 1918 y de tendencia nacionalista-*völkisch*. No llegando nunca a ser un partido de masas, tras su disolución en 1922, muchos de sus miembros —alentados por el propio Julius Streicher— se sumaron a las filas del NSDAP. (N. del T.)

Tras aquella primera época de nuestro Movimiento, desapareció cualquier dispersión posible de fuerzas: la voluntad bien intencionada de los hombres de entonces conducía a un resultado honesto y seguro. Lo que hoy caracterizamos con la frase «desintegración *völkisch*» debe exclusivamente su existencia a la segunda de las causas que he mencionado: hombres ambiciosos sin ideas propias ni, menos aún, un ideal u objetivo que perseguir, sienten aparecer su «vocación» precisamente en el momento en que los éxitos del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores comienzan a consolidarse.

Repentinamente surgieron programas políticos plagiados del nuestro; se proclamaron principios tomados del conjunto de nuestras ideas; precisáronse objetivos por cuya consecución hacía años que luchábamos y se eligió, por último, caminos ya andados desde hace largo tiempo por el NSDAP. Se procuró por todos los medios buscar un motivo para la formación de esos nuevos partidos, aun cuando ya existía hacía tiempo el nuestro; sin embargo, cuanto más nobles aparentaban ser los pretextos, menos verdad contenían.

En realidad, la causa de todo era un único motivo: la ambición personal de los fundadores por querer representar un papel que les quedaba demasiado grande, sin aportar nada más que la osadía de adoptar como suyas las ideas ajenas; osadía ésta que acostumbra a atribuirse a los ladrones.

En aquella época no existían programas ni ideas de las que semejantes cleptómanos políticos no se apoderasen en poco tiempo para servir a sus propios intereses. Los autores de tal plagio eran, sin embargo, los mismos individuos que más tarde, con lágrimas en los ojos, lamentaban profundamente la «desintegración patriótica» y hablaban sin cesar de la «necesidad de unión». Tenían así la íntima esperanza de que finalmente confundirían a quienes, cansados de escuchar sus vociferantes acusaciones, terminarían por abandonar la reivindicación de sus ideas, dejándolas, junto con la organización de los movimientos que ellos mismos fundaron, a manos de los ladrones.

Cuando el resultado no era el esperado y la nueva empresa no rendía lo que de ella se esperaba debido a la poca capacidad intelectual de sus dirigentes, entonces el asunto se liquidaba aceptando con modestia un precio menor al de sus pretensiones, contentándose con poder ingresar en una de las llamadas «cooperativas».

Todo lo que en aquella época era incapaz de mantenerse en pie por sí mismo, acabó por fusionarse en cooperativas de trabajo, como si la suma de unos cuantos cojos pudiera lograr que un gladiador se rindiera ante ellos.

Pero si daba la casualidad que entre todos ellos había uno que no cojeaba, éste debía invertir todas sus fuerzas en mantener a los otros en pie, acabando finalmente por quedar inválido también.

Es preciso considerar siempre como una cuestión de táctica la cooperación en esas llamadas asociaciones de trabajadores; sin embargo, no debemos alejarnos nunca de la siguiente verdad fundamental:

A través de la formación de una asociación de trabajo, las coaliciones débiles nunca se transformarán en poderosas; mientras que una agrupación fuerte, por el contrario, puede muchas veces debilitarse —y realmente lo hará— por causa de aquéllas. Es falsa la suposición de que de la fusión de grupos débiles deba resultar un factor de aumento de la fuerza, pues la experiencia muestra que la mayoría, en todas sus formas, siempre será la representante de la idiotez y de la cobardía; de ahí que todas las corporaciones dirigidas por muchas cabezas estén fatalmente abocadas al fracaso. Asimismo sucede que una reunión tal impide el libre ejercicio de las fuerzas en la lucha

por la selección del mejor, evitando de esta forma la posibilidad de que el más sano y más fuerte consiga la victoria final. Semejantes coaliciones son, por tanto, contrarias a la selección natural, impidiendo más que favoreciendo la mayor parte de las veces, la solución del problema por el que se lucha.

Puede suceder que, por consideraciones de orden puramente estratégico, la jefatura suprema de un movimiento —la cual siempre mira a largo plazo— llegue a concluir, por un corto período, un pacto de coaliciones con asociaciones similares a fin de tratar determinadas cuestiones y emprender algunos pasos en común. Sin embargo, semejantes relaciones no deberán nunca prolongarse indefinidamente si el movimiento no quiere renunciar a su misión redentora. Ya que, una vez que éste se enrede en tal unión, el movimiento pierde la posibilidad y también el derecho de ejercer plenamente su propia voluntad en el sentido de una evolución natural, así como de superar a los rivales y conseguir como vencedor el fin propuesto.

Jamás debe olvidarse que todo lo realmente grande en este mundo no fue obra de coaliciones, sino el resultado de la acción triunfante de uno solo. El éxito logrado a través de coaliciones trae, por la naturaleza de su origen, el germen de la corrupción futura y por tanto, la pérdida de lo ya conseguido. Las grandes revoluciones ideológicas de trascendencia universal son imaginables y factibles únicamente como luchas titánicas de grupos individuales y nunca como empresas de una «coalición».

En consecuencia, el Estado nacionalsocialista jamás será creado por la voluntad condicionada de una «cooperativa nacionalista», sino sólo gracias a la férrea voluntad de un Movimiento único que sepa imponerse por encima de todos los demás.

Capítulo IX
IDEAS BÁSICAS SOBRE EL OBJETIVO Y LA ORGANIZACIÓN DE LAS TROPAS DE ASALTO (SA)

El poder del antiguo Estado descansaba sobre tres pilares: la Constitución monárquica, el cuerpo administrativo y el Ejército. La Revolución de 1918 abolió en Alemania la forma monárquica del Estado, disoció el Ejército, y la Administración Pública quedó librada a la corrupción política. Con esto fueron también destruidos los fundamentos de la denominada «autoridad del Estado», la cual depende casi siempre de tres elementos que son la base esencial de toda autoridad.

El primer fundamento inherente a la creación de una autoridad proviene siempre de la popularidad. Pero una autoridad que sólo descanse sobre este fundamento será exteriormente débil, inestable y vacilante. De ahí que cualquiera que se halle investido de una autoridad cimentada exclusivamente en la popularidad tenga que esforzarse por mejorar y asegurar la base de dicha autoridad mediante la formación del poder. En el poder, esto es, en la fuerza, vemos representado el segundo fundamento de toda autoridad; desde luego, un fundamento mucho más estable y seguro, pero no siempre más vehemente que la popularidad. Si bien la popularidad y la fuerza pueden subsistir durante determinado tiempo, para consolidar verdaderamente una autoridad es preciso que surja el decisivo factor de la tradición, el tercer fundamento. Sólo cuando se aúnan popularidad, fuerza y tradición, puede una autoridad considerarse invencible.

En Alemania, la revolución abolió esta última hipótesis, pues ya ni siquiera existía una autoridad de la tradición. Con la caída del antiguo Imperio, con la abolición de la antigua forma del Estado, con la destrucción de las antiguas insignias de grandeza y símbolos del Imperio, la tradición quedó destruida de golpe. Como resultado, las bases de la autoridad del Estado sufrieron una gran convulsión.

Incluso el segundo pilar de la autoridad, el poder, dejó de existir. A fin de hacer lo posible para llevar a cabo la Revolución, fue forzoso disolver el Ejército como encarnación de la fuerza y el poder organizados del Estado; más aún, se debieron emplear algunas secciones del Ejército como elementos combativos en la Revolución. Si bien en el frente no se percibía verdaderamente ese estado de descomposición, a medida que los Ejércitos dejaban tras de sí los gloriosos campos de batalla en los que habían luchado heroicamente durante cuatro años y medio, se iban corroyendo con el ácido de la desorganización de la Patria, para terminar por mezclarse, después de la desmovilización, en la confusión de la denominada «obediencia voluntaria» de la época de los «Consejos de Soldados».

Sobre esas hordas de soldados amotinados, que eran de la opinión de que el Servicio Militar debería ser idéntico a la jornada de ocho horas de trabajo, no se podía, claro está, apoyar ninguna autoridad. Con esto desaparecía también el segundo elemento que es la garantía de solidez de la autoridad, pasando la Revolución a disponer del elemento primario, es decir, de la popularidad para erigir sobre ella su autoridad. Esa base era, sin embargo, un elemento extraordinariamente débil. Si bien es cierto que la revolución logró demoler con su ímpetu el edificio del antiguo Estado, no es menos cierto que esto se debió, en última instancia, a la circunstancia de que el equilibrio normal, dentro de la estructura de nuestro pueblo, se hallaba ya destruido por la guerra.

Cada pueblo consta, en su conjunto, de tres grandes categorías: por una parte, un grupo formado en el sentido de la virtud y que se caracteriza por su valor y su espíritu de sacrificio; en el extremo opuesto, la hez de la Humanidad, es decir, el egoísmo y el vicio personificados. Entre ambos extremos se sitúa la tercera categoría que es la vasta capa media de la sociedad, en la cual no se refleja ni un deslumbrante heroísmo ni un bajo instinto criminal.

Los períodos de florecimiento de un pueblo existen únicamente gracias a la hegemonía absoluta del extremo positivo representado por los mejores elementos. Los períodos de desarrollo normal y regular, o lo que es lo mismo, de una situación estable, subsisten mientras dominan los elementos de la categoría media, en tanto que los dos extremos se equilibran o se anulan recíprocamente. Finalmente, las épocas de decadencia de un pueblo son el resultado de la preponderancia de los peores elementos.

Notable es que la gran masa, siendo la clase del centro, como ya la clasifiqué, en el caso de la victoria de uno de los dos extremos siempre se subordina voluntariamente al vencedor. En el caso de vencer el extremo mejor, la gran masa lo secundará; en la hipótesis de triunfar el extremo del mal, la masa, como mínimo, no le opondrá resistencia, pues las clases del centro nunca emprenden sus propias batallas.

La sangrienta guerra, en sus cuatro años y medio, destrozó hasta tal punto el equilibrio interno de esas tres clases que se puede decir —sin dejar de reconocer todos los sacrificios de la masa del centro— que la clase compuesta por los mejores elementos de la sociedad desapareció casi por completo. Pues la heroica sangre alemana que se vertió en esos cuatro años y medio es realmente insustituible. En cientos de miles de ocasiones se escucharon llamamientos a la colaboración voluntaria: ¡Voluntarios para el frente! ¡Patrullas de reconocimiento voluntarias! ¡Voluntarios para el servicio de Correos! ¡Telefonistas voluntarios! ¡Voluntarios para la construcción de puentes! ¡Voluntarios para los submarinos! ¡Voluntarios para la aviación! ¡Voluntarios para los batallones de asalto!, etcétera. Durante cuatro años y medio, en infinitas ocasiones, siempre más y más voluntarios. Y el resultado siempre fue el mismo: el joven imberbe o el hombre maduro, ambos imbuidos de amor ardiente por la Patria, de gran valor personal y de la más elevada conciencia del deber, se presentaban ininterrumpidamente. Diez mil, cien mil de esos casos acontecían, para, poco a poco, ir disminuyendo cada vez más ese torrente de hombres. Los que no caían en el campo de batalla, quedaban mutilados o se desmoronaban paulatinamente al ver que el número de ellos era cada vez menor. Pero considérese, ante todo, que el año 1914 puso en pie de guerra a miles de voluntarios formando ejércitos completos que, debido a la criminal falta de conciencia de nuestros perversos parlamentarios, no habían recibido la educación militar necesaria. En esas condiciones, se convirtieron en carne de cañón para nuestros enemigos. Los cuatrocientos mil que en aquel tiempo cayeron en las batallas de Flandes o que quedaron inválidos no pudieron ser sustituidos. Su pérdida era más que una simple pérdida numérica. Con su muerte, el platillo malo de la balanza aumentó, y más que antes pesaban ahora los representantes de la vileza, de la infamia, de la cobardía; en fin, la gran masa de los inferiores.

Pero eso no fue todo.

Mientras durante cuatro años y medio nuestros mejores elementos iban reduciéndose en proporción alarmante en el campo de batalla, los peores se conservaban de manera extraordinaria. Ciertamente, por cada héroe voluntario que, sacrificando su vida, subía las escaleras al Walhalla, había un holgazán que, cautelosamente, se salvaba de la muerte para, en la Patria, desarrollar una actividad dudosamente útil.

Concluida la guerra, Alemania ofrecía el siguiente cuadro: la clase media, la más numerosa de la Nación, había rendido honorablemente su tributo de sangre; el extremo mejor de la Nación se había sacrificado casi íntegramente con heroísmo ejemplar; el otro extremo, formado por los peores elementos, quedó desgraciadamente intacto gracias a leyes absurdas y, además, porque las autoridades no actuaron con la suficiente vehemencia a la hora de aplicar ciertos artículos del Código Militar.

Fue esta escoria de nuestro pueblo, tan bien protegida, la que después hizo la Revolución; y pudo hacerla sólo porque el extremo bueno de la Nación ya no le podía hacer frente: había dejado de existir.

Por eso, la Revolución Alemana, desde el principio, fue sólo una empresa de popularidad muy relativa. No fue el pueblo alemán quien cometió ese crimen de Caín, sino la oscura chusma compuesta por desertores, rufianes, etc.

El soldado del frente se regocijaba con el fin de la lucha sangrienta, se sentía feliz de poder volver a la Patria, de volver a ver a la esposa y a los hijos. Por la Revolución, sin embargo, no tenía en su interior ningún interés; no simpatizaba con ella, ni mucho menos con sus autores y organizadores. En los cuatro años y medio de violento combate, había olvidado a las hienas partidistas y había quedado al margen de sus disputas.

Solamente para una pequeña parte del pueblo alemán, la Revolución era verdaderamente popular; esto es, para aquella clase que había escogido el platillo de limosnas como emblema de todos los ciudadanos honorables de este nuevo Estado. Sin embargo, ellos no simpatizaban con la Revolución por sí misma, como muchos creen aún hoy equivocadamente, sino por las consecuencias que la siguieron.

No obstante, con dificultad podía apoyarse una autoridad en forma duradera sobre la «popularidad» de estos saqueadores marxistas. Y realmente la «Nueva República» precisaba de una autoridad a cualquier precio, si no quería ser engullida después de un corto caos por la acción de los últimos buenos elementos de nuestro pueblo.

Nada temían más en aquel tiempo los organizadores de la Revolución que, en el torbellino de su propia confusión, ver hundirse el suelo y ser cogidos por sorpresa por el puño de hierro, como muchas veces sucede en la vida de las naciones en tales circunstancias. La República debía consolidarse, costase lo que costase. Por eso se vio obligada a organizar inmediatamente, junto al pilar vacilante de su débil popularidad, un régimen de violencia a fin de fundamentar mejor su autoridad.

Cuando en los días de diciembre, enero y febrero de 1918-19, los mercaderes de la Revolución sintieron que el suelo cedía bajo sus pies, procuraron encontrar hombres que estuviesen dispuestos a reforzar, por el poder de las armas, la débil posición que les ofrecía el apoyo de su pueblo. La República "antimilitarista" necesitaba soldados. Mas, como el sostén primordial y único de su autoridad, es decir, su "popularidad", radicaba sólo en una comunidad de rufianes, ladrones, asaltantes, desertores y holgazanes —en una palabra, en aquella categoría que hemos venido en llamar el extremo peor de la Nación—, vano esfuerzo era el de tratar de reclutar en estos círculos hombres dispuestos a sacrificar la propia vida en servicio del nuevo ideal. Los que habían hecho la propaganda de la idea revolucionaria y habían organizado la Revolución, no eran capaces ni estaban dispuestos a proveer, de sus propias filas, soldados para la defensa de la misma. Pues aquella gente no deseaba, de ningún modo, la organización de un Estado republicano, sino la desorganización de lo existente para una mejor satisfacción de sus instintos. Su lema no era "orden y progreso de la República Alemana", sino más bien: "el saqueo de la misma".

De esta forma, el angustioso grito de socorro que en aquellos días lanzaron los representantes públicos y defensores de la República no encontró respuesta en esas masas, al contrario, sólo provocó rechazo y exasperación. Y se debía esto a que se percibió en tal comienzo una violación de la lealtad y la fe; se presintió la formación de una autoridad ya no basada en el apoyo popular, sino en la fuerza, y dispuesta a combatir aquello que los revolucionarios consideraban los puntos básicos de la Revolución; esto es, el derecho al robo y al saqueo, para así poder controlar el poder desenfrenado de una horda de ladrones y salteadores que habían escapado de los recintos penitenciarios.

Los defensores de la República podían gritar hasta desgañitarse, nadie les respondía de entre sus filas; sólo encontraron como réplica el grito que clamaba "¡Traidores!", procedente de aquellos en cuyo apoyo se basaba la "popularidad" del régimen.

Fue entonces cuando comenzaron a presentarse numerosos jóvenes alemanes dispuestos a vestir de nuevo el uniforme de soldado, para ponerse —como se les había hecho creer— al servicio de la "tranquilidad y el orden". Con las armas al hombro y su casco de combate lucharían contra los destructores de la Patria. Se agruparon como voluntarios en formaciones libres (*Freikorps*) y, aunque sentían ensañado odio contra la Revolución marxista, inconscientemente empezaron a protegerla, consolidándola prácticamente.

Esa gente actuó de buena fe.

El auténtico organizador de la Revolución y su verdadero instigador —el judío internacional— había apreciado correctamente las circunstancias del momento. El pueblo alemán no estaba todavía maduro para ser arrastrado al sangriento fango bolchevique, como ocurrió con el pueblo ruso. En buena parte se debía esto a la homogeneidad racial existente en Alemania entre la clase intelectual y la clase obrera; además de la sistemática penetración en las vastas capas del pueblo de elementos de cultura, fenómeno que encuentra paralelo sólo en los otros Estados occidentales de Europa y que en Rusia es totalmente desconocido. Allí, la clase intelectual estaba constituida en su mayoría por elementos de nacionalidad extraña al pueblo ruso, o por lo menos de raza no eslava. La escasa clase intelectual superior rusa de aquellos tiempos podía ser manejada, o manipulada, porque le faltaban totalmente los elementos que la podían unir con la gran masa del pueblo. El nivel intelectual y moral de esta última era también terriblemente bajo.

Tan pronto como en Rusia fue posible movilizar a la masa ignara y analfabeta en contra de la débil capa intelectual que no guardaba contacto alguno con aquélla, estuvo echada la suerte de este país y ganada la Revolución. El analfabeto ruso quedó con ello convertido en esclavo indefenso de sus dictadores judíos, los cuales fueron lo suficientemente perspicaces para hacer que su dominio llevase el sello de «dictadura del proletariado».

En Alemania, la situación era la siguiente: la Revolución sólo había sido posible como consecuencia de la gradual descomposición del Ejército. El soldado del frente no había sido el verdadero causante de la Revolución ni el destructor del Ejército, pero sí la miserable y sombría gentuza que deambulaba en las guarniciones de la retaguardia o prestaba servicios como actores «indispensables» de la economía interior. Ese Ejército estaba reforzado aún por decenas de miles de desertores que, sin correr el menor riesgo, pudieron dar las espaldas al frente de batalla. El verdadero cobarde, en todos los tiempos, nada teme tanto como la muerte. Una muerte que se encuentra delante de los hombres, diariamente y bajo mil aspectos, en el frente de combate. Para que se pueda

obligar a hombres indecisos y vacilantes, o incluso cobardes, a cumplir con su deber, en todas las épocas sólo existió un medio: el desertor debe saber que su deserción traerá justamente consigo aquello de lo que él deseaba huir: la muerte. En el frente de batalla existe la posibilidad de perecer; pero el desertor, debe morir. Únicamente por medio de una amenaza draconiana como ésta para todo intento de deserción se puede conseguir un efecto disuasorio no sólo en el individuo sino también en la colectividad.

Y aquí radican el sentido y la finalidad de los artículos del Código de Justicia Militar.

Entrar en la gran lucha en pro de la existencia de la Nación entera fue una creencia superior, únicamente apoyada en la fidelidad voluntaria, nacida y conservada por la comprensión de la necesidad. El cumplimiento voluntario del deber fue lo que inspiró siempre las acciones de los hombres superiores; pero no a los hombres comunes. Por esta razón son necesarias leyes contra la delincuencia, no decretadas para los honestos, sino para los elementos dudosos y débiles. Esas leyes deben ser el medio para aterrorizar a los malhechores a fin de impedir que se llegue a la situación tal que el honrado sea considerado el más estúpido, y acabarán con la creencia de que es mucho más conveniente participar de algún modo en el robo, que presenciarlo como simple espectador o incluso dejarse robar.

Por esto fue un error creer que, en una lucha que previsiblemente se prolongaría por años, se podría prescindir de tales medios, pues sabemos por la experiencia de muchos siglos e incluso de milenios que en los momentos más difíciles y en las épocas más severas obligaron a esos hombres indecisos y débiles a cumplir su deber.

Para los héroes voluntarios evidentemente no era preciso ningún artículo del Código Militar; sin embargo resultaron indispensables para el cobarde y el egoísta que, cuando la Patria les llama, estiman más su vida que la de la colectividad. Tales cobardes sólo abandonarán esa actitud si se les aplica los más severos castigos. Cuando los hombres se enfrentan ininterrumpidamente con la muerte y durante semanas son obligados a permanecer en combates sin tregua dentro de las trincheras llenas de barro y a veces sin los alimentos más indispensables, no se debe amenazar con la cárcel o con la realización de trabajos forzados a aquellos que incumplen su deber; el castigo debe ser más duro, pues sólo se logrará el efecto deseado bajo amenaza de pena de muerte. La experiencia nos dice que la prisión es un lugar mucho más deseable que el campo de batalla para esos individuos, dado que allí por lo menos su inestimable vida no está en peligro. Causa de los peores desastres fue que, durante la guerra, se dejara de aplicar la pena de muerte. Así, un ejército de desertores se extendió por la retaguardia y por todo el país, particularmente en 1918, y colaboró en la formación de la organización criminal a la que se debe la Revolución de noviembre de 1918.

El frente de batalla en realidad no tuvo nada que ver con eso. Evidentemente los soldados que luchaban allí ansiaban la paz. Y justamente ese hecho supuso un gran peligro para la Revolución, ya que a medida que los ejércitos alemanes regresaban a la Patria tras el armisticio, surgieron entre los revolucionarios las mismas dudas una y otra vez: ¿Qué harán las tropas del frente de batalla? ¿Abogarán por la Revolución?

Durante aquellas semanas, la Revolución en Alemania se vio obligada a presentarse de forma extremadamente moderada, si no quería correr el peligro de ser destruida de un momento a otro por algunas divisiones alemanas. Si en aquella época el comandante de una única división hubiera tomado la resolución, con el auxilio leal de sus devotos soldados, de arriar los trapos rojos, de poner a los «Consejos» frente a una pared y acabar con cualquier posible resistencia a golpe de mortero y granadas de mano, en menos de cuatro semanas esa división se habría transformado en un ejército de

sesenta divisiones. Los judíos que controlaban el movimiento revolucionario temían eso más que nada. Justamente para impedir que llegara a materializarse tal hipótesis, era necesario imponer cierto aire de moderación, dando la impresión de que, de ninguna manera, la Revolución degeneraría en bolchevismo; al contrario, debía fingir batirse «por la tranquilidad y el orden». A ello se deben las grandes concesiones que se realizaron, es decir, la llamada al antiguo cuerpo de funcionarios públicos y a los jefes del antiguo Ejército. Les necesitaban por lo menos durante cierto tiempo, y sólo después de que el ingenuo hubiera cumplido su «misión» de ser cabeza de turco, se le podría dar impunemente el merecido puntapié y apartar de esta forma la República de las manos de los antiguos servidores del Estado, entregándola de nuevo a los buitres de la Revolución.

Solamente así, por la aparente inocuidad y tolerancia del nuevo régimen, lograrían engañar a los viejos generales y empleados del Estado y evitar una posible resistencia de los mismos.

Hasta qué punto lo lograron, se demostró en la práctica.

Sin embargo, la Revolución no fue perpetrada por elementos pacíficos y amigos del orden, sino por alborotadores, ladrones y saqueadores. La forma en que se desarrollaba la Revolución nada tenía que ver con las intenciones de estos últimos elementos; por razones estratégicas, no se les debía explicar el porqué de todo ni hacer que lo aceptaran. Con el aumento progresivo de su influencia, la socialdemocracia perdió más y más el carácter brutal de partido revolucionario. Eso se produjo no porque ideológicamente se divisasen otros fines que los de la Revolución o porque sus organizadores hubieran cambiado de intenciones. Al final sólo quedó una idea revolucionaria, y no hombres que la llevaran a cabo. Con un Partido de diez millones de adeptos ya no se podía llevar a cabo una revolución. En un movimiento semejante ya no se contaba únicamente con la influencia de un sector extremo de la población; ahora había que cargar con la gran masa de clase media, es decir, con la desidia.

Comprendiendo esto, el judío, aun antes de que terminase la guerra, provocó la célebre escisión de la socialdemocracia; mientras el Partido Social-Demócrata, correspondiendo a la indolencia de su masa, se aferraba como un peso muerto a la defensa nacional, de él fueron extraídos los elementos más radicales y activos con los que formar nuevos batallones de ataque, una fuerza decisiva: El Partido Socialdemócrata Independiente[123] y la Liga Espartaquista[124]; éstos fueron los batallones de asalto del marxismo revolucionario. Debían crear un hecho consumado que funcionara como base sobre la que las masas del Partido Socialdemócrata —preparadas desde hacía décadas— pudieran ocupar su puesto. La burguesía cobarde fue juzgada con justicia por el marxismo y tratada sencillamente como chusma. Como sabían que, por su dócil servilismo, las organizaciones políticas de la vieja generación, ya desgastada, serían incapaces de ofrecer una resistencia seria, se juzgó superfluo prestarles ninguna atención.

Sin embargo, tan pronto como la Revolución venció y se consideraron demolidos los principales pilares del antiguo régimen, el Ejército, que regresaba del frente, comenzó a emerger como un fantasma amenazador, y se debió poner freno al desarrollo natural de la misma. Así, el grueso de la horda Socialdemócrata ocupó las

[123] Partido Socialdemócrata Independiente (USPD). Partido surgido en 1916 de una escisión del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD) por el rechazo de sus integrantes a la financiación i perpetuación de la Guerra. Hugo Haase fue su principal impulsor. (N. del T.)

[124] Liga Espartaquista. Movimiento de tendencia marxista fundado por Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo durante el final de la Primera Guerra Mundial, y principal impulsor de la Revolución de 1918 en Alemania. Tomó el nombre del líder romano, Espartaco, por ser el gran impulsor de la rebelión de los esclavos en la antigua Roma. (N. del T.)

posiciones conquistadas y los batallones de asalto de los socialistas Independientes y de los Espartaquistas fueron puestos al margen. Pero no se consiguió sin lucha.

Las más activas formaciones de asalto de la Revolución se sentían engañadas al no haber sido satisfechos sus deseos y quisieron continuar la lucha por su cuenta de forma tan salvaje que incluso los cerebros de la Revolución rechazaron sus ilimitados altercados. Apenas la Revolución acababa de culminarse, cuando de ella surgieron dos bandos: en un lado, los partidarios de la tranquilidad y el orden; al otro, los de la sangre y el terror. ¿Qué podría ser más natural que nuestra burguesía irrumpiendo de repente, con banderas desplegadas, en el bando de «la tranquilidad y el orden»? Así, esas miserables organizaciones políticas tenían ahora la posibilidad de emprender su actividad; habían encontrado nuevamente una base con la que conseguirían forjar una coalición con el poder al que tanto odiaban pero que tanto temían. La burguesía política alemana obtuvo el alto honor de poder sentarse en la misma mesa con los malditos jefes marxistas para combatir por el bolchevismo.

De esta manera, ya en diciembre de 1918 y enero de 1919, la situación era la siguiente:

Una minoría formada por los elementos más pésimos llevaron a cabo la Revolución. A ellos se adhirieron inmediatamente todos los partidos marxistas. La Revolución tenía aparentemente un carácter moderado, lo que provocó la enemistad de los fanáticos extremistas. Éstos comenzaron a movilizarse haciendo uso de granadas de mano y ametralladoras y ocupando edificios públicos, es decir, amenazando la moderada apariencia de la Revolución. Para evitar que tales horrores fueran demasiado lejos, los adeptos al nuevo régimen hicieron un armisticio con los adeptos al antiguo para, unidos, combatir a los extremistas. El resultado fue que los enemigos de la República cesaron su lucha contra ella y ayudaron a vencer a aquellos que, aunque desde puntos de vista completamente diferentes, también eran enemigos de la misma República. Otra consecuencia fue que, de este modo, el peligro de que estallara una lucha entre los adeptos al antiguo régimen y los del nuevo orden parecía definitivamente apaciguado.

Es importantísimo no olvidar este hecho. Sólo el que llegue a comprenderlo podrá explicarse por qué una nación en la cual el 90% no tomó parte en la Revolución, el 70% del cual la rechazaba y el 60% del mismo la odiaba, permitió que el 10% restante les impusieran una Revolución.

Así, poco a poco, mientras los combatientes de las barricadas espartaquistas por un lado y los fanáticos nacionalistas e idealistas por el otro, derramaban su sangre aniquilándose así ambos extremos, vencía como siempre la masa del centro. Burguesía y marxismo se rindieron a los hechos consumados y la República comenzó a consolidarse. Todo ello, sin embargo, no impidió que los partidos burgueses, especialmente antes de las elecciones, hablasen todavía durante algún tiempo sobre sus ideas monárquicas para, evocando a los espíritus del pasado, atraer a sus adeptos y utilizarlos nuevamente. No fue una jugada honesta. En su interior, todos estaban desde hacía mucho tiempo desligados de la Monarquía, mas la duplicidad del nuevo régimen comenzó a producir sus efectos tentadores también en el seno del partido burgués. El común de los políticos burgueses se sentían mejor en el fango de la corrupción republicana que en la limpia austeridad del antiguo régimen, que aún no había desaparecido de su memoria.



Como ya indiqué, después de la destrucción del antiguo Ejército, la Revolución estaba obligada a fortalecer su autoridad de Gobierno mediante la creación de un nuevo factor de fuerza. Tal y como estaban las cosas, ese factor sólo podía ser encontrado en las filas de los partidarios de una doctrina política contraria a la suya. De esas filas podría, entonces, surgir poco a poco un nuevo cuerpo militar que, numéricamente limitado por los tratados de paz, debía transformarse con el tiempo en instrumento del nuevo régimen.

Si, dejando a un lado los defectos evidentes del antiguo Estado —los cuales fueron la causa de la Revolución—, nos preguntamos el porqué del éxito de la Revolución de 1918 en sí, llegaremos a estas conclusiones:

1°. Por el entumecimiento de las nociones de cumplimiento del deber y de obediencia.

2°. Por la cobarde pasividad observada en los partidos que debían sostener el Estado.

A ello conviene agregar la siguiente observación:

El aletargamiento de esas nociones de cumplimiento del deber y de obediencia tenía su honda raíz en la índole de nuestra educación, carente de sentido nacional y orientada netamente hacia la autoridad del Estado. De ahí resulta también la costumbre de confundir los medios con los fines. La conciencia y la noción del cumplimiento del deber así como la subordinación no son fines en sí, como tampoco el Estado es un fin en sí mismo; todos juntos deben constituir los medios que conduzcan a facilitar y garantizarle la existencia en este mundo a una comunidad de seres psíquica y físicamente afines. En la hora crítica en que una nación cae en desgracia y queda a merced de la más dura humillación, debido a los manejos de unos cuantos malhechores, la obediencia y el cumplimiento del deber para con éstos es un formulismo doctrinario, es pura locura; en este caso, sólo se podría evitar la ruina del pueblo mediante el rechazo a la obediencia y al cumplimiento del deber. De acuerdo con la actual concepción burguesa del Estado, el general de división que recibe de sus superiores la orden de no abrir fuego, cumplirá con su deber y procederá correctamente si no dispara, porque para el mundo burgués, vale más la obediencia formal y absoluta que la existencia del propio pueblo. Pero para la concepción nacionalsocialista, en tales momentos no es la obediencia para con unos superiores pusilánimes lo que debe prevalecer, sino la lealtad para con la comunidad del pueblo. Aparece entonces el deber de la responsabilidad personal frente al conjunto de la Nación.

La Revolución triunfó porque nuestro pueblo, o mejor dicho, nuestros gobernantes, olvidaron el verdadero sentido de estas nociones para dar paso a una concepción puramente doctrinaria y formal de las mismas.

En lo concerniente al segundo punto, habría que subrayar lo siguiente:

La causa profunda de la pusilanimidad de los partidos «conservadores» fue, en primer lugar, la desaparición del sector activo y bien intencionado de nuestro pueblo, caído durante la guerra. Aparte de todo esto, nuestros partidos burgueses —los únicos que se mantuvieron aferrados al antiguo Estado—, estaban convencidos de que debían defender sus principios únicamente en el terreno intelectual y por medios intelectuales, pues el empleo de la fuerza estaba reservado exclusivamente para el Estado. En tal concepción se reconocía la señal de una decadencia que paulatinamente se iba acentuando, además de ser esto insensato, en un tiempo en que el adversario político ya hacía mucho que se había apartado de ese punto de vista y proclamaba por todas partes, con la mayor franqueza, estar resuelto a defender sus fines incluso por la fuerza. En el momento en que surgió el marxismo en el mundo de la democracia burguesa como

consecuencia de la misma, apelar a la lucha con «armas intelectuales» constituía un solemne absurdo que después debió acarrear tremendas consecuencias sobre el mundo burgués; pues el marxismo siempre defendió la opinión contraria, esto es, que el empleo de las armas debe atender sólo a puntos de vista de conveniencia y que el derecho a ese recurso se justifica por el éxito del mismo.

La exactitud de dicha idea quedó probada en los días del 7 al 11 de noviembre de 1918. En aquel momento el marxismo no tomó en consideración lo más mínimo ni al parlamentarismo ni a la democracia sino que, por medio de bandas criminales armadas, asestó a ambos su golpe mortal. Es perfectamente comprensible que las organizaciones de los charlatanes burgueses estuvieran desarmadas en aquellos días.

Después de la Revolución, cuando los partidos burgueses, aunque bajo nuevos nombres, repentinamente reaparecieron y sus «heroicos jefes» salieron de la clandestinidad de las bodegas oscuras y sótanos bien ventilados, se pudo ver cómo todos los representantes de esas antiguas organizaciones habían olvidado sus errores sin aprender nada nuevo. Su programa político seguía enraizado en el pasado, a pesar de que interiormente se habían reconciliado con el nuevo contexto; no obstante, su objetivo era poder tomar parte del poder en lo posible, siendo su única arma, igual que antes, la palabra. Por eso después de la Revolución los partidos burgueses capitularon de la forma más miserable en todas las manifestaciones callejeras. Cuando se trató de votar por la Ley de Defensa de la República la mayoría no estaba a favor de ella[125]. Pero ante la presión de los más de doscientos mil marxistas manifestándose por las calles, los «estadistas» burgueses se aterraron y, contra su convicción, votaron favorablemente la Ley sencillamente por miedo de que, al salir del *Reichstag*, fueran atacados violentamente por la furiosa masa. Desafortunadamente y gracias a esa misma ley, eso no sucedió.

De esta forma, el desarrollo del nuevo Estado siguió su camino como si nunca hubiese existido una oposición nacional. Las únicas organizaciones que en aquellos tiempos tuvieron el valor y la fuerza necesarios para enfrentarse al marxismo y sus enfurecidas masas fueron, en un comienzo, los Cuerpos de Voluntarios[126]; más tarde, las agrupaciones de autoprotección, los guardias territoriales, etc., y por último, los soldados del antiguo Ejército[127].

El motivo por el que tampoco la existencia de esos elementos de defensa consiguió ninguna alteración sensible en la evolución alemana, fue el siguiente:

Así como los llamados partidos nacionales no consiguieron ejercer ninguna influencia por carecer de fuerzas que se manifestaran en las calles, de la misma manera las llamadas «ligas de defensa» no pudieron hacerlo por falta de ideas políticas y sobre todo de objetivos políticos definidos. Lo que a los marxistas les dio el triunfo fue la perfecta cohesión existente entre su voluntad política y el carácter brutal de su acción. En cambio, lo que privó a los sectores nacionalistas de toda influencia en el destino de Alemania, fue la falta de una estrecha colaboración entre la fuerza implacable y la voluntad de una genial inspiración política.

---

[125] La adopción de esta Ley (julio de 1922) precisaba de una mayoría de dos tercios. Los nacionalistas votaron en contra, y los populistas votaron a favor después de las presiones ejercidas por una gran manifestación socialista. (Nota de *Mon Combat*, 1934, *op. cit.*)

[126] Tras la derrota de 1918 surgieron varias asociaciones paramilitares, formadas por oficiales desmovilizados que habían combatido en el frente. Eran grupos extraoficiales, conocidos como *Freikorps* (Cuerpo de voluntarios). Su principal propósito era actuar como centros de reunión de veteranos nacionalistas. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

[127] Los *Freikorps*; los *Selbstschutz* y los *Einwohnerwehr*, organizaciones idénticas a la guardia nacional de 1848; y los *Traditions verbande*, asociaciones de miembros de antiguos regimientos disueltos. (Nota de *Mon Combat*, 1934, *op. cit.*)

Cualquiera que hubiese sido la aspiración de los partidos «nacionales», el valor de éstos debía ser siempre nulo al no contar esos partidos con ningún poder para defenderla, y mucho menos para imponerla en la calle.

Las Ligas de Defensa disponían de todo el poder y dominaban prácticamente la calle y el Estado, pero carecían de una idea política y también de una finalidad definida al servicio de las que disponer su fuerza por el bien de Alemania. En ambos casos, fue la astucia del judío la que consiguió, por medio de una persuasión inteligente y de un fortalecimiento de las tendencias ya existentes, el creciente agravamiento de ese destino fatal.

Fue el judío el que, con asombrosa habilidad, supo lanzar constantemente mediante su prensa la idea del «carácter apolítico» de las Ligas de Defensa, y ensalzar en política la índole «puramente intelectual» de la lucha, exigiendo además que siguiera realizándose en ese mismo plano. Millones de alemanes ingenuos repetían semejante farsa, sin presentir lo más mínimo que de ese modo se desarmaban ellos mismos y caían indefensos en las garras del judío.

Pero hay también una explicación lógica para ello: la falta de una gran idea que sea además innovadora siempre significó una limitación de la fuerza combativa.

La convicción de tener el derecho de valerse hasta de las armas más brutales, va siempre unida a una fe vehemente en la necesidad de una nueva y revolucionaria transformación del mundo.

He aquí la razón del porqué jamás recurrirá a medios extremos aquel movimiento que no lucha en pro de fines e ideales elevados.

La revelación de una nueva gran idea fue el secreto del éxito de la Revolución Francesa; asimismo, la Revolución bolchevique debe su triunfo a una idea, y por un Ideal ha podido ganar el Fascismo la fuerza necesaria para someter venturosamente a un pueblo a una reforma de vastas proporciones.

Los partidos burgueses no son capaces de lograr algo así.

Sin embargo los partidos burgueses no eran los únicos en fijar sus objetivos políticos en una restauración del pasado: también las asociaciones de defensa lo hicieron. Asociaciones kyffhauserianas[128] y de veteranos ayudaron a destruir políticamente el arma más fuerte que la Alemania nacionalista poseía en aquel tiempo, colocándola poco a poco al servicio de los mercenarios de la República. El hecho de que actuaran con la mejor intención, con muy buena fe, en nada modifica la insensatez de lo acaecido.

Paulatinamente, el marxismo logró obtener, con la consolidación de la *Reichswehr* —el Ejército alemán de la posguerra[129]— el apoyo indispensable de la fuerza para reafirmar su autoridad y, obrando lógica y consecuentemente, comenzó a disolver las ligas nacionales de defensa que le parecieron peligrosas, declarándolas ya innecesarias. Algunos jefes, los más audaces, de los que se desconfiaba, fueron llevados ante los Tribunales de Justicia y metidos en la cárcel. Todos, sin embargo, recibieron lo merecido.



[128] *Kyffhäuser*: Montaña donde, según la leyenda, Federico Barbarroja dormía bajo el efecto de un hechizo, del que despertaría para hacer triunfar el ideal pangermanista. Bajo esa denominación se reunían antes de la Guerra las asociaciones nacionalistas de antiguos militares, estudiantes, etc. (Nota de *Mon Combat*, 1934, *op. cit.*)

[129] *Reichswehr* (literalmente, Defensa del Imperio). Organización militar alemana desde 1919 hasta 1935, que se encargó de la defensa nacional durante la República de Weimar, bajo las limitaciones que el Tratado de Versalles impuso a Alemania. Estaba formada por la *Reichsheer* (Ejército Nacional) y la *Reichsmarine* (Marina Nacional). Más tarde, durante el régimen nacionalsocialista, pasó a denominarse *Wehrmacht* (Fuerza de Defensa). (N. del T.)

Con la fundación del NSDAP apareció por primera vez un Movimiento cuyo objetivo no radicaba, como en el caso de los partidos burgueses, en una restauración mecánica del pasado, sino en la voluntad de erigir un Estado nacional orgánico, en lugar del absurdo mecanismo estatal existente.

Desde el primer día, el joven Movimiento sostuvo el punto de vista de que su ideario debía ser propagado por medios intelectuales y que esa acción intelectual debía estar garantizada en caso necesario por la fuerza del puño. Fiel a su convicción sobre la enorme importancia de la nueva doctrina, consideró natural que ningún sacrificio sería demasiado grande para la consecución de sus fines.

Ya demostré que un movimiento que aspira a conquistar el corazón de un pueblo debe, dentro de sus propias filas, organizar la defensa contra los intentos terroristas de los enemigos. Es eterna lección de la Historia el que una concepción ideológica apoyada en el terror jamás podrá ser reducida por virtud de los procedimientos legales de la autoridad establecida, sino únicamente por obra de otra concepción ideológica nueva y de acción no menos audaz y resuelta que aquélla. Oír esta verdad les será siempre desagradable a los funcionarios encargados de velar por la seguridad del Estado, pero no por ello dejará de ser cierta. El poder público podrá garantizar el orden y la tranquilidad sólo cuando el Estado se halle identificado con la ideología dominante y cuando proteja internamente su concepción, de manera que los elementos terroristas aparezcan como criminales y no puedan ser vistos únicamente como representantes de una concepción contraria a la oficial. De no ser así, el Estado puede emplear durante siglos las mayores medidas policiales contra un terrorismo que lo esté amenazando; pero al final, no logrará absolutamente nada y sucumbirá.

El Estado alemán está permanentemente expuesto a los ataques más duros del marxismo. Durante setenta años de lucha no ha podido impedir la victoria de esa doctrina. A pesar de los miles de años en penas de prisión y de las más sangrientas medidas que decretó contra los activistas del amenazador dogma marxista, finalmente se vio forzado a capitular. Esto lo negará el estadista burgués, pero no podrá, sin embargo, convencer a nadie.

Aquel Estado que el 9 de noviembre de 1918 fue arrastrado incondicionalmente al abismo por el marxismo, no podrá resucitar de la noche a la mañana como el vencedor de ese mismo dogma; al contrario: burgueses simplones, que ocupan carteras ministeriales, despotrican sobre la conveniencia de no gobernar contra el proletariado, refiriéndose con esta palabra básicamente al marxismo. Mas, al identificar al obrero alemán con el marxismo, no sólo incurren en un cobarde delito de falsificación de la verdad, sino que mediante su interpretación capciosa tratan también de disimular su propia incapacidad de comprensión y lucha contra la ideología y la organización marxistas.

En vista sin embargo de este hecho, o sea, de la sumisión incondicional del actual Estado al marxismo, tanto más tiene el Movimiento Nacionalsocialista el deber no sólo de preparar en el sentido intelectual la victoria de sus ideas, sino también de asumir la defensa contra el propio terror de una Internacional, ebria de su propia victoria.

Ya he descrito cómo en la vida práctica de nuestro joven Movimiento fue formándose paulatinamente una guardia para la protección de nuestros mítines, y cómo adoptó poco a poco el carácter de una fuerza de orden precisa, tendiendo finalmente a constituir toda una organización. Aunque esa formación, surgida gradualmente, diese la

impresión de una sección de defensa, le faltaba aún mucho para poder merecer esa denominación.

Como ya expliqué, las organizaciones defensivas alemanas no tenían un programa político definido. Eran, de hecho, meros grupos para la protección propia, con una formación y organización que representaban, a decir verdad, un complemento ilegal de los medios de defensa del Estado. Su carácter de «cuerpos voluntarios» estaba justificado únicamente por el estilo de su formación y por la situación del Estado de aquel entonces; pero de ningún modo les correspondía el título de «formaciones libres de combate» en pos de una convicción propia y superior. No merecían ese título, a pesar de la actitud de oposición sostenida por algún que otro líder y de todas esas asociaciones contra la República. Pues no basta que se esté convencido de la mediocridad de una situación existente para hacerse merecedor de representar una opinión más elevada, pues ésta tiene sus raíces en el conocimiento de una nueva concepción del mundo que se siente el deber de alcanzar, y cuya realización se presenta como la más alta misión vital. Esto era lo que distinguía y diferenciaba a la guardia del orden del Movimiento Nacionalsocialista de todos los demás «cuerpos de defensa» de aquellos tiempos. Sus miembros, en absoluto, ni estaban ni deseaban estar al servicio de la situación creada por la Revolución; más bien, combatían exclusivamente por una nueva Alemania.

El cometido de esta Fuerza de Orden se limitaba en un comienzo a proteger y mantener el orden en las salas donde realizábamos nuestros mítines. Su primera misión estaba un poco limitada: consistía en la tarea de facilitar la realización de mítines, los cuales habrían sido saboteados sin dificultad por los adversarios de no mediar esa Fuerza. Ya en aquella época estos hombres eran entrenados para la ciega ejecución del ataque; pero no porque se hubiera ensalzado el culto a la fuerza bruta, como se solía decir en ciertos círculos nacionalistas, sino llanamente porque aquella Fuerza supo comprender que hasta el hombre más genial puede quedar anulado ante los puñetazos; como de hecho no es raro en la Historia el caso de eminentes cabezas que sucumbieron bajo los golpes de los más insignificantes Ilotas[130]. Nuestra organización no trataba de imponer la violencia como finalidad, sino que pretendía salvaguardar de la violencia a los predicadores del Ideal. Y al mismo tiempo, entendiendo que no estaba obligada a amparar a un Estado que no defendía a la Nación, se encargó de proteger a esa Nación y a su pueblo contra los que amenazaban destruirlos.

Después de la lucha en la asamblea de la Hofbräuhaus de Múnich, obtuvo la Guardia, como eterno recuerdo de sus heroicos hechos, el nombre de «Sección de Asalto». Como su nombre indica, la Sección de Asalto (SA: *Sturm-Abteilung*) no representa más que una sección de nuestro Movimiento; es decir, una parte de él, del mismo modo que la propaganda, la prensa, los institutos científicos, etcétera, no constituyen otra cosa que eslabones del conjunto del Partido.

Nos percatamos de cuán necesaria era su organización, no sólo en aquella memorable asamblea, sino también cuando intentamos ampliar el Movimiento más allá de los límites de la ciudad de Múnich hacia otras regiones de Alemania. Desde el momento en que el marxismo comenzó a juzgarnos peligrosos, no dejó pasar ninguna oportunidad para sofocar cualquier intento de una reunión nacionalsocialista, o mejor dicho, de impedir su realización por medio de intervenciones violentas. Por ello era perfectamente comprensible que las organizaciones marxistas se concentrasen en esas tentativas, aun resguardándose detrás de otros partidos. Los partidos burgueses, totalmente anulados por el marxismo, en muchas ciudades ni se atrevían a dejar hablar públicamente a sus representantes. No obstante, con una alegría incomprensible y

[130] Ilotas. Esclavos o siervos de los lacedemonios en la sociedad espartana. Eran propiedad del Estado. (N. del T.)

estúpida, constituía para ellos un motivo de placer que no pudiera ser aniquilado por nosotros aquello que ellos mismos no habían podido vencer. ¡Qué debe pensarse de los empleados públicos, comisarios de Policía, incluso ministros, que, con una indecente falta de carácter se complacían en presentarse públicamente como «nacionalistas» y que, sin embargo, en todas las disputas que nosotros los nacionalsocialistas tuvimos con el marxismo, se rendían a éste como sus vergonzosos vasallos! ¿Qué podemos decir de aquellos que se rebajaron de forma ruin por un miserable elogio de la prensa judía, hasta el punto de perseguir a esos hombres cuyo heroico coraje e intervención, sin temor a los posibles riesgos, evitó que esa jauría roja les colgara de los postes eléctricos?

Fueron estos tristes fenómenos los que un día inspiraron al inolvidable prefecto Pöhner[131] —que, en su dura rectitud, odiaba a todos los aduladores tanto como un corazón puro era capaz de odiar— la siguiente expresión: «¡A lo largo de mi vida deseé siempre ser, en primer lugar, alemán, y después, funcionario del Estado; pero no deseé nunca ser confundido con esas criaturas que, con tal de seguir ocupando un cargo de oficial, se prostituían ante cualquiera que jugara el rol de amo y señor!».

Y era trágico que fuera precisamente esa clase de hombres a los que Pöhner hacía referencia, los que paulatinamente dominasen a decenas de miles de los más honestos e íntegros servidores del Estado, los infectasen con su miserable carácter, los persiguiesen con un odio furibundo y, finalmente, los expulsaran de sus cargos y empleos, presentándose falsamente ellos mismos como «nacionalistas».

De hombres de tal categoría no podíamos esperar ningún apoyo, recibiéndolos únicamente en casos muy excepcionales. Sólo la organización de nuestra propia defensa podía asegurar la actividad del Movimiento y, al mismo tiempo, atraer la atención pública y el respeto general que siempre se presta a un hombre que se defiende *motu proprio* cuando es atacado.

El pensamiento capital para la organización de nuestra Sección de Asalto fue siempre, junto al del entrenamiento físico, hacer de ella una representante convencida e inquebrantable, hondamente compenetrada con el ideal nacionalsocialista y consolidada en grado máximo por su espíritu de disciplina. Nada debía tener en común con una organización aburguesada y, menos aún, con el carácter de una sociedad secreta.

La causa de mi oposición tenaz en aquellos tiempos al intento de hacer que la Sección de Asalto del NSDAP se presentase como una «liga de defensa» tenía su razón de ser en lo siguiente:

Desde un punto de vista puramente práctico, es imposible forjar una organización de defensa nacional mediante instituciones privadas, salvo que el Estado contribuya enormemente. Cualquiera que piense lo contrario sobreestima su poder. Desde luego no cabe duda que a base de la llamada «disciplina voluntaria» no se pueden crear organizaciones de importancia militar, pues carecen del instrumento esencial de mando, es decir, la sanción disciplinaria. Bien es cierto que en el otoño de 1918 o, más propiamente, en la primavera de 1919, fue factible formar los llamados «cuerpos de voluntarios» o *Freikorps* que tenían no sólo la ventaja de contar entre sus componentes una mayoría de ex combatientes educados en la escuela del antiguo Ejército, sino también la circunstancia de que las obligaciones impuestas al individuo le sometían a éste incondicionalmente a la disciplina militar, por lo menos durante un periodo de tiempo.

Eso es lo que le falta completamente a la «organización de defensa» voluntaria de hoy. Cuanto más crezca la asociación, tanto más débil será la disciplina, tanto menor

[131] Ernst Pohner. Véase nota 96. Primera Parte, Cap. XII «La primera fase del desarrollo del Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores» (N. del T.)

será la exigencia que se hace individualmente a cada hombre y tanto más adoptarán el carácter de antiguas asociaciones apolíticas de veteranos de guerra.

Una educación voluntaria para el Servicio Militar, sin asegurarse el poder absoluto de mando, no se podrá llevar a cabo cuando se trate de grandes masas. Muy pocos estarán dispuestos a someterse voluntariamente a la obligación de obedecer, natural e imprescindible en un ejército.

Además de eso, una educación militar real no es posible con los medios financieros ridículamente restringidos de que dispone un cuerpo de defensa. La tarea principal de semejante institución debe ser la de asegurarse de impartir la mejor y más segura instrucción. Han pasado ocho años desde el final de la guerra y, desde aquel tiempo, ninguna quinta de nuestra juventud alemana ha recibido educación militar. Claro está que reclutar adeptos entre las promociones que antaño recibieron educación militar no puede ser el objetivo de un cuerpo de defensa, porque, por su edad, al cabo de poco tiempo habría que llamarlos a retiro. Incluso el soldado más joven de 1918 estará incapacitado para el combate dentro de veinte años, y ese momento se aproxima con preocupante rapidez. De este modo, además, cada cuerpo de defensa asumiría, con el paso del tiempo, el carácter de una «asociación de veteranos de guerra». No, ese no puede ser el fin de una institución que pretende denominarse «asociación de defensa». Como su nombre señala, su misión no deberá ser la conservación de la tradición y de la camaradería de los antiguos soldados sino, principalmente, la educación para la defensa y la representación práctica de esa idea; esto es, la creación de un cuerpo capaz de tomar las armas.

Esta misión, sin embargo, necesita absolutamente del entrenamiento militar de los hombres jóvenes hasta ahora no educados en ese sentido, y eso, en la práctica, es de hecho imposible. Con una educación militar de una o dos horas por semana no se puede formar soldados. Con las enormes exigencias que la guerra impone hoy a cada hombre, el Servicio Militar de dos años no es suficiente para transformar al joven inexperto en un buen soldado. Todos nosotros ya vimos en el frente de batalla las terribles consecuencias de no haber sido educados para la guerra. Formaciones de voluntarios entrenados durante quince o veinte semanas, con energía férrea y una dedicación total, en el frente de batalla eran sólo carne de cañón. Sólo cuando se repartían entre los soldados veteranos y experimentados podían estos nuevos reclutas, educados durante cuatro o seis meses, ser útiles para un regimiento. Dirigidos por los más experimentados, poco a poco se familiarizaron con sus deberes.

¡Qué desesperado resultará el intento de querer crear un cuerpo de tropas de asalto sin una élite de mando y sin grandes recursos materiales, y con un entrenamiento de sólo una o dos horas por semana! Tal vez se podría recuperar a los viejos soldados, pero nunca se podrá convertir a jóvenes acabados de reclutar en soldados expertos.

Tal proceso resultaría completamente inútil; y puede probarse por el hecho de que, mientras las llamadas asociaciones voluntarias de defensa forman o tratan de formar a duras penas y con gran esfuerzo a un par de miles de hombres de buena voluntad (al resto no hay que tenerlo en cuenta) en la idea militar, el Estado mismo roba a millones y millones de hombres jóvenes sus instintos naturales, envenenando su pensamiento patriótico por medio de una educación pacifista-democrática, transformándolos, poco a poco, en un rebaño de ovejas inertes incapaces de reaccionar contra cualquier despotismo.

¡Qué ridículos aparecen, en comparación a eso, todos los esfuerzos de los cuerpos de defensa por transmitir sus ideas a la juventud alemana!

Empero, todavía más importante es el punto de vista que me llevó a oponerme contra cualquier tentativa de una preparación militar sobre la base del voluntariado:

Teniendo en cuenta todo esto, si pese a las dificultades mencionadas una organización de defensa lograse instruir militarmente cada año a cierto número de alemanes en el orden moral, físico y técnico, el resultado tendría que ser inevitablemente nulo en un Estado que, consecuente con su tendencia política, no desea, e incluso detesta, una tal militarización por estar en contradicción absoluta con el objetivo íntimo que persiguen sus dirigentes, los corruptores de este Estado.

En cualquier caso, un resultado tal sería inútil bajo Gobiernos que no sólo han probado con hechos que no tienen el más mínimo interés en la fuerza militar de la Nación sino que, además, nunca harían uso de esa fuerza, excepto a lo sumo, para el apoyo de su propia perniciosa existencia. Ésta es la situación en el presente.

¿Acaso no sería absurdo que el actual régimen se preocupara por dar sigilosamente instrucción militar a algunas decenas de miles de hombres, cuando pocos años antes abandonó ignominiosamente a ocho millones y medio de soldados, de admirable preparación, correspondiendo sus servicios a la Patria con injurias? ¿Debemos preparar a soldados para un régimen que no sólo despreció los servicios prestados por nuestros más gloriosos soldados, sino que, además, les expuso a los insultos de todo el mundo, les vilipendió y escupió, permitió que les arrancaran del pecho sus condecoraciones, pisotearan sus banderas y denigrasen su heroísmo? ¿Acaso dio jamás ese Estado paso alguno que tendiera a restaurar el honor mancillado del antiguo Ejército, castigando a sus disociadores y detractores? ¡De ninguna manera! Al contrario: hoy vemos a esos elementos entronizados en los más altos cargos públicos. Como se dijo en Leipzig: «El Derecho llega con el Poder». Ciertamente hoy en día el poder se encuentra en las manos de los mismos hombres que en su tiempo hicieron la Revolución, y esa Revolución representa el más miserable y vil acto de la Historia alemana, la más baja traición a la Patria; por eso, no hay ningún motivo para pensar realmente que esos hombres vayan a trabajar por la formación de un nuevo ejército de jóvenes. Todos los motivos que la razón pueda aducir nos indican lo contrario.

Después de la Revolución de 1918, ese Estado hizo todo lo posible para impedir un resurgimiento militar. Pero cuando las fuerzas militares intervenían en defensa de cobardes revolucionarios, no eran consideradas «indeseables». Luego, gracias a la gradual decadencia de nuestro pueblo, el peligro para esos poltrones pareció alejarse, y como la existencia de asociaciones de defensa ya no implicaba una consolidación nacional, pasaron a ser consideradas como algo superfluo, y nuevamente se hizo todo lo posible para desmantelarlas.

La Historia ofrece pocos ejemplos de la gratitud de los príncipes. Pero no hay ni un patriota entre los nuevos burgueses que pueda contar con la gratitud de los revolucionarios incendiarios, saqueadores del pueblo y traidores de la Nación. Analizando el problema de la conveniencia o inconveniencia de crear ligas voluntarias de defensa, no podía dejar de preguntarme: ¿Para qué debiéramos instruir a la juventud? ¿A qué fin servirán cuando sean llamados? La respuesta a estas preguntas ofrecía al mismo tiempo la mejor indicación para la conducta que debíamos adoptar.

Si el Estado actual tuviese alguna vez que echar mano de reservas preparadas de este modo, jamás lo haría en defensa de los intereses nacionales contra el enemigo externo, sino únicamente en servicio de los opresores internos de la Nación en el momento en que estallase el furor general del pueblo engañado, traicionado y vendido.

Desde luego, ya por esa sola razón las SA no tenían nada que ver con una organización militar. Era simplemente un medio protector y educativo del Movimiento

Nacionalsocialista y su cometido se dirigía a un campo totalmente diferente que el de las llamadas «Ligas de Defensa».

Tampoco debía constituir una organización secreta, pues el objetivo de estas organizaciones se contrapone a la ley. Además, sus objetivos se ven limitados por la propia naturaleza de la organización. No es posible, principalmente teniéndose en cuenta la locuacidad del pueblo alemán, constituir una organización de cierta amplitud, y, al mismo tiempo, mantenerla secreta o incluso disfrazar sus fines. Todo intento en ese sentido resultará frustrado. Además de eso, en el seno de nuestros cuerpos de policía se encuentran hoy gran cantidad de rufianes y gente de mala estofa quienes, por las treinta monedas de Judas, traicionarían todo lo que pudieran encontrar e inventarían lo que fuera necesario para dañar. Sólo por este motivo, nunca se podrá conseguir, ni de los propios adeptos, el necesario secreto. Solamente grupos muy pequeños, por selección de años, pueden adoptar el carácter de organizaciones secretas efectivas. La poca importancia numérica de tales formaciones anularía, sin embargo, su valor para el Movimiento Nacionalsocialista. Lo que nosotros, los nacionalsocialistas, necesitábamos y necesitaremos siempre, no son cien o doscientos conspiradores desalmados, sino cientos de miles de devotos adeptos de nuestra *Weltanschauung*. Nuestra obra no ha de realizarse en secretos conciliábulos, sino en imponentes demostraciones populares; y tampoco valiéndose del puñal, ni del veneno, ni de la pistola, sino conquistando en abierta lid el dominio de la calle. Tenemos que enseñarle al marxismo que el futuro dueño de la calle ha de ser el Nacionalsocialismo, igual que un día será también el dueño del Estado.

El peligro de las organizaciones secretas estriba hoy en el hecho de que la mayoría de sus miembros con frecuencia desconocen por completo la grandeza de la tarea que llevan a cabo y tienden a creer que la suerte de un pueblo o de una causa puede tornarse favorable de súbito con sólo perpetrar un asesinato. Tal criterio puede tener justificación histórica únicamente cuando un pueblo languidece bajo la tiranía de algún opresor que resulta ser al mismo tiempo todo un genio, y cuya extraordinaria personalidad mantiene la consistencia interior de su cargo y le permite seguir imperando en su temible régimen. En tal caso, puede que algún hombre decidido salga del seno del pueblo para sacrificarse, acabando de una vez por todas con la vida del odiado opresor. Entonces, sólo la mentalidad republicana de aquellos cobardes canallas que son plenamente conscientes de su culpabilidad podrá considerar tal gesto como algo execrable, cuando el más grande cantor de la libertad de nuestro pueblo (Schiller) tuvo la osadía de glorificar semejantes actos en su inmortal Guillermo Tell.

En los años de 1919 y 1920 existía el peligro de que miembros de organizaciones secretas, inspirándose en los grandes ejemplos de la Historia y hondamente conmovidos por la infinita desgracia nacional, intentaran vengarse de los corruptores de la Patria, en la creencia de que así se pondría fin a la miseria del pueblo. Pero semejantes propósitos eran absurdos por la sencilla razón de que el marxismo no había triunfado gracias al genio superior y la significación personal de un solo individuo, sino más bien debido a la incalificable flaqueza moral y la cobarde inacción del mundo burgués. La crítica más cruel que se puede hacer a nuestra burguesía es constatar que se sometió a la Revolución, a pesar de no producir ni una sola persona de algún valor. Capitular ante un Robespierre, un Danton o un Marat es del todo comprensible, pero someterse al famélico Scheidemann, al obeso Erzberger, a Friedrich Ebert y a todos esos minúsculos políticos es, cuanto menos, vergonzoso. Realmente no existía ninguna individualidad en la que se pudiese reconocer al hombre genial de la Revolución y por tanto, al culpable de la desgracia de la Patria, sino que sólo existían

los chinches de la Revolución, espartaquistas limosneros al por mayor. Vano hubiera sido eliminar a alguno de ellos, porque el resultado no habría hecho más que acelerar la entronización de otro, no menos sanguinario y ávido de poder que el anterior.

Durante estos años hemos tenido que tomar una decidida posición en contra de una idea que debe su origen y fundamento a episodios históricos realmente extraordinarios, pero a los que nuestra despreciable época no se asemeja lo más mínimo.

Bajo el mismo punto de vista debe ser encarada la cuestión de los llamados traidores de la Patria. Sería ridículo e ilógico fusilar a un muchacho que reveló la posición de un obús al enemigo[132], cuando en el Gobierno hay canallas ocupando las más altas posiciones, que vendieron a una Nación entera y que cargan en su conciencia con el crimen de haber sacrificado inútilmente a dos millones de hombres, siendo además responsables de los millones de mutilados; y todo eso con la mayor sangre fría, para satisfacer sus «intereses republicanos». Eliminar a los pequeños traidores de la Patria es absurdo en un régimen cuyo Gobierno libra a los grandes traidores de toda culpa. Pues así puede suceder un día que, al idealista honrado que eliminó de su pueblo a un miserable traidor que reveló la situación de ciertos almacenes de armas, le sean exigidas responsabilidades por aquellos mismos que son los mayores traidores a la Patria. Y en tal caso, es importante la siguiente pregunta: ¿Es conveniente que un pequeño chinche traidor sea eliminado por otro miserable traidor de su mismo calibre, o por un idealista? Por un lado, el éxito será dudoso y la traición se acabará perpetrando tarde o temprano; mientras que por otro lado, se eliminará a un traidor, arriesgando la vida de un idealista quizá insustituible.

En esta cuestión, mi punto de vista es el siguiente: no se debe colgar a los pequeños criminales mientras los grandes siguen impunes. Un día, un Alto Tribunal de Justicia Alemán deberá juzgar y sentenciar a los miles de organizadores responsables del crimen de traición de noviembre y de todo lo que de ello se derivó. Un ejemplo tal servirá también, de una vez por todas, para el pequeño traidor[133].

Todas esas consideraciones son las que me condujeron a prohibir la participación en organizaciones secretas y a alejar a las Secciones de Asalto del carácter de tales organizaciones. Mantuve alejado durante aquellos años al Movimiento Nacionalsocialista de cualquier intento de esa naturaleza, pues quienes sí se inmiscuían en tales asuntos, aun cuando fueran en la mayoría de los casos magníficos jóvenes alemanes con grandes ideales, acabaron por convertirse en víctimas de sus propios actos, sin lograr con ello mejorar en lo más mínimo el destino de la Patria.



Si las SA no debían ser una organización militar de defensa, ni tampoco una institución secreta, de esto se debían deducir las siguientes conclusiones:

1) Su instrucción debía efectuarse según la conveniencia del Partido y no desde un punto de vista militar. Tratándose del entrenamiento físico, no debe darse importancia capital a la práctica de ejercicios militares, sino más bien a la actividad deportiva. He considerado siempre más importante el boxeo y el jiu-jitsu que cualquier mal entrenamiento —por su insuficiencia— con armas. Proporciónense a la Nación alemana seis millones de hombres perfectamente entrenados en los deportes, sintiendo

[132] En este caso se hace referencia a aquellos que revelaron la situación de diferentes reservas de artillería alemana a las Comisiones Aliadas. (Nota de *Mein Kampf*, 1939, *op. cit.*)

[133] *Waffen-verräter* (traidor de armas). Hitler hace referencia aquí a los que después de la Guerra denunciaron a las autoridades aliadas los depósitos de armas clandestinos (Nota de *Mon Combat*, 1934, *op. cit.*)

todos ferviente amor por la Patria y educados en el más decidido espíritu ofensivo, y luego un Estado Nacionalista formará con ellos, si fuese necesario, y en menos de dos años, un verdadero Ejército, siempre que exista por lo menos una determinada base. En las condiciones actuales sólo la *Reichswehr*, y no una imperfecta liga de defensa, se hallaría en condiciones de cumplir con este trabajo. El entrenamiento corporal tiene que inculcar en el individuo la convicción de su superioridad y darle con esto aquella confianza que radica siempre en la conciencia de la propia fuerza; además, se deben enseñar las destrezas deportivas que sirvan de armas para la defensa del Movimiento Nacionalsocialista.

2) Para evitar desde el primer momento cualquier tendencia al secretismo de las SA, no sólo su uniforme debe hacerlas inconfundibles, sino que la magnitud de sus efectivos tiene que mostrar claramente cuál es el camino que sigue el Partido. No deben reunirse furtivamente sino, por el contrario, marchar al aire libre, estableciendo con esto una práctica que destruya definitivamente todas las leyendas que las acusan de ser una «organización secreta». Para sustraerlas también de cualquier intento de emplear su actividad en pequeñas conspiraciones, deben ser instruidas, desde el comienzo, en la gran idea del Movimiento y en el deber de defender esa idea, ampliando sus miras y haciendo que cada uno entienda que su misión no se limita a la eliminación de cualquier rufián, sino que debe colaborar activamente en la formación de un nuevo Estado nacionalsocialista. De esta forma, se consiguió elevar la lucha contra el actual Estado, desde una atmósfera de pequeñas acciones de venganza y conspiración, a la grandeza de una lucha espiritual en pro de una *Weltanschauung* y de la destrucción del marxismo y todas sus formas.

3) La forma de organización adoptada por las SA, así como su uniforme y equipo, deben seguir modelos distintos al del antiguo Ejército. Deben elegirse conforme a las necesidades del cometido que le incumbe.

Estas consideraciones, que me sirvieron de guía en los años 1920 y 1921, y que traté de infundir paulatinamente a los miembros de la joven organización, tuvieron tanto éxito que ya en pleno verano de 1922 disponíamos de un núcleo respetable de pelotones de cien hombres. A finales de otoño de ese mismo año recibieron su uniforme distintivo. Tres sucesos fueron de trascendental importancia para el desarrollo de las SA:

1°) La gran manifestación y muestra de descontento de todas las asociaciones patrióticas, en el verano de 1922 en la Königsplatz de Múnich, contra la Ley de Protección de la República[134].

Las asociaciones patrióticas de Múnich emitieron un manifiesto de protesta contra la promulgación de la Ley de Defensa de la República, en el que invitaban a todo el mundo a participar en una gigantesca manifestación. También el Movimiento Nacionalsocialista tomó parte. El desfile general del NSDAP estuvo precedido por seis compañías de las SA de Múnich de cien hombres cada una, seguidas de las secciones políticas de los miembros del Partido. Teníamos además, dos bandas de música y llevábamos cincuenta banderas, aproximadamente. La llegada de los nacionalsocialistas a la gran plaza, la cual estaba bastante llena —y en la que, además, no ondeaba ninguna bandera—, despertó un entusiasmo desbordante en la multitud. Yo mismo tuve el honor de ser uno de los oradores que dirigieron sus palabras a aquel gentío que superaba las sesenta mil personas.

El éxito del mitin fue portentoso, sobre todo porque, pese a las amenazas de los rojos, se demostró por primera vez que el Múnich nacionalista también era capaz de

[134] 16 de Agosto de 1922. (N. del T.)

desfilar por las calles. Los miembros de la organización de defensa de la República roja que intentaron hacer frente por el terror a las filas que marchaban, fueron dispersados en pocos minutos por las compañías de las Secciones de Asalto, debiendo abandonar su contienda con brechas en la cabeza. El Movimiento Nacionalsocialista, ese día, demostró por primera vez su firme voluntad de que en un futuro estaría dispuesto a ejercer el derecho de desfilar por las calles y arrebatarles el monopolio a los enemigos de la Patria y a los traidores internacionales.

El resultado de aquel día fue la prueba indiscutible de que nuestras ideas sobre el desarrollo de las Secciones de Asalto eran las correctas, tanto desde el punto de vista psicológico como en su forma organizativa.

El éxito de tal enérgica demostración fue tal, que pocas semanas después se dobló el número de compañías en Múnich.

2°) El desfile de octubre de 1922 en Coburgo[135].

Diferentes asociaciones *völkisch* acordaron celebrar en Coburgo el llamado «Día Alemán». Yo también recibí una invitación con la recomendación expresa de llevar conmigo algunos acompañantes. Esta invitación, que recibí a las once de la mañana, llegó muy a tiempo. Una hora más tarde se cursaban las órdenes de participación en el «Día Alemán». En efecto, como «acompañantes» seleccioné ochocientos hombres de las SA, formando catorce compañías, que debieron ser trasladados en un tren especial desde Múnich hasta la ciudad de Coburgo, que se hallaba, desde hacía muy poco, bajo la jurisdicción de Baviera[136]. Órdenes idénticas se dieron a otros grupos de Tropas de Asalto nacionalsocialistas que se habían formado en diferentes lugares.

Era la primera vez que un tren especial de esa índole circulaba en Alemania. En todas las estaciones del trayecto en que se agregaban nuevos miembros de las SA, nuestro tren era motivo de gran expectación. Muchos nunca habían visto nuestras banderas; la impresión que causaban era enorme.

Llegados a Coburgo, fuimos recibidos por una delegación del comité organizador del «Día Alemán» y se nos entregó un pliego que, a manera de convenio, contenía una orden de los sindicatos obreros de la ciudad, es decir, del Partido Independiente y del Comunista, prohibiéndonos marchar cerrando filas, con banderas desplegadas, o con música (habíamos traído especialmente una banda compuesta por cuarenta y dos instrumentos).

Rechacé de pleno unas condiciones tan denigrantes y expresé a los señores de la delegación mi consternación por el hecho de que se hicieran tratos y se celebraran acuerdos con tales gentes. Declaré terminantemente que las SA formarían al instante secciones para marchar por las calles de la ciudad con música y banderas.

Y así fue.

Ya en la Plaza de la Estación nos esperaba una exaltada muchedumbre de varios miles que vociferaba y chillaba, increpándonos con los cariñosos apelativos de «asesinos», «bandidos», «criminales» y demás. Eran los calificativos con los que amablemente nos recibían los ejemplares «fundadores» de la República Alemana. Las jóvenes SA mantuvieron una disciplina ejemplar, y formando secciones delante del edificio de la Estación, demostraron una total indiferencia ante los denuestos del populacho. La ciudad era prácticamente desconocida para nosotros, pero las autoridades policiales, debido a la ansiedad, no condujeron nuestro desfile hacia el alojamiento preparado para nosotros en la periferia de la población, sino hacia la Hofbräuhauskeller,

---

[135] 15 de Octubre de 1922. (N. del T.)

[136] Coburgo formaba parte del antiguo ducado de Sajonia-Coburgo-Gotha, acababa de decidir por plebiscito su incorporación a Baviera. (Nota de *Mon Combat*, 1934, *op. cit.*)

situada muy cerca del centro de la ciudad. A izquierda y derecha del cortejo aumentaba cada vez más el griterío enfurecido de las masas que lo acompañaban. Apenas había acabado de entrar en el patio de la Hofbräuhauskeller nuestra última sección, una gran multitud trató de seguirnos y en medio de ensordecedores gritos quiso penetrar en el local, lo cual impidió la Policía clausurando la entrada. Como la situación se hacía insoportable, ordené a las SA formar de nuevo, les di unas pequeñas órdenes, y exigí de la Policía la inmediata apertura de las puertas. Al fin, después de largo vacilar, se accedió a mi demanda.

Recorrimos de nuevo el camino para poder llegar a nuestro alojamiento, y fue en ese trayecto donde los representantes del verdadero socialismo, de la «igualdad» y de la «fraternidad», apelaron al recurso de las piedras. Esto debió poner punto final a nuestra paciencia. Así, durante diez minutos llovieron pedradas a derecha e izquierda y, un cuarto de hora más tarde, no quedaba en la calle un solo comunista.

Por la noche hubo todavía graves choques. Patrullas de las SA encontraron gravemente heridos a miembros nacionalsocialistas que habían sido agredidos por sorpresa y aisladamente. La reacción de los nuestros no se hizo esperar. Al día siguiente, el terror rojo bajo el cual había sufrido Coburgo desde hacía años, estaba completamente dominado.

Con la característica hipocresía judeo-marxista y por medio de panfletos, se quiso incitar de nuevo a hombres y mujeres, a los «camaradas del proletariado internacional», para que otra vez se lanzasen a la calle. Para ello tergiversaron completamente la verdad de los hechos: se afirmaba que nuestras «hordas de asesinos» habían dado comienzo a una «guerra de exterminio contra los pacíficos obreros» de Coburgo. A las 13:30 de aquel día debía realizarse la gran «manifestación popular», integrada por decenas de miles de obreros de todos los alrededores de Coburgo, como decían sus organizadores. Resuelto a eliminar definitivamente el terror rojo, hice formar a las 12 en punto a las SA, que entre tanto habían engrosado sus filas hasta alcanzar un efectivo de mil quinientos hombres, y con ellas me puse en marcha hacia el *Feste Koburg* pasando por la plaza donde iba a tener lugar la anunciada manifestación comunista. Quería ver si se atreverían a desafiarnos una vez más. Pero cuando entramos en la plaza, en vez de las anunciadas «decenas de miles» de personas, no vimos allí más que unos pocos cientos, los cuales ante nuestra presencia se mantuvieron más o menos tranquilos y hasta se retiraron en gran parte. Sólo en algunos lugares, grupos rojos que habían llegado de fuera y no nos conocían todavía intentaron atacarnos, mas inmediatamente perdieron el gusto por esa aventura. Entonces pudimos notar cómo la antes atemorizada población recobraba poco a poco su serenidad, se revestía de valor e incluso osaba saludarnos con aclamaciones. Por la noche, cuando nos dirigíamos a la Estación, en muchos lugares del trayecto estalló a nuestro paso un júbilo espontáneo.

Una vez en la Estación, el personal ferroviario nos anunció inesperadamente que nuestro tren no se movería de la estación. Comencé por hacer saber a algunos de los organizadores del sabotaje que en tal caso apresaría a cuanto cacique rojo cayese en nuestro poder y que el tren partiría manejado por nosotros mismos, llevándonos además, en la locomotora y en cada vagón, una docena de los famosos «compañeros de la solidaridad internacional». Advertí también a esos señores que dejar el viaje a cargo nuestro sería una muy arriesgada empresa y que probablemente resultáramos todos descalabrados. Sin embargo nos consolaría pensar que, por lo menos, no nos iríamos solos al otro mundo sino que los señores comunistas nos acompañarían en «igualdad» y «fraternidad».

En vista de eso, el tren partió puntualmente y a la mañana siguiente llegamos a Múnich sanos y salvos.

Fue por tanto en Coburgo donde, por primera vez desde el año 1914, quedó restablecida la igualdad de los ciudadanos ante la ley. Si hoy un alto funcionario público cualquiera puede hacer la alegación de que el Estado defiende la vida de sus ciudadanos, en aquel tiempo eso no era absolutamente exacto, pues eran los ciudadanos los que se debían defender de los representantes del Gobierno.

La importancia de aquel día, en sus consecuencias, no podría ser evaluada en toda su extensión. Con esto, las victoriosas Secciones de Asalto fueron extraordinariamente reforzadas en su confianza en sí mismas y en la fe de su adecuada dirección. Como también el país comenzaba a ocuparse de nosotros de manera más precisa, muchos reconocieron por primera vez en el Movimiento Nacionalsocialista la institución que con toda probabilidad un día sería llamada a poner fin a la locura marxista.

Finalmente, sólo los demócratas lamentaban el hecho de que no tuviéramos la complacencia de, pacíficamente, dejarnos quebrar los cráneos, sino que al contrario, respondíamos a un ataque brutal con otro ataque, y no con cánticos de paz.

La prensa burguesa se mostraba, como siempre, quejumbrosa, o bien indecorosa, y sólo algunos diarios honestos se declararon satisfechos porque, al menos en una localidad, se había desbaratado la acción de los criminales marxistas.

En el propio Coburgo, una parte de los obreros marxistas, que por cierto debieron sentirse engañados, habían aprendido, a costa de los puños de los obreros nacionalsocialistas, que también éstos defendían sus ideales; como es sabido, la gente sólo se bate por la causa en la que cree y a la que ama.

No obstante, quienes sacaron el mayor provecho fueron las Tropas de Asalto (SA). Su número aumentó tan rápidamente, que ya en la reunión del Partido del día 27 de enero de 1923, cerca de seis mil hombres pudieron tomar parte en el acto de la consagración de las banderas, y las nuevas compañías usaron su nuevo uniforme.

La experiencia de Coburgo nos había enseñado, pues, cuán útil era introducir el uso de un uniforme regular en las SA, y esto no sólo para fortalecer el espíritu de grupo, sino también para evitar confusiones y poder reconocerse entre sí. Hasta entonces las SA habían llevado únicamente un brazalete como distintivo; después vino el uso de la camisa y de la conocida gorra.

Otra experiencia adquirida en Coburgo fue demostrarnos la necesidad que había de ir anulando sistemáticamente el terror rojo y restablecer la libertad de reunión en aquellos lugares donde, desde años atrás, se hacía imposible toda demostración de otros partidos. A partir de entonces, los batallones nacionalsocialistas se reunieron en tales lugares y, poco a poco en Baviera, las fortalezas rojas fueron cayendo una detrás de otra ante la acción nacionalsocialista. Las Secciones de Asalto comprendían cada vez mejor sus deberes, perdiendo el aspecto de un absurdo grupo de defensa sin gran importancia, y elevándose a la categoría de una organización de combate para la formación de un nuevo Estado alemán. Hasta marzo de 1923 el Movimiento siguió su proceso lógico. Entonces ocurrió algo que me obligó a desviar el Movimiento del camino hasta entonces seguido y someterlo a una transformación.

3°) La ocupación del Ruhr por los franceses, en los primeros meses de 1923, tuvo enorme trascendencia para el desarrollo de las SA.

Todavía hoy no es posible —por el interés de la Nación— hablar o escribir abiertamente sobre el asunto. Sólo consideraré aquello que ya fue tratado públicamente y de lo que el pueblo está al corriente.

Esta ocupación, que no nos vino de sorpresa, engendró la fundada esperanza de que al fin la cobarde política de las condescendencias llegaría a término, y con ello, las Ligas de Defensa asumirían un papel perfectamente definido. Tampoco las SA, que ya por entonces abarcaban en su organización varios miles de hombres jóvenes y fuertes, debían quedar privadas de prestar su servicio. En la primavera y durante el verano de 1923 se operó la transformación de las SA en una organización militar de combate. Los hechos ocurridos más tarde ese mismo año deben atribuirse a dicha reorganización, pues afectó también al devenir de nuestro Movimiento.

Más adelante, y en líneas generales, explicaré el progreso del Movimiento. Aquí quiero dejar solamente constancia de que la transformación de las Secciones de Asalto en fuerzas de acción militar contra Francia fue perjudicial.

Los hechos ocurridos a finales del año 1923, por terribles que puedan parecer a simple vista, fueron prácticamente una necesidad si lo observamos con la perspectiva del paso del tiempo. La transformación militar de las SA, que fue perjudicial para el Movimiento, debió terminar bruscamente a raíz de la prohibición dictada por el Gobierno del Reich. Así surgió para nuestro ideario nacionalsocialista la obligación y la posibilidad de retornar al punto de partida, al verdadero camino; es decir, el de no ser una organización militar.

El NSDAP —constituido en 1925 sobre nuevas bases — tuvo que reconstruir, educar y organizar sus SA de acuerdo con los principios ya mencionados en el comienzo de este capítulo. El NSDAP retornó así a sus sanas concepciones originales, manteniendo como tarea suprema el propósito de crear con sus SA un instrumento para reforzar y sostener la lucha ideológica del Movimiento.

El NSDAP no permitiría que las SA descendieran a la categoría de una liga de defensa, ni tampoco al nivel de una organización secreta; más bien, tendría que esforzarse por convertirla en una Guardia de cien mil hombres, protectora de la Doctrina nacionalsocialista y, por lo tanto, del Ideal Racial en su sentido más profundo.

Capítulo X
LA MÁSCARA DEL FEDERALISMO

Durante el invierno de 1919, y más todavía durante la primavera y el verano de 1920, el joven Partido Nacionalsocialista se vio obligado a definir su posición frente a un problema que ya había asumido extraordinaria importancia durante la guerra. En la breve descripción contenida en la primera parte de este libro acerca de los síntomas que pude constatar personalmente sobre el inminente desastre alemán, hice referencia a la índole especial de la propaganda ejercitada, tanto por los franceses como por parte de los ingleses, para fomentar el antiguo abismo entre el Norte y el Sur de Alemania. En la primavera de 1915 aparecieron sistemáticamente en el frente alemán los primeros panfletos de agitación contra Prusia, señalando a esa región como la única culpable de la guerra. Hasta 1916 esta campaña alcanzó un grado de desarrollo consumado, a la par hábil y villano, pues estaba calculado para despertar los más sórdidos instintos. Pronto comenzó a dar sus frutos entre los alemanes del Sur, levantándolos contra los del Norte. Habría que hacerles a las autoridades responsables de entonces, tanto en el Gobierno como en el Ejército —ante todo en el mando bávaro—, un reproche que no podrían eludir: y es que, en criminal olvido del cumplimiento de su deber, no obraron con la entereza necesaria frente a semejante campaña. ¡Nada se hizo! Por el contrario, incluso parecía que en algunos sectores aquello no se veía con desagrado y, con evidente limitación mental, quizás se pensaba que mediante tal propaganda no sólo se oponía una barrera al desarrollo de la unidad del pueblo alemán, sino que con ello se producía también automáticamente una intensificación de las fuerzas federalistas. Difícilmente en la Historia un caso de tan deliberada estupidez produjo efectos tan graves. El debilitamiento que se creía infligir a Prusia afectó a toda Alemania. Además, su consecuencia fue precipitar el desastre y la ruina, no sólo de Alemania, sino también de cada uno de los Estados federales.

Múnich, la ciudad donde con más violencia ardía el odio artificialmente provocado hacia Prusia, debió ser la primera en lanzar el grito revolucionario contra la tradicional Monarquía.

Ahora bien, sería un error atribuir exclusivamente a la propaganda de guerra enemiga el origen de ese espíritu hostil hacia Prusia, y creer que no hubo razones por las que excusar a la población de haber cedido ante tal propaganda. La forma insensata en que estaba organizada nuestra economía de guerra que, con un sistema de centralización rayando el absurdo, mantenía bajo su tutela a todo el territorio del Reich explotándolo, fue una de las causas principales que engendraron aquel sentimiento antiprusiano. El pequeño hombre de a pie identificaba las *Kriegsgesellschaften* o sociedades de guerra con sede en Berlín con la propia capital del Reich y, a su vez, identificaban Berlín con Prusia. Casi nadie sabía por entonces que los organizadores de estas instituciones de rapiña, llamadas Comités de Guerra, no eran ni berlineses, ni prusianos, y ni siquiera alemanes. Sólo se constataban las faltas y errores graves que allí se cometían. La continua arrogancia de esa odiosa institución que funcionaba en la capital del Imperio, hizo que el pueblo concentrase todo su odio sobre Berlín y, simultáneamente, sobre Prusia; a todo ello hay que sumarle la actitud de los poderes públicos de ciertos Estados, como el Gobierno Bávaro, los cuales se quedaron de brazos cruzados sin mediar para

resolver la situación, e incluso aplaudieron silenciosamente que el asunto tomara tal dirección.

Demasiado astuto era el judío para no haberse dado cuenta, ya entonces, de que la infame campaña de explotación que él mismo había organizado contra el pueblo alemán bajo el manto de las sociedades de guerra, provocaría y debía provocar resistencia.

Mientras esa resistencia no implicara para él un peligro, no tenía por qué temerla; pero, a fin de prevenir una explosión de las masas movidas por la desesperanza y la indignación, descubrió que no podía haber receta mejor que la de desviar el furor popular hacia otros asuntos, para poder así desgastar sus energías.

¡Cuánto más riñera Baviera con Prusia y Prusia con Baviera, tanto mejor! La más encarnizada lucha entre ambos significaba para el judío una paz segura. Así, se consiguió que la atención pública se desviara por completo de este internacional gusano corruptor de pueblos, el cual parecía incluso haber caído en el olvido, para concentrarse ahora en esa lucha regional. Y si se diera el caso de que pudiese surgir el peligro de que elementos sensatos —que había también en gran número en Baviera— aconsejasen prudencia y el cese de tales maniobras, el judío sólo precisaba poner en escena una nueva provocación en Berlín y esperar la victoria. De esta forma, instantáneamente, todos los beneficiarios de esta pelea entre el norte y el sur se abalanzaban sobre tales incidentes avivando las ascuas de la indignación hasta convertirlas de nuevo en un incendio.

Fue ésta una hábil e inteligente maniobra que el judío practicó por aquel entonces hacia cada uno de los Estados alemanes, desviando continuamente su atención, para entre tanto, poder desvalijarlos más a fondo.

Entonces llegó la Revolución.

Hasta el año 1918 o, mejor dicho, hasta noviembre de aquel año, el hombre medio —principalmente el burgués y el obrero poco instruido— todavía no había podido darse cuenta del curso real de los acontecimientos ni de las consecuencias inevitables de las luchas de los Estados alemanes entre sí, principalmente en Baviera. Por lo menos la parte que se hacía llamar «nacionalista» debería haber comprendido lo propicio del momento tras el comienzo de la Revolución, pues apenas se inició ésta en Baviera, ya el jefe y organizador de la revolución se transformó en «representante de los intereses bávaros». El judío internacional Kurt Eisner[137] comenzó a enfrentar Baviera con Prusia. Era perfectamente «comprensible» que fuese justamente aquel oriental, que como periodista recorría Alemania en todas direcciones, el más indicado para defender los intereses de Baviera, los cuales le eran absolutamente indiferentes.

Dando al Movimiento revolucionario bávaro un cariz deliberadamente hostil contra el resto de Alemania, Kurt Eisner no obraba ni en lo más mínimo animado del propósito de servir a los intereses de Baviera, sino llanamente como encomendado representante del judaísmo. Explotó los instintos y antipatías del pueblo bávaro para poder por ese medio desmoronar más fácilmente a Alemania. De esta forma el Reich en ruinas caería más fácilmente en manos del bolchevismo.

---

[137] Kurt Eisner (1867-1919). Político y escritor judío, establecido en Alemania. Colaboró con el periódico *Vorwärts* y fue miembro del Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania. En 1914 fue uno de los socialistas que se opusieron a la guerra y a la política anexionista, y que en 1918 incitaron y promovieron la huelga de municiones de Múnich. Por ello fue declarado culpable de traición a la patria y encarcelado por algunos meses. Ese mismo año, tras triunfar la Revolución, se convirtió en presidente del Gobierno Revolucionario de Múnich, cargo que sólo ocupó algunos meses puesto que fue asesinado en febrero de 1919 por un soldado contrarrevolucionario. En sus artículos y demás escritos acusaba abiertamente a Alemania del estallido de la Primera Guerra Mundial, y promovió la revolución para derrocar la monarquía bávara hasta conseguirlo (Revolución de Noviembre). (N. del T.) (Véase también nota 62. Primera Parte, Cap. VIII «El inicio de mi actividad política»)

La táctica empleada por él fue continuada incluso después de su muerte. El marxismo, que siempre contempló con desdén a los Estados alemanes y a sus príncipes, de súbito apelaba ahora, como «partido independiente»[138], a aquellos sentimientos e instintos que tenían sus más hondas raíces en las Casas Reinantes y en los Estados Federados.

La lucha de la República Soviética[139] (obreros y soldados) contra los contingentes de liberación, fue explotada para fines de propaganda, sobre todo como una «lucha de obreros bávaros» contra el «militarismo prusiano». Sólo así se puede comprender por qué en Múnich, a diferencia de las demás regiones alemanas, la victoria sobre la República de los Consejos no consiguiera despertar a las grandes masas populares y sí contribuir cada vez más a aumentar el odio y la irritación contra Prusia.

Óptimos frutos produjo la habilidad con que los agitadores bolcheviques supieron presentar la eliminación de la República Soviética como una victoria del «militarismo prusiano» sobre un pueblo bávaro «antimilitarista» y «antiprusiano». Cuando tuvieron lugar las elecciones en el Parlamento de Baviera en Múnich, Kurt Eisner contaba en su favor escasamente con diez mil adeptos, y el Partido Comunista apenas llegaba a tres mil. Sin embargo, tras producirse el fracaso de la República Comunista, el número de votos alcanzado por ambos partidos juntos llegó a un total aproximado de cien mil.

Desde aquella época me empeñé personalmente en la lucha contra la descabellada oposición de Estados alemanes entre sí.

En toda mi vida no creo haber emprendido jamás obra más impopular que aquella campaña de resistencia contra la animadversión existente hacia Prusia. Durante el Gobierno del Consejo soviético tuvieron lugar en Múnich los primeros mítines donde se excitaba el odio contra el resto de Alemania, en especial contra Prusia, en una forma tal que, además de entrañar un peligro de muerte para cualquier alemán del Norte que se arriesgara a concurrir a un mitin de aquéllos, tales demostraciones concluían casi siempre con la estúpida vocinglería de «¡Abajo Prusia!», «¡Separémonos de Prusia!», «¡Guerra a Prusia!», etcétera; un estado de ánimo que sobre todo hallaba su expresión máxima en el grito de guerra de un «dignísimo» representante de los altos intereses de Baviera en el *Reichstag* alemán:

«¡Mejor morir como bávaro que vivir corrompido como prusiano!».

Quien asistió a los mítines de entonces podrá hacerse una idea de lo que tuve que soportar cuando, por vez primera, rodeado de algunos amigos, inicié el ataque a esa locura en una reunión en la Löwenbräukeller de Múnich. Mis camaradas de guerra me apoyaron en aquella ocasión; y resulta fácil imaginar cómo nos sentimos cuando aquella masa irracional comenzó a gritar contra nosotros y amenazó con golpearnos. Mientras nosotros defendíamos la Patria, ellos, en su mayor parte, deambulaban en la retaguardia como desertores y holgazanes. Ciertamente esas experiencias me ofrecieron cierta ventaja, pues mi pequeño grupo de camaradas se sintieron muy unidos a mí, forjándose así una unión imperecedera.

Esas luchas, que se repitieron y prolongaron durante todo el año 1919, recrudecieron a comienzos de 1920. Se organizaban mítines (todavía me acuerdo muy bien de uno que se realizó en la Sala Wagner de la Sonnenstrasse de Múnich) durante

[138] El *Unabhangige Sozialistische Partei* era la sección del partido socialdemócrata que durante los últimos meses de hostilidades se separó de la mayoría de los diputados socialistas, negándose a votar a favor del presupuesto de guerra. Más tarde, las ovejas extraviadas votaron a favor. (Nota de *Mon Combat*, 1934, *op. cit.*)

[139] La palabra soviético o *soviet* hace referencia a una asamblea o consejo de trabajadores. Inicialmente el término se refería a la asociación de soldados, campesinos y obreros indispensables en la consolidación de la Revolución Bolchevique de 1917. Baviera fue gobernada brevemente, desde el 6 de abril hasta el 3 de mayo de 1919 como una República soviética. (N. del T.)

los cuales mi grupo, que con el paso del tiempo se había incrementado, tuvo que defenderse de los más violentos asaltos. En más de una ocasión, docenas de mis camaradas resultaron malheridos, apaleados y sacados a puntapiés fuera de la sala, más muertos que vivos.

La campaña que había iniciado, apoyado al principio únicamente por unos cuantos de mis camaradas de guerra, debía ahora su continuidad al joven Movimiento Nacionalsocialista, que la tomó como un deber sagrado.

Aún hoy me llena de orgullo poder decir que en aquellos tiempos —contando casi exclusivamente con el apoyo de nuestros correligionarios bávaros— dimos al traste, poco a poco pero de modo seguro, con aquel brote separatista, mezcla de ignorancia y traición. Y digo de ignorancia y traición porque no puedo atribuir a sus organizadores e instigadores tanta simpleza, y por estar convencido de la buena intención e ingenuidad de la mayoría de sus adeptos. Yo consideraba, y todavía hoy considero a esos instigadores como traidores asalariados pagados por Francia. En el Caso Dorten[140], la Historia ha dado ya su veredicto.

Lo que en aquel tiempo convertía la acción en muy peligrosa era la habilidad con que se supo esconder las verdaderas tendencias, presentando las intenciones federalistas como el único motivo de tales hechos. Obvio sería explicar que la agitación del sentimiento antiprusiano nada tenía que ver con el federalismo alemán. Desde luego, sorprende el hecho de una «actividad federalista» empeñada en disolver o disgregar un Estado Federal alemán ya existente. Pues un federalista sincero, para quien la concepción bismarckiana de un Reich unido no representa una falacia, mal podría desear la disgregación del Estado Prusiano, creado y perfeccionado por el mismo Bismarck, y menos todavía alentar abiertamente tales aspiraciones separatistas. ¡Cómo se habría protestado en Múnich si un partido conservador prusiano hubiese solicitado y favorecido la separación entre Franconia y Baviera! Lo que más nos apenaba de todo eso era ver que la gente honesta, los federalistas bien intencionados que no supieron ver más allá, fueron los primeros en ser víctimas del engaño. Distorsionando de esta manera la idea federalista, los adeptos a la misma cavaron así su propia fosa. No se puede propagar ninguna formación federalista del Reich si se vilipendia y se margina al miembro más importante de tal organización estatal, es decir, Prusia; en resumidas cuentas, si se impide su participación en la Federación. La situación se tornó todavía más absurda por el hecho de que la campaña de esos pseudofederalistas se dirigía justamente contra Prusia, que precisamente no tuvo ninguna relación con la democracia de Noviembre. No era contra los padres de la Constitución de Weimar —que, dicho sea de paso, fueron en su mayoría alemanes del Sur y judíos— contra quienes se dirigían las injurias y ataques de esos pseudofederalistas; su acción iba contra los elementos representativos de la antigua Prusia conservadora, esto es, justamente contra lo antagónico del espíritu de Weimar. La circunstancia de que en aquella campaña se tuviera buen cuidado de no aludir a los judíos no debe sorprendernos, pero quizá nos dé la clave del enigma.

Así como antes de la Revolución de 1918 el judío supo desviar la atención pública de sus Sociedades de Guerra y de sí mismo instigando a las masas y en particular al pueblo bávaro contra Prusia, así también, después de la Revolución, debió proteger de cualquier modo el nuevo botín de su pillaje, que ahora era diez veces mayor. Y nuevamente consiguió azuzar las rencillas y los odios entre los llamados «elementos

[140] Hans Adam Dorten: El 1 de Junio de 1919 Dorten proclamó en Wiesbaden la fundación de la República de Renania. Sus éxitos en el liderazgo de este movimiento separatista se debieron a su rechazo a una cooperación con el SPD y a una dirección nacional, así como al llamamiento a un acercamiento económico con Francia. Sin embargo, la gran oposición de la población y del gobierno de la ciudad hicieron fracasar el establecimiento de tal gobierno. (N. del T.)

nacionales» de Alemania, enfrentando a los bávaros de tendencia conservadora contra los prusianos no menos conservadores. De nuevo actuaba el judío con su habilidad de siempre. Él, que tenía en sus manos el destino del Reich, incitaba a combates tan groseros y poco delicados que la sangre de las víctimas siempre provocaba consecuentemente nuevas agitaciones. Mas estos ataques nunca estaban dirigidos contra los judíos, sino contra el hermano alemán. El bávaro no veía al Berlín de los cuatro millones de eficientes e incansables trabajadores, sino aquel otro decadente y corrompido Berlín encauzado en los peores barrios del occidente berlinés. Pero su odio no se dirigía en realidad contra aquella parte occidental de Berlín, sino contra «la ciudad prusiana».

Aquello era realmente desesperante.

Esta habilidad de los judíos para desviar de sí la atención pública y dirigirla hacia otra parte, también puede hoy apreciarse.

En el año 1918 no existía ningún antisemitismo sistemático. Todavía me acuerdo de las dificultades que se presentaban a quien pronunciase la palabra «judío»; una de dos: o se le miraba con espanto o se le oponía una fortísima resistencia. Nuestros primeros intentos para mostrar al público el verdadero enemigo parecían estar destinados al completo fracaso, y sólo mediante un lento proceso comenzaron las cosas a cambiar en este sentido. A pesar de las deficiencias de su plan de organización, la «Unión de Defensa y Resistencia» tuvo el mérito de poner nuevamente sobre el tapete de discusión la cuestión judía. Sea como fuere, ya en el invierno de 1918-19 comenzó a dejarse sentir en el ambiente un algo colectivo que podría interpretarse como antisemitismo. Más tarde, gracias al impulso del Movimiento Nacionalsocialista, se abordó el problema judío de manera distinta. Ante todo, porque al sacar este problema de los limitados círculos de la pequeña y alta burguesía, supimos hacer de él el motor propulsor de un gran movimiento popular. Pero tan pronto como se consiguió ofrecer al pueblo alemán los más elevados y unificadores ideales de lucha en este sentido, el judío reaccionó y empezó a organizar su defensa. Así, volvió a recurrir a su vieja táctica. Con asombrosa celeridad lanzó en el seno mismo del movimiento *völkisch* la chispa de la discordia, sembrando así el germen de la desunión. La única posibilidad de desviar la atención pública hacia otros problemas y detener el ataque concentrado contra el judaísmo, residía —dada la situación reinante— en promover la cuestión del ultramontanismo[141] y provocar de esta suerte la consabida lucha entre el catolicismo y el protestantismo. Los agitadores que inyectaron esta controversia en el seno del pueblo alemán jamás podrán reparar el daño causado. En todo caso, el judío alcanzó el objetivo deseado: católicos y protestantes entraban así en reñida disputa mientras el enemigo mortal del mundo ario y de toda la cristiandad celebraba su triunfo.

De la misma forma en que antes se había juzgado útil, durante años y años, atraer la opinión pública hacia la lucha entre el federalismo y el unitarismo hasta extenuarla mientras el judío vendía la libertad de la Nación y traicionaba a nuestra Patria ante la alta finanza internacional, de igual manera conseguía ahora oponer las dos confesiones alemanas, la una contra la otra, mientras las bases de ambas eran minadas y corroídas por el veneno del judaísmo internacional.

[141] Ultramontanismo. Referente al catolicismo tradicionalista, contrario a toda innovación. El término, que significa «más allá de la montaña», hace referencia a la procedencia, desde el punto de vista de los italianos, de quienes nacieron al otro lado de los Alpes, es decir, alemanes y franceses. Más tarde pasó a utilizarse para designar a los Papas procedentes de regiones no italianas, y luego para referirse a quienes seguían esa fe católica de tendencia más conservadora. Finalmente, su uso mudó y pasó a denotar a aquellos que se oponían a la transición democrática o a las políticas nacionalistas religiosas que imperaban en ciertos países, tales como Francia o Alemania, tendientes al laicismo y al no reconocimiento de la autoridad papal. (N. del T.)

Considérese cuán funestas son las consecuencias que a diario trae consigo la bastardización judaica de nuestro pueblo, y téngase en cuenta que este envenenamiento de nuestra sangre sólo podrá ser eliminado del organismo nacional al cabo de muchos siglos, o tal vez jamás. Se debe reconocer además cómo esa descomposición de la raza rebaja las principales cualidades arias de nuestro pueblo, no sólo desvalorizándolos sino también, muy frecuentemente, destruyéndolos. Así, nuestra fuerza como Nación portadora de cultura está retrocediendo visiblemente, arriesgándonos, al menos en las grandes ciudades, a llegar al mismo nivel en que hoy se encuentra el Sur de Italia. Miles de nuestros conciudadanos se hallan ciegos ante el envenenamiento de nuestra raza, practicado sistemáticamente por el judío. Metódicamente, esos parásitos de las naciones están profanando nuestras inexpertas muchachas, destruyendo de esta forma un valor que nunca más podrá ser restituido. Mientras tanto, las dos Iglesias Cristianas —la Católica y la Protestante— se muestran indiferentes frente a esta obra de profanación y destrucción de las más nobles y únicas criaturas dadas al mundo por la Gracia de Dios. El futuro de la Humanidad no radica en el triunfo de los protestantes sobre los católicos o de los católicos sobre los protestantes, sino que depende de si la raza aria subsistirá o desaparecerá. A pesar de ello, esas dos confesiones, lejos de combatir al destructor de la Humanidad, tratan sólo de aniquilarse mutuamente. Justamente el hombre que ama a su pueblo debería tener la sagrada obligación, dentro de su propio credo, no sólo de hablar de la voluntad de Dios, sino también de cumplirla, no permitiendo que la obra de Dios sea deshonrada. Pues la voluntad de Dios fue la que dio a los hombres su forma externa, su naturaleza y sus facultades. Aquél que destruye la obra de Dios está de esta manera combatiendo la obra divina, la voluntad divina. Por eso cada uno debe esforzarse por actuar con eficiencia en el campo de su confesión y reconocer como su primer y más sagrado deber el hacer frente a aquellos que con su actuación, tanto mediante la palabra como con sus obras, salgan del terreno de su religión e intenten inmiscuirse en las otras confesiones. El combate a las formas de una determinada religión tiene, debido al cisma religioso existente en Alemania, forzosamente como resultado una guerra de efectos destructores para los dos credos. La situación de la Iglesia en Alemania no permite comparación alguna con Francia, España o Italia. En todos estos países se puede propagar, por ejemplo, la lucha contra el clericalismo o contra el ultramontanismo sin correr el riesgo de que tal empeño resulte en una disociación en el seno del pueblo francés, español o italiano. Cosa semejante sería imposible en Alemania porque seguramente los protestantes no tardarían en inmiscuirse en la lucha. Una crítica que en otros países sería sustentada exclusivamente por católicos frente a intromisiones de índole política cometidas por los dignatarios de su propia Iglesia, en Alemania asumiría de hecho el carácter de una agresión del protestantismo contra el catolicismo. Así se explica que se pueda soportar toda crítica, aunque sea injusta, si esta proviene de sus propios feligreses, en tanto que se la rechazará de lleno si procede de otro sector religioso. Ese sentimiento va tan lejos que incluso los hombres que en determinado momento estaban dispuestos a aceptar cualquier sugerencia para remediar un visible error en el campo de su propia confesión, abandonarían esa posición y concentrarían sus resistencias contra la misma propuesta, en el caso de que ésta partiese de otra religión. Sienten que es una conducta injustificada, inadmisible y hasta indigna, el meterse alguien en asuntos que no son de su competencia. Tales intervenciones no se disculpan ni siquiera en los casos en que se justifican por la defensa de los derechos o de los intereses de la comunidad nacional, al ser los sentimientos religiosos todavía más poderosos que cualquier conveniencia política nacional. Y eso no se transformará instigando a las dos confesiones a una guerra sin tregua entre sí, sino que sólo podrá

conseguirse por medio de una tolerancia mutua, preparando un futuro que, por su grandeza, tendrá efectos reconciliadores también en el ámbito religioso.

No vacilo en declarar que juzgo a los hombres que arrastran al movimiento patriota de hoy a una crisis de divergencias religiosas como a los peores enemigos de la Patria, más incluso que a cualquier comunista con tendencias internacionalistas, pues convertir al comunista es tarea del Movimiento Nacionalsocialista. Quien trata de disociar al nacionalsocialista con problemas de esa índole, de apartarle de su verdadera misión, está actuando de la manera más condenable. Es, consciente o inconscientemente, un combatiente en favor de los intereses de los judíos. El interés del judío es hoy el siguiente: agotar las fuerzas del movimiento *völkisch* en una guerra religiosa, precisamente por el motivo de que este movimiento comienza a resultarle peligroso. Y hago hincapié en la expresión «agotar las fuerzas», pues sólo un hombre completamente ignorante de la Historia Universal puede creer que un movimiento así podrá remediar un problema en el que zozobraron esfuerzos seculares y estadistas de gran relieve.

Además de eso, los hechos hablan por sí solos. Aquellos que en el año 1924 creyeron que la lucha contra el ultramontanismo constituía el supremo cometido del movimiento *völkisch*, no han destruido el ultramontanismo pero sí han roto la unidad de la causa nacional. También debo oponerme a admitir que en las filas de nuestro Movimiento haya alguien que suponga poder realizar lo que el mismo Bismarck no pudo. Será siempre el más alto deber de los dirigentes del Nacionalsocialismo combatir enérgicamente todo intento que tienda a poner el Movimiento Nacionalsocialista al servicio de tales luchas, debiéndose apartar *ipso facto* de nuestras filas a los propagandistas de propósitos semejantes. En realidad, habíamos conseguido ese objetivo hasta el otoño de 1923. En las filas de nuestro Movimiento, el más ferviente protestante puede alinearse al lado del más ferviente católico, sin que jamás surjan para ellos problemas de conciencia por su convicción religiosa. Lejos de eso, la gigantesca lucha común que sostuvieron ambos contra el destructor del mundo ario les inspira a trabajar conjuntamente con respeto. Y fue precisamente en aquellos años cuando el Movimiento realizó una tenaz oposición contra el Partido del Centro (partido católico), no por motivos religiosos, sino exclusivamente por razones de índole nacional, racial, política y económica. El éxito que entonces obtuvimos demostró que teníamos razón, y puso en evidencia a quienes creían saberlo todo.

En estos últimos años la situación llegó algunas veces hasta tal punto que los círculos *völkisch*, en la maldita ceguera de sus discusiones religiosas, no se apercibían del desvarío de su modo de proceder; ni siquiera cuando los periódicos marxistas ateos de repente se transformaban, cuando era necesario, en abogados de las comunidades religiosas para, por ese medio, perjudicar a uno u otro de los combatientes, atizando así el fuego entre los dos bandos.

Justamente un pueblo como el alemán, capaz de luchar hasta la última gota de su sangre en cualquier clase de guerra tal como lo prueba su Historia, es el que correrá un mayor peligro inmiscuyéndose en tales luchas. Siempre fue ése el medio para desviar a nuestro pueblo de los problemas reales de su existencia. Mientras nosotros nos consumíamos combatiendo por conflictos religiosos, los otros se repartían el mundo. Y mientras el movimiento *völkisch* discute sobre si el peligro ultramontano es mayor que el peligro judaico, o viceversa, el judío continúa destruyendo los fundamentos raciales de nuestra existencia, aniquilando de esta manera y para siempre a nuestro pueblo.

Respecto a esos combatientes «patriotas», y por el bien de nuestro Movimiento y del pueblo alemán, pido de corazón: «Señor, líbranos de semejantes aliados, que de los enemigos nosotros nos sabremos ocupar».



La controversia entre federalismo y unitarismo que tan astutamente supieron suscitar los judíos en los años 1919 a 1921, obligó al Movimiento Nacionalsocialista, aun siendo contrario a esta lucha, a definir también su posición frente a las cuestiones esenciales resultantes de dicha polémica.

¿Debía Alemania ser Estado federal o unitario? ¿Qué características distinguen en la práctica a ambas formas? A mi modo de ver, la segunda cuestión me parece la más importante porque no solamente es indispensable para el esclarecimiento del problema, sino también porque concurre en un entendimiento mutuo y un carácter conciliatorio.

¿Qué es un Estado Federal?[142]

Por Estado federal entendemos una asociación de Estados soberanos que, en virtud de su propia soberanía, se fusionan voluntariamente, renunciando cada uno de ellos en favor del conjunto a aquella parte de sus propias prerrogativas, de tal manera que se posibilite y garantice la existencia de la federación constituida.

Esta fórmula teórica no tiene en la práctica aplicación absoluta en ninguno de los Estados federales del mundo y menos aún en los Estados Unidos de Norteamérica, donde, en la mayor parte de sus Estados, ni siquiera se puede hablar de una soberanía primitiva, pues muchos de ellos, sólo tras mucho tiempo comenzaron a figurar en el mapa general de la Unión. En los Estados de la Unión Norteamericana se trata, en la mayoría de los casos, de menores o mayores territorios delimitados a golpe de escuadra y cartabón por motivos de técnica administrativa; territorios que antes nunca poseyeron soberanía propia ni la podían poseer. No fueron los Estados los que constituyeron la unión federal americana, sino que fue ésta la que previamente dio forma a una gran parte de esos llamados Estados. Los amplios derechos privativos conferidos, o mejor dicho, reconocidos a los diferentes territorios americanos, no sólo corresponden al carácter de esta confederación de Estados, sino que están ante todo en relación con la magnitud de sus dominios y la extensión de la superficie territorial del conjunto, que es casi la de un continente. Por eso, en el caso de la Unión Americana no se puede hablar de la soberanía política de los Estados, sino únicamente de sus derechos o, más propiamente, de sus competencias determinadas y garantizadas constitucionalmente.

Tratándose de Alemania, tampoco tiene aplicación exacta la definición dada, a pesar del hecho indudable de que los respectivos sectores existieron antes aisladamente, constituidos como Estados soberanos, habiendo nacido de la unión de ellos el Reich alemán. Mas la formación del Reich no se debió a la libre voluntad o a la propia intervención de esos Estados, sino a la influencia de la hegemonía de uno solo de ellos: Prusia. Desde luego, ya la sola gran diferencia territorial existente entre los diversos Estados alemanes no permite establecer un paralelo con la unión federal americana. Esa gran diferencia territorial entre los más pequeños Estados alemanes de antaño y los grandes o el mayor de todos, evidencia la desigualdad de capacidades y, por otra parte, la falta de uniformidad del aporte de cada uno a la fundación del Reich, es decir, a la

---

[142] Hasta 1918, Alemania fue un Imperio federal, formado por veinticinco estados federales: Prusia, Baviera, Sajonia, Wurtemberg, (Reinos); Baden, Hesse, Mecklemburgo-Schwerin, Mecklemburgo-Stretlitz, Oldenburgo, Sajonia-Weimar, (Grandes Ducados); Anhalt, Brunswick, Sajonia-Altenburgo, Sajonia-Coburgo-Gotha, Sajonia-Meiningen, (Ducados); Lippe, Reuss, Schaumburg-Lippe, Schwarzburg-Rudolstadt, Schwarzburg-Sondershausen, Waldeck-Pyrmont, (Principados); Bremen, Hamburgo, Lübeck, (Ciudades Hanseáticas libres); Alsacia-Lorena (Territorio Imperial). (N. del T.)

constitución de la Confederación. De hecho, no se puede hablar en relación a la mayor parte de estos Estados de una soberanía efectiva; la palabra soberanía no era más que un término administrativo sin contenido o significación real. En realidad, no sólo en el pasado, sino también en el presente, muchos de esos Estados denominados «soberanos» habían desaparecido, lo que claramente demuestra la debilidad de esa concepción de soberanía.

No deseamos mencionar aquí cómo se formó históricamente cada uno de esos Estados, sin embargo, es incuestionable que los mismos, casi en ningún caso, poseen sus límites originales. Son creaciones puramente políticas que tienen sus raíces, por lo general, en los más tristes tiempos de debilidad del Reich alemán y de la consiguiente descomposición de nuestra Patria.

Todo esto lo tomó en consideración, por lo menos en parte, la Constitución del antiguo Reich, no dando a los diferentes Estados la misma representación numérica en el Consejo federal, sino únicamente una representación que correspondiese a la grandeza e importancia efectiva así como al rol que jugaban cada uno de estos Estados en la formación del Reich.

La cesión que los respectivos Estados hicieron de sus derechos de soberanía en favor de la creación del Reich fue espontánea sólo en una mínima parte; por lo demás, prácticamente no existían tales derechos, o si existieron, fueron llanamente anulados bajo la presión del poder de Prusia. Bien es verdad que en esto Bismarck no partió del principio de dar al Reich todo lo que buenamente se hubiese podido tomar de los diversos Estados, sino que exigió de ellos únicamente aquello que para el Reich era indispensable; un criterio, por cierto, a la par moderado y sabio que tomaba en la más alta consideración por un lado, las costumbres y la tradición y, por el otro, le granjeaba de este modo al nuevo Reich un mayor contingente de entrega y colaboración entusiasta por parte de cada uno de los Estados confederados. Pero sería fundamentalmente erróneo querer atribuir este proceder de Bismarck a la convicción que él podía tener de que, con lo hecho, el Reich se hallaría para todos los tiempos en posesión de una suma suficiente de derechos soberanos. Por el contrario, él no tuvo tal convicción. Su propósito no fue otro que dejar para el futuro aquello que por el momento hubiera sido difícil de realizar y sobrellevar. Bismarck contaba con el lento efecto compensador del tiempo y con la presión del progreso en sí, ya que él confiaba tener, con el correr de los días, más fuerza para reaccionar contra la posible resistencia de los diferentes Estados. Con eso probó de la manera más elocuente su gran habilidad de gobernante. Efectivamente, con el tiempo vino creciendo la soberanía del Reich a costa de la soberanía de los Estados confederados, justificándose así la previsión de Bismarck.

El desastre de Alemania en 1918 y la destrucción del Estado monárquico aceleraron inevitablemente el curso de las cosas. Como los diferentes Estados alemanes debían su existencia no tanto a fundamentos nacionalistas como a motivos puramente políticos, era lógico que la importancia de esos Estados debiera desplomarse en el momento en que desapareciera la encarnación fundamental del desarrollo político de los mismos, esto es, el sistema monárquico y su dinastía. Muchas de esas creaciones políticas perdieron así tanta fuerza interior que, como consecuencia de ello, automáticamente debían renunciar a una ulterior existencia independiente y, por motivos de conveniencia, a unirse unas con otras o, voluntariamente, a dejarse absorber por las de mayor importancia; ésa es la prueba más evidente de la extraordinaria debilidad de la soberanía en esas pequeñas formaciones y de la poca consideración que les tenían sus propios ciudadanos.

Si con la eliminación del régimen monárquico y sus representantes se había asestado un rudo golpe al carácter federal del Reich, aún más fuerte debió ser el efecto al aceptar Alemania las obligaciones resultantes del Tratado de «Paz» de Versalles.

Era natural y lógico que los Estados confederados perdiesen toda soberanía sobre el control de sus finanzas desde el momento en que al Reich se le impuso, tras perder la guerra, una obligación financiera que jamás habría llegado a cumplirse mediante contribuciones parciales de los Estados. Las medidas posteriores, conducentes a la centralización de los servicios de correos y ferrocarriles, fueron consecuencia inevitable de la esclavización de nuestro pueblo, paulatinamente iniciada por los tratados de paz. El Reich se vio obligado a tomar posesión exclusiva de esos y otros servicios y recursos para poder hacer frente a las obligaciones resultantes de las incesantes extorsiones.

Las formas bajo las que se ejecutaba la ampliación de las fuerzas del Reich eran a menudo un tanto absurdas, sin embargo el proceso era lógico y natural en sí. La culpa de ello le incumbe a los partidos y a los hombres que antaño nada hicieron para terminar la guerra con victoria. Culpables eran, especialmente en Baviera, los partidos que, tendiendo hacia fines egoístas, abandonaron durante la guerra el ideal del Reich, cosa que debieron lamentar mil veces después de la derrota. ¡Ah, la venganza de la Historia! Raramente el castigo del cielo ha sido tan duro como en este caso. Los mismos partidos que pocos años antes habían colocado los intereses de sus Estados particulares —y esto también especialmente en Baviera— sobre los intereses del Reich, debían ahora presenciar cómo, bajo la presión de los hechos, los intereses del Reich terminaban con la existencia de esos mismos Estados. Todo por culpa de ellos mismos.

Es una hipocresía sin par frente a las masas de los electores (pues sólo a éstas se dirige la actividad de nuestros partidos actuales) quejarse por la pérdida de soberanía de cada uno de los Estados, cuando todos estos partidos competían sin excepción en la práctica de una política que, en sus últimas consecuencias, debía provocar profundas alteraciones en el interior de Alemania. El Reich de Bismarck era libre y estaba exento de obligaciones exteriores. No pesaban sobre él cargas financieras tan graves y al propio tiempo tan improductivas como lo es el Plan Dawes para la Alemania actual. En el orden interno, su poder se limitaba a aspectos absolutamente necesarios para la existencia del propio Reich. De este modo, se podía renunciar a mantener una administración financiera central y vivir de las contribuciones de los Estados confederados. Era así natural el sentimiento de adhesión de los Estados hacia el Reich, por el hecho de que éstos continuaran ejerciendo el derecho soberano de administrar sus propias rentas, además de que la cifra de sus contribuciones al Reich era relativamente poco elevada. Es completamente falso e injusto alegar hoy, como propaganda, que la actual falta de entusiasmo por el Reich se debe a la consecuencia única de la servidumbre financiera de los Estados para con aquél. No, esa no es la verdad de los hechos. La falta de entusiasmo por el ideario del Reich no es a causa de la pérdida de soberanía de los Estados, sino más bien el resultado de la mísera representación que la Nación alemana halla en su Gobierno Central. A pesar de todas las celebraciones en honor a la Bandera alemana y la Constitución, el Gobierno de hoy es ajeno a los sentimientos de los diferentes sectores que conviven en la Nación. Las leyes de Protección de la República podrán impedir un ataque a las propias instituciones, pero nunca lograrán conquistar el amor de ningún alemán. El cuidado excesivo por protegerse a sí misma contra sus propios ciudadanos mediante leyes y sentencias de encarcelamiento únicamente ha logrado levantar la más demoledora crítica a la propia República y el descrédito de la misma.

Por otro lado, tampoco es cierto que, según afirman ciertos partidos de hoy, el poco entusiasmo hacia el Reich es consecuencia de los abusos del mismo frente a ciertos derechos de soberanía de los Estados particulares. En el supuesto caso de que el Reich no hubiese extendido sus competencias sobre los Estados individuales, no hay razón para creer que hallaría en ellos un mayor favor si, con todo, las contribuciones totales siguiesen siendo tan elevadas como ahora. Al contrario: si los Estados hubiesen tenido que soportar las contribuciones que hoy el Gobierno Central les requiere para el cumplimiento del Tratado de «esclavitud», el odio contra el Reich sería todavía mucho más fuerte. Las importantes contribuciones que habrían de pagar los Estados al Reich no sólo serían difícilmente cobradas, sino que sería incluso necesario emplear medios coactivos para lograr reunir la cantidad precisa. La base sobre la cual se fundó la República son los tratados de paz, y como ésta no tiene el coraje ni la intención de romperlos, debe pensar en la manera de cumplir tales obligaciones. También en este caso son culpables únicamente los partidos que, a toda hora, hablan a la sufrida masa de electores sobre la necesidad de mantener la autonomía de los Estados, favoreciendo y fomentando al mismo tiempo una política que, necesariamente, deberá conducir a la eliminación de los llamados «derechos de soberanía».

Y digo «necesariamente» porque al Reich de hoy no le queda absolutamente otra posibilidad para hacer frente a la sobrecarga de sus obligaciones, originadas por una política infame tanto en el interior como en el exterior. Así toda nueva deuda que el Reich adquiere en el exterior a través de su criminal representación de los intereses alemanes debe ser saldada mediante el aumento de la presión interior. Y todo ello, nuevamente, tiene como resultado el ir aboliendo poco a poco toda la soberanía de los Estados con el fin de que no se formen en ellos gérmenes de resistencia o que aumenten los ya existentes.

En general, la diferencia característica de la política del Reich de hoy, en comparación con la política de antes, es la siguiente: el antiguo Reich garantizaba libertad en el interior, demostrando fuerza en el exterior, mientras que la República está demostrando debilidad en el exterior y está oprimiendo a sus ciudadanos en el interior. En ambos casos, lo uno implica lo otro: un Estado nacionalista vigoroso necesita de pocas leyes para sus asuntos interiores como consecuencia del mayor amor y dedicación de sus ciudadanos; por otro lado, un Estado de esclavos, con tendencias internacionalistas, sólo por la violencia bruta puede conseguir los servicios forzados de sus súbditos. Pues una de las más atrevidas insolencias del Gobierno de hoy es hablar de «ciudadanos libres». Los ciudadanos libres solamente existían en la Alemania de antaño. La República, como colonia de esclavos bajo dominio extranjero, no tiene ciudadanos sino, en la mejor de las hipótesis, súbditos. Por ese motivo, tampoco posee una bandera nacional, sino únicamente una marca creada y amparada por las autoridades y disposiciones legales. Ese símbolo, aceptado como el «sombrero de Gessler»[143] de la democracia alemana, siempre será extraño a los íntimos sentimientos de la Nación. La República, ensuciando los emblemas del pasado sin el más mínimo respeto y veneración por la tradición y la grandeza de esa época, quedará sorprendida de

[143] Alusión a la leyenda que cuenta que Guillermo Tell se negó a inclinarse ante el *«sombrero de Gessler»*. Gessler, un gobernador austriaco, hizo colocar su sombrero a lo alto de una estaca, y ordenó por ley que todo el que pasara frente a él debía postrarse para saludarlo. Tell desconocía la extraña ley, y se negó a proceder. Gessler, sabiendo que era el mejor arquero del lugar, le propuso una prueba para librarse de ser encarcelado: debía acertar en el blanco con su arco. Pero decidió también que el blanco debía ser, ni más ni menos, que una manzana colocada sobre la cabeza de su hijo. Aunque Tell se negó a disparar contra su propio hijo, el pequeño, convencido de la habilidad de su padre, colocó la manzana sobre su cabeza y alentó a su padre a disparar. Éste apuntó con su arco, disparó, y la manzana cayó al suelo partida en dos. Tell, enojado por la injusta sentencia impuesta, incurrió diciendo que de haber fallado el siguiente blanco hubiese sido el propio Gessler. Éste, traicionando su palabra, le hizo apresar y ordenó que fuera encarcelado. A pesar de ello, Guillermo Tell logró escapar gracias a su ingenio. (N. del T.)

cuán superficial es el afecto de los súbditos para con sus emblemas. Esa República, por su propia culpa, figurará en la Historia alemana como un «entreacto». De esta forma, para poder subsistir, el Estado actual se ve obligado a cercenar cada vez más los privilegios soberanistas de los respectivos Estados del Reich, no solamente por razones de índole material, sino también por principios. Al exigir de sus súbditos hasta la última gota de sangre como consecuencia de su política de extorsión financiera, este Gobierno tiene necesariamente que privarles también hasta de los últimos derechos si es que no quiere que el descontento general conduzca un día al estallido de una rebelión.

Invirtiendo el sentido de la frase anterior, nosotros, los nacionalsocialistas, deducimos la siguiente regla fundamental: Un Reich nacional vigoroso, que en su política exterior cuide y proteja en su sentido más amplio de los intereses de sus súbditos, es capaz de ofrecer libertad interna sin riesgo para la estabilidad del Estado. Por otra parte, un Gobierno nacional fuerte podrá también llegar a intervenir considerablemente las libertades individuales, lo mismo que la de los Estados confederados, sin detrimento de los ideales del Reich y siempre que el ciudadano reconozca en estas medidas un medio hacia la grandeza nacional.

Es indiscutible que todos los Estados del mundo tienden en su organización interna a una cierta centralización administrativa, y Alemania no será en esto una excepción a la regla. Ya hoy en día es un absurdo hablar, tratándose de los diferentes Estados alemanes, de una «soberanía estatal», pues dadas las proporciones ridículas de esas formaciones estatales, ésta ya no puede darse. La importancia particular de cada uno de los Estados ha ido disminuyendo progresivamente, tanto en el ramo del comercio y las comunicaciones como en el del orden administrativo. Los sistemas de comunicación modernos y el progreso técnico reducen cada vez más las distancias y el espacio. Lo que era una nación antaño, representa hoy en día únicamente una provincia, mientras que las naciones de la actualidad serían consideradas, antiguamente, como continentes. Desde el punto de vista técnico, la dificultad de administrar una Nación como Alemania no es mayor que la dificultad de gestionar una provincia como Brandenburgo hace ciento veinte años. Vencer la distancia de Múnich a Berlín es, hoy en día, más fácil que de Múnich a Starnberg hace un siglo. Y todo el territorio nacional es hoy, debido a la técnica actual de los transportes, menor que cualquier unidad federativa alemana en el tiempo de las guerras napoleónicas. Cerrar los ojos a las consecuencias resultantes de estos hechos significaría vivir en el pasado. Criaturas que actúan de ese modo han existido en todos los tiempos y también existirán en el futuro. Éstos podrán disminuir la marcha de los acontecimientos, pero nunca pararlos.

Nosotros, los nacionalsocialistas, no debemos pasar ciegamente ante las consecuencias de esas verdades. En esos asuntos, no debemos tampoco dejarnos embaucar por los enrevesados «giros» y expresiones de nuestros denominados partidos burgueses nacionales. Y hago uso de la palabra «giros», primero, porque esos partidos no creen seriamente en la posibilidad de llevar a cabo sus intenciones y, en segundo lugar, porque ellos mismos son los cómplices y los principales culpables de la situación actual. Principalmente en Baviera, el grito por la descentralización constituye realmente un juego político sin intenciones reales serias. En todos los momentos en que esos partidos debieron haber tomado en serio sus apelaciones, fallaron sin excepción, de una forma estrepitosa. Expresiones como «asalto a los derechos soberanos» del Estado de Baviera a manos del Reich, no pasan de ser una farsa repugnante sin la más mínima consistencia. Si alguien se atreviera a oponerse seriamente a ese desorientado sistema, se le diría que no comprende nada de la naturaleza y las necesidades del Estado actual. Sería puesto al margen, condenado y perseguido hasta ser reducido al silencio, bien por

medio de la prisión o por una prohibición, ilegal, de escribir o hablar públicamente. Justamente, como consecuencia de eso, deben nuestros adeptos reconocer la hipocresía de esos llamados círculos federalistas. Así como sucede con la religión, el federalismo es sólo un medio para alcanzar sus sórdidos intereses particulares.



Si bien parece natural un cierto grado de centralización, sobre todo en los servicios de transporte, no menos natural consideramos los nacionalsocialistas el deber de asumir una firme actitud contra una evolución semejante en el Estado actual, cuando las medidas pertinentes no buscan otro objetivo que el de facilitar una política exterior desastrosa. Justamente porque el Reich actual ha amenazado con apoderarse de los servicios de ferrocarriles y correos, las finanzas, etc. no obedeciendo a razones de elevado interés nacional, sino únicamente a la finalidad de tener en sus manos los recursos y la garantía necesarios para satisfacer su política de condescendencia con los «aliados», debemos los nacionalsocialistas hacer cuanto esté a nuestro alcance para obstaculizar y, si es posible, impedir la realización de una política tal. Para ese fin, sin embargo, es preciso luchar contra la actual centralización de las más importantes instituciones de nuestra nación, pues con ello sólo se busca conseguir los millones que se entregan al exterior.

El segundo motivo que nos lleva a resistir una tal centralización es que de esta manera pueda ser reforzada la eficiencia interior de un sistema de gobierno que, en sus efectos generales, ha dado origen a la mayor desgracia de la Nación alemana. El Reich judeo-democrático de hoy, el cual se ha transformado en una verdadera maldición para el pueblo alemán, está tratando de anular las objeciones levantadas por aquellos Estados que hasta ahora no se dejaron imbuir por el espíritu propio de esta época. Frente a una situación tal, a nosotros los nacionalsocialistas nos está reservada la tarea de dar a la oposición de estos diferentes Estados la base de una fuerza con posibilidades de éxito, además de transformar totalmente su lucha contra la centralización y darle la expresión de un más elevado interés nacional. Mientras el Partido Popular Bávaro, por motivos regionales insignificantes, trata de asegurar derechos especiales para Baviera, nosotros debemos servirnos de esa situación particular a favor de un interés nacional más elevado, actuando contra la «Democracia de Noviembre».

El tercer motivo que nos puede inducir a reaccionar contra la centralización actual es la convicción de que gran parte de la llamada nacionalización, de hecho no constituye una unificación y mucho menos una simplificación, sino que por el contrario, en muchos casos se trata solamente de reducir la soberanía de los Estados para abrir la puerta a los intereses de los partidos revolucionarios. Jamás en la Historia alemana hubo un favoritismo tan desvergonzado como en la República democrática. En gran parte, esta desatinada centralización tuvo su origen en los partidos que, antaño, prometieron emplear a hombres activos y capaces pero que, cuando llegó el momento de asignar empleos y posiciones públicas, únicamente tuvieron en cuenta a sus propios partidarios. Fueron sobre todo los judíos los que, en número increíble, inundaron desde los primeros días de la República las grandes instituciones económicas así como el aparato administrativo del Reich, pasando de esta forma a estar completamente bajo su control.

Principalmente esa tercera consideración nos obliga, por motivos tácticos, a examinar con mayor rigor cualquier medida en el sentido de la centralización y, si fuera necesario, tomar una actitud decisiva en contra de la misma. Pues obrando así, nuestro

criterio tenderá siempre hacia el interés nacional y jamás hacia disposiciones mezquinas y particularistas.

Esta consideración es indispensable para evitar que entre nuestros partidarios surja la creencia de que nosotros, los nacionalsocialistas, tratamos de negarle al Reich el derecho de encarnar una soberanía mayor que la de los Estados que lo forman. Sobre este derecho no puede ni debe existir entre nosotros duda alguna. El Estado en sí no es para nosotros más que una forma, siendo lo esencial su contenido, es decir, la Nación, el pueblo; así pues, claro está que todo lo demás tiene que subordinarse obligadamente a los soberanos intereses de la Nación. Ante todo, dentro del conjunto nacional representado por el Reich, no podemos tolerar la autonomía política o el ejercicio de soberanía de ninguno de los Estados en particular. Un día ha de acabar y acabará el desatino de mantener, por parte de los Estados confederados, sus llamadas representaciones diplomáticas en el exterior y entre ellos mismos. Mientras sucedan cosas semejantes, no hay por qué asombrarse si desde fuera se pone en duda la estabilidad del Reich y se obra de acuerdo con tal creencia. El absurdo de tales representaciones es aún mayor si consideramos que sólo acarrean inconvenientes y no ofrecen la más mínima ventaja. Si los intereses de un ciudadano alemán en el extranjero no pueden ser defendidos por el Embajador del Reich, mucho menos lo serán por el Embajador de un Estado minúsculo y de proporciones ridículas en la situación actual del mundo. Son esas pequeñas unidades federativas las que sirven realmente de estimulantes a la tendencia de disgregación de la Nación alemana y a su debilitamiento interno y externo. Tampoco en esto entendemos nosotros que algunos decrépitos de noble casta lleguen a ocupar puestos de embajador en el extranjero con la idea de que con sus antiguas y secas concepciones harán reverdecer de nuevo los laureles de la Patria. Nuestras representaciones diplomáticas en el extranjero eran tan miserables ya en los tiempos del antiguo Reich, que se hace completamente innecesaria otra evaluación de las mismas.

Forzosamente, la importancia de cada uno de los Estados del Reich tendrá en el futuro que gravitar con preferencia en el campo de la actividad cultural. El Monarca que más hizo por el prestigio de Baviera no fue ningún testarudo particularista contrario al sentimiento unitario nacional, sino un hombre que, junto a su afición por el arte, aspiraba a la Gran Patria Alemana: el Rey Luis I. Utilizando las fuerzas del Estado para la promoción del progreso cultural de Baviera y no para el fortalecimiento de los poderes políticos, prestaba mayores y más duraderos servicios a su pueblo de lo que hubiera sido posible actuando de otra manera. Elevando a Múnich de la posición de capital provinciana de poca importancia a la de una gran metrópolis del arte alemán, consiguió transformarla en un centro de cultura que todavía hoy tiene la facultad de fascinar a los francos[144], a pesar de ser su modo de pensar tan diferente. Suponiendo que Múnich hubiese quedado en lo que era antiguamente, se habría repetido en Baviera la misma evolución que se verificó en Sajonia, únicamente con la diferencia de que Leipzig y Núremberg no serían ciudades bávaras, sino de Franconia. No fueron los que gritaban «¡Abajo Prusia!» los que hicieron grande a la ciudad de Múnich, sino el Rey que quiso presentarla a la Nación alemana como joya artística que pudiera ser vista y apreciada, tal como efectivamente fue. Debemos extraer de estos hechos una lección para el futuro. En lo sucesivo la importancia de los diferentes Estados no se debe buscar en absoluto en el terreno del poder político, sino como centros étnicos y culturales de vital importancia. También aquí la acción del tiempo devendrá niveladora. Las

[144] Naturales de Franconia, región situada al norte del Estado de Baviera que comprende a las regiones administrativas de Alta Franconia, Baja Franconia y Franconia Central. (N. del T.)

facilidades del transporte moderno están aproximando los hombres unos a otros de tal manera que, paulatina y continuamente, las fronteras étnicas desaparecerán y, con eso, el cuadro cultural de los diferentes pueblos tenderá, poco a poco, a alcanzar el mismo nivel.

Por encima de todo, hay que preservar al Ejército de influencias regionalistas. El Estado nacionalsocialista venidero no deberá caer en el error pasado de atribuir a la institución armada un cometido que no le corresponde ni puede ser propio de ella. El Ejército alemán no está en el Reich para servir de escuela a la conservación de peculiaridades regionales, sino más bien para formar una institución donde todos los alemanes aprendan a comprenderse recíprocamente y a adaptarse los unos a los otros. Todo aquello que en la vida nacional pudiera significar antagonismo ha de saberlo allanar el Ejército obrando como factor de unificación. Deberá además sacar al joven del estrecho horizonte de su aldea y situarlo en el ambiente de la Nación. No serán las fronteras de su terruño las que él deba aprender a ver, sino las de su Patria, pues serán éstas las que un día tendrá que defender. Por eso es un absurdo dejarlo en su propia provincia en lugar de hacer que conozca otras partes de Alemania durante su Servicio Militar. Eso es hoy en día tanto más necesario cuanto que los jóvenes alemanes no acostumbran ya a viajar como hacían antiguamente para ampliar así sus horizontes. Según esto, ¿no es absurdo dejar al joven bávaro en Múnich, al franco en Núremberg, al de Baden en Karlsruhe, al de Wurtemberg en Stuttgart, etcétera? ¿No sería más razonable mostrar al joven bávaro el Rin y el Mar del Norte, al hamburgués los Alpes y al prusiano del Este las montañas de la Alemania Central? El carácter propio de cada región debe ser cultivado en el Ejército, pero no en las guarniciones regionales. Toda tentativa de centralización deberá tener nuestra desaprobación; pero nunca, sin embargo, la que debe operarse en el Ejército. Aunque otros intentos de centralización no fuesen aconsejables, ése por lo menos debe serlo. Aparte del hecho de que sería absurdo el mantenimiento de las tropas de cada uno de los Estados ante la grandeza y amplitud del actual Ejército del Reich, vemos en la efectiva unificación del Ejército de la Nación una medida que, ante la restauración del Ejército nacional del futuro, nunca deberemos abandonar.

Por lo demás, un movimiento nuevo y victorioso debe apartar cualquier obstáculo que pueda anular su actividad en la lucha por la victoria de sus ideas. El Nacionalsocialismo debe reclamar para sí el derecho de imponer a la totalidad de la Nación alemana sus principios sin consideración a las actuales fronteras de los Estados, y educar a la Nación en sus ideas. De la misma forma en que la Iglesia no se siente limitada o dependiente de los límites políticos, también la Idea Nacionalsocialista es independiente de los diferentes Estados de nuestra Patria.

La Doctrina Nacionalsocialista no está llamada a servir aisladamente los intereses políticos de cada uno de los Estados en la Confederación del Reich, sino que aspira a estar un día al servicio de toda la Nación. Ésta deberá reorganizar y orientar la vida de todo un Pueblo y, por tanto, atribuirse imperativamente el derecho de sobrepasar las fronteras establecidas por una antigua evolución política que nosotros rechazamos. Cuanto más completa sea la victoria de nuestras ideas, tanto mayor podrá llegar a ser entonces la libertad concedida a los asuntos que conciernan a los ciudadanos de nuestra Patria.

Capítulo XI
PROPAGANDA Y ORGANIZACIÓN

El año 1921, en varios aspectos, tuvo para mí y para el Movimiento una importancia capital.

Inmediatamente después de haber ingresado en el Partido Alemán de los Trabajadores, tomé a mi cargo la dirección de la propaganda, pues consideraba esta disciplina como la más importante del momento. En un primer momento no hacía mucha falta romperse la cabeza con problemas de organización, ya que lo más importante era procurar hacer llegar la Idea al mayor número posible de personas. La propaganda debía preceder a la organización y ganar en favor de ésta el material humano necesario a su actividad. Siempre fui enemigo de métodos de organización precipitados y pedantes, pues generalmente el resultado que de éstos se obtiene no es otro que un mecanismo muerto, y raras veces una organización activa. La organización es algo que debe su existencia a la vida orgánica, al desenvolvimiento orgánico de un pueblo. Cuando un mismo conjunto de Ideas conquista cierto número de individuos, es indispensable establecer cierta disciplina entre los mismos; será de esta sólida formación de donde surgirá algo realmente valioso. Pero también aquí se debe tener en cuenta la debilidad humana que de manera instintiva induce al individuo, al menos al principio, a no dejarse someter por una mente superior. Cuando se dirige una organización de forma mecánica, desde arriba hacia abajo, siempre está el riesgo de que aparezca algún individuo que, una vez aceptado por todos aún sin haber sido completamente reconocido, trate de impedir, por su poca capacidad y por celos, la elevación de los elementos más calificados dentro del movimiento. El mal resultante de ello puede ser, especialmente en un movimiento nuevo, de fatales consecuencias.

Por dicha razón, es más conveniente difundir previamente una idea desde un núcleo central dirigiendo la propaganda durante cierto tiempo, y examinando luego el material humano paulatinamente reclutado, estudiándolo cuidadosamente, a fin de seleccionar a los más capacitados para dirigentes. No será raro observar de esta manera que elementos aparentemente insignificantes merezcan considerarse como hombres que reúnen condiciones innatas de líder.

Evidentemente, sería totalmente erróneo querer encontrar en el acopio de conocimientos teóricos las pruebas características de aptitud y competencia inherentes a la condición de líder.

Con frecuencia ocurre lo contrario.

Los grandes teóricos muy raramente son también grandes organizadores, y esto porque el mérito del teorizante y del programático reside, en primer término, en el conocimiento y definición de leyes exactas de índole abstracta, en tanto que el organizador tendrá que ser ante todo un psicólogo. Debe ver a los hombres tal como son en realidad, y para ello tiene que conocerlos. No les debe sobrevalorar ni tampoco subestimar por pertenecer a la masa. Al contrario, debe tener en cuenta tanto su debilidad como sus cualidades instintivas para, tomando en consideración todos estos factores, organizar una fuerza enérgica y constante capaz de sustentar una idea y de llevarla hacia el éxito.

Más extraño todavía es el caso de que un gran teorizante sea al mismo tiempo un gran líder. Para ello tiene más capacidad el agitador, aunque esta verdad la oigan con

desagrado muchos de los que se consagran con exclusividad a especulaciones científicas; pero eso es perfectamente comprensible. Un agitador capaz de difundir una idea en el seno de las masas será siempre un psicólogo, aun cuando él no sea sino un demagogo. En todo caso, el agitador podrá resultar un mejor líder que un teorizante abstraído del mundo y extraño a los hombres. Porque guiar quiere decir saber mover a las masas. El don de conformar ideas nada tiene que ver con la capacidad de liderazgo. Inútil será discutir qué es lo que tiene mayor importancia: ¿concebir ideales y plantear finalidades a la Humanidad, o realizarlos? También en esto, como pasa a menudo en la vida, lo uno no tendría ningún sentido sin lo otro. La más bella concepción teórica quedará sin objetivo ni valor práctico alguno si falta el líder que mueva las masas en aquel sentido. E inversamente, ¿de qué serviría la genialidad y todo el empuje del líder si el teorizante ingenioso no precisase de antemano los fines de la lucha humana? Pero lo más raro en este planeta es hallar encarnados en una misma persona al teórico, al organizador y al líder. Esta conjunción es la que revela al hombre genial.

Como ya dije, durante la primera época de mi actividad en el Movimiento me dediqué por entero a la propaganda. Gracias a ella debió crearse, poco a poco, un pequeño núcleo de hombres imbuidos en la nueva doctrina, formando así el material que después iba a dar los primeros elementos básicos de una organización. Por ello, cuidábamos más la propaganda que la organización.

Si un movimiento tiene como finalidad demoler una situación existente para reconstruir en su lugar un mundo nuevo, es preciso que todos sus líderes estén de acuerdo sobre los siguientes principios fundamentales: el movimiento debe dividir el conjunto humano conquistado para la causa en dos grandes grupos, simpatizantes y miembros.

El cometido de la propaganda consiste en reclutar adeptos, en tanto que el de la organización es ganar miembros.

Adepto a una causa es aquél que declara hallarse de acuerdo con los fines a que tiende la misma; miembro es el que lucha por ella.

El adepto se alista a un movimiento por medio de la propaganda.

El miembro es conducido por la organización a cooperar personal y activamente para la incorporación de nuevos adeptos, de los cuales entonces se podrán seleccionar nuevos miembros.

Ser adepto requiere únicamente el reconocimiento pasivo de una idea; ser miembro, en cambio, significa representar esa idea y defenderla. Entre diez adeptos se encontrará como máximo uno o dos militantes.

La adhesión radica en el solo reconocimiento de la Idea, mientras que ser miembro supone el coraje de representar personalmente la verdad reconocida como tal y propagarla.

Ese reconocimiento de la Idea en su forma pasiva corresponde a la mentalidad de la mayoría, que es indolente y cobarde; el ser miembro, sin embargo, obliga a la acción y es propio únicamente de la minoría.

En consecuencia, la propaganda tendrá que laborar incesantemente a fin de que una idea gane adeptos, y la organización concretarse rigurosamente a seleccionar del conjunto de los adeptos sólo a los más calificados para conferirles la calidad de miembros. La propaganda, por consiguiente, no necesita examinar el valor de cada uno de los prosélitos que haya logrado captar en cuanto a eficacia, capacidad, inteligencia o carácter; deberá ser la organización quien escoja cautelosamente a los que efectivamente tienen capacidad para conducir el movimiento hacia la victoria.



La propaganda trata de imponer una doctrina a todo el pueblo; la organización, acepta en su seno únicamente a aquellos que, por razones psicológicas, no amenacen transformarse en obstáculo para una mayor divulgación de la Idea.



La propaganda orienta a la colectividad en el sentido de una determinada idea y la prepara para la hora del triunfo, en tanto que la organización pugna por ese triunfo mediante la cohesión activa, constante y sistemática de aquellos adeptos que revelen disposiciones y aptitudes para impulsar la lucha hasta un final victorioso.



La victoria de una idea será tanto más fácil cuanto más intensa sea la propaganda y cuanto más exclusiva, rígida y sólida sea la organización que, de forma práctica, tome a su cargo la realización del combate.

De esto se infiere que el número de adeptos jamás podrá ser suficientemente grande; el número de miembros, en cambio, es susceptible de resultar demasiado amplio.



Cuando la propaganda ya conquistó a una Nación entera para una idea, surge el momento propicio para que la organización, con un puñado de hombres, saque las consecuencias prácticas. Propaganda y organización, es decir, adeptos y militantes, son dos conceptos que están en función el uno del otro.

Cuanto mejor actúe la propaganda tanto menor podrá ser la organización; cuanto mayor fuese el número de adeptos, tanto más exiguo puede ser el número de militantes, y viceversa: cuanto peor fuese la propaganda, tanto mayor debe ser la organización, y cuanto más diminuto el número de adeptos de un movimiento, tanto más numeroso debe ser el número de sus organizadores si se quiere lograr el triunfo.



El primer deber de la propaganda consiste en conquistar adeptos para la futura organización; el primer deber de la organización consiste en seleccionar los adeptos para la continuación de la propaganda. El segundo deber de la propaganda es la destrucción del sistema actual y la divulgación de la nueva doctrina; en cuanto que el segundo deber de la organización debe ser la lucha por el poder para conseguir, por ese medio, el éxito definitivo de la doctrina.



El éxito decisivo de una revolución ideológica consiste siempre en lograr inculcar la nueva ideología a todo el mundo, o imponerla por la fuerza si es necesario; en cambio, la organización de la Idea, esto es, el propio Movimiento, deberá abarcar solamente el número de hombres indispensable para el manejo de los organismos centrales en el mecanismo del futuro Estado.

En otras palabras: en cada gran Movimiento destinado a revolucionar el mundo, la propaganda primeramente tendrá que divulgar la ideología del mismo. Infatigablemente tendrá que explicar a las masas las nuevas ideas, atraerlas a sus filas o, por lo menos, destruir las creencias en boga. La difusión de una idea, esto es, la propaganda, debe tener un núcleo central de dirección; así, será necesaria una organización sólida que se encargue de ello. La organización recluta a sus miembros de entre el total de simpatizantes conquistados por la propaganda, por lo que su número crecerá tanto más rápido cuanto más intensivo sea el trabajo de propaganda, y a su vez, ésta será capaz de funcionar tanto mejor, cuanto más fuerte y enérgica sea la organización que la respalde.

El supremo cometido de la organización estriba en evitar que posibles divergencias surgidas en el seno de los miembros del movimiento lo conduzcan a una división y, con ello, a un debilitamiento de la labor del conjunto. Debe cuidar, además, que el espíritu de acción no desaparezca, sino más bien que se renueve constantemente y se consolide. No es preciso que aumente infinitamente el número de militantes, al contrario. Sólo una pequeña parte de la Humanidad posee un carácter enérgico y resuelto; un movimiento que aumentase desproporcionadamente su organización central quedaría forzosamente debilitado. Organizaciones, es decir, conjuntos de miembros que sobrepasan un cierto límite, pierden paulatinamente su fuerza combativa y no son ya capaces de impulsar con interés y dinamismo la propaganda de una Idea, y menos de saberla utilizar convenientemente.

Cuanto más fuerte y revolucionaria sea una Idea, tanto más activistas deben ser sus defensores, pues la fuerza revolucionaria de la doctrina, al conllevar cierto peligro para sus portadores, mantendrá alejada de ella a los cobardes y pequeños burgueses. A escondidas, querrán pasar como adeptos, pero en público, desistirán de declarar su militancia. Por esto, solamente se incorporarán a la organización de una doctrina efectivamente revolucionaria los más activos de entre los adeptos conquistados por la propaganda. Es justamente en la eficacia de los miembros de un movimiento, garantizada por su selección natural, donde reside la condición esencial tanto de una amplia y activa propagación de la Idea, como del combate bien orientado a la realización de la misma.

El mayor peligro que puede amenazar a un movimiento es un número exagerado de integrantes adquiridos como consecuencia del triunfo fácil, pues todos los cobardes y egoístas huyen de un movimiento en cuanto éste se tiene que enfrentar a luchas ásperas, al paso que se incorporan cuando el triunfo del Partido es fácil de prever o ya se ha realizado.

Ése es el motivo por el que muchos movimientos victoriosos, debido a inexplicables debilidades internas, fracasan de repente antes de alcanzar su finalidad, cesan la lucha y finalmente desaparecen. Como consecuencia de una rápida victoria inicial, entran en su organización tantos elementos malos, indignos, y sobre todo cobardes, que esos caracteres inferiores consiguen finalmente la preponderancia sobre los luchadores enérgicos, para luego desviar el movimiento en favor de sus propios intereses, degradándolo al nivel de su escaso heroísmo, y sin hacer nada para culminar la victoria del primitivo Ideal. Desaparece así el entusiasmo del objetivo fanático y se

paraliza la fuerza de combate, o como coloquialmente se dice en estos casos, «se echó agua al vino». Se ha destruido el alto vuelo del movimiento.

Por eso es esencial que en el momento en que el éxito se ponga del lado del movimiento, éste —obrando por simple instinto de conservación— suspenda automáticamente la admisión de nuevos miembros y amplíe en el futuro su organización con sumo cuidado y tras un minucioso examen de los respectivos elementos que lo constituyen. Únicamente así podrá el movimiento mantener su núcleo incólume y sano; luego, hará que bajo tales circunstancias sea exclusivamente este núcleo el que guíe y conduzca al movimiento, es decir, el que determine la propaganda destinada a lograr que se le reconozca universalmente y que, como dueño del poder, adopte los procedimientos necesarios para la realización práctica de sus ideas.

La organización debe reclutar del primitivo núcleo del movimiento no sólo a los hombres que deben ocupar todos los puestos importantes en el terreno conquistado, sino también en la dirección general, y eso debe durar hasta que los principios y doctrinas del Partido se transformen en el fundamento del nuevo Estado. Sólo entonces, paulatinamente, se podrán poner las riendas en manos de la nueva Constitución de este Estado, nacido del espíritu del movimiento. Eso, sin embargo, también generalmente se realiza mediante luchas internas, pues no se trata de una cuestión de humanos conocimientos, sino de un juego de fuerzas que, en verdad, pueden ser previamente reconocidas, pero no constantemente controladas.

Todos los grandes movimientos, sean de índole religiosa o política, debieron su éxito portentoso al conocimiento y aplicación de estos principios; no se conciben éxitos perdurables sin la observancia de tales leyes.



Como dirigente de la propaganda del Partido, me esforcé seriamente no sólo en preparar el terreno para el gran desarrollo ulterior de nuestro Movimiento, sino que, gracias a un criterio radical en esta labor, me empeñé también en que la organización recibiera siempre los mejores elementos; pues, cuanto más intensa y combativa era mi propaganda, tanto más atemorizados se sentían los débiles y temerosos, impidiéndose de esta suerte su ingreso en el núcleo central de nuestra organización. Quizá simpatizaran con la causa, pero ciertamente no muy decididos, sino con un silencio asustadizo. Cuántos miles afirmaban en aquel tiempo que estarían absolutamente de acuerdo con todo, pero que sin embargo no podían ser miembros bajo ninguna circunstancia. El Movimiento, decían, era tan radical que si tomaran parte de forma activa quedarían expuestos a los más serios peligros y objeciones; por lo tanto, aunque se entregaban de corazón a nuestra causa, preferían mantenerse a un lado por el momento.

Estaba bien así. Si todos los que en su interior no estaban de acuerdo con la Revolución se hubiesen afiliado a nuestro Partido, hoy podríamos ser considerados como una congregación religiosa, mas no como un movimiento fuerte y dispuesto para el combate.

La forma agresiva y animada que conferí en aquel tiempo a nuestra propaganda, consolidó y garantizó la tendencia radical del nuevo Movimiento. Así, el mismo quedó constituido, salvo rarísimas excepciones, por revolucionarios radicales capaces de asumir la responsabilidad de defensores de la Causa.

El efecto de esa propaganda fue tal que, al poco tiempo, cientos de miles no sólo estaban de acuerdo con nosotros, sino que deseaban nuestra victoria aunque,

personalmente, fueran demasiado cobardes para sacrificarse por la causa o incluso para participar de ella.

Hasta mediados de 1921 aquella actividad puramente propagandística bastó para la marcha del Movimiento. Sin embargo, en el verano del mismo año, sucesos especiales aconsejaron la conveniencia de adaptar la organización al éxito cada vez más evidente de la propaganda.

El intento de un grupo de patrióticos visionarios, con el apoyo benévolo del Presidente del Partido de aquel entonces, de apoderarse de la dirección del mismo, no tuvo mayor éxito, siéndome conferida unánimemente, en una asamblea general, la Jefatura de todo el Movimiento. Al mismo tiempo, se tomó una nueva resolución por la cual se investía al Presidente con toda la responsabilidad del Movimiento y se abolía el sistema de resoluciones en asamblea, substituyéndolas por un sistema de división del trabajo que, desde entonces, ha dado los mejores resultados.

Desde el primero de agosto de 1921 me encargué de la reorganización interna del Partido, encontrando para ello el apoyo de un gran número de excelentes camaradas.

La experiencia aportada por los resultados de la propaganda logró apartar de la organización ciertos hábitos y reafirmar principios que no existían en ninguno de los partidos de aquel entonces.

En los años de 1919 y 1920 se hallaba a cargo de la dirección del Movimiento un Comité elegido por los miembros en asamblea, la cual, a su vez, estaba preceptuada por ley. La Comisión se componía de un primer y un segundo tesorero; un primer y un segundo secretario y, como dirigentes, un primer y un segundo presidente. A esto se añadía un representante del grupo de militantes, un jefe de propaganda y varios asesores.

Este Comité encarnaba, aunque esto sea paradójico, precisamente aquello que el Movimiento se proponía combatir con todo rigor: el parlamentarismo. Pues era evidente que se trataba de un principio que, partiendo de los más pequeños grupos locales, y pasando por los futuros distritos, regiones, estados, etc., hasta llegar al Gobierno del Reich, representaba el mismo sistema parlamentario bajo el cual todos estábamos y estamos todavía hoy sufriendo.

Era una necesidad urgentísima modificar esa situación, a menos que quisiéramos que el Movimiento quedase para siempre corrompido como consecuencia de las falsas bases de su organización interna y, por tanto, incapaz de llevar a cabo algún día su más elevada finalidad.

Las sesiones del Comité, en las cuales se levantaba acta y donde las resoluciones eran adoptadas por mayoría, representaban realmente un Parlamento a escala menor. En ellas había ausencia de cualquier responsabilidad personal. Como en las grandes asambleas políticas estatales, imperaban en esos comités los mismos absurdos y las mismas extravagancias. Fueron nombrados para ese Comité secretarios, tesoreros, representantes de la totalidad de los miembros de la organización, representantes para la propaganda y para sabe Dios qué otras cosas más, y todos juntos debían, sin embargo, tomar resoluciones por medio del voto con respecto a cualquier cuestión aislada. Es decir, que el individuo que representaba la Sección de Propaganda decidía sobre un asunto de competencia del encargado de las finanzas, éste a su vez decidía sobre asuntos de organización, y el que se encargaba de la organización, se ocupaba también sobre detalles que competían a los secretarios.

¿Para qué nombrar a alguien responsable de la propaganda, cuando tesoreros y secretarios debían decidir también sobre asuntos que solamente eran de la competencia de aquél? Para alguien normal esto resultaba tan incomprensible, como incomprensible

sería si, en una gran empresa industrial, los gerentes o directores de otras secciones o de otros ramos decidiesen sobre asuntos con los cuales no tienen absolutamente nada que ver.

Semejante absurdo no comulgaba conmigo, por lo que muy pronto dejé de asistir a las sesiones. Cumplía con mi deber de propaganda y eso era todo; por lo demás, no admitía que ningún ignorante tratase de inmiscuirse en mi campo, de la misma manera que yo tampoco interfería en las decisiones de los demás.

El mal debió tocar a su fin en el momento en que, aprobados los nuevos Estatutos y llamado a ocupar la Presidencia del Partido, conté con la autoridad suficiente y el derecho correspondiente. En lugar de las resoluciones en Comité, establecí el principio de la responsabilidad absoluta.

El Presidente era el responsable de la marcha de todo el Movimiento. A él le incumbía la distribución de labores entre los miembros del Comité dependiente de él, y entre los colaboradores que fuesen necesarios. Cada uno, a su vez, era responsable único del cometido que se le confiaba y estaba directamente subordinado al Presidente, quien debía velar por la cooperación de todos, ya sea seleccionando sujetos o dando directivas generales que ayudasen a promover el trabajo conjunto.

Esta ley de la responsabilidad, como cuestión de principio, se convirtió poco a poco en una evidencia dentro del Movimiento, por lo menos en cuanto a la dirección del Partido se refiere. En los pequeños grupos locales y quizá también en los distritos y regiones, serán precisos años para hacer triunfar esos principios, pues los espíritus tímidos e incapaces siempre se opondrán a los mismos. Para ellos siempre será desagradable la responsabilidad personal en cualquier decisión, por eso, se sienten mejor y más libres si tienen en cualquier decisión difícil el apoyo de la mayoría de un Comité. Así, me pareció necesario adoptar, con todo rigor, una posición contra tales tendencias, no hacer concesiones a la cobardía ante la responsabilidad y conseguir así, aunque después de mucho tiempo, desarrollar un concepto del deber y capacidad del Líder que permita ascender a la posición de líderes justamente a los escogidos y predestinados.

En cualquier caso, un movimiento que se propone combatir la locura parlamentaria debe evitar él mismo el mal que combate. Solamente sobre una base tal podrá adquirir éste la fuerza para su lucha.

Un movimiento que, en una época donde reina la norma mayoritaria en todo y en todos, acata el principio de la autoridad del Führer y la responsabilidad inherente a este principio, superará un día con seguridad matemática la situación reinante y vencerá sobre el régimen existente.

Ese principio dio origen, en el seno del Movimiento, a una completa reorganización del mismo y, en su resultado lógico, también a una separación muy rigurosa entre las funciones económicas del Movimiento y las funciones de la dirección política general. El principio de la responsabilidad individual fue adoptado también en todas las funciones internas del Partido, trayendo en la misma medida, como era de esperar, un saneamiento de las mismas, liberándolas de cualquier influencia política y limitándolas a puntos de vista puramente económicos.

Cuando en el otoño de 1919 entré en el Partido, entonces formado por seis miembros, éste no tenía ni oficinas ni empleados; ni siquiera formularios, sellos o impresos. El local para las reuniones del Comité era, al principio, una posada en la Herrnstrasse, y más tarde un café en el *Gasteig*. Aquella situación era inadmisible. Poco tiempo después me puse a recorrer gran número de cervecerías y restaurantes de Múnich, con la intención de poder alquilar un salón independiente o cualquier otro local

para el Partido. En la antigua Sterneckerbräu[145] encontré una pequeña sala, un sótano que antiguamente sirvió a los Consejeros de Estado de Baviera como una especie de taberna.

Era sombrío y oscuro, y tan propio para su anterior destino, como impropio para los nuevos objetivos. El hueco que constituía su única ventana era tan estrecho, que incluso en los días más luminosos de verano el cuarto seguía siendo triste y sombrío. Ésa fue nuestra primera oficina. Como, sin embargo, el alquiler era sólo de cincuenta marcos por mes (para nosotros en aquel tiempo una suma enorme), no podíamos alimentar grandes exigencias ni tampoco nos podíamos quejar cuando, por ejemplo, unos días después de nuestra mudanza, arrancaron todo el revestimiento de madera de las paredes, lo cual le daba a aquella habitación más la apariencia de una gruta que de una oficina. Pero incluso así, tener un local significaba un gran progreso.

Poco a poco fuimos instalando luz eléctrica, después un teléfono; llevamos una mesa y algunas sillas prestadas, finalmente una librería, después un armario; dos mostradores pertenecientes al casero servían para guardar folletos, carteles, etc.

Dirigir el Movimiento mediante una asamblea del Comité una vez por semana resultaría imposible a largo plazo. Sólo un empleado, pagado por el Movimiento, podría garantizar un funcionamiento continuo de la actividad.

Eso era muy difícil en aquel tiempo. Contábamos todavía con un número tan diminuto de adeptos, que fue preciso un esfuerzo especial para encontrar entre ellos a un hombre que se contentase con muy poco para sí mismo, y que al mismo tiempo pudiese realizar las múltiples exigencias del Movimiento.

Fue en un soldado, antiguo camarada mío de nombre Schüssler, donde encontramos después de una prolongada búsqueda al primer administrador del Partido. Al principio, cada día entre las 18 y las 20 horas se presentaba en nuestra oficina; más adelante, entre las 17 y las 20, y finalmente toda la tarde hasta, en poco tiempo, llegar a ser nuestro Secretario exclusivamente, ocupándose de su trabajo desde por la mañana hasta bien entrada la noche. Era un hombre tan trabajador como cabal, y absolutamente honesto; trabajaba bien en todos los sentidos y era un fiel partidario. Schüssler trajo consigo una pequeña máquina de escribir «Adler» de su propiedad. Era la primera máquina de ese tipo al servicio de nuestro Movimiento. Más tarde, el Partido la compró pagando a plazos. Una pequeña caja fuerte se hacía necesaria para evitar el robo del fichero y de los libros de los miembros del Partido, no para guardar grandes sumas de dinero, que en aquel tiempo no teníamos; al contrario, éramos infinitamente pobres, por lo que muchas veces tuve que sacrificar parte de mis pequeños ahorros.

Año y medio después, la oficina se quedó pequeña y nos trasladamos a otro local en la Corneliusstrasse[146]. Una vez más, sería en una cervecería donde nos instalásemos, pero ahora ya no teníamos solamente una habitación, sino tres, y una gran sala con hermosos ventanales. En aquel entonces eso ya nos parecía mucho. Aquí permanecimos hasta noviembre de 1923.

En diciembre de 1920 adquirimos el *Völkischer Beobachter*. Este periódico que, como su nombre indica, defendía en general los intereses «populares» nacional-racistas, debió entonces convertirse en el órgano oficial del Partido. Durante un primer tiempo se publicó dos veces por semana; en 1923, como publicación diaria y, finalmente, en agosto del mismo año, adoptó el gran formato que todos conocemos.

---

[145] Sterneckerbräu, cervecería situada en el número 54 de la calle Tal, cerca del centro de Múnich. Actualmente la cervecería ya no existe, y el comercio que ocupa su lugar ha pasado a ser el número 38. El NSDAP tuvo allí su oficina desde enero de 1920 hasta octubre de 1921. La entrada a la oficina estaba en la calle lateral del edificio, en la actual Sterneckerstrasse. (N. del T.)

[146] El Partido ocupó, desde noviembre de 1921, una oficina del edificio situado en el número 12 de la Corneliusstrasse de Múnich. El antiguo edificio ha sido restaurado, y su fachada actual nada tiene que ver con la imagen que presentó durante esos años. (N. del T.)

En aquel tiempo, la escasa experiencia en materia de imprenta me jugó una mala pasada.

Frente al poderío de la prensa judía, no existía casi ningún periódico nacionalista de importancia efectiva que defendiera la causa, y eso daba mucho que pensar. En gran parte, era atribuible —como más tarde tuve ocasión de constatar personalmente en infinidad de casos prácticos— a la contextura comercial poco hábil de las empresas de índole política *völkisch*. Se dejaban absorber demasiado por el criterio de que la opinión debía prevalecer sobre la acción que produce resultados; un punto de vista totalmente errado si se tiene en cuenta que precisamente estos resultados representan la más bella expresión del modo de pensar, pues la opinión no deja de ser algo interior, que debe hallar su exteriorización en actividades productivas. Aquél que está efectivamente creando para su Nación algo realmente valioso, está demostrando con eso poseer una Idea igualmente valiosa, mientras que aquél que sólo finge tener ideas sin hacerlas realidad, y por tanto, sin ponerlas al servicio útil de su pueblo, pervierte toda Idea efectiva, y con ello, también a su comunidad.

También el *Völkischer Beobachter* era, como su título indica, un órgano *völkisch* con todas las ventajas y, sobre todo, con los defectos y debilidades inherentes a las instituciones *völkisch* de la época. Aunque era honorable su contenido, la administración de la empresa era comercialmente imposible. También aquí se partía de la opinión de que los periódicos *völkisch* debían ser sostenidos mediante contribuciones voluntarias de círculos populares, en lugar de reflexionar que, al fin y al cabo, un periódico tiene que abrirse paso en competencia con los demás y que no es honesto querer solventar las negligencias o errores de la gerencia de la empresa con los donativos de patriotas bien intencionados.

Por mi parte, me esforcé en reparar aquel estado de cosas, de cuya gravedad pronto me di cuenta; auxiliándome la fortuna en mi propósito, me permitió conocer al hombre que desde entonces ha prestado meritísimos servicios a la causa nacionalsocialista, no sólo como gerente del periódico, sino también como Administrador del Partido. En 1914, es decir, en la Guerra, conocí (entonces yo era subordinado suyo) a nuestro actual gerente general del Partido, Max Amann. Durante los cuatro años de Guerra tuve ocasión de observar casi constantemente las extraordinarias condiciones de capacidad, diligencia y escrupulosidad que caracterizaban al que después debió ser mi colaborador.

Cuando en el verano de 1921 nuestro Movimiento atravesaba una difícil crisis, y me hallaba descontento del trabajo de algunos empleados, especialmente de uno de ellos, apelé a mi antiguo camarada de regimiento pidiéndole que tomara a su cargo la administración del Partido. Amann se encontraba por entonces en un empleo sólido y prometedor, por lo que sólo después de larga reflexión decidió aceptar mi llamada, bajo la expresa condición de reconocer una sola autoridad y no ponerse jamás a merced de un comité de sabelotodo.

Corresponde al mérito perdurable de éste nuestro primer gerente, hombre de amplia preparación comercial, el haber introducido orden e integridad en el mecanismo administrativo del Partido, quedando desde entonces estas características como ejemplares, sin que pudieran ser conseguidas, ni mucho menos superadas, por ninguna otra sección del Movimiento. Sin embargo, como ocurre siempre en la vida, las grandes habilidades son causa de celos y envidia en los demás y, naturalmente, era de esperar que ocurriera también en este caso; así pues, tuvimos que armarnos de paciencia.

Ya en 1922 existían ciertas directrices sólidas para guiar el Movimiento, tanto en el sentido económico como en lo que respecta propiamente a la organización. Ya había

un fichero central completo que abarcaba a todos los miembros del Partido. Del mismo modo, también las finanzas se llevaban firmemente. Los gastos debían ser cubiertos por ingresos corrientes, y los ingresos extraordinarios se destinaban únicamente a satisfacer los gastos extraordinarios. A pesar de los malos tiempos, el Movimiento logró permanecer, excepción hecha de algunas pequeñas cuentas corrientes, casi sin deudas; de hecho, se produjo incluso un aumento constante de los fondos. Se trabajaba como en una empresa privada: el personal de empleados debía distinguirse por su propio rendimiento y de nada valía tratar de cobijarse en su profesa lealtad al Partido. La convicción de cada nacionalsocialista se probaba, en primer lugar, por su buena voluntad, por su actividad, y por su capacidad para el cumplimiento del trabajo que le fuera encomendado por la comunidad nacional. Quien no cumplía su deber, no podría vanagloriarse de poseer un Ideal que en realidad él mismo no estaba encarnando. El nuevo administrador del Partido defendía, con toda energía y contra cualquier influencia, el punto de vista según el cual las funciones internas no se deben transformar en sinecuras para adeptos o militantes poco dispuestos a trabajar. Era natural que un movimiento que tan acremente luchaba contra la corrupción política reinante en la administración del Estado actual tuviera que mantener exento de vicios su propio aparato administrativo. Sucedió que fueron admitidos en la administración del periódico elementos que, en cuanto a sus convicciones, habían pertenecido originalmente al Partido Popular Bávaro y que, sin embargo, por su eficiencia, debían ser calificados como de primera clase. El resultado de este experimento fue excelente.

Justamente por ese leal y franco reconocimiento de la capacidad de cada uno, el Movimiento conquistó rápida y profundamente los corazones de estos empleados. Se hicieron más tarde buenos nacionalsocialistas, no sólo de palabra, sino testimoniándolo por el trabajo consciente y firme que ejercieron al servicio del nuevo Movimiento. Está claro que, en igualdad de condiciones, se daba preferencia al que era miembro del Partido frente al que no lo era. Nadie, sin embargo, era empleado sólo por ser miembro del Partido. La energía con que el nuevo administrador defendió este principio fundamental, poniéndolo en práctica contra cualquier resistencia, produjo a corto plazo las mayores ventajas para el Movimiento. Sólo así fue posible que, en los tiempos difíciles de inflación monetaria, cuando decenas de miles de empresas quebraban y decenas de periódicos debían cerrar las puertas, no sólo la dirección del Movimiento pudiera conservarse y cumplir sus deberes, sino que la edición del *Völkischer Beobachter* cada vez fuera más perfecta, llegando a ser en aquel tiempo uno de los grandes periódicos del país.

El año 1921 tuvo además la trascendencia de que, en mi calidad de Presidente del Partido, conseguí poco a poco anular en nuestras diversas actividades las críticas y las intromisiones de un sinfín de miembros del Comité. Eso fue importante, porque no se puede asignar un puesto de trabajo a alguien realmente capaz, cuando se permite a los más ignorantes meterse continuamente en todo, creyendo entender mejor las cosas y, en verdad, provocando sólo la peor confusión, para después retirarse silenciosamente hacia otro campo en el que ejercer su actividad de «supervisión» e «inspiración». Había gente que parecía dominada por un afán de crítica hacia todos y hacia todo, y que vivía en una especie de permanente preñez de excelentes planes, ideas, proyectos, métodos, etc. Su mayor y máxima aspiración era, generalmente, constituir un comité de control que no tenía otro fin que espiar el trabajo ordinario del resto de expertos. Cuán perjudicial y poco acorde al Nacionalsocialismo era que la gente que nada sabía de una determinada cosa estuviese continuamente interfiriendo en el trabajo de hombres realmente competentes. Sin embargo, esto nunca entró en la conciencia de aquellos

entusiastas de los comités. En cualquier caso, juzgué mi deber defender contra semejantes elementos, en aquellos tiempos, a todas las fuerzas eficaces del Movimiento sobre las que recaían las responsabilidades, garantizándoles el necesario apoyo y un campo de actividad en el que pudiesen continuar trabajando.

El procedimiento más eficaz para neutralizar tan inútiles comités, que no hacían más que incubar resoluciones prácticamente irrealizables, consistía en encomendarles un trabajo efectivo cualquiera. ¡Qué risible fue entonces ver cómo se esfumó silenciosamente todo ese conjunto de individuos! Eso me hacía pensar en el *Reichstag*. Con qué presteza desaparecerían también de allí todos los señores diputados, si en lugar de su locuacidad se les impusiese una labor auténtica, es decir, un trabajo que tuviese que ser realizado bajo la responsabilidad personal de cada uno de esos fanfarrones.

Ya en aquel tiempo exigí que, con respecto al Movimiento, debíamos buscar dentro de los diferentes sectores al empleado, administrador o gerente evidentemente capaz y honesto. Luego se le debería dar la autoridad y la libertad de acción incondicionales con respecto a sus subordinados y, al mismo tiempo, exigir de ellos responsabilidad absoluta para con sus superiores. Nadie puede tener autoridad sobre sus subordinados sin conocer personalmente y de manera absoluta el trabajo en cuestión. En el curso de dos años se logró imponer cada vez más mi modo de pensar, de tal manera que hoy el Movimiento Nacionalsocialista, por lo menos en cuanto a la alta dirección se refiere, está plenamente compenetrado con él.

El éxito material de aquel método de organización quedó así revelado el 9 de noviembre de 1923[147]: cuando cuatro años antes ingresé en el Movimiento, no se disponía ni de un simple sello; ahora, cuatro años más tarde —al producirse por orden del Gobierno la disolución del Partido y la confiscación de sus bienes— nuestro activo económico, incluyendo los objetos de valor y el periódico, ascendía a la suma de 170.000 marcos oro.

[147] Fecha del *Putsch* de Munich, que se inició la tarde del día 8 de noviembre de 1923, y finalizó al día siguiente, 9 de noviembre. (N. del T.)

Capítulo XII
EL PROBLEMA DE LOS SINDICATOS OBREROS

El rápido crecimiento de nuestro Movimiento nos obligó, en el año 1922, a tomar posición sobre un problema que todavía hoy no está totalmente resuelto.

En nuestro propósito por estudiar aquellos métodos que más pronto y más fácilmente pudiesen guiar nuestro Movimiento en el camino hacia el corazón de las masas, tropezábamos siempre con la objeción de que el obrero jamás llegaría a pertenecernos enteramente mientras la representación de sus intereses de orden profesional y económico continuase en manos de individuos y de organizaciones políticas de orientación diferente.

Naturalmente, éste era un problema bastante serio. El obrero que ejercía su actividad en una fábrica no podía sobrevivir de ningún modo, según la convicción general, si no se afiliaba a un sindicato. No era sólo su importancia profesional la que parecía estar protegida por ese medio; también la estabilidad de su posición en la fábrica era sólo imaginable estando afiliado a un sindicato. La mayoría de los obreros formaban parte de uniones sindicales. En general, éstas habían defendido las luchas por el salario, y convenido pactos salariales, los cuales ahora iban a asegurar al obrero una renta determinada. Indudablemente, los resultados de esa lucha eran favorables a todos los obreros de las fábricas; y el hombre honesto se hallaría en graves conflictos de conciencia si por ventura se beneficiase del salario obtenido a costa de la lucha de los sindicatos, habiendo permanecido personalmente ajeno a la misma.

Con el tipo normal de empresario burgués era muy difícil poder hablar sobre esos temas. No tenían la comprensión, o no querían tenerla, del lado material de la cuestión, ni tampoco del lado moral. Finalmente, todos sus pretendidos intereses económicos están contra toda concepción organizadora de las fuerzas del trabajo a él subordinadas, de suerte que la mayoría difícilmente se podría formar un juicio imparcial. Por tanto, en ese caso, como también en otros muchos, es necesario que la gente se agrupe en organizaciones externas que no sucumban a la tentación de no ver la realidad. Con buena voluntad, éstas lograrán mucho más fácilmente el entendimiento de un asunto que, de una manera u otra, pertenece a los temas más importantes de nuestra vida actual y del futuro.

Ya en la primera parte de este libro emití mi opinión acerca del carácter, finalidad y conveniencia de los sindicatos obreros. Sostuve que mientras no cambie la actitud que el patrón mantiene frente al obrero —sea por efecto de medidas proteccionistas por parte del Estado (generalmente infructuosas) o gracias a la influencia de una nueva educación—, no le quedará a éste último otro recurso que asumir por sí solo la defensa de sus intereses, fundándose en el derecho que tiene como factor importante y necesario en la vida económica de la Nación. Subrayé, además, que esto respondía totalmente a la conveniencia de la comunidad toda, si es que por tal procedimiento se lograba ahorrar al conjunto nacional los graves daños resultantes de las injusticias sociales. Esta necesidad —aclaré también— tendrá que considerarse como justificada mientras existan, entre los patrones, hombres no sólo faltos de toda noción de los deberes sociales, sino carentes de comprensión hasta para los más elementales derechos humanos. Así llegué a la conclusión de que, desde el instante en

que tal autodefensa sea considerada necesaria, su forma, lógicamente, sólo puede consistir en una organización de empleados con bases sindicales.

Esta era mi concepción general, y lo seguía siendo en el año 1922. Pero, en realidad, debíamos hallar una fórmula clara y determinada sobre la actitud a tomar frente a ese problema. No se trató, de ahí en adelante, de contentar a la gente sólo con reconocimientos, sino que fue necesario sacar conclusiones de orden práctico.

Cuatro son las cuestiones que nos habíamos planteado a este respecto:

1) ¿Son necesarios los sindicatos obreros?

Creo haber respondido a esta primera pregunta hasta la saciedad. Tal como se encuentran las cosas hoy en día, y de acuerdo con mi manera de pensar, los sindicatos son imprescindibles, pues estos pertenecen a las instituciones más importantes de la vida económica nacional. Mas su importancia no reposa sólo en la esfera político-social, sino, en grado mayor, en un sector político-nacional general. Pues un pueblo cuyas extensas masas obtienen, por medio de un movimiento sindical bien dirigido, la satisfacción de sus necesidades vitales y al mismo tiempo también una educación, igualmente alcanzará por ese medio una fuerza de resistencia enorme en su lucha por la existencia.

Los sindicatos son sobre todo necesarios como cimiento de las futuras instituciones económicas y de trabajadores.

2) ¿Deberá el NSDAP (Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores) organizar sindicatos obreros o inducir a sus miembros a participar de la actividad sindicalista?

Esta pregunta también se responde con facilidad. Si el movimiento sindicalista es fundamental, entonces queda claro que el Nacionalsocialismo debe adoptar una posición definitiva, no sólo meramente teórica, sino también práctica frente a tal cuestión. El Movimiento Nacionalsocialista, que ve el objetivo de su lucha en la creación del Estado nacionalsocialista del pueblo, debe tener en cuenta que todas las instituciones de este futuro Estado deben surgir necesariamente del seno mismo del Movimiento. Será el mayor de los errores creer que la sola posesión del mando, y sin contar de antemano con cierto contingente de hombres preparados, sobre todo ideológicamente, haga que *ipso facto* y de la nada pueda llevarse a cabo un nuevo plan de reorganización. También aquí tiene valor intrínseco el principio de que la forma exterior, de fácil creación mecánica, es siempre menos importante que el espíritu que encarna la forma. Autoritariamente se puede, por ejemplo, insertar en el organismo estatal el *Führerprinzip*[148] de manera dictatorial. Pero sólo llegará a convertirse en una realidad si sigue su propia evolución, aplicándose paulatinamente y comenzando por lo más insignificante; y por la constante selección de material humano que la dura realidad de la vida vaya forjando en el transcurso de muchos años, para la ejecución de ese principio.

Por tanto, no se debe imaginar que súbitamente han de extraerse de un maletín los proyectos destinados a una nueva estructuración del Estado, para luego ponerlos en práctica desde arriba por virtud de un acto de autoridad. Se puede intentar, desde luego, pero el resultado seguramente no será viable. Esto me recuerda el origen de la Constitución de Weimar y la tentativa de darle al pueblo alemán, junto con aquella

[148] Principio de autoridad absoluta del Líder o Principio de Liderazgo. Se basa en la capacidad de cada líder para obrar con libertad, dirigiendo a sus subordinados en el área correspondiente a su competencia, a la vez que, como responsable de los mismos, responde frente a los oficiales de mayor rango. (N. del T.)

Constitución una nueva bandera que no tenía la menor relación con la Historia de nuestro pueblo de los últimos cincuenta años.

También el Estado nacionalsocialista tiene que ponerse a cubierto de experimentos semejantes. Este Estado podrá emerger únicamente de una organización ya existente desde tiempo atrás y que encarne el espíritu nacionalsocialista en su esencia misma.

Como ya fue señalado, los núcleos de las Cámaras Económicas se hallarán en las diversas representaciones profesionales, es decir, antes que nada, en los sindicatos. Pero si esa posterior representación de clases y el Parlamento Económico Central tuviesen que representar una institución nacionalsocialista, entonces será menester que también esos importantes núcleos sean portadores de una opinión y de una concepción nacionalsocialista. Las instituciones del Movimiento serán transferidas al Estado, pues el Estado no puede, repentinamente, sacar de la nada como por arte de magia las instituciones correspondientes, a menos que sean creadas para permanecer en estado latente.

Desde luego, este elevado punto de vista obliga a nuestro Movimiento a reconocer la necesidad de desplegar una actividad propia en cuanto a la cuestión sindicalista. Con todo, una educación realmente nacionalsocialista, tanto del empresario como del empleado, en el sentido de una integración mutua en el marco de la comunidad nacional, no se realizará mediante adoctrinamientos teóricos, proclamaciones o advertencias, sino por medio de la lucha en la vida cotidiana. En ella y por ella el Movimiento tiene que educar a los diferentes grupos económicos y, en los grandes puntos de vista, aproximarlos unos a otros. Sin un trabajo preliminar de ese género, cualquier esperanza en la duración de una verdadera comunidad nacional futura no irá más allá de la pura ilusión. El gran Ideal representado en la *Weltanschauung* que el Movimiento defiende, sólo podrá forjarse e ir formando esta corriente de pensamiento lentamente y paso a paso. Quedará así patente que la nueva situación cuenta con una profunda y sólida base, lejos de la mera apariencia externa.

El Movimiento no sólo tendrá que adoptar una actitud positiva hacia la idea sindicalista como tal, sino que también deberá proporcionar a sus adeptos y militantes la educación práctica requerida para cumplir las exigencias del futuro Estado nacionalsocialista.

3) ¿Qué carácter deberá revestir un sindicato obrero nacionalsocialista? ¿Cuáles son sus fines y cuáles nuestras obligaciones?

La respuesta a la tercera pregunta resulta de lo dicho anteriormente.

La institución sindicalista dentro del Nacionalsocialismo no es un órgano de lucha de clases, sino un portavoz de representación profesional. El Estado nacionalsocialista no distingue «clases», sino que conoce, en el sentido político, únicamente ciudadanos con derechos absolutamente iguales y, consiguientemente, con deberes generales también iguales, así como sujetos que carecen por completo de derechos políticos.

El sindicato, desde un punto de vista nacionalsocialista, no tiene por misión transformar en una clase a determinados hombres agrupados en el seno de una corporación nacional, para después ir con ella a entablar la lucha contra elementos organizados de manera idéntica en el seno de la comunidad nacional. Esta misión no la podemos atribuir al sindicalismo, sino que le fue conferida en el momento en que se transformó en un instrumento de lucha del marxismo. El sindicalismo en sí no es sinónimo de «antagonismo social»; es el marxismo quien ha hecho de él un instrumento

para su lucha de clases. El marxismo creó con ello el arma que emplea el judío internacional para destruir la base económica de los Estados nacionales, libres e independientes, y lograr de este modo la devastación de sus industrias y de su comercio nacional, tendiendo a la postre a esclavizar pueblos autónomos para ponerlos al servicio de la supranacional finanza mundial judía.

El sindicalismo nacionalsocialista tiene, por el contrario, gracias a la concentración organizada de los diversos grupos que participan en el proceso económico de la Nación, el deber de acrecentar la seguridad de la economía nacional y de reforzarla mediante la extirpación correctiva de todas aquellas anomalías que, a fin de cuentas, ejercen una influencia destructora sobre el organismo nacional, dañando la vitalidad del pueblo y con ello la del Estado mismo, para determinar a la postre la ruina de toda la economía.

Para el sindicato nacionalsocialista, por consiguiente, la huelga no es un medio de agitación y destrucción de la producción nacional, sino por el contrario, un instrumento para su elevación y expansión mediante la abolición de todas las situaciones que, como consecuencia de su carácter antisocial, dificultan el rendimiento de la economía y consecuentemente la existencia de la propia nación. Pues, la capacidad del individuo está siempre en relación causal con la posición jurídica y social general que adopta dentro del proceso económico. Del examen de esta situación resultará su actitud frente a dicho proceso.

El obrero nacionalsocialista debe saber que la prosperidad de la economía nacional significa su propio bienestar material.

Por su parte, el patrón nacionalsocialista debe reconocer que la felicidad y el bienestar de sus obreros son condición previa para la existencia y el progreso de su propia capacidad económica.

Ambos, patrones y obreros nacionalsocialistas, son los representantes y administradores del conjunto de la comunidad nacional. La elevada medida de libertad personal que se les otorga en su actuación se explica por el hecho de que, de acuerdo con la experiencia, la capacidad del individuo aumenta más con la concesión de una amplia libertad que con la coacción venida de lo más alto; además, es lo más conveniente para que el proceso de selección natural de los más hábiles, los más capaces y los más trabajadores, no sea obstaculizado. Por eso, para el sindicalismo nacionalsocialista, la huelga es un recurso que puede y ha de emplearse sólo mientras no exista un Estado racial nacionalsocialista, encargado de velar por la protección y el bienestar de todos, en lugar de fomentar una lucha de masas entre los dos grandes grupos (patrones y obreros) y cuya consecuencia es la disminución de la producción, lo que perjudica siempre a los intereses de la comunidad. Le incumbirá a las Cámaras de Comercio la obligación de garantizar el funcionamiento de esta actividad nacional, subsanando errores y corrigiendo anomalías. Lo que hoy implica una lucha de millones de individuos, mañana encontrará solución en las Cámaras Profesionales y en un Parlamento Económico Central. Así, dejarán de combatir los unos contra los otros —obreros y patrones— en la guerra de salarios que daña la existencia económica de ambos y, de común acuerdo, arreglarán sus divergencias ante una instancia superior imbuida en el ideal del bien de la comunidad y el Estado.

También aquí, como en cualquier parte, tiene que prevalecer el principio superior de que, en primer lugar está la Patria y, sólo después, el Partido.

El objetivo del sindicalismo nacionalsocialista reside en la educación y preparación hacia ese fin, el cual puede definirse así: el trabajo común de todos en pro

de la conservación y seguridad de nuestro pueblo y del Estado, conforme a las aptitudes y energías innatas de cada uno, desarrolladas en el seno de la comunidad nacional.

4) ¿Cómo llegaremos a organizar tales sindicatos obreros?

Esta cuarta pregunta pareció ser en su día la más difícil de responder.

Generalmente es más fácil edificar en terreno nuevo que en uno donde ya existen una serie de instituciones establecidas. Por ejemplo, en un barrio en el que todavía no existe ningún comercio de carácter específico, resultará sencillo hallar la manera de establecer cualquier negocio. Pero más difícil se vuelve eso cuando ya se encuentra en esa misma zona un establecimiento similar. Y más difícil será si, además, coexisten circunstancias en virtud de las cuales sólo uno de ellos puede prosperar. Pues aquí los fundadores se encuentran ante la tarea de no sólo emprender su propia nueva empresa, sino de poder subsistir, aniquilando lo que anteriormente había en ese mismo lugar.

Desde luego, sería absurdo que un sindicato obrero nacionalsocialista trabajara junto a otros sindicatos obreros de índole diferente. Pues cada sindicato debe sentirse imbuido por la naturaleza ideológica de su misión y por la intolerancia que se deriva de ese deber innato con relación a otras formaciones análogas u hostiles; y debe también insistir en que su formación es la única necesaria, excluyendo así a todas las demás. Tampoco existe aquí la posibilidad de un entendimiento o de un compromiso, hermanando tendencias parecidas, sino únicamente el mantenimiento del derecho absoluto y exclusivo.

Hay dos procedimientos para alcanzar tal evolución.

1) Fundar una institución sindicalista propia, para luego iniciar la lucha contra el sindicalismo internacional marxista, o

2) Penetrar en el seno de los sindicatos marxistas y tratar de saturarlos del nuevo espíritu y transformarlos en instrumentos de la nueva ideología.

Contra el primer recurso hay que tener en cuenta las siguientes consideraciones:

Nuestras dificultades financieras eran en aquel tiempo cada vez más graves, y los medios que teníamos a nuestra disposición, absolutamente insignificantes. La lenta pero siempre creciente inflación agravaba la situación, pues en esos años apenas se podía hablar de una utilidad material palpable del sindicato para con sus miembros. El obrero, considerado desde ese punto de vista, no tenía motivo alguno para contribuir económicamente con el sindicato. Incluso los sindicatos marxistas existentes estaban casi a las puertas de la quiebra; mas, en virtud de la genial acción en el Ruhr del señor Cuno[149], los millones caerían súbitamente en su seno. Podemos designar a este canciller «nacional» como el salvador de los sindicatos marxistas.

Nosotros no podíamos contar con tales facilidades financieras; y tampoco se podía inducir a nadie a entrar en un nuevo sindicato que, como consecuencia de su impotencia económica, no le habría podido ofrecer ni lo más mínimo. Por otro lado, me vi obligado a oponerme forzosamente a la creación de una organización que hubiese acabado por convertirse en el refugio de un puñado de intelectuales de mayor o menor grandeza.

Además, la cuestión del personal desempeñaba el papel más importante. No disponía entonces de un solo hombre en el que yo hubiera confiado la solución de esa gigantesca tarea. ¿Quién, en aquel tiempo, hubiese realmente destruido a los sindicatos marxistas para, en lugar de esa institución de lucha de clases aniquiladora, colocar la

[149] Wilhelm Cuno. Ocupó el puesto de Canciller de Alemania durante la República de Weimar desde 1922 hasta 1923. Durante su mandato fue «testigo» de la hiperinflación que asoló el país, así como de la ocupación francesa del Ruhr. (N. del T.)

idea del sindicato nacionalsocialista y contribuir a su victoria? Ese ser habría de pertenecer al número de los verdaderos grandes hombres de nuestro pueblo y su busto ser honrado un día por la posteridad en el Walhalla de Regensburg[150].

Pero no conocía a ningún hombre al que poder rendir tal homenaje.

Es absolutamente erróneo creer que los sindicatos internacionales están dirigidos únicamente por algunos hombres de mediocre significación. Esto no es así, pues en realidad, cuando estos fueron fundados antaño, no existía nada que se les pareciera. Hoy, el Movimiento Nacionalsocialista tiene que luchar contra una organización gigantesca ya existente desde hace mucho tiempo y perfectamente construida hasta en sus más mínimos detalles. El conquistador debe ser siempre más genial que el defensor, si quiere vencerlo. La fortaleza sindical marxista puede, en verdad, ser administrada hoy por caciques corrientes, mas lo único que podrá con ella es la salvaje energía y la genial capacidad de un líder extraordinario venido del lado opuesto. De no ser así, resultará del todo inútil luchar contra el Destino, y todavía mucho más insensato sería querer forzar las cosas con sucedáneos insuficientes.

Aquí se imponía aplicar la experiencia de que en la vida resulta preferible dejar de lado una cosa antes de hacerla mal, o a medias, por falta de elementos apropiados.

A todo lo dicho cabe añadir otro aspecto más, sin que por ello tome el carácter de demagogia. Yo poseía entonces, y poseo todavía hoy, la convicción incuestionable de que es peligroso unir una gran lucha político-ideológica, demasiado prematuramente, con asuntos económicos. Esto es válido especialmente para nuestro pueblo alemán. Pues, en un caso tal, la lucha económica enseguida restará energías a la lucha política. Tan pronto como el pueblo adquiera la convicción de que por medio del ahorro podrá obtener una casa, se dedicará meramente a esa tarea, y ya no le quedará ningún tiempo para la lucha política contra aquellos que, de un modo u otro, piensan en substraerle de nuevo hasta el último céntimo ahorrado. En lugar de luchar en el campo político por la opinión y convicción adquiridas, se centrará tan sólo en su idea de «asentamiento», para al final, encontrarse la mayoría de las veces nadando entre dos aguas.

El Movimiento Nacionalsocialista se encuentra hoy al comienzo de su lucha. En primer lugar, debe formar su concepción filosófica o *Weltanschauung* y completarla. Tiene que luchar con todas sus energías para la realización de sus grandes ideales, siendo el éxito sólo imaginable si todas las fuerzas se pusieran, sin excepción, al servicio de esa lucha. Ocuparse de los problemas económicos puede paralizar la fuerza activa de la lucha, y esto lo vemos justamente hoy en un ejemplo muy claro:

La Revolución de noviembre de 1918 no fue instigada por sindicatos, sino que se realizó a pesar de ellos. Y la burguesía alemana no entró en la lucha política por el futuro de Alemania, porque ese futuro, en el aspecto económico, entonces se creía suficientemente garantizado.

Debemos aprender de esas experiencias, pues también podría ocurrir esto con nosotros. Cuanto más concentremos la fuerza de nuestro Movimiento en la lucha política, tanto más pronto podremos contar con el éxito en todos los órdenes; pero si nos sobrecargamos prematuramente con problemas de sindicatos, asentamientos u otros semejantes, tanto más difícil se nos hará el camino del triunfo de nuestra causa, tomada como un todo. Pues, por más importantes que sean esos asuntos, su solución sólo podrá suceder a gran escala cuando estemos en condiciones de colocar el poder del Estado al servicio de esta Idea. Pero hasta entonces, esos problemas lo único que harán será

[150] El edificio al que se refiere el autor es un templo neoclásico erigido en la ciudad bávara de Regensburg, el cual alberga las efigies de los germanos más ilustres y laureados en dos mil años de historia, desde Arminio o Copérnico, pasando por Wagner, Beethoven, Lutero, Bismarck o Goethe entre otros. (N. del T.)

paralizar el Movimiento, de tal manera que, cuanto más pronto se ocupe de esas cuestiones, tanto más gravemente se verá perjudicada su voluntad ideológica. En tal caso, podría ocurrir fácilmente que los elementos sindicales pasasen a gobernar el movimiento político, en lugar de ser la concepción nacionalsocialista la que forzase al sindicato a seguir su rumbo.

Sin embargo, el beneficio real para el Movimiento, así como para nuestro pueblo, sólo podría surgir de un movimiento sindical nacionalsocialista si éste ya estuviese tan fuertemente embebido de nuestras ideas, que ya no corriera el peligro de seguir la estela marxista. Pues un sindicato nacionalsocialista que viese su misión únicamente en competir con los marxistas, sería peor que ninguno. Éste tiene que declarar su lucha al sindicato marxista no sólo como organización sino, antes que nada, como idea. Debe ver en él al heraldo de la lucha de clases y de la idea misma del concepto de «clase», oponiéndose y convirtiéndose en el guardián de los intereses profesionales de los ciudadanos alemanes.

Teniendo en cuenta todos estos puntos de vista, no era aconsejable, y tampoco lo es todavía, pensar en la fundación de sindicatos propios, por lo menos hasta que llegara, guiado por el Destino, quien debiera solucionar tales problemas.

Siendo así, había sólo otras dos posibilidades: o recomendar a los propios miembros del Partido que dejaran los sindicatos a los que pertenecían, o que permaneciesen en ellos para actuar desde allí de la manera más destructora posible.

De una forma general recomendé este último recurso.

Especialmente en los años 1922 y 1923 lo pudimos llevar a cabo sin más dilaciones, pues en tiempos de inflación, los beneficios financieros que pudieran obtenerse hubieran sido prácticamente nulos, debido al limitado número de nuestros miembros. El perjuicio que pudiera resultar sería muy grave, pues los partidarios nacionalsocialistas eran sus críticos más agudos, contribuyendo así a su destrucción.

Rechacé por completo todos aquellos experimentos que desde el principio estaban destinados al fracaso. Habría considerado un crimen privar al obrero de su pobre salario para destinarlo al fomento de una institución de cuya utilidad, en provecho de sus miembros, yo no estaba muy convencido.

Si un nuevo partido político desapareciera un día, difícilmente llegaría a ser una desgracia, sino casi siempre una ventaja, y nadie tendría el derecho de lamentarse por ello; pues, lo que el individuo da a un movimiento político lo da a fondo perdido, pero quien hace sus aportaciones a un sindicato, tiene derecho al cumplimiento de la contraprestación asegurada. Si no se procede así, los organizadores de dicho sindicato son unos embaucadores, o cuando menos, personas irresponsables que deben ser llamadas a asumir sus responsabilidades.

En 1922 procedimos de acuerdo con este criterio. Otros partidos creyeron solucionar el problema fundando sindicatos obreros. A nosotros se nos echaba en cara, como claro signo de nuestra «errónea y limitada concepción», el hecho de que no tuviésemos una organización de tales características. Pero estas agrupaciones sindicalistas no tardaron en desaparecer, de modo que el resultado final fue el mismo que el nuestro, con la sola diferencia de que nosotros no habíamos defraudado a nadie ni nos habíamos engañado a nosotros mismos.

Capítulo XIII
LA POLÍTICA ALIANCISTA DE ALEMANIA DESPUÉS DE LA GUERRA

El desconcierto en política exterior por la carencia de directivas fundamentales que encaminaran hacia una política aliancista conveniente, no sólo continuó tras la Revolución, sino que alcanzó caracteres aún peores. Pues si antes de 1914 se podía considerar en primer término la confusión de conceptos políticos como origen de nuestros errores en política externa, durante la posguerra la causa residía en la ausencia de un propósito honesto. Era natural que aquellos círculos que habían logrado con la Revolución su objetivo destructor no tuviesen interés en realizar una política aliancista que tendiera a restablecer la autonomía del Estado alemán. Pues una evolución semejante no sólo estaría en contradicción con los propósitos del crimen de noviembre, sino que interrumpiría, e incluso anularía, el plan de internacionalización de la economía alemana y su capacidad de trabajo. Pero lo que más se temía era que cualquier esfuerzo por lograr independencia frente a los demás países pudiera llegar a repercutir un día en la política interior, lo cual afectaría desastrosamente a los actuales detentores del poder. Mal se puede imaginar el resurgimiento de un pueblo sin un proceso de nacionalización previo, así como inversamente, todo gran éxito político externo forzosamente provoca una reacción favorable dentro de sus fronteras. La experiencia demuestra que cualquier combate por la libertad conduce a un fortalecimiento del sentimiento nacional, de la conciencia del pueblo mismo, y también a un sentimiento más acentuado contra elementos y esfuerzos antinacionalistas. Situaciones y personas que en tiempos pacíficos son toleradas, y muchas veces hasta pasan inadvertidas, encuentran en momentos de entusiasmo nacional no sólo rechazo, sino hasta una resistencia violenta que frecuentemente les es fatal. Basta que nos acordemos, por ejemplo, del recelo que todos sentían por los espías que, cuando estalló la Guerra, en el fervor de las pasiones humanas fueron conducidos a las más brutales e injustificadas persecuciones. Sin embargo, es durante los largos tiempos de paz cuando el peligro del espionaje es mucho mayor, aunque naturalmente no despierta la atención general en las mismas proporciones.

Por su instinto de supervivencia, los parásitos del Estado, arrastrados hacia la superficie por los acontecimientos de noviembre, ya están previendo su propia destrucción en el combate por la libertad de nuestro pueblo, apoyado en una sabia política de alianzas y en el resurgir de entusiasmos nacionales impulsados por esa política.

Así se comprende que los detentadores del poder desde 1918 adoptaran una actitud enteramente negativa con respecto a la política exterior, y por qué la dirección del Estado se oponía, casi sistemáticamente, a los intereses reales de la Nación alemana. Pues lo que a primera vista podía aparecer como no obedeciendo a ningún plan, tras un examen más minucioso se descubre como la consecuencia lógica de la orientación tomada públicamente por la Revolución de noviembre de 1918.

Cierto es que en ese caso se debe distinguir entre tres grupos: los líderes responsables, o mejor dicho, los supuestamente responsables de los asuntos públicos; el común de nuestros politicastros parlamentarios; y el gran y estúpido rebaño de nuestro paciente pueblo.

Los primeros saben lo que quieren. Los otros les siguen la corriente, bien porque han sido instruidos en esa misma tónica, o bien porque son demasiado cobardes para oponerse firmemente a hechos cuya nocividad comprenden muy bien. Y el resto, se somete por incomprensión y estupidez.

Mientras el Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores Alemanes no pasó de ser una agrupación pequeña y poco conocida, los problemas de política exterior podían parecerles a muchos de nuestros adeptos de importancia secundaria. Debíase esto sobre todo al hecho de que justamente nuestro Movimiento sostuvo y sostiene, en principio, la convicción de que la libertad exterior ni cae del cielo ni mucho menos es el resultado de fenómenos terrenales, sino que más bien es el fruto del desarrollo de fuerzas interiores propias. Únicamente la eliminación de las causas del desastre de 1918 y la anulación de los que con ella se beneficiaron podrá establecer la base de nuestra lucha libertaria en el exterior.

Como consecuencia de tales puntos de vista, se puede comprender por qué, en los primeros tiempos del joven Movimiento, el valor de las cuestiones sobre política externa, en comparación con las intenciones de reforma interna, fue relegado a un segundo plano.

Pero tan pronto como el marco de ese pequeño círculo cobró amplitud hasta incluso rebasar sus límites, y la joven institución adquirió la importancia de una asociación, debió surgir lógicamente la necesidad de definir posiciones frente a los problemas de política exterior del Reich. Había que fijar directrices que no sólo no resultasen contrarias a las concepciones fundamentales de nuestra ideología, sino que además fuesen la expresión de ésta.

Justamente por la falta de instrucción de nuestro pueblo en materia de política exterior, uno de los primeros deberes del nuevo Movimiento fue precisamente facilitar, tanto a los líderes de las diferentes secciones como a la gran masa, ciertas directrices y principios de política exterior, condición indispensable para cualquier intento futuro por recuperar la libertad de nuestro pueblo y por una soberanía efectiva del Reich.

El principio básico y esencial que siempre debemos tener presente al tratar esta cuestión es que también la política exterior no es más que un medio hacia un fin, pero un fin exclusivo al servicio de nuestra propia nacionalidad. Ninguna consideración de política externa podrá hacerse desde otro punto de vista que no sea el de la reflexión siguiente: ¿Beneficiará a nuestro pueblo ahora o en el porvenir? ¿O le será perjudicial?

He aquí el único juicio preconcebido que debe ponerse en juego cuando de esta cuestión se trata. Puntos de vista de política partidista, de orden religioso, humano y, en general, de cualquier otra índole, quedan aquí totalmente fuera de lugar.



Antes de la Guerra el objetivo de la política exterior de Alemania fue el de asegurar el sustento de nuestro pueblo y de sus hijos, debiendo poner todo su empeño en ello, y tratando de establecer alianzas convenientes y beneficiosas que aseguraran a la nación un apoyo externo en caso de necesitarlo. Hoy el problema es el mismo, con una sola diferencia: antaño la cuestión era servir a la conservación del pueblo alemán a través del poder existente que encarnaba el poder del Estado independiente. Ahora se trata de devolverle a la Nación la fuerza que necesita restableciendo ese Estado fuerte y libre, como condición esencial hacia la realización posterior de una política externa práctica, garantizando la conservación, el desarrollo y el sustento de nuestro pueblo en el futuro.

En otras palabras, la finalidad de una política exterior alemana en el presente tiene que estar enfocada a recobrar la libertad el día de mañana.

En esto se debe observar siempre un principio fundamental: la posibilidad de recuperar la independencia de un pueblo no depende exclusivamente de una reintegración territorial, pues bastará con la existencia y continuidad de las reminiscencias de ese pueblo y de ese Estado en sí, siempre y cuando disponga de la libertad necesaria no sólo para personificar el espíritu común de la Nación, sino además para erigirse como instructor del combate militar en favor de la independencia.

Si un pueblo de cien millones de personas tolera el yugo de la esclavitud sólo para conservar la integridad del Estado, eso es peor que si tal Estado o tal pueblo hubiese sido destrozado y sólo una parte del mismo hubiera conservado la libertad completa. Ciertamente, en esta última hipótesis se esperaría que esta parte condenara incesantemente la inviolable separación espiritual y cultural de lo dividido, además de organizarse y alzarse en armas para liberar definitivamente e incorporar la otra parte, infelizmente oprimida.

Además, hay que considerar que la reintegración de territorios que una vez formaron parte de un Estado étnico y político, será siempre, en primer término, una cuestión de restablecimiento del poder político y de la autonomía de la Madre Patria; por eso, en tal caso, los intereses de tales territorios tienen que ser relegados sin miramiento frente al interés primordial de recobrar la libertad de todo el país como tal. Pues, no por virtud de las protestas o el deseo de los oprimidos se producirá la liberación y la vuelta al seno de la Patria de estos territorios cautivos, sino por la acción de la fuerza del resto de territorios más o menos soberanos de la antigua Patria común.

Por tanto, la condición esencial para recuperar territorios perdidos será el más intensivo desarrollo y fortalecimiento del territorio que se conservó libre, así como la resolución incuestionable de poner, en el momento oportuno, las nuevas fuerzas al servicio de la liberación y de la unión de toda la colectividad. En resumen, se debe anteponer la defensa de los intereses comunes frente a los de los territorios separados, a fin de conseguir para la Nación el poder político absolutamente necesario para anular la obra del enemigo vencedor. Pues los pueblos subyugados no son reconducidos al seno de la Patria común por medio de ardientes protestas, sino mediante una espada combativa.

Forjar esta espada es obra de la política interior del Gobierno de una Nación; garantizar ese proceso y buscar aliados dispuestos a tomar las armas, es tarea que incumbe a la política exterior.



En el primer volumen de este libro ya expliqué la deficiencia de nuestra política aliancista antes de la guerra. De las cuatro posibilidades que entonces tendían a la conservación y el sustento del pueblo alemán, se eligió la última, que era la peor de todas. En lugar de una sana política territorial en Europa, se optó por una política colonial y comercial, que fue tanto más descabellada por haber creído que se podría evitar así un conflicto armado. Se quiso tomar asiento en todas las sillas a la vez, y el resultado no pudo ser otro que el de caer al suelo entre dos de ellas, de tal manera que el estallido de la Guerra vino a constituir el último testimonio de la errada política exterior del Reich.

El buen camino hubiera sido en aquel tiempo el que ofrecía la tercera posibilidad: la consolidación del Reich como potencia continental mediante la

adquisición de nuevos territorios en Europa. Y al mismo tiempo, con una expansión más allá del continente, con la adquisición de territorio colonial y una buena práctica política. En realidad, esta política sólo habría sido posible en alianza con Inglaterra o llevando la fuerza militar a un desarrollo tal que, por cuarenta o cincuenta años, se postergaran por completo todos los objetivos culturales. La importancia cultural de una Nación casi siempre está ligada a la libertad política y a la independencia de la misma, siendo éstas condición *sine qua non* para la garantía de la existencia, o mejor, de la germinación de ese desarrollo cultural. Por ese motivo, todo sacrificio en favor de la libertad política está perfectamente justificado. Aquello que en el campo de los intereses culturales generales sea sacrificado con vistas a un desmedido desarrollo del poder militar del Estado, se verá después ampliamente recompensado. Se puede incluso decir que, después de un esfuerzo centrado en la conservación de la independencia nacional, generalmente se verifica un periodo de cierto relajamiento y equilibrio en este aspecto, dando lugar posteriormente y a menudo a una sorprendente expansión de las fuerzas culturales de la Nación, hasta entonces relegadas a un segundo plano. Tras la miseria de la Guerra de los Persas se produjo el florecimiento del siglo de Pericles y, después de las preocupaciones por las Guerras Púnicas, comenzó el Estado romano a desarrollar una cultura mucho más elevada.

Está claro que no se puede confiar a la resolución de una mayoría de idiotas y haraganes parlamentarios la subordinación incondicional de todos los demás intereses de una Nación al deber único de la preparación militar para la seguridad futura del Estado. Sólo el padre[151] de Federico el Grande fue capaz de preparar el camino de las armas posponiendo todo lo demás; no los padres de nuestra impostura parlamentaria, de cuño judaico.

Fue por este motivo por el que la preparación militar antes de la Guerra, tendente hacia una conquista territorial en Europa, fue bastante mediocre, haciendo por ello difícil obtener el apoyo de valiosos aliados.

Nadie quiso perder el tiempo en una preparación sistemática para la Guerra, y se renunció a la expansión territorial en Europa. Así, dedicándose a la política colonial y comercial, se sacrificó la posibilidad de aliarse con Inglaterra, ni se buscó, como habría sido lógico, el apoyo de Rusia. Y es así como Alemania acabó por caer en la Guerra Mundial, abandonada por todos, salvo por la decadente Monarquía de los Habsburgo.



Hay que decir que nuestra política exterior actual no posee una directriz visible, o al menos comprensible, que la caracterice. Si antes de la Guerra se optó erradamente por el cuarto camino, siguiéndolo aun así de forma indecisa, después de la Revolución ni para los ojos más capaces sería posible descubrir la más mínima orientación. Aún más que antes de la Guerra, falta ahora cualquier plan sistemático, excepto el de intentar aniquilar la última posibilidad de resurrección de nuestro pueblo.

Un examen imparcial de la situación actual en Europa, en cuanto a las relaciones entre las diferentes potencias, conduce a la siguiente conclusión:

Desde hace trescientos años, la historia de nuestro continente ha sido notablemente influenciada por las miras políticas de Inglaterra, dirigidas a asegurarse una oposición entre los Estados europeos en un equilibrio de fuerzas bien medido, asegurándose la protección necesaria para lograr los fines de su política mundial.

---

[151] Federico Guillermo I, fiel a la tradicional disciplina militar prusiana, dirigió gran parte de sus recursos al desarrollo del ejército. (N. del T.)

La tendencia tradicional de la diplomacia británica, comparable en Alemania únicamente con la tradición del Ejército prusiano, obró sistemáticamente, desde la época del Gobierno de la reina Isabel, en el sentido de impedir por todos los medios —y si fuera necesario también por las armas— que una potencia europea sobresaliese del marco general de las demás naciones. Los medios de fuerza que Inglaterra solía emplear en tales casos variaban según la situación y el cometido propuesto, en tanto que su decisión y su fuerza de voluntad permanecían siempre inalterables. Cuanto más difícil era la situación de Inglaterra en el curso de la historia, tanto más necesario parecía al Gobierno inglés mantener esa parálisis política entre las diferentes fuerzas de Europa, promoviendo rivalidades entre las mismas. Una vez concedida la independencia política de sus dominios coloniales en Norteamérica, Inglaterra redobló sus esfuerzos a fin de consolidar la garantía de su seguridad en Europa. Fue así como después de aniquilar España y los Países Bajos como potencias marítimas, el Estado inglés concentró todas sus energías contra el aumento de poder de Francia, hasta que con la caída de Napoleón I pudo considerarse descartado el peligro de la hegemonía de esta potencia militar, tan temible para Inglaterra.

La reorientación de esta política inglesa en contra de Alemania se operó paulatinamente. Por una parte, debido esto a la circunstancia de que, careciendo Alemania de una unidad nacional, no existía desde luego un peligro evidente para Inglaterra y, por otra parte, al hecho de que la opinión pública de un país —de Inglaterra, en este caso—, convenientemente influenciada hacia un determinado propósito, sólo puede adaptarse a los fines de otra nueva política poco a poco. El conocimiento objetivo de los estadistas consigue transformar los propósitos establecidos en valores cercanos al sentimiento popular; y con ello no sólo se hace posible su consecución, sino que, además, hace que ésta sea más eficaz y duradera. Así, el estadista, después de haber alcanzado su objetivo, fácilmente muda de ideas; la masa, sin embargo, sólo después de una lenta y continuada propaganda podrá servir de instrumento a la nueva política que los dirigentes decidan.

Ya el resultado de la Guerra Franco-Prusiana de 1870-71 definió la posición de Inglaterra. Desgraciadamente, Alemania no supo aprovecharse de las fluctuaciones que en varias ocasiones sufriera la orientación inglesa a causa de la importancia económica que adquirían los Estados Unidos y el aumento de poder político ruso en Europa; así, fue acrecentándose cada vez más la consolidación de la tendencia original de la política británica.

Inglaterra veía en Alemania una potencia de gran significación comercial, cuya posición en la política mundial —debido ante todo a su enorme industrialización— había aumentado en una medida tal, que ya podía equipararse al poder político y comercial británico. La «pacífica» conquista económica del mundo, considerada por nuestros gobernantes como el mayor logro de la suprema sabiduría, supuso para el político inglés el punto de partida de una política de resistencia organizada en nuestra contra. Esa resistencia se manifestó en forma de una acometida amplia y sistemática, lo cual responde plenamente al carácter de una política cuya finalidad no consistía en mantener una paz mundial dudosa, sino que únicamente pretendía consolidar la hegemonía británica en el mundo. Asimismo, el hecho de que Inglaterra buscara el concurso de todos los Estados que, desde el punto de vista militar, podían ser convenientes a su política, respondía a su prudencia tradicional en el modo de apreciar la capacidad del adversario y el justo cálculo de la propia debilidad momentánea. Pero no es posible calificar esa conducta como «falta de escrúpulos», ya que el vasto preparativo que requiere una guerra no se juzga por aspectos heroicos, sino por los del

orden de la conveniencia. Obra de la diplomacia de un pueblo es velar para que éste no sucumba por mero heroísmo, sino que sobreviva de manera práctica. Todo medio que conduzca a esta finalidad ha de ser apropiado, y el no emplearlo deberá considerarse como una criminal omisión en el cumplimiento del deber.

Si la amenaza de una hegemonía germánica en el mundo había causado preocupación en Gran Bretaña, la Revolución alemana de 1918 disipó cualquier temor.

A partir de ese momento, Inglaterra tampoco tuvo ya interés en que Alemania desapareciese por completo del mapa de Europa; por el contrario, precisamente el tremendo desastre alemán de aquellos días de noviembre colocó a la diplomacia inglesa frente a una nueva situación inesperada: ¡Alemania vencida y Francia elevada a la categoría de primera potencia continental de Europa!

Durante cuatro años y medio, el Imperio Británico había luchado para evitar la hipotética preponderancia de una potencia continental. Ahora, con la pérdida de la Guerra, una de esas potencias parecía desaparecer completamente de escena, careciendo incluso del más elemental instinto de conservación propio y rompiendo el equilibrio europeo en apenas cuarenta y ocho horas.

La extraordinaria propaganda que durante la Guerra mantuvo el entusiasmo y la perseverancia del pueblo británico y despertó todas sus pasiones e instintos primitivos, debía ahora ser la pesadilla de los diplomáticos británicos. Con el aniquilamiento de Alemania, esto es, de su política colonial, económica y comercial, se alcanzó el objetivo británico de la Guerra; todo lo demás, redundaría en perjuicio de los intereses de Inglaterra. La desaparición del poder alemán en la Europa continental sólo podía beneficiar a los enemigos de Inglaterra. Sin embargo, en el transcurso de noviembre de 1918 al verano de 1919, ya no era posible un nuevo cambio de frente de la política inglesa, política que en el curso de la larga guerra pusiera tantas veces a prueba el fanatismo y las energías de la gran masa de su pueblo. Este cambio de rumbo, por tanto, no era ya posible desde el punto de vista de la orientación afectiva del propio pueblo, y no era posible tampoco en vista a las proporciones militares que otras potencias habían alcanzado. Francia se había hecho con las riendas de las negociaciones, por lo que podía imponer su voluntad al resto. La única Nación que en aquellos meses de negociaciones y regateos hubiese podido determinar un cambio en aquel estado de cosas era Alemania misma, pero ésta sufría las convulsiones de la guerra civil y, por boca de sus pseudoestadistas, proclamaba una y mil veces hallarse dispuesta a aceptar cualquier dictado.

Cuando un pueblo, como consecuencia de la falta absoluta de instinto de conservación, pierde la capacidad de constituirse en aliado eficaz de otro, degenera en una nación esclava, pasando a la categoría de colonia.

Justamente la única forma posible de actuar que le quedaba a Inglaterra, como medio de impedir que el poderío francés creciese demasiado, era participar de la rapacidad de Francia.

De hecho, Inglaterra no alcanzó la finalidad que había perseguido con la guerra. Pues no solamente no logró poner atajo a la preponderancia de una potencia europea sobre las demás del continente, sino que más bien lo fomentó en grado superlativo.

Alemania, como potencia militar, estaba en el año 1914 comprimida entre dos países, de los cuales, uno disponía de un poder igual y el otro de uno mayor. Y a eso se debe unir el predominante poder marítimo de Inglaterra. Sólo Francia y Rusia ofrecían obstáculos y resistencias invencibles a cualquier desmedida expansión de la grandeza alemana. Además de eso, la situación geográfica extraordinariamente desfavorable del Reich, desde el punto de vista militar, debía ser considerada como otro factor más de

seguridad contra un excesivo aumento de la fuerza de Alemania. Especialmente el litoral alemán, era militarmente desfavorable en el caso de una guerra contra Inglaterra debido a sus pequeñas proporciones, frente a la extensión del frente continental, excesivamente amplio y abierto.

Por el contrario, diferente es la situación de Francia actualmente: como potencia militar, es la primera del continente y no tiene rival serio alguno. Hacia el Sur, sus fronteras con España e Italia son poco menos que infranqueables; hacia Alemania, están garantizadas por la impotencia de nuestra Patria, y por último, sus costas se extienden ampliamente frente a los nervios vitales del Imperio Británico. Además, aparte de que los centros vitales ingleses son blancos fáciles para aviones y artillería de largo alcance, las grandes vías del comercio británico estarían a merced de los submarinos. Una guerra submarina con apoyo tanto en las extensas costas del Atlántico como en las no menos extensas del Mediterráneo, tanto en Europa como en África del Norte, tendría consecuencias devastadoras.

Así, el resultado de la guerra contra el aumento de poder de Alemania significó, desde el punto de vista político, una hegemonía francesa en el continente. El resultado bélico fue la consolidación de Francia como primera potencia militar terrestre, y el reconocimiento de la Unión americana como potencia marítima equivalente. En materia de política económica, lo que se verificó fue el traspaso de grandes territorios —en los que predominaban intereses británicos— a los antiguos aliados y asociados.

De la misma manera que los tradicionales objetivos políticos de Inglaterra exigen y precisan de una especie de balcanización de Europa, los de Francia son en el sentido de una balcanización de Alemania.

El perpetuo deseo de Inglaterra es y será siempre evitar el ascenso desmedido de cualquier potencia continental europea en la esfera de la supremacía política mundial, es decir, mantener un determinado equilibrio entre las fuerzas de los Estados europeos entre sí, como condición primordial para la hegemonía británica del mundo.

El deseo de Francia, en cambio, no es ni será otro que el de evitar la formación de una potencia homogénea alemana; promover el mantenimiento de un sistema de pequeños Estados alemanes de fuerzas compensadas, no sometidos a un Gobierno Central y, finalmente, llegar a apoderarse de la ribera izquierda del Rin como condición previa para crear y asegurar su supremacía en Europa.

La máxima aspiración de la diplomacia francesa será eternamente contraria a la suprema tendencia de la política británica.



Quien, desde los puntos de vista arriba expuestos, hiciese un examen de las posibilidades actuales de alianza para Alemania, debe llegar a la convicción de que sólo nos queda un entendimiento posible, y ése es con Inglaterra. Por más horrorosas que hayan sido y sean todavía para Alemania las consecuencias de la política inglesa en la Guerra, no se debe perder de vista que ya no existe, por parte de Inglaterra, el interés forzoso de aniquilar a Alemania, sino que, por el contrario, la política inglesa trabaja cada vez más para poner freno al exceso de poder de Francia. No obstante, ya no se impulsa una política de alianzas influenciada por divergencias pasadas, sino más bien, apoyada en el reconocimiento de experiencias pasadas. La experiencia, sin embargo, debería habernos enseñado que las alianzas para la ejecución de fines negativos son naturalmente débiles. Los destinos de los pueblos sólo se unen firmemente por la perspectiva de un éxito común en el sentido de adquisiciones territoriales y de

conquistas comunes, es decir, que redunden en un aumento de la fuerza por ambos lados.

La falta de sentido de nuestro pueblo en temas de política exterior se demuestra claramente en las noticias diarias de la prensa con respecto a la mayor o menor «simpatía por Alemania» manifestada por ese o aquel diplomático extranjero, a través de la cual se observa la garantía de una política de colaboración con nosotros. Eso es un absurdo increíble, una muestra de la ingenuidad sin par del burgués político alemán. No hay estadista que, siendo inglés, norteamericano o italiano, pudiera ser descrito como «pro-alemán». Todo inglés, como hombre de Estado, será naturalmente inglés ante todo; el americano, americano, y tampoco encontraremos un italiano dispuesto a hacer otra política que no fuese pro-italiana. Por eso, quien crea que se puede cimentar alianzas con naciones extranjeras a base de la sola simpatía que los gobernantes de éstas tengan por Alemania, o es un asno o un cínico. La condición esencial para la alianza de los destinos de los pueblos no descansa nunca en una estima o un afecto recíprocos, sino en el reconocimiento de una conveniencia por las partes contratantes. Eso significa que un diplomático inglés siempre hará política pro-inglesa y nunca pro-alemana, aunque pueda suceder, sin embargo, que los objetivos de la política inglesa y la alemana sean idénticos, pero por motivos diferentes. Naturalmente, esa armonía que se verifica en determinado momento y sólo hasta cierto grado, puede en el futuro dar un completo giro. La habilidad de un estadista diligente se revela justamente en el hecho de saber encontrar siempre para la realización de las necesidades de su país, aquellos aliados que, velando también por sus propios intereses, tienen que seguir el mismo camino en un determinado momento.

La aplicación práctica para el presente sólo puede resultar de la respuesta a las siguientes preguntas: ¿Cuáles son los Estados que actualmente no tienen un interés vital en que el poder económico y militar de Francia llegue a una situación de absoluta hegemonía, como consecuencia de la completa anulación de una Europa Central alemana? ¿Y cuáles los que, debido a las condiciones inherentes a su propia existencia y siguiendo la orientación tradicional de su política, vislumbran en el desarrollo de una situación tal una amenaza para su porvenir?

De esto, en fin, debe quedar completamente claro lo siguiente: que el enemigo mortal e inexorable del pueblo alemán es y será siempre Francia. Es indiferente que Francia haya sido o sea gobernada por borbones o jacobinos, bonapartistas o demócratas burgueses, republicanos clericales o bolcheviques rojos: la clave de la política exterior francesa residirá siempre en el propósito de apoderarse de la frontera del Rin y consolidar el dominio de este río en favor de Francia, al precio de una Alemania en escombros y desmembrada.

Si Inglaterra no desea una Alemania como potencia mundial, Francia en cambio no tolera potencia alguna que se llame Alemania, ¡lo cual es bastante diferente!

Nosotros no luchamos hoy por una posición mundial elevada, luchamos simplemente por la existencia de nuestra Patria, por la unidad de nuestra Nación y por el sustento de nuestros hijos. Si partiendo de este punto de vista tratamos de buscar aliados en Europa, sólo dos Estados deberán tomarse en cuenta: Inglaterra e Italia.

Inglaterra no quiere una Francia cuyo puño militar, libre de todo estorbo en Europa, se constituya en árbitro de una política que, por cualquier motivo tendrá que chocar un día contra los intereses ingleses. Es comprensible que Inglaterra jamás desee que Francia, adueñándose de las enormes minas de hierro y de carbón de la Europa Occidental, adquiera los elementos básicos para una situación de amenazante predominio económico en el mundo. Y tampoco podrá nunca desear una Francia cuya

situación político-continental, gracias a la desintegración del resto de Europa, aparezca tan asegurada, que no sólo posibilite reanudar las líneas generales de una política francesa de dominio mundial, sino que además lo fuerce. La preponderancia militar de Francia es para el Imperio inglés una pesadilla mucho mayor que las bombas de los dirigibles de antaño.

Tampoco Italia puede ni podrá ver con simpatía la consolidación de la supremacía francesa en Europa. El porvenir de Italia dependerá siempre del desarrollo de los acontecimientos territoriales que giren en torno a la zona del Mediterráneo. Lo que a Italia indujera a entrar en la Guerra no fue de ningún modo el propósito de contribuir al engrandecimiento de Francia, sino únicamente la intención de asestarle un golpe mortal a Austria, su odiado rival en el Adriático. Todo nuevo afianzamiento del poder francés en el continente significa para Italia un obstáculo para el porvenir; pues no debe uno confundirse y pensar que las afinidades de parentesco no son capaces de engendrar rivalidades entre las naciones.

Si se reflexiona objetiva y fríamente, se llega a la conclusión de que Inglaterra e Italia son hoy los dos Estados cuyos intereses naturales se encuentran menos en conflicto con las condiciones esenciales para la existencia de la Nación alemana y que, incluso hasta cierto punto, se identifican con nuestros intereses.



En el análisis de las posibilidades de una alianza tal, no debemos pasar por alto tres factores: el primero reside en nosotros, los otros dos se refieren a esos países en cuestión.

¿Podrá convenirles a otros Estados aliarse con la Alemania actual? Las potencias sólo se alían para reforzar sus posiciones y su poder ofensivo, por eso ¿quién pensaría en aliarse a un Estado cuyo Gobierno ofrece desde hace años el espectáculo de la más lastimosa incapacidad y cobardía pacifista, y en el cual la mayor parte del pueblo —cegada por los demócratas marxistas— está traicionando los intereses de la propia Nación, de una manera que clama al cielo? ¿Puede cualquier potencia, hoy en día, alimentar la esperanza de hacer alianza eficiente con un Estado, en la suposición de defender un día intereses comunes, si ese Estado aparentemente no tiene ni coraje ni ánimo de defender la propia vida? ¿Existirá alguna potencia —para la cual una alianza sea más que una garantía de conservación de un Estado en lenta podredumbre, tal y como ocurrió con la antigua y desastrosa Triple Alianza— que se comprometa a vida o muerte con una Nación cuyas manifestaciones vitales características consisten en una sumisión descomedida hacia el exterior y en la más vergonzosa ausencia de virtudes nacionales en el interior; con una Nación que no posee más grandeza porque ya no la merece, como consecuencia de la propia conducta de Gobiernos que no gozan de la más mínima estima por parte de sus ciudadanos y mucho menos de una gran admiración por parte del extranjero?

¡Seguramente no!

Una potencia que cuida su reputación y que de una alianza espera algo más que simples comisiones que acabarán en los bolsillos de sus ávidos parlamentarios, no pactará con la Alemania de hoy, ni podrá hacerlo. En nuestra incapacidad aliancista del presente radica, en último análisis, la causa profunda de la solidaridad que une a nuestros rapaces enemigos. Alemania nunca se defiende sino mediante algunas ardorosas «protestas» por parte de nuestros parlamentarios; así, el resto del mundo no tiene razón para asumir una lucha en defensa nuestra. Y el propio Creador jamás otorga

libertad a los pueblos pusilánimes, a pesar de los lloriqueos de nuestras «patrióticas» asociaciones. Así, para aquellos Estados que no tienen ningún interés directo en nuestra completa aniquilación, no queda más que tomar parte en los saqueos de Francia, aunque sólo sea para evitar el fortalecimiento exclusivo de Francia.

En segundo lugar, no se debe pasar por alto la dificultad de mudar los sentimientos de la gran masa popular cuando se halla influenciada hacia cierta dirección por una propaganda intensiva a manos de las naciones antaño enemigas. Cuando durante años se ha presentado a una Nación enemiga como una banda de «hunos», «saqueadores», «vándalos», etc., no se puede de repente, de un día para otro, proclamar todo lo contrario y recomendarla como aliada.

Mayor atención merece todavía otro tercer hecho de importancia fundamental para la conformación de las futuras alianzas europeas:

Si considerando el problema desde el punto de vista político británico, resulta mínimo el interés de Inglaterra en el continuo aniquilamiento de Alemania, tanto más grande es, en cambio, la expectativa que cifra en tal resultado el judaísmo bursátil internacional. La contradicción existente entre la política oficial o, mejor dicho, tradicional de Gran Bretaña y la tendencia que encarnan las fuerzas judías preponderantes en la Bolsa, tiene su más clara expresión en la actitud divergente de ambas frente a los problemas ingleses de política exterior. Contrariamente a los intereses del Estado británico, la finanza judía desea no sólo la total destrucción económica de Alemania, sino también su completa esclavitud política. La internacionalización de la economía alemana, esto es, la explotación del trabajo alemán por parte de la finanza mundial judía, sólo será practicable en un Estado políticamente bolchevizado. Mas las tropas de asalto marxistas y del capitalismo internacional judaico sólo podrán quebrar definitivamente la espina dorsal del Estado alemán con ayuda del exterior. Por eso, los ejércitos de Francia deben ocupar Alemania hasta que el Reich, corroído en el interior, sucumba ante las fuerzas bolcheviques al servicio del capitalismo judío internacional.

Así es como el judío se ha constituido ahora como el mayor instigador de la devastación alemana. Todo lo que por doquier leemos en el mundo en contra de Alemania es de inspiración judía, del mismo modo que antes y durante la Guerra fue la prensa capitalista y marxista judía la que fomentó sistemáticamente el odio contra nosotros, hasta lograr que Estado tras Estado fueran abandonando la neutralidad y, sacrificando el verdadero interés de sus pueblos, se pusieran al servicio de la coalición bélica mundial fraguada contra Alemania.

Saltan a la vista las pruebas del proceder judío. La bolchevización de Alemania, esto es, el exterminio de la clase pensante e intelectual alemana, patriótica y nacional, logrando con ello la posibilidad de someter las fuentes de producción alemana al yugo internacional de la finanza judía, no es más que el preludio de la realización política judía de conquista mundial. Como tantas veces en la Historia, Alemania constituye también en este caso el centro de una lucha gigantesca. Si nuestro pueblo y nuestro Estado sucumben bajo la presión de esos tiranos judíos, ávidos de sangre y de dinero, el mundo entero será preso de sus tentáculos; mas, si Alemania alcanza a libertarse de ese encadenamiento, podrá decirse que se habrá evitado uno de los mayores peligros.

Así como el judaísmo desarrolla todos sus esfuerzos no solamente para mantener la actual hostilidad de las naciones contra Alemania, sino para, si es posible, aumentarla aún más, no es menos cierto que esta actividad coincide sólo en una mínima parte con los intereses reales de los pueblos envenenados por ellos. Por lo general, el judaísmo, incrustado en el organismo vital de los diferentes pueblos, sabe emplear siempre

aquellas armas que, teniendo en cuenta la mentalidad de las respectivas naciones, parecen ser las más eficaces y las que mayor éxito prometen. En Alemania, son las ideas más o menos «cosmopolitas» o pacifistas, en una palabra, las tendencias internacionales, las que utiliza el judío en su lucha por el poder; en Francia, explota el chauvinismo, con bien medido cálculo; en Inglaterra, opera desde puntos de vista económicos y de política mundial. Así pues, actúan siempre de acuerdo con los atributos esenciales que caracterizan la mentalidad de cada Nación. Cuando, de esa manera, consiguen una verdadera influencia en la dirección económica y política, es cuando se despojan de las ligaduras de esas armas y revelan las intenciones íntimas de su propósito y de su lucha. Comienza entonces un período de destrucción, cada vez más acelerado, hasta haber convertido en un campo de ruinas una Nación tras otra y, sobre esas ruinas, erigir el eterno y soberano Imperio Judaico.

En Italia, como en Inglaterra, la divergencia que reina entre las concepciones de la política tradicional de esos países y las tendencias judaicas de la Bolsa internacional se manifiesta en ocasiones de manera descarada.

Sólo en Francia, hoy más que nunca, existe una íntima conformidad entre los propósitos de la Bolsa, manejada por judíos, y las aspiraciones de una política nacional-chauvinista.

Y es justamente esta identidad la que encierra tan inmenso peligro para Alemania, haciendo de Francia, ahora y siempre, nuestro más temible enemigo. El pueblo francés, que cada vez va siendo en mayor escala presa de la bastardización negroide, entraña, debido a su conexión con los fines de la dominación judía en el mundo, una amenaza inminente para la raza blanca en Europa. La infestación de sangre negra en el Rin, en el corazón mismo de Europa, responde tanto a la sádica sed de venganza del chauvinismo francés, enemigo secular de nuestro pueblo, como al frío cálculo del odio judío que, de este modo, quiso dar comienzo a la bastardización del continente europeo en su núcleo central y, al infestar la raza blanca con sangre de tipo inferior, despojarla de los fundamentos de su soberana existencia.

Aquello que Francia opera hoy en Europa, estimulada por su sed de venganza y sistemáticamente guiada por el judío, constituye un pecado contra la existencia de la Humanidad blanca, y un día caerá sobre este pueblo la maldición de una generación entera que habrá reconocido, en la deshonra de la Raza, el pecado original de la Humanidad.

Para nosotros los alemanes, sin embargo, el peligro francés nos impone el deber, con abandono de todo motivo sentimental, de extender la mano a aquel que bajo la misma amenaza, sea contrario a apoyar y permitir los deseos de dominación de Francia.

En Europa pues, para un futuro próximo, hay sólo dos aliados posibles para Alemania: Inglaterra e Italia.



Quien se tome la molestia de echar un vistazo retrospectivo sobre la orientación de la política exterior de Alemania desde la Revolución, no puede hacer otra cosa que, ante los constantes e incomprensibles fallos de nuestro Gobierno, o desesperarse, o rebelarse contra semejante Gobierno. Nada tiene que ver esto con la falta de sentido común, pues lo que a todo cerebro pensante le hubiera parecido inconcebible, los «gigantes» intelectuales de la Revolución de Noviembre lo llevaron a cabo: ¡procurar merecer las simpatías de Francia! Con la conmovedora ingenuidad de un soñador incorregible, se ha intentado una y otra vez adular a Francia, lisonjear siempre a la

Grande Nation y, en cada astuta maniobra del verdugo francés, procurar ver la señal de un cambio de sentimientos a nuestro favor. Los verdaderos dirigentes de nuestra política, naturalmente, nunca ovacionaron tal sarta de idioteces. Para ellos, la lisonja de Francia era el pretexto para evitar cualquier política de alianzas que realmente sirviese a los intereses de la Nación. Ellos sabían perfectamente cuáles eran las intenciones de Francia y de los que maniobraban entre bastidores. Lo que les forzó a fingir que creían honestamente en la posibilidad de un cambio en la situación alemana fue la certeza de que, de otro modo, nuestro pueblo habría tomado por sí mismo otra orientación.

Es natural que también para nosotros, los nacionalsocialistas, resulte difícil en nuestras propias filas proclamar a Inglaterra como posible aliado de Alemania en el futuro. La prensa judía en nuestro país supo siempre concentrar la animadversión sobre Inglaterra, cayendo más de un buen ingenuo alemán en el ardid judío. La charlatanería de esta prensa giraba en torno al posible «resurgimiento» de nuestro poder marítimo, protestaba contra el robo de nuestras colonias y no omitía recomendar la necesidad de reconquistarlas. Con todo esto no hacía otra cosa que suministrar el material que luego el bellaco judío se encargaba de remitir a sus hermanos de raza en Inglaterra, con fines prácticos de aprovechamiento en su propaganda germanófoba. Hoy por hoy no estamos en situación de poder luchar por el «poder marítimo» ni nada parecido; esto debiera ir infiltrándose en las cabezas huecas de nuestros políticos burgueses. Orientar en ese sentido las fuerzas de la Nación sin tener previamente asegurada nuestra posición en Europa, constituyó, antes de la Guerra, una locura. En la actualidad, una idea semejante se cuenta entre aquellas torpezas que, políticamente consideradas, merecen calificarse como crímenes.

Cuántas veces podía llegarse al límite de la desesperación, viendo cómo los instigadores judíos sabían entretener a nuestro pueblo con asuntos completamente secundarios, promoviendo manifestaciones y protestas, mientras Francia desgarraba el cuerpo alemán pedazo a pedazo, despojándonos sistemáticamente de los fundamentos de nuestra autonomía.

Aquí debo mencionar particularmente el caballo de batalla que el judío supo montar en aquellos años con extraordinaria habilidad: la cuestión del Tirol del Sur.

¡Sí! ¡La cuestión del Tirol!

Si insisto en este asunto es porque deseo llamar a rendir cuentas a esa chusma de mentirosos que, contando con la falta de memoria y la estupidez de las grandes masas populares, se atreven a fingir un movimiento de revuelta nacional, que sobre todo a los mixtificadores parlamentarios les es tan ajeno como la noción de «propiedad» le es a una urraca.

Quisiera subrayar que yo estuve entre aquellos que, desde agosto de 1914 a noviembre de 1918 —cuando se definía la suerte del Tirol del Sur— actuaron allí donde realmente tuvo lugar la defensa de este territorio, es decir, en el Ejército. Yo también combatí en aquellos años, no sólo para no perder el territorio del Tirol del Sur, sino para que todas las provincias alemanas siguiesen perteneciendo a nuestra Patria.

Quién en aquel tiempo no luchó fueron los bandidos parlamentarios, toda esa chusma de políticos partidistas. Por el contrario, cuando estábamos combatiendo con la convicción de que sólo un desenlace victorioso de la guerra podría conservar para la Nación alemana el Tirol del Sur, esos traidores conspiraron contra nuestra victoria hasta conseguir abatir, con una puñalada por la espalda, al heroico Sigfrido. Pues la conservación del Tirol del Sur en poder de Alemania naturalmente no podía garantizarse con los inflamados y falsos discursos de los parlamentarios de la Rathausplatz de Viena o de la Feldherrnhalle de Múnich, sino exclusivamente por los

batallones combatientes del frente. Los que debilitaron el frente fueron los verdaderos traidores del Tirol del Sur, así como de las otras partes del territorio alemán.

Quien hoy crea poder resolver la cuestión del Tirol del Sur por medio de protestas, declaraciones, o manifestaciones de diferentes asociaciones, o es un mentiroso o un gran ingenuo.

Por eso debe aclararse que la reintegración de los territorios perdidos no se realizará por la sola virtud de invocaciones solemnes al Todopoderoso o por esperanzas piadosas en la justicia de una Liga de Naciones, sino únicamente por la fuerza de las armas.

Lo que hay que preguntarse es: ¿quién estará dispuesto a forzar la recuperación de estos territorios perdidos, por el uso de las armas?

En lo que respecta a mí, puedo aseverar que tendría la voluntad de intentar la conquista del Tirol del Sur al frente de un batallón compuesto por cotorras parlamentarias, jefes de partidos y diversos consejeros estatales. ¡Cómo me alegraría si, sobre la cabeza de tales vehementes charlatanes, de repente estallasen algunos obuses! Si una raposa invadiese un gallinero, el cacareo no sería peor y el «sálvese quien pueda» de las gallinas no podría ser más bullicioso que el de esos suntuosos politicastros.

Lo que sin embargo es más infame en todo esto, es que esos individuos están lejos de creer que, de esa manera, podrían llegar a algún resultado positivo. Ellos conocen mejor que nadie la imposibilidad y la ingenuidad de todos sus aspavientos. Actúan así porque naturalmente hoy es más fácil discutir sobre la recuperación del Tirol del Sur, que haber combatido antes por su conservación. Cada cual desempeña su papel; nosotros sacrificamos en aquel tiempo nuestra sangre, y hoy aquella gentuza se dedica a afilar sus colmillos.

Especialmente curioso es también observar cómo aumenta el entusiasmo de los legitimistas vieneses en su actual trabajo de recuperación del Tirol del Sur, cuando siete años antes la augusta e ilustrísima Dinastía ayudó, mediante un acto de vil traición, a que la coalición mundial lo conquistase. En aquel tiempo, la política de la pérfida Dinastía ayudó a esos círculos, desentendiéndose del Tirol del Sur y de cualquier otro asunto relacionado con las demás provincias. Naturalmente, hoy es más sencillo combatir por esos territorios, puesto que la lucha se libra con armas «intelectuales». Es mucho más sencillo organizar «manifestaciones de protesta» hasta extasiarse —todo ello con íntima y sublime indignación—, y escribir artículos en periódicos hasta desgastarse los dedos, que hacer volar puentes por los aires, por ejemplo, cuando tuvo lugar la ocupación del Ruhr.

El motivo por el que, en los últimos años, en ciertos círculos la cuestión del Tirol del Sur constituía el eje de las relaciones germano-italianas es, pues, evidente.

Los judíos y legitimistas habsburgueses tienen el máximo interés en hacer fracasar la política aliancista de Alemania, de la que un día podría resultar la resurrección de una Patria alemana libre. No es por amor al Tirol del Sur por lo que hoy actúan así —pues con eso no se le presta un servicio, sino que por el contrario, se le hace un perjuicio—, sino por el recelo de un posible entendimiento entre Italia y Alemania.

En esa tendencia para calumniar y mentir, tan frecuente en esos círculos, está la explicación de la poca vergüenza con la que intentan presentar las cosas de forma que parezcamos unos «traidores» en la causa del Tirol del Sur.

Es preciso decirles a esos caballeros con toda claridad: el Tirol del Sur fue traicionado primeramente por todos los alemanes que en los años de 1914-18 no se encontraban en el frente poniendo a disposición de su Patria todos sus servicios; en

segundo lugar, por todos los que en aquellos años no se esforzaron por aumentar la capacidad de resistencia y la perseverancia de nuestro pueblo en la Guerra; en tercer lugar, por todos los que cooperaron —directamente a través de la acción, o indirectamente mediante la cobarde tolerancia de la misma— en la Revolución de Noviembre, inutilizando la única arma que habría podido salvar al Tirol del Sur; y, en cuarto lugar, por todos los partidos y adeptos que aceptaron los tratados vergonzosos de Versalles y Saint Germain.

Sí, valientes caballeros que os limitáis a protestar alzando la voz, esa es la verdad.

Hoy estoy convencido de que no se pueden recuperar territorios perdidos por medio de la elocuencia de elaborados discursos parlamentarios, sino por el empleo de la espada, es decir, por medio de una lucha sangrienta.

No dudo sin embargo en declarar que ahora, después de los hechos consumados, la reconquista del Tirol del Sur no sólo es imposible, sino que se debería desistir de la misma desde el momento en que no se puede ya conseguir despertar el entusiasmo nacional de todo el pueblo alemán, indispensable para la victoria. Yo pienso más bien lo contrario, es decir, que se estaría consumando un crimen si se arriesgase hoy la vida por doscientos mil alemanes, mientras al lado, más de siete millones[152] languidecen bajo el dominio extranjero y la sangre alemana se va contaminando por hordas de negros africanos.

Si Alemania quiere poner fin al peligro de exterminio que amenaza en Europa, deberá andarse con cuidado y no reincidir en los errores de la preguerra, es decir, no enemistarse con el mundo entero; por el contrario, deberá reconocer al adversario más peligroso y concentrar todas sus fuerzas para combatirlo. Y si para conseguir esa victoria deben sacrificarse otros sectores, las generaciones futuras de nuestro pueblo no nos condenarán. Sabrán valorar tanto mejor los motivos de esa amarga resolución cuanto más radiante fuera el éxito alcanzado.

Lo que nos debe hoy guiar debe ser la comprensión fundamental de que, antes de la recuperación de los territorios perdidos, está la recuperación de la independencia política y de la fuerza de la Madre Patria.

Realizar y asegurar este objetivo mediante una política aliancista inteligente debe ser el principal deber de un Gobierno enérgico hacia el exterior.

Precisamente nosotros, los nacionalsocialistas, debemos evitar ser arrastrados por nuestros patriotas burgueses de pacotilla, dirigidos por los judíos. ¡Ay de nuestro Movimiento si, en lugar de prepararnos para la lucha, continuásemos en el hábito de la protesta!

Fue la fantástica concepción de una alianza nibelunga con el cadavérico Estado de los Habsburgo la que precipitó a Alemania a la ruina. Dejarse llevar por sentimentalismos en el trato de las posibilidades de nuestra actual política exterior es el mejor medio de impedir para siempre el resurgimiento alemán.



Es preciso que también me ocupe aquí, aunque sea brevemente, de las objeciones referentes a las tres cuestiones anteriormente citadas:

1) ¿Es de esperar que alguna potencia se quiera aliar con la Alemania de hoy, visiblemente debilitada?

---

[152] El autor se está refiriendo a los alemanes de la región del Ruhr, ocupada temporalmente por la administración francesa. (N. del T.)

2) ¿Serán las antiguas naciones enemigas capaces de cambiar su actitud con respecto a Alemania?

3) ¿La influencia innegable del judaísmo, más fuerte que la posible buena voluntad de las naciones, no aniquilará todos los nuevos planes?

Creo haber discutido ya, en sus aspectos principales, la primera cuestión. Está claro que nadie entraría en una alianza con la Alemania actual. No hay potencia en el mundo que se arriesgue a asociar su destino al de una nación cuyo Gobierno no inspira ninguna confianza. Se debe, sin embargo, protestar enérgicamente contra la tentativa de muchos de nuestros compatriotas de querer disculpar la política del Gobierno alegando la deplorable mentalidad actual del pueblo alemán.

No hay duda de que la falta de carácter de nuestro pueblo durante los últimos seis años ha sido profundamente lamentable; su indiferencia por los intereses más vitales del país es verdaderamente deprimente, y su cobardía a veces clama a los cielos. Sin embargo, no se debe olvidar nunca que, a pesar de eso, se trata de un pueblo que, pocos años antes, diera al mundo un ejemplo admirable de las más altas virtudes humanas. Desde agosto de 1914 hasta el fin de la violenta guerra entre naciones, ningún pueblo del mundo jamás demostró mayor coraje, más tenaz perseverancia y paciente aguante que nuestro pueblo alemán, hoy en situación tan miserable. Nadie pretenderá afirmar que el oprobio de la época que vivimos es la expresión típica del carácter de nuestro pueblo. Lo que hoy vemos en torno nuestro y experimentamos íntimamente, no es más que el resultado horripilante de la influencia devastadora del perjurio cometido el 9 de noviembre de 1918. Aquí, más que nunca, queda demostrado el aserto del poeta de que «el mal sólo genera otro mal»[153]. Las buenas cualidades fundamentales de nuestro pueblo no han desaparecido por completo, sólo dormitan latentes en las profundidades, y alguna vez, como relámpagos en el oscuro firmamento, se pueden ver brillar virtudes de las cuales la Alemania del porvenir se acordará un día como de los primeros signos reveladores de su resurgimiento. Nuevamente, millares y millares de jóvenes alemanes, dispuestos a todos los sacrificios, se presentarán voluntaria y alegremente, ofreciendo su vida, tal como sucediera en 1914, en el altar de la amada Patria. Millones de hombres volverán a trabajar asiduamente, como si nunca hubiera existido la devastadora Revolución. El herrero volverá a la fragua, el labrador al arado y el hombre de estudio a su gabinete, todos con el mismo empeño, con la misma dedicación en el cumplimiento del deber.

No se verá ya en la cara de los opresores enemigos la sonrisa de ahora, sino rostros asustados y amargados. Será pues incuestionable, el inicio de un importante cambio en la mentalidad del pueblo.

Si todo eso hoy todavía no se manifiesta en el renacimiento de la orientación política y del instinto de conservación de nuestro pueblo, es por culpa de los que, desde 1918, están conduciendo el país hacia su muerte.

Al lamentar el estado actual de nuestra Patria debemos preguntarnos: ¿Qué se hace para mejorarla? ¿El escaso apoyo que reciben las decisiones de nuestro Gobierno —que en realidad son escasas— por parte de nuestra nación, es una muestra de la exigua fuerza vital de nuestro pueblo, o es un signo del completo fracaso de las resoluciones tomadas entorno a este valioso bien? ¿Qué han hecho los gobernantes para que renaciese en este pueblo el espíritu del orgullo nacional, de la entereza varonil y del odio colérico hacia los enemigos?

[153] Friedrich Schiller, *Wallenstein*. (N. del T.)

Cuando en 1919 se le impuso a la Nación alemana el Tratado de Versalles, con justa razón habría podido esperarse que precisamente ese instrumento de opresión sin límites estimulara hondamente el grito libertario de Alemania. Tratados de paz cuyas imposiciones esclavizan a los pueblos, constituyen no raras veces el primer redoble de tambor del levantamiento futuro.

¡Qué enorme partido se habría podido sacar del Tratado de Versalles!

En manos de un Gobierno dispuesto a la acción, este instrumento de extorsión inaudita y de la más vergonzosa humillación habría podido convertirse en un medio de instigar hasta el grado máximo las pasiones nacionales. ¡Cuán fácil hubiera sido, mediante una inteligente propaganda de las crueldades sádicas de los conquistadores, transformar la indiferencia del pueblo en rebelión, y la rebelión en el furor más intenso!

Se habría podido imprimir en el cerebro y en el alma de nuestro pueblo cada uno de los puntos de aquel Tratado hasta que en la conciencia de sesenta millones de hombres y mujeres estallase el sentimiento del oprobio y del odio común en una única inmensa llamarada, para que de sus ascuas resurgiera luego, dura como el acero, una sola voluntad y con ella el clamor: ¡A las armas!

No hay duda de que, para conseguir eso, nada más apropiado que el Tratado de Paz. La opresión desmedida y la vergüenza de las exigencias hechas por el enemigo ofrecían la mejor arma de propaganda para la resurrección de los sentimientos adormecidos de la Nación.

Se debería haber puesto todo al servicio de esa única gran misión, desde los cuadernos de los niños hasta el último periódico, pasando por el teatro, el cine, las vallas publicitarias; repitiendo todo esto hasta que la tímida oración de nuestros actuales «patriotas»: «¡Señor, líbranos!», se transformase, aun en la boca de los más jóvenes, en la ardiente demanda: «¡Dios Todopoderoso, bendice el futuro de nuestras armas; tan justo como siempre fuiste, decide ahora si somos dignos de la libertad; Señor, bendice nuestra lucha!».

Sin embargo, todo se descuidó y nada se hizo.

¿Quién ha de sorprenderse ahora de que nuestro pueblo no sea lo que debió y pudo ser; de que el resto del mundo no vea en nosotros más que al perro sumiso que lame agradecido las manos que acaban de fustigarlo?

La posibilidad de alianzas que el presente ofrece a Alemania se halla ciertamente impedida por los errores de nuestro propio pueblo, pero aún mucho más por culpa de nuestros gobernantes. Son éstos, con su corrupción, los responsables de que, después de ocho años de horrible opresión, exista tan poco deseo de libertad.

Por tanto, una eficiente política de alianzas dependerá siempre del concepto que se tenga de nuestro pueblo, así como de la existencia de un Gobierno que no quiera ser esclavo de naciones extranjeras, ni guardián de la suya propia, sino más bien el heraldo de la conciencia nacional.

Si el pueblo alemán contara con un Gobierno que pusiera en eso su principal finalidad, en menos de seis años de una política exterior audaz, ese Gobierno tendría en su apoyo la firme voluntad de una Nación sedienta de libertad.



La segunda objeción, esto es, la gran dificultad que supone el cambio de mentalidad de los pueblos antes enemigos para convertirse en amistosos aliados, se puede contestar así:

La psicosis antialemana general, sembrada y fomentada por la propaganda de guerra en todos los demás países, subsistirá forzosamente mientras el Reich no recobre, mediante un evidente resurgimiento del espíritu de conservación nacional, las características de un Estado capaz de jugar su papel sobre el tablero de la política europea y al que se le pueda tener en consideración. Solamente cuando, tanto por parte del Gobierno como por parte del pueblo, estuviera asegurada esa capacidad de alianzas, otra potencia, estimulada por intereses idénticos a los nuestros, podrá pensar en modificar la opinión pública mediante la influencia de su propaganda. Y para eso, naturalmente, son precisos años de un trabajo hábil y continuo. Justamente porque esa remodelación de la opinión pública exige un trabajo lento, es por lo que se explica la necesidad de actuar prudentemente cuando se presente la ocasión de iniciarlo, es decir, no se comenzará nunca una actividad tal sin tener antes la absoluta certeza del valor de semejante trabajo y de sus efectos futuros. No se ha de querer modificar la actitud de una nación sólo como consecuencia del palabrerío vacío de un ministro de asuntos exteriores más o menos inteligente, sin tener la certeza de que la nueva actitud será realmente útil. De otra forma, la opinión pública se hallaría de repente inmersa en una profunda confusión. La garantía más sólida para la posibilidad de una alianza futura entre pueblos no radica en frases pomposas de uno u otro miembro del Gobierno, sino en la estabilidad visible de una determinada y oportuna orientación del Gobierno, así como en una opinión pública dirigida en sentido análogo. Esta creencia será tanto más firme cuanto mayor sea la actividad del Gobierno en la preparación y el respaldo propagandístico de su trabajo, y cuanto más afín se refleje la voluntad de la opinión pública a la orientación que tome el Gobierno.

Por tanto, un pueblo en situación análoga al nuestro sólo será tomado en cuenta como posible aliado cuando tanto el Gobierno como la opinión pública proclamen y sostengan fanáticamente la voluntad de iniciar su cruzada libertaria. Tal es, pues, la condición que hay que cumplir previamente para provocar un cambio favorable en la opinión pública de los otros Estados. Entonces, con los Gobiernos dispuestos a defender sus intereses propios al lado de un socio que les parece confiable, una alianza es posible.

Pero hay otro aspecto que debemos considerar: la modificación de un determinado criterio arraigado en un pueblo representa por sí misma una difícil tarea, por lo que serán muchos los que al principio no comprendan el nuevo objetivo; de ahí que sea tanto un crimen como un absurdo proporcionarles a esos elementos adversos, gracias a nuestros propios errores, las armas para su oposición.

Es perfectamente comprensible que deba pasar mucho tiempo hasta que un pueblo llegue a comprender las verdaderas intenciones del Gobierno, pues no se pueden dar explicaciones sobre la finalidad última de ciertas estrategias políticas, sino que más bien se debe contar únicamente con la fe ciega de las masas, o con la intuición de las clases dirigentes de nivel intelectual más elevado. Sin embargo, mucha gente no goza de este clarividente tacto político; y por motivos políticos, no se pueden dar explicaciones. Así, siempre habrá una parte de la clase intelectual dirigente que quede en oposición a las nuevas tendencias que, por no ser comprendidas, fácilmente puedan ser interpretadas como meros experimentos. Y de este modo es como se fortalece la resistencia de los recelosos elementos políticos conservadores.

Justamente por este motivo se considera como el más elevado deber, el tomar precauciones para substraer de las manos de tales perturbadores todas las armas aprovechables para dinamitar posibles entendimientos mutuos, especialmente si se trata, como en nuestro caso, de charlatanes quijotescos, de infatuados patriotas de club y de políticos burgueses adictos a las tertulias de café. Pues reflexionándolo tranquilamente,

nadie podrá negar que la discusión acerca de una nueva flota, de la restitución de nuestras colonias, etc., realmente no es más que una tonta y mera habladuría sin valor práctico alguno. Pues no puede calificarse de favorable para Alemania la forma como en Inglaterra se explotan públicamente estos desatinados brotes de ansias de revancha, ora inofensivos, ora desorbitados, pero siempre al servicio de los que son nuestros implacables enemigos. Agotándonos en demostraciones hostiles contra todo el mundo, olvidamos el principio que es esencial a todo y a cualquier éxito, y que se traduce en las siguientes palabras: el trabajo que comiences debes continuarlo con ahínco hasta su culminación. Pues refunfuñando contra cinco o diez países se pierden las fuerzas físicas y psíquicas necesarias para el golpe decisivo contra nuestro adversario más cruel, sacrificándose así la posibilidad de fortalecer nuevas alianzas para dicho conflicto.

También aquí tiene el Nacionalsocialismo una misión que cumplir: enseñar a nuestro pueblo a saber desechar cuestiones secundarias y concretarse sólo en lo más importante, sin olvidar que el objetivo por el cual debemos luchar hoy es la existencia de nuestro pueblo, y al único enemigo que debemos combatir a muerte es y será aquel que nos quite el derecho a esa existencia.

Por duros que hubiesen sido los golpes recibidos, no pueden constituir motivo suficiente para sustraerse a la razón y, en insensato resentimiento, querellarse contra el mundo entero, en lugar de hacer frente con fuerzas concentradas al enemigo más mortal.

Por lo demás, el pueblo alemán carecerá de derecho moral para reprobar la conducta del mundo que le es adverso, mientras no haya sentado en el banquillo de los acusados a aquellos criminales que vendieron y traicionaron a su propia Patria. No es honesto protestar y denostar desde la distancia a Inglaterra o Italia y permitir que actúen libremente entre nosotros los propios criminales que, pagados por los propagandistas enemigos, nos negaron las armas, nos quitaron la fuerza moral y vendieron el Reich, maniatado, por treinta monedas de plata.

El enemigo sólo actuó como era de prever. Y nosotros deberíamos haber aprendido de sus actitudes y comportamiento.

Quien no pueda elevarse a la magnitud de esta comprensión, debe considerar que no nos queda nada más que cruzarnos de brazos y renunciar a la idea de adoptar cualquier política de alianzas en un futuro. Pues, según ese punto de vista, no podemos aliarnos con Inglaterra porque ésta «nos arrebató las colonias»; tampoco con Italia, porque «tiene bajo su poder el Tirol del Sur», y tampoco con Polonia o Checoslovaquia. Sólo queda la opción de aliarse con Francia, que —dicho sea de paso— «nos robó Alsacia y Lorena».

Saber si con esta última alianza se presta o no un servicio a Alemania, no supone un gran esfuerzo; mas si alguien defiende una opinión semejante, resulta difícil averiguar si se trata de un papanatas o de un astuto pícaro.

Pero tratándose de líderes políticos, creo que esta última es la más correcta.

Así, modificar la psicología de los diferentes pueblos (hasta el momento enemigos), cuyos verdaderos intereses futuros sean más o menos idénticos a los nuestros, sólo será posible si el poder interno de nuestro Estado, así como la voluntad visible para la conservación de nuestra existencia, nos hace aparecer de nuevo como aliados de valor. Además, es necesario que la propia torpeza o incluso nuestra facinerosa conducta no proporcione las debidas armas propagandísticas a los posibles enemigos de una futura alianza con las que antaño fueron naciones enemigas.



La tercera objeción es la más difícil de responder:

¿Es concebible que los representantes de los verdaderos intereses de aquellas naciones que están en situación de pactar una alianza con Alemania logren imponer su criterio frente a la voluntad del judío, que es el enemigo mortal de los Estados nacionales y autónomos?

¿Podrán las fuerzas de la política tradicional británica, por ejemplo, anular la influencia devastadora del judío?

Responder a esa pregunta, como ya he dicho, es muy difícil. Es preciso estudiar un gran número de factores para hacer a este respecto un juicio definitivo. En todo caso, una cosa es cierta: sólo existe un Estado en que se puede considerar al actual poder estatal tan firmemente establecido y sirviendo los intereses del país tan incondicionalmente, que ya no se puede hablar de una verdadera reacción eficaz del judaísmo internacional contra sus necesidades políticas.

La guerra que la Italia Fascista sostiene, quizás inconscientemente (aunque yo no lo creo), contra las tres principales armas del judaísmo, es la mejor prueba de la forma en que —si bien sólo por procedimientos indirectos— se ha de romper los dientes ponzoñosos a ese poder que se extiende por encima de los Estados. La prohibición de las sociedades masónicas secretas, la persecución contra la prensa supranacional, así como la progresiva destrucción del marxismo internacional, frente a la consolidación creciente de la concepción fascista del Estado, harán, en el curso de los años, que el Gobierno italiano pueda consagrarse más y más a los intereses de su propio pueblo, sin dejarse influenciar por el silbido de la hidra judaica universal.

Más difícil sin embargo se presenta el problema en Inglaterra. En este país de la «democracia liberal» por excelencia, ejerce el judío una dictadura casi absoluta valiéndose de la opinión pública. Pero no por eso es menos evidente la lucha constante que allí se libra entre los representantes de los intereses del Estado británico y los defensores de la dictadura internacional del judaísmo.

La violencia con que a menudo chocan ambas corrientes pudo observarse claramente, por primera vez después de la Guerra, en la divergente actitud que, con respecto al problema japonés, adoptaron en Inglaterra el Gobierno y la prensa.

Concluida la Guerra Mundial comenzó a recrudecer la antigua y recíproca irritación existente entre los Estados Unidos y el Japón, por lo que era natural que las grandes potencias europeas no quedasen indiferentes ante el peligro inminente de un nuevo conflicto. Los vínculos de afinidad racial no son obstáculo para impedir que Inglaterra vea siempre con cierto recelo —mezcla de temor y envidia— el aumento del poder internacional de la Unión Norteamericana en todos los dominios de la actividad económica y política. Parece que la colonia de antaño —hija de la gran metrópolis— va camino de convertirse en una nueva soberana del mundo. Comprensible es pues que Inglaterra revise hoy con ansiosa preocupación sus antiguos pactos de alianza, y comience a vislumbrar con inquietud el álgido momento en que ya no se dirá:

«Gran Bretaña, la Reina de los Mares», sino: «Los mares de los Estados Unidos de América».

Es más difícil enfrentarse al gigantesco coloso americano, con las inmensas riquezas de su suelo virgen, que a la Nación alemana, cercada por todos lados. Por eso si algún día se tuviera que decidir esa disputa entre las dos grandes potencias marítimas, Inglaterra se vería abocada al fracaso de continuar en su aislamiento. Así, Inglaterra recurrirá ansiosa al concurso del poder amarillo, y se aferrará a una alianza que, considerada desde el punto de vista racial quizá sea irresponsable, pero que,

políticamente, representa la única posibilidad del fortalecimiento de la posición británica en el mundo frente al emergente continente americano.

Mientras el Gobierno inglés —pese a que Gran Bretaña y América lucharon en un frente común en los campos de guerra europeos— no se resolvía a aflojar sus vínculos con el aliado japonés, toda la prensa judía atacaba pérfidamente aquel pacto.

¿Cómo se comprende que la prensa judaica, que hasta 1918 fue el fiel escudero de la lucha británica contra el Reich alemán, de repente cambiara de actitud tomando otra orientación?

La destrucción de Alemania no interesaba a Inglaterra, sino a los judíos; así como hoy una destrucción de Japón sirve menos a los intereses políticos británicos que a los cálculos de los dirigentes del esperado Imperio mundial judaico. Mientras que Inglaterra se afana en la conservación de su posición en el mundo, el judío organiza su ataque para la conquista del mismo.

En los Estados europeos de hoy no ve el judío más que instrumentos suyos ya sojuzgados, sea por el medio indirecto de la llamada democracia occidental, o directamente mediante la dominación del bolchevismo ruso. Pero no sólo el Viejo Mundo ha caído en las garras del judío, sino que también al Nuevo le amenaza igual destino: judíos son los dueños de la potencialidad bursátil de los Estados Unidos. Cada vez más, ellos controlan la fuerza del trabajo de un pueblo de ciento veinte millones de habitantes; muy pocos son los que se mantienen —para su irritación— completamente independientes.

Con gran habilidad preparan a la opinión pública, haciendo de ella el instrumento de combate para el futuro de su causa.

Los líderes más importantes del judaísmo ya ven como se aproxima el cumplimiento de la profecía de sus libros sagrados: la destrucción de los pueblos de la Tierra.

Pero en medio de este gran número de territorios «coloniales» judíos desnacionalizados, un solo Estado independiente podría hacer desmoronarse toda la obra en el último momento, pues el bolchevismo sólo puede perdurar alcanzando la totalidad del mundo.

Incluso cuando quedase sólo un Estado que conservara su grandeza nacional, sucumbiría el Imperio mundial de los sátrapas judaicos como cualquier tiranía en este mundo ha de sucumbir ante el poder de la Idea Nacional.

Demasiado bien sabe el judío que gracias a su milenaria capacidad de adaptación y astucia, puede socavar a los pueblos europeos y bastardizarlos; pero comprende, al mismo tiempo, que nunca será capaz de someter a un Estado Nacional asiático de la índole del Japón. Puede fingir ser hoy alemán, inglés, americano, francés, mas para simular ser asiático tendría que superar un abismo insalvable. Y he aquí porqué intenta romper el bastión del Estado Nacional japonés sirviéndose del concurso de otros Estados de naturaleza semejante, para así librarse de tan peligroso adversario antes de que, bajo su control, el último Estado nacional se transforme en una tiranía sobre los indefensos.

En su milenario imperio mundial, el judío teme un Estado nacional japonés, y por eso desea su aniquilación antes de proceder a establecer su propia dictadura.

Como antaño contra Alemania, hoy instiga a los pueblos contra el Japón y no será raro que, llegado el momento, mientras la diplomacia británica intente todavía apoyarse en una alianza con Japón, la prensa judía de Inglaterra exija, por su parte, romper lanzas con el aliado y preparar contra éste la guerra de devastación bajo

pretextos democráticos, y con el grito de batalla: «¡Abajo el militarismo y el imperialismo japonés!».

Así se ha insubordinado hoy el judío en Inglaterra. En consecuencia, también allí comenzará un día la lucha contra el peligro mundial del judaísmo.

Y es en ese terreno donde el Movimiento Nacionalsocialista tiene que cumplir su misión más importante:

El nacionalsocialista debe abrir los ojos del pueblo con respecto a las naciones extranjeras y debe continuar siempre mostrando al mundo de hoy su verdadero Enemigo. En lugar del odio contra los arios, de los que podemos estar distanciados por muchos motivos, pero con los cuales estamos unidos por la sangre común y por la homogeneidad de la cultura, debe fomentar el rechazo al perverso Enemigo de la Humanidad, el verdadero autor de todos los males actuales.

Deberá procurar que, por lo menos en nuestra propia Patria, se descubra al Enemigo mortal y que la lucha contra él sirva también a los demás pueblos de guía luminosa hacia un porvenir más prometedor para la Humanidad Aria.

¡Que sea la razón nuestra guía, que sea la voluntad nuestra fuerza! ¡Que el deber sagrado de proceder así nos dé perseverancia, y que nuestro más fuerte apoyo sea siempre nuestra fe!

Capítulo XIV
ORIENTACIÓN POLÍTICA HACIA EL ESTE

Dos razones me inducen a analizar de modo especial las relaciones entre Alemania y Rusia:

1. Por tratarse quizás de la cuestión más importante de toda la política exterior alemana.
2. Por constituir la piedra de toque que determinará la capacidad política, el pensar clarividente y el justo modo de obrar del joven Movimiento Nacionalsocialista.

Debo confesar que, sobre todo, el segundo punto me llenó muchas veces de inquietas aprensiones. Nuestro Movimiento no recluta a sus miembros en círculos indiferentes a las cuestiones públicas, sino que la mayoría de veces se hallan estos entre los ideólogos más extremistas. Así, es muy natural que esos hombres, en lo que respecta a la política exterior, estén lastrados por los prejuicios y la estrechez de miras provenientes de los círculos políticos e ideológicos a los que anteriormente pertenecían. Sin embargo, esto no sucede con los que provienen de la «izquierda». Al contrario. Por más equivocada que haya sido la instrucción con relación a esos problemas, en no raros casos ésta, al menos parcialmente, era compensada por la existencia de un instinto sano y natural, siendo entonces sólo necesario sustituir la anterior y forzada influencia por una noción superior, para convertir la sana intuición todavía existente, así como el instinto de conservación, en valiosos activos.

Mucho más difícil, por el contrario, es hacer que un ser cuya educación anterior no fue acorde con la razón y la lógica, y que haya sacrificado todo el resto de su instinto natural en el altar de la objetividad, piense con claridad en materia política. Justamente nuestros llamados intelectuales son los más difíciles de movilizar hacia una comprensión verdadera y clara de sus intereses y de los intereses de su pueblo hacia el exterior. No sólo están saturados con ideas y prejuicios de lo más absurdos, sino que además, para colmo, han perdido y renunciado a todo sano instinto de conservación. También el Movimiento Nacionalsocialista tiene que mantener duras luchas con esas criaturas, duras precisamente porque, a pesar de su completa incapacidad, no es raro que estén poseídos de una extraordinaria presunción, lo que hace que miren de arriba a abajo a las demás personas, incluso a las que les son superiores; pretenciosos y arrogantes sabelotodo, sin ninguna capacidad de frío cálculo y ponderación, condiciones éstas primordiales para cualquier resolución en política externa.

Como precisamente esos seres comienzan hoy, de la forma más nociva, a desviar nuestra política externa de cualquier defensa real de los intereses nacionales para que sirva a sus fantásticas teorías, me siento obligado a tratar a fondo la más importante cuestión de política externa, esto es, nuestras relaciones con Rusia. Es algo que todos tienen que entender, y debe ser tratado en una obra como ésta.

En términos generales, haré todavía la consideración siguiente:

Si debemos comprender como política exterior la regulación de las relaciones de un pueblo con el resto del mundo, esa clase de regulación estará condicionada por hechos determinados. Como nacionalsocialistas podemos además sentar la siguiente proposición, en cuanto al carácter de la política externa de un Estado nacionalsocialista:

La política exterior del Estado racista tiene que asegurar a la Raza que constituye ese Estado los medios de subsistencia sobre este planeta, estableciendo una relación

natural, viable y sólida entre la densidad y el aumento de la población por un lado, y la extensión y la calidad del suelo en que se habita por otro.

Cuando hablo de relación sólida me refiero a la posibilidad del Estado de asegurar la alimentación de un pueblo en su propio suelo. Cualquier otra situación, dure siglos o incluso miles de años, no será natural y, tarde o temprano, conducirá al debilitamiento, si no al aniquilamiento del pueblo.

Sólo un territorio suficientemente amplio puede garantizar a un pueblo su libertad de existencia.

Por eso no se puede juzgar la extensión del área de población sólo por las necesidades presentes, ni por la capacidad de producción de la tierra en relación al número de habitantes. Pues como ya expliqué anteriormente, en el capítulo sobre «la Política aliancista de Alemania antes de la Guerra», no hay que perder de vista que, a la significación que tiene el territorio de un Estado como fuente directa de subsistencia para el pueblo, debe añadirse la importancia que debe reunir desde el punto de vista político-militar. Cuando un pueblo tiene asegurada su subsistencia gracias a la extensión de suelo que posee, deberá preocuparse de garantizar la seguridad de este suelo; seguridad que reside en el poder político general de un Estado, el cual depende a su vez en gran parte de la posición geográfico-militar del país.

Bajo tales circunstancias, sólo como potencia mundial podrá el pueblo alemán defender su futuro. Casi por espacio de dos mil años, la defensa de los intereses de nuestro pueblo, que es como propiamente solíamos llamar a nuestra actividad más o menos acertada en política exterior, ha sido considerada como un asunto de Historia Mundial. Nosotros mismos hemos sido testigos de ello, pues la gigantesca conflagración de pueblos en los años comprendidos entre 1914 y 1918 —denominada «Guerra Mundial»— no fue otra cosa que la lucha de la Nación Alemana por su existencia sobre la Tierra.

El pueblo alemán entró en aquella lucha como una presunta potencia mundial, y digo presunta, porque en realidad no lo era. Si en 1914 la relación entre la superficie de su territorio y la densidad de su población hubiese sido diferente, la Nación Alemana habría sido efectivamente una potencia mundial, y la Guerra, prescindiendo de un sinnúmero de otros factores, hubiera podido concluir favorablemente.

No es aquí mi tarea, ni mi intención, mostrar los «acaso» ni los «pero». Sin embargo, sí siento una necesidad imperiosa de exponer de manera simple y objetiva el actual estado de cosas y señalar sus angustiantes errores para, al menos en las filas del Nacionalsocialismo, profundizar en el examen de lo esencial.

Alemania no es en el presente una potencia mundial. Aun cuando nuestra actual debilidad militar cambiase un día, no por ello tendríamos derecho a pretender tal título. ¿Qué significación en la Tierra puede tener hoy en día un Estado que, en su relación entre el número de habitantes y su extensión territorial, está tan lamentablemente constituido como el actual Reich alemán? En una época en que paulatinamente el mundo está siendo repartido entre Estados, de los cuales algunos abarcan continentes casi enteros, no se puede nombrar potencia mundial a una Nación cuya metrópolis política se halla restringida a un área ridícula de menos de quinientos mil kilómetros cuadrados.

Considerando la cuestión desde el punto de vista netamente territorial, el área de Alemania parece insignificante en comparación con las de las llamadas potencias mundiales. No tomemos el caso de Inglaterra como prueba de lo contrario, pues el territorio de su metrópolis en Europa no es, a decir verdad, más que la gran capital del Imperio mundial británico, que abarca casi una cuarta parte de la superficie del globo.

Luego, como naciones gigantescas, debemos considerar en primer lugar a los Estados Unidos de América, y acto seguido a Rusia y China; todas ellas circunscripciones territoriales diez veces mayores al área del Reich actual. E incluso Francia debería contarse entre estos Estados. No sólo engrosa ésta su Ejército en proporción cada vez más grande con elementos de las reservas de color que pueblan sus enormes colonias, sino que también la bastardización negroide de su raza hace progresos tan rápidos que ya casi se puede hablar de la génesis de un Estado africano sobre suelo europeo. La actual política colonial de Francia no es susceptible de compararse con la de la antigua Alemania. Si en Francia continuase este desarrollo por espacio de tres siglos, llegaría a desaparecer hasta el último resto de sangre franca, absorbida por un Estado mestizo europeo-africano, y teniendo un territorio formidable, desde el Rin hasta el Congo, poblado por una raza inferior que cada vez se bastardizaría más y más.

Y es en esto en lo que la política colonial francesa difiere de la anterior política alemana. La antigua política colonial alemana fue, como ya hemos dicho, una política de medias tintas en todo lo que se hizo. Ni se aumentó la zona de población de la raza alemana, ni se hizo el criminal intento de reforzar el poder del Reich con el aporte de sangre negra. La organización militar de los Askari[154], en el África Oriental alemana, fue un pequeño y titubeante paso en este sentido, pues en realidad estaba destinada solamente a la defensa de la colonia misma. Jamás abrigó Alemania la idea de traer tropas de color a un escenario de guerra europeo —dejando a un lado que durante la conflagración mundial hubiese sido prácticamente imposible— y tampoco habría pensado hacerlo aun bajo condiciones más favorables, en tanto que los franceses, por el contrario, consideraron siempre esta idea como uno de los motivos determinantes de su actividad colonial.

En la actualidad vemos una serie de potencias que superan notablemente el poder de Alemania, no sólo en la cifra de su población, sino sobre todo haciendo residir su potencia política en el dominio territorial que poseen. Nunca fue tan desfavorable la proporción, en cuanto al área y a la población, entre el Imperio Alemán y otras potencias como al comienzo de nuestra Historia hace dos mil años, y ahora de nuevo. En aquella lejana época irrumpimos como un pueblo joven en un mundo de grandes naciones en decadencia, cuyo último gigante, Roma, nosotros mismos ayudamos a aniquilar. Hoy en día nos encontramos en un mundo de potencias en formación, entre las cuales nuestro país cada vez disminuye más en importancia.

Es preciso que encaremos fría y calmadamente esa amarga verdad. Es menester que estudiemos y comparemos el Imperio Alemán, en lo que respecta a la población y a la superficie, en sus relaciones con otros Estados a través de los siglos. Sé que cada cual llegará con consternación al resultado ya apuntado al tratar este asunto: que Alemania ya no es una potencia mundial, importando poco que sea militarmente fuerte o débil.

Nos hallamos fuera de toda competencia en relación a los grandes Estados del mundo, y esto es debido a la fatal orientación de la política exterior de nuestro Gobierno, a una absoluta falta, por así decirlo, de objetivos claros en política exterior, así como a la pérdida de todo impulso e instinto de conservación.

Si el Movimiento Nacionalsocialista quiere realmente consagrarse a una gran misión en favor de nuestro pueblo ante la Historia, tendrá que luchar con denuedo y consciente de su misión, imbuido del conocimiento y de los males de su situación real

[154] Los Askari fueron un ejército formado en el siglo XIX por tropas indígenas africanas. Generalmente su función era la de servir de apoyo a los ejércitos coloniales europeos en la labor de mantenimiento del orden y la seguridad en las colonias, aunque también sirvieron para batallar contra los ejércitos de otras potencias, como ocurrió en la Primera Guerra Mundial. (N. del T.)

en este mundo, contra la falta de objetivos e incapacidad que hasta ahora nos condujeron por los caminos de esta política exterior. Tendrá que encontrar el valor para, despreciando prejuicios y «tradiciones», congregar al pueblo y a sus fuerzas para la marcha por el sendero que nos conducirá de la estrechez actual de nuestro espacio vital hacia nuevos territorios, liberándonos así para siempre del peligro de perecer o de tener, como pueblo esclavizado, que servir a otras naciones.

El Movimiento Nacionalsocialista tiene que imponerse la misión de eliminar la desproporción existente entre la densidad de nuestra población y la extensión de nuestra superficie territorial —territorio nacional que debe ser considerado desde el doble punto de vista de fuente de subsistencia y de apoyo del poder político—, y también de hacer que desaparezca ese abismo que hay entre nuestro gran pasado histórico y la triste perspectiva de nuestra desesperada situación en el presente. El Movimiento se deberá convencer también de que, nosotros, como preservadores del más alto espíritu de la Humanidad en la Tierra, estamos también ligados al más elevado de los deberes. Y tanto más fácilmente cumplirá esa misión cuanto más se ocupe de que el pueblo alemán tome conciencia racial, de tal manera que no sólo se dediquen a la cría de perros, caballos y gatos de pura raza, sino también al cuidado de la conservación de su propia sangre.



La prueba de mi afirmación sobre la carencia de objetivos y la ineptitud de la política exterior alemana hasta ahora reside en el fracaso real de la misma. Si nuestro pueblo fuese intelectualmente inferior y cobarde, los resultados de sus luchas en el mundo no podrían haber sido peores de los que tenemos hoy ante nosotros. Los acontecimientos de las últimas décadas anteriores a la Guerra no nos deben engañar sobre esto, pues la potencialidad de una Nación no puede apreciarse en sí misma, sino únicamente valiéndose de la comparación con otros Estados. Pero es justamente esta comparación la que demuestra que el fortalecimiento de otras naciones no sólo fue más uniforme, sino que, en su efecto final, alcanzó también resultados mucho más importantes, y que Alemania, a pesar de su ascensión aparente, en realidad se apartaba cada vez más de los otros países, quedando muy rezagada; en pocas palabras: la diferencia de potencialidad aumentaba desfavorablemente para nosotros. Incluso en lo que respecta a la población, a medida que pasaba el tiempo nos quedábamos cada vez más atrás. Considerando que en espíritu heroico ningún pueblo ha superado al nuestro, que seguramente es el que en conjunto ha hecho mayores sacrificios de sangre en la lucha por su existencia, habrá que admitir que el fracaso de sus esfuerzos puede sólo atribuirse a la forma errónea de su aplicación.

Si en conexión con estos antecedentes examinamos los acontecimientos políticos de nuestro pueblo durante los últimos mil años y rememoramos las numerosas guerras y luchas, y por último, analizamos el resultado final de toda esta historia, tendremos que confesar que de este mar de sangre emergieron propiamente sólo tres realidades culminantes que bien merecen considerarse como los frutos perdurables de los sucesos perfectamente definidos de la política exterior y de la política alemana en general:

1. La colonización de la Marca Oriental, llevada a cabo principalmente por los bayuvares[155].

2. La conquista y asentamiento en el territorio situado al Este del Elba.

[155] Tribu germánica que pobló desde el final del Imperio Romano la zona de Baviera, de ahí el nombre en latín (*Bavaria*) de esta región. (N. del T.)

3. La organización del Estado de Prusia-Brandenburgo, por obra de los Hohenzollern, como modelo y núcleo de cristalización de un nuevo Reich.

¡Buenas enseñanzas para el futuro!

Los dos primeros grandes logros de nuestra política exterior fueron los más duraderos. Sin ellos, nuestro pueblo no tendría hoy importancia en el conjunto de las naciones. Fueron la primera tentativa, y desgraciadamente también la única, por procurar establecer un equilibrio entre la población creciente y la extensión del suelo. Debe ser considerado una verdadera fatalidad el hecho de que nuestros historiadores alemanes no hayan sabido dar nunca el verdadero valor a estos dos resultados como los más formidables y de mayor repercusión para la posteridad. Por el contrario, glorificaron todo heroísmo de fantasía, y elogiaron innumerables guerras y luchas de aventuras en lugar de reconocer cuán insignificantes eran la mayoría de esos acontecimientos para el desarrollo de la Nación.

El tercer suceso trascendental de nuestra actividad política fue la formación del Estado de Prusia y, con ello, de un especial concepto político, así como del instinto de propia conservación y defensa del Ejército alemán a base de organización sistemática y de acuerdo con las necesidades de la época. El cambio de la idea de defensa regional hacia el deber de defensa de la Nación surgió directamente de la formación de ese Estado y de los nuevos principios introducidos por él. Es imposible sobreestimar el significado de ese acontecimiento. Fue precisamente gracias al régimen de disciplina de la institución militar prusiana por lo que el pueblo alemán —disociado y superindividualista por la diversidad de sus componentes— pudo recobrar al menos una parte de su capacidad de organización, perdida durante largo tiempo. Por medio del ejercicio militar conquistamos para nuestra comunidad popular aquello que las otras naciones siempre poseyeron, esto es, instinto de unidad. Por eso la abolición del Servicio Militar Obligatorio —que no significaría nada para muchas otras naciones— tuvo para nosotros consecuencias desastrosas. Bastarán diez generaciones de alemanes sin la disciplina y la educación militares, abandonados a las influencias malsanas provenientes de la falta de unidad inherente a su sangre, para que nuestro país pierda los últimos vestigios de existencia independiente en este planeta. Siendo así, el espíritu germánico contribuiría a la civilización exclusivamente bajo el abrigo de naciones extranjeras, sin ser reconocido su origen. Pasaría a ser un «abono» de civilizaciones, hasta que el último resto de sangre aria-nórdica se hubiese corrompido o desaparecido de entre nosotros.

Merece subrayar que la importancia de los éxitos políticos que alcanzó nuestro pueblo en sus luchas milenarias, la comprenden y aprecian muchísimo mejor nuestros adversarios que nosotros mismos. Hasta hoy sólo destacamos un heroísmo que costó a los alemanes millones de sus más nobles vidas, con un resultado final completamente infructuoso.

Para nuestro modo de obrar en el presente y en el futuro es de una máxima significación el saber distinguir entre los éxitos políticos efectivos de nuestro pueblo y lo que fue la sangre nacional sacrificada en vano.

Nosotros, los nacionalsocialistas, jamás debemos asociarnos al patriotismo corriente de nuestro actual mundo burgués. Sobre todo, entraña un gravísimo peligro el que consideremos ligado nuestro camino, ni siquiera en lo más mínimo, a la última etapa de la evolución de la anteguerra. De todo el período histórico del siglo XIX no se puede deducir, en lo que a nosotros respecta, un único compromiso que estuviese bien fundamentado. En contraposición a la actitud de los representantes de aquella época, tenemos que adherirnos al punto de vista más elevado de cualquier política exterior, a

saber: procurar establecer el equilibrio entre el suelo y la población. La única conclusión que debemos sacar del pasado es la de orientar nuestra acción política en un doble sentido: la cuestión territorial como objetivo de nuestra política exterior; y un nuevo fundamento de la unidad nacional, ideológicamente definido, como finalidad de la política interior.



La cuestión que deseo tratar ahora es hasta qué punto la exigencia del suelo está moralmente justificada. Esto se hace necesario, pues desgraciadamente aparecen, incluso en los denominados círculos nacionalistas *völkisch*, toda clase de charlatanes que se esfuerzan en proponer al pueblo alemán, como objetivo de toda política exterior, la reparación de la injusticia de 1918, encontrando además necesario asegurar al mundo entero la fraternidad y simpatía entre pueblos.

Yo desearía anticipar lo siguiente:

La pretensión de restablecer las fronteras de 1914 constituye una insensatez política de proporciones y consecuencias tales que la revelan como un crimen, y esto aún sin considerar en absoluto el hecho de que las fronteras del Reich de entonces fueron todo menos lógicas. Pues en realidad, no eran ni perfectas en lo referente a abarcar el conjunto territorial habitado por elementos de nacionalidad alemana, ni razonables desde el punto de vista de su conveniencia geográfico-militar. No eran, pues, el resultado de una acción de política meditada, sino simplemente fronteras provisorias fijadas en el curso de una lucha política totalmente inconclusa o, si se quiere, fronteras resultantes en parte de la pura casualidad. Con el mismo derecho, y en muchos casos con más derecho, se podría tomar un año cualquiera de la Historia Alemana, a fin de, recomponiendo las condiciones de aquella época, fijar el objetivo de una acción en el terreno de la política exterior. Esa pretensión corresponde enteramente al criterio de nuestro mundo burgués, que tampoco en esto posee ni una sola idea de orientación política para el futuro, sino que vive en el pasado más inmediato, no yendo sus miradas retrospectivas más allá de su propia época. Lo que hace la ley de la inercia es ligarlos a un estado de cosas dado, de ahí que se oponga resistencia contra cualquier modificación del mismo. Su oposición nunca toma la forma de una defensa activa, sino la de una obstinación pasiva. Por lo tanto es comprensible que la visión política de esta gente no vaya más allá de 1914. Al proclamar ellos la restitución de esas fronteras como objetivo de su política, no hacen otra cosa que fomentar la decadente solidaridad de nuestros adversarios. Sólo así se explica que ocho años después de la guerra, en la cual tomaron parte países de lo más heterogéneos en cuanto a objetivos se refiere, pueda mantenerse todavía la coalición de los vencedores de entonces.

Todos estos Estados sacaron provecho en su día del desastre alemán. El temor a nuestro poder relegó a un segundo plano la ambición y la envidia de las grandes potencias entre sí. Vislumbraron en una posible repartición común de las heredades de nuestro Reich la mejor garantía contra un futuro resurgimiento alemán. La mala conciencia y el miedo que sienten ante la vitalidad de nuestro pueblo es lo que mantiene unidos aún hoy a los miembros de esa coalición.

Y en realidad no les estamos engañando. Fijando como punto esencial de su programa político el restablecimiento de las fronteras de 1914, nuestro mundo burgués amedrenta al «socio» de la coalición enemiga que por casualidad quisiera abandonar la alianza, pues tendrá miedo de ser atacado aisladamente, perdiendo la protección de sus aliados. Cada Estado se siente alcanzado y amenazado por aquella contingencia.

Sin embargo, resulta descabellado en dos aspectos:

1. Porque faltan los medios materiales para que del humo de los clubs nocturnos surja algo real.

2. Y porque incluso si esto fuera posible, el resultado sería, una vez más, tan calamitoso que no habría valido la pena arriesgar de nuevo la sangre de nuestro pueblo en una aventura de este calibre.

Pues es evidente que el restablecimiento de las fronteras de 1914 sólo se podría conseguir con sangre. Únicamente los espíritus más infantiles pueden pensar que una reconsideración del dictado de Versalles sea factible por obra de rogativas o de artimañas, aparte de que un intento tal supondría la intervención de un Talleyrand[156] que no tenemos. La mitad de nuestra clase política está constituida por individuos muy astutos, pero también sin carácter y enemigos de nuestro pueblo, mientras que la otra mitad está formada por hombres débiles, bonachones, inocentes y llenos de complacencia. Además, los tiempos han cambiado desde el Congreso de Viena: ya no son los príncipes ni su corte los que hoy se debaten las fronteras, sino que es el inexorable judío cosmopolita el que ahora lucha para imponer su hegemonía sobre los pueblos. No existe pueblo que logre alejar esa garra de su garganta, a menos que sea por medio de la espada. Sólo la fuerza unida y concentrada de un enérgico sentimiento nacional que se rebele conseguirá hacer frente a la esclavitud internacional de los pueblos. Una solución tal sólo se logrará por medio de la fuerza.

Si se acepta la convicción de que, de un modo u otro, el futuro de Alemania exige el mayor sacrificio, es preciso saber, prescindiendo de todas las consideraciones de prudencia política, que el objetivo por el cual se quiere combatir es digno del mismo.

Las fronteras del año 1914 nada significan para el futuro de la Nación alemana. No fueron una garantía en el pasado ni tampoco la constituirían para el porvenir. Recuperándolas, el pueblo alemán no podrá recobrar su unidad interior y menos todavía asegurar su subsistencia; además, esas fronteras, desde el punto de vista militar, no son convenientes, ni siquiera satisfactorias. No lograrían mejorar la situación en que ahora nos encontramos frente a las demás potencias, es decir, frente a los imperios mundiales.

La ventaja que nos lleva Inglaterra no disminuiría; tampoco llegaríamos a la potencialidad de los Estados Unidos, ni sufriría menoscabo la importancia política de Francia en el mundo.

Sólo una cosa sería cierta: el intento de restaurar las fronteras de 1914 conduciría a un nuevo desangramiento de nuestro pueblo, de modo que, en el momento preciso de adoptar resoluciones que tendiesen a asegurar realmente la vida y el porvenir de la Nación, ya no se dispondría de ninguna reserva valiosa. Al contrario, con la embriaguez de un éxito superficial tal, se renunciaría a todo objetivo posterior una vez que el «honor patrio» estuviera reparado y se hubieran abierto algunas puertas al desarrollo comercial, por lo menos durante cierto tiempo.

Frente a todo esto, nosotros, los nacionalsocialistas, tenemos que sostener inquebrantablemente nuestro objetivo de política exterior, que es asegurarle al pueblo alemán el suelo que en el mundo le corresponde. Y ésta es la única acción que ante Dios y ante nuestra posteridad puede justificar un sacrificio de sangre; ante Dios, porque sobre la Tierra hemos sido puestos con la misión de luchar eternamente por nuestro sustento, siendo como somos criaturas que nada reciben del presente y que deben su posición de señores en el mundo exclusivamente al genio y al valor con que sabemos

[156] Charles-Maurice de Talleyrand. Siendo presidente del Gobierno provisional francés tras la derrota de Napoleón, participa en el Congreso de Viena en 1814, dirigido a restablecer las antiguas fronteras de Europa y a reinstaurar el Antiguo Régimen, disminuyendo las sanciones contra Francia. (N. del T.)

luchar por ello; y ante nuestra posteridad, porque no se verterá la sangre de un solo ciudadano sin que este sacrificio signifique dar vida a otros mil ciudadanos de la Alemania futura. Sólo el suelo en que algún día las generaciones de campesinos alemanes podrán engendrar hijos fuertes, justificará el sacrificio de los hijos de hoy; y a los estadistas responsables de ello, aunque sean incomprendidos y perseguidos por sus contemporáneos, la posteridad les absolverá de la culpa del derramamiento de sangre y del sacrificio del pueblo.

De la forma más violenta, me veo obligado a rebelarme contra aquellos escritores que ven en una forma tal de adquisición de suelo una «violación de los sagrados derechos humanos», dirigiendo sus escritos contra una actuación semejante. Nunca se sabe quién está detrás de tales individuos, lo que sin embargo sí es cierto, es que alguien desea la confusión que consiguen crear y que favorece a nuestros enemigos. Adoptando tales actitudes ayudan criminalmente a debilitar y destruir en nuestro pueblo la voluntad de persistir, de la única forma efectiva que existe para tales propósitos. Pues ningún pueblo sobre la Tierra posee ni un solo metro cuadrado de territorio en virtud de una voluntad divina o de un derecho divino. De la misma forma que las fronteras de Alemania son debidas a la casualidad o a las luchas políticas ocasionales, también sucede lo mismo en relación a las fronteras dentro de las cuales viven los otros pueblos. Por eso, sólo un necio puede considerar graníticamente inmutable la configuración de nuestra superficie terrestre, superficie ésta que es la creación de formidables fuerzas de la Naturaleza y que quizá mañana sufra destrucción o transformación por fuerzas más poderosas todavía. Y lo mismo sucede en la vida de todos los pueblos, en relación a las fronteras dentro de las que viven.

Las fronteras de los Estados las crean los hombres y son ellos mismos los que las modifican.

El hecho de que un pueblo logre apropiarse de una enorme extensión territorial no significa que adquiera con ello un derecho de posesión perpetua. A lo sumo, pone en evidencia la fuerza de los conquistadores y la impotencia de los conquistados. Y sólo en esta fuerza reside el derecho de posesión. El hecho de que el pueblo alemán, hoy en día, se encuentre comprimido en una extensión territorial insignificante, aguardando un futuro deplorable, no es un designio del Destino, así como tampoco una rebelión contra este estado de cosas representa una acción contra el mismo. Porque no ha sido ningún poder superior el que ha adjudicado más suelo a otras naciones que a la alemana. Nuestros antepasados no recibieron como don del Cielo el suelo sobre el que vivimos, sino que lo ganaron arriesgando sus vidas. Tampoco será por gracia de Dios que nuestro pueblo obtenga en el futuro más espacio vital y con él la seguridad de su subsistencia, sino que será únicamente por obra de una espada victoriosa.

A pesar de que hoy en día todos reconocemos la necesidad de regular nuestra situación con Francia, en principio todo sería inútil si el objetivo de nuestra política exterior acabase con esto. Tal arreglo tendría su razón de ser sólo en el caso de favorecer el ensanchamiento territorial de la Nación alemana en Europa, pues no es en la posesión de dominios coloniales en lo que debemos ver la solución de este problema, sino exclusivamente en la adquisición de una zona de territorio colonizable que aumente la extensión de la Madre Patria, proporcionándoles de este modo a los nuevos pobladores no sólo la posibilidad de mantener una comunidad íntima con el núcleo nacional de origen, sino también de asegurarle a todo el conjunto las ventajas resultantes del aumento territorial.

El Movimiento Nacionalsocialista *völkisch* no deberá alzarse como defensor de otros pueblos, sino como adalid del suyo propio. De no ser así, se convertiría en algo

superfluo y perdería su derecho a clamar por las acciones del pasado, pues estaría actuando de la misma manera que aquéllos. Así como la antigua política alemana fue erradamente planeada, teniendo en consideración los intereses y puntos de vista de las dinastías, en el futuro no deberá ser dirigida por los sentimentalismos de todo el mundo. Sobre todo, no debemos seguir siendo policías protectores de los «pobres y pequeños países», sino soldados de nuestro propio pueblo.

Nosotros, los nacionalsocialistas, tenemos que ir más lejos: el derecho al suelo es un deber cuando, sin posibilidad de aumento territorial, un gran pueblo se encuentra predestinado a desaparecer. Y especialmente cuando no se trata de cualquier poblado de negros, sino de una Patria germánica que imprimió al mundo de hoy su sello cultural. Alemania, o se convierte en una potencia mundial, o dejará de existir; y para ello necesita de aquella grandeza territorial que le confiera hoy en día la importancia necesaria y que asegure la existencia de sus ciudadanos.



Nosotros, los nacionalsocialistas, hemos puesto deliberadamente punto final a la orientación de la política exterior alemana de antes de la Guerra; ahora comenzamos allí donde hace seis siglos nos detuvimos. Terminemos con el eterno éxodo germánico hacia el Sur y el Oeste de Europa y dirijamos la mirada hacia las tierras del Este. Cerremos al fin la era de la política colonial y comercial de la anteguerra y pasemos a orientar la política territorial alemana del porvenir.

Si hoy hablamos en Europa de un nuevo suelo, pensamos principalmente en Rusia y los Estados adyacentes que le son subordinados.

El Destino mismo parece querer darnos aquí una señal. El haber abandonado a Rusia en manos del bolchevismo, despojó al pueblo ruso de aquella clase pensante que hasta entonces había creado y garantizado su existencia como Estado. Pues la organización de un Estado ruso no fue el resultado de la capacidad política del eslavismo en Rusia, sino un maravilloso ejemplo de eficacia, como creadores de Estado, de los elementos germánicos sobre una raza de tipo inferior. En más de una ocasión, pueblos inferiores guiados por soberanos y organizadores de origen germánico llegaron a constituir poderosas naciones que subsistieron mientras pudo conservarse el núcleo racial dirigente. Durante siglos, Rusia se mantuvo gracias al núcleo granítico germánico de sus esferas superiores, el cual se puede decir que ha sido completamente exterminado. En su lugar se ha impuesto el judío, pero así como es imposible que el pueblo ruso se sacuda por sí solo el yugo hebraico, no es menos imposible que los judíos logren a la larga sostener bajo su poder el gigantesco organismo ruso. El judío mismo no es un organizador nato, sino un fermento de descomposición. El coloso del Este ya está maduro para el derrumbamiento. Y el fin de la dominación judaica en Rusia será al mismo tiempo el fin de Rusia como Estado. Estamos predestinados a ser testigos de una catástrofe que constituirá la prueba más formidable de la verdad de nuestra teoría de las razas.

Nuestro cometido, es decir, la misión del Movimiento Nacionalsocialista, ha de ser el de persuadir políticamente a nuestro pueblo de que no debe esperar ver colmado su objetivo futuro en el delirio de una campaña triunfal de un nuevo Alejandro Magno, sino más bien en la faena laboriosa del arado alemán, al cual la espada tiene que proporcionarle antes el suelo.



Es natural que el judaísmo oponga tenaz resistencia a una política alemana tal, ya que el judío se da cuenta mejor que nadie de la trascendencia de esto para su propio futuro. Y es justamente este hecho el que debería instruir a cada verdadero nacionalista sobre la certeza de una nueva orientación tal. Pero, por desgracia, son también círculos nacionalistas y hasta «nacionalracistas» o *völkisch* los que se declaran en abierta oposición a la idea de una política orientada hacia el Este, invocando en su apoyo, como casi siempre en situaciones similares, a una consagrada figura de nuestra Historia. Así, se cita a Bismarck para defender una política absurda y perjudicial a los intereses del pueblo alemán. Afírmase que Bismarck dio siempre importancia a mantener buenas relaciones con Rusia. En efecto fue así. Pero se olvidan de mencionar, a este respecto, que él daba igualmente gran valor, por ejemplo, a las buenas relaciones con Italia. El propio Bismarck se alió antaño con Italia para poder anular mejor a Austria. ¿Por qué no se continúa, pues, esa política? «Porque la Italia de hoy no es la Italia de antes», se dice.

¡Bien! Pero en ese caso, honorables señores, permítanme también afirmar que la Rusia actual no es la Rusia de antaño. A Bismarck jamás se le habría ocurrido fijarse como definitiva la táctica de un determinado camino político. Era el mayor responsable del momento, y jamás se hubiese impuesto a sí mismo tal atadura. En consecuencia, la pregunta no debe ser: ¿qué es lo que hizo Bismarck?, sino más bien: ¿qué es lo que Bismarck haría en las actuales circunstancias? Esta pregunta es la más fácil de responder, concluyendo que Bismarck, guiado por su inteligencia política, jamás pactaría una alianza con un Estado predestinado a la ruina.

Además, Bismarck ya vio en su época con recelo la política colonial y comercial alemana, debido a que en primer lugar le preocupaba facilitar la consolidación del Imperio por él creado. Ésta fue también la única razón por la cual se alegraba del respaldo ruso que le permitía operar libremente hacia el Oeste. Pero aquello que entonces fue provechoso para Alemania, hoy le sería perjudicial.

Ya en los años 1920 y 1921, cuando el joven Movimiento Nacionalsocialista comenzaba a destacar lentamente en el horizonte político y cuando en todas partes se lo consideraba como el movimiento libertario de la Nación alemana, se intentó desde diferentes sectores establecer una cierta conexión entre éste y las corrientes liberadoras de otros países. Esto respondía a la orientación de una «liga de naciones oprimidas», pregonada por algunos. Principalmente se trataba de representantes de ciertos Estados balcánicos, de Egipto y de la India, que a mí me dieron siempre la impresión de ser meros charlatanes, huérfanos de todo sentido de la realidad. No pocos fueron los alemanes, particularmente en los círculos nacionalistas, que se dejaron seducir y que creían ver en cualquier simple estudiante hindú o egipcio a un «representante» de la India o de Egipto. Jamás pudieron comprender que se trataba en la mayoría de los casos de individuos insignificantes no autorizados por nadie para celebrar acuerdo con persona alguna, de modo que el resultado práctico de mantener relaciones con tales sujetos no debía ser más que nulo, así como una pérdida de tiempo. Yo siempre me defendí contra tales tentativas, no sólo porque tenía mejores cosas que hacer que perder semanas enteras en «discusiones» estériles, sino incluso porque, aun tratándose de representantes autorizados de aquellas naciones, eso sería inviable e incluso perjudicial.

Ya era suficientemente grave que la política alemana aliancista del Reich anterior a la Guerra —debido a la falta de visión ofensiva— hubiese terminado por constituir una «asociación de defensa» con Estados relegados desde hacía tiempo por la Historia mundial. Tanto la alianza con Austria, como la pactada con Turquía, tenían

muy poco de satisfactorio. Mientras las más grandes potencias militares e industriales del orbe se asociaban en torno a un plan activo de agresión, nosotros nos empeñábamos en reunir unos cuantos Estados viejos, ya impotentes, para tratar de afrontar con aquellas ruinas la acción de una coalición mundial. Alemania pagó muy caro el error de su política exterior; sin embargo, esta experiencia no parece haber sido lo suficientemente amarga para prevenir que nuestros eternos ilusionistas caigan en el error de siempre, pues la tentativa de neutralizar a un vencedor todopoderoso por medio de una «alianza de naciones oprimidas», no sólo es ridícula, sino también dañina. Y es dañina porque, con eso, se aparta a nuestro pueblo una y otra vez de sus posibilidades reales, entregándole a esperanzas e ilusiones fantásticas y estériles. El alemán de hoy se parece en realidad al náufrago que se agarra a cualquier tablón; y esto incluso cuando se trata de gente muy culta. En cuanto aparece el fuego fatuo de una esperanza, por más irreal que sea, miles de espíritus crédulos siguen a ese fantasma, ya se trate de una liga de pueblos oprimidos, de una Sociedad de Naciones o de cualquiera otra nueva quimérica invención.

Conservo fresco el recuerdo de las expectativas ingenuas e incomprensibles que bruscamente surgieron en los círculos nacional-racistas, allá por los años 1920-1921. Decíase que Inglaterra se hallaba en la India al borde de la catástrofe. Unos cuantos prestidigitadores asiáticos, «luchadores por la libertad hindú» que por entonces pululaban en Europa, habían logrado convencer, incluso a gente sensata, de que el Imperio Británico estaba efectivamente frente a su ruina inminente en la India, siendo éste el eje —por así decirlo— de su poder colonial. Naturalmente no se dieron cuenta de que también en ese caso era solamente su propio deseo el que generaba sus ideas. Y tampoco comprendían lo absurdo de sus propias esperanzas, pues deseando ver en la caída del dominio inglés en la India el fin del Imperio Mundial Británico y de la potencia inglesa, ellos mismos reconocían que justamente la India era para Inglaterra de importancia fundamental.

Es realmente infantil suponer que en Inglaterra no se sabe apreciar en su justo valor la significación que tiene la India para el Imperio Británico Mundial. Esto sólo demuestra que en Alemania no se ha aprendido nada de las enseñanzas de la Guerra, ni menos haber llegado a reconocer la entereza anglosajona, al imaginar que Inglaterra pudiese resignarse a perder la India sin antes arriesgarlo todo. Por otra parte, constituye una prueba de la completa ignorancia que manifiesta el alemán respecto a la manera cómo el inglés sabe controlar y administrar ese enorme dominio. Inglaterra perderá la India sólo cuando su élite administrativa resultase víctima de un proceso de descomposición racial (eventualidad que, en este caso y por el momento, se halla fuera de lugar), o bien, si fuese vencida por un enemigo poderoso. Mas esto los agitadores hindúes nunca lo conseguirán. Por propia experiencia sabemos cuán difícil es poder reducir a Inglaterra. Aun prescindiendo de esto, yo, como germano, siempre preferiré ver a la India bajo dominación inglesa que bajo otra cualquiera.

No menos insignificantes son las esperanzas cifradas en el mítico levantamiento de Egipto contra Inglaterra. La «Guerra Santa» puede hacer creer a nuestros ingenuos alemanes que otros puedan estar dispuestos a derramar sangre por nosotros. Imbuirse de tales esperanzas es una cobarde especulación. En verdad, cualquier intento de rebelión allí tendría un fin violento bajo el fuego de las compañías de ametralladoras inglesas o bajo una lluvia de bombas.

Lo que sí es un hecho es la imposibilidad de que con una coalición de lisiados se pueda luchar contra un Estado poderoso que está decidido a sacrificar hasta la última gota de su sangre por su existencia. Como nacionalista *völkisch* que aprecia el valor

humano conforme a principios raciales y sabe de la inferioridad de esas llamadas «naciones oprimidas», no puedo encadenar la suerte de mi pueblo a la de esos países.

Exactamente el mismo criterio tenemos que mantener hoy con respecto a Rusia. La Rusia actual, despojada de su clase dirigente de origen germano, no puede —aparte de lo que en sí persiguen sus nuevos soberanos— servir jamás de aliado en la lucha libertaria del pueblo alemán. Desde el punto de vista militar, las circunstancias en el caso de una guerra de Alemania y Rusia coligadas contra la Europa Occidental, y probablemente contra el resto del mundo, serían realmente catastróficas. La lucha se desarrollaría sobre territorio alemán sin que Alemania recibiese de Rusia ni el más mínimo concurso eficaz. El poder material del actual Reich alemán es tan precario y de tal forma inapropiado para la lucha, que sería imposible proteger sus fronteras contra la Europa Occidental, incluyendo a Inglaterra, siendo justamente la región industrial alemana la que estaría indefensa contra los ataques de nuestros enemigos. Aumenta esta dificultad el tener, entre Alemania y Rusia, a Polonia, que se encuentra totalmente en manos de los franceses. Además, en el caso de una guerra, Rusia tendría que arrollar Polonia para poder llevar el primer soldado ruso a un frente de batalla germánico. Mas no sería tanto una cuestión de soldados, sino ante todo de material bélico, pues el papel de Rusia en este aspecto sería totalmente nulo y habría de repetirse lo que pasó en la Guerra Mundial, donde la industria alemana se vio debilitada por tener que proveer a nuestros gloriosos aliados, debiendo sostener la guerra técnica prácticamente a solas; y en esta guerra Rusia estaría excluida por completo como factor técnico a tener en cuenta. A la tecnificación general del mundo que caracterizará la guerra del futuro en una medida nunca vista, casi nada podríamos oponer nosotros. Es un hecho que, en este ramo tan importante, Alemania manifiesta un vergonzoso atraso y que lo poco que posee tendría que entregarlo a Rusia, país que no cuenta con una sola fábrica capaz de producir un automóvil. Siendo esto así, la lucha asumiría el carácter de una carnicería. La juventud alemana sería aniquilada en mayores proporciones que antaño, pues, como siempre, el peso de la lucha recaería sobre nosotros exclusivamente, siendo el resultado una inevitable derrota.

Pero, incluso en el caso de producirse un milagro y que la guerra no terminara con el completo aniquilamiento de Alemania, el resultado final sería que el pueblo alemán, desangrado, permanecería igual que antes, rodeado de grandes potencias militares, sin que su situación real se modificase de ningún modo.

Y no se diga que en el caso de una alianza con Rusia desaparecería el riesgo de entrar en guerra, o bien, que se podría ganar el tiempo necesario para una preparación fundamental para la misma. No. Una alianza cuyo objetivo no comprenda la hipótesis de una guerra no tiene sentido ni valor. Las alianzas se concretan únicamente con vistas a la guerra. Aunque en el momento de ser realizado un tratado de alianza esté muy alejada la idea de la guerra, la posibilidad de una complicación bélica es, no obstante, el verdadero motivo. Y no se crea que pueda existir alguna potencia que interprete de otra manera una alianza. Si así lo fuera, una coalición ruso-alemana o quedaría sólo en el papel, y en ese caso no tendría para nosotros significación ni valor alguno, o los términos del contrato se convertirían en una realidad palpable, y en tal caso el resto del mundo estaría sobre aviso. Es ingenuo pensar que Inglaterra y Francia, en tal caso, esperarían una década hasta que la alianza ruso-alemana hubiese concluido sus preparativos técnicos para la lucha. No. La tempestad caería de repente sobre Alemania.

Así pues, el simple hecho de una alianza con Rusia sería un síntoma para la próxima guerra. Y su desenlace sería el fin de Alemania.

A esto, además, hay que añadir lo siguiente:

1. Los actuales detentores del poder en Rusia no piensan, en absoluto, en hacer una alianza honesta o incluso en mantenerla.

Es preciso no olvidar nunca que los dirigentes de la Rusia actual son vulgares criminales sanguinarios y la escoria de la humanidad que, favorecida por las circunstancias en una hora trágica, derribó a un gran Estado y, en la furia de la masacre, estranguló y destruyó a millones de sus más inteligentes líderes, ocupando la dirección de ese país desde hace diez años, el régimen más tiránico de todos los tiempos. También hay que tener presente que muchos de ellos pertenecen a una raza que combina una extraña mezcla de crueldad bestial con una gran habilidad para mentir, y que se considera especialmente llamada, hoy más que nunca, a someter a todo el mundo a su sangrienta opresión. Fuera de todo esto, no se debe olvidar jamás que el judío internacional, soberano absoluto de la Rusia de hoy, no ve en Alemania a un posible aliado, sino sólo un Estado predestinado a la misma suerte que Rusia. No se celebra un tratado con una parte cuyo único interés está en el aniquilamiento de la otra. No se firman convenios con individuos para los cuales ningún pacto sería sagrado, pues ellos no están en este mundo como representantes del honor y la verdad, sino como representantes de la mentira, la impostura, el robo, el saqueo, el hurto. Pensar en posibles alianzas con estos parásitos se asemeja al árbol que trata de llegar con el muérdago a acuerdos que le beneficien.

2. El mal en el que Rusia sucumbió gravita como un peligro permanente sobre Alemania. Solamente el ingenuo burgués es capaz de imaginar que el peligro bolchevique está superado. En su manera superficial de pensar, el hombre corriente no tiene la menor idea de que se trata de un proceso instintivo, es decir, de una acción automática para el dominio de la Tierra por parte del pueblo judío; de un proceso que es tan natural como el instinto del anglosajón de ejercer su dominio en este mundo. Y así como el anglosajón sigue ese camino a su modo y lucha con sus armas, de la misma manera también lo hace el judío. Éste procura infiltrarse entre los pueblos y carcomerlos, luchando también con sus armas, esto es, con la mentira y con la calumnia, el veneno y la corrupción, intensificando la lucha hasta la sangrienta extirpación del odiado enemigo. Debemos descubrir en el bolchevismo ruso la tentativa del judaísmo, en el siglo XX, de apoderarse del mundo de la misma manera que en otros períodos de la Historia buscó alcanzar idéntico objetivo a través de otros medios, aunque siempre íntimamente relacionados. Su aspiración tiene raíces profundas en la naturaleza de su ser. Ningún pueblo desiste por la simple causa de ver reducida la expansión de su poder o perder cierta influencia; sólo claudican cuando se ven presionados por circunstancias externas o por un sentimiento de profunda impotencia. Tampoco el judío renuncia espontáneamente y por propia voluntad a su aspiración de una dictadura mundial, ni reprime su ansia eterna en ese sentido. Sólo podrá ser repelido en su camino por fuerzas externas a él, o porque su deseo de dominio universal desaparezca junto con él. La impotencia de los pueblos, su propia extinción, se halla en el abandono de la pureza de su sangre. Esta pureza el judío la guarda mejor que ningún otro pueblo de la Tierra. Así sigue su nefasto camino, hasta que se le oponga otra fuerza que, en una lucha gigantesca, arroje al invasor de los Cielos a los brazos de Lucifer.

Alemania constituye para el bolchevismo el siguiente gran objetivo de su lucha. Se requiere todo el vigor de una nueva idea, encarnando una Misión, para volver a liberar nuestro pueblo de la estrangulación de esta serpiente internacional, y poner atajo a la contaminación de nuestra sangre, a fin de que las energías de la Nación, de este

modo liberadas, puedan dedicarse a garantizar la seguridad de la Patria alemana, previniendo hasta en el más lejano futuro catástrofes como las actuales. Y si se persigue esta finalidad, sería una locura aliarse con un Estado que tiene por soberano al enemigo mortal de nuestro porvenir. ¿Cómo podremos liberar a nuestro pueblo de estas dañinas cadenas, si nosotros mismos las aceptamos? ¿Cómo es posible explicar al trabajador alemán que el bolchevismo es un crimen execrable contra la Humanidad, si nos aliamos con ese engendro del Infierno, reconociéndolo oficialmente? ¿Con qué derecho se puede condenar entonces a las grandes masas por sus simpatías hacia una doctrina, si los propios Jefes de Estado escogen a los dirigentes de esa teoría universal por aliados?

La lucha contra el bolchevismo mundial exige una actitud clara con relación a la Rusia Soviética. No se puede ahuyentar al Diablo con el propio Belcebú[157].

Si los propios círculos nacionalistas se entusiasman ante una posible alianza con Rusia, deberían examinar con quién cuentan para eso en Alemania. ¿O es que los nacionalistas reconocen ahora como benéfica para el pueblo alemán una acción que esté recomendada y promovida por la prensa marxista internacional? ¿Desde cuándo actúa el judío como escudero de los nacionalistas?

Al Antiguo Reich alemán se le podía hacer, en relación a su política de alianzas, una censura capital: queriendo conservar la paz a toda costa, perjudicaba sus relaciones con todos por su vacilación y debilidad. Hay una sola cosa que no se le pueda censurar: suprimió las relaciones con Rusia.

Confieso francamente que ya en la época anterior a la Guerra habría sido más conveniente que Alemania, renunciando a su insensata política colonial y al incremento de su flota mercante y de guerra, hubiese pactado con Inglaterra en contra de Rusia y pasado así de su trivial política cosmopolita a una política europea resuelta, de tendencia territorial en el Continente.

No olvido las amenazas constantes e insolentes que la Rusia paneslavista de entonces osaba hacer a Alemania; no olvido los frecuentes ensayos de movilización, cuyo objeto no era otro que provocarnos; tampoco puedo olvidar el estado de ánimo de la opinión pública rusa que, ya antes de la guerra, intensificaba sus ataques llenos de odio contra nuestro pueblo y el Reich. Y menos aún puedo olvidar la actitud de la prensa de ese país que cada vez se mostraba más favorable hacia Francia que hacia nosotros.

Mas, a pesar de todo esto, antes de la Guerra habría existido todavía la posibilidad de tratar de apoyarse en Rusia para hacer frente a Inglaterra.

Hoy son otras las circunstancias. Si antes de la Guerra aún habría sido posible aliarse con Rusia, hoy en día ya no lo es. La aguja del reloj mundial ha avanzado desde entonces, y ese mismo reloj, con grandes campanadas, nos anuncia la hora en que el destino de nuestro pueblo tendrá que decidirse de una forma u otra. El proceso de consolidación en el que actualmente se encuentran las grandes potencias del mundo es para nosotros la última señal de aviso, instándonos a la reflexión, a fin de que nuestro pueblo vuelva del mundo de ensueño a la dura realidad, y siga por el único camino del porvenir capaz de conducir el antiguo Reich a una época de nueva prosperidad.

Si el Movimiento Nacionalsocialista, haciendo conciencia de la magnitud y de la importancia de su misión, se desembaraza de ilusiones y deja prevalecer la razón, es posible que un día la catástrofe de 1918 se convierta en una infinita bendición para el destino de nuestro pueblo. Del desastre podrá surgir para la Nación alemana una

[157] Belcebú, uno de los nombres asignados al diablo. Literalmente, en hebreo, significa Señor de las Moscas, y deriva del nombre de la deidad filistea de los ejércitos, Baal Zebub. (N. del T.)

orientación totalmente nueva de su política exterior y, luego, interiormente consolidada por una nueva *Weltanschauung*, alcanzar una definitiva estabilización de su política internacional. Entonces podrá Alemania tener por fin aquello que Inglaterra tiene y que la misma Rusia poseyó, y que a Francia le permitió adoptar decisiones siempre convenientes a sus intereses, esto es, un testamento político.

La conducta política de la Nación alemana en su proceder hacia el exterior deberá y tendrá que ser siempre ésta:

No tolerar jamás la formación de dos potencias continentales en Europa. Impedir todo intento de creación en las fronteras de Alemania de una segunda potencia militar capaz de un ataque en su contra, incluso de una potencia militar aún en formación. En esto no sólo se debe ver un derecho, sino también un deber. Por todos los medios, incluso con el empleo de la fuerza armada, tenemos que evitar la formación de un Estado tal, o destruirlo en el caso de que ya se esté forjando. La fuerza de nuestro pueblo no debe basarse en colonias, sino en mantener nuestro suelo patrio en Europa. El Reich no estará completamente a salvo mientras no se halle en condiciones de ofrecer durante siglos a cada vástago de nuestro pueblo su propio pedazo de tierra. No olvidéis nunca que el derecho más sagrado en este mundo es el derecho sobre la tierra que queremos cultivar, y el sacrificio más sagrado, la sangre que derramemos por ella.



No quisiera terminar estas reflexiones sin señalar una vez más la única posibilidad de alianza que en el momento existe para nosotros en Europa. En el capítulo anterior ya mencioné a Inglaterra e Italia como los dos únicos Estados de Europa con los cuales sería aconsejable y exitoso un estrecho acercamiento. Brevemente delinearé ahora la importancia militar de una alianza así.

Las consecuencias militares resultantes de este pacto significarían lo opuesto a una alianza con Rusia. Lo más importante es que un acercamiento con Inglaterra e Italia no implicaría en sí el peligro de una guerra. Francia, que sería la única potencia interesada en asumir una actitud contraria al pacto, no se hallaría en condiciones de hacerlo. Sin embargo, la alianza daría así a Alemania la oportunidad de realizar con calma aquellos preparativos que, en el marco de una coalición tal, harían posible de un modo u otro un ajuste de cuentas con Francia. Lo más importante de una alianza de este tipo es que Alemania no estaría, en este caso, expuesta a una repentina invasión enemiga. La Alianza desbarataría la *Entente* a la cual debemos tanta desgracia, y Francia, el enemigo mortal de nuestro pueblo, caería en el aislamiento. Incluso si al principio este éxito sólo tuviese un efecto moral, bastaría para dar a Alemania una libertad de movimientos difícil de evaluar hoy. Pues la iniciativa de la acción ya no estaría en manos de Francia, sino de parte de la nueva Liga Europea anglo-ítalo-alemana.

El siguiente logro sería que, de un golpe, Alemania se habría librado de su situación estratégica desfavorable. La protección de sus poderosos flancos por una parte, y la completa protección de nuestro suministro de víveres y materias primas por otra, sería el efecto beneficioso del Nuevo Orden político.

Pero tal vez tendría una significación mayor el hecho de que la nueva coalición agruparía, en muchos aspectos, países dotados de una capacidad técnica susceptible de una recíproca complementación. Por vez primera Alemania tendría aliados que no serían sanguijuelas de nuestra economía, sino que hasta podrían contribuir para completar nuestra preparación técnica.

No se debe pasar por alto que, además, se trataría de aliados incomparables a Turquía o a la Rusia actual. La Mayor Potencia Mundial y un joven Estado Nacionalista ofrecerían para la lucha en Europa otras cualidades diferentes a las de los putrefactos cadáveres con los que Alemania se alió durante la última Guerra.

Ciertamente, como ya apunté en el capítulo anterior, son grandes las dificultades que se oponen a la realización de una alianza tal. No obstante, cabría preguntarse si la formación de la *Entente* fue obra menos difícil. Aquello que le fue posible a Eduardo VII, contrariando en parte intereses naturales, podremos lograrlo también hoy nosotros si es que, convencidos de la necesidad de tal cambio, adoptamos un proceder inteligente. Y eso se conseguirá en el momento en que, colmados por la necesidad de nuestra situación, en lugar de seguir adoptando una política exterior sin objetivos, se siga por el único camino aconsejable. El objetivo de nuestra política exterior no debe estar marcado por una orientación hacia el Este o hacia el Oeste. Debería tratarse de una política del Este, que tenga como objetivo la conquista del territorio necesario para nuestro pueblo.

Como para eso es preciso fuerza, y nuestro enemigo mortal, Francia, nos asfixia sin descanso y absorbe nuestras energías, tendremos que hacer todos los sacrificios posibles y necesarios para contribuir al aniquilamiento de la tendencia hegemónica francesa en Europa. Cualquier potencia que, como la nuestra, no acepte las ansias de poder de Francia en el Continente, es hoy en día nuestro aliado natural. Ningún acercamiento a una potencia tal, ninguna otra renuncia, nos debe resultar irrealizable si el resultado final ofrece la posibilidad de aniquilar nuestro más feroz enemigo. Los pequeños rasguños sanarán por sí solos bajo el efecto mitigador del tiempo, cuando la mayor herida haya cicatrizado por completo.

Es natural que hoy por hoy estemos a merced del ladrido lleno de odio de los enemigos interiores de nuestro pueblo. Sin embargo, nosotros, los nacionalsocialistas, siempre hemos de proclamar lo que de acuerdo con nuestra más íntima convicción es indispensable. Ciertamente que en la actualidad tenemos que ir contra la corriente de la opinión pública, sugestionada por una falsedad judía que sabe explotar la ingenuidad alemana. Muchas veces este oleaje se estrella terriblemente contra nosotros, mas es bien sabido que quien va contra la corriente pasará menos desapercibido que aquél que se deja llevar por ella. Ahora somos un simple escollo, pero en pocos años el Destino podrá convertirnos en un dique donde se rompa el oleaje y la corriente busque un nuevo curso.

Es por eso necesario que, ante los ojos del resto del mundo, el Movimiento Nacionalsocialista sea reconocido y considerado como el portador de una finalidad política definida. Sea cual sea el Destino que el Cielo nos reserva, se nos ha de distinguir por nuestro Ideal superior.

De la misma forma que reconocemos la gran necesidad de definir nuestra política exterior, nos sentimos obligados a persistir cuando, bajo el fuego cerrado de la prensa enemiga, hay quien se amedrenta y se deja llevar por la inclinación de hacer concesiones en uno u otro campo y ponerse a bailar al son que le tocan a fin de no verse con todo en contra.

Capítulo XV
EL DERECHO A LA LEGÍTIMA DEFENSA

Depuestas las armas en noviembre de 1918, se inició una política que, sin lugar a dudas, debía conducir paulatinamente al completo sometimiento de Alemania. Ejemplos históricos similares demuestran que aquellos pueblos que depusieron sus armas por voluntad propia, sin ser forzados a ello, prefirieron después aceptar las mayores humillaciones y extorsiones antes que intentar cambiar su suerte tomando de nuevo las armas.

Eso es humanamente comprensible. Un astuto conquistador presentará sus exigencias al vencido por partes. Podrá esperar entonces que ese pueblo, despojado de la fuerza de su carácter —y como tal se puede considerar todo pueblo que se rinda voluntariamente—, no encontrará en cada una de sus imposiciones un motivo para la rebelión. Así, cuantas más opresiones acepten voluntariamente, tanto más injustificado les parecerá a esos hombres ponerse en guardia contra otras nuevas, hábilmente repetidas y sabiamente dosificadas; sobre todo considerando que, a fin de cuentas, ya toleraron mucho más en silencio.

La destrucción de Cartago es la más terrible demostración del lento ajusticiamiento de un pueblo precipitado por sí mismo a la ruina.

Por eso, Clausewitz, en sus *Tres artículos de fe*, destaca de manera incomparable esos pensamientos y les confiere una forma definitiva al decir que: «El estigma de la vergüenza por una cobarde sumisión es imborrable, porque esa gota de veneno en la sangre de un pueblo se transmite a la posteridad, hasta paralizar y destruir la fuerza de las generaciones venideras». Pero, en contraposición, añade: «Incluso la derrota, después de una lucha sangrienta y honrosa, asegura el renacimiento de un pueblo, siendo el núcleo vital sobre el que algún día un nuevo árbol echará raíces».

Naturalmente, una Nación que perdió la honra y el carácter no prestará oídos a una doctrina tal. Quien la tome en consideración no podrá hundirse; pero quien la olvide o no quiera saber más de ella, caerá en la ruina. De ahí que no se pueda esperar que los responsables de una cobarde sumisión recapaciten y, basados en la experiencia histórica y el sentido común, actúen de forma diferente. Por el contrario, apartarán de sí cualquier doctrina honorable hasta que el pueblo se acostumbre definitivamente a su condición de esclavo, o hasta que fuerzas mejores afloren a la superficie para arrancar el poder de las manos de esos miserables. En el primer caso, esos responsables no suelen sentirse muy avergonzados, pues a menudo reciben de los inteligentes vencedores el cargo de administradores de los esclavos, función ésta que generalmente estos individuos sin principios ejercen de la manera más cruel, en contra de su propio pueblo, peor aún que cualquier fiera extranjera designada por el enemigo.

El curso de los acontecimientos a partir de 1918 en Alemania nos prueba palmariamente que la esperanza de poder alcanzar la clemencia del vencedor, sometiéndonos voluntariamente a él, ha influido del modo más funesto en la conducta y el criterio político de las masas. Digo «de las masas» explícitamente porque no consigo convencerme de que la manera de actuar de los dirigentes de nuestro pueblo se pueda atribuir a la misma perniciosa ilusión. Desde el final de la Guerra, la dirección de nuestros destinos está abiertamente controlada por judíos; así pues, no se puede en realidad suponer que la noción errada de los dirigentes sea la única causa de nuestra

desgracia. Por el contrario, se debe tener la convicción de que una intención consciente y oculta conduce a nuestro pueblo a su aniquilamiento. Y tan pronto como se examine desde este punto de vista la aparente demencia en la dirección de nuestra política exterior, se revelará ésta como una lógica fría y depurada al servicio de la lucha judía por la conquista del mundo.

Sólo así se puede explicar que el período de tiempo comprendido entre 1806 y 1813 bastara para animar con nuevas energías y espíritu de lucha a la Prusia totalmente aniquilada de entonces, mientras que aquí, tras un período de tiempo igual (desde 1918 hasta hoy), las cosas no han mejorado en ningún aspecto, y nuestro pueblo, además, sufre un debilitamiento cada vez mayor.

¡Así, siete años después de la Revolución de 1918, se firmó el Pacto de Locarno!

El proceso de lo que ocurrió no fue otro que el ya mencionado: una vez aprobado el oprobioso armisticio, no se tuvo ni firmeza ni coraje para oponer resistencia a las medidas opresoras que nos impusieron sucesiva y repetidamente los adversarios. Éstos eran demasiado inteligentes para exigirlo todo de golpe. De esta forma, su plan se basó en una serie de imposiciones que, según su modo de ver —y el de nuestros dirigentes alemanes—, en el momento de exigirlas el pueblo las soportaría sin temer una explosión del sentimiento popular. Cuantos más tratados se firmasen y tolerasen, tanto menos justificado parecía de repente hacer aquello que no se había hecho antes; esto es, oponer resistencia. Ésa es justamente aquella «gota de veneno» de la que habla Clausewitz: lo indigno, una vez perpetrado, se incrementará cada vez más, constituyéndose paulatinamente como el peor legado para cualquier decisión futura, y llegando a convertirse en un terrible peso del que un pueblo difícilmente conseguirá liberarse sin que antes su raza se vea arrastrada a la esclavitud.

Así, en Alemania se sucedieron alternativamente los edictos de desarme y de esclavización, inhabilitándonos políticamente y extorsionándonos en lo económico. El objetivo era generar ese estado de ánimo desde el que se considerara una dicha el dictamen de Dawes, y un triunfo para Alemania el Pacto de Locarno. Ciertamente, desde un más elevado punto de vista se puede hablar de una única buena ventura entre toda esta miseria, pues podrán engañar al hombre, mas jamás lograrán corromper los Cielos. Y los Cielos no fallaron en su bendición: la escasez y la preocupación se han convertido desde entonces en los perpetuos acompañantes de nuestro pueblo, siendo ahora la miseria nuestro único fiel aliado. El Destino en este caso tampoco ha hecho ninguna excepción, y nos ha concedido lo que merecíamos. Olvidamos cómo valorar el honor, y se nos ha enseñado a estimar la libertad de trabajar para ganarnos el pan diario. Y ahora que los hombres han aprendido a clamar por su pan, puede que un día recen a los Cielos por su libertad.

Por más amarga y patente que fuera la inminente derrota de nuestro pueblo en los años que siguieron a 1918, nuestros enemigos escogieron precisamente esos años para perseguirnos de la forma más encarnizada y violenta. De este modo, lo que debía ocurrir posteriormente podría haber sido profetizado por cualquiera. La dirección del Gobierno de nuestro pueblo era tan deplorable como engreída, especialmente cuando se trataba de poner a un lado a aquellos que entreveían el peligro, resultando por eso inoportunos y desagradables. En aquel tiempo, y aún hoy, se podían ver a los mayores imbéciles parlamentarios elevarse súbitamente al pedestal de hombres de Estado para, una vez ahí, sermonear a los pequeños mortales. No importaba ni importa en absoluto que tales «estadistas» fuesen desenmascarados a los pocos meses de actividad, ante el escarnio y desprecio de todo el mundo, como los más grandes chapuceros, dando así la prueba infalible de su completa incapacidad. No, eso no tiene la más mínima

importancia. Al contrario: cuanto más carecen esos estadistas parlamentarios de verdadera eficacia en el servicio de «su República», tanto mayor es la furia con la que persiguen a aquellos que se atreven a profetizar su futuro fracaso o que esperan ver los resultados de su proceder actual para certificarlo.



Ya en el invierno de 1922-1923 debió todo el mundo darse cuenta de que Francia, aun después del Tratado de Paz, continuaba persiguiendo con férrea tenacidad el objetivo que se había propuesto desde un principio. Porque nadie creerá que Francia, en la lucha más decisiva de su historia, hubiese sacrificado en cuatro años y medio de guerra la sangre de su pueblo con la sola expectativa de recibir después el pago de reparaciones por los daños causados. La reconquista misma de Alsacia-Lorena no hubiera bastado para explicar la entereza del mando francés durante la guerra, si es que en aquella lucha no se hubiese tratado de realizar ya una parte del verdadero gran programa futuro de la política exterior de Francia, consistente en lograr el desmembramiento de Alemania en un puñado de pequeños Estados. Ésa fue la finalidad por la que luchó la Francia chauvinista, vendiendo a su pueblo en realidad como mercenarios al servicio del judío internacional.

Este objetivo de guerra francés habría sido factible mediante la Guerra misma si la lucha —como se esperaba al principio en París— se hubiese desarrollado sobre suelo alemán. Imagínese por un momento que las sangrientas batallas de la Gran Guerra no hubiesen tenido lugar en el Somme, en Flandes, en Artois, en las inmediaciones de Varsovia, Ivangorod, Kaunas, Riga y otros lugares más, sino en Alemania, en la cuenca del Ruhr, del Main, del Elba, ante Hannover, Leipzig, Núremberg, etc. Tendrá que convenirse entonces que en tales circunstancias habría sido segura la devastación de Alemania. Es muy dudoso que nuestro joven Estado federal hubiese resistido durante cuatro años y medio la misma prueba de desgaste que Francia, que ya fue centralizada rigurosamente hace muchos siglos y sólo tiene un foco indiscutible: París. El hecho de que éste, el mayor titánico combate entre pueblos, se desarrollase fuera de los límites de nuestra Patria, no fue sólo el merecimiento inmortal del incomparable antiguo Ejército, sino también la mayor fortuna posible para el futuro de Alemania. Estoy firmemente convencido de que, en caso contrario, hace ya mucho tiempo que no existiría un Reich alemán, sino apenas unos «Estados alemanes». Ésta es también la única razón que nos permite afirmar que nuestros camaradas y hermanos no vertieron su sangre totalmente en vano.

¡Así, el curso que tomaron los acontecimientos fue muy distinto! Bien es cierto que en noviembre de 1918 se produjo con la rapidez del rayo el desastre de Alemania. Sin embargo, mientras la catástrofe cundía en los lares de la Patria, los ejércitos alemanes acampaban todavía en pleno territorio enemigo. La primera preocupación de Francia en aquellos días no fue la disolución de Alemania, sino más bien la cuestión de saber cómo se conseguiría desalojar cuanto antes de los territorios ocupados de Francia y Bélgica a nuestros ejércitos. Y de ahí que al concluir la Guerra fuera una tarea primordial para el Gobierno francés desarmar a estos ejércitos y procurar su repliegue hacia Alemania; sólo después se podría pensar en el objetivo real y esencial de la guerra. Sin embargo, Francia se encontraba imposibilitada, pues para Inglaterra la Guerra ya había terminado victoriosamente con la destrucción del poder colonial y comercial de Alemania y su consiguiente degradación a la categoría de Estado de segunda clase. No sólo no tenía ésta interés en el aniquilamiento total de la Nación

alemana, sino que, por el contrario, había razones suficientes para que deseara en el futuro la existencia de un rival de Francia en Europa. La política francesa, por consiguiente, tenía que proseguir mediante una decidida labor de paz lo que se había iniciado con la guerra. La frase de Clemenceau al decir que para él «la paz no era más que la continuación de la guerra», cobró entonces máxima vigencia.

Continuamente, con cada ocasión oportuna, se tenía que sacudir la estructura del Reich. A través de la imposición de siempre nuevas necesidades de desarme por un lado, y del permitido estrangulamiento económico por otro, se esperaba en París poder aflojar poco a poco el armazón del Reich. Cuanto más se extinguiera el honor nacional alemán, tanto más pronto podrían dirigirse las presiones económicas y la constante miseria hacia efectos políticos destructivos. Una conducta tal de represión política y desvalijamiento económico, continuada durante diez o veinte años, debía arruinar gradualmente el cuerpo político del Estado. Entonces, el objetivo de guerra francés se vería finalmente conseguido.

Ya en el invierno de 1922-1923 quedó claro que éste era el propósito que Francia perseguía. Por tanto, nos quedaban solamente dos posibilidades: debilitar la voluntad de Francia en la lucha contra la resistencia del organismo popular alemán, o realizar lo que algún día debería ocurrir, es decir, desviar la dirección del barco del Gobierno hacia cualquier situación especialmente llamativa, y arremeter contra el enemigo. Sin duda significaba eso un combate a vida o muerte, sólo teniendo esperanza de salvación si previamente hubiese la posibilidad de aislar a Francia de tal modo que esa lucha no fuese ya más vista como una lucha de Alemania contra el mundo, sino como una defensa de Alemania contra una Francia que, sin cesar, perturbaba la paz universal.

Subrayo este punto, pues estoy completamente convencido de que esta segunda alternativa será la escogida algún día, y deberá llevarse a cabo de una u otra forma. Jamás creeré que las intenciones de Francia a nuestro respecto puedan un día mudar, pues forman parte del instinto de conservación de su propia Nación. Si yo mismo fuera francés, deseando por consiguiente el engrandecimiento de Francia como deseo el de Alemania, tampoco podría ni querría actuar de otra manera que la señalada por Clemenceau. La identidad francesa, amenazada de desaparecer lentamente no sólo por la disminución de la densidad de su población, sino sobre todo, por la de sus mejores elementos raciales, sólo podría mantener de una manera duradera su importancia mundial mediante el aniquilamiento de Alemania. No importa cuántas veces la política francesa se disfrace, pues al final aparecerá siempre ese objetivo como realización de los máximos deseos y de la más arraigada aspiración nacional. Es un error, sin embargo, suponer que una voluntad puramente pasiva y que sólo tienda a su propia conservación pueda resistir ante otra no menos fuerte pero que procede de un modo activo. Mientras el eterno conflicto entre Alemania y Francia sólo se traduzca en forma de una defensa alemana contra un posible ataque francés, éste permanecerá sin solución, en tanto que Alemania irá, de siglo en siglo, perdiendo una posición tras otra. Analizando los cambios de la frontera lingüística alemana desde el siglo XII hasta hoy, será difícil esperar resultado satisfactorio alguno de una actitud y una evolución que tanto mal nos ha reportado.

Sólo cuando Alemania se imbuya de esa verdad y no deje que su voluntad de existir se deteriore hasta convertirse en una actitud de mera defensa pasiva, sino que al contrario, se alce para un encuentro decisivo con Francia, dispuesta a lanzarse en una lucha a vida o muerte con los mayores objetivos en vista, sólo entonces llegará el punto de poner término a la eterna e infructífera pelea entre nuestros dos países. Por supuesto,

esto sucederá únicamente bajo la condición de que Alemania descubra en el aniquilamiento de Francia un medio para posteriormente proporcionarle al pueblo una posible expansión hacia otro territorio. ¡Hoy somos en Europa ochenta millones de alemanes! Sin embargo, nuestra política exterior sólo será reconocida como correcta cuando, pasado un siglo, el número de alemanes viviendo en este Continente ascienda a doscientos cincuenta millones, sin que estén comprimidos unos junto a otros como culis[158] de las factorías de otros continentes, sino como labradores y obreros que, por su trabajo, hacen posible la existencia de unos y otros.

En diciembre de 1922 pareció agudizarse en grado amenazante la situación entre Francia y Alemania. Francia tenía en mente imponer nuevas y descomunales extorsiones, pero debía preparar antes el terreno. La explotación económica tenía que estar precedida de una presión política, y sólo una compulsión violenta en el centro del sistema nervioso de la vida alemana podría ser, a los ojos de los franceses, suficiente para someter a nuestro «insubordinado» pueblo a un yugo aún más fuerte. Con la ocupación de la Cuenca del Ruhr se esperó en Francia no sólo romper definitivamente la moral de Alemania, sino también colocarnos en una situación económica tal, que nos veríamos obligados, por las buenas o por las malas, a aceptar hasta las más pesadas cargas.

Era una cuestión de doblegarse y quebrarse. Y Alemania desde el principio se doblegó, para terminar después en una completa disgregación.

Con la ocupación del Ruhr el destino le tendió una vez más la mano al pueblo alemán para que se levantara, pues aquello que en un primer momento debió presentársenos como una tremenda calamidad, encerraba en el fondo una posibilidad infinitamente prometedora para poner fin a los sufrimientos de Alemania.

Desde el punto de vista de la política internacional, la ocupación del Ruhr significó el primer alejamiento entre Inglaterra y Francia; no sólo en cuanto a la diplomacia británica que había pactado y mantenido la alianza francesa con un frío criterio calculador, sino también en cuanto a los vastos sectores del pueblo inglés. En particular, fue en los círculos financieros donde se percibió un mayor y manifiesto desagrado por el nuevo y formidable incremento de poder francés en el Continente. En efecto, vista la cuestión desde un punto de vista político-militar, Francia asumía en Europa una posición como no la había tenido antes ni siquiera Alemania; y en lo económico, adquiría igualmente poderes que le asignaban una situación poco menos que de monopolio, unido todo ello a su posición de importante competidor político. Las mayores minas de hierro y de carbón de Europa se hallaban ahora en manos de una nación que, muy a diferencia de Alemania, había defendido hasta entonces sus propios intereses vitales con decisión y dinamismo y que en la Guerra puso de relieve ante el mundo entero la seguridad que le ofrecía su Ejército. Con la ocupación de la zona carbonífera del Ruhr, Francia le arrebató a Inglaterra todo el éxito que había obtenido en la Guerra. Y el vencedor dejó de ser la apacible y meticulosa diplomacia inglesa, para ser el mariscal Foch[159] y la Francia que él encarnaba.

También en Italia se trocó en odio contra Francia el estado de ánimo poco favorable que allí existía desde la conclusión de la Guerra. Se presentó así el gran

[158] Término utilizado para designar a los peones o trabajadores procedentes de China, India u otros países asiáticos. La utilización de éstos como mano de obra barata se acentuó tras la prohibición del comercio con esclavos. Principalmente desarrollaron su actividad en las colonias británicas, y sobre todo en estados como Perú, Sudáfrica, Indonesia o Hawai. (N. del T.)

[159] Mariscal Folch. Comandante jefe de los ejércitos aliados durante la Primera Guerra Mundial, dirigió la contraofensiva que desembocó en la capitulación de Alemania. Siendo nombrado mariscal de Francia, aceptó la derrota alemana, firmando el armisticio de Compiégne (en el mismo vagón de tren donde los ejércitos alemanes presentaron su rendición en 1918, la presentarían los franceses ante los alemanes en 1940). Posteriormente condenaría el Tratado de Versalles. El monumento levantado en su honor en esta localidad, sería respetado por las tropas alemanas durante la incursión de 1940. (N. del T.)

momento histórico en que los aliados de ayer podían llegar a convertirse en los enemigos de mañana. Y si esto no ocurrió y los aliados no entraron en conflicto entre sí, como ocurrió en la Segunda Guerra Balcánica[160], fue debido exclusivamente a la circunstancia de que Alemania no contaba con un Enver-Pascha[161], sino con un Wilhelm Cuno como Canciller del Reich.

No sólo en el orden de la política exterior, sino también en el de la política interior, la ocupación del Ruhr por los franceses le brindó a Alemania una gran posibilidad para el futuro. Un considerable sector de nuestro pueblo, que gracias al influjo constante de los embustes de su propia prensa seguía viendo en Francia al luchador por el progreso y las libertades, debió quedar repentinamente curado de semejante desvarío. La primavera de 1923 tuvo la misma trascendencia que el año 1914, cuando al declararse la guerra se esfumó de la cabeza de nuestros obreros los sueños de solidaridad internacional, para hacerlos volver al mundo real de la eterna lucha por la existencia, donde un ser vive a expensas del otro y donde la muerte del más débil representa la vida del más fuerte.

El día en que los franceses llevaron a la práctica sus amenazas, penetrando finalmente en la región carbonífera de la Baja Alemania, ese día sonó para nuestra Nación la grande y decisiva hora del Destino. Si en aquel momento nuestro pueblo hubiera acompañado la transformación de sus sentimientos con un cambio de actitud, la región del Ruhr podría haber sido para Francia lo que Moscú fue para Napoleón. Sólo había entonces dos posibilidades: o se soportaba también aquello de buen grado sin hacer nada, o se centraba la atención del pueblo alemán en estas tierras de ardientes forjas y calderas en llamas, para inducirles la férrea voluntad de poner término a esa eterna vergüenza de soportar el terror de una opresión que no acababa nunca.

Puede reclamar Cuno, el entonces Canciller del Reich, el inmortal «mérito» de haber sido capaz de descubrir una tercera solución, y más aún, a los «gloriosos» partidos burgueses que tanto lo admiraban y colaboraron con él.

Pero antes me propongo examinar de la forma más breve posible la segunda solución:

Con la ocupación del Ruhr, Francia infringía claramente el Tratado de Versalles; con ello, logró enemistarse con algunas de las grandes potencias, sobre todo con Inglaterra e Italia. No podía esperar, pues, que ninguno de esos países le respaldara en su propia y egoísta campaña de pillaje; Francia tendría que llevarla a término sola, con sus propios recursos. Para un Gobierno nacionalista alemán sólo podía existir una salida: la trazada por el honor. Ante todo era patente que no se podía entrar en choque frontal con Francia en una acción bélica; sin embargo, era necesario comprender que cualquier acción, sin uso de la fuerza, sólo conduciría a resultados ridículos y estériles. Era un absurdo, sin la perspectiva de una resistencia activa, hacer la siguiente declaración: «¡No entraremos en ninguna negociación!»; mayor absurdo era, sin embargo, acabar por entrar en negociaciones sin tomar la precaución de buscar el apoyo necesario.

No se trataba de impedir la ocupación del Ruhr por medio de medidas militares. Sólo un perturbado habría podido aconsejar cosa semejante. Pero bajo la impresión del atropello que cometía Francia y mientras lo perpetraba, se pudo y se debió asegurar —sin tomar en consideración el Tratado de Versalles, despedazado por los mismos

---

[160] Véase nota 49. Primera Parte, Cap. V «La Guerra Mundial». (N. del T.)

[161] Ismail Enver o Enver Pascha. Oficial otomano y líder de la liga de los *Jóvenes Turcos* que gobernó el país desde 1912 hasta el final de la Primera Guerra Mundial. A raíz de los ejemplos de Alemania e Italia, su máxima aspiración consistió en la unión de todos los pueblos de origen turco. Autoproclamado generalísimo del Imperio Otomano, bajo su mandato se produjeron las dos Guerras Balcánicas. En 1914 declaró la guerra a los aliados, siendo conocido como el «Héroe de la Libertad». (N. del T.)

franceses— aquellos recursos militares que más tarde habrían servido para respaldar la posición de nuestros delegados; pues no cabía la menor duda de que el día menos pensado habría de resolverse en la mesa de una conferencia internacional la suerte de aquel territorio ocupado por Francia. Y tampoco debía caber la menor duda de que hasta los más calificados negociadores pueden contar sólo con escaso éxito si no llevan por escudo la entereza de su pueblo. Un débil sastrecillo[162] no puede enfrentarse a atletas preparados, de la misma manera que un diplomático desarmado tendrá que soportar siempre la espada de Breno[163] en el lado enemigo de la balanza, a menos que ponga la suya propia en el otro lado para contrarrestar. ¿No era acaso una calamidad consumada tener que contemplar la comedia de las conferencias internacionales, que desde 1918 solían preceder siempre a la imposición de los dictados de nuestro enemigo? ¿Y aquel denigrante espectáculo que se ofrecía al mundo entero, invitándonos como por ironía a tomar asiento en la mesa de las negociaciones, para luego presentarnos resoluciones y programas acordados de antemano, sobre los cuales se podía discutir, pero sin admitirse modificación alguna?

La verdad es que nuestros diplomáticos raras veces rebasan el modestísimo tipo medio, justificando, en su casi generalidad, la arrogante afirmación que Lloyd George hizo en presencia del entonces canciller Simon: «los alemanes no saben escoger hombres de valor intelectual para ocupar el lugar de líderes y representantes». Pero ni siquiera un genio habría podido, frente a la resuelta voluntad del enemigo y la lamentable indefensión de nuestro pueblo, alcanzar un mínimo éxito bajo ningún aspecto. Si en 1923 se hubiese querido tomar el hecho de la ocupación del Ruhr como un motivo para restablecer nuestra institución armada, previamente habría sido necesario darle a la Nación las armas morales que incrementaran su fuerza de voluntad y eliminaran al mismo tiempo a los destructores de las energías nacionales, como condición *sine qua non* de toda resistencia material.

Así como en 1918 tuvimos que pagar sangrientamente el error de no haber pulverizado de una vez por todas, en los años de 1914 y 1915, la cabeza de la víbora marxista, así también se tuvo que pagar de la manera más nefasta el no haber percibido en 1923 la ocasión de borrar definitivamente la obra marxista de traición a la Patria y asesinato de nuestro pueblo.

Toda idea de resistencia efectiva contra Francia era un perfecto disparate si no se declaraba la guerra a muerte a aquellos elementos marxistas que, cinco años antes, impidieron que Alemania continuase la lucha en las líneas del frente. Sólo por la mente burguesa podría pasar la imposible idea de que el marxismo quizás ahora hubiera cambiado de orientación y de que los canallas de la revolución de 1918, que fríamente pisotearon entonces los cadáveres de dos millones de alemanes para poder instalarse con más facilidad en el poder, ahora en 1923 de repente se dispusieran a pagar su tributo a la Nación. ¡No podía concebirse idea más absurda ni insensata que la de creer que los traidores de la Patria se transformasen repentinamente en adalides de las libertades alemanas! De la misma forma que una hiena nunca desprecia la carroña, tampoco el marxista dejará nunca de traicionar a la Nación. No se haga la objeción de que muchos obreros dieron también su sangre por la Patria, pues estos eran verdaderos trabajadores alemanes, no marxistas internacionales. Si en 1914 la clase trabajadora alemana hubiera estado formada sólo por marxistas, la Guerra habría terminado en tres semanas, de

[162] El término en alemán *Schneiderlein*, hace referencia al cuento de los hermanos Grimm *El sastrecillo valiente*. En esta historia el sastrecillo va superando pruebas y retos contra gigantes y otras criaturas, no por su fuerza, sino gracias a su ingenio. (N. del T.)

[163] Breno. Líder del Ejército galo, de la tribu de los Senones, que invadió Roma en el siglo IV a. C. Los romanos, intentando comprar la paz, ofrecieron a Breno una suma de oro. Durante la discusión sobre cómo medir la cantidad a recibir, Breno colocó su espada sobre la balanza, al tiempo que pronunciaba su famosa frase *Vae Victis* (¡Ay de los vencidos!). (N. del T.)

forma que Alemania habría sido derrotada antes de que su primer soldado atravesase la frontera. No, el hecho de que en aquel tiempo nuestros soldados lucharan con ardor, es la prueba más evidente de que todavía no estaban contaminados por la locura marxista. Los soldados y trabajadores alemanes que en el transcurso de la Guerra iban cayendo en las garras del marxismo, estaban perdidos para la Patria. Si en el comienzo y durante la Guerra también se hubiera sometido a unos doce o quince mil de esos judíos corruptores de pueblos a los mismos gases venenosos que cientos de miles de nuestros mejores trabajadores de todas las clases y oficios tuvieron que soportar en el campo de batalla, entonces no habría sido en vano el sacrificio de millones de nuestros compatriotas en las líneas del frente. Al contrario: la eliminación de doce mil bellacos en el momento oportuno tal vez habría salvado la vida de un millón de hombres honestos, tan útiles para la Nación en el Futuro. Mas es característico de los «estadistas» burgueses no vacilar en el sacrificio de la vida de millones de personas en los campos de batalla, y considerar en cambio a diez o doce mil traidores, ladrones, usureros y mentirosos, como valiosas reliquias de la Patria, proclamando abiertamente su inmunidad. En este mundo burgués no se sabe qué es mayor, si la imbecilidad, la debilidad y la cobardía, o su absoluta vileza. Se trata en realidad de una clase destinada a desaparecer y que, desgraciadamente, arrastra en su ruina a un pueblo entero.

En 1923 estábamos ante una situación idéntica a la de 1918. Cualquiera que fuese la forma de resistir escogida, la condición indispensable siempre era separar al veneno marxista de nuestro pueblo. Y en mi opinión, en aquella época la primera misión de un Gobierno verdaderamente nacionalista, hubiese sido la de buscar y encontrar aquellas fuerzas que estuviesen dispuestas a declarar la guerra a muerte al marxismo y, entonces, darles libertad de acción. Era deber del mismo no rendir culto a la estupidez de la «paz y el orden» en un momento en que el enemigo exterior asestaba el golpe más terrible sobre nuestra Patria, mientras en el seno del país acechaba la traición en cada esquina. No, un Gobierno auténticamente nacional tenía que desear el desorden y la intranquilidad, de modo que en medio de ese caos fuera posible realizar un ajuste de cuentas con los enemigos mortales de nuestro pueblo: los marxistas. Omitiendo eso, cualquier idea de resistencia, fuese de la clase que fuese, no era más que pura locura.

Sin embargo, tal ajuste de cuentas de universal importancia histórica no es posible realizarlo según las ideas de cualquier consejero privado o a través del alma vieja y mustia de un ministro. Debe realizarse según las leyes eternas de la vida en este mundo, que son y serán siempre una lucha a muerte por la vida misma. Era necesario rememorar que de las más sangrientas guerras civiles muchas veces nació un pueblo fuerte y lleno de vitalidad, mientras que de la paz artificialmente cultivada más de una vez se desprendió la emanación de la podredumbre. El destino de un pueblo no se dirige con guantes de seda. He aquí por qué en 1923 debió haberse obrado con brutal energía para atrapar a las serpientes que emponzoñaban nuestro organismo nacional. Sólo entonces, conseguido esto, la preparación para una resistencia activa de nuestro pueblo habría tenido sentido.

En aquellos tiempos llegaba a desgañitarme tratando de convencer, por lo menos a los llamados círculos nacionales, acerca de la trascendencia del momento y de que con los mismos errores de 1914 y de los años que siguieron, forzosamente se llegaría a un resultado igual al de 1918. Insistí una y otra vez en que se diera rienda suelta al Destino, y al Movimiento Nacionalsocialista la oportunidad de liquidar cuentas con el marxismo; pero prediqué en el desierto. Todos, incluso el jefe de la *Reichswehr* —el Ejército de

defensa alemán de la posguerra—, parecían saberlo todo mejor que yo; finalmente, debieron enfrentarse a la capitulación más humillante que conocen los tiempos.

Ya entonces pude darme cuenta de que la misión de la burguesía alemana había llegado a su fin y que no estaba predestinada a jugar ningún otro papel. Vi cómo todos esos partidos luchaban contra el marxismo por pura competencia electoral, sin desear destruirlo seriamente. En su interior, hacía mucho que todos ellos se habían resignado a la destrucción de la Patria, siendo la preocupación de poder tomar parte en el banquete del funeral lo único que les movía. Sólo por eso «luchaban» aún.

En aquella época —lo confieso abiertamente— sentí profunda admiración por aquel gran hombre del sur, allende los Alpes, que poseído de amor ardiente por su pueblo no hizo causa común con los enemigos interiores de Italia, sino que intentó destruirlos por todos los medios. Lo que colocará a Mussolini entre los grandes hombres de la Historia, es su inquebrantable resolución de no haber tolerado el marxismo en Italia y haber salvado a su Patria, quebrando el internacionalismo.

¡Cuán diminutos aparecen comparados con Mussolini nuestros actuales pseudoestadistas en Alemania, y qué indignado se siente uno cuando esas nulidades se atreven a criticar con insolente vanidad a un hombre mil veces superior a ellos! ¡Y cuán doloroso es pensar que eso sucede en un país que hace poco menos de medio siglo tenía un dirigente del tipo de Bismarck!

Con la actitud que adoptó la burguesía y la consideración de que gozaba el marxismo, era una utopía la idea de toda resistencia activa en el Ruhr en 1923. Querer enfrentarse con Francia, teniendo al enemigo mortal en las propias filas, constituía una brillante estupidez. Lo que se hizo entonces podía, a lo máximo, ser una comedia llevada a cabo para contentar a los elementos nacionalistas en Alemania y calmar, o embaucar en realidad, «los furiosos ánimos populares». Si hubieran creído seriamente en lo que hacían, tendrían que haber reconocido que la fuerza de un pueblo, en primer lugar, no reside en sus armas, sino en su voluntad, y también que, antes de vencer a los enemigos externos, hay que destruir primero al enemigo interior; de lo contrario, si la victoria no recompensa la lucha ya el primer día, ¡pobre de esa Nación! La menor sombra de derrota de un pueblo que no está libre del enemigo interior destruirá su resistencia y el enemigo finalmente se alzará con la victoria.

Esto se pudo prever ya en 1923, por lo que era inútil cuestionarse la posibilidad de un éxito militar contra Francia. Si el resultado de la acción alemana frente a la invasión francesa en el Ruhr hubiese sido únicamente la destrucción del marxismo en el interior, sólo con eso la victoria ya habría sido nuestra. Una Alemania liberada de ese fatal enemigo de su existencia y su futuro, habría sido capaz de engendrar una energía que nadie en el mundo hubiera podido vencer. El día en que el marxismo sea anulado en Alemania, nuestras cadenas quedarán rotas para siempre. Pues jamás en nuestra Historia fuimos vencidos por nuestros adversarios, sino siempre por nuestros propios vicios y por enemigos ocultos entre nosotros mismos.

Como por aquel entonces la orientación de nuestro Gobierno no podía despertar un acto tal de heroísmo, lógicamente sólo se podría seguir el primer camino, a saber: no hacer nada y dejar las cosas correr, como de costumbre.

Y fue en aquel momento trascendental de 1923 cuando la fatalidad quiso enviarle al pueblo alemán un hombre como el señor Cuno. No era un estadista ni un político de profesión, y menos aún de nacimiento, sino que representaba a esa clase de político experto en negocios que únicamente se necesita para la ejecución de determinadas tareas. Toda una maldición para Alemania, ya que aquel comerciante

también conceptuaba la política como una empresa económica, obrando en consecuencia.

«Francia había ocupado el Ruhr. ¿Qué había allí? ¡Carbón! Por tanto, Francia ocupaba el Ruhr por el carbón». Pues, entonces, nada más racional para el señor Cuno que el recurso de la huelga como medio de impedir que los franceses obtuvieran carbón, lo cual —según la opinión del mismo Cuno— conduciría seguramente a que un día, en vista de la «nula rentabilidad de la empresa», quedase desocupado el Ruhr. Más o menos así se desarrollaba el raciocinio de este «distinguido estadista nacional», que tuvo ocasión de hablar a «su pueblo» en Stuttgart y en otras localidades y que, por ello, fue admirado con beatitud.

Para provocar la huelga se requería naturalmente de los agitadores marxistas por ser los obreros los que en primer lugar debían iniciar el paro. Se imponía, por lo tanto, constituir un frente unitario entre el obrero (que en la mente del tipo de estadista burgués es siempre sinónimo de marxista) y todos los demás alemanes. ¡Se debía haber visto entonces el entusiasmo de esa mentalidad burguesa apolillada frente a tal «genial» consigna! Finalmente consiguieron aquello que en los últimos tiempos habían buscado denodadamente: tender un puente al marxismo. De esta forma se le hizo posible al traidor nacional, revestido de frases nacionalistas y aspecto «teutón», estrechar la mano íntegra del traidor internacional. Y así los marxistas respondieron *ipso facto* al llamamiento, por la sencilla razón de que, así como Cuno necesitaba de los agitadores marxistas para formar su «frente común», también ellos necesitaban el dinero de Cuno. De esta manera ambos podían estar satisfechos. Cuno obtuvo su frente unitario, constituido por charlatanes «nacionales» y por especuladores antinacionales, en tanto que los estafadores internacionales marxistas podían, gracias al dinero público, servir a su objetivo supremo, o sea, destruir la economía nacional, y esta vez a expensas del Estado mismo. ¡Fue una idea increíble querer salvar a una Nación por medio de una huelga general pagada! En cualquier caso, era una consigna que podía ser seguida con el mayor entusiasmo incluso por el más indiferente de los haraganes.

Que no se puede liberar a un pueblo por medio de plegarias es algo sabido por todos. Pero lo que tenía que ser históricamente probado era si no sería tal vez posible liberarlo por medio de la holgazanería. Si el señor Cuno, en lugar de incitar a una huelga general subvencionada por el Gobierno a fin de formar un frente unitario, hubiese exigido de cada uno de los alemanes dos horas más de trabajo diario, el fraude que significaba ese famoso «frente unitario» habría acabado al tercer día. ¡No se liberan pueblos por la inacción, sino con sacrificios!

Ciertamente que esta llamada resistencia pasiva no debió durar largo tiempo, pues sólo un hombre totalmente ignorante en materia de política de guerra podía imaginarse que valiéndose de recursos tan ridículos fuese factible desalojar a un Ejército de ocupación. Y sin embargo, la desocupación del Ruhr habría sido lo único capaz de justificar un procedimiento cuyo costo fue muy alto y que contribuyó capitalmente a la total destrucción de la moneda nacional.

Era natural que los franceses pudieran instalarse cómodamente y con cierto sosiego al ver que la resistencia alemana se servía de tales medios. Obtenida directamente de nosotros mismos, tenían la mejor fórmula para hacer entrar en razón a una población civil obstinada, en caso de que su comportamiento representase un serio peligro para las autoridades que participaban en la ocupación. Con rapidez acabamos nueve años antes con las bandas de francotiradores belgas y mostramos a la población civil la gravedad de la situación, debido a que por la actividad de aquéllos el Ejército

alemán corría el riesgo de sufrir graves daños[164]. Por tanto, de igual manera, tan pronto como esta resistencia pasiva en el Ruhr se hiciese realmente peligrosa para Francia, las tropas de ocupación darían con admirable facilidad, y en menos de ocho días, un fin sangriento a todo aquel juego infantil. Por ello, la última pregunta siempre es: ¿Qué se podrá hacer cuando, al fin, la resistencia pasiva irrite al enemigo y éste se decida a luchar contra esa actitud? ¿Continuar la resistencia? En caso afirmativo, será necesario soportar, para bien o para mal, las más duras persecuciones, por lo que al final tendríamos que afrontar la situación como si se tratase de una resistencia activa, es decir, luchando. De ahí se concluye que toda resistencia pasiva sólo tiene sentido cuando detrás de ella existe la decisión de continuar esa resistencia en campo abierto o en una guerra de guerrillas. De un modo general, toda lucha de esta clase tiene que estar unida a la convicción de una posible victoria. En cuanto una fortaleza sitiada, duramente atacada por el enemigo, sea forzada a perder la última esperanza de socorro, prácticamente se rendirá ella misma; y esto especialmente cuando a su defensor le atraiga más una vida segura que una muerte probable. Si se arrebata a la guarnición de un alcázar que haya sido sitiado toda su fe en una posible liberación, todas las fuerzas de defensa se derrumbarán irremisiblemente.

Por eso, una resistencia pasiva en el Ruhr, teniéndose en cuenta las últimas consecuencias que debía y podía acarrear en el caso de que fuera exitosa, sólo tenía sentido si detrás se hubiese estructurado un frente activo. Sólo entonces hubiese podido nuestro pueblo conseguir algo extraordinario. Si cada uno de esos habitantes de Westfalia hubiese tenido la certeza de que la Patria levantaría un ejército de ochenta o cien divisiones, los franceses habrían pisado sobre ascuas. Porque la verdad es que existen más hombres valientes para sacrificarse por una causa con posibilidades de éxito, que por una visible insensatez.

La formación del Frente Unitario fue el hecho que nos obligó a los nacionalsocialistas a oponernos tenazmente contra semejante «llamada nacional». Y eso fue lo que hicimos. En aquellos meses fui atacado con frecuencia por elementos cuyo sentimiento nacional no era más que una mezcla de estulticia y comedia, y que vociferaban con los demás sólo porque tenían la ocasión de poder revelar su «patriotismo» sin peligro alguno.

Consideré aquel mísero Frente Unitario como una de las más risibles manifestaciones políticas. Y al final la Historia se encargó de darme la razón.

En el momento en que las organizaciones sindicalistas llenaron su caja con el dinero procedente del Gobierno de Cuno, y cuando la resistencia pasiva que hasta entonces se había apoyado en la huelga debió pasar a la acción, las hienas marxistas escaparon repentinamente del rebaño nacional de borregos que formaban el Frente Unitario, para volver a ser lo que siempre fueron. Por su parte, el señor Cuno retornó tranquilamente a sus actividades navieras, en tanto que Alemania registraba en sus anales una amarga experiencia más y una gran esperanza menos.

Hasta el final, muchos oficiales no creyeron en un desenlace tan vergonzoso. Habían alimentado la secreta esperanza de que se adoptaran las medidas para transformar esa insolente incursión de Francia en un punto de inflexión para la resurrección alemana.

---

[164] Referencia a la Batalla de Dinant, ocurrida en agosto de 1914. En ésta, el ejército alemán tuvo que hacer frente, en su paso por Bélgica, a los ataques de francotiradores civiles belgas que les impedían el acceso a la ciudad de Dinant, dominada en aquél momento por el bando francés. (N. del T.)

También en nuestras filas había muchos que tenían confianza en el Ejército. Y esa convicción era tan fuerte, que orientó el modo de actuar y, sobre todo, la formación de innumerables jóvenes.

Mas al producirse el vergonzoso suceso del derrumbe del Ruhr, en el que se capituló de una manera devastadora, y después del sacrificio de miles de millones de bienes materiales y de la confianza de miles de jóvenes alemanes que tuvieron la ingenuidad de dar crédito a los dirigentes del Reich, estalló la indignación del país contra semejante traición a nuestro pueblo. En millones de personas surgió entonces con claridad meridiana el convencimiento de que sólo una transformación radical de todo el sistema político imperante sería capaz de salvar a Alemania.

Nunca una época fue más oportuna, nunca se exigió tan perentoriamente una solución, como en el momento en que se manifestaba tan abiertamente la traición a la Patria, al mismo tiempo que todo un pueblo era condenado a la lenta muerte por el hambre. Aquel Estado que vulneró todos los preceptos de fe y lealtad, que escarneció los derechos de sus ciudadanos, que defraudó los sacrificios de millones de sus más leales hijos y que, finalmente, los despojó también hasta del último *Pfenning*, no podía merecer otra cosa que el odio de sus súbditos. Y este sentimiento de odio contra los corruptores del pueblo y de la Patria estallaría un día de un modo u otro. Aquí únicamente debo repetir la frase final de mi última declaración, hecha ante los tribunales de Leipzig, en el gran proceso de la primavera de 1924[165]:

«Los jueces de este Estado pueden condenarnos tranquilamente por nuestras acciones; mas la Historia, que es encarnación de una verdad superior y de un mejor derecho, despreciará un día esta sentencia para absolvernos de toda culpa».

Y esta misma Historia emplazará también ante su Tribunal a aquellos que, en posesión hoy del poder, pisotean leyes y derechos precipitando nuestra Nación a la miseria y la ruina, colocando, para desgracia de la Patria, sus intereses personales por encima de los de la comunidad.

Omito relatar en este libro aquellos acontecimientos que precedieron inmediatamente al 8 de noviembre de 1923 y las consecuencias que se derivaron. Deliberadamente no lo hago, porque de ello nada constructivo se puede esperar para el porvenir, y porque nada se gana con reabrir heridas que ya están cicatrizadas. De nada sirve tampoco culpar a personas que, tal vez en lo más íntimo de sus corazones aman a su pueblo tanto como yo lo hago, y que únicamente erraron el camino, o no nos comprendieron.

Ante la infinita desgracia común que aflige a nuestra Alemania, no quisiera ahora tampoco humillar, y por ello quizá alejar, a aquellos que en el futuro tendrán que formar con nosotros el gran Frente Común de todos los compatriotas leales contra los enemigos de nuestro pueblo. Bien sé que llegará el tiempo en que hasta los que estuvieron en nuestra contra recordarán reverentes a los que, como nacionalsocialistas, entregaron al pueblo alemán el caro tributo de su sangre.

A aquellos dieciséis héroes a los que dediqué el primer volumen de esta obra, a esos camaradas y luchadores de nuestra Doctrina, héroes que con plena conciencia se sacrificaron por todos nosotros, al finalizar este libro deseo de nuevo recordarles. Ellos llamarán al cumplimiento del deber a los vacilantes y a los débiles con el ejemplo de su fe absoluta, llevada hasta las últimas consecuencias. Y entre todos ellos quiero también recordar al hombre que, como uno de los mejores entre los nuestros, consagró su vida al

[165] Proceso de levantamiento nacionalsocialista del 9 de noviembre de 1923 en Múnich, en el que murieron 16 militantes. La Bandera de la Sangre (*Blutfahne*) fue uno de los emblemas más sagrados del Nacionalsocialismo, con el que Hitler consagraba los estandartes en los congresos de Núremberg (Nota de *Mi Lucha*, 1996, *op. cit.*)

resurgimiento de su pueblo y el nuestro mediante su poesía, sus ideas y, por último, sus acciones:

Dietrich Eckart

EPÍLOGO

El 9 de noviembre de 1923, en el cuarto año de su existencia, el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores (NSDAP) fue disuelto y prohibido en todo el Reich. Hoy, en noviembre de 1926, de nuevo resurge de manera libre en toda Alemania, más fuerte y más sólido que nunca.

Todas las persecuciones al Movimiento y a sus dirigentes, todas las injurias y difamaciones vertidas, no consiguieron nada. La grandeza de sus ideales, la pureza de su voluntad y el espíritu de sacrificio de sus miembros, hizo que saliesen de todas las represiones cada vez más encumbrados.

Si en el mundo de la actual corrupción parlamentaria, el Movimiento se compenetra cada vez más con la esencia de su lucha y se siente como personificación del valor de la Raza y de cada individuo en particular, rigiéndose conforme a esos principios, con certeza casi matemática saldrá un día victorioso en la lucha, de la misma manera que Alemania necesariamente tiene que recuperar la posición que le corresponde en este mundo, si es dirigida y organizada por los mismos ideales.

Un Estado que en la época del envenenamiento de las razas se consagra al cuidado de sus mejores elementos raciales, tiene un día que convertirse en señor del mundo.

Que los fieles a nuestro Movimiento no se olviden nunca de eso, incluso cuando por la enormidad del sacrificio y de la lucha, puedan llegar a dudar de la posibilidad del triunfo.





es la primera edición completa de Mein Kampf en castellano, traducida directamente del original alemán (edición de 1943).

Esta traducción ha sido estrictamente revisada, y cotejada con otras ediciones tales como la traducción inglesa de James Murphy de 1939, editada por Hurst & Blackett, la versión americana de Ralph Manheim, editada por Houghton Mifflin en 1943, o la traducción francesa de 1934 a cargo de J. Gaudefroy-Demombynes y A. Calmettes. Paralelamente se ha realizado un exhaustivo estudio de las anotaciones contenidas en diferentes ediciones de Mein Kampf (traducciones al inglés, francés, portugués, polaco, italiano) que puede verse reflejado en las notas a pie de página introducidas en la presente obra, y entre las que hallarán también diferentes notas explicativas que amplían la información recogida en el texto y que pudieran ser de interés para el lector.


ISBN: 978-958-46-1882-5

CASA EDITORA SIGFRIDO

